

Santiago de Cuba, 1518, Anno Domini.

Un grupo de españoles desembarca en Cuba buscando fortuna. Farfán es un joven cuya única riqueza que pudo traer desde Sevilla es un Mastín del Pirineo llamado Ventisca. Viaja junto a Ortega, un aguerrido veterano de las guerras de Italia que decide llevarse a su hijo de doce años al Nuevo Mundo huyendo de una triste tragedia familiar; el pequeño Orteguilla. Allí conocerán al viejo vasco Heredia, un arcabucero cascarrabias y desgarbado, y a María, una bonita e indómita joven de la que Farfán quedara prendado desde el primer momento.

Mientras tanto, un hidalgo llamado Hernán Cortés, designado por el teniente de gobernador de Cuba, Diego Velázquez, está organizando una expedición de conquista y rescate a Yucatán, las misteriosas tierras recientemente descubiertas al oeste de la isla. Solo dos capitanes lo han hecho antes; Hernández de Córdoba, que regresó moribundo, con la mayor parte de la tropa masacrada y contando historias sobre fieros e innumerables guerreros, y Juan de Grijalva, del que hace meses que no se sabe nada.

Los recién llegados se alistarán enseguida en la expedición pero serán ajenos, en un principio, al trepidante juego de intrigas que se traerán entre manos los hombres más importantes de la ciudad. Velázquez se ha arrepentido de encomendar la misión a Cortés, pues teme que se le rebele. Por allí donde pasa levanta furor, las tropas lo adoran y no tardará en imponerse como un líder nato. Algunos valientes conquistadores se pondrán de su lado pero otros tratarán por todos los medios de boicotear sus movimientos.

Y al otro lado del mar, impasibles, les esperan densas selvas, violentas tormentas, antiguos templos abandonados, vestigios de una civilización extinta, millones de feroces guerreros indígenas y ricas y poderosas naciones gobernadas por un soberano al que nadie tiene el valor de mirar directamente.

¿Puede un puñado de quinientos españoles rendir uno de los imperios más grandes y despiadados que hayan existido jamás?

“Los hijos del hierro y el fuego” es la primera de una saga de novelas sobre la conquista de Méjico recogidas bajo el título de “Yo, conquistador”.

YO, CONQUISTADOR: Los hijos del hierro y el fuego

David Walia S. F

© 2014, David Sánchez Fabra

Portada: Almudena Escribano. 3W. DISEÑO GRÁFICO.

DEPÓSITO LEGAL: AL 171-2014

PARTE PRIMERA: Cuba

“La colonización americana es lo único verdaderamente grande que ha hecho España.” José Ortega y Gasset (1883-1957)

“Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros y se empeñan en imitar las acciones de los demás. Y aunque no es posible seguir exactamente el mismo camino ni alcanzar la perfección del modelo, todo hombre prudente debe entrar en el camino seguido por los grandes e imitar a los que han sido excelsos, para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque; y hacer como los arqueros experimentados, que, cuando tienen que dar en blanco muy lejano, y dado que conocen el alcance de su arma, apuntan por sobre él, no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de mira tan elevada.” El Príncipe. Nicolás Maquiavelo (1469-1527)

Capítulo I:

Agosto de 1511, Cozumel.

El fraile corría velozmente esquivando con dificultad los troncos de los árboles que le iban apareciendo. Su respiración era agitada y jadeante ya que a duras penas conseguía tomar el aire necesario para dar fuerza a sus piernas, que atrofiadas tras haber permanecido semanas dobladas en un minúsculo batel a la deriva, manifestaban su queja con un dolor sordo que ya apenas conseguía mitigar el miedo que sentía. El hombre estaba asustado, muy asustado, y no era para menos después de lo que acababa de presenciar. Jamás había imaginado que pudiera correr durante tanto tiempo a esa velocidad pero no tenía tiempo para pensar en aquello, lo único que tenía en mente era huir de los hombres que le perseguían. Quiso mirar por encima de sus hombros para ver si los había perdido de vista pero antes de que pudiera tener una imagen nítida de lo que tenía a sus espaldas chocó con una rama que lo derribó. No pudo evitar emitir un gemido por el golpe que se acababa de dar en la cabeza pero intentó reprimirlo cerrando fuertemente los ojos y la mandíbula. Permaneció unos instantes en el suelo aguantando el dolor hasta que creyó haber superado la parte más intensa, momento en el que abrió la boca de par en par para tomar una gran bocanada de aire. Con ello, un líquido salado penetró por la comisura de sus labios y, en aquel momento, no supo decir si sería sangre o sudor. Quiso ponerse en pie de nuevo pero las piernas no le respondían, les había exigido demasiado y ahora que se habían relajado parecían no querer volver a trabajar. Los latidos de su corazón le golpeaban con fuerza el pecho y sintió que se desvanecía. Tenía la boca seca, la tripa había comenzado a dolerle y su visión se estaba enturbiando con nubes blancas que se le asemejaron al algodón. Tan mal se encontraba que llegó a pensar que si no hubiera sufrido aquella caída y hubiera corrido un poco más habría muerto por desfallecimiento.

Mientras intentaba recuperarse, sin moverse ni un ápice del suelo, intentó rememorar los acontecimientos de los últimos días. Se vio abandonado Écija y

partiendo hacia las Indias recién ordenado fraile. No hacía mucho de aquello pero se le antojaba tan lejano que llegó a pensar que quizá había ocurrido en otra vida o a otra persona. No entendía cómo podía habersele complicado tanto la vida en tan poco tiempo. A sus veintiún años aún era demasiado joven para morir en aquella tierra inhóspita. «¿Por qué a mí, Dios? ¿Tan pronto quieres arrancarme de este mundo de vivos?», pensaba una y otra vez.

No recordaba bien cuántos días hacía que había salido de Santa María la Antigua del Darién, aquel pedazo de tierra recientemente descubierta al sur de las Antillas y que estaba siendo gobernada por Vasco Núñez de Balboa. Hacía ya meses que aquel conquistador había protagonizado una dramática escena en la que prohibió desembarcar en sus costas al gobernador de Vergara, Diego de Nicuesa, que había ido a apresarlo por extralimitarse en sus funciones erigiéndose gobernante de la ciudad. A Nicuesa no le había quedado más remedio que volver por donde había venido, en un navío que ya hacía aguas, y que muy probablemente habría acabado hundiéndose no muy lejos de la costa.

Mientras iba recuperando poco a poco el control de su respiración siguió rememorando aquellos sucesos pasados. Él se quedó en aquellas tierras hasta que vio el momento de abandonarlas y volver a Cuba. Era probable que ya hubiera pasado un mes desde aquello. Balboa había encargado a Juan de Valdivia, regidor de la ciudad, que volviera a la isla a por bastimento y soldados con los que poder seguir poblando la región. Él, junto con una veintena de hombres y mujeres, había conseguido licencia para embarcar en aquel navío y se sintió realmente aliviado cuando vio cómo se alejaba la costa desde la popa. En aquel momento pensó que se iba a encontrar con una nueva temporada de mayores comodidades, lejos de las incesantes picaduras de los mosquitos, las insolaciones, el trabajo duro y la hierba, la sustancia con la que los indios de guerra del lugar impregnaban sus flechas. Había visto a más de un aguerrido conquistador morir bajo los efectos de aquella ponzoña.

Si hubiera sabido lo que le esperaba hubiera preferido lanzarse él solo contra mil de aquellas flechas envenenadas antes que embarcarse en aquella misión. Quizá, si la tormenta les hubiera acaecido antes, no hubiera sido tan grande el disgusto, pero habían estado tan cerca... Jamaica, estuvieron a punto

de llegar. Llevaban un par de días viendo las gaviotas y algunos de los marineros dijeron que olían la tierra. Aquella tormenta nubló los cielos y el aguacero fue tal que acabaron perdidos. La mala fortuna quiso que su desdicha fuera aún mayor y, poco antes de que el temporal amainara, en una fuerte ola que batió por estribor, el barco quedó totalmente destruido. Los marineros consiguieron soltar un batel en el que subieron unos cuantos antes de que la gran nave se hundiera en las profundidades caribeñas. Él consiguió subir pronto al pequeño bote y, como pudieron, fueron recogiendo a los supervivientes del naufragio. Aquel día las aguas devoraron a cinco hombres. El fraile pensaba ahora que quizá ellos habían sido los afortunados.

Los quince supervivientes quedaron a la deriva largos días. Apenas habían rescatado entre los restos del navío una barrica de agua y algunas frutas tropicales. Con aquello no iban a durar demasiado pero lo racionaron equitativamente. Los marineros fabricaron algunos arpones con trozos de madera que habían recogido y pasaban la mayor parte del tiempo asomados por la cubierta esperando que alguna criatura marina comestible se acercara a curiosear. Ni siquiera habían recuperado un mísero remo pero habían improvisado dos con un par de tablas que parecían indemnes. Recordó cómo Gonzalo Guerrero, un veterano conquistador, había intentado tranquilizarlo:

— Jerónimo, no temáis. Estábamos muy cerca de Jamaica. En cualquier momento podemos toparnos con un comerciante o algún naviero. Quizá podamos incluso llegar por nosotros mismos hasta la costa.

— Dios os oiga, Gonzalo— le había respondido.

No llegaron, al menos a territorio español. Cuando divisaron la costa habían pasado tantos días a la deriva que habían perdido la cuenta. Ya no les quedaba agua y, uno a uno, habían ido pereciendo por la sed la mitad de los supervivientes del naufragio. Solo ocho de ellos llegaron a aquella nueva tierra. En un principio no supieron si se trataba de una isla o de un cabo de tierra firme pero se sintieron invadidos por una inmensa felicidad que apenas pudieron manifestar; no tenían fuerzas casi para pronunciar palabra.

Cuando desembarcaron avanzaron tambaleantes por la arena buscando

señales de vida. No se toparon con ningún indicio de actividad humana pero, afortunadamente, lograron encontrar un pequeño riachuelo que discurría entre unos árboles. Era tan pequeño que parecía una acequia ya que ni siquiera daba al mar, aparecía justo entre unas piedras e iba a morir en una pequeña charca. Los ocho españoles se lanzaron como perros hambrientos sobre aquellas aguas insalubres. Uno de ellos, un joven extremeño de nombre Pedro, bebió tanta agua y tan rápido que murió poco después hinchado. Al principio todos temieron que les pasara lo mismo, llevaban tantos días secos bajo aquel sol abrasador que un agua tan fresca y pura podía llegar a resultar devastadora para su salud, pero debieron haber bebido con más mesura porque ninguno de ellos compartió aquel infortunio. Permanecieron largo rato allí reposando y bebiendo sin preocuparse por dónde estaban o por sus estómagos, que restituidos por el agua, ahora les recordaban que llevaban casi un mes sin apenas digerir nada sólido. En aquel momento nada les importaba salvo deslizarse de vez en cuando algún que otro sorbo más de aquel delicado fluido celestial. El silencio fue lo único que intercambiaron los siete españoles, seis hombres y una mujer, y justo cuando Juan de Valdivia se disponía a ordenar algunas acciones básicas para seguir adelante, un sinnúmero de hombres se abalanzaron sobre ellos.

Todo fue muy rápido y apenas pudieron reaccionar. Cuando descubrieron que eran indios de guerra ya era demasiado tarde, estaban todos maniatados y siendo arrastrados por la selva.

— ¿Habéis visto alguna vez indio parecido a estos que nos han capturado?— había preguntado Gonzalo.

— No— le respondió Valdivia—. Deben pertenecer a algún pueblo que aún no conocíamos.

— Sus armas— continuó Gonzalo—. No son como las de los indios caribes, se parecen más a los que teníamos en el Darién. Pero esos ornamentos...

— Éstas no son nuestras islas— sentenció Valdivia—. Hemos llegado a una tierra nueva y estos hombres no parecen muy dichosos con nuestra presencia.

Jerónimo de Aguilar, el fraile, consiguió ponerse de rodillas a duras penas. Hizo un alto en sus memorias para incorporarse y otear a diestro y siniestro en busca de sus perseguidores. Aún no sabía cómo había logrado huir de ellos pero parecía que había conseguido despistarlos. La selva estaba en completo silencio. En realidad, era un hervidero de bullicio, aves graznando, animales peleando, insectos... el ruido era prácticamente ensordecedor pero estaba vacío de aquellos sonidos típicamente humanos como las pisadas sobre las hojas o el tintineo de las armas sobre los cintos.

Un poco más calmado ya, revisó detalladamente cuál era su estado. Sin lugar a dudas, aquello que manaba de su sien no era sudor sino roja sangre. Además, parte de su hábito había sido rasgado y tenía al aire una pierna y parte de su abdomen. Para más inri, una de sus sandalias había desaparecido y, aunque mientras corría no había reparado en ello, llevaba varias heridas y contusiones en aquel pie desnudo. Mientras se apoyaba en un tronco para arrancarse las pequeñas piedras y ramas que se le habían incrustado en él volvieron a sus recuerdos aquellos acontecimientos que había vivido no hacía mucho.

La ciudad a la que les habían llevado como presas de caza era totalmente distinta a las que había visto hasta la fecha. Valdivia no había errado en sus predicciones, aquello era una nueva raza. No tenía ningún punto de comparación con la de aquellos indios que habían encontrado en las islas antillanas malviviendo bajo chozas de barro y maleza. Ante ellos se desplegaba una ciudad llena de vida en la que había mujeres, niños, ancianos, hombres notables, hombres pobres, olor a comida, edificios de cal y canto, estatuas, humo, herramientas...

Fueron conducidos bajo la atenta mirada de los lugareños, que parecían no haber visto nunca nada parecido. Se sentían intrigados ante los desconocidos que vestían aquellas ropas tan extrañas y llevaban largas barbas claras. Una anciana desdentada se acercó hasta Isabel López, la única mujer del grupo, y mesó con brusquedad sus cabellos rubios intentando satisfacer su curiosidad. Se trataba de una campesina que había perdido a su marido por la sed en la travesía del batel.

Los encerraron en una gran jaula de madera y, poco a poco, la gente del lugar fue arremolinándose a su alrededor. No llevaban ningún arma pues todas se les habían hundido en el naufragio. No eran más que siete españoles de los cuales solo Valdivia y Gonzalo eran soldados. ¿Qué podían haber hecho?

Cuando la plaza se hubo llenado de gente apareció un indio gordo y viejo que parecía principal. Caminaba con cierto deje aristócrata y la gente se apartaba a su paso. Llevaba una larga cabellera negra adornada con plumas de diversos colores, vestía con mantas y trapos y llevaba un sinfín de ornamentos colgados por el cuerpo. Dijo unas palabras y varios de sus guerreros se acercaron a la jaula y abrieron la puerta. Los españoles, temiendo lo que iba a ocurrir, se agarraron unos a otros con fuerza. Sus vestimentas estaban prácticamente hechas jirones e Isabel gimoteaba asustada mientras los indios iban entrando. Cogieron a uno de los marineros por las piernas y comenzaron a estirar. Valdivia les gritó que no se soltaran y durante unos instantes resistieron los tirones. La muchedumbre comenzó a abuchearles en aquel momento y los guerreros sacaron sus macanas para golpearles con fiereza. Jerónimo recibió un fuerte golpe en las costillas que lo derribó de modo que, cuando consiguió ponerse de nuevo en pie, ya habían extraído al marinero, que se llamaba Diego y era natural de Toledo. Habían vuelto a cerrar la jaula y nada pudieron hacer mientras veían cómo arrastraban a su camarada hasta una gran piedra que parecía un altar. Estaba adornada con bajorrelieves que representaban águilas y otras bestias.

La escena fue rápida y, mientras Jerónimo la rememoraba, cerró con fuerza sus mandíbulas consumido por la ira. Despojaron a Diego de su camisa y lo amarraron a la piedra. El hombre de la melena negra comenzó una plática que pareció arengar a la muchedumbre y sacó de su cinto un cuchillo de filo negro. Sus palabras melódicas parecían embaucar a todos aquellos indios y, justo cuando emitió unas sílabas que parecieron chasquidos, hundió la hoja sobre el pecho del marinero, que gritó de dolor mientras un chorro de sangre regaba su torso. Aquellos aullidos de desesperanza mordieron en lo más hondo de sus almas y ninguno de ellos pudo seguir mirando cuando vieron cómo el indio, tras introducir su brazo en la herida, sacó el corazón del que había sido su compañero de fatigas. La muchedumbre estalló en una algarabía desquiciada y,

cuando sintió que se derrumbaba moralmente, oyó las palabras de Valdivia.

— Querrán matarnos uno a uno así que esto será lo que haremos. Cuando vuelvan a entrar me presentaré yo voluntario. No ofreceré ningún tipo de resistencia para que bajen la guardia y cuando esté sobre la piedra de sacrificios me volveré contra ese demonio emplumado. Aprovechad ese momento para huir. La gente estará desconcertada y estas tablas no parecen muy fuertes; podréis romperlas.

Apenas pudieron rebatir aquella orden pues los indios irrumpieron de nuevo en la jaula. Valdivia se separó del grupo y con gestos violentos les hizo entender que podía llegar solo hasta la piedra. La muchedumbre guardó silencio y el conquistador aprovechó para gruñir:

— ¡Os voy a demostrar cómo muere un valeroso castellano!

Gonzalo Guerrero organizó al resto de supervivientes para colocarse en la parte posterior de la jaula. Buscó la tabla que parecía más endeble e indicó por señas que era allí donde todos debían empujar.

— Hagamos que su muerte no sea en vano— dijo.

Jerónimo no llegó a ver qué ocurrió con Valdivia porque se encontraba demasiado concentrado en la madera que tenían que romper y por la que tenían que escapar. El silencio continuó hasta que oyeron gritar al español. No fue un alarido de dolor, sin duda alguna, era un aullido de ataque. En lo más profundo de su ser deseó que hubiera conseguido matar a aquella especie de sacerdote indio de largos cabellos negros pero no tuvo tiempo de comprobarlo. La muchedumbre comenzó a gritar asustada por lo que aprovecharon para empujar. El barrote cedió con mayor facilidad de la que pensó en un principio y los cinco salieron estrepitosamente por la abertura. Varios niños que se encontraban en aquella posición vieron el intento de huida y comenzaron a chillar señalándolos. Gonzalo, que además de ir a la cabeza de la expedición evasiva temió que pudieran dar la alarma, los arrolló sin miramientos derribando a varios de ellos.

El fraile intentó recordar lo que había ocurrido después pero los recuerdos no vinieron a su mente. Tenía demasiado miedo y, cuando quiso darse cuenta, estaba corriendo solo por la selva. Al principio los indios le perseguían pero tenía que haberlos despistado.

— ¿Quién te mandaba venir a Indias, Jerónimo?— se quejó con voz trémula.

Unos ruidos en la maleza le hicieron agazaparse de nuevo en el suelo y prestar atención a todo lo que le rodeaba. Pisadas; se acercaba alguien. Miró en dirección al lugar del que venían los sonidos y esperó pacientemente. Temió que aquellos indios emplumados aparecieran pero suspiró pesadamente cuando descubrió que se trataba de uno de los marineros. Estaba a punto de salir a su encuentro cuando algo en su forma de andar le hizo desistir de aquel intento. Parecía tambalearse de lado a lado como si fuera ebrio y llevaba en la cabeza una tremenda herida sangrante. El fraile agudizó su vista y quedó totalmente horrorizado cuando se percató de que tenía parte de su cráneo hundido hacia dentro. Había perdido la cabellera en aquella zona y la pulida bóveda craneal, más blanca que un amanecer, resplandecía entre aquel mar rojo.

— ¡Santa María!— exclamó.

El marinero se desplomó en el suelo y antes de que llegara a caer de bruces fue socorrido por Isabel López, la campesina rubia. Le ayudó a tumbarse boca arriba mientras lo tranquilizaba con palabras dulces y, haciendo un gesto rápido, aprisionó con sus dos manos la cabeza del herido volviendo a poner en su sitio el hueso que se había hundido. El fraile pensó que iba a desmayarse ante la visión de aquella muestra de cirugía improvisada pero de nuevo volvió a quedar sobrecogido cuando vio cómo una flecha apareció de la nada y quedó clavada en el pecho de la mujer, que apenas reaccionó. Mientras Isabel miraba hacia abajo y veía cómo su sangre comenzaba a teñir su vestido blanco, otra flecha que surgió de la maleza fue a impactar sobre su cuello derribándola. Apenas tuvo tiempo de estirar las piernas antes de caer y quedó doblada sobre sí misma. Los indios de guerra no tardaron en aparecer y parecían reír ante la visión de la mujer despatarrada. Uno de ellos, que parecía muy mayor, al ver que aún se movía parcialmente, le arrojó desde escasa distancia su jabalina

atravesándola de nuevo.

— ¿Dios... cómo puede existir en la Tierra esta maldad?— murmuró el fraile.

Mientras Jerónimo pronunciaba aquellas palabras sintió una presencia a su derecha. Fue un sonido de hojas al mecerse y, aunque se giró rápidamente para ver de qué se trataba, no pudo más que atisbar un par de plumas, una tez morena y el filo de piedras cortantes de una macana que avanzaba a toda velocidad hacia su rostro. El ruido del golpe fue lo primero que sintió, después vio alguna estrella y luego negro; su mente quedó sumida en la más densa de las negruras.

Capítulo II:

Octubre de 1518, Santiago de Cuba.

Pedro de Alvarado recorría a grandes zancadas los frescos pasillos de la casa solariega que hacía las veces de cabildo de la ciudad. La mañana era calurosa y había sido toda una satisfacción entrar en aquel edificio. Acostumbrado a la brisa marina que había refrescado su cuerpo durante los últimos días, el nuevo contacto con la gente de una ciudad como aquella le incomodaba. De momento no se había juntado con nadie bajo aquellas cuatro paredes a parte del alguacil que lo había recibido en la entrada y que ahora le seguía a duras penas dada la velocidad que llevaba. Las ropas de Alvarado estaban desgarradas por las penurias que había pasado durante las últimas semanas pero había decidido encontrarse con Diego Velázquez de aquella guisa; la noticia que portaba era realmente importante. A cada paso que daba, sus pesadas botas retumbaban creando una melodía acompañada que era adornada con el mismo ritmo por el sonido que emitía su larga espada al tintinear con la hebilla del cinturón.

No esperó a que le abrieran las grandes puertas de madera. Antes de que el alguacil pudiera adelantarlo empujó con decisión el pomo y las abrió de par en par. Dos hombres, en el interior de la estancia, dejaron sus quehaceres y miraron con sorpresa al recién llegado. La habitación estaba sumida en la penumbra dado que las cortinas se encontraban prácticamente echadas para proteger de los rayos solares matinales caribeños. Pese a ello, los dos hombres trabajaban en tareas administrativas leyendo y escribiendo en sendas hojas de papel. Al principio sus ojos tuvieron que adaptarse a la nueva intensidad lumínica por lo que los inquilinos lo recibieron primero.

— ¡Don Pedro de Alvarado!

— Para servir a vuestra merced.

Los dos hombres soltaron rápidamente los documentos que estaban manejando y se encaminaron con presteza hacia el visitante. Uno de ellos era Diego Velázquez de Cuéllar, teniente del gobernador y mayor autoridad de la isla de Cuba. Se trataba de un rechoncho segoviano de algo más de cincuenta años que, pese a su edad, seguía mostrando un vigor y una presencia física poco común. Su cara estaba matizada por una barba invadida por las canas y las entradas habían comenzado a asomar en su frente. Sus mejillas, encendidas en un color rosado, le hacían parecer más joven. El otro hombre era un burgalés de aproximadamente la misma edad llamado Amador Lares, también entrado en canas. Decíase de él que había pasado veintidós años viviendo en Italia y que aquella experiencia lo había convertido en un maestro de la intriga. En Cuba desempeñaba el cargo de contador real.

— ¿Qué nuevas nos traéis?— preguntó atropelladamente Velázquez—. ¿Qué ha sido de la expedición de mi sobrino?

— El capitán Juan de Grijalva sigue rescatando oro en las nuevas tierras descubiertas.

— ¿Habéis venido solo vos?— preguntó esta vez Lares.

— He venido en el bergantín San Sebastián con los heridos y todo el oro que hemos rescatado por decisión de Grijalva. Es una historia larga pero...

— ¿Cuánto oro habéis rescatado?— le interrumpió Velázquez.

— La suma asciende a unos dieciséis mil pesos de oro— contestó el conquistador sin dar mucha importancia a la cantidad.

Velázquez no pudo evitar esbozar una sonrisa. Oro, la expedición había dado sus frutos y en aquel bergantín le esperaba una jugosa cantidad del precioso metal rescatado a aquellos paganos en taparrabos.

— Tomad asiento y bebed una copa de vino, don Pedro— se apresuró a decir Lares acercándole una silla.

— Estoy mejor de pie, gracias— rehusó.

Los dos hombres se fijaron bien en aquel recio conquistador, natural de Badajoz, que rondaba los treinta y cinco años. Se trataba de un capitán alto y fornido. Entre las rasgadas de sus vestimentas pudieron apreciar unos definidos músculos que resultaban temibles cuando blandían aquella larga espada toledana que pendía de su cinturón. Su mirada era profunda y, junto con su media melena rubia, sus barbas ralas del mismo color y la prominencia de aquellos pómulos tan marcados, le confería una expresión dura.

— ¿Y qué os ha acontecido?— preguntó Velázquez ansioso—. ¿Qué os ha traído por aquí?

— Los indios nos han golpeado con fiereza y hemos recibido muchos heridos. Aquellas tierras están pobladas por otras razas, no son como los que hemos encontrado hasta ahora. Los capitanes tuvimos ciertas desavenencias con Juan de Grijalva y es por ello por lo que estoy aquí hoy.

— ¿Recibisteis el refuerzo de Cristóbal de Olid?— preguntó Lares.

— ¿Olid?— se sorprendió Alvarado—. No. Cuando yo me despedí del resto de la tropa no había llegado. Tampoco lo he visto de camino a Cuba.

— Envié hace unos días a Olid con noventa hombres y bastimentos para buscar a vuestras mercedes. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias y empezaba a estar preocupado— aclaró Velázquez.

— De poco servirá esa medida— sentenció el conquistador.

— ¿Qué insinuáis?— preguntó el teniente.

— Que Grijalva no tardará en regresar a Cuba. No va a poblar aquellas tierras, no lleva idea de ello. Son ricas y están llenas de indios que visten con mantas y portan armas y joyas muy elaboradas. Todos los capitanes le dijimos que sería conveniente establecerse, poblar y pedir refuerzo pero no nos escuchó.

— ¿Es por eso por lo que estáis aquí?— preguntó Lares.

— Sí. Me despachó con los heridos y el oro para dar carena al bergantín,

que ya hacía aguas. No han quedado muchos hombres bajo su mando y no aguantarán mucho allí. Volverán habiendo perdido una gran oportunidad de establecerse... bueno, volverán si no los exterminan primero.

Diego Velázquez comenzó a ponerse rojo. La ira estaba empezando a consumirlo y la vena de su cuello se hinchó hasta el punto de que parecía que iba a explotar. Lares advirtió aquel cambio en su compañero y se apartó cierta distancia.

— ¡Valiente cretino! Ese sobrino mío es idiota— estalló.

Alvarado no dijo ni una palabra para contradecirle. En el fondo, se sentía muy agradado por aquella reacción dado que era aquello lo que buscaba. Grijalva no quería poblar pero había adornado con sus palabras los acontecimientos para que parecieran más punibles. En ningún momento había establecido una relación de subordinación frente a él, ni siquiera de amistad. Alvarado era un hombre imponente, tanto física como psicológicamente, y una persona como Grijalva no iba a hacerle sombra. Podría ser su superior en aquella expedición pero no iba a seguir ciegamente a alguien que no sabía mandar. Reconocía que tonto no era, ya que mandarlo a él de regreso a Cuba había sido una inteligente manera de quitárselo de encima, pero sabía que no iban a durar mucho sin su presencia en aquellas tierras.

— Ese Francisco de Garay, el gobernador de Jamaica, está ya ansioso por partir al descubrimiento de nuevas tierras y mis hombres no son capaces de afianzar las que han pisado— continuó Velázquez sin esperar respuesta de los demás—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

— Nosotros hemos llegado primero...— intentó decir Lares.

— ¿De qué ha servido?— respondió Velázquez clavando una mirada desquiciada en el contador—. Rescata un puñado de oro y vuelve con el rabo entre las piernas. No podemos esperar más, hay que organizar una nueva expedición a rescatar, fundar y poblar aquellas tierras.

— Es una buena idea— corroboró Lares—, pero, ¿cómo pensáis

conseguir la autorización para la conquista? Acudiréis de nuevo a los monjes Jerónimos o iréis a pedir audiencia en Santo Domingo.

— Esta vez no hay tiempo para esos menesteres, necesitamos comenzar con los preparativos cuanto antes.

— ¿Partiréis sin autorización?

— La pediré al mismísimo rey Carlos si se hace necesario.

— Señores míos— interrumpió Alvarado clavando la vista en el teniente—. Saben vuestras mercedes que este capitán queda a vuestra entera disposición para cualquier misión a realizar en aquellas tierras. De lo que he conocido allí sé que alberga muchas riquezas y secretos y vive Dios que siento la necesidad y el deseo de desentrañarlos.

— Don Pedro— dijo Lares—, sabias y acertadas son vuestras palabras. No dudéis que os tendremos en consideración a la hora de elegir a los hombres que marcharán en esa misión. Ahora podéis marcharos y disfrutar con vuestros soldados de un merecido descanso en la ciudad. Ya os requeriremos para que nos pongáis al tanto de los pormenores de vuestra expedición. También pasaremos al San Sebastián para hacer inventario de los tesoros y el oro que habéis rescatado así como para sacar el quinto del rey.

— Sea pues— sentenció Alvarado inclinando levemente la cabeza.

Acto seguido, se dio la vuelta girando sobre los tacones de sus botas y se marchó dando zancadas largas, tal y como había venido.

Capítulo III:

Los tripulantes del navío se arremolinaron en la cubierta de proa para visualizar con detalle la porción de tierra a la que iban a arribar en breves. No eran muchos pero, dado el no muy extenso porte de la embarcación, tuvieron que apretarse unos con otros para poder permanecer en primera fila. Justo delante de ellos se encontraba la isla Fernandina, o Cuba, tal y como la llamaban los indígenas y los primeros conquistadores que la habían poblado. Algunas pequeñas embarcaciones a remo faenaban en las aguas próximas y una multitud de gaviotas revoloteaba justo encima de ellas esperando que algún pez escapara de las redes para poder abatirse sobre él. Los pescadores se detuvieron en su labor durante unos instantes y comenzaron a señalar el navío que se acercaba intentado averiguar de quién se trataba.

Pedro Sánchez Farfán oteaba desde cubierta, como todos los demás, a los pescadores, pero no podía estar tan tranquilo como el resto de la tripulación. Justo a su lado, una gran bola peluda intentaba a toda costa poner sus patas delanteras sobre la barandilla con el propósito quizá de saltar al mar y llegar nadando hasta la playa. Se trataba de Ventisca, su perro, un mastín de los Pirineos que, pese a tener poco más de un año, había alcanzado un tamaño descomunal. Farfán sabía que el animal, al igual que él, odiaba el barco ya que ambos llevaban unos dos meses dando tumbos en él y vomitando cada dos por tres. Hacía escasos días que el can había conseguido estabilizar sus intestinos pero aquello parecía no importarle, veía tierra y quería ser el primero en pisarla. Pese a ser pacífico y tranquilo, ahora estaba muy inquieto y movía frenéticamente la cola.

— ¡Este grandullón es el que más ganas de llegar tiene de todos!— rió un hombre que se encontraba a su lado.

Se trataba de Juan Ortega, un veterano de las guerras de Italia que había decidido finalmente embarcarse a buscar fortuna en las Indias. Rondaba los cuarenta años y, aunque era de estatura media y no muy musculoso, aparentaba ser poseedor de un gran vigor y resistencia. Tenía algunas cicatrices en el rostro

y en los brazos y llevaba una barba en la que ya se vislumbraban las primeras canas. Se habían conocido en el viaje y se habían hecho íntimos amigos. Farfán pudo visualizar esa resolución y confianza que emanaba de los soldados viejos. Había oído infinidad de historias de batallas en las que había estado su compañero. Ortega le había hecho soñar, en las aburridas tardes de navegación, con sus andanzas por la Reconquista, el Mediterráneo, los franceses, italianos, venecianos... Sin aquella ruptura con el tedio pensó que podría haber perdido la cabeza. Además de ello, veía cierta similitud en aquel hombre con su padre, que también había sido soldado en sus tiempos mozos y que ahora había quedado ya lejos, en una pequeña hacienda sevillana, con su madre y el resto de sus hermanos.

— ¡Yo también tengo ganas de pisar las tierras del otro lado del océano!— gritó emocionado un niño justo al lado del hombre.

Éste era el hijo de Ortega, y dado que compartía nombre y apellido con su padre, todo el mundo lo llamaba Orteguilla. Era, sin lugar a dudas, el individuo más joven de la expedición ya que solo tenía doce años. Aunque no iba a ser el único niño de la isla, su presencia seguía siendo, en cierto modo, excepcional, y había contribuido a animar el viaje con su inocencia y la ilusión que reflejaba cada vez que descubría o aprendía algo nuevo.

Padre e hijo eran asturianos y, como había podido conocer Farfán, viajaban a Indias huyendo de un trágico drama que habían vivido en España. Ortega, que se ganaba el sueldo como soldado en Italia, tuvo noticias por carta de que su mujer estaba gravemente enferma de pleuresía, pero cuando consiguió volver a su casa ya era demasiado tarde, había muerto. Permaneció allí varios meses con Orteguilla, su único hijo, que hacía años que no veía. Había amado tanto a su mujer que los recuerdos que le venían a la memoria cada vez que se encontraba en su casa lo atormentaban por lo que decidió venderla e irse con todas sus posesiones al Nuevo Mundo. Apenas había compartido ninguna experiencia con su hijo y pensó que sería bonito ver cómo se convertía en un hombre a su lado, pasando el máximo tiempo posible juntos.

— ¿Cómo vamos a encontrar a vuestro amigo en esta ciudad?— preguntó Farfán.

— Sabe que venimos en este barco— respondió Ortega—. Esto no es como el puerto de Sevilla, aquí no vienen barcos todos los días.

Farfán era un joven de dieciocho años que había salido de España buscando también una vida mejor. Era el tercer hijo de una familia en la que el padre era un veterano lisiado de la Reconquista que había perdido la movilidad en una pierna debido a una cuchillada que recibió de un moro en la toma de Granada. Los reyes tuvieron a bien otorgarle como reconocimiento una pequeña parcela en las afueras de Sevilla donde pudiera pasar el resto de sus días. El hijo no tenía mucho que hacer allí. No iba a heredar tierras porque tenía dos hermanos varones por delante y vestirse con el hábito no era algo que le entusiasmara. Ganarse la vida en la guerra, tal y como había hecho su padre, parecía la empresa más suculenta. Ahora lamentaba no haber practicado más con la espada en su niñez ya que, aunque sabía manejarla, no era un experto con ella, cosa que le hubiera servido de gran ayuda en el Nuevo Mundo. «Quizá más que saber leer y escribir como se empeñó mi madre en que aprendiera» pensó.

Su pelo era castaño y, como todos, se había dejado crecer una barba del mismo color. No tenía cicatrices, como la mayoría de las personas que iban en aquel barco, pero tampoco era un endeble. Pocos de sus compañeros de quinta habían conseguido alguna vez revolcarlo en el suelo en una pelea.

El navío siguió acercándose a la costa y, poco a poco, fue buscando su sitio en el embarcadero. La gente que deambulaba por el muelle también detuvo sus quehaceres para quedarse mirando a los recién llegados y Farfán pudo ver por vez primera a los indios. Había varios de ellos trabajando en el muelle. Tenían la piel morena, tanto como la de los jornaleros del sur de España después de trabajar todo el verano recogiendo la mies. Cuando pudo verlos desde más cerca comprobó que sus facciones eran muy diferentes a las de los españoles. Tenían la nariz más marcada y los ojos negros como los cabellos y, en cierto grado, rasgados. No llevaban barba ni tenían mucho pelo por el cuerpo.

— No esperéis grandes batallas aquí— le dijo Ortega—. ¿Sabéis cómo llaman a las acciones de conquista en esta tierra? Cabalgadas. Son solo eso, se suben a los caballos, corren detrás de los indios, los dispersan y ya tenemos una nueva isla para España.

— No venimos a quedarnos aquí, ¿no?— respondió Farfán—. Estas islas ya han sido pobladas.

Cuando echaron amarras al muelle la gente se colocó en fila con sus bastimentos para salir por las escaleras y pisar tierra. Se habían creado grandes expectativas y los vecinos de la ciudad saludaban y reían desde el suelo. Farfán esperaba, como todos los demás, a que la columna de personas que tenía delante avanzara. Se fijaba con detenimiento en todos los pequeños detalles de aquel lugar en el que iba a pasar los próximos años de su vida. Los árboles, tan diferentes, el olor, los sonidos de los pájaros, los edificios de madera y piedra que parecían menudencias comparados con las grandes obras que existían desde hacía años en España como los castillos, palacios y catedrales.

En su escrutinio vio algo que le llamó poderosamente la atención. Frunció los ojos intentando otear con mayor claridad. Se trataba de una joven de melenas castañas claras recogidas en una trenza que caminaba con gracia por una acera siendo seguida por un par de indios cabizbajos. Vestía con una falda larga y una camisa blanca cuyas mangas iban remangadas hasta los hombros. Un pequeño corsé acentuaba sus curvas pero estaba abierto por la parte anterior mostrando un bonito escote. Farfán pensó que debía ser de su edad pero quedó intrigado por aquella resolución y arrojo que emanaban de su persona. ¿Dónde iría? Parecía acercarse al barco por lo que, en un principio, dedujo que quizá esperaba encontrar en él alguna carta o mercancía.

Tan absorto se encontraba en el andar de aquella joven que apenas se dio cuenta cuando la fila de pasajeros comenzó a avanzar. Antes de que pudiera dar el primer paso sintió un golpe en la espalda.

— ¡Camina Farfán! ¿O es que te quieres volver a casa?

Se trataba de Juan de Pila, un soldado bravucón y arrogante con el que había tenido la desgracia de compartir viaje. Había decidido evitarlo en la medida de lo posible porque cada vez que se cruzaba con él en cubierta, sobre todo si había más gente presente, solía importunarle con comentarios ofensivos. En cada ocasión se le ocurrían unos nuevos pero lo que más le ofendía era cuando insinuaba que sus antepasados no tenían la sangre limpia. No solía

decirlo directamente pero dejaba caer con algún comentario, siempre en plan chascarrillo, si quizá su abuela había sido mora o judía. Farfán no podía tolerar aquello ya que, hasta donde alcanzaba su memoria, solo había tenido antepasados castellanos o aragoneses y cristianos. En varias ocasiones habían llegado a los puños y en una, si no hubiera sido porque los separaron los marineros, uno de los dos podría haber perdido la vida.

— Ahora no— le tranquilizó Ortega—. No vamos a montar el teatro nada más llegar a la isla. Este sitio es pequeño y si uno coge mala fama nada más llegar no habrá nada que la pueda hacer desaparecer.

Decidió ignorar una vez más a aquel hombre y volvió la vista al embarcadero para seguir disfrutando con la vida marítima mientras comenzaba a bajar las escaleras. En cuanto puso el pie en el primer peldaño volvió a ver a la joven con la que se había ensimismado hacía escasos momentos. Estaba dando órdenes a los indios para que cargaran una caja de madera que se encontraba justo al lado de una pequeña barca que acababa de arribar no muy lejos de donde se encontraban. El joven no podía entender por qué se sentía tan intrigado por ella pero, cuando repentinamente sus miradas se cruzaron, se sonrojó y bajó la vista a las escaleras. La mujer debía haber sentido curiosidad por los recién llegados y por eso había mirado en aquella dirección. Farfán no esperaba que fuera a entablar contacto visual justamente con él y por eso había reaccionado de aquella manera. Cuando volvió a fijarse en ella se tranquilizó al darse cuenta de que había vuelto a su faena dirigiendo a los indios calle arriba con la caja a cuestas.

— Acabáis de pisar las Indias— le dijo Ortega sacándolo de sus ensimismamientos—. Acabáis de hacer lo que ni un uno por ciento de los españoles ha hecho nunca. Es un momento trascendental en vuestra vida y parece como si no estuvierais aquí.

— Es solo... nada.

Los tres recién llegados se quedaron quietos en el muelle esperando como unos pasmarotes. No había ni rastro del amigo de Ortega, el hombre que se suponía que iba a recibirlos. No se extrañaron por aquello ya que en aquella

isla no había manera de saber el día exacto en el que iba a llegar un barco que salía de España. No tenían ni la más mínima duda de que, en cuanto tuviera noticias de que estaban allí, iría en su búsqueda.

Farfán intentó localizar en la multitud al propietario de la embarcación. Jamás había oído hablar de él pero debía ser una persona rica en la isla ya que había importado un cargamento entero de buenos vinos. Ellos habían viajado pagando unos escasos maravedíes en el espacio que sobraba pero las bodegas estaban llenas de botellas de aquel fluido que hacía perder las penas a los hombres.

No supo si estaría allí o no ese tal Hernando Cortés, el propietario. Quizá, al igual que el amigo de Ortega, aún no sabía que había llegado su barco.

Capítulo IV:

— Hace dos días mandé a mi capellán, Benito Martín, de regreso a España para pedir autorización para las incursiones en las nuevas tierras descubiertas, el Yucatán— introdujo Diego Velázquez a los dos hombres que ante él estaban sentados; Amador Lares y Andrés de Duero.

Los había reunido en el mismo lugar al que había llegado Alvarado hacía unos días portando las noticias sobre la fatídica expedición de Grijalva. Desde entonces no había parado de reflexionar sobre cuáles serían los siguientes pasos a seguir de acuerdo a sus intereses. En un principio, se dedicó a inventariar el tesoro que había rescatado su sobrino a los indios. No era mucho pero todo indicaba que podrían ser las primeras piezas de muchas otras, no cabía duda de que aquel lugar era un filón.

Una vez guardado el oro y extraído el quinto del rey, procedió a embarcarlo en uno de sus navíos para mandarlo directamente de regreso a España. Con él enviaba a Benito Martín, sacerdote de confianza suya. Se había reunido en secreto con él para darle las instrucciones precisas de lo que debía hacer. En aquellos días había un vacío legal en la administración de las Antillas y, ante aquello, solo con astucia se podía salir victorioso. Un teniente de gobernador como él, aunque era la máxima autoridad de Cuba, no podía organizar una expedición como la que tenía en mente para poblar nuevas tierras. Tenía que pedir permiso a la Audiencia en Santo Domingo, el organismo encargado del gobierno de los territorios españoles en el Nuevo Mundo, pero desde la destitución de Diego Colón, el hijo del Almirante, la competitividad de esta institución se había visto mermada. Para la anterior expedición que había preparado al mando de su sobrino Juan de Grijalva se había aferrado a un pequeño resquicio legal. Pidió permiso a los monjes Jerónimos y éstos la autorizaron, aunque la vendió como una expedición de exploración. Dio esas instrucciones al capitán pero aún se consumía por dentro cada vez que pensaba hasta qué punto las siguió fielmente. No le dijo abiertamente que poblara aquellas tierras pero supuso que, viendo las riquezas que parecían poseer, su

sobrino habría llegado a la conclusión de que aquello sería lo mejor. La noticia que le acababa de dar Alvarado de que no llevaba idea de establecerse había resultado demoledora.

En esta ocasión no iba a pedir audiencia a Santo Domingo ni a los monjes. Iría directamente a España con su capellán. Antes de partir lo citó en aquella misma sala y le explicó con detalle lo que tenía que hacer. Llenó sus bolsillos con parte del oro y las joyas que había traído Alvarado y le dijo:

— Esta parte es para el obispo Juan Rodríguez de Fonseca. Enviadle recuerdos de mi parte pues no hay un solo español que pueda cruzar el océano Atlántico sin su consentimiento. Esto de aquí es para el Licenciado Luis Zapata. Esta pequeña parte para Lope de Conchillos, entendido en temas de Indias. Quiero que todas vuestras palabras sean halagos y ceremonias. Esto es para vos, para que cumpláis la misión con gusto y diligencia.

— Vuestra merced es muy generosa— se limitó a responder el capellán.

Velázquez pensaba que con aquello bastaría. De cualquier forma, no iba a esperar tampoco a que el sacerdote regresara con la autorización, la nueva expedición tenía que salir cuanto antes. Aquello era una carrera contrarreloj y él no era el único corredor. Había otros interesados en fundar villas en aquel pedazo de tierra y temía que Francisco de Garay, el gobernador de Jamaica, se le adelantara.

«Yucatán, ¿qué tierras serán esas?» pensó.

Por lo que había aprendido al interrogar a los heridos y marineros que habían vuelto con Alvarado supo que los lugareños llamaban a aquel lugar Yucatán. Ahora, él se refería de aquella manera a esas tierras pero no sabía mucho más de ellas. Parecían estar llenas de indios y, por lo que le habían contado, no estaba ocupada por tribus primitivas como las de las islas antillanas. Allí parecía haber cierta organización jerárquica, casas de cal y canto, riquezas, arte... era probable que hubiera reinos como los que había en Europa. Los indios del Caribe no sabían apreciar el oro, ni siquiera tenían moneda y malvivían intercambiando lo que cazaban o pescaban. En su mente se dibujaba

la idea de que un reino era una organización muy superior, aunque vistieran semidesnudos no podían manejarse con tales rudimentos. Allí habría oro y joyas en abundancia. Era un bocado demasiado jugoso y cada hora que pasaba le resultaba una agonía pues se imaginaba a otros adelantados poblando esas tierras antes que él.

— Tal y como están las cosas parece lo más acertado— corroboró Andrés de Duero.

Aquel hombre era uno de sus secretarios. Se trataba de una persona inteligente, de mediana edad y le había sido de gran utilidad a la hora de administrar aquella isla. Junto con Amador Lares, el contador, eran los hombres en quién más confiaba para aquel cometido.

— Es muy probable que nos den el visto bueno— añadió Lares—, pero aunque no lo hagan, la misión puede justificarse por sí sola. Grijalva puede estar en peligro, ya hemos oído a Alvarado. La siguiente misión será de rescate y luego... que pase lo que tenga que pasar.

— Así es— sentenció Velázquez.

— De cualquier forma, si queremos empezar con los preparativos, tenemos que elegir quién va a capitanear la expedición— apuntó Duero.

— Narváez— respondió Velázquez hundiéndose en su sillón con resignación.

— ¿Pánfilo de Narváez?— preguntó sorprendido Lares—. Sabéis que vuestro lugarteniente marchó a España.

— Él me resultó indispensable para ganar esta isla a los indios. Es valiente, sabe mandar y es efectivo.

— No fue el único que os ayudó a conquistar Cuba— apuntó con malicia Lares—, además no ganamos nada hablando de él. Necesitamos a un hombre que esté presente ahora en la isla. ¿Habéis hablado ya con alguien?

— Sí— respondió Velázquez rascándose su incipiente barriga—. Le dije a Baltasar Bermúdez.

— ¿Y?

— ¡Ese imbécil me pidió tres mil ducados!— respondió colérico haciendo bailar sus mofletes.

— ¿Y en alguien más?— preguntó esta vez Duero.

— Había pensado en Vasco Porcallo. Podría ser un buen capitán.

— Quizá resultaría demasiado buen capitán— añadió Lares con aquella voz susurrante y pausada que poseía.

— ¿Qué insinuáis?— preguntó Velázquez frunciendo el ceño.

— ¿Acaso no escucháis a la gente en esta isla?— comenzó a disertar el contador—. Uno puede aprender más de los habitantes de este lugar pasando una tarde en cualquiera de las tabernas de la ciudad que yendo casa por casa y preguntando.

— ¡Id al grano!— le espetó impaciente el teniente—. Puede ser que esa forma tan retórica de hablar guste en Italia pero aquí no nos gusta andarnos con rodeos.

— Es demasiado osado— sentenció Lares—. He oído hazañas formidables de ese hombre, es demasiado independiente y tiene aires de grandeza. ¿Qué pasaría si nada más conquistar el Yucatán decide fundar una gobernación propia y desligarse de vos? ¿Y si no os reconoce como superior?

— Yo estoy de acuerdo con vos— añadió Duero.

Velázquez se cruzó de brazos y resopló. Sabía que Lares tenía razón pero se sentía molesto porque no había barajado aquella posibilidad y se acababa de quedar sin candidatos. En su mente volvió a aparecer Garay desembarcando en el Yucatán con miles de indios rindiéndole pleitesía. Intentó borrar aquellas

imaginaciones diciendo estrepitosamente:

— ¿Y en quién habéis pensado vos?

— Yo creo que el hombre más indicado para esta empresa es Hernán Cortés.

— ¡No!— estalló el teniente.

— No descartéis la idea tan pronto— volvió a decir con paciencia Duero—. Aunque no os guste sabéis tan bien como yo que no hay otro candidato más idóneo. Ha sido escribano en la villa de Azúa, alcalde de Santiago de Baracoa, tesorero durante las cabalgadas de Cuba y fue vuestro secretario.

— Fue mi secretario, sí— corroboró Velázquez—. Vos y él erais mis secretarios en aquellos tiempos pero también recordaréis porqué dejó de serlo.

— Puede que aquella vez no hubiera entendimiento pero esto es totalmente diferente. Estamos hablando de mandarle a él a la cabeza de las huestes, lejos de aquí. Lo que pasó hace años es ya cosa del pasado. Hubo desavenencias pero reconoced también que lo mandasteis preso en varias ocasiones y le obligasteis a contraer matrimonio— puntualizó Duero.

— Claro que le obligué— dijo Velázquez sin poder evitar esbozar una sonrisa recordando aquel acontecimiento—. No se puede ir de mujeriego por la vida como va ese hombre, alguien tenía que hacerle rendir cuentas. Pero cuando entró armado en mi casa a pedírmelas a mí... ese día rompí todo trato con él.

— Pero al final acató vuestras órdenes y os mostró obediencia. Ahora casado está y rige con buen hacer su hacienda en Santiago de Baracoa. No ha vuelto a importunaros desde entonces.

— Eso es cierto— reconoció Velázquez mirando al suelo.

— Yo estoy de acuerdo con don Andrés— aportó Lares—. Cortés será bravo pero es un gran administrador. Él solo ha levantado su hacienda de la

nada y la ha convertido en la mejor de la isla. Además se dedica a la mercadería como si hubiera heredado el arte de sus antepasados siendo que su padre solo fue un pobre soldado en la Reconquista. Tiene varios navíos y es rico, muy rico. Tiene tanto dinero e influencias que podría montar la expedición él solo. Solamente tendréis que aportar una pequeña parte.

— Entiendo a dónde queréis llegar— respondió comenzando a entusiasmarse el teniente.

— Además— prosiguió el contador—, es bachiller en leyes, estuvo en Salamanca. Sabe latín y es muy inteligente. También sabe tratar a los hombres y, aunque no haya dirigido nunca a la tropa, no me cabe duda de que sabría imponer respeto y obediencia.

— Y es harto diestro en el manejo de la espada así como en la equitación— añadió Duero.

— ¡Y harto amigo vuestro también!— dijo con picardía Velázquez poniendo una mueca.

— Sí, lo es— se excusó Duero con expresión sincera—, pero no por ello deja de ser el más indicado.

Velázquez permaneció unos instantes dubitativo escrutando con la mirada las facciones de su secretario. En el fondo, sabía que sus interlocutores tenían razón. Hernán Cortés podía ser un hombre osado, un poco bullicioso, pendenciero e insolente pero no había otra persona a la que le fuera mejor aquel cargo. Cuando finalmente se dio cuenta del hilo que estaban llevando sus pensamientos sentenció resignado:

— Mandad una carta a don Hernando Cortés, pues.

Capítulo V:

Hernán Cortés se encontraba sentado a la sombra de un platanero. Se trataba de uno de sus lugares favoritos ya que, al estar algo elevado, la brisa corría y le refrescaba y, por otro lado, desde allí tenía una vista perfecta de toda su hacienda. Se detuvo unos instantes mirando su casa de piedra y cómo en el exterior algunos indios realizaban diversas labores domésticas. A no mucha distancia de allí, un par de perros jugueteaban dando saltos y ladrándose el uno al otro. Dado el revuelo que estaban montando, el resto de animales de su propiedad se mantenían a una prudente distancia de los canes. Vacas, ovejas, cerdos, gallinas y algún caballo pastaban tranquilamente por las lindes de su propiedad. Unos indios reparaban la empalizada que separaba los árboles frutales que había plantado el año anterior de las bestias, aún eran demasiado pequeños como para sobrevivir a un pisotón o al mordisco de una vaca hambrienta.

La paz podía palpase en el ambiente. Los pájaros piaban despreocupados y el sol se había ocultado detrás de unas nubes por lo que la temperatura se había suavizado. Hernán podía haber estado disfrutando de aquella tranquilidad pero su cabeza bullía en cuentas matemáticas y divagaciones. Pensaba en la lana que iban a producir las ovejas este año, en si podría vender la leche de las vacas a un buen precio, cuánta cantidad de cueros podría aceptar el mercado local y si merecía la pena enviarlos a España, qué haría con el pequeño potrillo que acababa de nacer, cuándo tendría noticias de su cargamentos de vinos, que tenía que llegar de un momento a otro.

Repentinamente, su mujer, que se llamaba Catalina Suárez, salió corriendo de su casa y comenzó a gritar a un indio que se había acercado demasiado a un grupo de sábanas recién lavadas que se estaban secando tendidas al sol. El hombre no entendía ni una sola palabra de lo que le decía la mujer pero se lamentaba con gestos, dándose cuenta de que había hecho algo mal. Las sábanas no parecían sucias y su esposa se estaba ofuscando tanto que pensó que estaba reaccionando desproporcionadamente. El indio, finalmente, se marchó del lugar, y Catalina comenzó a toser frenéticamente tapándose la boca

con su pañuelo. A Cortés le parecía que su mujer siempre se estaba quejando de una cosa u otra. Cuando no eran los ataques de tos le dolía la espalda o la tripa. A veces llegaba a berrear y llorar del dolor y en alguna ocasión había llegado a desmayarse. Aquella era su forma de vida, siempre había sido una mujer frágil y delicada.

Cuando intentó volver a sus cálculos se dio cuenta de que no podía, un nuevo sentimiento había invadido su mente. No era la primera vez que sentía aquello y era algo que detestaba. Aún no sabía muy bien de qué se trataba, era una especie de soledad, un vacío que le hacía pensar que estaba malgastando su vida, que sus días pasaban uno tras otro sin que hiciera nada más provechoso que criar animales y mercadear. Se le daba bien eso, de hecho era una de las personas más ricas de Cuba, pero en ocasiones esas actividades se le antojaban tan irrelevantes e intrascendentes que sentía estar desperdiciando su potencial.

Tenía una gran hacienda y se codeaba con los hombres más influyentes de la isla. Organizaba buenas partidas y fiestas en su casa y cuando se acercaba a la ciudad todo el mundo lo saludaba cordialmente. Su mujer estaba ahí y, aunque en ocasiones le resultaba un incordio, también sabía complacerlo. Era la perfecta anfitriona, siempre alegre y entregada con sus visitantes y amigos. No tenía ninguna queja de ella de puertas para afuera y, verdaderamente, cuando tenía sus ratos buenos resultaba encantadora, pero, por mucho que se esforzara, tampoco conseguía llenar con ella el vacío que lo atormentaba.

¿Por qué sentía aquello? Una parte de su mente sabía la respuesta, siempre la había sabido, pero él, inconscientemente, trataba de aplastar ese pensamiento pujante. En aquella ocasión, y bajo el platanero que le daba sombra, la pregunta vino a su cabeza más nítida que nunca. ¿Qué era un pobre mercader como él al lado de tantos grandes que había dado la Tierra? ¿Qué era comparado con Julio César, que conquistó las Galias? ¿Y con Alejandro? ¿Y qué había del Gran Capitán? Aquel hombre ni siquiera era un hidalgo como él, había ascendido de la nada y ahora su mero nombre hacía temblar a cualquier enemigo que quisiera entrometerse en los asuntos de España ¿Qué era su vida en comparación con aquellos hombres? Nada. Simple y llanamente nada. Nadie iba a pararse a leer sus hazañas nunca. Moriría y sus huesos irían a podrirse a las

entrañas de la tierra sin que nadie lo recordara cuando hubieran pasado cincuenta años.

¿Por qué nunca se había lanzado a protagonizar su propia hazaña? Sabía que hubiera sido un buen soldado ya que era diestro manejando todo tipo de armas y el valor no le faltaba. Cada vez que se lamentaba con esos pensamientos solía compadecerse pensando que la fortuna, o Dios, habrían querido que no dedicara su vida a la guerra. Ya lo intentó en sus tiempos mozos queriéndose enrolar con Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, para luchar en Nápoles, pero tuvo un accidente y no pudo marchar. También hubiera pasado antes a Indias si no fuera por aquella vez que se cayó desde una ventana, cuando huía de un marido enojado que lo había descubierto con su mujer. A punto estuvo de morir de aquella caída y, por si fuera poco, le reaparecieron sus fiebres cuartanas para quebrantar todavía más su salud. Más tarde, estando ya en Cuba, no destacó en ninguna hazaña bélica. Alguna cabalgada detrás de los indios y muchos méritos y halagos. Ya quiso partir con Nicuesa al Darién hace años pero volvió a tener mala suerte, una infección de la corva le impidió ir. Parecía que iba a estar condenado a permanecer en aquella granja hasta el fin de sus días.

Afligido como estaba por aquellos pensamientos no reparó en un jinete que se acercó hasta la puerta de su casa al trote ligero. Había levantado una nube de polvo a su paso y su mujer ya estaba recibéndolo y señalando la posición en la que se encontraba él. Cortés se sorprendió de cuán profundas podían llegar a ser las divagaciones que acababa de protagonizar para no darse cuenta siquiera de la llegada del mensajero.

El jinete descabalgó y ató su caballo a una de las arandelas metálicas que colgaban de la fachada de su casa. Tras ello, a paso seguro, se dirigió hacia el platanero, lugar donde Cortés se acababa de poner en pie y se limpiaba el polvo de sus calzas.

A no mucha distancia de allí, Francisco Dávila, un vecino cuya encomienda lindaba con la suya, sintió curiosidad por la llegada del mensajero y se acercó correteando hasta Cortés.

— ¿Noticias de la ciudad?— preguntó.

— Supongo que será mi cargamento de vinos— respondió Cortés con voz pausada.

Mientras el mensajero se acercaba hacia ellos fue sacando una carta de su cartera. Francisco echó una ojeada rápida a su vecino y amigo, al que siempre había admirado. Vestía impecablemente y con distinción pese a que lo único que hubiera estado haciendo, si no hubiera llegado aquel hombre, habría sido deambular por la hacienda todo el día. A sus treinta y cinco años de edad no era más que un hidalgo que había hecho algo de fortuna en aquella isla pero tenía el porte de un príncipe. Su mirada era penetrante pero reflejaba autodeterminación y astucia. No era una persona realmente musculosa pero estaba bien proporcionado, de pecho ancho y membrudo. Parecía ese tipo de personas que tienen más fuerza a base de nervio de la que aparentan a simple vista. Su cara estaba poblada por unas barbas ralas que ocultaban una cicatriz que le asomaba por el labio. No sabía de qué era pero sospechaba que se la habrían producido en alguna riña. Todos los que lo conocían sabían de su carácter altanero y bullicioso en determinados momentos.

— ¿Don Hernando Cortés?

— El mismo.

— Traigo una carta para vos, de Santiago de Cuba.

— ¿Quién la remite?

— Diego Velázquez.

— Interesante— se limitó a decir mientras entregaba un par de monedas al mensajero.

Mientras el jinete se alejaba en dirección a su caballo Cortés rompió cuidadosamente el sello de cera que había imprimido el teniente de la isla sobre aquel papel doblado. Su vecino parecía más intrigado que él mismo por averiguar qué ponía en la misiva. Antes de que Cortés acabara de leerla ya le

estaba preguntando:

— ¿Qué dice?

— Leedla conmigo— respondió inclinándose hacia él para que también pudiera echarle una ojeada.

Cuando Cortés acabó de leerla esperó a que Francisco también hubiera acabado. Aprovechó ese tiempo para reflexionar sobre lo que acababa de ver. La carta era muy inespecífica, estaba firmada por Amador Lares y Andrés de Duero. Eran dos amigos suyos que le instaban a ir a Santiago rápidamente para tener una entrevista con Diego Velázquez. Al principio le había extrañado que el teniente le escribiera después de las nefastas experiencias que habían vivido pero, al ver quiénes escribían realmente la carta, una vaga idea del significado que podía tener comenzó a dibujarse en su mente.

— ¿Quieren que vayáis a Santiago? ¿Para qué?

— No lo sé. ¿Vos qué creéis?

Francisco se encogió de hombros y respondió:

— Quizá ese gordo quiera volver a llevaros preso.

Los dos hombres estallaron en carcajadas. Catalina, que había decidido finalmente exponer su pálido cutis a los rayos solares para averiguar también qué ponía en la carta, se sobresaltó repentinamente por las risas. No había llegado a oír el comentario porque aún no estaba lo bastante cerca.

— Esperemos que no sea ese su propósito— sentenció Cortés.

Capítulo VI:

Farfán caminaba junto a Ortega por las calles de Santiago de Cuba. Al lado del segundo se encontraba el hijo, que parecía sorprenderse con cada nuevo hallazgo que hacía en aquel lugar desconocido. En la ciudad reinaba un olor a actividad humana entremezclado con el de la más pura y virgen naturaleza. El humo, la comida asada, las inmundicias y los excrementos de caballo competían intermitentemente con los cedros, ébanos, palmeras y plataneros cada vez que soplabla una ráfaga de viento en aquella guerra química colonial que no había cumplido todavía ni diez años.

Santiago era una ciudad joven, lo suficientemente nueva como para que la mayoría de las construcciones fueran de madera. Los edificios principales y algunas casas sí que estaban hechos de cal y canto pero resultaba imposible obviar, en aquel lugar, cierto sentimiento de encontrarse en un campamento militar o algún tipo de barrio marginal. Pese a aquella apariencia, la gente se mostraba jovial y radiante. No llevaban ni un día allí pero ya tenían la sensación de que aquellas personas con las que iban a compartir sus próximos años no eran como el resto de gente que habían dejado en España. Había algo diferente en ellos, y aunque no sabían de qué podría tratarse, sí que llegaban a intuirlo. Los habitantes de Indias eran demasiado parecidos a ellos tres, personas a las que se les había quedado pequeña la patria y se habían visto en la necesidad, con espíritu aventurero y dinámico, de salir a conocer el mundo. Cada individuo con el que se cruzaban tenía una historia, un motivo por el que habían abandonado su país y una meta o sueño. Unos buscaban riquezas, otros aventuras y había quién incluso huía de alguna amenaza.

Ventisca caminaba justo al lado de su dueño sin alejarse en ningún momento. Era un perro joven todavía pero aquella raza de animales no era muy inquieta. Eran bestias pacíficas, perfectas para guardar la casa y a los niños porque solían permanecer la mayor parte del tiempo descansando. Por otro lado, podían resultar realmente fieros cuando era menester y era por ello por lo que los pastores aragoneses y catalanes del Pirineo los usaban para defender sus rebaños de lobos y osos.

— ¿Habéis visto ese animal que tienen ahí desollado padre? ¿Qué será?

— No lo sé, hijo. Aquí todo es nuevo. Tendremos que aprender cómo funciona este mundo. Será alguna bestia que habrán cazado para comer.

— Pero vos habéis visto mucho mundo ya, ¿no habíais visto este animal en Italia?

— No, hijo— rió el padre—. Italia es prácticamente igual a España.

— Orteguilla— añadió Farfán esbozando una sonrisa—, he oído a algunos marineros que aquí ni siquiera existían los cerdos ni los caballos ni nada.

— ¿No hay cerdos?— exclamó poniendo una mueca de preocupación.

— Sí que los hay— respondió con paciencia el padre—, pero porque nosotros los trajimos. No te preocupes, hijo, podrás seguir comiendo jamón y panceta.

Llevaban ya un rato caminando sin llegar a ningún sitio en particular. Esperaban encontrarse con Heredia, el amigo de Ortega. No conocían a nadie más en aquella ciudad ni sabían dónde podrían encontrarlo. Deambulaban sin ningún propósito disfrutando de lo que veían. En varias ocasiones, alguien los había parado y les había preguntado con cordialidad que quiénes eran y de dónde venían. En una ocasión preguntaron a una mujer, que se había interesado también por ellos, si conocía a Heredia.

— ¿Que si conozco a Heredia el Viejo? Todo el mundo lo conoce. Podréis encontrarlo en la taberna del Bizco.

A raíz de aquel comentario ya sí que se encaminaron en una dirección concreta. Seguían sin tener idea de dónde se encontraba aquel local pero en cada calle que giraban preguntaban a algún paisano si iban en la dirección correcta.

En cuanto tuvieron a la vista la taberna lo supieron al instante. No se destacaba del resto de edificios pero sobre la puerta tenía un cartel de madera

que rezaba “Taberna del Bizco”. Las puertas eran también de madera y la fachada de piedra. A aquel lado de la calle daban varias ventanas abiertas de par en par y por ellas se filtraba un sonido de jolgorio. Allí dentro debía de haber gente bebiendo y pasándose bien y en el patio también encontraron indicios de ello. Algún jinete había atado su caballo a la pared y un par de hombres permanecían sentados, con la espalda apoyada en ella, bebiendo por turnos de una bota de vino.

— ¡Es allí, padre!— dijo Orteguilla.

Antes de que pudieran avanzar más vieron cómo las puertas se abrían repentinamente al paso de dos personas. Farfán sintió un nudo en el estómago cuando reconoció a una de ellas. Se trataba de la misma joven que había observado desde el barco cargando una caja con dos indios. Desde aquella distancia pudo contemplar mejor sus facciones y se sintió realmente complacido por éstas pues era, sin duda, una muchacha bonita. Al parecer se dirigía hacia donde ellos estaban y, mientras reflexionaba sobre hasta qué punto podría seguir escrutándola, se sobresaltó con el comentario de Ortega:

— ¡Mirad a ese bribón!

Fue entonces cuando Farfán reparó en el acompañante de la joven. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años. Era de estatura media tirando a bajo pero parecía de esa complexión intermedia de la que están hechos algunos hombres que los sitúan entre el ser rechoncho y forzudo. Cojeaba levemente de una pierna y llevaba una espada ceñida al cinturón. El resto de sus vestimentas y su manera de moverse le hacían parecer un soldado que no estaba de servicio. Sobre su pecho llevaba una camisa blanca desabrochada hasta la altura del ombligo con varias manchas de vino, de manera que se formaba un continuo entre el abundante pelo oscuro de su pecho y el de sus largas y tupidas barbas algo más canosas. Parecía no albergar ni un solo pelo en su cabeza pero lo ocultaba bien con un sombrero de cuero.

— Heredia, estáis más feo si cabe que la última vez que nos vimos.

— ¡Ortega!— respondió el hombre con voz potente y afable— Venid

aquí, por el amor de Dios, y dadme un abrazo.

Ortega soltó su equipaje, que cayó pesadamente en el suelo, y se lanzó a los brazos abiertos de su amigo. Los dos hombres se estrecharon con fuerza mientras reían y se daban vigorosas palmadas en la espalda. Permanecieron así unos instantes tras los cuales se separaron y se dieron la mano. Sin parar de agitarla, siguieron hablando:

— Vos apenas habéis cambiado— dijo Heredia—. Si me apretáis, quizá hayáis engordado un poco y vuestra melena no sea tan abundante como antes.

— Mis cabellos están como siempre, viejo amigo. No queráis igualarme tan pronto a vos, que los habéis perdido todos.

Farfán se dio cuenta en aquel momento que el hombre parecía tuerto. Tenía una cicatriz cortante desde la ceja hasta la mejilla y la coloración de aquel ojo no era tan viva como la del otro.

— ¿Cómo ha ido el viaje? Es más largo que cruzar el Mediterráneo, ¿eh? Pero bueno... vos estaréis acostumbrado, ¿pero qué hay de vuestro hijo que no me lo presentáis?

— ¡Claro!— exclamó Ortega pareciendo despertar de una ensoñación—. Éste es mi hijo. Orteguilla, ¿te acuerdas del viejo Heredia?

— No, padre— respondió con voz trémula el niño.

— ¿Pero cómo se va a acordar si la última vez que lo vi no era más que un mocoso que apenas podía tenerse en pie? ¿Qué tal estás, hijo? Estás hecho todo un hombre ya, ¿cuántos años tienes?

— Doce.

— ¿Has aprendido ya a manejar la espada?

— En ello estoy.

— Muy bien.

El tono de la conversación era tan cordial que Farfán comenzó a sentirse como si estuviera de nuevo en su barrio con sus vecinos. No conocía aún a aquel hombre pero ya sentía simpatía por él. Todo lo que sabía de él hasta ahora eran las historias que le había contado Ortega durante el viaje. Se trataba de un vizcaíno con el que había compartido hazañas y peripecias en la Reconquista y por el Mediterráneo. Le había dicho que era feo y no había errado en aquella apreciación aunque ahora aquello, al joven, se le antojaba, en cierto modo, cruel. Realmente era un hombre poco agraciado pero principalmente se debía a las muchas cicatrices que tenía en la cara de antiguas batallas y a la edad que tenía. No era realmente viejo pero parecía obvio que había llevado una vida de excesos que le habría hecho envejecer más rápido. A aquella distancia podían claramente oler cierto aliento alcohólico.

— ¿Y este caballero?— preguntó repentinamente Heredia.

— Os presento a Pedro Sánchez Farfán, natural de Sevilla. Ha venido con nosotros a buscar fortuna en el Nuevo Mundo.

Farfán se sintió sobresaltado al oír su nombre. Había estado buceando en sus reflexiones y distanciándose un poco de la realidad mientras los dos hombres se saludaban. Al estrecharle la mano el vizcaíno dijo con sorna:

— Podéis encontrar fortuna aquí pero también un flechazo así que andad con ojo.

— Así lo haré, pues.

— Yo también os tengo que presentar a esta dama— dijo Heredia soltando bruscamente la mano de Farfán—. Se trata de doña María de Estrada.

Aquellas palabras retumbaron en la cabeza de Farfán. La mujer que había rondado su mente y su imaginación durante las últimas horas ya tenía nombre, María. Fijó su vista de nuevo en ella con la salvedad de que, en esta ocasión, dado que se la estaban presentando, tenía todo el derecho del mundo a mirarla indiscriminadamente. La encontraba más bonita todavía que la última vez que

la había observado. Pensó que quizá se tratara de un ángel que se hinchaba de belleza con el paso del tiempo. Su melena clara descansaba graciosamente sobre sus hombros y en su rostro había una expresión que captó toda su atención. No lograba, con el uso de su raciocinio, saber qué tipo de persona era, pero lo que aquella cara le decía era que se trataba de una joven resuelta, jovial y despreocupada. Sus ojos eran claros y sus pómulos coloreados resaltaban sobre una tez que, aunque otrora debió ser blanca, ahora se había bronceado por aquel sol intransigente. Esbozaba una media sonrisa a través de la cual asomaban unos blancos y relucientes dientes.

— Estos son Juan Ortega, su hijo Juan Orteguilla y, como ya habéis oído, Pedro Sánchez.

— Es un placer— respondió con decisión.

El primero en saludarla fue Ortega cogiéndola de la mano y acercándola a su boca. Luego el hijo se adelantó imitando a su padre y, cuando por fin le tocó el turno a Farfán, sintió un cosquilleo en su mano al contacto de aquella piel tibia. Apenas duró unos instantes el movimiento pero tras él quedó sobrecogido. Una rápida quemazón le recorrió todo el brazo hasta detenerse en su barriga y no hubiera sido tan dramático si no se hubiera acompañado de aquella mirada. ¿Por qué le había mirado así? El ceño a medio fruncir y aquella media sonrisa en la boca...

— Veo que no habéis perdido el tiempo en esta isla, Heredia— añadió Ortega—. No sé cómo habéis conseguido engañar a esta preciosidad para que se desposara con vos.

— ¿María?— rió el vasco—. ¡Pardiez, no! No sabéis nada de nada pero... entremos dentro de nuevo a la taberna y tomemos una trago para que nos pongamos al día en estos pequeños detalles.

Capítulo VII:

Cuando Hernán Cortés vio a Andrés de Duero a lo lejos en medio de la calle sonrió. Hacía varios días que había partido de su hacienda a lomos de su caballo y con un par de indios de porteadores. Atrás había dejado a su mujer, Catalina, cuidando de las tareas de la casa y de que el resto de sus indios cumplieran con celo las labores que tenían encomendadas. El viaje había sido tranquilo, preocupándose por avanzar temprano por la mañana y al atardecer para evitar las horas en las que el sol resultaba más intenso.

Andrés de Duero caminaba por la calle en su búsqueda. Aquella ciudad no tenía ningún secreto para él y, en cuanto Cortés fue visto por algún vecino, la compleja red de amistades y colaboradores que tenía le había hecho llegar la noticia del acontecimiento con presteza. Vestía con calzas negras pero su jubón estaba adornado con tonos marrones. Sobre la cabeza llevaba un sombrero y ceñido al cinto, como la mayoría de caballeros del lugar, una espada.

Después de que Cortés descabalgara se abrazaron con fuerza y se saludaron efusivamente preguntándose qué tal les había ido desde la última vez que se habían visto. Eran amigos desde hacía mucho tiempo ya que habían compartido un sinfín de momentos desde que los dos llegaron a aquella isla. No en vano, ambos desempeñaron durante unos años el cargo de secretario de Velázquez hasta que éste no quiso saber más de Cortés.

— ¿Por qué me habéis llamado a Santiago, amigo mío?— preguntó Cortés mientras se encaminaban hacia la casa del teniente con el arnés de las riendas del caballo en la mano y los dos indios a la zaga.

— ¿No os lo imagináis?— respondió Duero con una sonrisa pícaro en la boca.

— Existen cientos de motivos por los que ese gordo puede querer verme y no pocos son malos.

— ¿Acaso no recordáis la conversación que tuvimos hace un par de

meses?

— Sí, la recuerdo perfectamente.

— En ella— dijo Duero dándose énfasis de orador—, vos me manifestasteis vuestra inconformidad con la apacible y aburrida vida en esta isla. ¿Qué tal está Catalina, por cierto?

— Catalina está bien— contestó Cortés meneando la cabeza—, pero vos, no os andéis con rodeos e id al grano en los motivos por los que me habéis hecho llamar.

— Como iba diciendo— continuó Duero entornando los ojos—, y recordando nuestra última conversación, me siento muy agradado de poder comunicaros que Velázquez os necesita para unos trabajos que deseáis. La flotilla de Grijalva está en apuros y quiere formar otra que vaya en su búsqueda.

— ¿Habláis en serio?

— Totalmente. ¿No os complace la idea? Creía que os moríais de ganas por volver a las andadas. No pocos esfuerzos hemos tenido que invertir el contador Lares y yo para convencer al teniente de que erais vos el hombre más indicado para tan delicada empresa.

— ¿Acaso bromeáis? ¡Claro que tengo voluntad de llevarla a cabo!

Con aquellas palabras pusieron fin a la conversación sobre ese tema. Duero notó que, a raíz de ello, su amigo incrementó ligeramente la velocidad del paso, tenía ganas de llegar a su destino y ver qué condiciones le ponía Diego Velázquez.

Cuando llegaron a la casa del teniente, Cortés ató su caballo a las arandelas de la pared y dejó custodiando al animal a los dos indios que traía. Se trataba de un edificio grande, de piedra, y las puertas estaban abiertas invitando a penetrar en ellas. Duero le hizo gestos para que pasaran sin llamar ya que les estaban esperando pero, antes de que pudieran atravesar la cortina, salió un hombre a recibirlos. Cuando se encontró con Cortés esbozó una sonrisa y se

apoyó contra la pared con los brazos cruzados. Con aquel gesto, su espada golpeó contra la piedra produciendo un tintineo metálico.

— Don Hernando Cortés, dichosos los ojos.

— Don Juan de Escudero— respondió Cortés sonriendo también—. Veo que la vida os va tratando bien.

— Como merezco, ¿no?— respondió con recochineo.

— Desde luego, como merecéis. ¿Seguís siendo el alguacil de Velázquez?

— Sí. ¿Seguís administrando vuestra hacienda y comerciando?

— Así es.

— ¿Y os encontráis fuerte para la empresa que supongo vuestro amigo don Andrés os habrá comentado?

— Siempre me he encontrado dispuesto para este tipo de cosas— respondió Cortés volviendo a sonreír—. Pero noto en vuestras palabras cierto deje de malicia, ¿acaso no sabéis que no os guardo ningún tipo de rencor ni a vos ni a Velázquez por lo pasado?

— No esperaba menos de vuestra merced— respondió Escudero apartándose de la puerta para que pudieran pasar—. Lo pasado, pasado está. No podemos vivir de los malos recuerdos o uno acaba consumiéndose. Sabéis tan bien como yo que si tuve que daros por preso no fue por otro motivo que por cumplir las obligaciones de mi cargo. Vos os refugiasteis con inteligencia en aquella iglesia pero yo fui más rápido. De cualquier forma, dos veces conseguisteis evadir las rejas, y la segunda de ellas huyendo incluso de un navío, por lo que no puedo dejar de sentir admiración por vos.

— Ya basta de pláticas— dijo Duero cortando la conversación—. Tenemos asuntos importantes que tratar.

Escudero hizo un gesto para que los dos hombres se adentraran en la casa y, tras ello, avanzó a sus espaldas. Recorrieron velozmente los pasillos, que estaban sumidos en la penumbra para refrescar la casa del sol, y enseguida llegaron a la habitación donde Velázquez solía tratar aquel tipo de asuntos. Allí estaba el teniente junto con Amador Lares, sentados al lado de una mesa sobre la que había un sinfín de papeles. Velázquez lo recibió con una sonrisa tan cálida que a Cortés se le antojó incluso sincera.

— Hernando, ¡cuánto tiempo sin veros!

Se abrazaron cordialmente para después saludar a Lares con una mirada cómplice. Cortés se sentía algo turbado pues percibía en Velázquez una verdadera alegría por el reencuentro. En realidad, tampoco se habían ofendido en demasía el uno al otro, pensaba en aquel momento. Hacía ya varios años de aquello, Cortés no estaba conforme con la administración que estaba haciendo de la isla y, por si fuera poco, el teniente se había empeñado en que se desposara con Catalina, su actual esposa. Él siempre había sido un mujeriego y no podía luchar contra aquello. Cuando una mujer se le metía en la cabeza no había fuerza humana o divina que pudiera sacársela. Empeñaba todo su tiempo y sus esfuerzos en conquistarla. Dejaba de ser una mujer y se convertía en un trofeo, algo que había que conseguir a toda costa. Desde pequeño había sido ágil con las palabras y bien parecido por lo que no le costaba mucho conseguir su propósito. Con Catalina volvió a sentir aquellas fiebres de galantería. Era una de las hermanas de un amigo con el que compartía una encomienda, Juan Suárez. Cuando la vio, recién llegada de España, no pudo evitar rondarla y comenzó una aventura con ella. Al poco tiempo, como solía ocurrirle, se cansó de la relación y decidió no continuar con aquel amorío. La joven, que aunque era delgada y enfermiza no tenía un pelo de tonta, maniobró a través de sus influencias para atar el lazo a tan buen partido. Coincidió que una de sus hermanas también mantenía una relación con Diego Velázquez por lo que éste, para complacerla, urgió a Cortés para que se desposara con la mujer con la que había estado compartiendo el romance. Para él, aquello se juntó con las discrepancias que tenía con el teniente por cuestiones de gobierno, por lo que en dos ocasiones intentó hacerse llegar hasta Santo Domingo para hablar con el gobernador de lo mal administrador que estaba resultando su subalterno. Fue por ello por lo que

Velázquez tuvo que, a través de Escudero, apresarlo y hacerle escarmentar. Cortés consiguió escapar de su prisión y, cuando vio que tenía la batalla completamente perdida, se encaminó a casa del teniente, espada en mano, junto con Juan Suárez, para hacer las paces con él y desposarse con Catalina. Velázquez tuvo que aceptar forzosamente y, a raíz de ello, no quiso verlo más como secretario.

— Tomad asiento y vamos a tratar sin más dilaciones este asunto— dijo el teniente comportándose como un buen anfitrión—. ¿Os ha puesto ya al corriente de los detalles don Andrés?

— No de todos— respondió Cortés—. Sé que Juan de Grijalva está en apuros y necesitamos mandar una segunda flota en su ayuda.

— Oficialmente— dijo Velázquez llenando varias copas de vino y ofreciéndolas a sus invitados—. Ya hemos redactado un pliego de instrucciones con las tareas que hay que desempeñar en esas tierras, y prestar ayuda a mi sobrino es solo uno de los puntos. En primer lugar, es importante saber si vos, Hernando, estaríais dispuesto a ser el capitán de esta misión.

— ¿No debería antes conocer las condiciones?— preguntó con voz pausada.

— Desde luego, leedlas. Las hemos decidido entre Amador, Andrés y yo. Descubriréis que es poco probable que haya alguna que no os agrade.

Velázquez le acercó los documentos con un fino movimiento. Cortés se los colocó mejor sobre la mesa para realizar una lectura más cómoda. El papel era algo amarillento pero la letra con la que se habían escrito era impecable. Apenas había manchas de tinta y el texto estaba bien redactado y recto. Por encima de su hombro, Juan de Escudero, el alguacil, se incorporó para echarle una ojeada.

Cuando Cortés acabó de leerlo pronunció las últimas palabras en voz baja y devolvió el pliego a sabiendas de que Escudero no habría leído ni la cuarta parte del mismo todavía, lo hacía con mayor lentitud.

— En Santiago de Cuba, a veintitrés de octubre de mil quinientos dieciocho.

— ¿Qué opináis?— preguntó mostrando cierto nerviosismo Velázquez.

— En esencia, lo que queréis que haga yo en esas tierras del Yucatán es buscar y prestar socorro a la flota de Juan de Grijalva y a la carabela con la que partió Olid con el mismo propósito sin llegar a su destino. También debo rescatar a varios náufragos españoles que podrían estar presos de los caciques de aquellas tierras. Hacer saber a los indios quién es el rey Carlos y cómo deben prestarle vasallaje y tributos así como darles a conocer las grandezas de Dios y hacer que abandonen su fe pagana que tanto daño está haciendo a sus pobres almas. Esto sin olvidar reparar todo el daño que hubieran hecho por allí Grijalva y, un año antes, Hernández de Córdoba.

— Y no olvidéis que también se trata de una misión de reconocimiento— apuntó Duero.

— Sí— añadió Lares—. Alvarado nos habló de que allí encontraron cruces en algunas esculturas por lo que deberéis averiguar si ya se ha predicado el evangelio. También debéis descubrir si existen hombres con cabeza de perro como dicen algunos.

— ¿Y todo esto guardando con celo que mis hombres no jueguen a naipes ni dados y sin llevar a ninguno bullicioso y amigo de las novedades, como reza en este punto?— preguntó sonriendo Cortés.

— Ya sabéis cómo son las formalidades que deben acompañar a este tipo de documentos— contestó serio Lares.

— Entiendo— dijo Cortés—. ¿Y qué magnitud tendrá esta expedición?

— Entre cinco y diez navíos con su marinería, soldados, cañones y bastimentos— respondió Duero.

— Muy bien. Y llegados a este punto— dijo Cortés haciendo una pequeña pausa para captar la atención de sus compañeros—, supongo que no

solo me habréis requerido por mi valor y mi destreza. Sospecho que ser uno de los hombres más ricos de la isla también ha tenido algo que ver.

— No andáis mal encaminado en esos pensamientos— le respondió Velázquez intentando volver a tomar el control de la situación—. Como sabéis, se hace necesario para que esta empresa llegue a buen puerto una gran cantidad de hombres y bastimentos por lo que yo solo no podría costearla.

— ¿Y de qué cantidades estamos hablando?

— Vos iréis con las dos terceras partes del gasto y el resto lo pondré yo— dijo tajantemente el teniente con recelo—. De esta forma, tendréis derecho a los bienes que rescatéis allí sacando el quinto del rey, mi parte y la de los soldados que os acompañen.

— Acepto— se limitó a contestar Cortés.

Velázquez se sintió turbado ante la rápida muestra seguridad y decisión que manifestó Cortés. Esperaba que se asustara ante aquella cantidad y pidiera unos días para reflexionar. ¿Qué demonios le ocurría a aquel hombre? Cualquier persona con dos dedos de frente se hubiera parado a pensar si podía o no, con su patrimonio, reunir aquella cantidad de dinero. Sabía que tan rico no era pero el teniente había querido jugar ese órdago sin tener en mente ceder ni un solo ápice. Cortés pagaría las dos terceras partes o buscaría a otro. No se encontraba nada a gusto trabajando con él, y si tenía que hacerlo, por lo menos que fuera por una posición tan ventajosa para sí mismo como aquella. ¿Pero por qué había aceptado tan rápido?

— ¿Tenéis todo ese dinero?— preguntó Lares.

— Desde luego que sí— respondió quitándole importancia.

Ya se disponía a levantarse cuando Velázquez hizo un gesto para que se detuviese. Todos permanecieron en silencio, impacientes, hasta que comenzó a hablar bajando el tono de voz. Parecía no querer que aquel comentario saliese de esas cuatro paredes.

— Hernando, mi sobrino se ha comportado como un verdadero idiota. Aquellas tierras son ricas, muy ricas, y no se le ha pasado por la mente poblarlas. Yo no puedo escribir en este pliego que vos lo hagáis pero creo que queda sobreentendido que si veis las condiciones propicias clavéis la bandera y os afiancéis.

— ¿Fuera de la legalidad?— preguntó Cortés con interés—. ¿No podíais, por lo menos, pedir licencia a los frailes Jerónimos?

— No exactamente— respondió Velázquez entrecerrando los ojos—. Ahora nadie manda realmente en las Antillas y no pediré licencia a los Jerónimos porque ya se la pedí para el anterior viaje de Grijalva. Esta nueva expedición podría ser una continuación de la anterior. Y si aun así os sentís incómodo con ello, sabed que ya he mandado a mi capellán a España para pedir el Adelantado y poder iniciar misiones de conquista y poblamiento como la nuestra.

— Es bueno saberlo— se limitó a contestar Cortés—. Duero, ¿seríais tan amable de extenderme una copia de este pliego?

«Rescatar... y poblar» fue la única frase que rondaba la mente de Cortés en aquel momento.

Capítulo VIII:

En el interior de la taberna reinaba la penumbra o, al menos, eso le pareció a Farfán nada más adentrarse en ella. Al poco tiempo, sus ojos se adaptaron al cambio de intensidad lumínica y se dio cuenta de que no estaba tan oscuro. En ese momento pudo percibir que había una treintena de personas allí dentro entre soldados, campesinos, mujeres y alguna prostituta. El ambiente era familiar y la gente bebía y hablaba bulliciosamente. En un par de mesas, varios hombres jugaban a los naipes sumamente concentrados en la tarea ya que, sobre el tapete, habían colocado monedas y otros objetos de valor que podrían perder o ganar en función de su suerte. La cerveza y el vino corrían aunque también había otras bebidas que el joven desconocía.

Heredia los dirigió hacia una mesa en la que había un fraile sentado. Se trataba de un hombre joven todavía aunque ya estaba calvo por el cogote. Vestía un hábito viejo y deshilachado en el que campaban a sus anchas algunas manchas de polvo. El único adorno que lo diferenciaba de un pordiosero era una tosca cruz de madera que llevaba al cuello colgada de una cadena de algún metal bajo.

— ¿Ya volvéis?— dijo el fraile—. Aún no le habrá dado tiempo a vuestro taburete de enfriarse desde que os habéis levantado.

— Los hemos encontrado justo en la puerta de la taberna así que no ha sido menester deambular más por la ciudad— respondió Heredia—. Es de mala educación dejar a un hombre a medias en la conversación por lo que hemos decidido volver con vos.

— ¡Qué honor!

— Os presento al padre fray Bartolomé de Olmedo. Ha pasado un lustro evangelizando a los indios de Santo Domingo y ahora ha venido a Cuba a ver qué se terciaba por aquí. Es un hombre piadoso y, como veis, sencillo, pero inteligente y de buena conversación.

— Vuestros comentarios me halagan.

— Estos son Ortega y su hijo, de los que tanto os he hablado, y vienen con este joven, Pedro Sánchez Farfán.

De nuevo todos volvieron a estrecharse las manos y a saludarse. Cuando acabaron, Heredia les hizo tomar asiento mediante gestos y, volviéndose a María, dijo:

— María, trae algo de beber que lo pago yo.

La joven se dio media vuelta y se alejó hasta la barra para cumplir la orden. Farfán se quedó embobado mirando su figura al caminar. No podía apartar la vista de aquellas nalgas prietas que se adivinaban bajo la fina tela del vestido. Ortega captó aquella mirada indiscreta por lo que dijo elevando la voz para despertar al joven de su hipnosis:

— ¿Y quién es ella, pues, si no es vuestra mujer?

— Es una chiquilla que rescatamos aquí en Cuba.

Farfán clavó la vista en el rostro del vasco y preguntó sorprendido:

— ¿Vivía aquí?

— Vivió unos años aquí. Por decirlo de alguna manera, ya estaba aquí cuando llegamos pero no es una india si es eso lo que os preguntáis. Es una catalana de pura cepa.

— ¿Cómo puede ser eso?— preguntó intrigado Ortega.

— Más valdría que esperarais a que volviera y le preguntéis a ella— apuntó Olmedo—. Seguro que estará encantada de contaros su historia y no sería de agrado que cuando vuelva os encuentre aquí chismorreando como viejas viudas.

Los hombres se sintieron algo avergonzados ante el comentario del fraile y permanecieron, durante los siguientes minutos, hablando de fruslerías en espera de que llegara María con la bebida. Cuando llegó depositó varios vasos

con cerveza en la mesa. Orteguilla la esperaba con una sonrisa en la boca que desapareció cuando vio que uno de ellos era de agua. Había empezado a sentirse uno más del grupo desde que había puesto un pie en la isla ya que apenas lo estaban tratando como a un niño. Cuando reparó en el líquido transparente se desilusionó un poco pero la sonrisa volvió a aparecer cuando vio cómo el fraile agarraba el vaso y se lo llevaba a la boca.

— Agua para el padre Olmedo y cerveza para los hombres— dijo María guiñando un ojo a Orteguilla.

La joven se había percatado instantáneamente de las divagaciones que recorrían la mente del niño con aquel sexto sentido exclusivamente femenino. Decidió traer cerveza también para él sin buscar siquiera la condescendencia de su padre. El chico iba a convertirse muy pronto en un soldado y ya iba siendo hora de que se comportara como tal.

— ¡Ved que también ella se sirve cerveza como los hombres!— rió Heredia.

— María— dijo el padre Olmedo poniendo fin a un hilo de comentarios que nada bueno les habría traído—, estos recién llegados sienten curiosidad por conocer la historia de cómo llegaste a las Indias.

— ¿Cómo llegué aquí? Como todos... supongo. En barco.

Dicho aquel comentario fugaz se sentó en un taburete y dio un amplio sorbo a su cerveza. Cuando depositó el vaso se pasó la mano por los labios limpiándose la espuma que le había quedado adherida a ellos. Farfán no podía quitarse aquellos labios húmedos de la mente, se sentía realmente impresionado por la joven. Jamás en su vida había visto a una mujer comportarse de una manera tan viril y, a la vez, tan femeninamente atractiva.

— Nos referimos a los detalles, María— dijo Heredia—. Si no los contáis vos tendré que hacerlo yo y ya sabéis lo que me gustan los cuentos.

— No, por Dios— rió la joven mostrando su amplia dentadura—. Bueno, no creáis que tengo muchos recuerdos de mi vida anterior en España pues pasé a

Indias siendo muy niña. Nací hace dieciséis años en Barcelona. Era una época que, como sabéis, ya nada interesante había que hacer allí. Mis padres eran campesinos y decidieron probar suerte en esta parte del mundo con tan mala fortuna que nuestro barco naufragó poco antes de llegar. Era el año 1509 de Nuestro Señor y la mayor parte de la tripulación murió ahogada, incluida mi familia. Yo solo tenía siete años y así entenderéis por qué apenas me acuerdo de mi anterior vida. Fui a parar a esta isla, Cuba, que por aquel entonces aún no había sido conquistada.

«Un cacique local me tomó como criada de modo que pasé cinco años cuidando de las cosas de su casa, llevando agua y haciendo lo que me pedían. Yo no sabía cuánto tiempo llevaba cuando volví a ver españoles pero, como luego supe, había pasado un lustro entre los indios».

Farfán se encontraba tan cautivado con la historia como si se tratara de alguna de las aventuras de Amadís de Gaula o algún otro paladín. Se imaginó a aquella niña nadando en el mar embravecido, arribando a unas inhóspitas costas y siendo esclava del líder de una sociedad tribal y primitiva. Varias preguntas rondaban su mente en aquel momento pero decidió seguir escuchando. Fue Heredia quién continuó la historia:

— Fue Hernán Cortés quién la rescató, ¿podéis creerlo? Yo estaba presente cuando lo vi descabalar de su caballo para pasar revista a los indios que habíamos capturado. Hace cuatro años de aquello pero me acuerdo como si fuera ayer. Vimos a esta niña, que ya comenzaba a madurar como mujer, dar un paso al frente de entre aquella maraña de individuos semidesnudos diciendo “¿sois cristianos y vasallos de don Fernando y doña Isabel?”

En aquel momento del monólogo el silencio fue total pues todos ellos se habían trasladado mentalmente a aquel año y aquellas tierras aún por descubrir. Podían verlo todo con detalle y les resultó igualmente conmovedor ver a la niña reunir el valor suficiente para hacer aquello.

— Cortés me subió a su caballo y enseguida comprendió qué me había pasado— les reveló María—. Estas islas son surcadas a diario por un enjambre de pescadores, mercaderes o viajeros y los naufragios son el pan de cada día. Al

principio les serví de ayuda porque comprendía la lengua de los indios que aquí vivían pero, una vez finalizó la conquista de Cuba, no necesitaron más de mis servicios.

— Fue entonces cuando yo me encargué de ella— sentenció Heredia—. Alguien tenía que cuidarla y, como de entre todos era el único sin mujer ni descendencia, me la asignaron a mí para su tutela y educación.

— ¡Vaya!— exclamó Ortega—. Es una historia fascinante.

— ¿Os resultó duro vivir con los indios durante todo ese tiempo?— preguntó Farfán.

En aquel momento María clavó su mirada en el sevillano y éste volvió a sentir aquellos cosquilleos recorrerle el cuerpo. Sus ojos claros parecían barrer hasta el lugar más recóndito de su alma entrando por sus pupilas, que se habían dilatado levemente. Oyó su respuesta pero apenas la escuchó debido al estrés que le producía tener que mantener un contacto como aquel.

— Al principio sí porque no sabía nada de esta nueva vida y era muy pequeña, pero luego creo que llegué a olvidar que era española y todo. Cuando vinieron los conquistadores tardé un tiempo en reaccionar y darme cuenta de que yo era como ellos. Por aquel entonces, había empezado a pensar que mi anterior vida en Cataluña y el viaje a Indias habían sido un sueño fantástico de niña y que mi verdadera existencia había sido siempre la de una esclava del cacique.

Dicho aquello, todos volvieron a guardar silencio. Farfán y María seguían mirándose el uno al otro sin pestañear. El momento comenzó a ser incómodo y, cuando alguien volvió a levantar la voz, el sevillano no sabía si había pasado un instante o una hora mirando a aquella mujer tan bonita. Fue de nuevo María la que inició, jovial, un nuevo tema de conversación. Echándose un poco hacia atrás y cruzando las piernas preguntó directamente al joven mientras pestañeaba repetidamente:

— ¿Y qué hay de vos? Conozco de sobra las historias de la saga Ortega

pero no teníamos constancia de que fuerais a venir con ellos.

— ¿Yo?— se sobresaltó el joven—. Poco tengo que contar. Mi padre es un veterano de guerra lisiado y yo su tercer hijo. He venido con mis escasas pertenencias a conocer esta parte del mundo.

— Esta parte del mundo es un misterio todavía para todos, hijo— dijo el padre Olmedo—. No os apoque el haber llegado a estas alturas del camino, aún no conocemos ni la milésima parte de lo que estas tierras esconden. Los designios de Dios son inescrutables pero no me cabe duda de que sois puro de corazón y vuestra voluntad es sincera.

— ¡Tenéis un perro precioso!— añadió María entusiasmada haciéndole ver que sus pertenencias no eran tan escasas.

— Sí, Ventisca— reconoció el joven—. Es un mastín de los Pirineos.

— ¿De verdad?— preguntó María sin contener su júbilo. No podía evitar adherirse a alguien cuando le contaba algo que tuviera que ver con su tierra natal—. ¿Cómo lo conseguisteis?

— Bueno...— respondió Farfán sonriendo—. Hay una historia real y una historia correcta sobre cómo conseguí a este perro. Padre, ¿me consentís contar la real aunque no sea la más acorde a los mandamientos del Señor? Os aseguro que ya he pagado penitencia por ella.

— En ese caso hablad— respondió Olmedo divertido.

Con aquel amago había conseguido captar la atención de sus interlocutores. Los Ortega ya conocían la historia pero sus nuevos amigos no, y en aquellos días, una historia podía resultar mucho más impactante y entretenida si era bien contada; creando expectativas al principio, desarrollando bien la trama y finalizándola con gracia.

— Cuando decidí partir a las Indias mi familia hizo un pequeño esfuerzo económico para surtirme con un bastimento que no fuera precario en exceso. No tenemos mucho dinero por lo que tuvimos que seleccionar bien lo que

comprábamos. Un poco de ropa y comida y, como ya no nos llegaba para una espada, solo pude traerme esta navaja.

Dicho aquello puso encima de la mesa una larga navaja cuya hoja, de aproximadamente un palmo, se encontraba perfectamente envainada en un pulido y pulcro mango de madera. Pese a que había realizado su explicación como si se tratara de una baratija, la visión del arma hacía entender todo lo contrario, se trataba de un artilugio formidable. No tenían duda de que, por lo que valía aquello, podría haberse comprado, al menos, una espada de no muy alta calidad.

«Así pues— continuó con su monólogo—, y ya queriendo partir hacia Palos para embarcar camino a Indias, vino a nuestro barrio una caravana de gitanos a vender sus enseres y baratijas. Uno de esos buhoneros, feo y sucio como él solo, traía consigo al mastín que, como me contó, lo había comprado a unos pastores en el Pirineo. No dudé que lo había robado tal y como suelen hacer los gitanos pero cometí el error de no ocultar mi interés por el animal. Había oído que aquí los perros son muy necesarios porque sirven para descubrir emboscadas y también para la guerra por lo que le pregunté que por cuánto me lo vendía. Me pidió tanto por él que quizá la única manera de conseguirlo hubiera sido cambiarlo por mi navaja— hizo una pausa para beber un trago de cerveza y continuó—. Como veis, ahora tengo navaja y perro.

Todos soltaron una pequeña carcajada. Ya sabían cómo iba a acabar la historia pero querían oírla de sus labios, desgranada tal y como lo estaba haciendo, pues les estaba resultando muy amena.

«Ya estaba yo triste por irme de casa sin aquel cachorro pero tras despedirme de mi familia tuve una idea para conseguirlo. Fingí que me marchaba pero en realidad me escondí en una paridera de pastores hasta que cayó la noche. Me disponía a robar el perro y, que Dios me perdone, pero si robas a un ladrón deberías tener cien años de perdón. Así pues, me encaminé al campamento de los gitanos solo, como no podía ser de otra forma, ya que yo luego me marchaba de allí y no quería que tomaran represalias contra ninguno de mis amigos. La noche era oscura y, como no veía nada, choqué con varias cacerolas y provoqué un estruendo enorme. Todos los gitanos despertaron y me

persiguieron con navajas y cuchillos en mano. Aún no sé cómo conseguí escapar pero cogí a Ventisca del lomo y huí por los montes con él. Así fue, pues, cómo conseguí venir a Indias con navaja, perro y unas buenas carreras a la espalda

Todos rieron de nuevo aquella historia, incluso Orteguilla, que la había oído cien veces y seguía entusiasmándose con ella. El viejo Heredia, soltando alguna baba por las risas, dijo:

— ¿Y comprobasteis que ningún gitano os siguió hasta aquí escondido en las bodegas del barco? Mirad, que éstos jamás perdonan una afrenta.

Continuaron bebiendo y charlando animosamente durante un buen rato. Los que más hablaban eran Ortega y Heredia, que tenían que ponerse al día de los acontecimientos que habían vivido desde la última vez que se habían visto. Los demás conocían la mitad de las historias pero escuchaban atentamente la otra mitad para conocer mejor a los miembros del otro grupo. Farfán comenzó a pensar que iban a dejar de ser tres para pasar a ser seis. No tenía duda de que su destino estaba ligado por lazos de amistad al de esas personas y se sentía extremadamente feliz de que aquella catalana de pelo castaño claro y bonitas facciones estuviera en su nuevo camino. Solo tenía dos años menos que él y, por lo que parecía, estaba soltera y sin compromisos todavía. En su mente comenzó a tomar forma una idea y no fue hasta que la recitó interiormente cuando se dio cuenta. Se estaba enamorando de la muchacha. No hacía ni un día que la conocía pero ya existían dentro de su alma un sinfín de emociones respecto a ella. Recordó en aquel momento los comentarios de sus amigos, cómo habían intentado hacerle desistir de su idea de partir a las Indias diciéndole que allí solo había soldados y que las únicas mujeres que vería serían indígenas morenas y bobas. De haber sabido que iba a encontrarse con una joven como aquella se habría embarcado mucho antes.

— ¿Y cómo no partisteis con la flota de Grijalva?— preguntó Ortega directamente a su amigo.

— Os lo he dicho y no me escucháis— meneó la cabeza el vasco—. Estaba herido de una flecha en el costado y otras muchas heridas y no habría

sobrevivido a los vaivenes de los navíos. Mirad, hace cosa de año y medio embarqué con Francisco Hernández de Córdoba en la expedición que descubrió el Yucatán. Sí, allí estuve yo con otros muchos valientes que partimos hacia lo desconocido sin saber qué nos íbamos a encontrar. El capitán llevaba por piloto a un tal Antón de Alaminos, un viejo lobo de mar que conoce estos lares mejor que ningún otro hombre en la Tierra. Así pues, este piloto le dijo a nuestro capitán que de mozo, cuando viajaba con el almirante Cristóbal Colón, lo veía siempre asomado por la borda mirando en aquella dirección y diciendo que allí debía haber tierras muy pobladas y muy ricas. Así pues, siguiendo a Hernández de Córdoba, nos adentramos en el recién descubierto Yucatán, que por aquel entonces no se llamaba así, y cada vez que poníamos un pie en la costa los indios nos hacían la guerra, nos flechaban y mataban a decenas de nuestros compañeros. Catoche, Campeche, Potochán... íbamos descubriendo nuevas tierras y siendo masacrados por los nativos hasta que tuvimos que retirarnos a la Florida, lugar que ya conocíamos bien por haberla descubierto hacía ya años, pero hasta allí nos atacaron. Cuando regresamos a Cuba no había uno solo de nosotros que no llevara un flechazo, un corte o una pedrada de gravedad. Me fue imposible enrolarme en la segunda expedición, la de Grijalva, aunque de cualquier forma, visto lo visto, me alegro.

— ¿Por qué?— preguntó Farfán.

Ante aquella pregunta, Heredia se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja como si lo que iba a contar fuera algo que no debiera ser conocido por más gente de la necesaria:

— Se comenta en la isla que uno de sus capitanes, un tal Pedro de Alvarado, ha regresado de la flota de Grijalva con los heridos diciendo que sus hombres están sufriendo una suerte parecida a la que corrimos nosotros. Quizá habría encontrado la muerte en este segundo viaje.

— Os tenía por muchas cosas, Heredia, pero no por un cobarde— dijo sonriendo Ortega.

— Dado mi estado— repuso el vasco bruscamente—, no habría sobrevivido a otro embiste de aquellos indios. Esa gente no es como la de aquí,

os lo puedo asegurar. Yo los vi y luché contra ellos. Os puedo decir que son fieros y están bien organizados. No son tribus nómadas, pertenecen a pueblos, naciones y reinos y estoy convencido de que siguen a algún gran soberano pues jamás había visto ejércitos tan grandes y con un objetivo tan claro, hacernos la guerra, en estas partes del mundo.

— Solo estaba bromeando— apuntó Ortega.

— De cualquier forma, estáis de suerte— añadió Heredia volviendo a sonreír—. Dicen los que han hablado con Alvarado que Grijalva volverá pronto y ya están preparando una nueva flota para poblar aquellas tierras. Ahora ya me encuentro bien de salud y, según parece, vosotros habéis venido en busca de aventuras, por lo que quizá podamos partir juntos a esta nueva conquista.

Capítulo IX:

— ¿Pero por qué queréis tantos barcos?— preguntó intrigado Andrés de Duero a Cortés.

La mañana era clara en el embarcadero, donde todo tipo de individuos trabajaban frenéticamente en labores de pesca y carga y descarga de mercancías. Subidos en una colina desde la cual se avistaba la totalidad del muelle, cuatro hombres proyectaban su sombra que, ladera abajo, iba disminuyendo conforme el sol iba ascendiendo. Hernán Cortés se había reunido con algunos de los mejores amigos que tenía en la ciudad. Andrés de Duero, el sencillo y reservado padre Olmedo y un hidalgo cántabro llamado Juan de Escalante.

— Serán necesarios para transportar a tantos hombres y bastimentos— respondió con voz calmada.

— ¿Pero por qué tenéis que comprarlos?— volvió a insistir Duero—. ¿No podríais, simplemente, alquilarlos o compartir parte de las ganancias con sus dueños?

— No— respondió tajantemente Cortés—. ¿Y vos? Me venderéis la parte del navío que tenemos a medias. Respondo ante la deuda con toda mi hacienda y mi honor.

— Si ya sé que lo haréis, no me cabe duda de ello— respondió pesadamente Duero—. Pero es mi deber como amigo vuestro haceros ver que quizá estáis siendo muy alegre a la hora de gastar.

— La ocasión lo requiere.

— Decid que sí— añadió Escalante—. Si vamos cuatro valientes a aquellas tierras es seguro que nos despellejarán como pasó con los hombres de Hernández de Córdoba y con los de Grijalva.

— Los de Grijalva aún no han vuelto— mencionó tácito Olmedo con voz queda.

— No han vuelto pero tardan demasiado. Ya habéis oído las historias que contó Alvarado.

— Por cierto— cortó Cortés—, tengo que encontrar a ese hombre también, nos resultaría de gran valía.

— Marchó a Trinidad— apuntó Duero—. Pasó un par de días emborrachándose y buscando la compañía de alguna que otra manceba en la ciudad y se fue— y atusándose la barba añadió— ¿Entonces me compraréis mi parte del navío?

— Es mi intención si vos consentís.

— Pues así sea. De todas formas, no espero el pago todavía. Dadme el dinero cuando lo rescatéis en Yucatán.

Los dos hombres se estrecharon la mano con decisión. Mientras Duero agitaba la de su amigo se fijó en las pequeñas diferencias que habían obrado en su cuerpo desde que, hace un par de días, supo que iba a capitanear tan importante empresa. Cortés siempre había sido un hombre elegante y principesco. No era más que un hidalgo, uno de tantos que campaban por una España que acababa de salir de una guerra centenaria con todo lo que ello conllevaba. Una suerte según se mire, haber tenido un antecesor que fue algo, que podía resultar una desgracia en algunas ocasiones. Su condición no le permitía desempeñar trabajos bajos como podían ser la agricultura o algunos oficios. Solo estaba bien visto que se dedicase a la guerra, los hábitos o tareas judiciales y administrativas, nada que implicara ensuciarse las manos.

Duero recordó cómo era la primera vez que lo vio. Apenas tenía dinero pero nadie podía quitarle ese orgullo feroz y ese saber estar que lo caracterizaba. Su porte distinguido, su manera de hablar lenta y culta con un toque de humor sutil y la capacidad de disertar durante horas en latín si se lo proponía le hacían sobresalir sobre el resto de los mortales. Siempre vestía con jubón y calzas

oscuras, tal y como se estilaba. No le cabía duda de que había algo, una base de fondo, pero ahora, estas características se habían acentuado. Sus ropas eran nuevas y caras y llevaba un par de medallas de oro colgadas al cuello. Sus botas estaban impecablemente limpias y la espada, ceñida al cinto, destellaba paulatinamente a los que osaban mirarle unos segundos. Y por si fuera poco, se había adornado el sombrero con plumas. Eran de varios colores y, aunque largas, estaban bien fijadas a la tela sin que se le movieran o le molestaran. Solo le faltaba una guardia y algún enano y hubiera pasado por un príncipe en un día cualquiera.

— ¿Y el navío que lleváis a medias con Pedro de Santa Clara?— preguntó Duero.

— También lo he comprado— respondió Cortés inexpresivo.

— Así pues, junto con los tres barcos que ya poseíais— comenzó a decir Escalante—, tenéis cinco navíos en vuestro haber.

Olmedo esbozó una ligera sonrisa al reparar en que, atracados en el muelle de Santiago de Cuba, y con las velas ondeando al viento, había cinco imponentes navíos.

— Poseéis ahora todos los navíos de la ciudad— dijo.

— Y siguen siendo insuficientes— le respondió Cortés con decisión—. Necesito, por lo menos, el doble. Mirad, por ejemplo, ese de ahí. Acaba de venir de España con un cargamento de vinos y necesita carena antes de que pueda partir en busca de aventuras. Yo no sé si va a aparecer algún otro naviero por aquí en breves pero si oís algo, amigo Duero, comunicádmelo enseguida, y si veis antes que yo al dueño, decidle que estoy interesado en adquirir su propiedad.

— ¿Pero de dónde sacáis el dinero?— preguntó elevando el tono de voz Duero—. ¿Acaso habéis encontrado recientemente un filón de oro en vuestra hacienda de Santiago de Baracoa?

— Mal habría de ser así— mustió Cortés sonriendo alegremente—, pues

la acabo de empeñar. La mayor parte de los beneficios que arrojen mis propiedades ya están comprometidos a algunos mercaderes y tengo también varios préstamos. Pedro de Jeréz, Jerónimo de Tría... la suma asciende a cuatro mil pesos.

Duero no se sorprendió por la cantidad, visto lo visto. Sabía que su amigo estaba decidido a ir a por todas. No había ya vuelta atrás, o triunfaba en su empresa, o quedaría vilmente atrapado en la miseria una vez hubiera perdido todo lo que poseía. Mientras estudiaba las tranquilas facciones de Cortés se iba convenciendo de que estaba obrando como debía. Quizá se había precipitado invirtiendo tanto pero, a aquellas alturas, tenía que ir hacia adelante sin ningún miramiento.

— Siempre me han sorprendido los hombres que, teniendo tanto, se embarcan en misiones como ésta para jugarse el pescuezo por un poco más de oro — dijo riendo Escalante.

— Amigo mío— repuso Cortés mirándolo fijamente—. ¿Qué son el dinero y la comodidad al lado de la gloria? Me ofendéis solo por el hecho de suponer que hago todo esto por aumentar mi capital. ¿Puede haber mejor manera de alcanzar la gloria y una posición entre los grandes de la historia que sirviendo fielmente a Dios, a la patria y a la aventura como voy a hacer?

— Don Hernando— contestó Escalante sin dejar de sonreír e interpretando con humor las palabras de su amigo—, no os quepa duda de que sé qué os proponéis con ese viaje. Sabed también que, aunque me sorprendan los hombres como vos, podéis contar conmigo para esa empresa. A partir de hoy compartiremos ventura.

— Sé que puedo confiar en vos, mi fiel amigo. Sentíos dichoso de que compre tantos barcos pues os haré capitán de uno de ellos— y dando la espalda al muelle y señalando la ciudad añadió—. Pero vale de chácharas, aún queda mucho por preparar. Necesitaremos muchos hombres y armas. Rodeleros, escopeteros, ballesteros, piqueros, espadas, lanzas, pólvora, arcabuces, cañones, falconetes, serpentinas, caballos, pan de cazabe, tocino en salazón...

— No olvidéis herreros, carpinteros, algún médico y buenas mancebas— apuntilló Escalante.

— Éstas últimas se os unirán sin que les digáis nada— dijo menando la cabeza el padre Olmedo—. Pero estoy pensando que también yo iré con vos, don Hernando.

— Es bueno saber que un hombre de Dios tan piadoso como vos velará con celo por la salud de nuestras almas y nos dará confesión si nos alcanza la muerte.

— Yo me temo que no os acompañaré— dijo Duero—. Creo que mi vida debe seguir ligada a esta isla unos años más. Además, podría resultaros más útil aquí. Ya sabéis que os tengo dicho que Velázquez se está inquietando con el cariz que está tomando este asunto.

— ¿Qué sospecháis?— preguntó interesado Cortés.

— No hace falta que os diga que, aunque ha manifestado muestras de buena fe y todo han sido halagos en vuestra audiencia, sigue teniéndoo por un hombre indigno de confianza y bullicioso. Por si fuera poco, algunos de sus allegados y familiares no paran de calentarle la cabeza con quejas y réplicas. No están conformes con que os haya encomendado a vos esta misión.

— ¿Creéis que debería tener cuidado con algo?

— Estad atento, al menos. Y, sobre todo, agiliza la preparación de la expedición y partid cuanto antes. Quién sabe si podría echarse atrás y quitaros de en medio.

Con aquel comentario pusieron punto final a la discusión y comenzaron a andar hacia la ciudad los cuatro juntos. Por el camino fueron hablando de algunos detalles de la expedición que pudieran haber quedado en el tintero.

Los vecinos de Santiago ya sabían que Cortés iba a capitanear la siguiente misión a esas exóticas y peligrosas tierras recién descubiertas. Era por ello por lo que la gente lo saludaba con vehemencia, le hacían comentarios o le

daban ánimos y murmuraban a su paso. La expectación crecía por momentos y no fueron pocos los hombres que, deteniéndolos unos instantes, se ofrecieron como voluntarios para acompañarlo. La mayoría de ellos se mostraron en extremo respetuosos con Cortés, dada la posición social y económica que ostentaba, y éste siempre les respondía con delicadeza, agradecimiento y guardando el debido respeto.

— A este paso no tardaréis en dejar sin hombres la ciudad— dijo Escalante.

— Eso son buenas noticias— dijo Cortés—. Andrés, tendremos que mandar cartas a todas las villas y ciudades de la isla para que todo vecino sepa la empresa que tengo entre manos y sea libre de decidir y reunir bastimento para acompañarnos si lo desea. Quiero que se den bandos y pregones, la noticia debe cundir.

— No hizo mal Velázquez eligiéndoos— apuntó Olmedo—. Sabía que vos ibais a causar furor en los vecinos de estos lares y que se alistarían en vuestra expedición por cientos.

— ¿Eso creéis, padre?

— Desde luego— respondió el sacerdote con seguridad—. Uno aprende mucho de la gente detrás de un confesionario. Sin ir más lejos, recientemente acabo de conocer a ciertos individuos que van a unirse a vos en cuando estéis dispuesto a partir. De hecho, vinieron en vuestro barco, el de los vinos. Son amigos del viejo Heredia y parecen valientes.

— No podéis imaginar lo que me gusta oír vuestras palabras, padre.

En aquel momento un sonido bullicioso les hizo guardar silencio. Se disponían a doblar la esquina de una calle cuando se encontraron de bruces con otro grupo de hombres que reían y hablaban en voz alta. Los dos grupos se detuvieron en seco y estudiaron a los otros. Cortés reconoció a la mayoría y, entre ellos, pudo ver a muchos de los hombres afines a Velázquez. Juan de Escudero, el alguacil con el que había intercambiado unas desafiantes palabras

en casa del teniente, se encontraba allí. Justo a su lado estaba Diego de Ordaz, un zamorano que frisaba los cuarenta años y que siempre le había parecido algo fantasioso y amigo de conversar sobre temas transcendentales. En un plano ligeramente posterior vio a otros como Alonso de Grado, Francisco de Morla y Escobar el Paje.

— ¡Qué bueno ver a don Hernando Cortés! El hombre más famoso de la isla— dijo Escudero sonriendo—. Me gusta vuestro sombrero.

— Gracias— se limitó a responder Cortés—. ¿Y a qué dedican su tiempo unos caballeros tan esforzados y valientes?

— Simplemente paseábamos por la ciudad— respondió el alguacil.

— Estaréis al tanto todos de la empresa que, con la bandera de Dios y el príncipe en ristre, me dispongo a poner en marcha.

Los hombres sonrieron ante aquel comentario. La mayoría de ellos notó que no había nombrado al teniente Velázquez.

— Sí que lo sabemos, sí.

— En ese caso...— dijo Cortés prolongando la pausa para causar expectación—. ¿Estarían dispuestas vuestras mercedes a acompañarme en tan audaz epopeya?

— No os quepa duda— repuso esta vez Ordaz con sinceridad—. La vida en esta isla empieza a resultar aburrida. ¿Quién sabe qué hallazgos y misterios podemos encontrar en el Yucatán?

— Os acompañaremos sin vacilar— dijo Escudero con cierta malicia—. Espero que no tengáis miramientos a la hora de otorgar mandos y designaciones por eventos del pasado.

— Don Juan de Escudero— dijo Cortés clavando la mirada en él—, no os quepa duda que ya he olvidado cualquier agravio que pudierais provocarme en el pasado así como espero que vos hayáis hecho lo mismo. Acompañadme y

solo podréis regocijaros de lo afortunado que fuisteis haciéndolo cuando seáis viejo y contéis la historia a vuestros hijos.

— Tomo nota de vuestras palabras— sentenció el alguacil.

Tras aquellas palabras hizo un gesto por el cual todo su grupo de paseantes reanudó el camino. Cortés y los suyos hicieron lo mismo y siguieron calle arriba. Se mantuvieron en silencio durante unos instantes y Duero, que se había alarmado por el tono desafiante de Escudero, al ver cómo la sonrisa de Cortés no se había desdibujado ni un ápice, dijo:

— ¿Estáis al tanto de que esos hombres son fieles a Velázquez?

— Sí.

— ¿Sabéis, pues, que no dudarán en saltar sobre vos si reciben la orden adecuada? ¿Que serán sediciosos y bulliciosos hasta la saciedad durante toda la expedición y no os dejarán mandar como es debido?

— Sí.

— ¿Y proponéis nombrarlos capitanes?

— A algunos de ellos, sí— respondió despreocupado—. Tengo a Escalante para compensar y también vos podríais ser uno de mis aliados si decidierais venir.

— Él sabe— se limitó a decir, divertido, Juan de Escalante.

— Espero que sepáis lo que hacéis— repuso preocupado Duero—. ¿Es una estratagema o pretendéis ganároslos con halagos y pleitesías?

— Son pocos los hombres que no se pueden ablandar con el dinero o los honores, amigo mío— comenzó a decir Cortés—. Son tan pocos que, si os digo la verdad, nunca me he cruzado con ninguno. Esos hombres quizá no sean tan adictos a Velázquez cuando vean el despliegue que vamos a montar en el Yucatán y las riquezas que encontraremos.

Capítulo X:

La pequeña capilla conseguía mantener un ambiente fresco y seco pese a que en el exterior reinara el más infernal de los calores antillanos. A Farfán siempre le había intrigado cómo los constructores conseguían aquel efecto; crear un clima agradable colocando muros de piedra y cristaleras. No se consideraba una persona demasiado devota pero tenía que reconocer que, aunque el sermón del sacerdote le estaba aburriendo, prefería estar allí dentro que fuera.

Era domingo y había asistido junto con Heredia, María, Ortega y su hijo a misa. Llevaban unos días alojados en la casa del vasco y, aunque no era muy grande, habían conseguido acomodarse en algunas camas improvisadas. De cualquier forma, no iban a permanecer durante mucho tiempo en la isla, y la casa, que tenía una pequeña parcela asociada, les resultaba el lugar idóneo. Farfán había conseguido encontrarse muy a gusto con sus nuevos compañeros pues parecían una familia debido a sus diferentes edades. El cambio, después de abandonar su hogar, le estaba resultando paulatino y sosegado, pues había dado por hecho que tendría que malvivir con otros jóvenes hasta que consiguiera asentarse en alguna choza. Además, por otro lado, estaba María. Compartir su presencia había llegado a convertirse su primera afición en la isla. Había podido pasar algunas horas con ella, principalmente en compañía de los demás, aunque también había disfrutado de algunos momentos a solas. Cuanto más tiempo pasaba con la joven más necesidad tenía de seguir permaneciendo a su lado. Había algo en ella que captaba toda su atención y no solo se trataba de su apariencia juvenil y bonita. Sentía una fuerza y un arrojo increíbles en la muchacha. Sospechaba que se debía a la vida dura que habría llevado con los indios, hasta que fue rescatada por los españoles, pero no lo tenía nada claro ya que no se había atrevido a sacar el tema. De hecho, ni siquiera habían hablado tanto. Daba por hecho que así era pero, en realidad, había pasado la mayor parte del tiempo contemplándola sin intermediar palabra. Mientras comían, cuando salía a echar de comer a los animales, cuando limpiaba la casa... Aquellas miradas fugaces se habían convertido en el pan de cada día y, aunque pensaba

que María no estaba al tanto de aquel inusitado interés que sentía por ella, estaba muy equivocado. Sabía perfectamente que era observada y en ocasiones había jugado con ello, sorprendiendo a Farfán devolviéndole alguna mirada repentina o haciendo algún gesto particularmente extravagante cuando sabía que el joven había posado su vista en ella.

Farfán había llegado a la conclusión de que no era Heredia quién había salvado a María de Estrada de una mala vida como huérfana sino que había sido ella quién le había salvado a él de morir de su propia forma de vida. El antiguo veterano cojeaba y aquello le limitaba para algunas tareas que María hacía sin rechistar, como ir a comprar o arreglar todo tipo de asuntos en la hacienda. También, como mujer de la casa que era, se dedicaba a cocinar, limpiar y realizar el resto de tareas domésticas. Farfán se sentía realmente intrigado por lo que pensaba hacer Heredia con ella. Ya tenía dieciséis años y pronto tendría que buscarle un marido. A veces pensaba que quizá estuviera esperando a que creciera para casarse él mismo con ella. Le parecía increíble que hubieran vivido bajo el mismo techo tantos años y que el hombre, que la triplicaba en edad, no hubiera sentido nada por ella. Era increíblemente hermosa.

En esas divagaciones se encontraba cuando oyó al cura decir:

— *Ite missa est.*

La multitud de fieles comenzó a disgregarse entre los bancos y a salir ruidosamente de la iglesia. Había infinidad de hombres y mujeres allí y el barullo que producían resultaba un agreste contraste con el silencio sepulcral que había reinado hacía escasos segundos. Farfán salió rápidamente para evitar que su perro se pusiera nervioso al ver salir a tanta gente, lo había atado a la puerta junto con los caballos.

Ventisca había pasado todo el rato tumbado a la sombra. Respiraba ajetreadamente con la lengua fuera pero sus ojos decían que estaba en el más reparador de los descansos perrunos. Su dueño lo desató y esperó, viendo cómo marchaban los feligreses, a que se reunieran con él sus compañeros. Cuando todos estuvieron juntos, mientras se disponían a partir hacia alguna taberna en la que pasar aquella mañana de domingo, vieron a la flor y nata de aquella

ciudad saliendo pomposamente de la iglesia. Heredia, sabiendo que los recién llegados no conocían a la mayoría de ellos, comenzó a decir:

— Allí están los hombres más importantes de la ciudad. Ese que está un poco gordo es Diego Velázquez, teniente de gobernador en Cuba. Justo a su lado podéis ver al hombre que nos va a llevar al Yucatán, Hernán Cortés.

Farfán quedó impresionado ante aquella figura. Vestía y se movía con tanta elegancia que no podía imaginárselo blandiendo una espada. Unos ojos oscuros y llenos de ímpetu fulguraban entre el resquicio que dejaba su barba y aquel sombrero de plumas.

— Allí también hay otros hombres importantes— continuó Heredia—. Ese es Andrés de Duero, secretario de Velázquez. Va a su lado el contador Lares. Esos dos hombres son Ordaz y Escudero, el mayordomo y el alguacil del teniente. También van algunos de los familiares de Velázquez y aquel hombre de allá, ese que parece delgado y fibroso, es Juan de Escalante, un íntimo amigo de Cortés.

Mientras daba aquellas explicaciones pudieron percibir cómo la gente iba apartándose y mirando al suelo como si un animal estuviera correteando entre ellos. Farfán no supo de qué se trataba en un principio pero quedó sorprendido por el hecho de que todos rieran y señalaran hacia abajo cuando se apartaban. Cuando vio el objeto de la sorpresa no pudo evitar esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

— Ese es Cervantes el Loco— dijo soltando una carcajada Heredia mientras señalaba al enano que acababa de aparecer de repente.

Se trataba de un hombre muy pequeño de extremidades cortas y cabeza desproporcionada. Corría dando graciosos pasos y, de vez en cuando, intentaba dar volteretas que acababan haciéndole caer estrepitosamente al suelo. Con aquellos gestos consiguió captar la atención de los feligreses, incluidos los notables de la ciudad, que se detuvieron y rieron con ganas las acrobacias. Finalmente, el enano se detuvo justo delante de Velázquez, que había cruzado los brazos sobre su barriga, y pidiendo silencio levantando las manos, comenzó

a decir con cierta voz teatral:

— A la gala de mi amo; Diego, Diego, ¿qué capitán has elegido? Que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura. Mas temo, Diego, no se te alce con la armada; que le juzgo por muy gran varón en sus cosas.

Ante aquél ingenioso y punzante comentario, la multitud prorrumpió en una larga exclamación tras la que enmudeció. El semblante de Velázquez cambió, ahora estaba enfurecido. Fue a dar un paso hacia el enano pero Andrés de Duero se le adelantó con dos grandes zancadas y, tras coger a aquel individuo del brazo y levantarlo un palmo del suelo, comenzó a darle cachetes en la cabeza mientras decía:

— Calla, borracho, loco, no seas más bellaco; que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de ti.

Pero el enano consiguió zafarse y mientras huía del lugar dando cortos y rápidos pasitos gritó:

— Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitán Cortés. E juro a tal, mi amo Diego, que por no te ver llorar tu mal recaudo que ahora has hecho, yo me quiero ir con Cortés a aquellas ricas tierras.

La crispación podía palpase en el ambiente. Todo el mundo estaba en silencio, expectante, y Velázquez, que parecía enfurecido, tuvo que cambiar su semblante y decir forzando una sonrisa:

— Don Hernando, licencia os doy para que os llevéis a ese desgraciado... pero atado al mástil de proa.

Con aquel comentario consiguió aliviar los humos ya que la gente estalló en risas y vítores. Poco a poco fueron marchándose todos, incluido Farfán y sus amigos, que se encaminaron hacia la taberna del Bizco. Mucha gente había decidido ir a aquel lugar también ya que lo encontraron atestado de personas. Heredia, antes de entrar, detuvo al grupo y dijo directamente a Farfán:

— ¿Dijisteis que no habíais conseguido traer una buena espada de

España?

— Así es.

— Lleváis una navaja formidable pero son las espadas las que marcan la diferencia entre esos salvajes y nosotros. Oiréis de la pólvora y las ballestas pero es con la espada en mano, cuando la sangre del enemigo resbala por ella hasta tu mano y puedes oler el aroma de sus entrañas, cuando de verdad ganas las batallas. No podéis ir con esa minucia al frente, necesitáis una buena hoja. Id con María a comprar alguna, yo os la pagaré.

— Pero no puedo aceptarlo— dijo Farfán con el semblante serio.

— No es un regalo, hijo— dijo Heredia riendo—. Ya me la pagaréis cuando consigáis el primer botín de las tierras a las que vamos.

— Aceptad, Farfán— dijo Ortega—. Estas cosas funcionan así.

— Así sea, pues— sentenció el joven.

— Tomad este oro, María, y no escatiméis en gastos— añadió Heredia dando una bolsa de cuero a la joven—. Ese Cortés nos va a hacer muy ricos a todos.

Capítulo XI:

Orteguilla correteaba al lado de Ventisca calle arriba, calle abajo. Farfán no había podido evitar que los antiguos veteranos de Italia les adjudicaran al niño mientras se emborrachaban, pues estaba seguro que iban a hacerlo. En aquellos días, y por orden de Cortés, todo soldado que manifestara que iba a unirse en sus campañas tenía derecho a comer y a beber a su costa; así de contundente había resultado en sus labores de reclutamiento. De cualquier forma, Orteguilla les estaba dejando el suficiente margen como para que pudieran deambular tranquilamente.

— ¿Hay buenos herreros en esta ciudad?— preguntó el joven iniciando la conversación.

— Alguno hay bueno— respondió con voz dulce María—, pero lo que no hay es buen metal. Las armas suelen venir de España, donde el hierro es el mejor del mundo, o eso dicen los viejos. Será mejor que busquemos a un mercader que conozco.

La joven vestía uno de aquellos vestidos que tenía guardados en un arcón de su alcoba. Era de colores blancos y azules y, aunque el corsé le definía unas voluptuosas curvas, llevaba las mangas de la camisa y el escote al descubierto. Farfán tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no desviar su mirada por aquellos brazos esbeltos, pasando por la comisura de su axila para ir a morir a aquel valle que tenía entre los pechos, que no eran grandes pero tampoco pequeños.

— ¿Y a qué dedica el tiempo una joven como vos en una isla como ésta?— preguntó con voz trémula.

El joven no entendía por qué se sentía tan turbado frente a aquella muchacha. En Sevilla nunca había tenido mayores dificultades para flirtear y conquistar a la dama que se le antojara. Era bien parecido y atlético y no se le daba mal la palabra en ese tipo de menesteres.

— Poca cosa hay que hacer aquí, la verdad. La mayor parte del tiempo he de dedicarme a las labores de casa y a la hacienda. De vez en cuando hay teatros y fiestas y también salgo, a veces, con algunas amigas que tengo.

— No pensaba que iba a haber tantas muchachas aquí. Españolas... ya me entendéis.

— Podéis imaginaros. Los conquistadores se traen a sus mujeres, y también a sus hijas para que encuentren maridos aquí. También lo hacen algunos mercaderes y los labradores. Si todos los hombres os vais al Nuevo Mundo tendremos que venirnos aquí las jóvenes casaderas con vosotros, ¿no?

Con aquel tono interrogativo giró la vista para mirar directamente a Farfán, que sonrió encajando como pudo aquel comentario que llevaba implícito cierto deje pícaro. Aquel atrevimiento le pilló desprevenido y, mientras en su mente comenzaba a fraguar la idea de que había parecido un idiota reaccionando de aquella manera ante lo que acababa de oír, decidió contraatacar diciendo:

— Así pues, ¿estáis soltera?

— Lo estoy.

— No puedo imaginar cómo una muchacha tan hermosa como vos no ha sido comprometida a ningún buen hombre— le respondió con palabras lentas y sosegadas mientras esgrimía una sonrisa.

— ¿Acaso me encontráis hermosa?

— Mucho.

Farfán comenzó a sentir un calor que le recorría desde su vientre hasta sus genitales, donde algo había comenzado a moverse ante aquella conversación tan explícita. María, que le miraba fijamente con cierta expresión desafiante y juguetona, volvió a fijar la vista al frente, mostrando indiferencia, mientras añadía:

— Pues será que pocos hombres opinan como vos en esta isla del demonio. Quizá sea el viejo Heredia, que me los espanta. O quizá no les gusten mis formas. Quizá no hayáis oído los rumores pero se dice que en ocasiones no me comporto como debiera hacerlo por ser una dama. Dicen que aquellos cinco años que pasé con los indios me convirtieron en una mujer indomable.

— Vivimos, pues, en una isla de ciegos y bellacos si no saben apreciar vuestras virtudes— respondió Farfán volviendo a fijar la vista al frente y sin poder evitar lanzar una mirada fugaz a su escote, en el que se había condensado una gota de sudor.

— A menudo los locos creen que son ellos los que tienen la razón. Si solo vos creéis que soy bonita será porque, en realidad, sois el que está equivocado. O quizá solo queráis halagarme con piropos y galanterías porque tengo algo entre las piernas por lo que os morís— y poniendo la mano en su hombro mientras acercaba la boca a su oído añadió—. Esta bolsa con el oro que os servirá para conseguir una buena espada.

Farfán tardó unos instantes en contestar ante aquella ofensiva porque un escalofrío estaba recorriéndole la espalda mientras el vello de todo su cuerpo se erizaba. Cuando se hubo repuesto parcialmente contestó desalentado:

— En verdad os digo que no he conocido a una mujer como vos en mi vida. Me fascináis.

— Poco tiempo os queda para fascinaros con esta humilde muchacha pues en breves partiréis a que os maten de un flechazo en el Yucatán.

— ¿Cómo es eso?— preguntó fingiendo indignación el joven—. Partís de España porque todos los hombres se marchan de allí y, ahora que Cortés va a dejar esta isla seca de varones, ¿no vais a venir también con la tropa?

— No os negaré que no me gustaría— respondió María teatralizando sus palabras—. Esta isla va a ser harto aburrida cuando os vayáis pero es muy poco probable que Heredia me consienta marchar.

— Si no venís con los hombres es imposible que encontréis un marido a

tiempo pues solo los niños, los viejos y los tullidos quedarán por estos lares. Ahora sois joven y, aunque no lo creáis, realmente bonita, pero eso no dura siempre y quién sabe cuánto tiempo vamos a pasar allí fuera.

Continuaron conversando animadamente hasta que llegaron al embarcadero. Farfán llevaba tiempo deseando pasar un rato a solas con María para conocerla tal y como era ella. Aquella conversación lo había desconcertado en varias ocasiones pero había conseguido jugar al juego y, las más de las veces, mantener la compostura ante los ataques dialécticos que le disparaba la joven. A raíz de ello, ahora se sentía todavía más atraído, si cabía, por ella.

El muelle siempre era un hervidero de actividad donde un sinfín de hombres y mujeres se buscaban la vida comerciando o faenando en las aguas. Allí se podía encontrar de todo, desde marineros ociosos que blasfemaban y escupían en el suelo hasta ancianos que acudían a pasar el día mirando el mar. María lo condujo hasta una tienda en la que un hombre daba instrucciones a otros para que transportaran algunas cajas con mercancías. Parecía el mercader del que le había hablado porque sus vestimentas eran de una calidad superior a las de los demás y parecía un caballero intrépido y astuto.

— Jerónimo de Tría, os presento a Pedro Sánchez Farfán— le interrumpió María con decisión—. Necesita una espada.

— ¡María, dichosos los ojos!— respondió éste manifestando una sincera alegría al verla—. Cada día que os veo os encuentro más bonita. ¿Aún no os ha casado ese cascarrabias con nadie? Si no tuviera ya mujer e hijos...

María fijo la vista en el suelo cabizbaja ante aquel comentario ya que Farfán intentó fulminarla con la mirada. Acababa de descubrir que quizá aquel juego de decir que nadie en la isla la encontraba guapa podía haberse tratado de una estratagema para que él invirtiera sus energías y su ingenio en hacerle cumplidos.

— Tengo buenas espadas que han venido de un barco recién llegado de Palos pero las he comprometido todas a don Hernando Cortés.

— Yo voy a viajar con don Hernando. Soy uno de sus soldados— se apresuró a decir Farfán.

— ¿Sí?— preguntó el mercader frunciendo el ceño—. Parecéis joven e inexperto pero no os achantéis con ello, la mayoría de los hombres que viven aquí llegaron cuando eran más o menos de vuestra edad, incluido Cortés. Si vais a luchar a su lado podremos hacer una excepción.

Con un gesto les hizo adentrarse en su tienda, donde había unos fardos de tela depositados sobre el suelo. A Farfán le había caído bien aquel hombre. Admiraba a todos aquellos que dedicaban sus vidas a surcar los mares venciendo tempestades y piratas, y más desde que él también había realizado un viaje tan largo y comprobado cuán duro resultaba.

Jerónimo de Tría se agachó sobre uno de los fardos y, desatando cuidadosamente la cuerda, levantó una de las telas mostrando un verdadero arsenal. Allí había hachas, espadas, picas, alabardas, dagas, puñales... No imaginaba que hubiera tantos hombres en la ciudad como para empuñar todas aquellas armas.

— Dadnos una buena espada— dijo María—, que a mí me parecen todas iguales.

— Veo que queréis proveer a vuestro amigo de una buena oportunidad frente a los indios. Estáis todos muy convencidos de que vais a volver ricos de esa expedición pero ya sabéis lo que dicen, no es conveniente vender la piel del oso antes de cazarlo, y menos sabiendo la mala ventura que sufrieron los hombres de Hernández de Córdoba y, ahora, los de Grijalva, que no dan señales de vida.

— Jamás había conocido a un mercader que no quiera vender su mercancía ante un cliente que ya ha mostrado su dinero— repuso exagerando el tono María.

— Yo solo os aviso, señorita. También el hombre de negocios que asesora correctamente a sus clientes vuelve a tener sucesivos tratos con ellos en

vez del que les engaña— y sacando una espada y blandiéndola en el aire dijo—. Ésta es, sin duda, una de las mejores.

Farfán se inclinó interesándose por la que podía ser su nueva compañera de aventuras durante los próximos años.

— Es toledana, una espada ropera. Mango de madera con guarnición metálica de lazo. Larga, recta, de doble filo y balanceada. Puede atravesar una armadura si el golpe es firme y cortar miembros como si de espigas de trigo se tratasen si el espadachín está bien entrenado.

Sin duda alguna, aquella era la espada, Farfán lo sabía. Antes de que pudiera preguntar su precio, María, anticipándose, lo preguntó y comenzó a regatear con el comerciante. Vio en los ojos de su amigo que deseaba aquella arma mucho antes de que él lo supiera con certeza. Jerónimo de Tría pidió bastante dinero por ella en un inicio pero la muchacha resultó ser una feroz tratante. Finalmente consiguió dejarla por cuarenta ducados incluyendo en el precio una rodela de no mucha calidad. Se trataba de una pieza de madera revestida por los bordes por una chapa de metal. Las agarraderas eran de cuero y el interior estaba forrado con algodón para amortiguar los golpes que recibiera el guerrero.

Cuando salieron de aquella tienda Farfán sonreía como un niño al que acababan de comprarle un juguete. Caminaba con expresión bobalicona mientras acariciaba dulcemente el mango de su espada, que ya se había ceñido al cinturón dentro de una vaina vieja y desgastada que habían recibido como regalo del mercader. La rodela la llevaba colgando de la mano pero, aunque hubiera deseado ponérsela por un momento, decidió no hacerlo para que María no lo viera tan entusiasmado. De hecho, incluso había olvidado parcialmente a la joven.

— Como sois los hombres... — dijo ella con desesperación—. Cogéis una espada y ya no hay nada más importante en el mundo que blandirla y jugar a la guerra.

— Vos no lo entenderíais— le respondió lanzándole una cálida

sonrisa—. Sois una mujer y no tenéis esa sangre que te hierve cuando se huele el bullicio.

Mientras regresaban a la taberna del Bizco continuaron hablando e intercambiando pareceres. Farfán volvía a encontrarse encantado de poder disfrutar de la presencia de la joven, hasta el punto de olvidarse de la hoja metálica que se balanceaba colgada del cinturón. Tan concentrado estaba en las palabras, los gestos y los movimientos de María que no se percató de que, justo delante de ellos, tres hombres se habían detenido observándolos.

— ¡Vaya! Pero si tenemos aquí al soldadito.

Hubiera reconocido aquella voz hasta en las profundidades del infierno. Se trataba de Juan de Pila, aquel hombre que había pasado todo el viaje de ida hasta la isla importunándole y ofendiéndole. Si el piloto del barco no hubiese prohibido las peleas, so pena de ser arrojado por la borda, habría puesto fin a aquella situación a la primera semana de haber partido.

— ¿De dónde has sacado esa espada? ¿La has robado? Claro que la has robado, los sevillanos sois una panda de ladrones, cobardes y moros— dijo elevando las últimas palabras.

Juan de Pila iba acompañado de su hermano y un amigo, con los que había partido de España. Eran como su guardia personal, dos hombres hechos y derechos que, cruzados de brazos, reían todas las gracias de aquel individuo de proporciones más menudas y enclenques.

Farfán respiró profundamente intentando canalizar su ira pero no lo consiguió. Decidido, echó mano al pomo de su espada y, justo cuando ya la había sacado un palmo provocando aquel chirrido aterrador, una mano cálida y suave lo detuvo. Se trataba de María, que le dijo preocupada con voz tenue.

— No lo hagáis, no merece la pena. ¿Quiénes son?

Ver a la muchacha con aquella mueca de preocupación fue algo que conmovió hasta el más recóndito pequeño lugar de su alma. Sus labios carnosos se habían minimizado, sus pómulos habían perdido parte de su vivo color y sus

ojos, parcialmente caídos, reflejaban aquel temor que acababa de sentir. Quería besarla allí mismo y todos los días de su vida, quería ensartar a Juan de Pila en su espada, quería proteger aquella mujer con todas las fuerzas de su ser.

— ¿Ahora te protege esa puta que acabas de pagar? ¡Cómo sois en el Sur!

Aquello fue suficiente. Farfán desenvainó su nueva espada y la colocó recta y elevada justo delante de su cuerpo. Su rostro despedía un odio que si hubiera sido luz todos los allí presentes hubieran perdido la vista ipso facto. María no pudo contener aquel movimiento y fue apartada por la violenta fuerza que había mostrado su amigo para ponerse en guardia.

Los tres hombres desenvainaron sus espadas y ya se disponían a rodear con pasos laterales a su enemigo cuando un ladrido los detuvo. Ventisca, que había notado con aquel sexto sentido canino que su dueño estaba en apuros, interpuso su enorme mole de músculo y peso entre él y los atacantes. Sus patas robustas parecían aferrar el suelo y su cabeza, enorme y gacha, mostraba una larga y afilada dentadura desafiante. Gruñía continuamente y estaba tan tenso que parecía que iba saltar en cualquier momento. Orteguilla no quiso ser menos y, poniéndose al lado de Farfán, desenvainó una pequeña daga con la que viajaba siempre.

— ¡Ese jodido perro!— bramó Juan sin ocultar su preocupación.

Parecía asustado ante la visión del poderoso can. Farfán evaluó sus posibilidades si se desentrañaba la pelea y llegó a la conclusión de que eran escasas. De cualquier forma, Juan no apartaba la vista de los colmillos del animal. No tenía motivos para temerlo tanto porque, entre los tres, no tendrían mayores problemas para matarlo de un pinchazo limpio. Quizá lo que le asustaba era que erraran el golpe y el perro les mordiera. No llevaban armaduras y, con los brazos descubiertos como iban, Ventisca podría quebrárselos antes de que pudieran reaccionar.

— ¡Caballeros, deteneos!— gritó María poniéndose en medio—. Solo lleváis unos días en la isla y aquí no nos vamos matando a cuchilladas como en España por cualquier cosa. Si os matáis os tildarán de asesinos y violentos para

el resto de vuestras vidas.

— No sé si pelear contigo, Farfán, o matar de una vez por todas a ese asqueroso chuchó. Pareces muy valiente protegiéndote detrás de él.

— ¿Tienes miedo tú de un perro cuando vienes con dos de tus secuaces? Cada día te tengo por más bellaco.

— Creo que no es hoy el momento de luchar— sentenció finalmente Juan envainando su espada—. No sería justo por ninguna de las partes.

Farfán también envainó su espada. Odiaba a muerte a aquel hombre pero no quería matarlo. Al menos, no en ese momento y a tan escasos días de la partida con Cortés. ¿Y si tras ello no le dejaban marchar con los conquistadores? ¿Y si lo metían en la cárcel? Aún no sabía cómo eran las normas y leyes en aquellas tierras y no quería aprenderlas a base de sufrirlas.

— No será hoy el día, no parece justo— dijo el sevillano con voz dura—. Pero ten por supuesto que la próxima vez que me hables te cortaré la lengua. Y si con eso no tienes bastante nos batiremos en duelo. Ese día veremos quién es el cobarde.

Y sin decir una palabra más, cogió del brazo a María y, liderando su tan poco amenazante grupo, marcharon hacia la taberna del Bizco.

Capítulo XII:

Aquella tarde, Hernán Cortés buscó a su amigo Andrés de Duero por toda la ciudad. No quiso levantar demasiadas sospechas de que se reunía con él y aquel detalle hizo que le fuera más difícil encontrarlo.

Por la mañana acudió con Juan de Escalante a una de las carnicerías de la isla para comentarle al dueño, un hombre calvo, gordo y bigotudo llamado Fernando Alfonso, que en breves le comprarían toda la carne que tuviera disponible para partir con ella en los barcos. Aquel día tenían previsto visitar a varios comerciantes para realizar los últimos aprovisionamientos que les quedaban para estar listos para la partida. No podían imaginar lo que el carnicero les respondió preocupado:

— Don Hernando, no puedo venderos nada.

— ¿Por qué?— preguntó Cortés sin ocultar su sorpresa.

— Es... mirad, no voy a engañaros. El teniente Diego Velázquez nos ha prohibido a todos los comerciantes y tenderos que os suministremos nada.

Decir aquellas palabras pareció liberarle de un peso que debía estar atenazándolo más de lo que aparentaba. Se había quitado el sombrero y se lo había colocado sobre el pecho, donde le daba vueltas y vueltas hasta haberlo convertido en una pequeña masa arrugada.

— Pero... ¿por qué?— preguntó de nuevo Cortés.

— Vos deberíais saberlo— contestó el carnicero con palabras atropelladas—. Yo no tengo ni la menor idea de por qué lo ha hecho. Acaso lo hayáis ofendido, acaso no esté conforme con vos... son cuestiones que no son de mi incumbencia. De cualquier forma, sabéis que ya me gustaría a mí poder venderos toda la carne de la que dispongo pero, aunque vos sois un gran señor, no vais a estar mucho más tiempo en esta isla y, aunque me gustaría estar a bien con vos, os vais, y es Velázquez el que queda. Puede hacernos mucho mal si no

le obedecemos.

— Os entiendo perfectamente— dijo Cortés poniendo la mano sobre su hombro—. No os obligaré a venderme la carne. Hablaré directamente con Velázquez pues esto no ha podido ser otra cosa más que un malentendido.

Cuando salieron de la carnicería, Escalante se fijó en su amigo. Aquello que acababa de ocurrir era un verdadero revés a sus planes pero, sin embargo, Cortés permanecía tranquilo e impasible. ¿Acaso estaba al tanto de lo que podía ocurrir si en alta mar los soldados sufrían el azote del hambre y decidían culpar a su capitán de la ausencia de una cantidad apropiada de víveres?

Decidieron no preguntar a ningún otro comerciante antes de arreglar aquel asunto. Cortés se había convertido en el personaje más popular de la ciudad y, seguramente, también de la isla, pero era Velázquez quien estaba al mando. El carnicero había sido muy certero con las palabras, una vez se fuera y el furor y la ilusión que parecía rodear cada uno de sus pasos desapareciera, la isla quedaría como había estado siempre, con sus jerarquías, sus leyes y sus corrupciones. Ningún hombre con dos dedos de frente se enemistaría tan abiertamente con la persona que gobernaba aquellas tierras y que seguiría haciéndolo durante mucho tiempo.

Pero de algo no cabía ningún tipo de duda, Cortés parecía haber sido besado por la diosa de la fortuna. Todo estaba marchando viento en popa en lo referente a los preparativos de la misión. Ya no había ni un solo hombre, mujer o niño que no supiera que aquel hidalgo de Medellín se disponía a organizar una épica expedición a Yucatán. Los hombres acudían en masa a saludarle y a ofrecérsele voluntarios, tanto los que no habían empuñado un arma en su vida, como los veteranos y aguerridos soldados que, por una razón u otra, se encontraban ociosos en la isla. Eran un grupo muy variopinto pero, entre ellos, podían encontrarse recién llegados de otros territorios de España, heridos de otras campañas que ya se habían recuperado o antiguos conquistadores a los que ya se les había acabado el dinero de los rescates o se aburrían y sentían la necesidad de volver a vivir aventuras.

Cortés había demostrado ser, pese a no tener experiencia militar, un

genial líder y estratega. Allá donde iba convencía a cualquier hombre para que se le uniera. Escalante no sabía si aquel don de palabra era innato o lo había aprendido en la Universidad de Salamanca, pero le parecía un orador increíble. Allí soltaba una arenga, allá unas bromas y acullá unas risas y unas promesas, y con ello, no había nadie que se le resistiese. Además de aquella motivación constante a la que sometía a los varones de la isla contaba con otras argucias que, aunque más elaboradas y caras, resultaban igual de efectivas. Tenía a toda la ciudad comiendo y bebiendo a su costa. Muchos soldados se habían alistado solo por aquel detalle pero aun con aquello, pensaba Escalante, como buenos españoles que eran, sabía de niños, ancianos desdentados y viudas que también se aprovechaban de aquella oferta diciendo que iban a servir con valor bajo la bandera de Cortés. El dinero estaba corriendo a una velocidad tan vertiginosa que no quería ni imaginar cuán grande debía ser la hacienda o los préstamos de su amigo.

Cuando por fin hallaron a Andrés de Duero le comentaron el problema que habían tenido con el carnicero y éste no pareció sorprenderse. Caía la tarde aunque el calor continuaba siendo abrasador. Los tres hombres se encontraban en una apartada esquina de una de las plazas más grandes de la ciudad que, pese a ello, estaba prácticamente deshabitada en aquellos momentos.

— No sé de qué os extrañáis— contestó Duero—. Tenéis a Velázquez muy arrepentido de haberos entregado el mando.

— ¿Por qué?

— Simple y llanamente, este asunto se le ha ido de las manos. No esperaba que vos gastarais tanta fortuna y energías en preparar la expedición ni que resultaríais tan carismático. Tenéis a media ciudad, literalmente, comiendo de vuestra mano. Los hombres han llegado a un punto de fervor que si les dijerais que se han hundido los barcos y que tienen que hacer un puente humano para llegar al Yucatán lo harían.

— Pero Velázquez sabe que voy de su parte en esto— dijo Cortés.

— Hernando— repuso Duero meneando la cabeza en señal de

desaprobación—. No hace falta que finjáis aquí, tanto Escalante como yo sentimos por vos una fiel amistad y sabemos cuáles son vuestros planes. No hay nadie que nos esté espiando ahora mismo así que hablemos con propiedad para dejarnos de tonterías. Vuestra merced planea salir del corral de Velázquez a la primera de cambio para ir por libre. Vos no sois ningún mandado, sois un verdadero conquistador independiente y esto no pasa desapercibido a nadie que pierda un momento cada día en fijarse en cómo funcionan las cosas en vez de emborracharse o jugar a las cartas. Velázquez lo sabe y los suyos también. De hecho, es de éstos de los que más deberíais temer.

— ¿Qué sabéis?

Duero se acercó un paso a los otros dos hombres y bajó el tono de la voz para que la conversación fuera todavía más difícil de interceptar por terceros.

— ¿Recordáis al enano que apareció el otro día tras la misa? ¿Al que le tuve que dar unos buenos puñetazos para que se marchara? Algunos familiares de Velázquez le pagaron para que dijera aquellas palabras.

— Si es así— añadió Escalante—, será porque ni el propio Velázquez ha escuchado, en un principio, a los suyos.

— No— apuntó Duero—. De hecho, ya ni siquiera me consulta a mí, sabe que estoy muy próximo a vuestros intereses. De cualquier forma, y fuera como fuese, ya sí que, definitivamente, les ha hecho caso en sus advertencias. Don Hernando, hay muchos hidalgos disgustados con que vos capitaneéis la armada. Algunos de ellos son familiares de Velázquez que hubieran deseado que ese peso recayera en ellos.

— ¿Pero por qué me otorgó el mando en un principio?— preguntó Cortés—. ¿Acaso no es un hombre capaz de ser firme con sus decisiones?

— Debió subestimaros— dijo Duero—. ¡Demonios! Hasta yo os subestimé. Jamás creí que el reclutamiento os fuera a ser tan próspero. Os vais a llevar tantos hombres que si los pocos indios que quedan en esta isla decidieran rebelarse estaríamos en un apuro.

— Andrés— rió Escalante—, no sigáis por ahí. No es momento para bromas.

Cortés dio la espalda a sus amigos y se alejó un par de pasos con la mano descansando en el pomo de su espada. Duero y Escalante guardaron silencio hasta que el hidalgo, dándose la vuelta, volvió a hablarles:

— Sin duda alguna, Velázquez quiere detenernos pero no lo va a conseguir. De momento solo nos ha dejado sin suministros pero dudo que pueda hacer mucho más. Si tuviera otra opción, si fuera capaz de apresarme, por ejemplo, ya lo había hecho. Si hasta ahora no lo hace es porque tiene miedo de lo que pueda pasar. Como vos bien habéis dicho, Andrés, tengo a media ciudad comiendo de la mano. Mis buenos dineros me ha costado pero ha merecido la pena. Allí fuera hay hombres valientes y buenos pero también hay una cantidad increíble de degenerados y buscavidas que si descubrieran repentinamente que se ha cancelado la expedición no iban a dejar un solo edificio en pie en esta ciudad.

— Estoy totalmente de acuerdo con vuestras palabras— corroboró Duero—. ¿Pero qué haréis ahora? ¿Me haréis caso de una vez por todas y partiréis con lo que ya tenéis?

— Desde luego que tendré que hacerlo— reconoció Cortés—. De aquí a unos días tendré que largar amarras pero debemos ser cuidadosos con el siguiente paso. Velázquez sigue teniendo mucho poder ya que bajo su dominio se encuentran hombres como Ordaz o Escudero que podrían complicarnos las cosas si llegara el caso. Saldremos cuando estemos totalmente listos para no dejarnos nada en tierra... y voto a tal que no me iré de aquí sin esos cerdos de la carnicería.

Capítulo XIII:

Ninguno de los allí presentes recordaba haber visto jamás la taberna del Bizco tan llena como aquella noche en la que el mismísimo Hernán Cortés había decidido ir allí con sus allegados a disfrutar de una buena fiesta. La noche era clara y la bóveda celestial estaba adornada por miles de estrellas que observaban la quieta ciudad en silencio. Una leve brisa de levante refrescaba a los escasos vecinos que todavía deambulaban por las calles, la mayoría de ellos acudiendo al no muy espacioso tugurio en el que se arremolinaban hombres y mujeres para beber una copa con tan audaz hidalgo. Era sin duda el hombre de la isla.

El dueño del local, un cordobés de unos cincuenta años, feo, desgarrado y, tal y como su apodo indicaba, en extremo bizco de un ojo, no cabía en sí de felicidad. Ni siquiera había visto todavía ni un mísero maravedí pero aquello no importaba pues, aunque sus barricas se estaban vaciando vertiginosamente, tenía la palabra de honor de Cortés de que aquellos gastos corrían de su cuenta. Gracias a ello, y a las altas cotas de popularidad que había alcanzado el hidalgo en los últimos días, el ambiente no podía ser más cordial. Cada dos por tres, los hombres lo vitoreaban, le hacían halagos o le componían poemas, reían con él, brindaban un buen trago de vino o se le ofrecían para luchar bajo su mando hasta la muerte.

Cortés sabía estar a la altura de las circunstancias. Había ocupado una mesa central con sus más acérrimos amigos, entre ellos Andrés de Duero, Juan de Escalante, el padre Olmedo y un risueño coruñés llamado Antonio de Villarroel. Vestía completamente de negro con un jubón de gala lleno de bordados de oro. Su elegante sombrero de plumas reposaba graciosamente sobre la mesa, junto a la bebida y la comida, como si de un pájaro que pudiera echar a volar en cualquier momento se tratase. Reía y bebía, parecía feliz y cómodo con aquella situación de vida social en la que él era el indistinguible protagonista. Sabía que allí también había gente que le odiaba o lo envidiaba pero aquello no conseguía eclipsar su optimismo. Aunque Diego Velázquez no estaba allí, sí que se encontraban la mayoría de sus hombres de confianza:

Ordaz, Escudero, Alonso de Grado, Morla y Escobar.

Pero aunque por fuera supiera mantener la compostura, las palabras que había oído de su amigo Duero, hoy, a mitad de tarde, lo mantenían en un estado reflexivo inconsciente que no le dejaba disfrutar completamente de la fiesta. Al parecer, Velázquez ya no quería que él capitaneara a los hombres. Le había pedido a Duero que comunicara a Cortés que desistiera de su misión de formar aquella expedición y relegara el mando a Vasco Porcallo, uno de los hombres que habían sido tenidos en cuenta en un principio siendo rechazado por ser demasiado altanero. El teniente tampoco quería perjudicarlo por lo que, a sabiendas de lo mucho que había invertido en los preparativos, no tenía ningún inconveniente en indemnizarlo y restituirle todo lo que había gastado. Cuando Duero volvió a apremiarle para que largara amarras de la isla de una vez por todas no pudo evitar responder:

— ¡Demonios con ese hombre!— y recuperando la compostura dijo para sus adentros—. No va a parar hasta que desista. Me está dejando sin víveres, tiene a sus hombres vigilándome en todo momento y ahora esto. No sabe que sus esfuerzos son en vano...

Sin duda alguna, tenía que partir cuanto antes pero, ¿cuándo? Mientras hacía gracias con los hombres en aquella taberna seguía dándole vueltas al tema. ¿Cómo iba a partir sin suministros? ¿Hasta dónde podrían llegar sin que murieran de hambre? No tenían caballos ni apenas cañones, y con la comida que disponían apenas podrían llegar a la Habana, lugar desde el que esperaba dar el salto definitivo a Yucatán.

No a muchas mesas de allí se encontraba Heredia junto a María, Farfán y los Ortega, completamente ajenos a las divagaciones de Cortés, aunque lanzándole de vez en cuando alguna mirada para ver qué hacía o cómo se comportaba al corear el último vítor que a algún ilustrado se le había ocurrido. Farfán se sentía afortunado por el hecho de que pudiera comer y beber a costa de aquel hombre. Había venido al Nuevo Mundo con lo puesto, y de no haber sido por aquello, tendría que haber malvivido hasta que hubieran partido. También podría haberse encomendado a Ortega o a Heredia, que tenían algunos dineros ahorrados, pero ya se sentía bastante endeudado debiendo aquella

magnífica espada que en aquel momento pendía de su cinturón. Apenas se la quitaba y María solía reírse de él cuando se le enganchaba con algo.

— ¡No estoy acostumbrado, mujer!— solía responder humildemente él.

Farfán también pensaba que toda la isla se encontraba dentro de aquella taberna. De hecho, no todas las personas que conocía estaban allí. Ciertamente era que apenas conocía a nadie pero no podía evitar de vez en cuando echar alguna ojeada a aquel hombre que no soportaba, Juan de Pila, que estaba sentado a un par de mesas de distancia con sus dos allegados y con los que, supuso, habría hecho amistad los últimos días. A Juan tampoco le era ajena la presencia de Farfán y, continuamente, le lanzaba miradas y lo señalaba haciendo algún comentario que provocaba las risas de los demás.

— ¡Sevillano!— gritó finalmente.

La voz fue lo suficientemente fuerte como para que la oyera pero quedó ahogada por el vocerío general.

— ¿Es ese desgraciado?— preguntó Heredia con voz ronca.

— Es algo que queda entre él y yo— repuso seriamente Farfán—. María, no debisteis decirle nada.

— ¡Sevillano! ¿Disfrutas de la noche?— preguntó de nuevo Juan acercándose lentamente hasta quedar a varios pasos de la mesa de Farfán. Sus amigos avanzaron detrás de él y, cruzándose de brazos, dibujaron una sonrisa desafiante en su rostro. Eran seis en total.

— Ignoradle— se apresuró a decir María preocupada.

— Juan, tengamos la fiesta en paz— se limitó a responder Farfán sin levantar la vista de su copa.

— ¿Habéis visto cómo se agarra a la copa este pordiosero?— comenzó a decir riendo a los suyos—. Todos en su familia eran unos muertos de hambre en aquel barrio de Sevilla, por eso se vino aquí a buscar fortuna, pero dada la poca

gracia que tiene, no creo que encuentre otra cosa que la muerte.

Heredia fue a levantarse pero Farfán fue más rápido. María, que intuitivamente supo que se avecinaban problemas, se puso justo delante del vasco impidiendo que avanzara. El sevillano agradeció con un ademán aquel gesto y clavó la mirada en los ojos de Juan.

— Mira. Si sigues por ese camino voy a clavar tu lengua en esta mesa con mi navaja.

Sus enemigos rieron a carcajadas aquel comentario aunque, realmente, tenían motivos para ello. Eran seis fornidos hombres y, frente a ellos, se encontraban dos veteranos, uno de los cuales parecía bastante viejo, un joven que comenzaba a dar sus primeros pasos como soldado, un niño y una mujer. Ni siquiera llevaban a Ventisca en aquella ocasión.

— Mucho hablas, sevillano cobarde, pero los hombres de verdad actúan y dejan las palabras para los viejos y las chismosas.

Los sujetos que se encontraban a varios pasos a la redonda comenzaron a alejarse de aquella posición. Habían olisqueado de alguna manera que se estaba preparando una pelea. Aquellos gestos amenazadores, las palabras que habían dicho o la posición que estaban adoptando los hombres de Juan de Pila... en el fondo sabían que era cuestión de tiempo que aquello explotase. Conforme iban comprimiendo al resto de gente contra el poco espacio libre que iba quedando en la taberna la noticia iba corriendo. ¡Pelea!

— En la calle, tú y yo y sin esos rufianes que te acompañan— dijo aparentando seguridad Farfán.

Juan emitió un chasquido con sus labios y pareció reflexionar durante unos segundos la proposición aunque ya sabía de antemano la respuesta: No. Sería mucho más divertida una pelea abierta y, de aquel modo, también tendría más posibilidades de ganar. La gente todavía no se había percatado completamente de lo que estaba ocurriendo por lo que luego no podrían culparlo de deshonor. Era el momento que tanto había deseado, llevaba varios

meses queriendo ajusta cuentas con aquel insolente y, zurrar a sus amigos, ya de paso, era algo que le satisfacía todavía más. ¿Era así aquello? Así quería pensarlo. En cuanto por su mente comenzó a bailablear la idea de que, en realidad, estaba rehuyendo un combate directo con Farfán porque tenía miedo, y tenía que esconderse bajo la ayuda de su hermano y sus amigos, intentó aplastarla con todas sus fuerzas. Frunció el ceño y se lanzó a la carga ahogando aquel conocimiento sobre la cobardía de su persona que lo atormentaba.

Desenvainó su espada mientras corría hasta Farfán. El sonido fue tan claro que todos los allí presentes enmudecieron y lo localizaron con la vista. Hasta los que estaban algo sordos de algún oído se sobresaltaban con aquel chirrido que, las más de las veces, resultaba la antesala de la muerte. Helaba la sangre y nadie podía evitar pensar que era quizá a su persona a la que venían a ajusticiar, ni uno solo de ellos estaba completamente limpio de pecados y agravios.

Farfán se sorprendió por aquel ataque repentino pero supo reaccionar a tiempo. Empuñó su espada con firmeza pero, cuando intentó desenvainarla, se dio cuenta de que no se movía. Por el motivo que fuera, y cuyo estudio no era menester en aquel momento, se había quedado enganchada a la vaina. Quiso mirarla para ver qué le ocurría pero pensó que quizá sería mejor protegerse del golpe. Sintió la muerte acariciar suavemente su alma pero consiguió echarse al suelo en el último momento y esquivar el tajo, que cayó pesadamente sobre la mesa partiéndola en dos. Los gritos comenzaron y, en menos de un segundo, una maraña de brazos y botas lo rodeó. Ortega se había abalanzado sobre dos de los hombres y la piernecilla de su hijo pateaba a otro. Uno de los recios y peludos puños de Heredia sobrevolaba su cabeza de aquí para allá y las faldas de María rozaban su cuerpo. Caos y más caos. Los hombres de Juan también lanzaban sus golpes y, cuando consiguió levantarse, volvió a ser derribado por su anterior atacante de una patada en el costado. Rodó por el suelo hasta que, consiguiendo detenerse, vio de nuevo venir aquella reluciente espada contra su cabeza. La esquivó milagrosamente de nuevo pero decidió contraatacar. No tenía su arma pero rodó sobre la de Juan consiguiendo que, gracias a su peso, ésta se le escapara de las manos. Intentó ponerse en pie de nuevo pero su contrincante se le echó encima con su daga en ristre. Farfán agarró rápidamente

de la muñeca atacante y detuvo el pinchazo a escasa distancia de su rostro.

— ¡Muere!— bramó el agresor.

El sevillano sujetaba con sus dos brazos la muñeca de Juan, que aprovechando la fuerza de la gravedad, se aproximaba lentamente hasta su objetivo. Farfán volvió a sentir aquella sensación de muerte inminente pero su cerebro consiguió anteponerse a aquella desolación. Hinchó sus pulmones, confió en su brazo izquierdo y, velozmente, desabrochó la navaja que llevaba aferrada al muslo. La abrió con un golpe y la hundió en el costado de su enemigo en un segundo tiempo. Tras ello, sintió como el peso que ejercía sobre él se fue haciendo más liviano hasta que comenzó a levitar por los aires. Aquello le confundió en un principio pero enseguida se dio cuenta de qué estaba pasando; la gente los estaba separando. Habían pasado tantas cosas desde que se inició la pelea que pensaba que quizá los hubieran dejado varios minutos hasta que alguien decidiera actuar.

Sintió un vuelco en el corazón cuando se acordó de María y, hasta que la vio, temió por su vida. Estaba siendo aferrada por dos hombres pero seguía pataleando y gritando enfurecida. Un pequeño reguero de sangre corría por su nariz. A Heredia también lo estaban sujetando entre tres hombres, que no habían tenido otro remedio que tumbarlo boca abajo y sentarse sobre él. Los Ortegas se habían detenido por su propia voluntad, tal y como habían hecho la mayoría de los contrincantes.

— ¡Confesión!— gritó una voz desgarradora.

— ¡Éste se muere!— gritó otro hombre.

Farfán se zafó rápidamente de quienes venían a retenerlo y, poniéndose en pie, corrió hacia el lugar donde la gente estaba comenzando a arremolinarse. Allí estaba Juan de Pila, berreando en el suelo sobre un charco de sangre. Intentaba taparse en vano la herida que le había infringido con la navaja pero de ésta no paraba de manar, pulsátil, la roja y caliente sangre de su cuerpo.

— ¡Confesión!— imploró de nuevo aterrado.

El padre Olmedo se agachó rápidamente junto al herido sin importarle que sus hábitos se ennegrecieran al contacto con aquel fluido que parecía que iba a impregnar todo el local. Acercó su cabeza a la de Juan y, cogiéndole de las manos, le hizo aferrar fuertemente su crucifijo de madera. Tras ello, comenzó a recitar unas palabras en latín mientras el moribundo las iba repitiendo. Poco a poco iba poniéndose cada vez más pálido hasta que, repentinamente, murió.

— ¡Me cago en Dios!— bramó el Bizco sacándolos a todos del sopor que se había formado frente a la muerte—. ¡Tiene que ser hoy y aquí! Discúlpeme, padre.

Entonces las miradas fueron dirigiéndose una a una, y totalmente en silencio, a Farfán. Sabían que era él el que había acabado con la vida de aquel hombre en la pequeña refriega que se había organizado. Externamente, Cortés había ordenado a gritos que se parara la pelea en cuanto tuvo noticias de ella, y no tardaron mucho tiempo en separarlos. Había sido mala suerte que hubieran llegado a las cuchilladas tan pronto.

— ¿Habéis visto que ha sido él el que se ha acercado a mi mesa buscando pelea y ofendiendo mi honor?— se apresuró a decir el sevillano.

— Voto a tal— rugió enfurecido Heredia desde el suelo.

Varios hombres comenzaron a asentir con la cabeza y a comentar lo que había ocurrido. Se trataba de los curiosos que habían presenciado la pelea desde el principio y no tardaron en comenzar un acalorado debate en el que se enfrentaron los que corroboraban lo que había dicho Farfán contra los que decían que mentía. Los primeros eran mayoría y los segundos no tardaron en ser reducidos al pequeño grupo que había participado activamente en la lucha.

— Farfán es inocente— dijo un hombre.

— Solo quería lavar su honor— dijo otro—. Ese Juan llevaba días faltando contra él y este desenlace era inevitable.

Farfán no conocía a aquel sujeto y, en aquel momento, se preguntó cómo podía estar al tanto de aquello. Le habían avisado de que las noticias volaban

rápido en una isla tan pequeña y con tan poco que hacer pero aquello le parecía excesivo.

Duero hablaba frenéticamente a escasa distancia de la oreja de Cortés. Parecía haber perdido el juicio y, aunque se encontraba notablemente nervioso, supo mantener cierta compostura y discutir en un tono de voz que solo pudieran oír su amigo, Escalante y Villarroel.

— ¡Esto es el colmo, Hernando!— le decía mientras agitaba los brazos—. Podéis decir adiós a la expedición si no partís ya. Cuando Velázquez se entere de esto... ¡Sabe Dios qué hará!

— Es verdad que hemos demorado demasiado la partida, Hernán— corroboró Escalante—. No tenemos provisiones pero tenemos que salir ya.

Cortés les hizo enmudecer con un gesto de su mano y, tras hacerles una señal de asentimiento, dio un par de pasos hacia adelante para, captando la atención de todos los allí presentes, decir:

— Vecinos de Santiago de Cuba, soldados, veteranos, aventureros, mujeres y todo aquel valiente y puro que quiera seguirme. Ha sido un desastre lo que ha ocurrido esta noche aquí pero no hay que buscar culpables. Esperemos que no vuelva a ocurrir pues somos pocos los cristianos que vivimos en estas tierras y tenemos una misión muy importante entre manos. Guardad vuestras energías para lo que yo os propongo y seguidme. Coged vuestras pertenencias todo lo rápido que podáis, partimos esta misma noche.

Capítulo XIV:

Farfán se santiguó nada más entrar a la iglesia y miró cabizbajo la cruz como sintiendo la justicia de Dios sobre su alma. Acababa de matar a un hombre, el primero, y había sido un español. Estaba todavía demasiado afectado por lo que acababa de hacer como para funcionar con normalidad. En cuanto el revuelo se había calmado un poco acudió al padre Olmedo a pedir perdón y consejo y agradeció que éste lo tranquilizara, pues era de los que habían sido testigos de que la afrenta la había comenzado Juan de Pila.

Pero en la iglesia, una sensación de frío y desolación le invadió. La noche era calurosa pero, como siempre, dentro de aquel edificio revestido de santos de madera y piedra la temperatura era algo más baja. Mientras recorría con sus amigos la nave central y sus pasos repiqueteaban contra el pulcro suelo no podía evitar ir pensando en lo que había ocurrido y rezar para pedir perdón. ¿Había actuado en defensa propia o había disfrutado hundiendo su navaja en aquella axila?

Fueron a ocupar uno de los primeros bancos donde una veintena de hombres y mujeres se arremolinaban mirando al altar. Se habían quitado los sombreros y, habiendo olvidado la escena que acababan de presenciar en la taberna hacía escasos momentos, parecían optimistas y contentos; tenían la certeza de estar presenciando un momento histórico. Bajo la custodia del retablo, Hernán Cortés, Andrés de Duero, Villaroel y el padre Olmedo estaban realizando algún tipo de acto simbólico.

Cortés acababa de mandar a su amigo Juan de Escalante a requisar todos los víveres de la ciudad. Había dado órdenes precisas a todos los soldados para que se prepararan y cargaran en el barco todas las provisiones pero había sido especialmente a él al que le había encomendado la misión de ir a la carnicería de Fernando Alfonso y llevarse todos los cerdos. Lo que ahora estaba haciendo, a la vista de aquel reducido grupo de hombres, era bendecir la expedición.

El padre Olmedo regaba, con golpes secos de su hisopo, de agua bendita

a todos los allí presentes mientras pronunciaba palabras en latín. En el ambiente reinaba un clima trascendental y místico. Farfán no podría haberlo explicado pero un sentimiento celestial los estaba envolviendo. Al lado del sacerdote, Villarroel portaba una bandera azul con fuegos blancos y una gran cruz roja. Cortés se encontraba allí cerca también, sereno y con la cabeza alta, como si estuviera empapándose y creciendo con aquella sensación.

En un momento dado, Olmedo, se dirigió a la bandera. Villarroel se la inclinó levemente para que la rociara también con agua bendita y murmurara su bendición. Acto seguido, volvió a ponerla en ristre y Cortés, dirigiéndose a los espectadores, dijo con voz solemne:

— Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus.

Farfán y María no entendieron completamente aquella frase pero Heredia les solucionó el problema traduciendo al español con voz baja aquellos latinismos.

— Amigos, sigamos la cruz, que si tenemos fe, con esta señal venceremos.

Capítulo XV:

— ¡No, no y no! ¡Pardiez, no vendréis!— de aquella manera tan brusca se había negado Heredia a la petición de María de Estrada.

La joven había llegado a arrodillarse implorando que le dejara marchar con ellos en los barcos de Cortés. Aquella era la primera vez que Farfán la veía llorar y ver sus lágrimas recorrer sus rosadas mejillas fue algo que lo conmovió sobremanera. No se trató de una pena que pudiera aliviarse con el derramamiento de un par de gotas, María sollozó con ganas. Su rostro se congestionó y acabó lanzando verdaderas blasfemias contra el hombre que, hasta ahora, había estado custodiándola:

— ¿Pero no veis que me quedo sola en esta isla de mierda?—gritó—. Toda la gente interesante que conozco se va. ¿Qué voy a hacer aquí? ¿Amargarme cuidando los cerdos?

— Heredia— había intentado decir Farfán.

— ¡No!— el vasco vociferaba encendido por la ira. Su rostro estaba enrojecido y respiraba violentamente haciendo aletear sus narices.

— ¡Me condenáis a quedarme soltera aquí como una vieja viuda! ¿Con quién me desposaré dentro de unos años? ¿Con algún tunante que no tuvo el valor de alistarse? ¿Con algún viejo?

Tras la última negación, el veterano dio la espalda a la joven y salió de la casa sin despedirse de ella. Los Ortega estaban fuera esperando con el equipaje y con Ventisca. Farfán se había quedado dentro de la casa intentando convencer a Heredia pero sus intentos habían sido en vano. Cuando oyó el portazo detrás de sí supo que tenía unos pocos segundos para despedirse de aquella mujer de la que se había enamorado los últimos días.

María respiraba bruscamente elevando sus pechos dentro de la camisa con cada inspiración. Seguía enrojecida por la ira, los ojos vidriosos y los labios

contraídos intentando reprimir los sentimientos que querían escapar de su boca en forma de juramentos y maldiciones. Parecía encontrarse en otro lugar, ajena a aquella casa y a Farfán. Tenía la mirada perdida en el suelo, como embobada, pero su rostro indicaba que estaba pensando frenéticamente.

Farfán se acercó a ella y, al depositar la mano en su cálido y desnudo hombro, la sintió realmente tensa. Notó sus músculos bullir bajo su mano. Intentó tranquilizarla pero sus palabras no lograron tal efecto.

— Lo siento— dijo.

En realidad, él estaba tan compungido como la muchacha. Llevaba tantos días a su lado que ya no soportaba la idea de no verla más. No había podido evitar enamorarse de ella, no entendía como aquella preciosidad no tenía ningún pretendiente todavía. La adoraba, no había nada en ella que no le gustara, y la sola idea de partir y dejarla allí le partía el alma.

Pero Farfán sabía que había venido a aquella isla a buscar fortuna. Su corazón le decía que abandonase la expedición y se quedara en Cuba para poder seguir disfrutando de aquella presencia pero sabía que eso no era lo correcto. ¿Cómo le recordarían cuando supieran que no había ido con Cortés cuando tuvo oportunidad? ¿Se lo perdonaría la propia María, siempre tan aventurera y valiente? ¿Qué sería de su vida sin un solo maravedí? Sabía que tenía que partir y labrarse un futuro para luego volver a recoger los frutos.

— María, estos días a vuestro lado han sido los mejores de mi vida— comenzó a decir con voz triste—. Tengo que partir a la conquista de esas nuevas tierras y me gustaría que, cuando volviese cargado de oro y joyas, estuvierais aquí esperándome.

La muchacha pareció no oír aquellas palabras. Seguía hipnotizada mirando al suelo con aquella respiración ajetreada. Farfán se acercó un poco más a ella y olió aquel perfume que tanto le embriagaba. Puso su mejilla contra la suya y sintió el calor y la humedad de aquel rostro lloroso. Cuando besó suavemente su pómulos, notando el sabor salado de sus lágrimas, María reaccionó y se alejó con brusquedad.

— ¡No! ¡No voy a esperar a nadie!

Tras proferir aquellas palabras gritando salió de la casa por la otra puerta. Cuando Farfán la perdió de vista sintió una pena desoladora en su corazón. Bajó la mirada, se ciñó la espada y marchó a reunirse con sus compañeros, que le esperaban en la calle.

La ciudad era un hervidero de hombres corriendo a medio vestir, madres, esposas e hijas despidiéndose, ajeteo, ruidos metálicos, animales siendo conducidos al embarcadero... La salida iba a ser tan precipitada que muchos fueron despertados del sueño por los gritos que subían y bajaban las calles anunciando que la expedición estaba próxima a partir.

Cuando Farfán y sus amigos llegaron al muelle vieron a Cortés reunido con Villarroel, Duero, Olmedo y Lares. No paraban de ordenar a todo el que se les acercara que subiera a uno u otro de los barcos que fondeaban amarrados al astillero. Cuando llegó su turno se presentaron y, tras oír un sincero y breve agradecimiento del capitán, les señalaron el navío al que debían dirigirse.

Eran cinco los barcos detenidos en el puerto. La noche era lo suficientemente clara como para que las blancas velas reflejaran parcialmente la luz de la luna. La leve brisa que corría las mecía haciendo que las embarcaciones describieran suaves movimientos aleatorios por el pequeño espacio que las amarras les facilitaban. Las maderas crujían al choque de las olas haciendo que Farfán, que rememoraba las fatigas de su viaje de España a Cuba, viera todo aquel panorama con cierto aire fantasmagórico. Partían hacia lo desconocido y en mitad de la noche. No había marcha atrás, era a eso a lo que había venido, pero qué diferente era servir al rey a un lado o al otro de la patria. Los que se adentraban en el Mediterráneo eran principalmente aragoneses e iban a luchar a tierras muy similares a las de España. Italia, Córcega, Cerdeña, Sicilia... allí había, cuando menos, cristianos, calles empedradas, cultura, hospitales y escuelas. Uno podía perderse y encontrarse chapurreando un poco de español y latín, y siempre podía contar con la hospitalidad de algún campesino. El Nuevo Mundo era diferente, oscuro y desconocido. No sabían lo que iban a encontrar pero, por lo que habían oído de los hombres que habían llegado con Alvarado, debía haber ricas naciones al otro lado y esto,

inevitablemente, conllevaba ejércitos y amenazas.

Supieron conforme iban embarcando que, de los cinco navíos, solo cuatro partirían en ese día. El restante, que Cortés había comprado a Duero, estaba recibiendo carena. El casco de aquellos navíos solía desgastarse con los viajes prolongados ya que infinidad de moluscos se adherían y comían parte de la madera. Era necesario, periódicamente, repararlos, y si no lo hubieran hecho con aquel, en no mucho tiempo se habría hundido.

Cuando pusieron pie en cubierta buscaron un lugar donde dejar sus pertenencias y acomodarse. Todos los soldados estaban haciendo lo mismo por lo que, en seguida, se montó un buen barullo. Farfán se fijó en una mujer que llevaba un bebé en un brazo y una niña de la mano siguiendo a un hombre que parecía un veterano. No pudo evitar acordarse de María y volver a sentir la pena. ¿Por qué no le había dejado Heredia partir con ellos?

Hernán Cortés contempló complacido cómo cada vez iba llegando menos gente hasta el muelle. Aquello no podía deberse a otra cosa más que a que ya hubiera embarcado la inmensa mayoría de los hombres, dado el caudal de individuos que había pasado ya ante sus ojos. Justo en ese momento llegó Escalante dirigiendo una piara compuesta por unos treinta cerdos que caminaban graciosamente meciendo sus carnes y olisqueando cada objeto interesante que se encontraban por el camino. Tras ellos corría un hombre rechoncho y bigotudo, Fernando Alfonso, el carnicero.

— Don Hernando, don Hernando— imploraba exhausto. La carrera parecía haberlo agotado físicamente—. No os llevéis mis cerdos, por el amor de Dios. Dejaréis sin comida la ciudad y, con el dinero que perderé por no vender la carne, no podré afrontar la multa que me pondrá Velázquez.

— Tomad— respondió Cortés arrancándose una cadena de oro del cuello y arrojándosela—. Para que paguéis la pena y para que os paguéis la carne que os he tomado.

Duero no paraba de apremiar al capitán para que se marchara pero éste seguía impassible en la costa mirando hacia la ciudad. Hacía rato que ya no venía

nadie pero no quería dejar a ninguno de aquellos aventureros en tierra. Le atormentaba la idea de verse en el futuro en la selva, rodeado de indios, y echar en falta un compañero más que le cubriese la espalda.

— Si no vais a llegar al Yucatán de tirón...— dijo Duero—. Vais a recorrer la costa de Cuba recogiendo más provisiones y hombres por lo que, el que se quede dormido y no llegue a subir aquí, podrá recorrer mañana la isla y llegar hasta Trinidad para que lo recojáis.

— Tenéis razón— respondió Cortés suspirando—. Es hora de partir.

Entonces aparecieron varios hombres en el horizonte corriendo y gritando. Eran unos seis y uno de ellos iba montado en una mula. Cuando Duero los reconoció dijo con palabras atropelladas:

— ¡Es Velázquez! ¡Viene a por vos!

Cortés miró a su amigo esbozando una media sonrisa. Permaneció unos instantes inmóvil, con sus brazos descansando en el cinturón y respirando suavemente. Vio a Duero tan intranquilo que, finalmente, dijo:

— ¿Con qué hombres? Tengo allá atrás en los barcos un ejército que me es adicto en extremo. ¿Cómo va a apresarme?— tras ello Duero intentó interrumpirle pero el capitán continuó—. Pero os veo nervioso así que embarcaré ya. Además de por un buen amigo os tengo por un hombre sabio y sabéis bien que Velázquez no viene aquí a despedirme. Si estoy en tierra cuando llegue no nos despediremos con abrazos por lo que, para no verme con males mayores, evitaré ese encontronazo.

Escalante, que había vuelto en un bote tras embarcar a los cerdos, comenzó a prepararlo para volver a adentrarse en el mar. Ya se encontraban todos en los navíos salvo él, Cortés, Villarroel, Olmedo y tres soldados que habían llegado recientemente. Uno a uno fueron subiendo al batel y, tras un leve empujón de Duero, se alejaron lentamente de la costa. En tierra quedó el secretario junto con el carnicero, algunas mujeres que habían ido a despedir a sus maridos y Lares, el contador. Una punzada dolorosa recorrió el corazón del

primero pero no supo bien a qué se debía. Mientras levantaba la mano para despedir a su amigo pensó que quizá se tratara de un sentimiento de pena por haberse negado a participar en lo que parecía iba a ser una epopeya magnífica.

Cuando finalmente Velázquez llegó trotando sobre la mula a la costa, Cortés ya se encontraba a mitad de distancia entre sus barcos y él. Pisaba con una de sus botas sobre la madera de la popa y se apoyaba cómodamente con los brazos sobre la rodilla elevada. Podía ver las facciones del teniente consumiéndose por la ira y su voz llegó clara y nítida a sus oídos:

— ¡Deteneos, por vida vuestra! ¿A qué se debe esta mudanza?

Cortés colocó una de sus manos alrededor de la boca para aumentar el volumen de sus palabras. No era un hombre al que le gustara gritar demasiado:

— Es el momento óptimo para partir. Tiempo de levante, los hombres comenzaban a aburrirse...

— ¡Volved aquí! No tenéis ni siquiera víveres. ¡Decid a vuestros hombres que desembarquen!

Velázquez estaba perdiendo paulatinamente los papeles. Desde que le ofreció el cargo a aquel hidalgo extremeño había perdido el control de la operación pero, al ver cómo los barcos se disponían a partir, supo que si se iban ya no tendría ninguna oportunidad. Al oír aquello, Cortés se quitó con gracia su sombrero de plumas y, haciendo una larga reverencia con él, respondió:

— Señor, Dios quede con vuestra merced, que yo voy a servir a Dios y a mi rey, y a buscar con éstos mis compañeros mi ventura.

PARTE SEGUNDA: Liderazgo

“Llevaba el dicho marqués una bandera de unos fuegos blancos y azules, e una cruz colorada en medio; e la letra della era: Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus.” Relación de algunas cosas... Andrés de Tapia (1498-1561)

“Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está, y que el príncipe desarmado se sienta seguro entre servidores armados, porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo. Por todo ello, un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.” El Príncipe. Nicolás Maquiavelo (1469-1527)

Capítulo XVI:

En unos tres días de viaje arribaron a Macaca, una pequeña villa en el sur de la isla de Cuba y cuyas gentes se dedicaban, principalmente, a la pesca, ganadería y agricultura. El puerto era pequeño pero los tres barcos llenos de aventureros supieron adecuarse al poco espacio que tenían. Cortés no sabía si aquel lugar sería capaz de albergar a tanta gente pero no le quedó más opción que detenerse. No se encontraba ni a cuarenta leguas de Santiago de Cuba pero sentían ya la necesidad de recoger más víveres porque prácticamente habían consumido los que cargaron en aquella ciudad.

Habían salido tan precipitadamente que solo llevaban lo puesto y poco más. Casi todos los hombres portaban sus propios equipajes y armas pero adolecían de comida, armas de asedio y caballos. La idea era pasar allí, relativamente lejos de la influencia de Velázquez, el tiempo que fuera necesario para aprovisionarse de alimentos.

Ya solo eran tres los barcos que seguían a Cortés porque éste, acertadamente, había enviado uno a Jamaica. Se trataba del navío en el que había llegado Farfán y los Ortega y, dado que aún tenía las bodegas llenas de vinos, tomó la decisión de llevarlos a aquella isla para intercambiarlos por pan de cazabe, cerdos y otros alimentos. Sabía que el precio del vino sería mayor allí y fue por ello por lo que mandó a uno de sus hombres de confianza, Pedro González de Trujillo, con aquella misión. Su quinto y último barco, cuya custodia había encomendado a otro amigo llamado Francisco Saucedo, pasaría algunas semanas más en Santiago recibiendo carena.

Durante el trayecto, apenas supo ni cuántos hombres tenía ni quiénes habían subido. Sabía que sus allegados, Escalante, Olmedo o Villarroel, iban a bordo, pero también lo estaban partidarios de Velázquez como Ordaz, Escudero, Morla, Escobar o Alonso de Grado. Habían subido en otro de los barcos por lo que no pudo controlar lo que hicieron durante los días que duró la travesía. Se regañó a sí mismo por aquel descuido pero tampoco le quitó

demasiado el sueño, la mayoría de soldados estaban de su parte.

Cuando las huestes desembarcaron no permanecieron demasiado tiempo en la playa, pues tenían permiso del capitán para comer y beber a su costa. Los vecinos de la villa quedaron sorprendidos por la marabunta de personas que había aparecido de la nada pero enseguida supieron quiénes eran. Todos los españoles que residían en Cuba sabían que Hernán Cortés iba a partir con una flota a Yucatán. Habían sido debidamente informados por los mensajeros que habían recorrido caminos y pueblos a caballo con cartas y pregones de modo que, el que quisiera buscar aventuras a su lado, sabría dónde encontrarlo.

Cortés no había nombrado todavía los mandos de su ejército así que la organización resultó caótica al principio. Todo el mundo que tenía un problema o queja acudía a él, y eso le hacía perder gran parte del tiempo. Escalante le sugirió que comenzara a nombrar capitanes pero con ello obtuvo una negativa como respuesta. De cualquier forma, la tropa supo enseguida quiénes eran los favoritos del capitán y armador por lo que, a los pocos días, comenzaron a acudir a ellos para recibir órdenes o preguntar. Fue una hábil jugada con la que Cortés consiguió seguir llevando el peso del mando sobre sus espaldas sin apenas delegar en lo estrictamente necesario. Los partidarios de Velázquez apenas eran tenidos en cuenta y aquello redujo su peligrosidad. Realmente, pasaban la mayor parte del tiempo juntos, hablando y haraganeando, aunque estaba seguro de que, desde que tomaron tierra, habían mantenido contactos con el teniente por carta y mensajeros.

Cortés se reunió muy pronto con los principales propietarios de la villa y mandó mensajeros a los de las aldeas próximas. Quería comprar todo lo que se pudiera comer y, ante aquel ofrecimiento, los agricultores y ganaderos comenzaron a trabajar frenéticamente para satisfacerlo. No sabían cuánto tardaría en levar anclas pero estaban dispuestos a vender todo lo que poseyeran a aquel pródigo y elegante caballero que parecía haber caído del cielo.

Capítulo XVII:

Casi dos meses habían pasado ya en aquel puerto que a Farfán se le antojaba repugnante. No había absolutamente nada que hacer salvo dormir a la sombra, jugar a los naipes o beber. Las únicas ocasiones en las que tenían que desempeñar alguna labor eran cuando les ordenaban subir alguna caja con provisiones a los barcos. El resto del tiempo permanecían ociosos o, al menos, así fue al principio.

A los pocos días de llegar, dado el aburrimiento reinante, hubo alguna que otra pelea entre los soldados. Cuando este hecho llegó a oídos de Cortés, mandó a los hombres que formaran filas en la cosa. Farfán acudió junto con Heredia, Ortega y Ortegulla, y se colocaron juntos en uno de los extremos. Llevaba a Ventisca aferrado por una correa pero en ocasiones llegaba a pensar que aquello quizá no fuera necesario. El perro pasaba la mayor parte del tiempo tumbado, descansando, no solía intentar corretear y ladrar como el resto de los canes que había por el lugar.

El capitán les habló durante un largo y tendido rato sobre la disciplina y el honor. Se paseaba de un lado a otro de las filas con aquel porte principesco, a pequeños pero firmes pasos, haciendo que las plumas de su sombrero ondearan al viento. A su lado se encontraba el padre Olmedo asintiendo a cada una de las palabras que decía. Les recordó que eran caballeros cristianos y españoles y que tenían la importantísima misión de extender la fe en Cristo y las fronteras del reino allende los mares. No debían pelearse ni dejarse llevar por la mala vida porque hasta el último de ellos iba a ser necesario cuando llegaran a Yucatán. Eran demasiado valiosos, y si malgastaban sus energías, no serían dignos de la recompensa que les esperaba, tanto en esta vida como en la venidera.

Tras aquella arenga los hombres se calmaron y el optimismo volvió a reinar en el campamento, aunque a los pocos días, las peleas y el juego volvieron como si nada hubiera ocurrido. Esta vez Cortés no los reunió de nuevo, sabía que si les volvía a repetir lo mismo quedaría como un líder blando al que se le insubordinaban los soldados. Habló con Escalante, Ordaz, Morla,

Dávila y otras figuras relevantes del ejército y les dio órdenes para que comunicaran a la tropa que a partir del día siguiente harían ejercicios de adiestramiento durante toda la mañana.

Aquella nueva táctica le funcionó perfectamente ya que los hombres encontraron algo con lo que pasar los días. Las peleas prácticamente desaparecieron y los soldados, que podían descargar su agresividad por las mañanas, ya no tenían tanta necesidad de probar emociones fuertes apostando por las tardes. Además de ello, les obligaba a madrugar y a realizar ejercicio físico por lo que solían ser más cuidadosos a la hora de embriagarse por las noches.

Farfán encontró entretenidos y útiles aquellos ejercicios matinales. Formaban filas, manejaban armas, simulaban batallas, peleas cuerpo a cuerpo... Se encontraba realmente ágil y vigoroso para la mayoría de ellas porque era capaz de realizarlas sin cansarse pero, en aquel momento, descubrió que era un verdadero novato al lado de tanto veterano. Había otros como él, que era la primera vez que se embarcaban en una aventura de conquista, pero la inmensa mayoría eran curtidos soldados de Italia o Indias. Los primeros daban miedo solo de verlos ya que eran hombres que habían vivido todo tipo de guerras y batallas, los segundos no tenían tanta experiencia en el combate contra ejércitos bien formados pero conocían aquel clima, a los indios y los secretos de los bosques como nadie.

Todas las tardes, pese a haber practicado por la mañana, Farfán solía pedir a Ortega o a Heredia que le instruyeran en la lucha cuerpo a cuerpo y le contaran alguna táctica o secreto de guerra. Los dos veteranos solían rehusarle pero, cuando descubrieron que no tenían a dónde huir de un joven tan ávido de conocimientos, decidieron turnarse para entrenar con él. Farfán pudo descubrir que, aunque eran amigos de toda la vida, eran hombres muy diferentes. Ortega era un fantástico espadachín y le enseñaba todo tipo de maniobras de ataque y defensa. En ocasiones le contaba también cómo debía proteger a sus compañeros cuando luchaba en filas, cómo indicar a los de atrás que necesitaba un relevo, cómo moverse para no molestar. Farfán solía beberse sus palabras aunque la mayor parte de las cosas ya se las había contado durante la travesía

transatlántica. Heredia, por el contrario, no era tan buen espadachín pero conocía otras argucias. Viajaba con un enorme arcabuz que tenía desde hacía mucho tiempo y con el que había participado en la expedición de Hernández de Córdoba hacía un par de años.

— Mirad— solía decirle—. Estos trastos marcan la diferencia entre estos salvajes y nosotros. Puede que sean pesados y poco manejables pero son una maravilla en comparación con los que teníamos que usar contra los moros. Metes la pólvora, luego la bala, enciendes y ¡pum! Cae un indio. Esos desgraciados se asustan del ruido y huyen despavoridos porque no entienden qué es lo que les causa las bajas. De cualquier forma, apenas tenemos escopetas y, al fin y al cabo, las batallas se libran cuerpo a cuerpo. Aprende de Ortega, siempre fue mejor luchador que yo, aunque este viejo lobo también te puede decir cosas que ese caballero andante no te diría.

Las historias que le contaba Heredia eran muy diferentes a las de Ortega, que siempre hablaba bien del enemigo mostrándole una manera de luchar honrosa y caballeresca. Tras un par de charlas con el vasco descubrió que, tal y como había dicho, Ortega podía haber salido perfectamente de una de las novelas de Amadís de Gaula. Heredia le enseñó tácticas no muy nobles pero que podían representar la diferencia entre la vida y la muerte. Dar una patada a la tierra y arrojar polvo al rostro del enemigo, amagar una rendición cuando en realidad se está preparando un golpe, cómo rodear el cuello de un hombre con una correa para estrangularlo mientras se sigue peleando con la otra... Ortega estaba demasiado acostumbrado a la lucha con gente parecida a él, embotados en armaduras o armados con picas, arcabuces y espadas. Heredia le enseñó las significativas diferencias que representaba luchar en Indias. Una pequeña daga, por ejemplo, podía matar más rápido que una espada dado que los indios solían luchar a pecho descubierto. Por este mismo motivo, si un caballero perdía el arma y quedaba con el guantelete al descubierto, también podía causar estragos con aquel puño metálico sobre aquellos hombres sin cascos.

Tarde a tarde, Farfán fue perfeccionando el manejo de su espada. Pidió a Heredia que le enseñara a manejar el arcabuz pero el vasco se negó en rotundo aduciendo:

— Llevar o no este armatoste encima es lo que hace que te pongan en un buen sitio o al pie del cañón. También te sirve para cobrar un poco más así que no... de momento lo manejaré yo solo.

Un par de días después de aquella negativa descubrió, hablando con un grupo de veteranos que acababa de conocer, que él también tenía algo valioso que le haría cobrar más dinero de los botines.

— ¿Cómo decís que se llama?— le preguntó uno de los veteranos.

— Ventisca.

— Es un perro bonito. No son muchos los soldados que tienen perros, como habréis visto. ¿Sabéis? A los indios les aterran. Nunca antes los habían visto, al menos tan fieros. Los que tienen aquí parecen gatos y no saben ni ladrar.

— Lo que de verdad les aterra— dijo otro—, es que no entienden cómo pueden obedecernos. Estos animales nos van a ser imprescindibles en el futuro así que sería conveniente que le consigáis pronto una armadura y lo adiestréis para matar.

Farfán sabía que los perros siempre se habían usado en las batallas pero no imaginó que fuera a cobrar más por tener uno. Miró a Ventisca, apaciblemente tumbado en el suelo, y no lo imaginó corriendo por la selva. Pensó que seguramente le haría quedar en ridículo cuando, después de que el resto de perros echaran a correr, el suyo se tumbara a la sombra de alguna palmera.

Recordaba a María todos los días y se preguntaba qué estaría haciendo. Se la imaginaba alimentando a los animales de Heredia o arrancando las malas hierbas de la finca, sola, aburrida y a la vista de cualquier curioso que quisiera acercarse a cortejarla. Las palabras «No voy a esperar a nadie» retumbaban en su cabeza varias veces al día. Cuando las oyó, en su día, ya le helaron el alma pero, con el tiempo, aquella sensación no se había reducido ni un ápice. ¿Qué quiso decir? ¿Se refería a él especialmente o a todos? Aquellas dudas lo

atormentaban pero se sintió acompañado en la pena cuando descubrió que no era el único que la echaba de menos. Desde que conocía a Heredia lo tenía por un hombre rudo, pero también alegre. Desde que se había separado de aquella ahijada que tenía no había vuelto a ser el mismo. Seguía siendo aquel veterano tosco y desgarbado que olía a alcohol pero ahora deambulaba con cierto deje triste y tácito. Ortega también lo notaba e intentaba por todos los medios no hablar de Santiago de Cuba para que no recordara a María. En aquellos días, Farfán, tuvo la certeza de que solo la quería como a una hija. Se sintió aliviado por ello pero de poco le servía, María no estaba allí.

A los dos meses, aproximadamente, una inesperada noticia recorrió el campamento. Llegó por medio de un mensajero y corrió de boca en boca hasta que el último de los hombres la supo; Grijalva estaba de vuelta.

El sobrino de Velázquez había regresado y atracado en Santiago de Cuba hacía un par de días. La noticia pilló desprevenido a Cortés, pero tal y como pudieron observar, supo mantener la compostura.

— Es hora de largar amarras— dijo a sus allegados—. Nos vamos.

— ¿Qué pasará ahora con Grijalva?— preguntó Escalante.

— Seguramente su tío lo desherede— rió Villarroel.

— Velázquez le reprobará no haber poblado pero poco más podrá hacer— respondió Cortés—. Pese a ello, no podemos arriesgarnos, debemos seguir el camino. Una de nuestras instrucciones era socorrer a la flota de Grijalva pero, ahora que ya está aquí, Velázquez podría tener cierta legitimidad para impedirnos continuar con la expedición.

— Siempre la ha tenido y no ha podido con vos— repuso Villarroel de nuevo.

— Sí, pero no quiero darle más motivos. Hemos cargado una gran cantidad de víveres por lo que ya no tenemos más que hacer aquí. Partiremos hacia Trinidad a seguir con el aprovisionamiento.

— ¿Y os vais a olvidar de los hombres que trae Grijalva?— preguntó Escudero.

— Claro que no— respondió Cortés sorprendido por la pregunta —. ¿Pero qué creéis que harán esos conquistadores cuando descubran que toda la ciudad está entusiasmada porque acaban de despedir a una nueva flota que parte hacia el Yucatán?

— No sé si querrán venir— respondió Villarroel emitiendo un chasquido—. Por lo que cuentan, la mitad de ellos están heridos. Los indios han debido hacerles mucho daño.

— Vendrán a buscar la gloria. Si se embarcaron con Grijalva también lo harán conmigo. Esta expedición es más grande y seguro que vienen con ganas de resarcirse y lavar su honor.

Los tres hombres permanecieron unos segundos en silencio mirando al suelo. Reflexionaban sobre qué posibilidades tendrían de salir finalmente de la isla y sobre si verían aumentada la tropa con aquellos guerreros.

— Debéis hacer algo ya— dijo Escalante sacándoles de sus divagaciones—. Los soldados murmuran.

— Está decidido— respondió Cortés clavando sus penetrantes ojos negros en los de su amigo—. Salimos hoy mismo. Ordenad que se cargue todo el bastimento en dos de los navíos y que estos viajen hasta la punta más occidental de la isla, al cabo de Guaniguanico. Que los hombres desembarquen, formen un campamento y esperen a que llegue a recogerlos. Durante todo ese tiempo, que coman y beban a mi costa.

— ¿E iréis con el otro navío a Trinidad?— preguntó Villarroel.

— Nosotros tres iremos a Trinidad. Es una gran ciudad y seguro que encontramos buenos y valerosos hidalgos y caballeros que quieran marchar bajo nuestra bandera.

Capítulo XVIII:

Con aquel viento que impulsaba sus navíos no tardaron muchos días en llegar al puerto de Trinidad. Los dos barcos cargados de provisiones se separaron del restante un día antes de arribar a la ciudad. A Cortés le hubiera gustado desembarcar con un mayor número de naves para que su llegada fuera más espectacular pero, dadas las circunstancias, pensó que lo mejor sería poner a salvo las provisiones mientras seguían desempeñando tareas de reclutamiento. Estaba seguro de que en aquella ciudad estaban esperándole por lo que, aunque apareciese con un solo navío, los soldados se le unirían igual que si llegaba con tres.

Mientras la marinería ataba las amarras echó una ojeada a la ciudad desde cubierta. A su lado se encontraban los dos hombres en los que más confiaba; Villarroel y Escalante. Trinidad no era una ciudad tan grande como Santiago pero la encontró encantadora. Los vecinos habían acudido en masa al puerto para saludar a aquellos hombres que se disponían a engrandecer los dominios de España. Había mujeres, niños y viejos pero también pudo ver muchos hombres, armados y con sus equipajes listos, que les vitoreaban. Parecían pensar que solo iba de paso, dada la prisa que se habían dado en preparar sus bastimentos. Cortés pensó que les agradecería saber que tendrían unos días para despedirse de sus familias como es debido ya que haría un alto en la ciudad, pero no muy largo, no debía arriesgarse.

Amarraron el navío en una amplia dársena. El muelle no era muy grande pero, desde que habían llegado, solo había dos grandes embarcaciones, de modo que tenían espacio de sobra para maniobrar. Desde cubierta, y haciéndose oír sobre los gritos de los vecinos, Cortés dijo a sus amigos:

— Tenemos que cargar víveres, armas y soldados todo lo rápido que podamos para evitar problemas con Velázquez. Villarroel, vos iréis a la ciudad a preguntar quién es el dueño de ese navío. Cuando lo averigüéis traédmelo con instrucciones de que estoy interesado en comprárselo. Y vos, Escalante, organizad mensajeros que vayan y vuelvan de las villas más cercanas

pregonando que estamos aquí para que venga todo el que quiera con nosotros. No os olvidéis de la villa de Sancti Spiritus, que está a unas ocho leguas de aquí y es la más grande de la zona.

Los dos hombres asintieron con la cabeza pero no se movieron de su lado, no podían hacerlo hasta que tendieran el puente que les permitiría saltar a tierra.

Al tomar tierra, Cortés encabezó aquella comitiva de conquistadores con solemnidad. Caminaba junto a Escalante, Villarroel y, en un segundo plano, el padre Olmedo. Sonreía y saludaba a los vecinos que les aplaudían y vitoreaban. Una niña salió repentinamente de la multitud y llegó hasta sus pies deteniendo la columna. Con un tímido gesto le entregó un pequeño ramo de flores recién cogidas y salió corriendo. El capitán lo llevó en la mano el resto del trayecto.

Cuando llegaron a la plaza central fueron recibidos por el alcalde de la ciudad, un hombre de mediana edad y calvo que se llamaba Francisco Verdugo. Recibió a Cortés con abrazos y halagos y, tras realizar las formalidades estipuladas por el protocolo, se disolvió la cohorte. Los hombres fueron a holgazanear y a beber a los bares. Escalante y Villarroel también desaparecieron a desempeñar las tareas que les habían sido encomendadas. El padre Olmedo fue el único que quedó con Cortés, que en cuanto tuvo la oportunidad, comenzó a interrogar al alcalde:

— ¿Quiénes son los hidalgos más notables que hay en la ciudad?

Verdugo era un hombre reservado. Tímido, podría decirse. Hablaba con mesura llegando a tartamudear en ocasiones. No era corpulento pero bajo su jubón podía adivinarse cierta redondez que, junto con su calva, su aspecto sonrosado y su incipiente joroba, le hacían parecer algo endeble.

— ¿Los más notables? Quizá los hermanos Alvarado, están aquí desde que vinieron de Santiago, una vez dieron relación al teniente Velázquez.

— Había oído que estaban aquí. ¿Dónde podría encontrarlos?

— Suelen ir a aquella taberna de allí. Es la principal ya que está en la

plaza central.

— Muy bien— respondió Cortés sonriendo afablemente—. ¿Y sabéis algo de la flota de Grijalva?

— ¡Sí! Grijalva está de vuelta. Herido, como la mayoría de sus hombres, pero ha vuelto. Al parecer hizo escala en La Habana y, a estas alturas, debe estar en Santiago de Cuba.

— ¿Hay aquí alguno de sus hombres?

— Sí que ha llegado algún soldado que ha oído de vuestra expedición.

Aquellas palabras congratularon a Cortés pues tenía en mente reclutar a todos aquellos soldados que ya habían estado en Yucatán. Se arriesgaría a exponerse al influjo de Velázquez si hacía falta pero se los llevaría a todos y cada uno de ellos. Hasta la fecha, eran muchos los españoles que habían cruzado el Atlántico, pero sospechaba que no serían ni la milésima parte del número de indios que esperaba encontrar en aquellas ricas naciones. No quería ser presa de la bravuconería y sucumbir, como les había ocurrido a Hernández de Córdoba y, más tarde, a Grijalva, por haber subestimado al rival. Llevaría cañones, escopeteros, ballesteros, caballos y todos los soldados que pudiese.

Cuando llegó a la conclusión de que la conversación con el alcalde no iba a aportarle ningún otro conocimiento valioso, decidió ir a la taberna a buscar a los Alvarado. Conocía a la mayoría de aquellos hermanos pues había combatido con ellos en las cabalgadas e incursiones que realizaron en la conquista, si se le podía llamar así, de Cuba. Los tenía por hombres valientes y honorables por lo que sentía la necesidad de llevarlos consigo. De entre todos ellos, Pedro de Alvarado, según su parecer, era quién más diestro, esforzado e inteligente era de los cinco. Era de Badajoz, como él, y de su misma edad.

Al llegar a la taberna, junto con el padre Olmedo, se desentendió de los curiosos que lo seguían para observar todo movimiento que hacía como si fuera un príncipe. Mientras atravesaba la puerta reparó en aquel pacífico mastín de los Pirineos descansado junto a ella. Conocía de vista al joven dueño de tan

formidable animal pues se había alistado en sus filas junto con aquel viejo vasco llamado Heredia.

Varias voces de «ahí está él» y «ya está aquí» se oyeron en cuanto puso un pie en aquel oscuro lugar. Durante unos instantes la gente enmudeció pero, tras ello, el bullicio y la algarabía volvieron a reinar. Muchos de los hombres que allí se encontraban habían venido con él en su barco pero también había otros a los que no conocía. Un par de jóvenes se cruzaron en su camino sonriendo y hablando atropelladamente sobre lo valientes que eran y lo bien que le servirían en Yucatán. Cortés se sintió importunado por aquella interrupción pero sonrió y, dándoles palmadas en los hombros, les dijo que le hacía muy feliz que confiaran en él y se alistaran para engrandecer los límites del Reino de Carlos V y de la fe en Cristo.

Cuando pudo quitárselos de encima vio, de un rápido vistazo, a Pedro de Alvarado. Habían pasado varios años desde la última vez que lo vio pero apenas había cambiado. Seguía siendo ese hombre alto y musculoso de melena y barbas rubias.

Se encontraba de pie, enfrente de un hombre con el que hablaba. Junto a él, sentados en taburetes alrededor de una mesa, estaban sus hermanos: Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, bastardo y el único mayor que él. Cortés quiso acercarse a saludarlos pero se detuvo en cuanto se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Pudo leer en el rostro de Pedro una mueca de cólera. Hablaba rápidamente menando su cabeza y no paraba de señalar con el dedo a su interlocutor, un hombre aún más grande y gordo que él que acababa de llegar a la ciudad junto con Cortés. Se avecinaba una pelea inminente pero pensó que sería mejor no tomar parte en ella.

— Pues digo yo que si no hubierais sido tan cobarde no os habrían vapuleado. Que los indios, indios son. Y si pegas un tiro o les das con la espada los asustas y huyen en bandada— decía el hombre a Alvarado.

Parecía estar intentando humillarlo por haber regresado de la expedición de Grijalva con el rabo entre las piernas. Cortés sabía que Alvarado había vuelto con los heridos a petición del sobrino de Velázquez y que, al igual que el resto

de sus capitanes, hubiera preferido quedarse, luchar y poblar. Sabía que a aquel portento le venía grande ser un subordinado de Grijalva y era por ello, y no por cobardía, por lo que ahora estaba en aquella taberna.

— Y yo os digo que como volváis a abrir la boca en ese sentido os voy a dar una somanta de palos que vais a desear no haber salido nunca del coño de vuestra madre.

El dedo dejó de señalar para comenzar a dar amenazantes golpes sobre el pecho del desconocido. Cortés no hubiera podido decir si fue aquel gesto o el insulto que acababan de proferir sobre su progenitora lo que encendió la mecha pues, consumido por la ira, lanzó un puñetazo directo que, con un hábil movimiento, pudo esquivar Alvarado. Éste, sin dejarle un respiro, golpeó repentinamente el abdomen de su contrincante con fuerza. Tras ello continuó aporreando con sus puños en el mismo lugar pero subiendo a cada golpe hasta que comenzó a descargarlos en la cara de aquel gigante, que a duras penas podía cubrirse. Cuando consiguió zafarse escasamente le lanzó un nuevo ataque a la nuca que le hizo doblarse por la cintura y, para acabar con la faena, golpeó con la rodilla en su rostro.

El hombre cayó de espaldas, inconsciente, y Alvarado quedó todavía en guardia, respirando ajetreadamente. La gente, que había presenciado con detalle la pelea, perdió el interés cuando vio que ya había acabado y siguió a lo suyo. Aquel acto sirvió para que Cortés pudiera dejar de ser el centro de atención y, aprovechándolo, se acercó sigilosamente hasta la mesa de los Alvarado, dónde éste ya se había vuelto a sentar. Bebió un sorbo de cerveza como si nada hubiese pasado mientras recuperaba el manojito de cartas al que debía haber estado jugando hasta que aquel hombre le interrumpió.

— Lamento si ese hombre os ha faltado al respeto— dijo Cortés—. Creo que es uno de mis soldados.

— Sí, sin duda es uno de los vuestros pues es la primera vez que lo veo— respondió hosco Pedro sin levantar la vista de las naipes—. Deberíais atarlos más finos o acabarán faltándoos al respeto a vos, su capitán.

Durante unos segundos los hermanos siguieron atentos a la partida sin dirigirle la mirada. Cortés permaneció tranquilo y expectante. Alvarado había recuperado su ritmo respiratorio normal y, tras dar un nuevo sorbo a su cerveza, se puso en pie y abrazó con fuerza a Cortés.

— Don Hernando, es un placer veros de nuevo. Si venís a preguntar por mí y mis hermanos ya tenéis la respuesta. Iremos con vos. Ya estamos hasta los huevos de Cuba.

Tras aquel comentario, los cuatro hermanos irrumpieron en carcajadas. Cortés se fijó en que todos compartían gran parecido y, hasta en la manera de reírse, parecían haber alcanzado cierto grado de armonía solo posible por el hecho de llevar la misma sangre en sus venas; sus gargantas debían ser similares también. Mientras todos ellos iban saludándole efusivamente les dijo:

— No sabéis qué feliz me hace oír esa buena noticia, será una suerte contar con vuestro valor en esas tierras de fieros guerreros que, por cierto, estaré encantado me contéis todo lo referente a ellas— y alzando la voz para dirigirse al resto de lugareños dijo—. Y a vosotros lo mismo os digo, habitantes de Trinidad. Todo aquel que quiera seguirme encontrará riquezas y gloria como jamás haya soñado. Preparad vuestras armas y bastimentos pues partiremos en unos días y, hasta entonces, comed y bebed bien para coger fuerzas antes de enfrentarnos a los avatares de la conquista. Yo, Hernando Cortés, natural de Medellín y capitán de la armada, me hago cargo de todos vuestros gastos.

Una vez más los gritos de aprobación, aplausos y vítores ensordecieron sus oídos.

Capítulo XIX:

Cuando Diego de Ordaz recibió aquella carta se sintió sobrecogido. Deambulaba tranquilamente por las calles de Trinidad cuando un hombre apareció de la nada entregándole la misiva repentinamente. El desconocido chocó con él y la estrujó contra su pecho. Ordaz no pudo más que cogerla torpemente y lanzar un pequeño grito. Al principio pensó que se trataba de un ladrón pero, cuando vio el amarillento papel en sus manos, supo qué era lo que buscaba. Mientras abría, aún exaltado, el sobre, reflexionaba sobre lo que hubiera pasado si, en lugar de aquello, hubiera sido un cuchillo lo que le hubieran puesto en el pecho. Ahora estaría muerto y no habría podido siquiera inmutarse. ¿Qué habría pasado después? ¿Qué dirían de él sus conocidos? ¿A dónde iría su alma?

Decidió dejar aquellos pensamientos y comenzar a leer la carta que, como sospechaba, era de Velázquez. Gracias a ella pudo saber que el teniente ya había movido sus hilos para organizar una celada con la que quitar el mando a Hernán Cortés. No le dio mayores instrucciones pero le instó a que se reuniera en secreto con Francisco Verdugo, el alcalde de la ciudad, para recibir más noticias.

Mientras caminaba de nuevo por las calles buscando a aquel hombre volvió a sus divagaciones. Solía ser un hombre reflexivo y, tal y como le habían dicho, de conversación difícil. Se planteaba temas confusos y trascendentales que conseguían enredarle el cerebro de modo que, cuando buscaba opiniones, solía encontrar alguna risotada o extrañeza en sus interlocutores. Todavía no había encontrado a nadie que le disipase sus dudas sobre el mundo, el cielo o la magia.

Cuando tocó en las puertas del cabildo hizo un poco de memoria para no sentirse tan perdido cuando comenzaran a darle las noticias. Recordó que el alcalde estaba casado con una hermana de Velázquez por lo que, además de amistad, estaba unido al teniente por lazos de sangre. No podía imaginar hasta qué punto habrían preparado una encerrona a Cortés pero mucho tiempo

habrían tenido. Aquella ciudad no estaba muy lejos de Santiago, se podía llegar a ella en varios días de marcha, y ellos habían permanecido dos meses en Macaca.

De cualquier forma, les iba a resultar muy difícil, por no decir imposible, reducir a Cortés. Lo había estado observando todo el tiempo y cada vez se encontraba más fuerte. Los soldados crecían a su lado y él con ellos. Pensaba que sus primeros pasos, aunque acertados, habían sido en cierto modo inseguros, como si el fantasma de la novedad se cerniera sobre ellos, pero en aquellos momentos capitaneaba y daba órdenes como si hubiera dedicado una vida y media a ello. Esas cosas no se aprendían de la noche a la mañana y, aunque sabía que era asiduo lector de libros y había estado en la universidad, no podía dejar de pensar que quizá tuviera una capacidad innata para el mando. En ocasiones su mente llegaba a deslizarse peligrosamente hacia la idea de que quizá era el hombre más indicado, a ese lado del mundo, para guiar a las tropas por aquellas tierras salvajes.

Cuando se reunió con Verdugo reconoció enseguida al desconocido que se había chocado con él en las calles pero, tras escrutar minuciosamente sus facciones, se dio cuenta de que ya lo había visto antes. No sabía muy bien de qué pero lo recordaba junto a Velázquez, al igual que al otro hombre, algo mayor, que permanecía al otro lado del alcalde. También había un cura cuyo rostro le sonaba y dos de sus amigos, Francisco de Morla y Juan de Escudero.

— Es un placer conoceros, Ordaz— dijo Verdugo—. Os presento a Pedro Laso de la Vega y Andrés de Ribera, son los dos mensajeros que mandó Velázquez, hace unos días, para darme instrucciones. El padre es Juan Díaz, capellán. ¿Lo conocíais?

No presentó a los otros dos últimos hombres porque ya los conocía, habían venido con él en el barco de Cortés.

— Llega un punto que, salvo los recién llegados, todos nos hemos visto una vez u otra en esta isla— dijo Ordaz—. De algo sí que me sonabais, padre.

El sacerdote era un hombre de mediana edad que vestía con un pulcro

hábito y varias joyas de oro y plata sobre el cuerpo. Estaba algo gordo y en su pelo ya amanecían las primeras canas. Ordaz prestó atención a la deslumbrante cruz dorada que llevaba colgada al cuello. Estaba engarzada en piedras preciosas y el Cristo crucificado era de plata. Le pareció totalmente distinta a la cruz de madera que portaba ese pordiosero de hábitos roídos que siempre acompañaba a Cortés, el padre Olmedo. Haciendo trabajar a su memoria recordó haber visto a Díaz en repetidas ocasiones por Santiago. Las más de las veces salía con los bolsillos llenos de dinero tras visitar a Velázquez, no cabía duda de que lo tenía bien comprado.

— ¿Y cuál es el plan?— preguntó Ordaz poniendo fin al escrutinio.

— Quitar el mando a Cortés y entregarlo a Vasco Porcallo— respondió Escudero.

Ordaz soltó una pequeña risa y dijo:

— Eso parece un objetivo. Yo he preguntado por el modo de conseguirlo.

Los hombres parecieron sorprendidos por el comentario. Justo en aquel momento se dieron cuenta de que no tenían un plan sólido para detener al capitán. Ordaz los miró con lástima y pensó que, de entre todos ellos, él era el más avisado. Escudero podía ser un hombre impetuoso que derrochaba arrojo y valor pero no sabía concentrar bien sus pensamientos.

— Cortés tiene el favor de los hombres, de eso no cabe duda— comenzó diciendo—. ¿Dónde está Vasco Porcallo y cómo piensa ganarse a la tropa?

— Está esperando en Santiago— dijo Laso de la Vega, el hombre que le había entregado la carta.

— Pues así no va a conseguir nada— terció Ordaz dando un énfasis cómico a sus palabras—. Caballeros, no digo que sea imposible, pero nos va a resultar muy difícil conseguirlo.

— Diego Velázquez parece fuera de sí— añadió estrepitosamente Laso—, pero no es él quien tiene la culpa. He visto cómo sus familiares no

paran de decirle lo mal que ha hecho enviando a Cortés y que esto le va a pasar factura. Hay un hombre que le está resultando especialmente desquiciante, un tal Juan Millán. Se trata de un astrólogo con el que debe estar emparentado. No cabe duda de que tiene algún familiar o demonio dentro pero asegura que Cortés se le va a rebelar y que no le va a dejar nada.

— No anda mal desencaminado ese astrólogo— respondió Ordaz—. Es loable que lo haya visto a tanta distancia pero también yo he tenido noticia de ello, al igual que mis compañeros. Cortés va muy crecido, todo le sale bien y no podemos enfrentarnos directamente a él o nos aplastarían. Lo único que podemos hacer es estorbar cada uno de sus pasos.

— Será mejor que lo apresemos— se apresuró a decir Escudero—. Lo encerramos en los calabozos y decimos a la tropa que espere a que venga Porcallo.

Ordaz puso la mirada en blanco mientras extendía sus brazos en señal de desesperación. Los demás mantuvieron el silencio hasta que habló:

— Verdugo, ¿consentís con ello?

— Sí— dijo el alcalde—. No tengo tantos hombres como para neutralizar a los suyos pero puedo mandar a mis alguaciles cuando se descuide y echarle el guante.

— Muy bien, eso está muy bien— dijo meneando la cabeza Ordaz—. Si hacéis eso hoy, esta noche tenéis la ciudad en llamas. No habéis oído nada de lo que os he dicho, la mayor parte de la tropa es adicta a Cortés. Si les quitáis la cabeza perderán la suya y no va a haber casa, comercio o establecimiento que no sea saqueado.

Aquello les hizo enmudecer de nuevo. Sabían que Ordaz tenía razón pero habían necesitado que materializara las palabras adecuadas para darse cuenta de ello y de que no tenían ningún plan efectivo para reducir a Cortés. Durante unos instantes nadie habló hasta que Laso de la Vega preguntó:

— ¿Y qué pensáis vos?

— Ya os lo he dicho— dijo pesadamente Ordaz—. Un enfrentamiento directo es inviable. Observad, buscad los puntos débiles del enemigo y golpead donde duele. Acaba de comprar el barco que estaba en el muelle, ¿no?

— Sí— corroboró Verdugo—. Era de un vecino llamado Alonso Guillén.

— Pues esa habría sido una buena maniobra— añadió Ordaz—. Haber estorbado esa adquisición de una manera u otra, digo. Supongo que ahora querrá comprar caballos y armas. Veremos qué podemos hacer con ello. Estad atentos. Yo intentaré acercarme un poco más a él ya que, de entre todos nosotros, aún no le he dado mayores razones para desconfiar de mí.

Capítulo XX:

Ordaz se posicionó en el castillo de proa cuando por fin divisó a lo lejos aquellas velas blancas dibujándose sobre la vasta línea que separaba el mar del horizonte. Sintió una pequeña tensión en sus músculos, que enseguida fueron regados por una sensación cálida y placentera; sabía que pronto tendría que entrar en acción. Mientras el barco que capitaneaba se iba acercando a su objetivo recordó cómo podía haber acabado en aquella situación cuando lo único que había intentado era acercarse a Cortés para espiar sus movimientos.

Aquella misma mañana lo encontró en la plaza hablando unos asuntos con un herrero. A su lado se encontraba su amigo incondicional, el alférez Villarroel. Parecían estar negociando algún tipo de compra con aquel rudo hombre de torso blanquecino y peludo y músculos fibrosos y definidos por las largas horas que había pasado martilleando sobre el yunque. Los herreros siempre le habían parecido hombres curiosos pues, aunque solían ser fuertes y de complexión atlética, no solían ser muy belicosos. Fabricaban armas con las que otros hombres extendían la muerte pero no les gustaba tomar parte de ella, en el fondo eran artesanos.

Cuando llegó al lado de aquellos tres hombres descubrió que estaban convenciendo al herrero para que se uniera a la expedición. Le explicaban que trabajo no le faltaría reparando armas y que, además de percibir un buen salario, tendría derechos al botín rescatado a los indios. Al principio, el hombre se había manifestado algo receloso de unirse ellos pero, cuando se despidieron de él, Ordaz pensó que Cortés se lo había ganado con aquella labia que solo Dios podía haberle dado.

Había llegado a pronunciar algunas palabras para ayudar a sus compañeros de viaje a convencer al herrero. Hizo aquello para ganarse un poco más su confianza pero, cuando se disponía a preguntar a Cortés algunas cuestiones que le interesaban, fingiendo que solamente lo hacía por curiosidad vana, llegó Escalante corriendo. Interrumpió sus palabras antes de que éstas pudieran iniciar ningún tipo de frase coherente y, tras esperar unos instantes a

que recobrara el aliento, escucharon lo que tenía que decirles.

— He hablado con unos pescadores. Han visto un navío a tres leguas de la costa.

— ¿Es alguno de la flota de Grijalva?— preguntó Cortés volcando todo su interés sobre su amigo.

— No. Parece un barco en misión comercial.

— ¿Portugués?

— ¡No! Dejádme hablar por Dios— tomó una fuerte inspiración y continuó—. Uno de los pescadores me ha dicho que ha reconocido los estandartes. Debe ser de un tal Núñez Sedeño. Lleva un cargamento de víveres para vender en las minas de...

— ¡Necesitamos ese navío!— exclamó Cortés con los ojos fulgurantes.

Ordaz pensó que aquel hombre hubiera comprado todos los barcos del mundo si hubieran desfilado ante sí. Sabía que cuantos más llevaran mejor podrían transportar armas y soldados pero... ¿de verdad necesitaba tantos? Intentó mantenerse al margen de la conversación, estudiando cada uno de los gestos y palabras que pronunciaban aquellos tres hombres que, sin duda alguna, eran el núcleo dominante de las huestes. Pensaba que aquella sería la mejor manera de pasar desapercibido e ir ganándose su confianza. Sospechaba que, por ser uno de los mayordomos de Velázquez, Cortés todavía no lo tenía por un hombre leal pero, aquellos buenos modales y halagos que le manifestaba, no hacían más que desconcertarlo. ¿De verdad podía ser tan bobo para no darse cuenta de que estaba en el otro bando? ¿No se imaginaba que estaban planeando algo contra su persona? ¿Podría acaso sospecharlo y, aun así, comportarse con aquella confianza y soltura?

— ¡Ordaz! Vos me traeréis ese barco.

Aquellas palabras finalizaron sus reflexiones como si hubieran sido disipadas por un cañonazo. ¿Iba a confiar en él para aquella misión? ¿Cómo?

— Tomad el navío con el que hemos venido y dirigid la operación— continuó hablando rápido Cortés—. ¿Con qué piloto os encontráis más a gusto?

— Con Diego Cermeño— respondió intentando aparentar tranquilidad.

Todavía se sentía demasiado turbado. No sabía si lo estaba poniendo a prueba o, simplemente, era un verdadero bobo.

— Pues decid a Diego Cermeño que pilote el navío. Villarroel irá con vos en calidad de estandarte y alférez.

— ¿Y cuáles son las órdenes?— preguntó recuperando la compostura.

— Hablad con el armador del barco, ese tal Núñez Sedeño, y decidle que yo, Hernán Cortés, quiero comprar su barco para montar una expedición de conquista. Decidle que puede venir con nosotros si lo desea.

— ¿Y si se niega?

Cortés levantó levemente una de sus cejas ante aquella pregunta. Se llevó la mano a la barba y se la atusó, reflexivo, con el índice y el pulgar.

— Tomadlo por la fuerza. Pero no derramáis ni una sola gota de sangre. Tened éxito en la misión y os compensaré debidamente, Ordaz. Os tengo por un hombre valeroso y esforzado y confío plenamente en vuestra pericia.

Cuando los recuerdos se difuminaron en su mente se dio cuenta de que ya estaban realmente cerca del navío de aquel hombre, tanto que ya podrían alcanzarse a tiro de cañón. Él no tenía ninguno a bordo pero suponía que su contrincante, por ser un navío mercante, tampoco llevaría. Los piratas berberiscos y turcos no habían llegado a aquellas costas y dudaba que llegaran a hacerlo algún día por lo que, de momento, tomar aquellas precauciones no era muy necesario.

Villarroel se acercó a él sigilosamente y se puso a su lado para observar desde aquella privilegiada posición el barco enemigo. Ya podían reconocer a los hombres en la cubierta. Rostros de extrañeza, alguna que otra arma en las

manos, curiosidad... parecía que no iban a huir pero no dejaban lugar a dudas con aquel acercamiento directo tan sospechoso.

— Dice Cermeño que si sigue con el mismo rumbo— preguntó el alférez.

— Sí, que se coloque a su lado como hemos planeado.

Villarreal hizo un gesto con el brazo al piloto para que mantuviera la posición. Poco a poco los barcos iban acortando distancias. Ya podían oír las voces de los marineros con claridad. Resultaba curioso cómo puede transmitirse el sonido en ocasiones. Hasta hacía escasos minutos, el batir de las olas contra la borda, el mecer de las velas por el viento y los crujidos de las maderas habían resultado ensordecedores. En aquel momento, los ecos del aire les llevaban aquellas palabras nítidamente hasta sus oídos. «¿Qué hacen?», «¿Dónde van esos?», «¡Nos van a arroyar!», «¿Son piratas?».

Sedeño apareció en cubierta. Lo reconocieron porque sus vestimentas eran, dentro de lo que cabía, de mejor calidad que las de los demás. Los hombres le preguntaban y se apartaban a su paso por lo que no les quedó ninguna duda de que se trataba del armador. Era un hombre de mediana edad, de pelo negro y lacio. La barba era también oscura pero no muy poblada.

Ordaz hizo algunos gestos y sus hombres se presentaron rápidamente en cubierta perfectamente equipados para la guerra. Llevaban medias armaduras, picas, espadas, rodela, alguna ballesta e incluso una escopeta, aquella que traía ese viejo vasco llamado Heredia. Cuando sus adversarios vieron aquel despliegue se temieron lo peor y, apresuradamente, corrieron a armarse con lo que pudieron. Las fuerzas estaban totalmente desbalanceadas hacia el bando de Ordaz y, dado que éste lo sabía, habló con voz potente mientras plantaba un pie en la barandilla de cubierta:

— Núñez Sedeño, me manda don Hernando Cortés, hidalgo capitán de la armada que próximamente partirá a conquistar nuevas tierras para nuestro rey. Mi nombre es Diego de Ordaz.

— ¿Qué queréis y por qué venís armado?— preguntó receloso Sedeño sin

haber cambiado su posición, en primera fila y a pecho descubierto.

Los barcos ya estaban totalmente en paralelo por lo que ya no tenían necesidad de gritar. Podían ver con detalle lo que tenían a bordo sus contrincantes y aquello resultó demoledor para los hombres de Sedeño, no tenían ninguna oportunidad.

— Venimos armados porque somos una expedición de conquista y todos nosotros somos soldados. Hernán Cortés ha tenido a bien que viniera hasta aquí para decirnos que está interesado en comprar vuestro barco y todas vuestras mercancías. Necesitamos provisiones.

— ¿Comprar?

— Así es.

— Veréis— dijo Sedeño colocándose de perfil e iniciando un lento paseo por cubierta—. Solo llevo pan de cazabe, maíz y tocinos y me disponía a venderlos a unos pobres mineros que estaban muertos de hambre e iban a pagarme con el más fresco y puro oro recién sacado de las entrañas de la tierra. ¿Puede ese hidalgo pagar tan alto precio por mis posesiones?

Ordaz no cambió de postura mientras respondió con una mueca sincera:

— Desde luego que puede. Ha comprado todos los barcos que ha visto hasta la fecha. De hecho, os comprará a vos también si no sois de espíritu hartamente fuerte.

Los soldados de Ordaz estallaron en carcajadas. Aquello sirvió para rebajar las tensiones ya que los de Sedeño se aferraban a sus endeble picas y oxidadas espadas con temor. El comerciante se detuvo en seco y, tras encarar de nuevo al barco contrario, preguntó lacónico:

— Iremos a conocer a ese Hernán Cortés. ¿Acaso nos queda otra opción?

Capítulo XXI:

Santiago de Cuba.

Cuando Antón de Alaminos salió de la casa de Diego Velázquez, el teniente de Cuba, sus compañeros de viaje vieron el pesar en su rostro. Allí lo esperaban varios hombres, entre ellos algunos capitanes que habían venido malheridos con él en la flota de Grijalva desde Yucatán como Francisco de Montejo, Alonso Dávila y otros soldados rasos.

— ¿Qué ha ocurrido?— preguntó Dávila.

— Es probable que acaben matándose— respondió Alaminos.

De entre todos ellos, habían decidido que debía ser él, el piloto mayor, el que debía acompañar al capitán, Juan de Grijalva, en el reencuentro con Velázquez, su tío. Llevaban meses dando tumbos por tierras indómitas de crueles habitantes que, allí donde habían hecho un alto, les habían hecho la guerra. Eran muchos los hombres que habían muerto y, aunque traían algo de oro y algunas actualizaciones importantes en las cartas de navegación, las pérdidas habían sido inconmensurales.

Antón de Alaminos sabía que era el mejor piloto al otro lado del Atlántico. En ocasiones reflexionaba sobre si habría algún otro más diestro que él manejando otros barcos españoles en las aguas del Mediterráneo pero acababa concluyendo que era poco probable. Era bueno y la gente lo sabía, por eso cobraba tanto. No solo lo demostraba a cada golpe de timón que daba día a día, también tenía un amplio historial que lo corroboraba. Ya de niño, en calidad de grumete, había acompañado al grandioso Almirante, Cristóbal Colón, en su tercer y cuarto viaje. Posteriormente, sus expertos ojos habían visto tierra por primera vez con Ponce de León en la Florida y, más tarde, con Hernández de Córdoba y Grijalva en el Yucatán. No le importaba mucho que aquellas últimas expediciones hubieran acabado en catástrofe, no le cabía duda

de que, de no ser por la rapidez con la que los había traído de vuelta, los daños habrían podido resultar mucho mayores.

Montejo y Dávila también eran hombres valientes pero solo eran soldados. Se ganaban la vida en tierra, codo a codo, meciendo espadas y matando personas, pero su trabajo le resultaba mucho más satisfactorio. Tal y cómo él decía, “Vosotros a la tierra y dejadme a mí el mar” y, tal y cómo solían decir de él, “Ese hombre no navega, vuela sobre las olas”.

— ¿Pero qué le ha dicho?— preguntó insistente Dávila.

— Ha montado en cólera con él por no haberse quedado, lo que todos sospechábamos— repuso Alaminos.

— Todos no— añadió secamente Montejo—. Algunos siempre quisieron volverse como cobardes.

— Algunos sí— añadió el piloto con aquella voz melodiosa con cierto deje alegre que solía usar—, pero reconoceréis que la mayoría de los capitanes y figuras importantes de la tropa veían propicio quedarse y esperar refuerzos. Alvarado pudo haber vuelto con más hombres si Grijalva le hubiera dado las órdenes pertinentes. ¿Sabéis que Velázquez mandó a un navío con casi cien hombres al mando de Cristóbal de Olid a prestarnos ayuda?

— De cualquier forma, no fue mal capitán en el mandar— añadió Dávila ignorando el último comentario del piloto—. Los hombres lo querían porque no era excesivamente duro con ellos. Es una lástima que no fuera tan inteligente a la hora de trazar planes como es menester.

— No supo reaccionar ante las circunstancias— corroboró Montejo cruzándose de brazos—. Tenía órdenes de explorar y, aunque se dio de bruces con el oro, no fue capaz de pensar que las órdenes se pueden quebrantar y que poblar hubiera sido lo más conveniente.

— Eso mismo le estaba diciendo Velázquez cuando he salido— sentenció Alaminos.

El piloto reflexionó durante unos instantes lo que pasaría ahora con Juan de Grijalva. Recordó con amargura la suerte que corrió el capitán al que acompañó en el viaje anterior, hacía ya un par de años. Se llamaba Francisco Hernández de Córdoba y, aunque quizá fuera algo más avisado que Grijalva, no tuvo la suerte de su lado. Los indios reaccionaron con fiereza pese a ser la primera vez que veían españoles y allá donde atracaban no paraban de recibir bajas. De hecho, ni siquiera cuando llegaron a Florida, tierras conocidas de sobras por los españoles, tuvieron tregua y, si no era por los indios era por el hambre y la sed; la mayor parte de ellos perecieron. El propio capitán murió a los pocos días de traer a sus hombres de vuelta a Cuba. Decían que de las heridas que recibió y de las que estuvo padeciendo durante todo el viaje pero algunos se aventuraban a decir que había muerto de pena y de humillación.

Sabía que Velázquez sería duro con Grijalva pero no tomaría grandes represalias con él ya que, después de todo, era de su familia.

— ¿Y ahora qué?— preguntó Dávila—. Toda la ciudad dice que Hernán Cortés ha salido con una nueva expedición al Yucatán.

— Yo no sé de vosotros pero este piloto allá irá de nuevo a recibir golpes y a padecer por el hambre y las enfermedades. Un hombre debe ganarse la vida con lo que mejor sabe hacer y ahora poco trabajo tendría en esta isla desolada.

— Nosotros también iremos— añadió Montejo tajante.

— Son muchos los que vendrán. Tenemos a nuestra disposición algunos de los barcos con los que hemos venido y no me cabe duda de que la mayor parte de los hombres que hemos traído se nos unirán— dijo Alaminos—. De hecho, he oído decir a Velázquez que Cortés prácticamente escapó de la ciudad para que no le revocara los poderes, no debe llevar apenas víveres. Tan presto se fue que se dejó aquí a muchos conquistadores que querían unírsele y que están deseando encontrar la manera de llegar hasta sus tropas.

Capítulo XXII:

Trinidad, Cuba.

María de Estrada se ciñó con fuerza la capucha cubriéndose el rostro. Aunque cuando salió de Santiago de Cuba con ella era una prenda fina y limpia, ahora estaba deshilachada y llena de polvo. El largo camino la había consumido de una manera tal que le hacía parecer una pordiosera. La suciedad también se había acumulado en su cara por lo que quizá tampoco la habría reconocido nadie si hubiera ido al descubierto. De cualquier forma, no quería levantar sospechas, tras semanas de caminatas sin fin había llegado a Trinidad.

No fueron pocos los padecimientos que tuvo que sufrir desde que salió de la pequeña hacienda de Heredia, en Santiago. Como una proscrita tuvo que deambular por los caminos y bosques. Aunque se consideraba una mujer activa y vigorosa, desde el primer día sufrió los achaques de la marcha. Se había malacostumbrado a los paseos por la ciudad, a las tardes de lectura o de bordados. Aquella niña que durante cinco años corrió semidesnuda por la selva con los indios que la tenían cautiva había muerto sin dejar rastro. En aquellos momentos se encontraba tan débil que, si se los hubiera cruzado detrás de unos matojos, no dudaba de que se le hubieran reído a carcajadas.

Cuando comenzó a acostumbrarse a las fatigas llegó a Macaca. Al principio caminaba pocas leguas y, tras superar las agujetas, pudo realizar marchas de mayores distancias sin apenas descansar. Se había rasgado los vestidos para moverse con mayor comodidad y, puesto que apenas se juntaba con nadie por los caminos, la mayor parte del tiempo iba desnuda de cintura para arriba para refrescarse bajo aquel sol abrasador. Fue entonces cuando la niña que llevaba dentro la saludó tímidamente haciéndole ver que seguía ahí, a su lado.

No pasó demasiado tiempo en Macaca, solo el suficiente para interrogar

a un par de vecinos que no la conocían para averiguar lo que quería. Cortés pasaría allí el tiempo que fuera preciso almacenando víveres y luego partiría a Trinidad. Tuvo que tomar la decisión de si quedarse y colarse en el barco cuando partieran o marchar hasta la otra ciudad, aunque no tardó mucho en optar por lo segundo. En aquel momento no había muchos hombres en la tropa porque Cortés había mandado dos de sus navíos a la punta de la isla, de modo que si hubiera intentado introducirse como polizón en el barco la habrían descubierto. Vio a sus amigos y supo que, tal y cómo se había negado ya una vez Heredia, en cuanto desembarcaran en Trinidad le obligaría a volver a casa.

La marcha hacia Trinidad le resultó más cómoda y placentera. Lejos de cansarse, encontraba una plena felicidad en aquel tipo de vida. Oía los pájaros, sus cabellos apelmazados por el polvo eran mecidos por el viento, dormía a la sombra de los árboles, bebía de los ríos, comía frutos silvestres y, en ocasiones, conseguía que algún campesino le diera algún plato caliente. María pensaba que todos los años que había vivido en la ciudad habían sido como un sueño. Aquella no era ella, necesitaba la aventura para sentirse realizada. Apenas recordaba cómo era antes de salir de España pero, en su forma de ser, todavía quedaba mucho de la niña que convivió con los indios cubanos. Las calles peatonales, los carros o las labores en la granja la mantenían ocupada pero no le hacían feliz.

Pero Trinidad estaba lejos, tanto que temió que, a lo que llegara, ya hubieran pasado de largo los soldados. Cada día que pasaba intentaba avanzar alguna legua más pero al final solo consiguió volver a fatigarse. Había llevado durante todo el trayecto un buen ritmo y aquel sobreesfuerzo acabó pasándole factura. En un momento dado, se hizo una herida en un tobillo que a punto estuvo de podrirse como había visto alguna vez en algunos soldados que no duraban más de una semana tras una cuchillada sucia. La lavó y la cuidó todo lo que pudo e incluso se concedió un par de días de descanso. De nada serviría llegar a tiempo a la ciudad si su destino final iba a ser el cementerio.

Cuando finalmente llegó a Trinidad sintió un gran alivio al ver los barcos amarrados al muelle y con las velas arriadas. Aunque vio tres navíos, solo reconoció el que había salido de Macaca. Los otros dos no eran los que

partieron de Santiago.

Mientras atravesaba las calles de la ciudad fue empapándose de aquel sentimiento de furor que reinaba por doquier. La gente estaba realmente emocionada, Hernán Cortés estaba allí, tan elegante y valeroso, reclutando a los más esforzados hombres de la ciudad. Donde iba resultaba pródigo con sus gastos y todo el mundo vitoreaba cada una de sus acciones. María quería unirse a aquella fiesta, comer el asado que se estaba preparando en una plaza y cuyo aroma la había invadido completamente, beber un trago en una taberna, ver a los suyos...

Cuando los vio sintió que el corazón le daba un vuelco. Se ocultó con tanto celo en su túnica que, si se hubiera agachado un poco más, hubiera pasado por una leprosa que ya no podía moverse. Heredia caminaba con la escopeta echada en el hombro, la camisa blanca por fuera del pantalón y el pecho medio descubierto. A través de las rendijas de su capucha pudo ver cómo sus prendas, desde que ya no se las lavaba, habían adquirido un tono parduzco. Las manchas de vino se habían multiplicado.

Orteguilla jugueteaba con Ventisca, como siempre, y su padre caminaba al lado de Heredia con aquel porte resuelto y noble que tanto le impresionó cuando lo vio por primera vez. La espada, ceñida al cinturón, se movía a cada paso que daba.

Farfán también estaba allí, caminando pensativo a un par de pasos de los dos hombres. Acariciaba con delicadeza el pomo de su espada cabizbajo. Su pelo marrón parecía algo más lacio y en su rostro, que no pudo ver completamente, creyó adivinar una expresión triste. María intentó imaginar el motivo de aquella conducta. ¿Sería por ella? Más de una vez le había manifestado sentimientos positivos, si podían llamarse de alguna manera. Que era guapa, que le fascinaba... pero siempre era tan enigmático y poco claro. ¿La habría echado de menos todo este tiempo?

— Ni un solo tiro, Ortega— se quejaba Heredia con aquella voz desgarrada por décadas dándole a la cazalla—. Válgame Dios que en ningún momento querría matar yo a ningún español pero... un tiro al menos. Apuntar a

una de sus velas, ¡pum!, el olor a pólvora, el humo, el susto y un agujero en la tela... solo pedía eso.

Ante aquel comentario la expresión de Farfán cambió. Miró repentinamente al vasco y, sonriendo de oreja a oreja, avanzó hasta ponerse a su lado diciendo:

— Guardad la pólvora para cuando sea menester usarla, Heredia. Dicen que cuando una escopeta ha pegado mil tiros explota y, con la mala suerte que tenéis vos, os podría haber tocado esta vez. Si hubierais perdido los dedos no habríais podido acompañarnos. Ahora que ese Núñez Sedeño se ha unido a nosotros podremos transportar más bastimentos y soldados al Yucatán.

— ¿Quién demonios dice eso de los mil tiros?— pregunto ofuscado el vasco.

Se encontraban tan cerca de María que pensó que iban a descubrirla. Su corazón latía frenéticamente dentro de su pecho. Se había postrado en una esquina como si estuviera mendigando y, conforme se iban acercando, en su mente bullían miles de pensamientos. ¿Y si se decidían echarle una moneda? ¿Y si paraban a ayudarla a ponerse en pie? ¿Y si se tropezaban con ella y caían?

No podía imaginar que sería Ventisca quién la reconocería. El animal ignoró completamente a Orteguilla y corrió hasta quedar a escasa distancia de su raída túnica. Ladró dos veces y comenzó a menear la cola vivamente mientras jadeaba.

— Deja a esa pobre mujer, Ventisca, la vas a asustar— dijo Farfán agarrando al perro por el collar.

María pensó que iba a perder el conocimiento, no podía soportar aquella tensión. Bajo la túnica no podía ocultar todo su cuerpo. Sus zapatos sobresalían por los bordes y, si hacían memoria, podían reconocerla. No dejaban de ser hombres, y los hombres no solían fijarse en ese tipo de detalles, pero en aquel momento estaba convencida de que lo harían.

— Disculpa, mujer— dijo Heredia lanzándole una moneda.

— Vamos Ventisca— dijo Farfán tirando con más fuerza.

El perro gimoteó y María se arrepintió de cada una de las veces que lo acarició o le echó de comer.

— ¡Maldito perro del demonio!— susurró para sus adentros.

Entonces Farfán se detuvo intrigado. María pudo reconocer en su rostro una mueca de extrañeza. Estaba agudizando la vista, intentando desentrañar lo que había bajo aquel bulto de color pardo. Lentamente fue acercando su mano hacia él pero, pensándolo mejor, se dio la vuelta y, dando un fuerte tirón de Ventisca, se lo llevó consigo.

— ¡No molestes a la gente, Ventisca!— dijo mientras alcanzaba a sus compañeros.

Capítulo XXIII:

— Han llegado unos hidalgos de la villa de Sancti Spiritus— dijo Escalante en cuanto encontró a Cortés, que se encontraba en su tienda despachando algunos asuntos con los comerciantes locales, sentado y escribiendo notas y cuentas en unas hojas de papel.

— ¿Quiénes?

— Son varios y vienen acompañados de un nutrido grupo de aventureros— relató Escalante—. Entre ellos he podido reconocer a Juan Velázquez de León, el sobrino de Diego Velázquez. También ha venido vuestro amigo Portocarrero con un joven que debe ser de la misma villa que vos.

Cortés soltó la pluma manchando de tinta parcialmente las pulcras hojas en las que hasta ahora había estado escribiendo con su mejor caligrafía y, tras ponerse en pie, dijo entusiasmado:

— ¿Alonso? ¿Dónde está?

— En la plaza mayor. Se ha formado un gran revuelo con la llegada ya que todo son abrazos y saludos cordiales entre ellos y los hombres que trajimos.

Cortés se alejó un par de pasos de la mesa pero, antes de salir de la tienda, recordando algo que no podía ser demorado, se giró de nuevo hacia los comerciantes y les dijo:

— Caballeros, vuestros precios me parecen razonables. Compraré los cañones.

Dicho aquello salió, en compañía de Escalante, a las calles de la ciudad que, aunque otrora debieron ser un lugar tranquilo, ahora hervían en vida, bullicio y euforia por los preparativos de la expedición. Cortés sabía que ya no le quedaba mucho que hacer allí pues había agotado prácticamente todas las existencias. Los ganaderos y agricultores habían vaciado sus graneros, los

comerciantes sus tenderetes y los armeros todo su acero. Quizá tendrían que largar amarras en un par de días.

Tal y como le había dicho su amigo Escalante, en la plaza mayor se había formado un tumulto de hombres y mujeres que se ponían al día en sus asuntos con felicidad. Allí había algunos hidalgos pero también soldados, veteranos o nuevos reclutas. Todos tenían algo que contar, desde cómo habían crecido sus negocios y haciendas hasta cómo eran los indios de Yucatán en el caso de los que habían ido ya allí en alguna de las dos fatídicas travesías que se habían organizado hasta la fecha.

Antes de encontrar a Portocarrero visualizó al sobrino del teniente, Juan Velázquez de León. No tuvo demasiados problemas para localizarlo ya que lo conocía de haberlo visto alguna vez y era imposible olvidarse de un hombre de aquellas proporciones. Su cabeza despuntaba sobre las del resto de soldados y su rostro estaba compuesto por una barba intensamente negra definida sobre unos prominentes huesos malares y mandibulares. Sus cabellos eran del mismo color, largos y desgreñados. Vestía con un jubón negro cuyos lazos estaban algo flojos para dejar un respiro a aquella mole de músculos. Hombros anchos, brazos potentes y unas manos descomunales con las que podía abarcar la cabeza entera de un hombre. Rondaba los treinta y era natural de Cuéllar, como su tío.

Al pasar a su lado decidió saludarlo con efusividad. Notó cierta tensión en el ambiente ya que los primeros que habían ido a encontrarse con él habían sido, como era de esperar, Ordaz, Escudero, Morla y otros de los hombres afines al teniente de gobernador. El sobrino notó la presencia del capitán e, ignorando brevemente a los demás, se dirigió a él antes de que dijera nada:

— Don Hernando, es un placer unirme a vuestra merced en la campaña del Yucatán.

Cortés lo había visto en varias ocasiones pero nunca había hablado con él por lo que se sintió realmente impresionado por aquella voz potente y grave. Tenía cierto deje ronco pero parecía ser capaz de hacer retumbar todo lo que se encontraba a su alrededor.

— Don Juan, yo también me siento muy feliz de que os unáis a mí. Sé que sois diestro en el manejo de la espada y un valiente y astuto capitán. Será una suerte que los hombres puedan marchar al ritmo de vuestro caminar y buen hacer.

Ordaz y los demás asintieron con la cabeza fingiendo una cálida sonrisa. Querían frenar a Cortés, llevarlo preso y quitarle el mando, alguno incluso lo odiaba, pero ninguno de ellos podía negar que la labia que tenía era algo prodigioso. Sabía estar, sabía hablar y que pareciera interesado y feliz en tratar con el mismísimo demonio. ¿Acaso lo estaría de verdad?

Tras despedirse de ellos vio, finalmente, a su amigo Portocarrero. Se encontraba también rodeado de varios hombres con los que charlaba animadamente. Cortés se acercó con paso ligero hasta que se encontró a un par de pasos de él. Lo pilló por la espalda por lo que dijo con voz potente para que le oyera:

— Don Alonso Hernández de Puerto Carrero. Dichosos los ojos.

El hombre reconoció perfectamente la voz y, cuando se giró a saludar a su amigo, ya llevaba una amplia sonrisa dibujada en la boca. Era, aproximadamente, de su misma edad, y ya se conocían de antes, de cuando vivían en España, pues los dos habían nacido en Medellín.

— ¡Hernando!— exclamó mientras lo abrazaba—. ¡Qué alegría veros! ¿Qué tal todo? ¿Vuestra mujer? ¿De dónde habéis sacado la vena de conquistador?

— Son muchas preguntas como para responderlas una a una, ya habrá tiempo de ello— rió Cortés.

Portocarrero también sonreía y Escalante pudo darse cuenta de que, aunque él apenas le conocía, no cabía duda de que el capitán y aquel hombre debían ser muy amigos.

— Pero respecto a la última... ¿Cómo os ha dado por meteros en semejante berenjena? Cuando me enteré no podía creérmelo. Siempre os he

tenido por un hombre listo... algo bullicioso, pero listo. ¿Por qué arriesgarse a que vuestros huesos acaben abonando aquellas selvas indómitas?

Cortés notó que se había formado un corrillo de soldados alrededor suyo para escuchar la conversación. Se sentía fresco y, dado que tenía ante sí a un buen amigo, su conversación era cordial y natural. De cualquier forma, siempre medía sus palabras. Lo hacía en todo momento y había profundizado tanto en aquella técnica que era capaz de hacerlo mientras hablaba.

— ¿No habéis visto los hombres que me siguen? No me cabe la menor duda de que son lo más valiente, audaz y bravo que ha salido jamás de España. Aún no han tenido tiempo de demostrarlo pero en sus manos sería capaz de depositar mi vida.

Su comentario fue certero como una flecha impactando en el centro de una diana. Algunos de los soldados asintieron, otros dieron un par de palmadas y hubo incluso alguno que lanzó vivos y potentes vítores. Iban a lo desconocido, sin duda alguna padecerían hambre y penurias, pero aquel sentimiento era capaz de barrer todos los malos augurios de sus mentes y dejarlos listos y expectantes. Aunque había algún veterano la mayoría eran jóvenes todavía. Durante toda su infancia habían oído un sinfín de historias sobre su patria. Sus padres, abuelos y tatarabuelos se habían dejado la piel y la sangre en luchar, día y noche, contra los moros. Todos conocían alguna batallita de las que habían protagonizado sus ancestros, una incursión en tierras enemigas, alguna estratagema que les había salvado el pellejo poniendo en evidencia la inteligencia de aquellos infieles... La mayoría de ellos, o no habían vivido antes de que España fuera completamente cristiana, o no recordaban aquellos tiempos. Cuando se convirtieron en hombres descubrieron que ya no había moros a los que conquistar reinos y, si querían seguir aumentando la fama y la gloria de su familia, debían partir. Aquellos reinos que por fin se habían unido bajo una misma bandera tenían un sinfín de frentes abiertos pero... ¿No era aquello lo propio del imperio más grande y magnífico del mundo conocido? Aquellos hombres tenían una necesidad tremenda de vivir tal y como habían vivido sus antepasados desde hacía más de ochocientos años, en una guerra santa. Querían hacerse viejos y fascinar a los niños con las historias de cómo se hicieron tal

cicatriz o cómo vencieron a tal paladín. La realidad se mezclaba, en ocasiones, con la fantasía en sus cabezas. El Gran Capitán, Amadís de Gaula, San Jorge y el dragón, el Apóstol Santiago bajando en su caballo blanco de los cielos a masacrar a los moros, Cristóbal Colón, el Cid, Don Pelayo... ellos también querían formar parte de ese mundo, por eso estaban en Indias.

— Me alegro de que os sintáis tan confiado— le contestó Portocarrero.

— ¿Y vos?— preguntó Cortés—. ¿Podré fiar mi espalda a la vuestra?

— Mucho me temo que no, mi viejo amigo— respondió meneando la cabeza—. Oí que habíais hecho un alto en Trinidad y vine con el único propósito de saludaros y desearos un buen viaje.

— ¿Cómo puede ser eso?— respondió Cortés mitad sorprendido mitad indignado. En el fondo sabía que no todo estaba perdido, estaba en racha y nadie se le había resistido hasta la fecha.

— Tal y como lo oís. No me encuentro muy dispuesto en estas fechas para partir a tamañas aventuras. De cualquier forma, os voy a presentar a un joven que sí que irá con vos y que tal vez no conozcáis. ¿Recordáis a Juan de Sandoval, allá en Medellín?

— Sí, lo recuerdo bien.

— Pues este es su hijo, Gonzalo de Sandoval.

Ante Cortés, un joven de poco más de veinte años dio un paso y le estrechó con fuerza la mano. Tenía una media melena castaña y unas barbas no muy tupidas que le cubrían parte de la cara. Era algo más bajo que él pero parecía un hombre fornido y membrudo. Se movía con diligencia pese a ser musculoso y llevar colgada al cinturón una espada enorme.

— Es un verdadero placer conoceros— dijo con una voz que, aunque decidida, fue ruda y pareció reflejar cierto grado de simpleza—. Y es mi deseo acompañaros al Yucatán.

Cortés se sintió golpeado por la intuición tras aquel simple apretón de manos. Conoció a su padre pero no recordaba haber visto al hijo nunca y, si lo hizo, no podría haberlo diferenciado del resto de niños que correteaban por el caluroso Medellín. No sabía siquiera si tenía experiencia militar pero tuvo la certeza absoluta de que aquel hombre iba a serle de mucha utilidad en el futuro. Parecía servicial, valiente y eficaz y aquellas cualidades no eran fáciles de encontrar en aquel mundo en el que dos fuerzas se enfrentaban en los corazones de los hombres, una vez ganando una, otra la contraria: la búsqueda de gloria y la codicia.

Capítulo XXIV:

— ¿Esos son todos los caballos que hemos podido reunir?— preguntó Cortés.

Se encontraba con Escalante, Portocarrero y Villarroel en unos establos en los que descansaban y comían paja dieciséis caballos.

— Sí— respondió Escalante—. No son muchos pero parecen buenas bestias.

— Esa de ahí, la que va preñada, es la yegua que traía Núñez Sedeño en el barco que apresó Ordaz— dijo Villarroel—. Sepa vuestra merced que también traía un esclavo negro en él. Ya sabéis lo caros de ver que son por estas tierras.

Los cuatro hombres permanecieron varios minutos observando a aquellos animales tan imponentes. Había de todo tipo de colores y razas; overos, alazanes, castaños, rucios... Sus potentes patas reposaban graciosamente sobre el suelo de paja y, de vez en cuando, sus musculosos cuellos descendían hasta él para recoger algún manojito que llevarse a la boca. Los caballos habían resultado de una relevancia enorme en la mayoría de campañas que se habían llevado a cabo en Indias. Si bien era cierto que era difícil maniobrar con ellos en la selva, resultaban temibles en campo abierto, donde las hordas de indios semidesnudos no podían detener sus cargas con sus rudimentarias armas.

Cortés hubiera deseado llevar más. Más caballos, más hombres, más cañones... pero la cantidad de ellos era limitada ya que se encontraban en una isla cuya única continuidad con la patria eran los barcos que iban y venían de vez en cuando. No eran pocos, sin duda llegarían a ser la mayor expedición que se había creado hasta la fecha a ese lado del océano, pero no quería que su empresa no llegara a buen puerto como les había acontecido a sus dos predecesores; Grijalva y Hernández de Córdoba. No quería dejar a nadie en tierra y, reparando de reojo en su buen amigo Portocarrero, le dijo:

— ¿Cuál es, en vuestra opinión, el mejor ejemplar?

Quería a aquel hombre entre sus filas. No lo necesitaba como a un soldado más, él era una de las pocas personas en las que confiaba y necesitaba aliados. Cada día que pasaba, la facción adicta a Velázquez maniobraba a escondidas intentando boicotear sus planes. Conocía a alguno de ellos pero no sabía cuántos serían ni qué grado de poder podrían alcanzar. Sin duda alguna, Francisco Verdugo, alcalde de Trinidad, estaba con ellos. Ya había recibido algunas invitaciones y sugerencias para que se reuniera con él en lugares poco frecuentados para tratar misteriosos asuntos. Hasta ahora había rechazado todas ellas alegando encontrarse indispuerto pero no sabía cuánto tiempo más podría seguir esquivando sus intenciones.

— Esa yegua rucia— respondió Portocarrero tras un largo escrutinio de los animales.

— Acompañadme y es vuestra— dijo ipso facto Cortés—. Os la compro para que podáis pelear a lomos de ella.

— No lo sé, Hernán— respondió arrastrando las palabras—. Ya os he dicho que no estoy muy convencido en ir a padecer a esas tierras.

— Ya veis qué ofrecimientos os hago— volvió a decir Cortés—. Y no creáis que os los hago como a un hombre más. Sois mi amigo y necesito de los amigos para dirigir esta empresa. Confío en vos y es por ello por lo que me gustaría teneros a mi lado, no como un simple soldado sino como un capitán.

Portocarrero suspiró mientras ponía los ojos en blanco. Cruzándose de brazos comenzó a dar golpecitos impacientes con su bota en el suelo hasta que dijo:

— Os acompañaré, en ese caso.

Cortés no pudo ocultar su alegría. Sonrió y, abriendo de par en par sus brazos, estrechó a su amigo con efusividad. El sentimiento fue contagioso porque, al momento, Escalante y Villaruel también estaban riendo y dando palmadas en la espalda de su nuevo compañero.

— Muy bien— dijo el capitán—. En ese caso, que los hidalgos y buenos caballistas que lo deseen puedan comprar estos animales para luchar con ellos cuando sea preciso.

Entonces Villarroel se acercó a Cortés y, poniéndole la mano sobre el hombro, dijo:

— Deberíais reservar un par de los caballos para un par de jóvenes que conozco y que están en el ejército. Son andaluces y son consumados jinetes. Pedro Morón y Alonso Lares.

— ¿Son buenos?

— Los mejores, deberíais verlos. Apenas han pasado los veinte pero cuando cabalgan parecen fundirse con los animales. Son cordobeses y debieron aprender la equitación como picadores y rejoneadores en una plaza de toros.

— En ese caso ofrecedles un par de buenos caballos por si quieren comprarlos— sentenció Cortés.

Capítulo XXV:

El día de la víspera de la partida fue el que más corrió el vino. Toda la ciudad era un hervidero de hombres y mujeres que bebían en las tabernas. Los jolgorios también habían llegado a las calles, donde en una u otra esquina se colocaban algunos músicos que amenizaban el ambiente con sus dulzainas y guitarras.

Farfán se emborrachó como todos los demás y, en un momento dado, a punto estuvo de revelar algo que no quería a sus amigos. Con él bebía Ortega padre e hijo, Heredia, el padre Olmedo y algún que otro soldado que se les unió. Algunos de ellos habían luchado en la flota de Grijalva y no paraban de contar historias sobre esos nuevos indios que poblaban Yucatán. Todos tenían heridas y cicatrices, algunas bastante recientes, pero estaban deseosos de volver a desentrañar los misterios de esas tierras que parecían ser tan ricas en gentes y oro.

Allí conocieron a un curioso joven que les contó con todo lujo de detalles todo lo que le había acontecido en su paso por Indias. Tenía poco más de veinte años y ya había participado en las expediciones de Hernández de Córdoba y Grijalva. Era joven pero era un verdadero veterano. Le habían herido en un sinnúmero de ocasiones y, mientras contaba sus trepidantes hazañas, iba mostrando sus cicatrices una a una dando un enfoque visual a la narración. Farfán no supo si todo lo que decía era verdad pero sin duda le pareció un orador increíble. Tenía un dominio excelente de la palabra, usaba sinónimos, mezclaba cultismos con refranes y frases hechas y, en ocasiones, incluso rimaba. Tanta impresión le causó que su nombre quedó grabado en su memoria: Bernal Díaz del Castillo.

Heredia bebió más de la cuenta también y, a mitad de historia, se quedó dormido. El hombre quiso cerrar los ojos unos instantes para recobrar un poco el sentido porque el vino podía resultar muy soporífero en compañía del calor y el reposo, y bajo esos dos poderes se encontraba en aquella taberna. Cuando despertó provocó las risas del resto de individuos que estaban sentados a su lado. Murmurando unas palabras ininteligibles se puso en pie y se echó las dos

manos al vientre:

— ¿Qué ocurre, Heredia?— preguntó Ortega entre risas.

— Me voy a mear— se limitó a responder con voz gangosa.

— Esperad— dijo Farfán—. Que voy con vos.

Los dos hombres salieron a la calle, donde una ráfaga de aire les refrescó. En la puerta el joven se agachó para acariciar brevemente a Ventisca, que escoltaba la entrada como si del Can Cerbero se tratara. El vasco no quiso esperarle y, tras describir una trayectoria zigzagueante, llegó a la tapia más próxima, donde bajándose los calzones, comenzó a orinar. Farfán se puso a su lado e imitó el gesto.

Heredia seguía murmurando. Parecía enfadado y su compañero no podía adivinar por qué. Antes de que acabaran la faena decidió interesarse por él:

— ¿Qué os pasa?

— Nada.

— Lleváis unos días más enfadado de lo normal— insistió el sevillano.

— He dicho que no es nada.

Farfán se sentía confuso. Estaba bebiendo tanto porque estaba asustado, creía estar perdiendo el juicio. Últimamente pensaba tanto en María que incluso había tenido una aparición. Ocurrió el día anterior, mientras salía de los ejercicios matinales de guerra. Se había dirigido a una fuente para beber ya que el día era muy caluroso y las prácticas habían sido más duras de lo normal. Cuando su sed estuvo saciada, mientras se secaba las húmedas barbas con la manga de la camisa, creyó ver a María agazapada tras una esquina. Estaba cubierta con unas telas sucias marrones y parecía una mendiga. Cuando la vio, la joven reaccionó asustándose y salió corriendo. Farfán fue tras ella pero no la encontró. Tras aquel acontecimiento decidió no decir nada a nadie. ¿Qué posibilidades había de que María se encontrara en Trinidad? ¿Cómo habría

llegado hasta allí? ¿Por qué no les decía nada? ¿Acaso podría haber perdido el juicio y estar teniendo visiones? Aquello le asustaba y no quería que nadie estuviera al tanto de ese problema.

— La echáis de menos, ¿verdad?

Heredia dejó de farfullar y abrió los ojos como platos. Mientras se sacudía las últimas gotas, y sin mirar a su amigo, respondió:

— Sí, la echo de menos. Desde que me la entregaron cuando solo era una niña no me he separado de ella. Ha sido siempre como la hija que nunca tuve. Me cuidaba, me cocinaba, me lavaba y... siempre fue muy obediente y buena.

Farfán notó que la voz de aquel aguerrido conquistador comenzó a flaquear. Evitó mirarle a la cara porque no quiso ver las lágrimas en un hombre como él, que tanto respeto le causaba. Sin duda alguna, se sentía afectado por la ausencia de María. En aquel momento barajó la posibilidad de contarle lo que había visto pero enseguida desechó la idea. Resultaba imposible.

— Vamos a beber un poco más, que ya hemos hecho hueco— dijo finalmente completamente restituido del momento de flaqueza.

Al día siguiente, Farfán, amaneció en una pocilga. La cabeza le dolía como si le hubieran dado un martillazo y, sin levantarse del suelo en el que los excrementos de los animales se mezclaban con la paja, intentó rememorar lo que había pasado el día anterior. Tenía vagos recuerdos de haber estado bebiendo todo el día pero apenas le venía a la cabeza nada cuando intentaba recordar la noche. ¿Cómo había llegado hasta allí? Agradeció que Cortés hubiera comprado todos los cerdos que allí debían haber vivido hasta hacía bien poco, no sería el primero que, durmiendo la mona en un sitio como ese, despertaba con medio rostro comido por los animales.

Repentinamente, una masa húmeda y caliente comenzó a recorrerle la cara. Intentó zafarse pero, tras reconocer al tacto el pelo junto con aquel olor tan familiar, mustió:

— ¡Ventisca! ¡Déjame en paz, por Dios!

Antes de que pudiera ponerse en pie se puso a cuatro patas y vomitó. El sabor del vino, mezclado con la amargura de los humores internos, le hizo estremecerse, pero tras purgarse se sintió mucho mejor. Los dolores abdominales remitieron y, por fin, pudo ponerse en pie y salir a la calle. No sabía qué hora era pero debía ser temprano porque la luz del sol parecía quemarle los ojos. Cubriéndose con las manos deambuló por las calles hasta que consiguió orientarse. Por el camino de vuelta descubrió a varios de los soldados, cosa que le tranquilizó; por momentos temió que lo hubieran dejado allí.

— ¡Nos vamos!— le dijo Orteguilla excitado en cuanto lo vio—. ¿Dónde estabais?

— En... no sé. En la mierda— fue lo único que pudo contestar con voz pastosa.

El comentario provocó las risas de sus compañeros ya que, además de su aspecto sucio y desmejorado, le precedía un olor que confirmaba lo que acababa de decir.

— Iremos en barco para que podáis purgaros por la borda si no lo habéis hecho ya— dijo Heredia.

— ¿En barco?— preguntó sobrecogido el joven.

— Sí. Suerte habéis tenido de despertar a tiempo porque si no, os habríais quedado aquí— dijo Ortega—. Mirad, Cortés ha dispuesto que marchemos ya y la siguiente escala, antes de partir finalmente para el Yucatán, será la Habana. Ha mandado a Pedro de Alvarado que vaya con los caballos y los hombres que quieran seguirle por tierra, a pie, reclutando a todos los que se junte en su camino y tengan a bien venir con nosotros. Por mar ha mandado, como avanzadilla, a Juan de Escalante con uno de los navíos y, en el resto, iremos nosotros.

Durante unos instantes, Farfán meditó la posibilidad de acompañar a Alvarado por tierra. Sabía que en cuanto pusiera un pie en el barco comenzaría a

vomitara y no pararía hasta que superara aquella resaca. Los dolores de cabeza le habían vuelto y se sentía inmensurablemente sediento, por lo que llegó a la conclusión que quizá sería mejor intentar dormir a la sombra de las velas que caminar y fatigarse por aquellos tórridos parajes.

— ¿En qué barco iremos?— preguntó resignándose.

— Ahora iremos a ver— respondió Heredia—. Sin contar el barco con el que ha partido Escalante hay otros cuatro en el muelle.

— ¿Cuatro?— preguntó Farfán incrédulo.

— Sí— respondió de nuevo el vasco—. Cortés no ha perdido el tiempo y ahora tiene dos más. Uno era ya suyo pero se estaba reteniendo en Santiago no sé por qué. El otro no sé a quién se lo habrá comprado pero ambos llegaron ayer.

— ¿Quiénes irán en cada barco?— preguntó de nuevo apretándose con fuerza en las sienes para resistir una nueva punzada de dolor.

— En uno Cortés y en los otros Portocarrero, Velázquez de León y Ordaz— respondió Ortega.

— Muy bien, pues vamos a ver.

Hizo ademán de iniciar la marcha pero Ortega, deteniéndole, le dijo:

— No os enteráis de nada, ¿verdad?

— No— respondió con sinceridad el joven.

— Vamos hacia el muelle, no nos vayan a dejar en tierra— respondió con resignación Ortega—. Así tengo tiempo para ponerlos al día.

Los tres hombres comenzaron a caminar mientras Orteguita correteaba detrás de Ventisca. Farfán miró con envidia la energía del niño e intentó recordar si había bebido algo ayer. Algún vaso de vino lo vio beber pero no creía que hubiera llegado a embriagarse. ¿Acaso se encontraba tan mal porque

ya se estaba haciendo mayor para tales excesos?

— Bueno— dijo Ortega repentinamente—. Es conveniente que os ponga al día del curso de los acontecimientos para que, si llega el caso, estéis prevenido y sepáis tomar cartas en el asunto como mejor convenga a vuestros intereses.

— ¿De qué habláis?— preguntó Farfán, que comenzó a sentirse un poco mejor tras aquella descarga de misterio.

— No sé si os habíais dado cuenta, pero hay dos bandos en el ejército.

— Sí. Diego Velázquez tiene a unos cuantos amigos aquí, entre nosotros, para poner en aprietos a Cortés; no está conforme con que sea él el que mande a las huestes.

— Así es— corroboró Ortega—. En ese bando se encuentran hombres como Ordaz, que es mayordomo del teniente; así como Velázquez de León, un primo suyo; y otros muchos como Escudero, Morla o incluso el padre Juan Díaz.

Farfán se mantuvo en silencio durante unos instantes para que su amigo continuara con la historia. Ortega lo miraba de reojo con el ceño levantado. Parecía esperar algún comentario por su parte por lo que dijo:

— ¿Y por qué les entrega a Ordaz y a Velázquez de León la capitanía de las naves si son sus enemigos?

— Pues, querido amigo, porque Cortés es listo, y quiere ganárselos. Sabe que son figuras importantes en el ejército y va a intentar que se unan a él por todos los medios— interrumpió Heredia.

— Dicen por ahí que les ha hecho muchos ofrecimientos de oro y poder sobre la tropa cuando lleguemos al Yucatán— añadió Ortega.

— ¿Y qué han dicho ellos?— preguntó Farfán.

— No lo sé— respondió Heredia encogiéndose de hombros—. Pero esperemos que la jugada le salga bien a Cortés o puede quedarse sin barcos. Portocarrero y él están juntos y llevan dos navíos. Los otros dos están en el bando de Velázquez ya que el quinto, que lo lleva Escalante, otro de sus amigos, ha partido solo hacia la Habana.

— ¿Creéis que deberíamos tener cuidado en cuanto al barco que nos subimos?— preguntó de nuevo Farfán.

— No sabría deciros— respondió Heredia—. Pero mi experiencia me dice que será mejor que nos mantengamos al margen de esta disputa. Pase lo que pase, un capitán, sea Cortés, Ordaz o la madre que los parió a todos esos hijosdalgo, nos ha de llevar al Yucatán para hacernos ricos.

— ¿Y quién creéis que lleva las de ganar?— preguntó Farfán, que dado el interés que estaba despertando en él la conversación ya apenas se acordaba de su malestar.

Heredia quiso hablar pero Ortega fue más rápido:

— Cortés. Hasta ahora no han podido reducirle. ¿Sabíais que se había organizado un plan para apresarlo aquí, en Trinidad? Velázquez había mandado cartas por dos mensajeros al alcalde, Verdugo, para que le quitaran el mando.

— ¿Cómo sabéis eso?

— Esas cosas se acaban sabiendo. Además... está Heredia.

El vasco continuó con la historia.

— A Ortega le gusta hablar pero en esta parte del mundo, y hasta que se labre un nombre, es un don nadie— hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras—. En cambio a mí me conocen todos porque soy valiente y disparando mi escopeta no tengo par. Ayer mismo ese alguacil, Escudero, vino a tantearme. Me habló de que el teniente Velázquez mandaba poner bajo arresto a Cortés porque iba rebelado y corría el riesgo de que se alzase con la armada contra él. Me preguntó que qué opinaba y si estaría dispuesto a ayudarles.

— ¿Y qué dijiste?— preguntó Farfán reprimiendo una arcada que acababa de atacarle.

— ¿Qué os acabo de decir? Manteneos al margen de esas tesisuras. ¿Qué clase de hombre sería si no predicase con el ejemplo? Lo mandé al cuerno y le dije que me dejara en paz con esos asuntos, que yo no soy hombre de intrigas y que, sea quien sea el capitán, el único deseo que tengo es ir al Yucatán a buscar fortuna.

— ¿Y cómo consiguió escapar Cortés de la celada, padre?— preguntó Orteguilla, que, olvidándose del mastín, sintió curiosidad por la conversación de los adultos.

— No lo sé con certeza, hijo— respondió el padre poniendo la mano sobre su hombro—. Pero lo que sí que puedo decirte es lo que se sospecha. Uno de los mensajeros de Diego Velázquez, el que se apellida Laso de la Vega, ahora forma parte de nuestro ejército. Vino hasta aquí con requerimientos para organizar la celada y, ahora, ha abandonado a sus compañeros y se ha alistado bajo el estandarte de Cortés. Quizá le previno.

En el muelle, Cortés se encontraba junto a Portocarrero, Ordaz y Juan Velázquez de León organizando a las huestes. Con gestos iban encaminando a cada grupo de hombres, junto con sus familias los que las traían, en uno u otro barco. Farfán y los suyos no pudieron elegir y fueron dirigidos a la embarcación de Diego de Ordaz. Por otro lado, Pedro de Alvarado ya había partido con unos cincuenta hombres y con los caballos, por tierra, para ir reclutando más soldados por las diferentes villas y ciudades.

Mientras largaban amarras, Farfán reflexionó sobre a favor de qué bando se encontraría Alvarado. Desde que lo vio se sintió impresionado por aquel hombre. Era algo más alto que él y, aunque era musculoso, parecía tener mucha más fuerza de la que aparentaba. Siempre caminaba a grandes zancadas, con expresión seria y su melena rubia ondeante. Tras varios minutos con aquellos pensamientos llegó a la conclusión de que quizá no tomara parte con ninguno. Era demasiado independiente y, sin duda alguna, podría haber resultado un buen capitán en ausencia de Cortés.

En cuanto el navío comenzó a balancearse, impulsado por el viento, sintió una nueva arcada nauseosa que le puso la piel de gallina. Allí venían los vómitos.

— ¡Maldito sea el hombre que inventó el primer barco! Qué necesidad tendría de...— murmuraba mientras corría hacia la borda.

Y cuando se asomó por la borda para purgarse de nuevo vio algo que le hizo estremecerse. El color de su piel tornó hacia el blanco y las náuseas fueron extinguidas de golpe. Estaba empezando a dudar de si se estaba volviendo loco o si estaba viendo un fantasma, y los dos miedos humanos más puros sacudieron hasta el último rincón de su alma: El sentimiento de pérdida del juicio y la visión de la irracionalidad aberrante.

Capítulo XXVI:

María de Estrada no podía creerlo. Si después de haber padecido tanto recorriendo el camino que separaba Santiago de Trinidad tenía que quedarse en esa última ciudad no se lo perdonaría. Se suponía que aquel era el día en el que Cortés partiría con sus hombres hacia la Habana y ella podría quedarse en tierra por idiota. ¿A qué hora partirían? ¿Cómo había podido ser tan torpe de caerse a un pozo?

Se encontraba con el agua hasta la cintura en aquel hoyo lo suficientemente profundo como para que apenas le entrara la luz solar. Sabía que se había hecho de día y, mientras escrutaba cada uno de los resquicios que le ofrecían las piedras que tapizaban los muros, rememoró lo que le había acontecido la noche anterior.

Se avergonzaba de haberse sentido tentada a hablar con Farfán cuando lo vio salir por enésima vez de la taberna a orinar. Ella había estado frecuentando el lugar y evitando a Ventisca, que se había colocado en la puerta. Los vio de nuevo a todos, Heredia, Ortega, el hijo, el padre Olmedo. Al día siguiente partirían y habían decidido disfrutar de una buena fiesta antes de hacerlo. Se sentía realmente compungida de no poder acompañarles y, durante horas, estuvo allí, asomada en una esquina, meditando si sería conveniente que fuera a saludarlos. ¿Qué podría pasarle? ¿Sería capaz Heredia de mandarla de nuevo a casa? Llevaba más de dos meses sola, espíándoles por doquier y sin entablar conversaciones con nadie que pudiera reconocerla. Al principio pensó que sería fácil e incluso divertido jugar a aquello pero al poco tiempo se dio cuenta de que la realidad distaba de sus conjeturas. Había pasado hambre, penurias y dolor y, aunque había conseguido mantener a raya estos avatares del camino, ahora era la soledad la que atenazaba su alma. Ver todos días a sus amigos y no poder decirles nada, tocarlos o reír de las mismas cosas que ellos le resultaba desolador. Los sentía tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Fue por ello por lo que decidió abordar a Farfán cuando lo vio solo orinando sobre aquella tapia que había cambiado de color por lo mucho que

había sido frecuentada por los soldados aquella noche. Dio un par de tímidos pasos hacia él y tomó la decisión de que sería mejor no revelar su posición tan pronto. Pensó que, después de haber estado dos meses sola, no pasaría nada por dejar correr un día más. Cuando estuviera subida en un navío podría descubrirse ya que, de aquel modo, no podrían obligarla a volver a casa. Una cosa era volver sola desde Trinidad y otra, muy distinta, recorrer todo el camino de vuelta desde la Habana.

Pero su paso en falso resultó ser un grave error pues Farfán la vio. Tuvo unos escasos segundos para echar a correr mientras el joven acababa de orinar y emprendía una persecución detrás de ella. En su huida, María miraba de vez en cuando sobre su hombro para ver al sevillano, que poco a poco iba acercándosele más. Aunque en un principio, dado su estado de embriaguez, se tambaleaba, en seguida cogió un buen ritmo de carrera.

Cuando vio la pocilga se encaminó directamente hacia ella. Estaba a las afueras de la ciudad y, dado que apenas había iluminación en aquella zona, pensó que podría esquivar al joven en la oscuridad. La puerta estaba entreabierta por lo que se adentró sin pensarlo. Tenía en mente escapar por una ventana para que Farfán tuviera que perder un tiempo inspeccionando el edificio. Una vez en el interior descubrió que no había ninguna salida ya que el resto de aberturas estaban tapiadas. Cuando su perseguidor se adentró en el lugar cerrándolo de un portazo tuvo la certeza de que iba a ser descubierta.

— ¡María! ¿Sois vos?

La muchacha intentó por todos los medios acompañar su ajetreada respiración. Le faltaba el aire y temió que los gemidos que emitía al intentar recobrar el aliento fueran a descubrirla. Rápidamente, echó una ojeada en derredor para buscar un lugar donde ocultarse. La pocilga estaba prácticamente vacía por lo que lo único que le pareció un buen escondite fue una viga de madera del techo sobre la que pendía un toldo. No disponía de mucho tiempo antes de que Farfán entrase en aquella corte de modo que, dando un potente salto, se asió a un hierro oxidado que había clavado en la viga y, tras impulsarse con los brazos, se encaramó a ella quedando tumbada encima. Con un ágil gesto se recogió el vestido y se cubrió con la tela permaneciendo inmóvil.

— María— dijo de nuevo Farfán con voz queda.

La joven lo vio a través de una rendija. Caminaba con dificultad y llevaba los brazos en alto intentando tantear en la oscuridad. Ella podía verlo con claridad pero supuso que la negrura no era lo único que nublaba la vista del joven. Se encontraba ya justo debajo de ella cuando resbaló en el fiemo y cayó de bruces al suelo diciendo:

— ¡Mar...!

En unos segundos estaba roncando plácidamente y la joven apenas pudo creerlo. Hacía bien poco había estado corriendo a toda velocidad detrás de ella y ahora parecía yacer muerto allí debajo. ¿Cómo podían dormirse con tanta facilidad algunos hombres? Esperó unos minutos más para cerciorarse de que estaba bien dormido y, con delicadeza, se descolgó de la viga.

Se agazapó ante el rostro de Farfán y lo observó durante unos instantes hasta que llegó a la conclusión de que ni una bofetada podría despertarlo. Pensó que lo mejor sería dejarlo allí por lo que, dándose media vuelta, abandonó la pocilga. Al salir se encontró con Ventisca, que acababa de acudir a ver qué tal se encontraba su dueño. Se concedió un pequeño tiempo para agacharse y acariciar al perro, que parecía muy contento de verla.

— Vigílalo bien, ¿vale?— le dijo con ternura.

Y después de aquello se cayó al pozo. No se había alejado ni cien pasos de la pocilga cuando ocurrió. No vio aquella hendidura oscura en el suelo que se ocultaba detrás de unas hierbas bajas hasta que fue demasiado tarde y, en su caída, se golpeó en el costado y en la pierna.

El tacto con el agua hizo que volviera en sí tras aquellas punzadas de dolor. Al principio no pudo evitar darse un trago dado que, durante toda la caída, fue gritando y, al llegar al fondo, tuvo que tomar una bocanada de aire. Cuando consiguió hacer pie gritó y maldijo en voz alta. Por un momento pensó que se habría roto alguna costilla ya que sentía un dolor enorme en el costado derecho. Con cuidado se fue palpando cada una de ellas y, aunque localizó la

que más le dolía, dedujo que debía estar indemne ya que no se movía. Tras ello reparó en que también le dolía la pierna por lo que introdujo la mano en el agua para examinarla con el tacto. El vestido estaba roto sobre su muslo izquierdo, que pudo palpar desnudo. Su fina piel se confundió en esa parte con una zona de aspereza. Se había producido un corte en aquel lugar y, sin lugar a dudas, debía estar sangrándole. No notaba el rojo fluido porque se encontraba sumergida de cintura para abajo y estaba demasiado oscuro para verlo con claridad. Si la herida era tan grande como aparentaba ser podría morir por la hemorragia así que, actuando con velocidad, hizo varios jirones con su falda y se los anudó sobre la herida. Esperó que aquello bastara por el momento porque ya no tenía fuerzas para más. Agarrándose como pudo a dos piedras quedó inconsciente.

Cuando despertó se notó tremendamente cansada. La luz se filtraba por la abertura del techo que, después de todo, no estaba tan alta. Tenía frío y sed pero pensó que sería mejor no beber de aquella agua turbia. Poco a poco fue desentumeciendo la pierna y, cuando se sintió con las suficientes fuerzas, la elevó sobre el nivel del agua para examinar la herida. No había rastro del vestido en aquel muslo pero había hecho una buena cura con las rasgaduras ya que la hemorragia parecía haberse cortado.

Gritó pidiendo ayuda pero nadie contestó ya que todo el mundo debía encontrarse en el muelle despidiendo a las huestes de Cortés. Llegó un punto que ni siquiera le importó tener que quedarse en Trinidad, comenzaba a creer que no saldría con vida de aquel pozo. Mientras se imaginaba en qué estado de descomposición iban a sacar su cuerpo de allí cuando la encontraran sintió que las fuerzas volvían a sus músculos. No moriría allí, saldría por sí misma si era necesario.

Con cautela examinó todos los salientes de las rocas que podían ser más propicios para una escalada. Apenas tenía fuerzas y sabía que no podría resistir más de un intento, si caía de nuevo estaría perdida, por lo que intentó trazar la mejor trayectoria antes de empezar. Cuando creyó haberlo hecho se asió con fuerza a la primera piedra y se elevó todo lo que su brazo le permitió.

Poco a poco fue encaramándose por aquel estrecho muro circular hasta que llegó a un punto de dificultad. Por ser la parte superior del pozo, el

constructor debía haber decidido usar piedras más finas y labrar mejor los relieves para que el caldero no se enganchara en aquella parte que, aunque había quedado más bonita que los toscos pedruscos del fondo, dificultaba sobremanera la escalada de la joven. Desde el último saliente en el que había introducido su mano derecha tenía que ascender hasta el borde del pozo de un solo salto. Si se resbalaba, la propia inercia de su cuerpo la haría caer hasta el fondo por lo que, antes de lanzarse, tomó varias bocanadas de aire. Cerró los ojos unos segundos mientras se dijo:

— Adelante María, has salido de peores.

Y tras ello, mientras profería un grito, se abalanzó sobre la repisa del pozo, la cual alcanzó con la punta de sus dedos. Sintió un dolor fuerte en la mano pero enseguida se agarró también con la otra dividiendo el peso para cada uno de los brazos. La lesión del costado le ardía y pensó que iba a desplomarse desmayada por aquel dolor aunque, inexplicablemente, sacó fuerzas para impulsarse en el último tramo.

Quedó tendida, boca arriba, con la vista perdida en el cielo azul, durante varios minutos. Tuvo consciencia de cómo se recobraba, poco a poco, hasta el último de sus músculos y heridas. El esfuerzo había sido tal que había quedado exhausta.

Cuando se recuperó parcialmente se puso en pie y se encaminó hacia los muelles. Volvía a tener interés en unirse a la expedición de Cortés, de lo contrario, nada de aquello hubiera tenido sentido. Mientras desfilaba por las calles deshabitadas no le importó lo más mínimo su apariencia. Llevaba el cuerpo lleno de sangre seca y suciedad y su vestido se había rasgado hasta tal punto que, a cada paso que daba, una de sus piernas quedaba desnuda hasta casi la ingle. Si alguien le lanzaba algún improperio le quitaría la vida, aunque tuviera que inmolarse en la acción consumiendo sus últimas energías.

— ¡No!— se dijo cuando vio cómo, a lo lejos, un par de barcos ya se habían alejado del muelle.

Quedaban otros dos que, sin duda alguna, estaban largando amarras, por

lo que corrió hacia ellos. Los vecinos de Trinidad, que despedían con pañuelos y aplausos a los soldados, ignoraron a aquella muchacha que pasó a la velocidad del rayo entre ellos. Cuando María llegó al muelle ya solo quedaba uno de los barcos y acababa de iniciar la navegación. No había pasarelas ni cables tendidos de modo que, sin pensarlo dos veces, se lanzó al agua. Cuando volvió a sentir aquella húmeda sensación las imágenes del pozo vinieron a su mente. No quería saber nada más del vital fluido en meses y aquello le dio fuerzas para nadar hasta que llegó a tocar la madera de la borda de estribor. Desde arriba oyó unas voces que dijeron:

— ¡Eh, mirad esa chica!

Cuando sintió la cuerda caer sobre su cabeza se agarró a ella con todas sus fuerzas de modo que, en varios estirones, los fornidos marineros la subieron a bordo. Lo había conseguido.

Mientras la llevaban en volandas al interior de la nao se fijó en que, a cierta distancia, en otro de los barcos, Farfán la observaba pálido como un muerto desde cubierta.

Capítulo XXVII:

La Habana

Escalante llevó el navío que capitaneaba a la Habana en primer lugar. Cuando los hombres desembarcaron en la ciudad fueron recibidos de la misma manera que en Trinidad, con vítores y aplausos. Ya sabían que venían y, en cuanto pusieron un pie en tierra, aparecieron decenas de hombres a jurar por su honor que les seguirían hasta la muerte. El cántabro rió a carcajadas, en una ocasión, cuando unos veteranos le hablaron como si de Hernán Cortés se tratase.

— Mi nombre es Juan de Escalante y solo soy un humilde capitán. Don Hernando acudirá en breves con el resto de los navíos de la flota— les respondió.

Pero cuando los barcos aparecieron en el horizonte un día después no hubo ni rastro de la nao capitana. Solo tres mástiles, con sus respectivas velas, recortaban la silueta de la inmensidad marina. Escalante temió que los adictos a Velázquez hubieran abordado su navío y hubieran apresado al líder de la expedición pero, cuando pudo hablar con Portocarrero, una vez tomaron tierra los recién llegados, salió de dudas.

— No ha habido ninguna reyerta en alta mar, si es lo que os preocupa— dijo Portocarrero.

— ¿Y qué ha pasado?— preguntó rápidamente.

De los otros dos barcos habían salido triunfantes Diego de Ordaz y Juan Velázquez de León. No perdieron demasiado tiempo en el muelle ya que, en seguida, se adentraron en la ciudad a llevar a cabo sus tejemanejes. A Escalante no le cabía duda, estaban intrigando contra ellos.

— Perdimos el rastro de la nao capitana la primera noche, recordaréis que fue negra como la boca de un lobo— prosiguió con la historia Portocarrero—. Al día siguiente aminoramos la marcha por si aparecía de nuevo y volvíamos a encontrarnos con él pero no hubo suerte. Velázquez de León y Ordaz metieron prisa a los pilotos para seguir el rumbo aduciendo que no podíamos seguir gastando los víveres que muy bien llevábamos empaquetados y que nos serían más útiles en el Yucatán, por lo que tuvimos que reanudar la marcha.

— ¿Y dónde está?— preguntó de nuevo Escalante sin ocultar su creciente preocupación.

— Mi piloto, Camacho de Triana, me dijo que es probable que embarrancara en la Isla de Pinos. Conoce bien estos lares y dice que, a no mucha distancia de aquí, hay una isla en la que la costa es baja y, si no se navega con pericia, pueden ocurrir estas cosas.

Escalante deambulaba de izquierda a derecha mientras se frotaba la frente cabizbajo. Portocarrero estaba más tranquilo y, sereno, se mantenía erguido y reflexivo.

— ¿Quiénes más navegaban en el barco de Cortés?

— ¿Que tengamos que lamentar su pérdida? Villarroel y el padre Olmedo. Eran nuestros mejores aliados. Por otro lado, de los otros, están todos.

— Estamos en clara desventaja, amigo— apuntó Escalante terciando una sonrisa nerviosa.

La reacción no se hizo esperar. Al día siguiente la tropa ya llevaba en la boca las palabras que rezaban «Cortés no está, ¿quién será el capitán ahora?». Ordaz parecía el favorito. A los soldados les gustaba cómo mandaba y, desde que llegó, habló con paz y entereza a los hidalgos más notorios para que se unieran a él. No se trató de un ofrecimiento tan directo ya que era algo reservado al hablar y, dado que sabía usar muy bien el lenguaje, era capaz de meter una idea en la cabeza del prójimo sin que pareciese que había salido de sus labios.

Velázquez de León fue más parco en la empresa de reunir aliados. Se notaba a la legua que a aquel hombre de formidables proporciones no le satisfacían demasiado las intrigas. Habló con algunos pero la mayor parte del tiempo se dedicó a beber en las tabernas y a jugar a naipes con sus amigos más próximos.

La verdadera labor de rebeldía recayó, en última instancia, en personajes que no tenían tanto peso en el ejército. Ordaz era mayordomo mayor del teniente Diego Velázquez y, Juan Velázquez de León, su primo, pero había otros muchos individuos que sentían simpatía por el teniente sin tener lazos de sangre o mayores cargos con él. Entre ellos estaba Juan Escudero, el que fue su alguacil, pero también Escobar el Paje, Morla, Alonso de Grado y el mismísimo padre Juan Díaz, capellán de la expedición. Estos hombres sí que protagonizaron una ardua tarea recorriendo tabernas y tiendas para sondear a todos y cada uno de los soldados.

Escalante y Portocarrero se vieron desbordados, en un principio, debido al hecho de que no disponían de otros principales del ejército para su empresa. Podían contar, quizá, con Gonzalo de Sandoval, aquel joven proveniente de Medellín, la villa en la que nació Cortés, y que era conocido de Portocarrero. Pese a ello, no sabían hasta qué punto podía serles de utilidad su aportación. El único hombre que sí que podría haber marcado la diferencia era Pedro de Alvarado pero, dado que se dirigía a la Habana por tierra, aún no había llegado y, aunque lo hubiera hecho, tampoco estaban muy convencidos de que fuera a posicionarse con alguno de los dos bandos. Sin embargo, les fue muy grato descubrir que la mayoría de los soldados de a pié se mostraban dispuestos a esperar unos días más a la llegada de Cortés. Llevaban más de dos meses comiendo y bebiendo a su costa y, aunque los ejercicios habían resultado duros, en el fondo sabían que era su deber realizarlos. En todo momento habían visto al capitán como un ser resuelto, valiente, pródigo y culto, habilidades que muy útiles podrían servirles en las batallas venideras. Por otro lado, aunque vestía, hablaba y se movía como si de un príncipe se tratase, también sabía ser llano, y no hubo un solo día desde que salieron de Santiago de Cuba en el que no se acercara a uno u otro grupo de soldadesca a preguntarles cómo les iba o a darles algunas buenas recomendaciones.

En las calles comenzó a sentirse cierta tensión. Escalante sabía que, de momento, eran mayoría, pero aquello no iba a seguir siendo así eternamente. Los partidarios de Cortés se mostraban cautelosos. Admiraban al líder pero, si por casualidad había muerto, sería necesario y lógico nombrar un nuevo capitán para que los llevara a Yucatán. Los del otro bando, por el contrario, resultaban mucho más bulliciosos y pendencieros. Se movían, convencían, intimidaban e incluso lanzaban alguna salva de improperios de vez en cuando aduciendo a la mala fortuna que tendrían si Cortés no aparecía pronto.

¿Hasta cuándo les sería propicia la situación?

Capítulo XXVIII:

— ¡Os digo que vi a María!— vociferó Farfán perdiendo la paciencia.

Ya les había contado a sus amigos durante el viaje lo que vio nada más salir de Trinidad, cuando corrió a vomitar por la borda, pero en aquella ocasión el tema volvió a recurrir. Se encontraban a no mucha distancia de la ciudad, en un pequeño claro que se dibujaba entre una densa arboleda por la que discurría un río. No eran los únicos que habían ido a refrescarse a aquella zona ya que, sin duda alguna, era el lugar más bonito y tranquilo de aquellas tierras. Algunos soldados se bañaban en el río mientras que otros se dedicaban a jugar a las cartas o contar historias de tiempos pasados. Heredia había sumergido una de sus blancas y peludas piernas en la orilla para que el agua la meciera. Ortega se encontraba recostado a la sombra de un tronco y, aunque luchaba por no dormirse, aquellas últimas palabras de Farfán habían conseguido insuflarle una nueva bocanada de vigilia. Orteguilla se había colocado boca abajo y, remangado hasta los hombros, intentaba pescar alguno de los peces que permanecían luchando, sin mayores esfuerzos, contra la corriente. Ventisca estaba, como siempre, dormitando a la sombra también aunque, en aquella ocasión, aparentaba ser mucho menos corpulento que de normal. Lo acababan de bañar y su pelo todavía permanecía húmedo y adherido a la piel.

— ¿Pero por qué no está aquí pues?— preguntó Heredia malhumorado.

La idea de que María hubiera pasado dos meses espiándoles y pasando penurias por Cuba atormentaba su alma. Ni quería ni podía creerlo.

— ¡Os lo he dicho ya!— contestó Farfán desesperado—. Se echó al mar y subió al barco de Cortés. Le lanzaron un cabo los marineros.

— ¡Me resulta inadmisibile!— exclamó elevando el tono de voz el vasco.

Ortega les hizo callar chistando y dijo:

— Caballeros, dejad de discutir porque no vais a ganar nada con ello y,

dónde no hay ganancia, cerca está la pérdida. Tanto si Farfán vio a María como si se trató de otra mujer y la confundió es algo que sabremos pronto, cuando Cortés vuelva.

Los otros dos hombres dejaron de mirarse y volvieron a sus quehaceres. Heredia volvió a meter los brazos bajo su cabeza para reposar en aquella cómoda posición y Farfán se alejó hasta la piedra en la que estaba sentado antes de ponerse en pie para dar más énfasis a sus palabras. Ambos sabían que Ortega tenía razón. Hacía poco tiempo que se conocían y su amistad podría romperse si seguían discutiendo sin atender a razones. Otros quizá se hubieran echado mano a las empuñaduras por mucho menos.

— Pero bueno... — dijo Heredia con su voz rasgada—. ¿Aún creéis que Cortés vendrá? Muchos ya lo dan por muerto.

— ¿Pero cómo va a morir? — preguntó Ortega con paciencia—. ¿Dónde? Mirad lo claro que está el cielo. Nosotros no tuvimos ninguna tormenta y, esté donde esté, es poco probable que se haya desatado alguna. Los barcos no se hundan así como así y, además, tampoco nos hemos separado de la costa. Si hubiera pasado algo podrían haber llegado a nado algunos hombres.

— ¡Bah! — exclamó Heredia escupiendo la ramita que llevaba entre los dientes—. Aunque vuelva, pocas oportunidades tendrá. Se le va a rebelar la tropa en cualquier momento. Mirad esos, por ejemplo.

El vasco señaló a un grupo de hombres que, a no mucha distancia río arriba, discutían con vehemencia sobre quién sería el mejor capitán. No podían oír con claridad la totalidad de las frases pero sí que les llegaban hasta los oídos palabras y expresiones sueltas que les daban una idea de lo que iban diciendo. La más repetida de ellas era «Diego de Ordaz», aunque también oyeron algún «Velázquez de León» e incluso «Alvarado».

En aquel momento, una algarabía de voces les hizo enmudecer. No parecían venir de muy lejos de dónde se encontraban y eran, principalmente, masculinas. Los segundos pasaron y los sonidos humanos fueron acompañándose del tintineo metálico, los relinchos y el crujido de las ruedas de

los carros. Aunque en ese instante ya supieron de quién se trataba, no tardó mucho en doblar el recodo que hacía el camino entre los árboles. Pedro de Alvarado hizo acto de presencia a la cabeza de un gran número de soldados que iban apareciendo en columnas de a tres. Caminaba a zancadas, con movimientos veloces y bruscos, como siempre hacía. La larga espada al cinturón, el peto de la armadura puesto y las melenas rubias empapadas y ceñidas a la piel por el sudor.

— Mirad quién está ahí— dijo Orteguilla emocionado.

— Pobres hombres— se lamentó Heredia—. Recorrer a pie todo ese camino.

— Pues mirad que llevan buena tropa— apuntó Ortega.

Los primeros en desfilan fueron la mayor parte de los soldados que ya habían conocido en Trinidad pero, tras ellos, fueron apareciendo un grupo de hombres desconocidos. Se trataba de la gente que Alvarado había ido reclutando por las pequeñas villas que separaban las dos ciudades. Entre ellos había tanto jóvenes como mayores, veteranos y novatos e incluso alguna que otra mujer. Después aparecieron los imponentes caballos, algunos pacíficos y de paso seguro, otros briosos y movedizos. Luego tocó el turno de cañones, falconetes, bombardas y culebrinas, que eran arrastrados por mulos o burros. Por último, hicieron acto de presencia aquel gentío que acompañaba a todo ejército que se preciase compuesto por buhoneros, arrieros, prostitutas y buscavidas.

Juan Escudero, que se encontraba en aquel preciso instante en el río, acudió velozmente a hablar con Alvarado. El alguacil de Velázquez detuvo la comitiva interponiéndose en la, hasta ahora, inquebrantable marcha del extremeño. Farfán y los suyos no pudieron oír lo que le dijo pero no les cupo duda de que estaba poniéndole al día de los últimos acontecimientos e intentando ganárselo para su causa. Alvarado no se hizo de rogar y, en cuanto oyó lo suficiente como para saber que Cortés aún no había llegado y el lugar en el que debía dejar a las tropas, dijo con un ademán despectivo:

— Id a otro con vuestras intrigas y conjuras que llevo días caminando sin detenimiento. Estoy hambriento, sucio y cansado y no busco otra cosa que echarme un buen trago y clavar mi pica en el coño de alguna mujer.

La tentativa quedó en eso. Escudero volvió con sus amigos sin poder ocultar una expresión de decepción matizada con un deje de cólera. A Farfán le parecía que aquellas divisiones no iban a traer nada bueno al ejército. Llevaban ya cuatro días en la Habana y Cortés aún no había hecho acto de presencia. ¿Dónde estaría? ¿Cuánto tiempo más iba a tardar en acudir a poner orden? Hasta ahora, Escalante y Portocarrero, habían conseguido frenar toda intentona de rebelión contra su persona y aquello se debía tanto a la suerte como a su maña y buen hacer. Cada día que pasaba sus enemigos, que se estaban condensando bajo la enigmática y omnipresente figura de Ordaz, se hacían más fuertes y numerosos. La buena fortuna del capitán no podía durar siempre.

Farfán tenía muy claras las palabras de Heredia, no debía tomar parte de aquellas intrigas. Desde que se instaló en la posada donde pasaba las noches en la Habana había estado reflexionando sobre qué era lo que prefería. Le gustaba cómo se desenvolvía Cortés pero, por otro lado, no tenía nada en contra de Ordaz. De hecho, el viaje que había realizado bajo sus órdenes en el navío que capitaneó le sirvió para conocerlo mejor como líder. Era reservado, tanto que llegaba a resultar místico en ocasiones, pero sabía mandar. Infundía optimismo en los hombres y les dejaba muy claro en todo momento cuáles eran sus obligaciones. También podría resultar bueno guiando a los soldados pero, pese a ello, Cortés seguía superándolo. Tenía algo que no sabía muy bien definir... algo más. Era más listo, tenía más malicia, se anteponía con más agilidad a los acontecimientos y parecía que la moral emanaba de su persona por donde fuera. No le cabía duda de que su suerte, en el futuro, sería más propicia bajo su bandera.

Por otro lado estaba María. Estaba con Cortés, en su barco, y quería que viniera cuanto antes. Ciertamente era que estaba deseando demostrar a ese testarudo vasco que tenía razón pero, en el fondo, se moría de ganas de volver a verla. Aunque durante los últimos momentos del viaje la joven había ocupado menos espacio en sus pensamientos, desde que la vio trepar por la borda había vuelto a

convertirse en la protagonista principal de sus sueños y reflexiones. Su rostro fino y armonioso, sus senos turgentes, las siluetas que se dibujaban bajo sus ropas, su voz...

Se sentía invadido por unas emociones tan fuertes que llegaban a asustarle.

Capítulo XXIX:

La nao capitana viró levemente hacia babor para esquivar el pequeño bote de pescadores que se mecía tranquilamente sobre las olas. Desde él, dos hombres tan morenos por el sol que casi parecían moros, les dijeron que no se encontraban a más de cinco leguas de la Habana. Aquella noticia recorrió en segundos a toda la tripulación, que se encontró encantada de estar tan próxima a su destino.

Cortés se encontraba asomado por la borda de la proa, oteando el horizonte. A su derecha podía ver la costa, a una prudencial distancia, que recorrían de Sur a Norte. Una leve brisa continua, que se recrudecía con cada golpe que daba el barco hacia adelante, refrescaba su piel y era por ello por lo que se encontraba allí. Durante las últimas horas había permanecido en su camarote, tiritando por la fiebre, pero en aquel lugar se sentía mejor. El viento secaba su sudor y enfriaba su piel, que ardía como el fuego.

Habían tenido mala suerte durante el viaje, eso era todo. El primer día perdieron de vista al resto de barcos y, temiendo que Ordaz y Velázquez de León, que superaban en número a Portocarrero, se alzasen contra él, aumentaron la velocidad para reencontrarse con ellos. Se alejaron de la costa pensando que quizá ellos habrían hecho lo mismo y, sin darse cuenta, acabaron encallados. Se habían acercado demasiado a la Isla de Pinos, un lugar que los pilotos evitaban a no ser que conocieran bien las rutas por las que se podía entrar con seguridad en ella. Los barcos de pequeño porte no solían tener problemas pero una nao de tan grandes proporciones y tan llena de bastimentos no tardó demasiado tiempo en dar con la quilla en unos bajos.

Las maniobras de la marinería fueron inútiles ya que, por más que movían las velas o el timón, les resultó imposible salir de allí. La marea apenas subió dado que, en el momento que encallaron, se encontraban prácticamente en pleamar, y cuando bajó, todavía resultó más patética la imagen de aquel armatoste de madera inmóvil. Desde cubierta podía verse, a través de las aguas cristalinas que les rodeaban, el fondo marino, lleno de peces de colores y algas.

Cuando Cortés perdió la paciencia con la marinería ordenó que se cargaran en los bateles todas las mercancías que transportaban a bordo para que las llevaran a la isla, que se encontraba a escasa distancia de allí. Solo disponían de un bote de medianas proporciones y dos pequeños por lo que tuvieron que realizar un gran número de viajes para ir desembarcando todos aquellos materiales. Espadas, rodelas, tocinos, pan, algún animal vivo...

Fue en aquellas maniobras, mientras ayudaba cargando y descargando codo a codo con sus hombres, cuando le sobrevino la enfermedad. Aquellas fiebres cuartanas que contrajo hace años en España le acompañaban allá donde fuera para atacarle en el momento más inesperado. Solía sufrirlas cada cuatro días pero en ocasiones le afectaban más de la cuenta hasta el punto de dejarlo postrado en la cama. Quizá el esfuerzo, quizá la tensión que le producía ver pasar los días sin llegar a la Habana, quizá la brisa marina de sabor salado... aquella vez fue una de las fuertes.

Se encontraba en la cama, sudando, tiritando y delirando, cuando los hombres consiguieron poner a flote de nuevo el navío. Fue tan exacto que muchos de ellos quedaron sobrecogidos por la precisión con la se obraban los asuntos en la navegación. Uno de los marineros lanzó, desde cubierta, un fardo de espadas hasta el bote, que prácticamente cargado, lo recibió abajo. Tras liberar aquel peso, la nao se elevó lentamente hasta desencallar la quilla de las rocas del suelo y volver a ponerse a flote. Los hombres estallaron en vítores y la alegría fue tal que hicieron que Cortés se levantara, blanco y semidesnudo como si de un muerto se tratase, a felicitarlos en persona. Con cautela, llevaron el navío hasta un lugar de mayor profundidad y, poco a poco, fueron volviendo a embarcar con aquel sinfín de viajes en batel los bastimentos a bordo.

Aquella empresa los retuvo varios días pero, cuando por fin reanudaron la marcha, el capitán ya se encontraba casi recuperado. Navegaron durante tres días a toda vela hasta que, finalmente, vieron a lo lejos el puerto de la Habana.

Pero un barco se interpuso en su camino. El mástil se mecía de izquierda y derecha con cada vaivén de las olas y rápidamente se fue acortando la distancia que los separaba. Cortés llamó a algunos hombres y enseguida tuvo a Villarroel, al padre Olmedo y a algunos soldados a su vera.

— Es el navío en el que viajaba Ordaz— dijo Villarroel.

— ¿Qué querrá?— añadió Olmedo.

— Pronto lo sabremos— sentenció Cortés impasible.

El capitán ya intuía lo que podría significar aquel avance. Se trataba de Ordaz, que había estado con la mayor parte del ejército durante algo más de diez días en la Habana. Sospechaba que podría haberse hecho con el control de la situación e incluso barajó la posibilidad de que aquel barco avanzara hacia ellos con intenciones hostiles. ¿Cuál sería su mejor movimiento dadas las circunstancias? Al no saber qué había ocurrido en la ciudad no se atrevía a responder con violencia a aquella tentativa. ¿Qué ocurriría si solo era una comitiva de bienvenida y respondía con tiros? ¿Qué oportunidades tenía con aquel puñado de hombres con los que contaba si el ejército había jurado fidelidad ya a otro capitán?

Mientras el barco se iba acercando seguía reflexionando sobre sus posibilidades. Normalmente las fiebres le importunaban hasta el punto de enlentecer sus pensamientos pero, en aquellos momentos, su mente trabajaba vertiginosamente. A raíz de aquello podía perder su ejército o mantenerlo y no quería que un paso en falso hiciera que la balanza se decantase por la primera opción. Tras mucho pensar llegó a la conclusión de que lo mejor sería no hacer nada. Se comportaría como si nada hubiera ocurrido hasta que tuviera más información. No sabía prácticamente nada pero deducía que Ordaz no podía tener el mando, al menos completamente. Si aquello fuera una visita belicosa habrían mandado, por lo menos, dos barcos. Con ello hubieran marcado la diferencia ya que luchar en igualdad de condiciones no resultaba un buen movimiento cuando se contaba con un mayor número de hombres. No le parecía normal tampoco que, a tan poca distancia de la costa, saliesen a recibirle; pero algo le decía que iba a salir victorioso de aquel encuentro.

Cuando se encontraron a la suficiente distancia reconoció a Ordaz y a Escudero, que asomado por la borda, gritó rodeándose la boca con las manos a modo de bocina:

— ¿Qué motivo os ha hecho demorar tanto?, don Hernando.

Cortés percibió algo extraño en sus palabras. Aquel hombre lo había encarcelado años atrás, cuando militaba como alguacil del teniente Velázquez. Desde entonces, todos los comentarios que le dedicaba llevaban un deje de prepotencia y jocosidad. En aquel momento nada de eso encontró, Escudero parecía nervioso.

— Encallamos— se limitó a decir Cortés corroborando el hecho de que detestaba elevar la voz y, si tenía que hacerlo, procuraba que fuera el mensaje escaso y conciso.

— Debéis subir a un bote y venir a nuestro barco deprisa— continuó Escudero—.

— Hay unos asuntos— añadió Ordaz lanzando una mirada asesina a su compañero por su indiscreción—, que es necesario tratemos aquí, antes incluso de llegar a la ciudad.

— ¿Qué hay que no pueda ser tratado cuando desembarquemos y nos quitemos las porquerías de tan desdichado viaje?— preguntó Cortés, que ante la petición que acababan de solicitarle, había visto un despertar en su curiosidad.

— Creedme que el asunto es serio y su trata no debe ser diferida— continuó Ordaz—. Si esperamos a más tarde será mucho peor.

Cortés no contestó a aquel nuevo ruego. En silencio escrutó las facciones de los dos hombres que, a escasa distancia, le miraban recelosos. Sus pensamientos se materializaban en forma de imágenes a toda velocidad pero también era consciente de todo lo que acontecía a su alrededor. La gota de sudor que perlaba la frente de Escudero, el silencio sepulcral de las dos tripulaciones, que parecían ser testigos de una actuación en la que dos relevantes soldados medían sus fuerzas, los graznidos de las gaviotas que revoloteaban buscando algún asustado pez que saltara del agua para no ser arrollado por el barco... Todo se había detenido y no había un alma que no estuviera pendiente de lo que ocurría.

— Muy bien— respondió finalmente Cortés—. ¡Echad un bote al mar!

Villarroel abrió sus ojos como platos y, sin ocultar su sorpresa, cogió por los hombros al capitán y le dijo en voz baja y desquiciada:

— ¿Habéis perdido el juicio?

— No— respondió secamente Cortés—. No me queda otra opción.

— Os van a apresar— volvió a decir el alférez elevando el tono de voz—. Os echarán las cadenas y os encerrarán en las bodegas hasta que os muráis de hambre.

— Es posible, no saben hacer otra cosa— respondió sonriendo—. Pero en verdad os digo que no me queda otra opción. No puedo recelar de ellos así como así. Si no voy al barco podrá decir la tropa que no me preocupo por los asuntos de mis capitanes y que prefiero descansar a llevar al día los problemas del ejército. No os preocupéis y confiad en mi destreza.

— ¿Qué vais a hacer?

— No lo sé todavía, pero en la vida hay ocasiones en las que hay que improvisar.

Un par de marineros le esperaban en el bote con los remos ligeramente elevados. Todo el mundo se bebía con la mirada hasta el último de sus movimientos como si de un héroe de camino al cadalso se tratase. Mientras echaba un pie por la escala que le llevaría a la pequeña embarcación sintió una punzada de dolor en el costado que le hizo detenerse. Cerró los ojos con fuerza y, cuando los volvió a abrir, oyó una voz femenina que le dijo:

— ¡Hernán! ¡No vayáis, os llevarán preso!

Levantó la mirada y vio a aquella bella muchacha que se había subido a su navío al momento de la partida. Se llamaba María de Estrada y ya la conocía de cuando la rescató de los indios, años atrás, en las cabalgadas de conquista de Cuba. Fue él mismo el que la reconoció y la llevó en brazos hasta un lugar en el

que pudiera descansar y volver a vestirse como cristiana que era. En aquel entonces solo era una niña pero ahora se había convertido en una joven de una belleza sin igual aunque algo salvaje. Las palabras de advertencia las dijo desde uno de los palos de los mástiles, donde descansaba graciosamente con aquel vestido desgarrado, que se había negado a cambiar, colgando.

Él ya sabía que iban a llevarlo preso pero era lo que tenía que hacer. Mientras daba otro paso por la escala comenzó a sentir una sensación de desvanecimiento. Su temperatura estaba aumentando y sus músculos amenazaron con comenzar aquellas tiritonas febriles. En aquel estado no podía hacer frente a Ordaz y Escudero. No podía arriesgarse a que lo apresaran y, dándose cuenta de que acababa de encontrar una genial excusa para rehusar la invitación, volvió a subir a bordo y mandó llamar con un gesto a Villarroel.

La tripulación vio con detalle su rostro contraído por el malestar y pálido como las luces del alba. Se abrazaba a sí mismo y contraía con fuerza las mandíbulas para evitar vomitar su última comida. Todos y cada uno de los hombres y mujeres que allí se encontraban se sintieron aliviados cuando oyeron al alférez gritar con voz feliz:

— Don Hernando Cortés no puede ir a vuestro navío. Las fiebres lo llevan atenazando desde que encallamos en aquella isla y no se encuentra con fuerzas para novedades. Podremos tratar el asunto como es debido en la Habana.

Capítulo XXX:

Cuando María se asomó por la borda los vio, en el muelle, esperándola. Los soldados estaban desembarcando por las estrechas pasarelas que habían tendido desde la nao capitana a tierra, pero no fue hasta que a ella le llegó el turno cuando entabló contacto visual con ellos. Estaban todos sus amigos y, desde el otro lado, también la reconocieron al instante.

Tímidamente y cabizbaja comenzó a descender también por la gruesa tabla. Sus vestidos estaban sucios y su pelo claro ondeaba enmarañado al viento. A cada paso que daba asomaba su pierna izquierda entre las faldas. Su piel blanca contrastaba notablemente sobre las vendas que, aunque ya no se encontraban del color rojo vivo de la sangre fresca, habían adquirido un tono parduzco debido al deficiente lavado que se había hecho de ella con el agua marina. La herida que recibió al caer por el pozo en aquel muslo ya había cerrado aunque debía tener cuidado de que, con un esfuerzo excesivo, no se le fuera a abrir de nuevo. Las mujeres que la habían atendido le dijeron que había estado a punto de morir por la hemorragia.

Vacilante, dio el último salto que le hizo poner pie sobre las maderas con las que había sido construido el embarcadero, y sin demorarlo demasiado, avanzó hacia los suyos. Por el camino tuvo que esquivar a algunos de los hombres que, a empujones, se iban abriendo camino hacia la primera taberna que hubiera en la ciudad. La joven no tuvo que recorrer la distancia que había visto desde el barco ya que, mucho antes de llegar a su destino, un hombre menudo chocó con ella y la estrechó entre sus brazos. Junto con el tacto de un torso peludo sintió aquel olor que le trajo la mayoría de los recuerdos de su vida. Aquella mezcla de sudor, tierra y alcohol le resultaba inconfundible por lo que no tuvo necesidad de abrir los ojos para reconocer a Heredia.

— Hija mía, ¿qué locuras habéis hecho por la isla?

María no cabía en sí de incredulidad. Había esperado recibir una buena bronca e incluso algún azote. No podía imaginar que aquel rudo hombre iba a

recibirla de aquella manera. En su rostro, sucio por la mugre que se le había acumulado tras el largo viaje, sintió la humedad que solo las lágrimas podían crear. ¿Heredia estaba llorando?

— ¿No estáis disgustado?— preguntó con voz tenue.

— ¡Claro que lo estoy!— repuso el vasco sin soltarla—. No sabéis cómo me reconcome el alma el pensar que habéis estado tantos días expuesta a las miserias. ¡Por Dios y la Virgen! ¿Cómo se os ocurre?

María rompió a llorar también con aquel comentario. Desinhibiéndose, separó los brazos, que hasta ahora había tenido firmemente apretados contra su cuerpo, para abrazar a aquel hombre que, por primera vez en su vida, le mostraba sus sentimientos.

— ¡Lo siento! Pero no podía quedarme en Cuba... Si supierais cuanto os he echado de menos.

— Bueno... yo también os he echado de menos— dijo finalmente Heredia separándose de la joven—. Y me alegro de que hayáis venido pese a las vicisitudes de vuestro viaje.

— Entonces...— comenzó a decir María—. Me dejaréis seguir con vosotros.

Los demás ya habían llegado hasta ellos. También se habían emocionado cuando vieron descender a la joven por la pasarela en aquel estado pero, cuando Heredia comenzó aquella carrera a su encuentro, decidieron que sería mejor seguir avanzando a pie. Farfán se colocó a un lado y Ortega y su hijo al otro. Se encontraban expectantes ante lo que pudiera contestar su amigo ante la pregunta de María.

— ¡Qué demonios! Sí— exclamó tras un carraspeo—. Ya sé que no se os puede dejar sola u os comportáis como una dama loca.

La sonrisa de María fue tan amplia, sincera y agradecida que inundó de cariño el corazón de los hombres que la miraban. Fue repentina pero se

mantuvo durante largo rato acompañada de las mejillas encendidas y aquellos ojos abiertos de par en par. Sin duda alguna, era lo más bonito que habían visto desde hacía tiempo.

— ¡Gracias!— gritó abrazando de nuevo a Heredia—. No sabéis lo feliz que me hacéis.

Permanecieron abrazados unos instantes más hasta que se encontraron completamente saciados de aquel amor del que tantos años habían dispuesto ignorantes y que, una vez perdido, tanto pesar les había traído. Al separarse, María reparó en el resto de sus amigos. Al primero al que decidió saludar fue a Farfán, al que se lanzó como si diera un salto hacia él.

— ¡Y a vos ya os vale, idiota!— gritó con alegría.

— ¿Yo?— preguntó Farfán, que se sentía mitad feliz, mitad extrañado ante aquella muestra de cariño.

— ¿Yo?— repitió María sin descolgarse de su cuello imitándole con voz de bobo—. Ya os contaré, ya... no sabéis la de veces que nos hemos visto por ahí y no habéis hecho nada.

Aquellas palabras resultaron como un mazazo sobre los oídos de Farfán. Abrazado a ella como estaba se encontraba en la gloria ya que sentía su calor, su tacto y aquel olor a mujer no maquillado por ningún perfume. Fue por ello por lo que le costó tanto disolver el abrazo para replicar ante aquello con vehemencia, aunque siendo todavía con sus manos las de María.

— ¿Cómo? Sé que os vi. Me pareció veros un día y no llegué a alcanzaros y luego os vi trepar por la borda del navío de Cortés. No me digáis que he vivido estos días por los cerros de Úbeda, que bien sabía que estabais con nosotros. Son estos incrédulos que, como Santo Tomás, hasta que no han visto las yagas no me han creído.

— ¿Solo dos veces, eh?— preguntó María lanzándole una mirada pícaro—. ¿Tan grande fue vuestra borrachera que no recordáis lo que pasó en la cochiguera?

Farfán frunció el ceño y la miró reflexivo. Durante unos segundos permaneció en aquella postura hasta que recordó. Con sorpresa respondió alterado:

— ¡Os vi también! Qué curioso que hasta que a uno no le recuerdan las cosas que ha hecho cuando bebe no tiene consciencia de ellas pero, en cuanto las oye de otro, le vienen a la mente vívidas. ¿Cómo me disteis largas?

— Ya os contaré— repitió María con aquella fantástica sonrisa—. No es el momento ahora.

Y tras decir aquello quedó inmóvil, barriendo con su mirada las pupilas de Farfán y sin dejar de sonreír. Cuando hacía aquello el joven se sentía a miles de leguas de distancia. Abandonaba el lugar donde se encontrara, dejaba de oír los sonidos ambientales y de sentir su cuerpo, solamente flotaba en el cielo unido a ella por aquella mirada. No volvió en sí hasta que perdió la calidez de las manos de la muchacha sobre las suyas, acción que precedió la pérdida de aquel contacto visual.

María se alejó del joven y pasó al lado de Ventisca que no hizo ningún ademán para saludarla. Se encontraba tranquilo, como siempre, y aquello revelaba que la había visto en contadas ocasiones por el campamento de Trinidad y Macaca y que, ahora, no le representaba ninguna novedad.

Cuando abrazó a Ortega no fue tan efusiva como con los otros dos hombres pero también manifestó aquella ternura e inocencia que la caracterizaban. Al pequeño Ortégilla solo le estiró de los mofletes. El niño parecía desbordado por la felicidad de volver a ver a la mujer. Le gustaba la compañía de los hombres ya que de ellos aprendía cómo debía comportarse de ahora en adelante. Pese a ello, María había sido la única que, por ser mujer o por solo aventajarle en cuatro años, gastaba parte de su tiempo, en ocasiones, en jugar con él.

— Yo estoy feliz de volver a estar con vosotros— dijo María con voz transcendental mientras colocaba los puños cerrados sobre sus caderas y doblaba los codos—, pero más debíais estarlo vosotros. Cómo veo, desde que

no habéis disfrutado de mi presencia, os habéis desmejorado muchísimo. Vuestra higiene deja mucho que desear, vuestras ropas apestan y las barbas no podían estar más descuidadas.

— Vuestro aspecto no es mejor que el nuestro, mi señora— añadió Farfán forzando su acento andaluz para que sus palabras fueran más graciosas.

María fulminó con una mirada al joven pero no pudo mantenerla durante demasiado tiempo. Tras estallar en carcajadas añadió:

— Una dama ha tenido que luchar contra las inclemencias durante demasiado tiempo y se ha visto forzada a descuidar su aspecto, nada que no pueda corregirse en media mañana de coquetería. En cambio con vosotros, meteros en vereda me va a resultar una tarea harto fatigosa.

Capítulo XXXI:

A la mañana siguiente del desembarco en la Habana, Cortés ya se encontraba lo suficientemente recuperado como para salir a la calle a tratar los asuntos de la expedición. Fue alojado en la casa del alcalde de la ciudad, un hombre llamado Pedro Barba, bajo y de pelo lacio oscuro. Antes de echarse a dormir había ordenado a Escalante que dispusiera de todo lo necesario para conseguir que aquel lugar pareciese la morada de un gobernador. Mandó colocar sus estandartes a ambos lados de la puerta y despejar el patio exterior para crear un espacio en el que se pudieran realizar actos y ceremonias con holgura.

Cuando salió a las calles vistió con sus mejores ropas. Como siempre, el negro era el color que eligió, contrastando con el vivo sombrero de plumas que le adornaba la cabeza. Con la espada colgada al cinturón y el peto de la armadura ceñido comenzó a recorrer las calles en compañía de sus amigos Escalante, Portocarrero y Villarroel. El alcalde, Pedro Barba, también les acompañó ofreciéndose como guía.

Cortés se regocijó en los saludos obedientes que le hacía la tropa al pasar y también de los aplausos y vítores, aunque notó cierto clima sedicioso cuando abordaba determinadas camarillas e individuos. Con todo lujo de detalles, había sido puesto al día de los acontecimientos que se dieron en su ausencia por sus amigos. Ahora sí que tenía la certeza de que había estado a punto de perder su ejército y los cabecillas de la rebelión comenzaban a visualizarse como la mala hierba cuando crece demasiado sobre la línea horizontal del trigo. De momento parecía que la mayor parte de la tropa le seguía siendo adicta pero necesitaba comprobar hasta qué punto habrían sido efectivas las intrigas de Ordaz, Escudero y los demás en la moral de los hombres.

Llegaron a una plaza que se encontraba abarrotada de gente debido a que había un mercado. Caminaban extremadamente despacio porque en todo momento tenían que detenerse a saludar y hablar con los soldados pero, en aquella ocasión, recibieron una visita que, a Cortés, le resultó realmente grata.

Un hombre de unos treinta años, de compleción, aunque no muy alta, recia, se acercó hasta él a grandes pasos. Antes de que pudiera reconocerlo se presentó:

— Don Hernando, mi nombre es Cristóbal de Olid y...

— ¡Olid!— respondió Cortés esbozando una cálida sonrisa y extendiendo sus dos manos al hombre—. Es un placer veros.

— El placer es mío— respondió con un gesto de cabeza—. Solo vengo para deciros que podéis contar conmigo para la nueva expedición. Los elementos quisieron privarme del placer de vivir las aventuras de los conquistadores en tierras vírgenes.

— Creedme que me alegro de oír vuestras palabras— dijo Cortés con aquel tono magnánimo y sincero que lo caracterizaba—. No creáis que no estoy al tanto de vuestras hazañas. Velázquez os mandó con buen juicio a socorrer la flotilla de Grijalva y fue una lástima que el temporal os devolviera a la isla sin poder llevar a cabo vuestro cometido. Ahora ya sabréis que la expedición ha regresado y que la mayoría de los hombres están heridos.

— Sí, estoy al tanto.

— Eso fueron tiempos pasados— añadió Cortés restándole importancia al asunto—, nuestro viaje gozará de mejor ventura. ¿Puedo contar también con los hombres que os acompañaron en vuestro navío de rescate?

— Con todos— respondió con firmeza Olid—. Si ya se embarcaron una vez no dudarán en hacerlo dos. La mayoría ya lo ha manifestado abiertamente a vuestros capitanes.

Con aquella interacción, Cortés quedó tan satisfecho que continuó su paseo con mayor alegría. Mientras seguía saludando y recibiendo ofrecimientos de los habitantes de la ciudad maquinaba, mentalmente, un plan que había estado tratando con sus amigos antes de salir de casa. Todos ellos le habían manifestado la imperiosa necesidad de apagar la rebelión que se estaba gestando en sus filas. Tenían claro que a la cabeza se encontraba Ordaz por lo que eliminarlo del mapa sería lo más conveniente. Durante toda la reunión,

Cortés llevó la voz cantante pero se dejó guiar por sus amigos y consejeros ya que estos habían podido comprobar, en su ausencia, hasta qué punto podía ganarse al ejército aquel hombre. Finalmente llegaron a una decisión conjunta que, en aquel momento de la mañana, Cortés decidió poner en práctica.

— Escalante— dijo—. Traedme a Ordaz.

— Sí, señor— respondió éste mientras abandonaba la comitiva.

Los más próximos a Cortés habían decidido, por petición de éste, que a partir de ahora le darían el trato de señor. Bien era cierto que la mayor parte de la tropa le mostraba el debido respeto como hidalgo y hombre rico pero aquello no le bastaba. Si le llamaban de aquella forma tan militarizada sus amigos era de esperar que no tardara en hacerlo el resto del ejército, desde los soldados rasos hasta los otros hidalgos. Con ello se daría un aire más solemne y autoritario aunque no buscaba aquello para recrearse en su gozo sino para que sus órdenes fueran tomadas con mayor obediencia. No había probado ser un buen capitán hasta la fecha porque no había tenido oportunidad, pero sabía que lo era y que su mando iba a resultar crucial para que ninguno de aquellos valientes, o por lo menos los mínimos, recibiera una flecha en el cuello.

Cuando apareció Ordaz llegó con Escudero y el piloto Cermeño a la zaga. Escalante los guiaba a varios pasos de distancia por delante. Cortés notó cierto aire receloso en la expresión de Ordaz, quizá maquillado por la intranquilidad.

— ¿Me habéis hecho llamar?— preguntó con voz potente Ordaz.

— Sí— respondió tajantemente Cortés—. ¿Qué asunto de vital importancia os llevó a abordarme a tan escasa distancia del muelle?

— Esos asuntos ya carecen de importancia— respondió dejando ver claramente que aquella respuesta había sido premeditada y preparada.

— ¿Por qué?— insistió Cortés.

— Porque ya no la tienen. Eran importantes antes, ayer, cuando todavía aún se podía hacer algo. Ahora ya es demasiado tarde y no me gustaría

desperdiciar vuestro tiempo con la historia.

Cortés mantuvo la mirada de Ordaz durante unos instantes pero aquel enfrentamiento no resultó nada violento. El primero era sereno y seguro y el segundo pacífico y reservado. Ninguno de los dos retiró el contacto en ningún momento. Ordaz llegó a esbozar una sonrisa y un movimiento de cejas y Cortés cerró los ojos sonriendo. Aquella respuesta había confirmado sus sospechas, que querían apresarlos, por lo que ya no tenía necesidad de seguir hurgando en el asunto. Con tono conciliador, dijo:

— Me alegra que el problema se haya resuelto. Si no hay nada más que os preocupe me gustaría encomendaros una labor.

Ordaz se sorprendió ante aquel comentario pero, antes de que pudiera decir nada, el capitán continuó cambiando el tono hacia el que se usa en los partes de guerra:

— Como ya sabéis, tenemos dos navíos en Guaniguanico llenos de bastimentos esperando que vayamos a recogerlos para dar el salto definitivo al Yucatán. Vuestra misión será coger uno de nuestros barcos y navegar directamente a aquellas costas con el objetivo de pasar revista a la tropa que allí se encuentra y evitar que su moral quede corrompida por la ociosidad y el aburrimiento. También deberéis cuidar de que los navíos y las provisiones se encuentren en perfecto estado para la partida y visitar a los españoles e indios que tengan haciendas en los alrededores para preparar todo el matalotaje que sea posible.

Ordaz había enmudecido mientras digería todas aquellas órdenes. Cortés sabía que aquello daba al traste con todos los planes de rebelión que podía haber ideado por lo que decidió no darle tregua. No esperaba que desobedeciera un mandato directo como aquel ya que, si lo hacía, se estaba sentenciando a muerte, pero no quería dejarle tiempo para que consiguiera evadirse con el buen uso de la palabra que sabía tenía.

— Llevad con vos a Escudero como alférez y, como por lo que veo os encontráis a gusto con este piloto, que sea él, Cermeño, el que maneje el barco

hasta allí. ¿Entendido?

Ordaz se permitió unos instantes de silencio para meditar cuál sería su respuesta. No le costó demasiado tiempo llegar a las mismas conclusiones que Cortés por lo que, finalmente, dijo:

— Sí... señor.

Escalante, Portocarrero y Villarroel dieron palmadas en la espalda de Cortés mientras lo halagaban cuando se marchó Ordaz. Se sentían impresionados por lo bien que había manejado la situación. La maniobra había sido complicada pero, sin aquellas dos figuras del bando sedicioso tan relevantes, el camino se había allanado sobremanera. Ya solo debían temer a Velázquez de León y a otros individuos no muy influyentes por lo que, si antes les superaban contando el beneplácito de la tropa, ahora también lo hacían en número de oficiales.

A mitad de tarde ya se había dispuesto de todo lo necesario para la partida de Ordaz, que se llevaba consigo treinta hombres sin contar la marinería que, bajo las órdenes de Cermeño, pilotarían aquel navío. Cortés pensó que era necesario que se acercara al muelle para despedir a los soldados por lo que allí se encaminó en compañía de sus amigos. La noche comenzaba a pender sobre la mitad del hemisferio pareciendo ahuyentar al día, que se alejaba a gran velocidad por el otro. Un sinfín de estrellas hicieron acto de presencia como si de una lluvia de flechas que le lanzaba la primera al segundo se tratasen.

En cuanto la nao largó amarras los vecinos de la ciudad comenzaron a aplaudir, agitar pañuelos en el aire y a gritar adioses y despedidas. Siempre realizaban aquellos teatrillos cuando un barco arribaba o se iba ya que, en aquella isla recién poblada, pocos eran los divertimentos con los que podían darse un placer de vez en cuando. En ocasiones, un acontecimiento tan simple como aquel podía resultar lo más novedoso y ameno que ocurría en varios meses.

Conforme el palo mayor de la embarcación comenzó a difuminarse en el horizonte otros dos hicieron aparición por la banda sur. La gente comenzó a

señalarlos con curiosidad y, al poco tiempo, pudieron cerciorarse de que se trataba realmente de dos navíos. Cuando se acercaron lo suficiente, algunos de los soldados que allí se encontraban y que habían viajado con Grijalva los reconocieron.

— ¡Es el San Sebastián!

— ¡Y la otra la Santa María de los Remedios!

Cuando aquellos dos nombres llegaron a oídos de Cortés no necesitó a nadie que le dijera quiénes eran sus tripulantes. Lo sabía absolutamente todo de aquella isla y, sobre todo, de su creciente ejército. Del mismo modo que adiestraba prácticamente a diario la equitación o la espada también era un asiduo lector. Conocía muy bien las leyes y la historia y no dejaba escapar ningún detalle de la gente con la que se cruzaba referente a los sucesos que acontecían tanto en España como en Indias. Aquello le servía para saber todo y en todo momento, lo que le resultaba crucial a la hora de mandar. No se había dado cuenta mientras administraba su hacienda en Baracoa y se dedicaba a la compraventa de bienes pero, durante todo ese tiempo, había estado preparándose inconscientemente para ser el capitán de aquella expedición. Llevaba años haciéndolo sin obtener nada provechoso a cambio y ahora empezaba a recoger sus frutos.

Aquellos dos barcos que estaban atracando en el puerto eran dos de los que habían viajado con Grijalva y, sin duda, venían de Santiago de Cuba. Sabía que el sobrino había ido a ver al tío y éste le había reprochado que no hubiera poblado en las tierras recién descubiertas. Después de tan largo viaje, los dos navíos habrían necesitado una buena sesión de carena, y era por ello por lo que debían haber tardado tanto en encontrarse con ellos.

Cortés tuvo un dilema en aquel momento. ¿Quiénes irían a bordo? Podrían ser los capitanes que acompañaron a Grijalva pero, en ese caso, ¿cómo habían recibido el consentimiento de Velázquez para unirse a la tropa? ¿Y si resultaba ser un ejército que venía a prenderle? Él contaba con un mayor número de hombres que el que pudiera caber en dos barcos pero no quería perder la vida de ninguno, para luchar ya habría tiempo en Yucatán.

A paso ligero, y seguido de sus amigos, se encaminó a recibir a los recién llegados.

Capítulo XXXII:

Gaspar de Garnica había llegado finalmente a la Habana pero el recibimiento que le brindaba Pedro Barba, el alcalde, no fue lo que esperaba. No le había costado mucho tiempo encontrar su casa en la que, por cierto, se alojaba Hernán Cortés las más de las veces. Había encontrado, en un principio, todo aquel imponente despliegue de milicias, tiendas y estandartes que se había organizado a su alrededor. Fieros soldados montaban guardia día y noche con sus picas colocadas sobre el hombro. No tuvo mayores problemas para encontrarse con el alcalde pero las negativas y la falta de decisión que obtuvo ante su requerimiento le hicieron sentir desolación:

— ¿Por qué tendrá que pedirme esto?— se quejó Barba tras leer la carta.

Gaspar sabía qué era lo que en ella había escrito pues la había traído él. Era uno de los hombres del teniente Diego Velázquez y, tras el fracaso de sus otros dos mensajeros en Trinidad, le había enviado a él a la Habana para que consiguiera poner fin a aquella empresa. Tenía órdenes de entregar varias cartas y colaborar, en la medida que fuera posible, en el arresto de Cortés para llevarlo preso a Santiago. Velázquez se encontraba tan molesto y airado por su incapacidad a la hora de someter a aquel intrépido hidalgo extremeño que ya apenas regía con normalidad. Sabía que la Habana, al extremo opuesto de la isla de Cuba, era la parada final desde la cual iban a dar el salto a lo desconocido. No tenía más oportunidades de poner fin a aquel alzamiento encriptado y fue por ello por lo que había mandado al mensajero a toda velocidad a realizar sus cometidos.

— Ya os lo podéis figurar— dijo Gaspar con voz pausada—. ¿Habéis visto con qué tesón y con qué celo siguen los hombres a Cortés? ¿Habéis visto con qué arrogancia los guía? Va rebelado.

— Pero... —repuso el alcalde con voz queda—. Son cientos de soldados. Me resultaría imposible detenerlos.

— Así lo requiere Diego Velázquez.

— Si no pudieron en Trinidad, ¿cómo podría yo? Ahora son más y están más decididos.

Gaspar lanzó una mirada inquisitiva a aquel hombre asustadizo. En el fondo sabía que sus preocupaciones no estaban sobreestimadas en absoluto pero estaba recibiendo una orden de la mayor autoridad de la isla. Barba entendió a la perfección aquel silencio por lo que repuso:

— Está bien. Haré lo que pueda.

El mensajero se despidió del alcalde pero antes demandó la información precisa para averiguar dónde se encontraban los otros dos hombres a los que tenía que entregar cartas con instrucciones. Cuando supo que Ordaz había sido enviado a Guaniguanico por órdenes de Cortés sintió un revés en sus planes pero siguió interesado por el paradero del segundo individuo. Podría encontrar a Juan Velázquez de León, primo del teniente, realizando unos ejercicios con sus hombres en una pradera que había a no mucha distancia de allí.

Partió de inmediato con la carta dentro de la camisa y no habló con nadie hasta que llegó a su destino. La mañana era clara aunque corría una fresca brisa que mecía las pequeñas hierbas que cubrían el suelo. Tal y cómo le había dicho, Velázquez de León se encontraba en aquella colina, que era un amplio llano rodeado de árboles. Una cincuentena de hombres se entrenaban junto a él en el manejo de la espada y en el cuerpo a cuerpo.

Reconoció a Velázquez en seguida y sin necesidad de echar mano de su memoria. Lo había visto muchas veces por Santiago pero resaltaba tanto entre los demás que no necesitó ir buscando rostro a rostro. Sus ropas no eran muy diferentes a las del resto de los soldados en cuanto a calidad pero sí en cuanto a tamaño. Debía resultar tremendamente complicado vestir a un hombre de aquellas proporciones. El peto de su coraza bien podría haber sido el escudo de un romano que, tal y como había oído, eran enormes. Las mangas de su camisa blanca estaban remangadas hasta el codo mostrando unos antebrazos peludos y musculosos que acababan en unas manos descomunales con las que movía la

espada cuan costurera con la aguja. Su barba, negra como el azabache, había adquirido una tonalidad más oscura por el sudor que goteaba por ella y que también había hecho acto de presencia en sus axilas y en la parte trasera del pantalón.

Cuando vio al mensajero enseguida supo el motivo por el que venía a buscarlo. Con un par de gritos hoscos dio instrucciones a sus hombres para mantenerlos entretenidos durante varios minutos y, envainando su espada, anduvo con grandes pasos hacia él.

— ¿Qué queréis, Gaspar?— dijo al llegar a su vera.

— A vos vengo a ver— respondió el mensajero—. Con una carta de vuestro primo, el gobernador.

Mientras Velázquez la alcanzaba y, tras reparar en que el sello de cera estaba impoluto, la abrió diciendo:

— Desconocía que había alcanzado el título de gobernador.

Gaspar carraspeó con desdén y añadió:

— Ya sabéis que no es gobernador todavía, solo teniente, pero es de esperar que pronto reciba el cargo desde España. Su capellán, Benito Martín, partió hace ya meses con ese propósito.

— Bueno— respondió sin dejar de leer la carta—. Yo llevo meses lejos de Santiago por lo que desconozco si había habido nuevas de España.

Durante el tiempo que tardó en acabar de leer la misiva los dos hombres se mantuvieron en silencio. Gaspar escrutó minuciosamente el rostro del conquistador buscando alguna expresión que denotara los sentimientos que le evocaba recibir aquella noticia pero nada encontró hasta que oyó:

— Nada nuevo me cuenta mi primo.

— Son órdenes— repuso rápidamente el mensajero.

— Sí, sé que son órdenes. Habrá que cumplirlas, ¿no?

En aquel preciso instante, en la capilla de la ciudad, Cortés se encontró con el padre Olmedo, que lo había hecho llamar. El sacerdote se encontraba arrodillado en la primera fila de bancos orando y, a no mucha distancia de allí, en la otra bancada, un par de piadosas mujeres hacían lo mismo. Cortés esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad reinante y, tras santiguarse con el agua bendita que había en la pila de la entrada, se acercó con pasos silenciosos hasta arrodillarse a la vera de su amigo y confesor.

Se sentía pletórico, no había nada que le saliese mal desde que había mandado a Ordaz lejos. Aquellos dos navíos que acababan de arribar a la ciudad no habían descargado otra cosa más que hombres valerosos dispuestos a marchar bajo su mando. Eran los soldados que habían viajado con Grijalva y algún rezagado que quedó en Santiago a su partida. No solo eran veteranos guerreros si no que ya habían estado en Yucatán, por lo que su experiencia le iba a resultar imprescindible.

En cuanto desembarcaron fueron presentándose en grupos o aisladamente pero recordaba con claridad cuáles fueron las figuras más importantes de aquel caudaloso río de músculos y acero. En primer lugar conoció a Francisco de Montejo, un rico hidalgo vecino de la Habana. Enseguida le dijo que lo seguiría pero que ahora tenía que marcharse a su hacienda a poner orden en ella y a traer todos los cerdos de los que disponía, que si nada había cambiado desde que partió, serían muchos. Después de ello saludó a Alonso Dávila que, junto con Montejo y Pedro de Alvarado, habían sido los tres armadores y capitanes de la fatídica expedición de Grijalva. De labios de este hombre oyó que, como piloto de uno de los barcos que los había llevado hasta allí, se encontraba Antón de Alaminos. Cortés jamás olvidaría la conversación que tuvo con tan menudo y risueño onubense y en la que quedó claro que también marcharía bajo su bandera. Desde que salió de Santiago tuvo en mente reclutar a aquel magnífico piloto que había llegado a navegar junto con el mismísimo Cristóbal Colón. Además de ello, como también había dirigido las naves con Hernández de Córdoba y con Grijalva, quizá podía tratarse del hombre más valioso que tenía ahora mismo bajo su mando. No solo

conocía todos los secretos del mar si no también, y en particular, los de aquellas tierras. Islas, cabos, golfos... cualquier información geográfica, por vaga que pareciese, podía valer más que todo el oro que cabía en un navío en determinadas ocasiones. El simpático marinero lo sabía y la soberbia y arrogancia que había mostrado al hablar con él no pudieron más que sacarle una sonrisa y antojársele entretenidas.

Cuando Cortés notó el hombro del padre Olmedo junto al suyo puso fin a aquellos recuerdos sobre la jornada anterior y preguntó sin dilaciones:

— ¿Para qué me habéis hecho llamar, padre?

— Ha llegado una carta— respondió con voz solemne el sacerdote—, una carta de Santiago para vos.

— ¿De quién?— preguntó Cortés mientras la recogía de una mano que apareció repentinamente entre los recovecos del hábito.

Olmedo no respondió a aquella pregunta y esperó pacientemente a que el capitán, abriéndola con avidez, finalizara su lectura. Las dos mujeres que rezaban en la bancada del otro lado, al ver que había entrado el hombre más famoso de la ciudad a aquella humilde capilla, se cambiaron de posición hasta colocarse a dos bancos de donde ellos se encontraban. El padre Olmedo oyó los pasos temerosos de las alcahuetas ya que su oído se había refinado sobremanera debido a la vida monástica en la que el silencio estaba a la orden del día. Lentamente, se puso en pie y, girándose con mirada encolerizada, dijo con voz de ultratumba:

— No es de mujeres piadosas el espiar los asuntos de los hombres.

Una de las mujeres emitió un «¡Oh!» mientras se echaba manos a la cabeza y, tras aquella amenaza, las dos salieron corriendo hasta la posición que ocupaban antes. Al sacerdote se le antojó que aquella huida no se diferenciaba demasiado de la que realizan las gallinas cuando reciben un puntapié.

— ¿Y bien?— dijo arrodillándose de nuevo al lado de Cortés.

— Es de mis amigos Andrés de Duero y el contador Lares. ¿Quién os la ha traído?— respondió éste.

— Hay un hombre en la ciudad, un tal Gaspar— comenzó a decir el sacerdote con aquella voz indistinguible de la que usaba cuando oficiaba misa—, que es un mensajero enviado por Diego Velázquez. En su comitiva viajaba un fraile conocido mío que me entregó en mano esta carta.

— Agradeced de mi parte a ese fraile por sus servicios— respondió Cortés en voz baja—. En esta carta me advierten de que ese mensajero planea revolver el ejército contra mí para prenderme y llevarme preso a Santiago.

— ¿Qué vais a hacer?— preguntó Olmedo.

Cortés suspiró. Parecía cansado de tener que sofocar aquellas pequeñas revueltas pero, en el fondo, aquello no hacía más que incentivar su ansia aventurera y sus energías.

— Pues tendré que reducir la rebelión, ¿cómo no?

Capítulo XXXIII:

Cortés decidió actuar rápido y, aquella misma tarde, tomó las medidas pertinentes para sofocar la incipiente rebelión. Lo primero que hizo fue buscar a Juan Velázquez de León, al que encontró en una taberna hablando con algunos hombres. Nada más aparecer por la puerta, seguido de Escalante y Portocarrero, aquel corrillo de individuos que bebían mientras aparentaban jugar a las cartas levantó la vista para observarle con mirada asustadiza. El capitán enseguida reconoció a personajes como Morla, Escobar el Paje o Alonso de Grado, por lo que no le cupo ninguna duda de lo que se estaban tramando.

Sin dilatar más aquel asunto que le hacía malgastar un tiempo que podía emplear en otros menesteres más productivos como el reclutamiento o la compra de bastimentos para la guerra, habló directamente a Velázquez:

— Juan, ¿podemos dar un paseo? Hay unos temas que me gustaría tratar con vos.

El gigantón permaneció unos instantes con mirada inquisitiva hasta que, acabando de un sorbo media jarra de cerveza, se puso en pie y salió caminando de la taberna detrás de Cortés. Cuando se hubieron encontrado fuera, éste dijo a sus amigos:

— Escalante, id a vigilar las tropas que están entrenando. Vos, Portocarrero, comprobad si el navío de Trujillo está en buenas condiciones para el viaje y, si no, decid que le den carena lo más rápidamente posible. Juan y yo trataremos estas cuestiones en privado.

— Sí, señor— respondieron al unísono.

Pedro González de Trujillo había conseguido, milagrosamente, dar con Cortés antes de que éste partiera. Por órdenes suyas, había llevado uno de los navíos de su propiedad, el que acababa de regresar de España con un cargamento de vinos, a vender sus mercancías a Jamaica. Volvía con una buena cantidad de comida e incluso algunos aventureros que se le habían unido en

aquella isla. De cualquier forma, había pasado tantos meses en el mar que temían que no se encontrara en perfecto estado para la inminente salida que se estaba preparando. Era por ello por lo que mandaba a Portocarrero a pasar revista del estado de la nao.

— ¿Y qué disponéis, pues, señor?— preguntó Velázquez de León con aquella voz grave que tenía.

Apenas se habían alejado unos pasos de la taberna y ya había decidido romper el hielo con aquel comentario. Cortés caminaba a su lado dando lentos pero estilosos pasos mientras se agarraba las manos por detrás de su cuerpo y miraba al cielo:

— Es un bonito día, ¿no?— preguntó el capitán ignorando su pregunta.

— Lo es— respondió su interlocutor impacientándose—. Pero no me habéis traído aquí para eso.

— Tened paciencia— lo apaciguó—. Las paredes oyen y creo que será mejor alejarse un poco más para tratar los asuntos que os voy a proponer.

Durante varios minutos continuaron caminando, Cortés con aquella apariencia ociosa y dominguera y Velázquez con paso desgarbado e intentando satisfacer su aburrimiento e intranquilidad con cualquier curioso individuo o animal que se cruzara en su camino.

— De entre todos mis hombres— comenzó a decir Cortés cuando creyó conveniente—, vos sois uno de los que más valoro. No solo sois un valeroso y aguerrido soldado si no que tenéis la inteligencia y las dotes de mando suficientes como para mandar una compañía.

Tras ello hizo una pausa en la que, sin esperar respuesta de Velázquez, continuó:

— Sé que aún no he asignado claramente los mandos en mi ejército aunque salta a la vista cuales son los caballeros que más confianza me dan. Por un lado estáis vos, pero también tengo a Ordaz, Escalante, Portocarrero o

Alvarado. Todos me parecíais indispensables para que nuestra empresa llegue a buen término y es por eso por lo que os lo digo hoy, para que lo sepáis. No me gustaría que ninguno de vosotros pensara, si por alguna casualidad me encuentro muy atareado con los preparativos, que no me preocupo por vosotros. Debéis saber que os tengo en muy alta estima y que, en cuanto todo se normalice, os nombraré capitanes.

Velázquez de León continuó caminando sin decir una palabra. Aquello le sorprendía, y más después de la rebelión que estaban planeando, pero también tenía su lógica. Parecía extraño que, después de todo, quisiera tratarlos bien ofreciéndoles una capitania pero, ¿qué pretendía con ello? ¿Era tan imbécil que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor o estaba tratando de jugarles una mala pasada? Imbécil, sin duda, no era, pero tampoco sabía qué desgracia podía acarrearle una mejor posición dentro del ejército. ¿No estaría intentado comprar su lealtad? ¿Estaba su lealtad en venta?

— Valoro lo que me decís— se limitó a responder—. Allá donde vayamos no os defraudaré.

— Muy bien— repuso Cortés instantáneamente—. Eso es importante para mí. A mis oídos han llegado noticias de que algunos, mal informados o engañados, no están muy conformes con mi hacer como capitán. Saber eso me llena de desolación y, aunque no me gustaría que ninguno de mis hombres se privara de ir a tan magnífico viaje por malas influencias, hay grados y grados en el tipo de pérdidas. Una cosa es perder a un soldado que, aunque valeroso pueda resultar crucial en una batalla puntual, no deja de ser un soldado, y otra cosa muy distinta es perder a un hombre como vos o los que ya os he nombrado.

Velázquez de León desechó la idea de que Cortés no estaba al tanto de lo que sucedía. De hecho, ya hacía tiempo que la tenía desechada aunque quería creer que todavía cabía aquella posibilidad, lo que hubiera facilitado sobremanera su rebelión.

— Creo que entiendo a dónde queréis llegar— comentó.

— Pues como veo que nos entendemos no os molestaré más. De

cualquier forma, en ningún momento pensé yo que vos pudierais ser uno de estos desdichados individuos. Sabéis más que de sobra que si marcháis a mi lado la gloria, la aventura y el oro van a correr a raudales ante vos. Solo un necio despreciaría estas mercedes. Sé que sois un hombre acomodado pero, si estáis aquí, tal y como la mayoría de nosotros, es por algo más. Muchos huyen de la pobreza y, aunque sé que vuestro primo no os premió como es debido por vuestros servicios entregándoos indios vagos y una hacienda que no es la que merecéis, sé que tenéis el suficiente dinero como para vivir bien hasta el fin de vuestros días. Pero si habéis decidido venir es porque valoráis más cosas a parte del oro. La gloria, amigo, dejar una huella en la historia. Eso es de lo que os hablo aunque, amén de los innumerables tesoros y joyas que siempre le van parejas.

Cortés lo había conseguido y aquello desconcertó al veterano. Le había ofrecido oro y grandeza y, tan sutilmente que casi había pasado desapercibido para la mente consciente, le había recordado que su primo, Diego Velázquez, le había recompensado por sus esfuerzos con una cuantía humillante. Ya en su día tuvo que marcharse de Santiago por desavenencias con él porque, de no haberlo hecho, podían haber llegado a las manos o, lo que es peor, a las espadas. Decir que sus indios eran solo vagos era ser demasiado benevolente con aquella escoria, como solía llamarles, que labraba sus tierras y alimentaba sus animales. No importaba cuantas veces les explicara cómo debían hacerlo ni que usara la fuerza para hacerles entrar en razón, simplemente, no rendían, y aquello era el hazmerreír de sus vecinos. Para más inri, la tierra era de las peores de la zona. Tenía mayor cantidad de sal de la que era necesaria y aquello conllevaba que los cultivos creciesen débiles y quebradizos.

Cuando se despidió de Cortés supo que, con aquel don de palabra que tenía, había actuado sobre él. ¿De verdad tenía que gastar sus energías en aquella rebelión que, con total seguridad, iba abocada al fracaso? ¿Debían ser los lazos de sangre el suficiente incentivo como para rechazar un bocado tan succulento como el que le acababa de ofrecer? Mientras volvía a la taberna pensaba que ya no tenía ganas de seguir intrigando.

No contento con aquello, Cortés se dirigió a la casa de Pedro Barba, el

alcalde, para hablar con él. Tal y como Diego Velázquez hizo en Trinidad, estaba prácticamente convencido de que, en aquella ocasión, también habría intentado implicar a la autoridad de la ciudad. Si bien era cierto que el teniente estaba emparentado con Verdugo, apenas conocía a aquel nuevo funcionario por lo que ir a entrevistarse con él fue lo que más acertado le pareció.

Y aunque tardó poco en convencer al primo, menos tardó en hacerlo con el alcalde. Barba pareció quitarse un peso de encima cuando, remoloneando y dando vueltas a las palabras como hacía cuando quería ganarse a alguien, le expuso cuales eran sus inquietudes.

— ¿Y qué le digo cuando os vayáis para que no tome medidas contra mí?— preguntó Barba.

— Decidle la verdad— respondió Cortés—. Que hay tantos hombres que me son adictos que os ha resultado imposible con las escasas milicias con las que disponéis aquí.

— Espero que eso sirva— dijo dejando la mirada perdida en el suelo.

— Si os parece— añadió Cortés viendo la preocupación del hombre—, le escribiremos una carta cada uno. Vos podéis decirle lo que ha pasado y yo intentaré volver a ganarme su confianza. En verdad os digo que no quiero estar a mal con el teniente. Él me dio el mando de las huestes y no entiendo el motivo por el que ahora quiere revocármelo. Desde que salí de Santiago no he hecho otra cosa que servir con celo a Velázquez, al rey y a mi Dios. Decídselo, que también lo haré yo. Todas las tierras que descubra lo serán bajo su nombre.

El alcalde emitió un largo suspiro ante aquellas palabras que finalizó en una sonrisa de paz. Cortés se lo había ganado también indiscutiblemente. Dudaba que con aquellas cartas Velázquez dejara de atosigarle pero, por intentarlo, no quedaba.

De cualquier forma, acababa de mentir como un bellaco. En cuanto el último de sus barcos largara amarras perdería de vista todo lo dispuesto por Velázquez. Aquel gordo teniente pretencioso no iba a tener más influencia

sobre él. A partir de ese día sería él el que se enfrentara a lo desconocido y engrandeciera los límites de España y de la cristiandad.

Capítulo XXXIV:

La Habana, 18 de Febrero de 1519

La iglesia estaba atestada porque nadie en la ciudad quería perderse aquella misa que oficiaba el padre Juan Díaz. Los primeros bancos estaban ocupados por los individuos más importantes del momento, no faltaba ninguno. Hernán Cortés se bebía las palabras del sacerdote con devoción y el resto de sus amigos y principales del ejército lo acompañaban. Unos más, otros menos, todos prestaban atención al sermón.

Varias bancadas más atrás se encontraba Farfán, que hacía rato que había perdido el hilo del monólogo. En ocasiones llegaban a su cabeza palabras sueltas como «Dios», «el Demonio», «gloria» o «hermanos», que hacían que volviera repentinamente la mirada hacia el párroco pero enseguida volvía a sus divagaciones. A su lado se encontraban los Ortegas, Heredia, María y un par individuos que acababan de conocer hacía unos días, cuando Ortega reconoció a un antiguo amigo caminando ociosamente por las calles de la ciudad.

Los dos hombres se habían abrazado con fuerza bajo la atenta mirada del resto del grupo. No conocían al desconocido pero tuvieron paciencia hasta que fueron presentados. Ortega parecía realmente alegre de verle mientras decía excitado:

— ¿Pero qué hacéis aquí, amigo?

— Buscar la gloria, como todos, supongo— respondió.

Allí se dieron cuenta de que, aquel hombre menudo y recio, no era español. Como más tarde supieron, en boca de Ortega, era un veneciano que había conocido en las guerras de Italia. Se llamaba Lorenzo Vecellio y se habían conocido en 1508, en las batallas que desempeñaron la Liga de Cambrai, que fueron las potencias europeas, aliadas con el Vaticano, contra Venecia. Al

parecer, en una de las refriegas, Ortega se adentró con un grupo de soldados en un bosque para perseguir a los enemigos. Llovía a cántaros y, tras un par de combates y carreras, quedó perdido del resto de la tropa. Fue entonces cuando se encontró con Lorenzo, con el que combatió hasta que ambos quedaron extenuados. Se hirieron varias veces cada uno hasta que se dieron cuenta de que se estaba formando un barrizal y que un río estaba creciendo demasiado. Chapurreando las escasas palabras que conocían del otro idioma llegaron a entenderse y decidieron ayudarse el uno al otro para salir de allí. Se encontraban demasiado débiles y, colaborando, consiguieron llegar a un campamento francés. Tres soldados que montaban guardia los encontraron y quisieron capturar al veneciano pero Ortega se negó hasta el punto de que tuvieron que llegar a las armas. Acabaron a cuchilladas hasta que los dos recién conocidos salieron victoriosos. El español había recibido un importante corte en el costado y, de no ser por un campesino que pasó por allí y los recogió con un carro, habría muerto. Durante varios días se ocultaron en su casa hasta que se encontraron lo suficientemente fuertes como para volver con sus respectivos bandos. A raíz de ello entablaron una amistad que fue reforzándose en años posteriores cuando, debido a los inestables avatares de la guerra, en una ciudad u otra se encontraban.

Vecellio acababa de llegar a la Habana en uno de los barcos que había pilotado Alaminos desde Santiago de Cuba con parte de los hombres que habían viajado en la expedición de Grijalva. Con él se encontraba un joven que acababa de pasar la veintena y que se llamaba Andrés de Tapia. Se trataba de un leonés que, junto con el veneciano, acababan de dejar España para buscar su suerte en Indias.

A Farfán no le gustaba Tapia. Desde que se conocieron se había mostrado excesivamente complaciente y galán con María. La besó en la mano y en todo momento le sonreía y le hacía gracias para que se riera. La muchacha parecía encantada con aquellas muestras de gratitud y solía reír a carcajadas lo que le decía y adoptar aquella postura inocente y misteriosa que tan rápido le había hecho sucumbir a él.

Cuando salieron de la iglesia tuvieron que arrastrarse entre la multitud,

que pareció querer salir al unísono. La mañana, aunque clara, amenazaba con ciertas nubes oscuras que se perfilaban en el horizonte. Las calles y plazas se encontraban llenas de gente ya que nadie quería perderse el evento. Tanto los que habían asistido a la misa como los que se quedaron fuera junto con los vecinos y villanos de aquella ciudad estaban allí, hoy era el día de la partida.

Mientras caminaban con sus escasas pertenencias en dirección al embarcadero, lugar en el que comenzaba a arremolinarsse la población, Tapia fue contando los sucesos que le acontecieron nada más llegar a Santiago:

— Fuimos a ver a Diego Velázquez porque ya nos había dicho la gente que Cortés había partido con una expedición tan grande que prácticamente se había llevado a todos los hombres de la isla. Aquel hombre parecía disgustado y triste y, aunque al principio no entendimos por qué, ahora ya lo sabemos.

— Cortés se le ha salido del redil— exclamó riendo Heredia.

— Bueno— continuó Tapia—. De hecho, Velázquez, mientras arreglaba unos papeles en su mesa, nos dijo lo siguiente.

Y tras decir aquello forzó su voz para que pareciera que era un obeso el que hablaba.

— No sé qué intención se lleva Cortés para conmigo, y creo que mala, porque él ha gastado cuanto tiene y queda empeñado, y ha recibido oficiales para su servicio como si fuera un señor de los de España.

— ¿Y cómo os dejó marchar?— interrumpió Ortega interesado.

Tapia frunció el ceño sorprendido por haber sido interrumpido en su imitación que, a todos salvo uno de ellos, les había despertado una sonrisa.

— Yo diría que ya se encontraba más hastiado y triste que enfadado. Tuvo mucha consideración con nosotros y nos dio unos dineros para comprarnos los atuendos y bastimentos necesarios para el viaje que, por cierto, tuvimos que comprar a él mismo. Nos dio licencia para partir con Alaminos, Montejo y Dávila en los dos barcos que salían del puerto.

— A ese hombre le gusta más el oro que otra cosa— volvió a bramar Heredia con su voz desgarrada.

Cuando llegaron al muelle se detuvieron unos instantes para observar el inmenso despliegue que se había organizado. Farfán había visto multitudes mucho mayores en el puerto de Sevilla pero, desde que salió de España, no había visto tanta gente reunida. Los mástiles de siete barcos hacían ondear sus velas y banderas ante la brisa que soplaba incansable. Los soldados se reunían en grupos para ser contados y repartidos por uno u otro navío a los cuales un enjambre de indios no paraba de subir cajas con tocinos, cargas de maíz, legumbres, azúcar y yuca. Los animales, principalmente cerdos y gallinas, también fueron guiados con premura hacia el interior de las bodegas. Las mujeres se despedían de los hombres y, aunque muchas eran madres, esposas o hermanas, también había queridas y amantes.

Mientras descendían la ladera que los dirigiría al encuentro de los soldados divisaron los caballos. No eran muchos, Farfán pudo contar dieciséis. Sus colores eran variopintos y, mientras ascendían las pasarelas que los llevarían a las reducidas caballerizas de un navío, resonaban los casos de sus pezuñas sobre la madera bajo sus briosas y nerviosas patas.

También embarcaron los cañones y, cuando todas las armas y vituallas fueron subidas, comenzaron a introducir en aquellas inmensas bodegas las baratijas y materiales que llevaban para cambiar por oro a los nativos. Cuando pasaron cerca de una de las cajas pudieron ver de qué se trataba. Aquellas maderas unidas por clavos desbordaban de coloridas cuentas de vidrio, espejos, cascabeles, alfileres, cuchillos, tijeras, martillos, camisas y diversas ropas. Tanto Grijalva como Hernández de Córdoba habían rescatado oro por aquel tipo de cosas y Farfán no entendía cuán pobres debían ser aquellos indios para realizar aquellos trueques.

— No os engañéis, no son pobres— dijo Heredia—. Me atrevería a decir que tienen una de las naciones más ricas del mundo. Lo que pasa es que esos indios no valoran el oro y no les falta razón. ¿Para qué quieres el oro cuando tus mejores cuchillos son de piedra? Es bonito y adorna bien pero recordad que es el hierro el que da de comer al hombre.

Conforme iban acercándose al grupo en el que se encontraba Hernán Cortés repararon en que era él mismo el que, bajo la supervisión de sus amigos y capitanes, dirimía en qué navío embarcaba cada grupo de soldados. Junto a él se encontraba el padre Olmedo, del que eran amigos, pero otros con los que apenas habían hablado como Escalante, Villarroel, Velázquez de León, Portocarrero, Sandoval, Montejo, Alvarado y Olid.

Farfán se colocó justo detrás de María y le dijo mientras le ponía una mano en el hombro:

— Me alegro de que vengáis finalmente.

La joven giró su rostro para mirarle directamente a los ojos. Farfán no podía dejar de pensar que, si seguía aumentando su belleza día a día, llegaría un día en el que iba a perder el conocimiento cada vez que la viera. Era un día caluroso y, dado que sus ropas eran abundantes y llenas de florituras, se le habían encendido las mejillas por el calor.

— Y yo— respondió—. Las penurias han merecido la pena. No iba a dejaros solos.

— ¿Tenéis calor?

— ¡Demasiado!— exclamó exagerando una mueca—. Estoy deseando subir al barco para refrescarme un poco con la brisa.

— Podéis rasgaros las vestiduras como cuando llegasteis a la Habana— repuso con una sonrisa el joven—. Aquella guisa os favorecía.

— ¿Sí?— respondió halagada María—. No os preocupéis que no tardaréis mucho en volverme a ver así. ¿Sabéis cuánto me duró el vestido de niña española cuando naufragué en Cuba? Un día. Un día y aquella selva inmensa se lo había comido dejándome sin nada. No sé qué se piensan todas esas mujeres elegantísimas que vamos a hacer en el Yucatán pero van a acabar desnudas antes de que puedan darse cuenta.

— A lo mejor piensan como vos, que también vais elegante.

— Pero es porque me ha obligado Heredia a comprar este vestido inútil. Vuestras ropas son más cómodas y aun así también las perderéis.

— Pues ya sabéis— sentenció Farfán—, en cuanto podáis os agenciáis unas vestimentas de soldados y venís conmigo a montar guardia pero, hasta entonces, procurad mantener lustroso ese vestido. Recordad que habéis venido aquí a buscar un marido.

Tras decir aquellas palabras sonrió y María montó en cólera. Desde que había llegado a la Habana, Farfán le había recordado, con sorna, el momento en el que había dicho aquella frase a Heredia en Trinidad. La muchacha se avergonzaba de ello y, aunque había intentado hacerle ver que solo fue por las emociones que le surgieron en aquel mal momento, no cesaba con aquel comentario que la sacaba de quicio durante unos segundos hasta que acababan riéndose los dos.

—Yo también me alegro de seguir este viaje con vos— dijo finalmente María con voz dulce.

— No me os vayáis a perder de nuevo que aquellos dos meses sin vos se me hicieron eternos— consiguió articular Farfán ante aquella inesperada muestra de afecto que había recibido.

Cuando les llegó el turno encararon a los capitanes del ejército con decisión y mirándoles a los ojos. El optimismo podía palpase en el ambiente por lo que todo el mundo sonreía y se dirigía palabras motivadoras y alegres. Durante unos segundos les ignoraron hasta que Olmedo les dirigió un saludo con la cabeza y dijo unas palabras a Cortés, que mirándoles de refilón, dijo.

— Al barco de Portocarrero, conmigo.

Todavía no tenían que embarcar pero tenían que retirarse para dejar paso a los demás. De momento tendrían que esperar hasta que se tomase la decisión de subir a bordo, cuando cada cual sabría dónde tenía que ir. Ya casi se habían marchado cuando Alvarado dijo con voz hastía.

— El perro.

Farfán aferró instintivamente la correa de Ventisca, que impasible a la multitud caminaba pesadamente a su lado.

— ¿Ese perro es tuyo?— preguntó Escalante.

— Sí— respondió con decisión Farfán.

— Entonces tú tienes que ir al navío de Alvarado.

Aquellas palabras helaron el alma del joven. ¿Por qué le separaban de María? No podía tolerar aquello otra vez y, aunque eran órdenes de sus superiores, decidió decir mientras volvía a encarar a los capitanes:

— Pero estos son mis amigos de viaje, ¿por qué no puedo ir en el mismo barco que ellos?

— El perro— volvió a decir Alvarado arrastrando las palabras.

— ¿De dónde sois, joven?— interrumpió Cortés interesándose por lo que ocurría.

Farfán estaba comenzando a ponerse nervioso pero aquello le sorprendió lo suficiente como para apartar sus miedos unos instantes. Escalante le había tuteado pero Cortés lo voseaba. Lo normal era tratar de la primera forma a los soldados pero, ¿a qué se debía esa muestra de consideración por parte del capitán y armador?

— De Sevilla, señor— respondió fijando la vista directamente en los ojos del hidalgo.

— Veréis, debéis embarcar en el navío de Alvarado y allí encontraros con un hombre, don Francisco de Lugo. Cuando llegemos al Yucatán lo pondré al mando de una compañía en la que iréis los soldados e hijosdalgo que tienen perros. Sois afortunado de haber traído a tan formidable bestia, Lugo tiene otro mastín. Durante el viaje os dará tiempo a aprender de él y coordinaros para ofrecer vuestros servicios en las tierras por descubrir. No podéis imaginar lo útiles que son los perros allá, quizá más que los caballos o las escopetas.

Farfán se encogió de hombros. Podía haberse atrevido a replicar a Escalante pero no haría lo mismo con Cortés. No solo era el que estaba al mando, también le había dado una explicación ineludible. Tendría que separarse de sus amigos.

— No os apenéis, Farfán— dijo María cogiéndole del cuello—. Es solo durante el viaje.

— Claro que sí, hombre— añadió Heredia, que sabía perfectamente cuales eran las penas que asolaban el corazón del joven—. Miradlo por el lado bueno, los dueños de perros obtenéis mejores partes de los botines.

Durante el resto de la jornada apenas habló, se sentía demasiado apenado para ello. María le lanzaba miradas fugaces y se mordía el labio al verlo tan desanimado. En un momento dado incluso Andrés de Tapia se le acercó y, con sinceridad, le dijo que antes de que se diera cuenta volverían a encontrarse, que el viaje era muy corto. Farfán pensó que no era un mal hombre, pero no le gustaba la idea de que pudiera estar un mes junto a María sin que él pudiera hacer acto de presencia.

Cuando por fin llegó el momento de embarcar la multitud mandó callar siseando y moviendo las manos. Cortés, que vestía con largas botas de cuero, calzones marrones y un jubón negro que asomaba entre los bordes del peto de la armadura, se subió a una tarima formada por toneles. El siempre presente sombrero con plumas ondeaba en contraposición con la firme e inmóvil espada. En su estandarte, sujetado por Villarroel, resplandecían los fuegos blancos y azules con la cruz roja en medio. La frase latina, que ahora Farfán entendía, podía leerse cuando el viendo le daba un respiro. «Amigos, sigamos la cruz, que si tenemos fe, con esta señal venceremos».

El silencio reinaba y Cortés, que se hizo de rogar unos segundos más, alzó las manos y comenzó a decir con voz lo suficientemente potente para que a todos les llegara:

— Es cierto, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes

varones de su tiempo y hasta de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa, pues me da el corazón que tenemos que ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes.

Farfán se despistó de la arenga para mirar de soslayo a María, que con expresión decidida, se bebía las palabras del capitán.

— Grandes gastos he hecho yo, en los que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Pero me parece que cuanto menos tengo de ella, lo he acrecentado en honra. Se han de dejar las cosas pequeñas cuando se ofrecen las grandes. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota, para que no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia cuanto el honor; que los buenos quieren mejor honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin que de continuo sigue a todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra maña hemos de tener que Córdoba y Grijalva.

Los soldados comenzaban a emocionarse por momentos. Algunos aplaudieron dos o tres veces, otros lanzaron algún «viva» fugaz. Durante unos instantes no oyeron bien lo que dijo pero al poco rato pudieron retomar el hilo del monólogo:

— Y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisierais llevar la esperanza por virtud o la virtud por esperanza, y si no me dejáis, como no dejaré yo a vosotros ni la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos de cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres y haced igual el suceso que el comienzo.

Tras aquella última frase los vítores y aplausos se desataron formando

una vorágine que envolvió el embarcadero como si de una tempestad se tratase. Solo serían unos quinientos soldados y otros tantos ciudadanos pero la gritería fue ensordecedora. Todas aquellas almas se habían unido en una sola que ardía en deseos de desparramarse sobre nuevas y enigmáticas tierras para conocerlas, extender la fe cristiana y conquistarlas. Y Cortés era el único e indiscutible líder pues los hombres iban a seguirle a través del hambre, de las flechas, de las tempestades o de cualquier elemento o fuerza que quisiera interponerse entre aquel puñado de audaces y bravos españoles y su destino.

PARTE TERCERA: Poseidón

“Muy alegre se fue el piloto al capitán Francisco Hernández, diciéndole: «Señor, albricias, porque estamos en la más rica tierra de las Indias»; preguntándole el Capitán: «¿Cómo lo sabéis?», respondió: «Porque, siendo yo pajecillo de la nao en que el almirante Colón andaba en busca desta tierra, yo hube un librito que traía, en que decía que, hallando por este rumbo fondo, en la manera que lo hemos hallado ahora, hallaríamos grandes tierras muy pobladas y muy ricas, con sumptuosos edificios de piedra en ellas, y este librito tengo yo en mi caxa.»” Crónica de la Nueva España. Cervantes de Salazar (1514-1575)

“Pues de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen o llevasen de vencida; que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos; que juro ¡amén!, que cada día estábamos rogando a Dios y a nuestra señora no nos desbaratasen.” Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. Bernal Díaz del Castillo. (1496-1584)

Capítulo XXXV:

La primera noche de la partida les sorprendió un recio temporal que hizo que los barcos se desperdigasen. Duró todo el tiempo en el que la oscuridad reinó en el firmamento y no fueron pocos los navíos que perdieron de vista el gran faro que habían colgado los marineros de Alaminos en la nao capitana, en la que viajaban Cortés y Portocarrero.

Cuando la mañana comenzó a clarear los nubarrones se escurrieron por el Este como si lo acontecido escasas horas antes solo hubiera sido un mal sueño. En el navío de Alvarado los hombres se reunieron en cubierta para realizar un recuento de daños. Durante el temporal habría sido muy peligroso que nadie que no hubiera pertenecido a la marinería deambulara fuera de los camarotes pero ahora iba siendo hora de ponerse a trabajar duro. No habían perdido ni velas ni mástiles pero solo divisaron un barco, a no mucha distancia hacia el Sur, desde donde se encontraban. Los otros ocho, dado que ya habían recogido a Ordaz y los demás que se encontraban en Guaniguanico, parecían haber sido tragados por los mares, y en aquel momento, tampoco desecharon aquella posibilidad.

El San Sebastián era un bergantín de porte no tan grande como el resto de embarcaciones. Era por ello por lo que podía desplazarse con rapidez impulsado por la infinita y cambiante fuerza del viento. Lo pilotaba con pericia Camacho de Triana, un antiguo conocido de Alvarado, el capitán. Mientras navegaban a toda velocidad hasta el único barco amigo que vieron, Farfán, que descansaba con una pierna colgada por la borda y con la otra sujetando a Ventisca, oyó a uno de los soldados decir:

— Es el navío de Francisco de Morla, parece a la deriva.

Farfán recordaba a aquel joven, se trataba de Bernal Díaz, uno que había conocido en una taberna y que solía ser muy parlanchín. Había viajado ya en las dos expediciones anteriores por lo que muchos solían ir a preguntarle por las cosas que podían encontrarse en aquellas tierras. Él siempre estaba encantado

de contarles una buena historia aunque en ocasiones podía llegar a resultar algo pedante.

Tal y como había adivinado, se trataba de Morla. Cuando llegaron a su vera supieron que, durante la tormenta, se les había roto el timón. El problema no hubiera sido tan grave si no fuera porque lo habían perdido en el mar. Por el momento iban a estar destinados a permanecer a la deriva hasta que lo encontraran, fabricasen otro o alguien los remontara. Los dos capitanes, con sus respectivos pilotos, comenzaron un acalorado diálogo desde una cubierta a la otra. Intentaban llegar a la conclusión de qué opción resultaría mejor pero no parecían ponerse de acuerdo. En un momento de la discusión aparecieron dos mástiles a lo lejos que parecían acercarse al lugar dónde se encontraban por lo que Alvarado tomó la decisión de partir diciendo:

— Este bergantín es pequeño y no tenemos nada que pueda seros de utilidad. Ahora vienen dos navíos más grandes por allí que podrán socorrerlos, nosotros seguiremos el camino.

Todos los barcos sabían dónde tenían que ir. Alaminos había dibujado un rudimentario mapa en el que se reflejaban los escasos conocimientos que tenían sobre Yucatán. Éste no era más que de una línea de costa en la que se recortaban cabos, golfos y alguna isla menor. El resto de pilotos lo copiaron para tenerlo disponible en sus navíos ya que Cortés tenía intención de arribar a una pequeña isla situada a unas setenta leguas del puerto de la Habana y que se encontraba a escasa distancia de la línea de costa que habían recorrido Grijalva y Hernández de Córdoba en expediciones anteriores. En realidad, todavía no sabían si aquella raya pintada con carboncillo representaba una isla o tierra firme ya que ninguno de ellos había conseguido darle la vuelta. Tampoco sabían muy bien el motivo por el cual el capitán general se mostraba tan deseoso de llegar a ese minúsculo punto que recibía el nombre de Cozumel pero nadie se atrevió a cuestionarlo.

Mientras dejaban atrás el desdichado barco de Morla, Farfán volvió la vista al suyo para echar un vistazo. No cabía duda de que aquel era su sitio ya que en cubierta se encontraban una treintena de perros de todas las razas. Allí había mastines, alanos y molosos de las diferentes regiones del sur de Europa.

De momento, los animales se dedicaban a ladrarse, jugar y olerse. Era una suerte que no hubieran decidido matarse unos a otros a dentelladas pero los dueños, que los sujetaban firmemente del cuello o de las correas, tenían algo que ver en que no sucediese aquello.

No tenía confianza con ninguna de las personas que había en ese barco. Quizá fuera Bernal el único con el que había hablado pero siempre estaba muy solicitado y rodeado de curiosos. No tenía mayores dificultades en hacer amistades por lo que decidió ir a conocer al resto de los soldados. Apenas se había levantado cuando dos jóvenes se le acercaron sonrientes. Uno de ellos era alto, esbelto, apuesto y de media melena castaña clara. El otro era algo más bajo y robusto, de pelo negro oscuro corto y no muy agraciado. Mientras el primero caminaba erguido, despreocupado y con las manos ocultas en sus bolsillos el otro lo hacía más desgarbado, mirando de reojo y con una extraña mueca suspicaz en su rostro.

— ¿Vos sois el sevillano del perro?— dijo el alto.

— Sí— respondió Farfán.

— ¿Qué teníais en el otro barco para tener los huevos de decirle a Cortés que queríais ir en él?— preguntó el bajo con sorna—. ¿Acaso era esa muchacha a la que no parabais de mirar?

Farfán sintió el impacto de aquellos comentarios sobre su ser. No esperaba que hasta en aquel lugar, a leguas de distancia de María, fueran a llegarle sus influencias. De cualquier forma, aquellos dos jóvenes, que no le llevarían más que tres o cuatro años, parecían honrados y buenos pues sus comentarios no revestían malicia. Los conocía de vista y sabía que eran hidalgos. Ahora, por su acento, había podido reconocer que eran andaluces como él, cordobeses, para ser más exactos.

— Yo soy Lares, el Buen jinete— dijo el alto.

— Pues a mí me llaman Morón— añadió el otro dando un codazo a su amigo—. Y cuando voy con éste dejan de llamarle así y le llaman el

montaburras.

— Mi nombre es Pedro Sánchez Farfán— respondió poniéndose en pie y estrechándoles la mano con decisión—. ¿Son vuestros algunos de los caballos que van a bordo?

— Sí— respondió Lares meneando la cabeza para apartarse las greñas de los ojos—. Llevamos tres a bordo y dos son nuestros. El otro es el del capitán. No sé qué tipo de cabalgadas tendremos que hacer allá pero, aunque seamos pocos, no debéis temer. Cuando estéis en medio de la refriega sufriendo, sudando y bañándoos en sangre nosotros pasaremos limpiamente y os quitaremos de encima a los enemigos.

— Este gentilhombre no entrará en muchas refriegas— añadió Morón—. ¿No veis que lleva un perro? Esa gente está más mimada en el ejército que incluso los jinetes.

— Sí, en verdad los perros son útiles— apuntó Lares fijando la vista en el infinito—. Habéis hecho bien en traerlo.

— Fue de lo poco que pude comprar antes de salir de España— reconoció humildemente Farfán—. Mi padre, que fue soldado en la Reconquista, siempre me contaba cómo los perros podían alertar de emboscadas, montar guardia en los campamentos, perseguir a los enemigos o encontrar fugitivos.

— Vuestro padre os contaba bien— dijo Morón—, pero se quedó corto halagando a tan formidables bestias. A este lado del mundo son mucho más útiles si cabe. Los indios jamás han visto nada parecido y no os podéis imaginar el miedo que les infunden. Además, sus armaduras no son gran cosa. No es lo mismo que vuestro animal ataque a un caballero andante forrado de metal que a uno de sus guerreros de pecho descubierto.

Farfán clavó la vista en Ventisca, que tumbado en el suelo, descansaba apaciblemente. Los músculos de su cara estaban flácidos y, aunque intentaba mantener los ojos cerrados, el párpado inferior también sucumbía a la gravedad dejando entrever la parte blanca de su globo. ¿De verdad podría correr entre las

selvas más rápido que uno de aquellos indómitos indios? Dudoso.

— Y vosotros— dijo el sevillano volviendo a la conversación—. ¿Sois de verdad buenos jinetes?

— Los mejores— respondió Lares—. Yo el primero y él el segundo. Aprendimos, como todos, practicando el noble arte de la caza. Además de ello hemos hecho muchos ejercicios esquivando los toros en el ruedo. En eso sí que se despliega la magia.

— Es fácil ser el mejor de dieciséis, ¿eh, idiota?— le increpó graciosamente Morón para añadir dirigiéndose a Farfán—. Pero sí, somos los mejores. El Buen jinete, como se hace llamar este bellaco, y yo, siempre estamos compitiendo por ver quién es mejor montando. Soy de los que piensan que los hombres pierden la fuerza por la boca por lo que no hablaré más de este asunto pero, sevillano, me gustaría que estuvierais pendiente de una cosa. En cuanto nos veáis en el campo de batalla guiando a nuestras bestias prestad atención. Retiraos un poco, si hace falta, de la primera línea de soldados y dedicad unos minutos a observarnos. Estudiad nuestros movimientos y luego nos contáis quién es mejor. ¿Trato hecho?

— Trato hecho— respondió sonriendo Farfán.

Se sentía feliz de haber conocido a aquellos dos jóvenes tan vitales y simpáticos. Desde el principio le habían tratado como a un igual, pese a pertenecer a diferentes castas, y lo achacó a que debían ser dos individuos humildes que habían visto en él un compañero de su misma edad. Se disponían a entablar una nueva conversación cuando un grito que más bien pareció un gruñido los silenció.

— Soldados que poseéis perros, ¡a formar!

Farfán agarró a Ventisca del collar y lo arrastró hasta el centro de la cubierta, donde un grupo de hombres se arremolinaron formando filas y columnas. Aquella era su primera orden directa y era su deber cumplirla con presteza. Ya les habían mandado trabajar en Cuba pero aquello era diferente.

Hasta que dejaron la isla todo fueron preparativos, ejercicios prácticos y florituras. Cortés se mostraba muy melindroso para ganarse a cuantos más hombres mejor y en ello fue certero. Ahora se encontraban en estado de guerra, ya no había marcha atrás. Debían obedecer a los capitanes y aquel era uno.

Francisco de Lugo era un hombre de mediana estatura que rondaba los cincuenta. Aunque era prácticamente calvo, su pelo seguía siendo oscuro y lacio y su cuerpo, musculoso y panzudo, le hacía parecer vigoroso. No podía hablar de otra manera que no fuera con gritos y órdenes. Decía las palabras a toda velocidad con aquel típico acento que caracteriza a los que se han dedicado toda su vida al mando de las tropas. Los soldados redujeron como pudieron a sus excitados perros para que no se movieran mientras les pasaban revista.

— Treinta y cinco animales— dijo cuando acabó el recuento—. ¿Cuántos de ellos no han estado nunca en una batalla o no han sido adiestrados?

Farfán, como la mitad de los allí presentes, levantó la mano. Lugo respondió:

— Va a haber mucho trabajo que hacer.

Durante el resto de la mañana estuvieron adiestrando a los animales para que obedeciesen las órdenes de sus dueños y aquello mismo hicieron los días siguientes. Farfán se encontraba tan ocupado trabajando con Ventisca, que parecía ser el último de la clase, que ni siquiera se preocupaba por los males que le daban cada vez que se subía a un barco. No había vomitado ni una sola vez y empezaba a pensar que aquello podía deberse a que ya había superado el problema o a que el miedo a las broncas de Lugo no le dejaba tiempo para esos menesteres.

Cuatro días pasaron en alta mar empleados en aquella empresa. Poco a poco fue entablando amistad con aquellos dos jinetes que había conocido, el alto y apuesto Lares y el bajo y desgarbado Morón. Tenía verdaderas ganas de verlos entrar en batalla ya que, de tantas historias que le habían contado, se había creado unas altas expectativas sobre su destreza.

Durante todo el viaje no divisaron ningún otro de los navíos pero Alvarado, aconsejado por su piloto Camacho de Triana, no se preocupó por ello. Cuando su destino apareció en el horizonte el marinero que se encontraba en lo alto del palo mayor gritó aquello que tanta felicidad desborda sobre el corazón de los tripulantes de un barco:

— ¡Tierra!

La isla de Cozumel se erguía majestuosa frente a ellos. No parecía muy grande pero sí lo suficiente como para que sus extremos cubrieran la mayor parte de su campo de visión. Una densa vegetación parecía arrimarse sobre la fina línea blanca de playa en la que rompían las olas dejando aquella característica espuma blanca. Las gaviotas graznaban en los cielos y el sonido del mar se recrudecía al tener tan vasta superficie de tierra contra la que pelear.

Eran los primeros en arribar a su destino. No tardarían demasiado en acudir los demás pero de momento estaban solos. Cierto era que no eran los primeros españoles que ponían un pie allí, ya lo había hecho Grijalva junto con Alvarado y su piloto un año antes, pero no por ello dejaba de ser peligroso. El antiguo capitán apenas había profundizado en el interior de aquellos espesos bosques. ¿Qué habría detrás? ¿Cuántos indios vivirían allí? ¿Serían hostiles?

Poco importaban los miedos y tesituras de los soldados pues Alvarado, con un pie subido en la parte más anterior de la proa y oteando con curiosidad las tierras que ante sus ojos se desplegaban, no tenía dudas. Desembarcarían, montarían un campamento y harían lo que fuera necesario para facilitar la llegada de los demás. Daba igual que no fueran ni setenta hombres y se enfrentaran a un número indeterminado de adversarios, tenían un honor que satisfacer que ni de día ni de noche les daba tregua.

Capítulo XXXVI:

Alvarado fue el primero en poner un pie en tierra pero no tardaron demasiado tiempo en desembarcar el resto de soldados para formar lo más rápido que pudieron en la línea de costa bajo los gritos del capitán, que a grandes zancadas iba dando instrucciones a cualquiera que se encontrara un poco descolocado. Conocía bien la costa porque ya había estado allí hacía ya casi un año bajo el mando de Grijalva. En aquella ocasión no encontraron más que a un par de indios ya que el resto de pobladores habían corrido a ocultarse en los montes. No habían permanecido demasiado tiempo en la isla porque llegaron a la conclusión de que nada útil podrían encontrar allí, de modo que, su interior, seguía siéndole desconocido.

Ahora los indios parecían haberles recibido de la misma manera. A no mucha distancia de donde se encontraban podían atisbar un poblado constituido por pequeñas casas de madera u hojas secas de palma muy separadas entre ellas. Estaba completamente deshabitado pero divisaban signos que delataban la presencia de vida humana como hogueras, aparejos de trabajo desperdigados por el suelo e incluso una vara de la que colgaban varios peces.

Farfán se encontraba en uno de los extremos de la formación junto con dos jóvenes que había conocido durante el viaje. Uno de ellos se llamaba Álvaro Peña y era un gordo y torpe soriano de su edad. Bajo sus ropas se adivinaba una prominente barriga que entonaba con sus piernas fofas y su papada, que a duras penas conseguía ocultar con unas ralas y oscuras barbas. El otro rondaba los veinticinco y era un aragonés que se llamaba Jaime Garcés. No era muy alto, de complexión delgada aunque nervudo. Tenía unas marcadas entradas que disimulaba llevando el pelo casi rapado. Las barbas, de pocos días, dejaban entrever uno de aquellos típicos rostros picados por la viruela.

Los tres habían entablado una gran amistad ya que, al sevillano, le pareció gente honrada y de buen corazón. El primero era tan inocente y desaborido que no podía despertar otro sentimiento que no fuera la ternura. El segundo solía ser un individuo suspicaz, nervioso, amigo de refranes y de pocas

palabras. No tenían perros como él pero iban medianamente bien ataviados con espadas y rodelas.

Habían equipado a todos los canes con una armadura compuesta de cuero y piezas metálicas. Aunque algunos llevaban algún refuerzo en las patas o la cabeza Ventisca solamente portaba una pieza antigua y desgastada que le cubría el torso y la parte posterior del lomo. Al principio se había manifestado contrario a aquellos inventos pero no tardó demasiado tiempo en acostumbrarse o aburrirse del empeño de quitárselo. De cualquier forma, Farfán, apenas reconocía a su animal. El que hasta ahora había sido un compañero de viaje tranquilo y bobalicón parecía haberse dado cuenta repentinamente de que se encontraba en un escenario bélico, de pie sobre sus cuatro patas, justo a su lado, las orejas tensas y la mirada escrutando cualquier resquicio sospechoso entre los árboles. ¿Estaría siendo guiado por sus instintos?

Los hombres también vivían la tensión previa a las batallas. Todos estaban armados y listos ya que no sabían lo que podían encontrarse cien pasos más adentro. Alvarado les había mandado posicionarse en una amplia formación rectangular compuesta por tres cuadrados. El principal se encontraba en medio y lo componían la mayoría de los hombres. Justo en vanguardia se había colocado el capitán, montado en su caballo con la armadura a cuestras junto a los otros dos jinetes, Lares y Morón. A cada uno de los lados había otros dos cuadrados satélites algo más pequeños. Su función consistía en servir de brazo móvil de la tropa para poder actuar donde más falta hiciesen. Farfán solo conocía al líder de la suya, que era Francisco de Lugo, el hombre que había estado adiestrando a los perros durante todo el viaje. No eran más de veinte y, aunque ya conocía a todos de vista, solo había hablado con el soldado que se llamaba Bernal, que formaba a escasa distancia de él. No podía ver con claridad a los componentes del cuadrado del otro lado. Varias decenas de indios caribes les acompañaban como escuderos o asistentes de vituallas.

Los marineros observaban expectantes desde el San Sebastián. Las historias que le había contado Heredia resultaban más ciertas de lo que podían parecer en un principio. Farfán sonrió mientras, involuntariamente, visualizó al viejo vasco explicándole cómo, cuando había viajado con Hernández de

Córdoba, los miembros de la marinería apenas habían puesto el pie en tierra. Aquellos hombres de mar siempre se encontraban enfadados y, desde el resguardo de los navíos en los cuales fingían hacer algo, se reían y mofaban de los soldados que, a escasa distancia, se dejaban la piel y la sangre en todo tipo de labores.

Cuando ya todos se hubieron colocado guardaron silencio esperando que el capitán diera las siguientes instrucciones. Farfán observó que no llevaban ni un solo escopetero o cañón en el grupo. Solo disponían de cinco ballesteros que habían sido colocados justo detrás de Alvarado con órdenes de frenar cualquier acción hostil que iniciaran los indios. En Europa, aquellos ingenios de madera y cuerda habían desplazado completamente a los arcos en pocos años. Aunque algunos hombres conseguían manejarlos con verdadera destreza, no hacía falta mucha para poder dispararlos. Las flechas salían con una fuerza y una velocidad tal que podían atravesar sin esfuerzo las armaduras más duras.

Un chirrido metálico les hizo saber que Alvarado se había levantado la visera del casco. Avanzó varios pasos con su caballo y se dio la vuelta para ver a sus hombres. No le faltaba ni una sola de las piezas de su armadura que, aunque pulida, no era muy nueva. El rocín también llevaba algunas placas y cueros para proteger sus partes más vulnerables. El jinete, lanza y escudo en ristre, espada envainada, habló con voz potente:

— Avanzaremos hacia ese poblado. Parece deshabitado pero os fieis. No atacéis a nadie que no os ataque primero, no quiero iniciar una guerra innecesaria. ¡Soldados, marchad!

Y colocándose junto a Lares y Morón comenzó a avanzar. Los soldados les siguieron con paso firme emitiendo una sonora y metálica sinfonía al roce de sus armas y protecciones. Ventisca, que caminaba con decisión, parecía perfectamente concienciado de lo que iban a hacer. Garcés, hombro con hombro contra Farfán, le dijo en un susurro:

— Ahora es cuando nos van a joder bien. En cualquier momento empezará la lluvia de flechas y pedradas, siempre ocurre.

El aragonés había participado ya en la expedición de Grijalva siendo el único superviviente del grupo de amistades más cercanas que había forjado en ella. Había llegado en el San Sebastián con Alaminos, desde Santiago, una vez volvieron a Cuba. Provenía de una familia zaragozana en la que el padre se ganaba la vida como herrero. Él, por ser un segundo hijo, había tenido que buscarse la vida en la guerra, como tantos otros. Pese a ello, disfrutaba de unas de las armas de mejor calidad de la tropa.

— ¡Callaos!— contestó Peña sin ocultar su nerviosismo—. ¿No dijisteis que la otra vez no visteis un solo indio? Igual es una isla deshabitada.

El soriano era hijo de un molinero lo que explicaba su exceso de peso y la buena calidad y labranza de sus armas dado que era bien sabido que, los que desempeñaban ese oficio, podían llegar a amasar grandes sumas de dinero. Farfán no sabía todavía muy bien porqué se había enrolado rumbo a Indias. Solía preocuparse por cualquier cosa y se le podía tildar de muchas cosas antes que de valiente. Era torpe con el manejo de la espada, se cansaba enseguida y le costaba bastante tiempo familiarizarse con los desconocidos.

— Somos muchos y vamos bien armados— lo tranquilizó Farfán—. No nos va a pasar nada. Es probable que ni siquiera quieran pelear.

Conforme se fueron adentrando en el poblado pudieron ver con mayor detalle las características que lo diferenciaban del resto de villas que habían conocido. Las calles eran tierra prieta y no había adoquines por ningún lugar. Muchas casas no tenían ventanas y, las que sí, eran pequeñas y asimétricas. No cabía duda de que, hasta que habían desembarcado, aquel lugar debía haber bullido en actividad. Había huellas por doquier, herramientas de piedra y madera tiradas por el suelo, algo de comida e incluso un ave que, despreocupada, paseaba picoteando unas semillas de maíz que se habían desparramado desde un cesto, justo a su vera. El animal parecía por los colores una gallina pero era del tamaño de un pavo y tenía carnes flácidas y desnudas que sobresalían por los recovecos de su plumaje.

— Son gallipavos— aclaró Bernal a los soldados que más cerca de él se encontraban—. Hay muchos por aquí y estas gentes los comen.

El pueblo estaba muerto por lo que, sin mayor demora, Alvarado ordenó seguir adelante no sin antes requisar los escasos animales que, con expresión bobalicona, se les acercaron. Habían encontrado lo que parecía un sendero que serpenteaba entre la selva de modo que decidieron continuar por allí en busca de otra villa en la que pudieran conocer a los nativos. Mandó a Lares y a Morón con varios hombres en avanzadilla y ordenó también a los cuadros de los extremos que se alejaran del central para cubrir más espacio y alertar en caso de que alguien quisiera tenderles una emboscada por los flancos.

Aunque no hacía mucho del alba, la oscuridad pareció cernirse sobre ellos en cuanto se vieron escoltados por aquellos imponentes árboles de especies desconocidas hasta ahora. Farfán había tenido esa sensación antes pero no era lo mismo vivirla en España o Cuba que allí, donde todo parecía amenazador. Enigmáticos animales gruñían, berreaban o piaban como nunca antes había oído. Olores nuevos estimulaban su nariz, luces, sombras... Aquel era el sentimiento de abandono y desolación que tantas veces le había explicado Heredia. El viejo vasco nunca se equivocaba, había que vivirlo para saber lo que era.

— ¿Qué se siente al pensar que nunca un español ha llegado tan lejos?— preguntó Garcés mientras se aseguraba de que tenía el pomo de su espada bien aferrado.

— ¿No pasasteis de aquí?— preguntó incrédulo Peña.

— No. De aquí hacia adelante es todo misterio— habló de nuevo el aragonés—. Jamás un cristiano ha avanzado tanto en esta isla por lo que podemos encontrarnos cualquier cosa.

— ¿Dragones? ¿Gigantes?— preguntó Peña dejando aflorar sus nervios.

— Los dragones no existen— aclaró Farfán.

— ¿Y los gigantes?— volvió a la carga el soriano.

— Puede ser— respondió el sevillano—. Nunca he visto ninguno pero no me parece imposible.

— Antes había gigantes en España pero los mataron todos los romanos— comenzó a decir Garcés—. ¿Cómo habrían construido, si no, puentes y edificios tan altos?

— ¡Los romanos no esclavizaron a los gigantes!— repuso ofendido Farfán—. Los que tienen por oficio la arquitectura saben bien las ciencias y artes de elevar las piedras sin que se caigan. Los antiguos romanos también tuvieron que dominar esas técnicas.

— ¿Y los hombres con cabeza de perro?— preguntó Peña ignorando las explicaciones de su amigo.

— Seguro que existen por estas tierras, ya lo dijo...

Antes de que Garcés pudiera acabar su disertación, Francisco de Lugo, que los llevaba oyendo desde hacía un rato, les gritó con ira:

— ¡Silencio! ¿Qué queréis, que nos tiendan una emboscada? Si seguís así, hablando como las viejas, ni los putos perros serán capaces de oírla.

Aquella reprobación les hizo sentir verdadero miedo. Sabían que si hubieran hecho un alto en la marcha habrían sido castigados por el oficial por lo que permanecieron en silencio el resto de la caminata por si, por casualidad, se olvidaba del asunto.

A una legua de distancia llegaron a la siguiente población, que aunque era más grande, también parecía desierta. La mayoría de las casas eran de madera y hoja de palma aunque había algún edificio de mayores proporciones construido en piedra. Tras cada recoveco parecía haberse encontrado una persona escasos minutos antes porque también encontraban signos de vida. Cenizas aún candentes, ropas y muchas más de aquellas aves enormes.

— No hay nadie— dijo Bernal.

— Requisad todos los animales y la comida que veáis— ordenó Alvarado desde su caballo—. Volveremos al primer pueblo y nos instalaremos allí hasta que venga Cortés con el resto de los hombres.

Mientras los soldados registraban las casas, un grupo de ellos se adentró en uno de los edificios de cal y canto. Alvarado discutía con Lares y Morón sobre dónde podrían haberse ido los indios. No llevaba intención de hacerles daño si se mostraban pacíficos y colaboradores por lo que no entendía que hubieran huido tan rápido. Le parecía extraño que ni siquiera hubieran encontrado ancianos ya que, en aquel pueblo, era poco probable que se esperara la llegada de los españoles y, partiendo con tan poco tiempo, no todos se habrían encontrado lo suficientemente válidos y ágiles como para moverse con tanta velocidad.

— Señor— dijeron los soldados que se habían introducido en el interior del edificio de piedra—. ¡Aquí dentro hay oro!

Aquellas fueron las palabras mágicas que hicieron que hasta el último de aquellos hombres dejara lo que estaba haciendo y, con vista y oídos finos, prestara atención a aquellos afortunados que habían encontrado tan preciado metal. Alvarado descabalgó de un salto y se introdujo, a grandes zancadas, en el interior del edificio, que no era muy grande.

Al principio apenas vio nada pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad restante comenzó a advertir formas y figuras labradas en piedra que representaban grotescos y espeluznantes demonios. Aquello se le antojó un templo a Satanás y, santiguándose, dijo:

— Sacad todo lo que haya de valor y vámonos. En otra ocasión tendremos que destruir este nido de paganos que bien podría ser un portal al infierno.

Los hombres quedaron aterrorizados ante aquella idea por lo que se dieron toda la prisa que pudieron en cargar en brazos todo lo que parecía valioso del interior. Justo antes de salir, Alvarado se fijó en una escultura de grandes proporciones en la que pudo reconocer un rostro humano y algunos animales como águilas y tigres. Acercando delicadamente los dedos pudo palpar la textura de la piedra pero, al volver a retirar la mano, notó que ésta había quedado impregnada de un fino polvo. Se lo acercó a la cara para averiguar de qué se trataba y, cuando lo supo, se limpió los dedos en la armadura para,

esbozando una mueca de desprecio e ira, decir en una voz tan baja que solo él pudo oír:

— Sangre... es sangre seca. Pobres infelices, el Diablo los tiene bien cogidos.

La sensación de desolación que antes había experimentado Farfán se había cernido sobre toda la tropa. De una manera u otra todos sabían que Alvarado había hallado sangre seca en el templo y era bien sabido que los indios practicaban ceremonias que resultaban abominables para aquellas mentes europeas como el sacrificio humano o el canibalismo. Aquello aterraba, aunque no quisiera reconocerlo, hasta al más fornido de los veteranos. Los hombres estaban comenzando a sentirse nerviosos y desmoralizados, querían salir de allí, volver a ver las velas del San Sebastián y sentirse a salvo. No pocos se sintieron aliviados cuando el capitán dio la orden de regresar.

Justo cuando se disponían a marchar, uno de los perros se puso a ladrar encarecidamente junto a la entrada de una pequeña casa. Alvarado mandó a varios hombres que la registraran y al poco salieron con tres indios que, en vano, intentaban zafarse de aquellos brazos metálicos. La mayor de ellos era una mujer de mediana edad que vestía con unas mantas que le cubrían desde las rodillas hasta el cuello. Su pelo, largo y lacio, le llegaba hasta la cintura. Los otros eran dos adolescentes que parecían hermanos gemelos e hijos de la mujer. A los hombres que pisaban aquellas tierras por primera vez les resultaron peculiares sus rasgos faciales, tan diferentes de los que tenían los indios caribes de las islas antillanas. El tono de piel era igual de oscuro pero sus pómulos y su frente estaban más remarcados y sus ojos tenían cierto aspecto almendrado.

Alvarado intentó comunicarse con ellos pero, tras varios intentos, no consiguieron entenderse. Echó en falta a Melchorejo, uno de los indios que habían capturado la anterior vez que pisaron aquella isla y que le hubiera sido de utilidad para traducir aquel extraño idioma con las escasas palabras del castellano que había aprendido. Volvió con él cuando se separó de la flota de Grijalva pero ahora se encontraba en el navío de Cortés.

Cuando llegó a la conclusión de que no iba a lograr un diálogo claro

ordenó de nuevo la retirada al anterior poblado. En cuanto al camino de vuelta, aunque les llevó menos tiempo recorrerlo, les pareció mucho más largo. Volvían la vista atrás en todo momento escrutando las sombras y oscuridades de la selva, en guardia, por si algún extraño ser se abalanzaba sobre ellos. Los cinco soldados que fueron puestos para cubrir la retaguardia fueron los que más miedo pasaron y, como bien contaron más tarde a sus compañeros, creían haber visto cuernos y haber podido oler el azufre que debía emanarse por alguna grieta o cueva por la que debían ir y venir los demonios que corrompían a aquellos paganos.

Ya en la costa pudieron recobrar la calma cuando vieron cómo, además de las velas del bergantín con el que habían venido, ya habían arribado a la isla otros dos de los navíos. De ellos habían desembarcado decenas de hombres que comenzaban a instalar un improvisado campamento.

Capítulo XXXVII:

La nao capitana, en la que viajaba Cortés, fue la última en arribar a la isla junto con la de Francisco de Morla. Después de la tormenta que les acaeció a la salida de Cuba todos los navíos habían quedado desperdigados por el mar. El General intentó volverlos a juntar navegando frenéticamente de Norte a Sur y de Este a Oeste pero apenas pudo reunir más de cinco pues la mayoría, al verse solos, habían partido con destino a Cozumel. También él tuvo que pedir al resto que siguieran la marcha cuando descubrió que el navío de Morla había perdido el timón. No quería que los soldados gastaran los víveres en alta mar ya que mientras se encontraran en tierra podían cazar y recoger frutos con los que abastecerse sin tocar las legumbres y tocinos en conserva que llevaban.

Apenas habían comenzado a intentar improvisar un nuevo timón cuando el antiguo apareció flotando junto a la nao capitana. Aunque arrancado, se encontraba de una pieza, por lo que no les costaría demasiado esfuerzo repararlo. El capitán que lo perdió, Morla, se armó de valor y, pidiendo que lo atasen con una cuerda por la cintura, se echó al mar a recuperarlo. Tras varias brazadas consiguió aferrarlo y, siendo remolcado por los rudos marineros, fue aupado de nuevo hasta su embarcación. Aquello fue visto por los hombres como un buen augurio y en cuanto consiguieron volver a unir el timón con maderas y tachuelas improvisadas prorrumpieron en vítores y aplausos. Sin más demora partieron rumbo Cozumel tal y como habían hecho los demás.

María disfrutó mucho de la travesía pues amaba aquella sensación de libertad que solo la navegación podía brindarle. La brisa marina mecía sus cabellos sueltos y el sol bruñía su fina piel. Junto a aquellos marinos y hombres de guerra podía dejar de comportarse, por momentos, como la mujer que era. Si bien era cierto que la mayoría de las veces la trataban como a una dama, se quitaban el sombrero al hablar con ella o le lanzaban algún halago, otras muchas era completamente ignorada y podía inmiscuirse en los asuntos de los soldados como si de uno más se tratase. Escupía, blasfemaba, berreaba cuando se organizaba algún pulso animando al que mejor le pareciera e incluso trepaba por los mástiles para otear mejor el horizonte.

Andrés de Tapia había intentado seducirla en varias ocasiones pero ella se comportó de una manera desconcertante y defensiva, como siempre solía hacer. Farfán había llegado a captar aquel tipo de reacción e incluso podía bromear con ella pero su nuevo amigo, que apenas la conocía, no se acababa de acostumbrar. De cualquier forma, no llegaba a turbarlo como conseguía hacer con el sevillano con facilidad. Tapia sabía cómo evadirse de sus indirectas y comentarios socarrones llegando, a veces, a dejarla con la palabra en la boca y marcharse con una sonrisa fingiendo tener que hacer algo en otra parte.

Orteguilla disfrutaba como el que más hablando con todos aquellos hombres que siempre tenían alguna historia fascinante que contarle. Su padre, junto con Heredia y Vecellio, el veneciano que acababa de llegar, solían reunirse a rememorar historias de las guerras de Italia.

Durante la travesía conocieron a varios personajes importantes que hasta ahora no habían visto. Uno se llamaba Diego de Godoy y era el notario real. Se trataba de un hombre de mediana edad de pelo canoso y escaso y su tarea era dejar constancia de todo lo que aconteciera en la expedición para que se diera relación de ello en España. Otro fue un indio al que habían bautizado como Melchor y que la gente llamaba Melchorejo. Había sido capturado en Cozumel por los hombres de Grijalva y, tras un año de convivir con los españoles, había aprendido a chapurrear su lengua. Lo llevaban como intérprete y, aunque vestía con camisa blanca de seda y pantalones al uso castellano, sus rasgos físicos, su tez morena y su pelo negro y lacio no le hacían pasar inadvertido.

Hernán Cortés solía reunirse en la proa junto con Portocarrero, el alférez Villarroel y el padre Olmedo para dirimir los asuntos del mando. Los soldados desconocían completamente lo que se proponían pero tampoco se atrevían a interrogar a aquellas eminentes figuras. No entendían el motivo por el que el General tenía tanta obstinación en desembarcar en aquella pequeña isla pero suponían que debía tratarse de algo importante.

Cuando divisaron Cozumel, Cortés contó los barcos con preocupación. Siete, eran siete, que junto con el suyo y el de Morla, sumaban nueve. Faltaba uno pero supuso que acabaría arribando más tarde.

Fueron recibidos cordialmente por los hombres, que habían levantado eficientemente un campamento en la costa. Se habían desplegado cubriendo una amplia zona del terreno que incluía un pequeño poblado de chozas de madera y hojas de palma y montado puestos de guardia con centinelas en la periferia de la misma. En cuanto Cortés puso un pie en tierra fue abordado por algunos de sus capitanes como Alvarado, Ordaz, Montejo, Olid y Velázquez de León. Con todo lujo de detalles lo pusieron al día de todo lo que había acontecido en su ausencia. Llevaban dos días allí y no habían visto a los nativos. Los dos pueblos que habían sido inspeccionados estaban vacíos y, desde entonces, no habían hecho más incursiones en la selva. Cortés quedó tremendamente disgustado ante la narración de Alvarado pero supo disimularlo cuando le contestó. No le gustaba gritar porque sabía que las palabras, dichas despacio, en voz baja y con contundencia podían ser todavía más devastadoras:

— Las órdenes eran claras, seguir a la nao capitana. La tormenta excusa que nos disipáramos pero tras ello debisteis buscarnos en alta mar y, si no os hubiera quedado otra opción que llegar aquí, haber esperado nuestra llegada sin adentrarse en tierra.

— ¡Quisimos allanar el camino para vuestra llegada!— repuso Alvarado comenzando a entender que se avecinaba una reprimenda.

— Y eso me parece una buena táctica pero, ¿era necesario que saquearais dos poblados?— Cortés relajó un poco el tono de sus acusaciones, no quería perder a aquel capitán por algo que tampoco revestía de gran importancia—. Tenemos instrucciones de estar en paz y a bien con los indios. Ya sabéis cómo os hicieron la guerra cuando lo de Grijalva, ¿queréis que eso vuelva a ocurrir?

Alvarado sabía que el General tenía razón pero no quiso dársela así como así. Sin apartar el contacto visual con él murmuró algunas palabras y congestionó su rostro intentando reprimirse. No había causado grandes perjuicios en los indios más allá de llevarse unas cuantas gallinas y algunos objetos de oro bajo y poco valor. De cualquier forma, ni siquiera entendía por qué tenía que estar dándole explicaciones a aquel hombre. Pensaba que, después de haber sido capitán y armador con Grijalva y dado su historial en Indias, debía haber recaído en él el mando. Diego Velázquez ni siquiera lo había

tenido en cuenta y aquello le llenaba de pesar y odio. En un principio no quiso participar en más incursiones en Yucatán y deseó a todos los que fueran después de él la muerte a manos de aquellos salvajes. Aunque finalmente el espíritu aventurero y las tentativas de Cortés consiguieron enrolarlo en la tropa no se iba a subordinar tan pronto. Aquel refinado hidalgo solo le aventajaba en dinero porque, que él supiera, apenas tenía experiencia en asuntos de guerra.

Cortés, por otro lado, sabía que en la tropa comenzaba a rumorearse que no estaba siendo capaz de dirigir el ejército como era debido. Que Alvarado, guiado por su piloto Camacho de Triana, hubiera llegado primero y hubiera tomado decisiones sin su consentimiento se veía como un acto de rebeldía hacia su persona. No podía tolerar aquello ya que aquel capitán, aunque figura principal del ejército, ni siquiera parecía formar parte del bando de los adictos a Velázquez, que día tras día maniobraban a sus espaldas para intentar hacerse con el control. Tenía que dejar claro que era él la autoridad pero no quería romper la amistad con Alvarado por lo que, tras llegar a una resolución, dijo:

— ¡Villarroel! Tomad preso al piloto Camacho de Triana y mandadlo con grilletes a las bodegas de carga de la nao capitana. Que pase allí dos días a pan y agua. Después será azotado debidamente delante de todo el ejército por las muestras de insubordinación que ha manifestado.

Alrededor suyo se encontraban una cincuentena de soldados que comenzaron a murmurar ante aquella orden. Si bien era cierto que alguien debía pagar por lo que había ocurrido se sentían desalentados por el hecho de que tuvieran que sufrir castigos tan pronto. Cortés, notando el creciente malestar, elevó la voz para que todos lo oyeran.

— Don Pedro, querido amigo. Sabe Dios que solo somos un pequeño grupo de españoles que, aunque valientes y osados, no somos ni la milésima parte del número de hombres que deben poblar estas tierras. Solo con pericia, amor y buen hacer conseguiremos llevar a buen puerto nuestra empresa. Si nos enemistamos con los indios solo la milagrosa intervención de Nuestro Señor podrá salvarnos de una muerte segura. No debemos hacer daño a ninguno de estos indios, ni a sus casas, ni mujeres ni haciendas.

Los soldados comenzaron a asentir con la cabeza y a comentar que tenía razón. Cortés sintió cómo el control volvía a su ser y, deleitándose con ello añadió, refiriéndose a otro de los amigos que allí tenía, lo suficientemente alto como para que todos los presentes lo oyeran:

— Escalante, reunid a Melchorejo y a esos indios que capturó Alvarado y, con cinco hombres, id en busca del primer poblado en el que estén escondidos los nativos que han huido. Les devolveréis todo lo que les hemos quitado y como ya no podemos hacer nada por las gallinas que han sido comidas llevadles cuentas de colores y cascabeles como pago por ellas.

Villarroel y Escalante partieron enseguida para cumplir las órdenes recibidas y, tras ello, Cortés mandó formar a todo el ejército para pasar revista. Con la apresurada salida de Cuba, siempre esquivando las encerronas del teniente Velázquez, aún no había conseguido contar el número exacto de hombres que se habían alistado bajo su mando. Tenía vagas ideas de cuántos podían ser pero no fue hasta que los hubo colocado en formación cuando por fin supo el número exacto. Junto con Portocarrero, el notario Godoy, Ordaz, Montejo y Francisco de Lugo fue contándolos.

— Quinientos veinte infantes, treinta y dos ballesteros, trece arcabuceros, diez cañones, dieciséis de a caballo, doscientos indios cubanos, cinco negros, cincuenta y ocho marineros y un nutrido grupo de mujeres y familiares— puntualizó Godoy.

— Somos más que nunca— añadió Montejo—, pero minúsculos comparados con las ricas y pobladas naciones que moran allende los bosques.

— Somos suficientes— dijo Cortés sonriendo—. Tenemos caballos, pólvora, una honra y sangre española y la fe en Cristo. Nada nos detendrá.

— ¿Habláis de los dieciséis caballos?— preguntó Ordaz con malicia.

— Diecisiete— apuntó rápidamente Portocarrero—, o, al menos, muy pronto. La yegua de Núñez Sedeño parió un potrillo sano en alta mar.

Al oír aquel comentario el silencio reinó durante algunos instantes. Los

hombres se detuvieron y, mirándose unos a otros, estallaron en carcajadas. Eran pocos, lo sabían, pero se sentían optimistas frente a lo que podía depararles el futuro.

Capítulo XXXVIII:

Aunque Farfán se saludó efusivamente con sus compañeros cuando se reencontraron, apenas pudo pasar mucho rato con ellos. Se recibieron con abrazos y les presentó, tal y como era debido, a sus dos nuevos amigos; Peña y Garcés. No tardaron mucho en hacer buenas migas entre todos pues parecían estar formando el núcleo de aquello que Ortega le había contado muchas veces sobre los compañeros de armas que acaban convirtiéndose en parte de la familia.

Al volver a ver a María sintió aquel típico retorcijón en el estómago y la vio tan hermosa que creyó que, o había embellecido durante el viaje, o no recordaba bien su fisionomía. Con el abrazo que se dieron notó la fina piel de su cuello en sus manos y sus firmes pechos sobre su torso. Aquello era demasiado, hubiera deseado permanecer en aquella postura durante un milenio si hubiera podido.

Pero la mayor parte del tiempo la joven se sentía sola ya que los hombres tenían que desempeñar sus labores bélicas. Se reunía con el resto de mujeres o se adentraba a curiosear entre los árboles hasta que algún centinela la encontraba y le obligaba a volver al campamento. De vez en cuando iba a ver cómo Heredia practicaba el tiro con su arcabuz con el resto de escopeteros. Otras veces se divertía con Ortegilla o se acercaba hasta donde los soldados como Farfán, Tapia u Ortega practicaban con las armas, cavaban zanjas, movían bastimentos o se relevaban en los puestos de vigilancia.

Farfán se encontró, en una mañana limpia en la que junto con Peña y Garcés montaban guardia en un claro de la selva, con aquellos dos jinetes que conoció en el viaje. Aunque oían a lo lejos el bullicio del campamento agudizaban el oído para captar los sonidos de la selva y que no les pillaran desprevenidos en una emboscada. Estaban cómodos porque los árboles les hacían sombra y el aire se renovaba constantemente por el viento con lo que la temperatura les resultaba muy agradable. Se habían sentado en troncos secos y piedras para hablar animadamente mientras se comían el almuerzo, una

pequeña ración de pan con tocino y media cebolla que les habían traído unos indios cubanos a cada uno. Ventisca se había dormido, cosa que los tranquilizaba.

— ¡Que no vais a ir vos solo!— oyeron una voz entre la espesura.

En un segundo se encontraron en guardia y con las espadas desenvainadas pero, cuando Farfán reconoció la voz de aquel apuesto jinete, les indicó que volvieran a guardar las armas.

— ¡Que sí!— respondió Morón—. Yo solo rescataré a esos cristianos.

— Pero... ¡por Dios!— clamó desesperado su compañero.

— ¿Quién vive?— preguntó bruscamente Garcés.

Cuando los dos jinetes, que caminaban sin sus monturas pero con la armadura equipada casi al completo, llegaron hasta el claro, se identificaron:

— Somos Lares y Morón— dijo el primero—. ¡Ah! Farfán, estáis aquí.

— Valerosos soldados— añadió pletórico Morón adelantándose a su compañero—. El General ha dicho que en esta isla hay varios cristianos que naufragaron hace ya algunos años. Ha mandado a unos indios con cartas para ellos pero, como se demoran, creo que es nuestro deber ir en vanguardia a rescatarlos.

Apenas llevaban dos días allí y Cortés ya había conseguido restablecer la paz. Acertó de pleno devolviendo sus posesiones a los indios y pagando las gallinas con baratijas porque al día siguiente, y con timidez, fueron llegando los caciques y principales nativos. El acercamiento fue calculado al detalle para no levantar ningún agravio en los contrarios, parecía que ambos pueblos no buscaban otra cosa que la paz. El General, a través de Melchorejo, les indicó que nada debían temer de los españoles, que eran gentes de buen corazón y que no iban a hacerles daño. Los indios se mostraron muy contentos de oír aquello pero no entendieron muy bien la segunda parte del mensaje, que debían someterse a vasallaje al rey Carlos V, que de ahora en adelante sería su señor y

protector y que debían abandonar sus cultos a dioses crueles e inexistentes. El acuerdo no avanzó demasiado en este aspecto pero los indios se mostraron muy colaboradores hospedando y alimentando a los recién llegados con todo tipo de manjares. En un momento dado Cortés les preguntó si sabían de otros españoles que vivieran en aquella isla y, en cuanto los indios le dijeron en qué poblado estaban, mandó a varios soldados con Melchorejo para recuperarlos.

— ¿Pero qué demonios...?— Lares parecía sobrepasado por la insistencia de su amigo— Os harán azotar como a Cermeño si seguís en esa tesitura. Tenemos órdenes de no abandonar el campamento so grave pena.

— ¿Dónde está vuestro valor?— bramó Morón dando un salto—. Hay españoles sufriendo la tiranía y la esclavitud por los caciques de esta isla y nosotros aquí de brazos cruzados. ¡Vámonos cuan caballeros andantes a salvar sus ánimas! Que me vengan a mí todos los indios del reino que yo solo... ni caballo necesito. Yo solo con mi espada y mis manos los venceré a todos. ¡Voto a Dios que lo haré!

Farfán advirtió cierto deje desquiciante en las palabras del jinete. Se movía frenéticamente y tenía la mirada perdida. Gesticulaba y hablaba con euforia. Aquel no era el hombre sosegado y reservado que había conocido en el barco de Alvarado.

— ¡Morón, no! No sois vos el que habláis y lo sabéis bien— dijo Lares cogiéndole por los hombros con aire preocupado.

— ¿Está borracho?— preguntó con timidez Peña.

— Ojala fuera eso— le respondió Lares.

— ¿Quién me sigue hacia una aventura sin par?— gritó de nuevo Morón ignorando a su amigo.

Estaban armando tal revuelo que los tres centinelas comenzaron a intranquilizarse. Se encontraban en paz con los indios pero si alguna fiera o algún malintencionado decidía atacarles no podrían sentirlos. La situación, cómica en un principio, estaba empezando a resultar molesta. Quedaba claro

que algo le ocurría a Morón, parecía haber perdido el juicio.

— Vámonos de vuelta al campamento— le dijo con delicadeza Lares cogiéndole por la cara—. Allí tramaremos algún plan para recuperarlos porque la isla es muy grande y si vais solo no haréis otra cosa que perderos. He oído que Cortés tiene en mente mandar a Ordaz con Melchorejo y otros cuarenta españoles en dos barcos hasta el lugar donde se supone están nuestros compatriotas.

— ¿Decís la verdad?— preguntó Morón.

— Todo hombre que se precie debe decir siempre la verdad— respondió—. No pondré ningún reparo en que lo acompañéis.

— En ese caso volvamos con presteza— sentenció Morón emprendiendo una frenética marcha por el sendero por el que habían llegado—. No querría que esos valerosos soldados partieran solos sin mi fuerza que, a veces, pienso que es tan infinita como pueden serlo las estrellas del cielo, que nunca nadie las ha conseguido contar por ser algunas tan pequeñas que, como unos hombres las ven y otros no, nadie puede asegurar que no haya millones más pequeñas.

Su verborrea era interminable y, justo antes de desaparecer de la vista de los centinelas, Lares dirigió una mirada tranquilizadora a Farfán, que aunque no la entendió, supo que tarde o temprano le explicaría lo que estaba pasando con su amigo.

— Ese hombre está loco de atar— dijo tajantemente Garcés.

— No lo sé— dijo Farfán—. Hace poco más de una semana, cuando lo conocí, era totalmente diferente, un hombre retraído.

— Razón de más, solo los locos cambian así.

— ¿No va a cejar Cortés nunca en esa idea de rescatar a esos náufragos que seguramente estén muertos?— preguntó Peña cambiando de conversación.

— No— respondió Garcés—. Maldito el día que los indios le dijeron que

seguían vivos. No se marchará de la isla hasta que los encuentre y, por lo que parece, no es éste nuestro destino. Quiere ir mucho más allá y si seguimos aquí nos acabaremos los víveres y el agua de los barcos.

— ¡Pero si los indios nos están tratando a cuerpo de rey!— se quejó Farfán por lo poco acertado de sus palabras.

— Sí, ¿pero por cuánto tiempo?— añadió Peña.

Garcés se pasó la mano suavemente por su rostro explorando con ella las hendiduras que le había dejado la viruela desde niño. Tenía la mirada perdida en una ramita que reposaba en equilibrio sobre un manto de hojas secas. Una pequeña araña se subió encima de ella y se mimetizó completamente cuando se detuvo.

— ¿Por qué habrá mandado a Ordaz para aquella misión?— preguntó Garcés.

— Ya sabéis que hay un grupo de soldados que no están conformes con que Cortés lleve el mando— respondió Farfán—. Según me han dicho Heredia y Ortega, Ordaz es una de las figuras más principales de esta facción.

— Ordaz es un hombre tan extraño— añadió Peña relamiéndose los restos de la grasa del tocino que se habían condensado en sus rollizos dedos tras almorzar—. Siempre habla de cosas raras o deja las frases a mitad para que cada uno entienda lo que quiera.

— Muchos otros capitanes se inclinan hacia ese bando como Morla, Velázquez de León, Escobar, que por cierto, aún no ha aparecido por la isla con su navío, y quizá Montejo— continuó Farfán.

— ¿Por qué habría de darles capitanías?— preguntó de nuevo Garcés intrigado—. Sí que ha hecho bien dándoselas a sus allegados. Escalante, Portocarrero, Olid o nuestro queridísimo capitán Francisco de Lugo le son adictos pero, ¿no sería mejor que aplastara a los otros? No le tembló la mano a la hora de azotar a Cermeño y a esos hermanos marineros que robaron un cerdo. ¿Cómo se llamaban?

— Los Peñates— aclaró Peña.

— Es verdad— dijo el aragonés—. ¿Son familia tuya?

— ¡No!

— Bueno, él sabrá lo que hace— concluyó Garcés—. Por algo es el General.

Capítulo XXXIX:

Hernán Cortés acarició suavemente el pulido cañón desde la parte de la mecha hasta la abertura por la que salían las balas. El liso tacto resultaba todavía más agradable por el hecho de que el metal quedara a la misma temperatura que el cálido ambiente. Junto a él se encontraba Portocarrero y algunos indios a los que había llamado para enseñarles las armas españolas. Uno de ellos, el que parecía principal, vestía unas ricas mantas bordadas y sobre la cabeza un gran sombrero de coloridas plumas. Colgados en los cinturones llevaban cuchillos de piedra y, aunque alguno llevaba algún arco, no había nada hostil en aquello. Tanto españoles como indios portaban sus respectivas armas pero ya hacía un par de días que habían bajado completamente la guardia al descubrir que ninguna de las dos naciones buscaba otra cosa que la paz. Los españoles se encontraban encantados de que les sirvieran aquellas tortas de maíz, la carne de los gallipavos o plátanos y otras frutas mientras les dejaban pasar la mayor parte del tiempo en calma, lejos de la tensión de la guerra. Los indios se maravillaban con todo lo que los visitantes habían traído. Los perros, los caballos, las ropas de seda, los arcabuces, las cortantes espadas metálicas y ahora los cañones... todo era nuevo y fabuloso.

— Esto se usa para disparar balas a gran distancia y con gran potencia— decía Cortés al cacique, que asentía sin entender nada.

— No os entiende, señor— le dijo Portocarrero.

Desde que se había ido Melchorejo con Ordaz no conseguían dialogar como antes con los nativos. Bien era cierto que, de todas las naciones europeas, la española era la que más facilidad encontraba para comunicarse con gestos y ademanes, por lo que, para lo básico, pudieron entenderse.

Al día siguiente de que Cortés llegara a la isla ya empezó a intuir indicios sediciosos en los mismos individuos de siempre. Ordaz mirándole de soslayo, Escudero buscando aliados entre la tropa baja, el padre Juan Díaz hablando maravillas de Velázquez... tenía que hacer algo para cortarlos de raíz. El

escarmiento que había dado al piloto Cermeño sirvió para que muchos que antes no le eran adictos lo fueran por miedo a sufrir las mismas represalias. Alvarado entendió que sus acciones no habían gustado al General pero no se disculpó ni se avergonzó por ello. Se mantenía siempre muy independiente pero, por el momento, pensaba que no iba a darle problemas. A Velázquez de León creía habérselo ganado antes de salir de Cuba por lo que él tampoco le preocupaba. El principal era Ordaz, y aunque no hacía tanto ruido como Escudero o Morla, no cabía duda de que era la cabeza de la rebelión y el más inteligente de todos.

Cortés lo admiraba, veía su potencial y no quería hacerle ninguna afrenta que conllevara una enemistad mayor que la que ya le profesaba por conveniencia con el teniente del Gobernador. Pensaba que aún lograría ganárselo como a tantos otros y en una tarde, cuando el sol se ponía, le ofreció algunas ventajas y tierras una vez finalizara la conquista. Ordaz se mostró oscuro y reflexivo, como siempre hacía, por lo que, tras ver que no podía llegar a ningún acuerdo firme, decidió que eliminarlo del mapa sería lo más correcto. Al día siguiente le ordenó que capitaneara a un grupo de cuarenta soldados y dos barcos para que fueran, llevando como intérprete a Melchorejo, cruzando el pequeño estrecho que separaba la isla de Cozumel de Yucatán, que no era mayor de dos leguas. El capitán no se negó ni hizo ningún tipo de aspaviento como cuando lo mandó a Guaniguanico para alejarlo de la Habana. Cortés dedujo que, aunque seguía intrigando contra él, debían haber aparcado la sedición por momentos. Su mando estaba resultando impecable por lo que parecía lógico que sus adversarios estuvieran reagrupándose, tanteando sus fuerzas y esperando a que bajase la guardia o algo le saliera mal para caer sobre él. De cualquier forma, mandó con él a Escalante para que lo vigilara.

— Tirad un tiro para que lo vean— le sugirió Portocarrero adoptando una postura magnánima.

— ¡Orozco!— gritó Cortés.

— A la orden de vuestra merced, mi General— respondió un hombre de unos cuarenta años que se acercó hasta él en dos zancadas.

Se trataba del capitán de artillería, un veterano de las guerras de Italia que

era bien conocido por su buena puntería, su arrojo y su capacidad de mando. Cortés descubrió demasiado tarde que, aunque llevaba una decena de cañones y falconetes, apenas llevaba artilleros. Cuando desembarcó en Cozumel y pasó revista a las tropas se encontró con que solo disponía de tres. Francisco de Orozco era el más experimentado, Alonso de Mesa era otro que también había participado en guerras europeas y Arbenga un joven que aseguraba haber aprendido los misterios de la artillería ya pasado a Indias. Resolvieron colocarles varios hombres para que los adiestraran en tan necesario campo y, de todos ellos, solo un tal Juan Catalán y un Bartolomé de Usagra resultaron alumnos aventajados.

— Preparad un tiro de cañón para que lo vean los indios.

— Sí, señor. ¡Arbenga! ¡Catalán!

Los dos jóvenes acudieron prestos a la llamada de su capitán, que con gritos cortos y concisos fue indicándoles lo que tenían que hacer. Arbenga limpió el ánima de impurezas con una broqueta al final de la cual había un paño mientras Catalán traía la carga de pólvora y la pesada bala de plomo.

— Esto se mete dentro— explicaba Cortés señalando la bola bajo la atenta y curiosa mirada de los indios—. Luego se produce la explosión y ¡pum! Sale disparado.

— ¿A qué apuntamos, señor?

— A ese árbol de ahí. ¿Podréis acertarle?

— Desde luego.

Cuando el cañón estuvo listo indicaron a los indios que se apartaran hasta una posición desde la cual pudieran tenerlo en el campo de visión junto con el árbol al que iban a disparar. Varios soldados se habían acercado para ver el tiro y la expectación era máxima. Los indios, que parecían pensar que los españoles se disponían a realizar algún tipo de ritual, sonreían divertidos y despreocupados.

— Levantad cinco grados. ¡Encended la mecha!

Mientras la pequeña cuerda fue consumiéndose algunos soldados se taparon los oídos con los dedos. La repentina detonación inundó el lugar de humo y fuego e hizo que los indios gritaran y se echaran al suelo aterrorizados. Cuando la humareda se disipó los españoles les ayudaron a levantarse. Algunos rieron a carcajadas cuando vieron a aquellos guerreros musculosos temblar como niños que acababan de tener una pesadilla. Miraban a diestro y siniestro intentando averiguar de dónde había salido aquel ruido. El cacique les hablaba frenéticamente, parecía darles una explicación. Incluso aquel olor desconocido de la pólvora los intranquilizaba.

— Mirad el árbol— dijo Cortés señalándolo.

El tronco no era mucho más grueso que un hombre pero se había partido de cuajo dejando un tocón humeante y las ramas clavadas en la tierra. Los indios no tardaron en descubrir lo que había pasado cuando el cacique, que fue el primero en entender el mecanismo del cañón, se lo explicó con todo lujo de gestos, palabras y sonidos. Los españoles reían divertidos y cuando los indios se repusieron del susto se unieron en su alegría. Cortés se sentía feliz de hallar entendimiento entre las dos culturas por lo que lamentó, en un principio, que Portocarrero lo interrumpiera diciendo en un susurro:

— Mirad allí, vuelve Ordaz.

La sonrisa de Cortés se desvaneció y despidiéndose del cacique con un apretón de manos se alejó en compañía de su amigo y capitán para ir al encuentro de los recién llegados. Los dos barcos fondearon a no mucha distancia de la costa para que por medio de los bateles fueran desembarcando los tripulantes.

La desilusión de Cortés fue máxima cuando Ordaz, que acudió junto a Escudero, Escalante y Morón, le dijo que no habían encontrado a ningún español. Tenían instrucciones de esperar seis días por si, corriendo la voz de pueblo en pueblo de que habían llegado unos navíos, los náufragos tuvieran noticia de ello y fueran a encontrarse con ellos. Durante todo ese tiempo no

recibieron más que las miradas curiosas de los nativos por lo que decidieron volver.

Cortés tenía que tomar una decisión importante. En el pliego de instrucciones se le había encomendado la tarea de rescatar a esos náufragos. Además de querer ceñirse a las órdenes y dejar constancia de ello frente al notario real, Diego de Godoy, pensaba que encontrar a unos españoles que habían vivido tantos años con los indios sería un gran golpe de fortuna ya que podría usarlos como intérpretes. No quería irse de allí sin, al menos, uno de ellos, pero ya llevaban diez días ociosos en aquellas costas y estaban perdiendo un tiempo muy valioso. Cozumel no le interesaba pues no era más que una pequeña isla en la que no había ni riquezas ni gloria. Tenían que ir más allá, a donde a Grijalva le habían hecho la guerra, ya que allí sería donde encontraría las naciones que pensaba rendir para su patria.

Los soldados ya sabían que estaban allí por los náufragos pero empezaban a aburrirse de aquella vida tan monótona. Fue por ello por lo que no le costó mayores esfuerzos ordenarles que levantaran el campamento para partir. Lo más juicioso sería seguir adelante y abandonar a aquellos pobres hombres. Cortés sentía lástima por ellos aunque, en el fondo, pensaba que lo más probable era que ya estuvieran muertos.

Al día siguiente se despidieron de los indios entregándoles cuentas de colores, cascabeles y algunas vestimentas castellanas y se embarcaron de nuevo en los navíos. La mañana era soleada aunque el viento soplaba con poca fuerza. No avanzaban todo lo rápido que debían pero aquello no le importaba porque seguían hacia adelante. Todavía no había hecho acto de presencia Escobar con su navío, al que habían perdido en la tormenta que les acaeció nada más salir de Cuba, por lo que a Cortés se le antojaban pocos los nueve mástiles que bailoteaban recortándose sobre el azul del mar.

No habían avanzado ni cinco leguas cuando la voz de que el San Sebastián se anegaba corrió de boca en boca hasta llegar a la nao capitana. Los navíos navegaban muy juntos y, aunque Cortés podía ver con claridad el pequeño bergantín de Alvarado, no podía hacer nada para evitar aquello. No quería perder ni uno más de sus barcos por lo que, muy a su pesar, ordenó

volver a Cozumel. El San Sebastián había navegado ininterrumpidamente bajo el mando de Grijalva y apenas tuvo en respiro en su estancia en Cuba. No sabía si le habían dado bien carena, mucho tiempo no habrían tenido, por lo que era de esperar que aquello ocurriera. Ahora tendrían que perder un par de días en la isla para poder restaurarlo.

Capítulo XL:

Los carpinteros se emplearon a fondo con los marineros para carenar el bergantín en el menor tiempo posible. Tuvieron que llevarlo hasta una zona de playa idónea en la que pudieron improvisar un rudimentario muelle en el que poder elevar el navío con unos troncos y cavando zanjas en la arena. Los indios acudieron intrigados para preguntar por qué había vuelto tan pronto si acababan de despedirse. A través de Melchorejo entendieron lo que ocurría por lo que el cacique mandó a una veintena de sus hombres para que ayudaran en las reparaciones.

Seguían en paz y con una relación cordial con aquellas gentes de modo que los centinelas que apostaban, como siempre era debido, tenían un papel más testimonial que real. Farfán había tenido la mala fortuna de ser nombrado para una de estas guardias, que se le estaba haciendo eterna. Daba la casualidad de que Orteguilla, que se encontraba aburrido, había ido con él para jugar con Ventisca. Se encontraban a media legua hacia la costa norte desde donde se habían detenido los diez navíos. El sevillano había cavado un pequeño hueco en la arena, justo debajo de una palmera que le daba sombra, en el que se había colocado cómodamente. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarse dormido por lo que, cuando el ritmo de gritos y ladridos no conseguía mantenerle despierto, dibujaba o escribía cosas en la arena con la punta de su espada.

María se acercó en el campamento al grupo de hombres y mujeres que comenzaban a repartir las raciones de comida. En cuencos iban sirviendo un pequeño plato de garbanzos que se acompañaba de un plátano. Los soldados se arremolinaban para adquirir su parte pero ella se aproximó al lugar donde se separaban las que iban destinadas a los centinelas. Isabel, una mujer regordeta que conocía, removía la olla con una larga cuchara de madera. Tomando uno de las raciones le dijo:

— Yo se la llevo a Farfán, está al Norte, en la costa.

— Vale. Tened cuidado no se os caiga que igual hacemos corto.

— Guardadme una a mí para cuando vuelva— y sin esperar contestación salió, con cuidado de que ningún codazo o empujón de los soldados la derribara, de aquella muchedumbre.

María caminaba descalza pues le gustaba sentir el tacto de la arena bajo sus pies. Finalmente había conseguido convencer a Heredia de que aquel vestido tan bonito que llevó al salir de Cuba iba a quedar reservado para las ceremonias y ocasiones especiales por lo que, ahora, vestía de una manera más cómoda. El calor era insoportable pero conseguía mitigarlo con una de aquellas camisas arremangadas hasta el hombro y con el escote bien descubierto. Sus faldas, largas y blancas, solía llevarlas por las rodillas ya que se las levantaba para poder correr con mayor facilidad. Los soldados habían comenzado a acostumbrarse a ella, a la que tenían por una muchacha que solía ir corriendo de un lado a otro, comportarse como una niña salvaje y no guardar las formas y modales que, como dama española, le correspondían.

Apenas se había alejado de la multitud cuando oyó que alguien la llamaba por detrás. Se trataba de Andrés de Tapia, que le preguntó:

— ¿Dónde vais con tanta prisa?

— Llevo la comida a Farfán, que está de guardia— respondió—. ¿Habéis comido vos?

— Sí. Os acompañaré.

Tapia vestía como el resto de soldados. Tal y como le había contado, llegó a Indias sin apenas nada, y de no ser por la generosidad de Diego Velázquez, quizá ni siquiera hubiera podido embarcarse en la expedición. Por encima de unas botas de cuero desgastadas y con algún agujero ascendían unas calzas marrones que iban a morir bajo unos calzones oscuros. Sobre el torso solo llevaba una camisa amarillenta desabrochada hasta mitad del abdomen y, ceñida al cinturón, la espada.

María se vio forzada a tener que caminar ya que su amigo no mostró

demasiadas intenciones en correr. A aquel ritmo Farfán habría de comerse los garbanzos fríos pero aquello tampoco tenía mucha importancia, con aquel calor era imposible llevarse a la boca nada caliente.

— Es verdad que estamos en paz con estas gentes pero no deberíais andar sola por las selvas, es peligroso— comenzó diciendo Tapia.

— Voy por la playa— repuso María—. Durante casi todo el camino no me van a perder de vista los del campamento y, cuando lo hagan, seguramente comience a verme Farfán. ¿Qué podría pasarme?

— Los indios podrían raptaros.

— Ya lo hicieron una vez— rió la joven con energía—. Y no me fue mal. Sí que es verdad que me obligaron a trabajar como esclava pero aprendí mucho.

— ¿Vuestra estancia en Cuba? Algo me han contado de ella.

— Vivir tantos años sumergida en la selva despertó algo en mí que jamás creeríais. A veces hablo con algunos de los veteranos que han sufrido mil despropósitos por el Darién o en los viajes de Hernández de Córdoba y Grijalva y me doy cuenta de que he vivido las mismas emociones que ellos.

— Esos hombres conocen todos los secretos de la selva— puntualizó Tapia fijando la vista en los árboles que tenían a la derecha—. Las han recorrido de cabo a rabo pero vos, como niña, no podéis igualaros a ellos.

María se sintió ofendida por aquel comentario por lo que respondió a la defensiva:

— Yo no he guerreado como ellos en las selvas y reconozco que saben mucho pero no es ni la décima parte de lo que saben los indios de su tierra. Yo, a mis diez tiernos años, era capaz de recorrer dos leguas completamente sola entre el poblado en el que vivía y algún manantial, árbol mágico o lugar donde crecieran ciertas plantas a los que me mandaban a por materias. Me orientaba con las sombras, los sonidos, las marcas de los troncos o incluso los olores. Tuve que espantar fieras que no hubieran tenido con mi pequeño cuerpo ni para

un aperitivo. No me digáis que no conozco ese sentimiento de la selva, sois vos el que acaba de llegar y es el inexperto.

Tapia se dio cuenta de que su comentario no había sido el más acertado. Reconocía que María era una muchacha excepcional y quizá fuera por ello por lo que se sentía atraído por ella. Era rebelde, salvaje y, aunque no quisiera reconocérselo, una verdadera veterana. Solo tenía dieciséis años pero sabía más de los asuntos de Indias que la mayor parte de los que allí se encontraban. Siempre había sabido entenderse bien con los indios cubanos por haber convivido con ellos y, ahora, en Cozumel, también había demostrado mayores conocimientos sobre sus usos y costumbres. Tenían ya claro que aquellos nativos eran diferentes a los caribes que conocían, otra raza quizá. Podían advertir ciertos cambios en su fisionomía, su manera de vestir, edificar o comportarse. Mientras que los primeros habían vivido ociosos, trabajando lo justo para poder pasar al día siguiente sin pensar en el futuro, los de aquella isla tenían todas las características de las grandes naciones. Se organizaban, se repartían el trabajo, tenían sacerdotes, jueces, líderes, capitanes, artesanos...

Caminando como iban llegaron hasta donde Farfán montaba guardia. Encontraron al soldado profundamente dormido, cruzado de brazos, el sombrero cubriéndole media cara y la espada en el suelo. Orteguilla los saludó y volvió a abalanzarse sobre Ventisca, que con mirada cansada pareció implorarles que se llevaran al niño de allí para poder dormir como su amo. Tapia se puso un dedo en los labios para mandar callar a María y, clavándole con delicadeza un dedo en su cintura, la instó a permanecer quieta. Tras ello avanzó sigilosamente hasta colocarse justo detrás del sevillano y, poniendo su boca a un palmo de su oído, gritó emulando la voz militarizada de Francisco de Lugo:

— ¡Farfán! ¿Qué demonios hacéis dormido?

— ¿Quién vive?— exclamó el soldado echándose una mano al sombrero y la otra a la espada—. ¡Capitán!

Aquella mueca, que se balanceaba entre la sorpresa y el pavor, le resultó harto graciosa a María, que junto con Tapia y Orteguilla, irrumpió en

carcajadas. La joven se estaba riendo tanto que llegado a un punto tuvo que ponerse de rodillas y dejar la comida en la arena para tumbarse bocarriba. El pecho le dolía, lloraba y comenzaba a sentir la falta de aire de aquella risa imparable. Ventisca se acercó en silencio hasta el cuenco y comenzó a olisquear la tapa de madera para averiguar cómo acceder a la comida.

— ¡Algún día os daré muerte a los dos por esto!— bramó Farfán, que aunque al principio pareció malhumorado, acabó cediendo a la risa.

María se aferraba con fuerza el abdomen, que subía y bajaba, intentando controlar aquellas hilarantes contracciones. No fue hasta que la tapa de la comida cayó sobre su hombro cuando recuperó la cordura y, apartando a Ventisca de un manotazo, gritó:

— ¡Eh! ¡La comida!

— ¡Chucho!— gritó Farfán acudiendo a apartar al animal—. Esto no es para ti, vete y caza algo como los otros perros.

Y agachándose junto a la joven recogió el cuenco y volvió a su sitio para comérselo. Con la cuchara tanteó entre los garbanzos hasta que encontró un trozo de panceta y otro de oreja de cerdo, lo que le hizo esbozar una amplia sonrisa. Ventisca meneaba la cola justo en frente de él esperando que le lanzara alguno de aquellos succulentos bocados.

Se estaba terminando de comer el plátano cuando María, que aquel momento había estado hablando sin parar con sus dos amigos, dijo:

— Mirad aquello, allí en el mar.

A no mucha distancia de allí una canoa bordeaba la línea de costa. En ella vieron a tres individuos morenos, semidesnudos y ataviados con adornos y pinturas locales. Eran tres hombres esbeltos, con largas cabelleras oscuras recogidas por la parte posterior. Aunque en un principio describían círculos finalmente aceleraron la velocidad impulsándose vigorosamente con los remos.

— ¿Quiénes son?— preguntó Farfán engullendo de un bocado el plátano.

— No lo sé— respondió Tapia.

Con el impulso que llevaban la canoa se introdujo varios pasos en la arena y los tres hombres tomaron tierra. Iban armados con arcos, carcaj lleno de flechas y cuchillos de piedra. Uno, que llevaba unas prominentes barbas oscuras, iba delante y los otros, que aparentando cierto temor, lo seguían uno a cada lado con las flechas hilvanadas.

— María, poneos detrás— dijo Farfán poniéndose en pie y levantando la espada.

Farfán y Tapia se pusieron hombro con hombro dejando detrás a María y Orteguilla. Ventisca fue a colocarse justo al lado de su amo; pese a que no hubiera querido compartir su comida, no por ello le profesaba menos lealtad canina.

Ambos grupos fueron acercándose y los indios, al ver los destellos de las armas metálicas, tensaron levemente las cuerdas de sus arcos. El de la barba les dijo algo e hizo un gesto con las manos con el que pareció pedirles que se calmaran. Los españoles se colocaron en guardia. Farfán no quería ser el soldado que rompiera aquella pacífica convivencia por lo que, pretendiendo evitar confusiones, dijo hablando en voz alta y despacio:

— No queremos haceros daño. Deponed vuestras armas, somos amigos.

En aquel momento notó un tirón en su cinturón. Sobresaltado, echó una ojeada a su espalda para ver qué estaba ocurriendo. María le había quitado su navaja y tras abrirla la esgrimía con aquel brazo de mujer justo a su derecha. Los dos soldados se sorprendieron de aquel gesto pero, instintivamente, supieron que sería mejor que no trataran de contrariarla ya que si bajaban la guardia con ello podrían ser atacados por los indios.

El hombre de la barba se quedó inmóvil, mirándolos durante largo rato. Se encontraban tan cerca que de una estocada podrían haberse alcanzado los unos a los otros. El tiempo parecía haberse paralizado y la tensión fue máxima hasta que aquel salvaje dijo en un claro y precario español:

— ¡Santa María y Sevilla! ¿Sois cristianos e cuyos vasallos?

Capítulo XLI:

En cuanto Hernán Cortés supo que había llegado al campamento uno de los náufragos españoles acudió a su encuentro con la mayor brevedad que le fue posible. No se acobardó ante aquella disonante apariencia salvaje que contrastaba con las barbas largas y oscuras tan poco frecuentes en el mundo indígena. En realidad, nunca antes había visto que se combinaran en una misma persona con aquellos cabellos largos, trenzados y rapados por encima de las orejas.

El hombre se llamaba Jerónimo de Aguilar y hacía ocho años que había ido a desembarcar en aquella isla con un puñado de náufragos después de que su navío se anegara. Cortés, que vio que por haber estado tantos años sin hablar su lengua natal le costaba encontrar las palabras adecuadas para expresarse, no quiso saturarlo demasiado al principio. Le entregó ropas españolas y le pidió que se aseara y descansara en una tienda durante unas horas.

La noticia cundió en el campamento hasta el punto en que, en cuestión de minutos, todo el mundo estaba enterado de su llegada. Los dos indios que le habían acompañado, por ser de un pueblo que se encontraba en guerra con el que los había acogido, se mostraban recelosos y asustados ante la presencia de los españoles y sus aliados. Cuando Aguilar salió de la tienda vestido y aseado se reunió con ellos y les pidió que fueran con él en todo momento. Tras todos esos años corriendo semidesnudo por la selva, sin otra cosa con la que cubrir su cuerpo que aquellos tintes rojizos derivados del barro con los que se protegían de los mosquitos, las ropas le parecían hartamente molestas. El cuello de la camisa, pese a estar desabrochado hasta mitad del pecho, le ahogaba, y el resto de prendas le picaban. Sabía que otrora, cuando fue fraile, no le molestaba andar vestido, por lo que intentó tranquilizarse pensando que ya se acostumbraría.

Los soldados se habían arremolinado alrededor de su tienda esperándole. Cuando vieron a aquel español que llevaba el pelo a la usanza india comenzaron a murmurar. Se había creado una gran expectación, todo el mundo quería oír las aventuras de aquel valiente. Cortés fue a su encuentro junto con el padre

Olmedo, que desde que supo que el hombre también era un eclesiástico mostró una gran curiosidad por él. Cuando el General le preguntó por su historia, Aguilar se irguió y, tras carraspear sabiendo que tendría que hablar durante algún rato, comenzó su monólogo.

Les explicó cómo, habiendo viajado al Darién tuvo que volver a las islas antillanas cuando Núñez de Balboa y Diego de Nicuesa se enfrentaron. Llevaba por capitán a un tal Valdivia y, tras naufragar, fueron a dar a aquella isla un puñado de hombres y mujeres. Los indios mataron, sacrificaron y se comieron a todos salvo a tres, que consiguieron escapar.

— ¿Dónde os habéis refugiado todos estos años?— preguntó un soldado irrumpiendo en su disertación.

— Corrimos buscando a otro señor o cacique que estuviera en guerra con los indios que nos apresaron para ponernos a su merced y que nos protegiera. A mí me hirieron y casi me capturan pero un hombre llamado Gonzalo Guerrero me rescató. Encontramos a esos indios y nos acogieron en su pueblo, que se encuentra en la tierra que vos llamáis Yucatán, que por cierto, no tenéis ni la más remota idea de que en su lengua eso significa «no te entiendo». A mí me tuvieron por esclavo todo este tiempo.

La idea de que un indio pudiera esclavizar a un español molestó a muchos, que para mostrar su descontento, comenzaron a murmurar. Después de todo, aquellas naciones también tenían sus esclavos y era de esperar que trataran como tales a los prisioneros de guerra sin importar de dónde viniesen.

— ¿Y por qué no han venido esos otros dos españoles que escaparon con vos?— preguntó Cortés.

— El uno murió a los tres años. Le abrieron el cráneo de un golpe de macana y quedó como tonto. Vivía en la selva y, de vez en cuando, venía al pueblo a mendigar algo de comida. La gente se reía de él pero le dieron cosas hasta que murió porque pensaron que alguien que había sobrevivido a semejante herida solo podía haberlo hecho por la gracia de nuestro dios. El otro hombre, Gonzalo, no quiso acompañarme. Fui a buscarle antes de venir y me

dijo que se quedaba. Tiene una mujer a la que ama, tres niños preciosos y lleva todo el cuerpo lleno de tatuajes y aros como los indios. Me pidió que le perdonáramos pero los indios lo tienen en alta estima y su vida ahora pertenece a estas tierras. Su mujer, además, me echó de su casa muy malhumorada para que no me llevara a su marido.

Los soldados comenzaron a asentir con la cabeza y dar muestras de aprobación. Entendían perfectamente que un hombre pudiera abandonarlo todo por el amor a su mujer y su familia. Algunos sintieron, en lo más profundo de su ser, una envidia sana por el hecho de que aquel personaje pudiera haber encontrado una vida tan feliz por la cual fuera capaz de renunciar a su patria, a las comodidades de la vida y a Dios.

— ¿Y no hay más españoles?— preguntó un soldado.

— He oído que hay alguno más ya que a los nativos les parecen muy curiosas nuestras barbas y nos llaman barbudos, pero están tan desperdigados tierra adentro que encontrarlos sería harto fatigoso— respondió el fraile.

— ¿Y cómo vivisteis vos?— preguntó Bernal desde uno de los montículos donde se amontonaban los soldados para ver mejor al fraile.

— He de reconocer— respondió Aguilar esbozando la sonrisa del que evoca buenas memorias—, que cuando salí de España no era más que un muchacho asustado y pusilánime. Aquí he tenido que trabajar duro para ganarme el respeto de estos hombres. Al principio me tuvieron acarreado leña y agua todo el día hasta que un día el cacique quiso probar mi voluntad por el hecho de que, al haberme ordenado fraile, no hubiera mirado o tenido acto carnal con ninguna mujer. Me envió a una bonita muchacha que recién había florecido para que me sedujera y, como en toda la noche anduvo llamándome a que durmiese con ella y yo no consentí tocarla, me estimó mucho más y me puso al cuidado de su mujer y su propia familia.

«Poco después hubo algunas guerras con un pueblo vecino y le pedí que me dejara luchar para defenderle, pues era mi amo. Con valor y esgrimiendo una espada castellana que pude recuperar fui decisivo para ganar todas esas

batallas. Los indios me temían solo de verme. Dios mío, si me hubieran contado que iba a vivir todo esto antes de naufragar ni siquiera lo habría creído».

Aguilar parecía feliz de los ocho años que había pasado con aquellos indios pero, si había vuelto con los españoles, quedaba claro que había decidido retomar su anterior vida. Tras una pausa en la que pareció enjuagarse una lágrima continuó:

— Pero cuando oí que habíais llegado de nuevo entendí que mi sitio estaba con vosotros, mis hermanos y compatriotas. Pedí licencia a mi amo para que me dejara marchar y durante dos días me retuvo preguntándome si de verdad era lo que quería. Como no intenté escaparme ni traicionar su confianza me dijo que había sido un buen y muy leal esclavo y que marchara si quería. Me ha costado grandes esfuerzos llegar con aquella canoa rota que visteis y lo demás ya lo conocéis.

El silencio sepulcral dominaba el ambiente. Aguilar había conseguido con aquel español que, aunque pobre al principio, iba mejorando conforme hablaba, transportarlos hasta todos los lugares y vivencias que había tenido durante los últimos ocho años. Los soldados fueron Gonzalo Guerrero durante unos segundos pasando a encontrarse con la joven muchacha de aquella noche a la que pocos se habrían negado para finalmente capitanear las hordas de indios contra sus enemigos. En aquella época en la que la imprenta ni siquiera había llegado a cumplir un siglo y los libros todavía eran un bien caro, las narraciones orales seguían resultando un fuerte nexo de unión y de sabiduría entre los hombres. Poca cosa les gustaba más a los soldados que reunirse al calor de una fogata para contar cuentos, canciones o historias reales.

Cortés, al igual que los demás, se bebió las palabras de aquel hombre que, aunque otrora fuera un débil y pacífico fraile, ahora, fibroso y esbelto, parecía el más fiero de los indios. La historia era digna de ser escrita en un libro de caballerías pero en aquella ocasión quizá sería más conveniente averiguar algunas cosas más útiles. Rompiendo el silencio reinante, preguntó:

— ¿Conocéis la lengua de estas gentes?

— Sí, a la perfección— se limitó a responder.

— ¿Podrías servirnos de intérprete?

— Sí.

— ¿Quiénes son estos indios y hasta donde abarca su estirpe?

— Son mayas, señor— respondió Aguilar—. Están repartidos en tierra dentro a leguas de distancia. Más lejos hay otros pueblos y naciones.

— ¿En qué creen?

— Creen en multitud de dioses que ya os referiré y adoran a esas piedras que representan serpientes, águilas o tigres. Practican sacrificios humanos y luego se comen a los muertos.

Aguilar continuó contándoles detalles de aquella civilización con la que había convivido durante los últimos años. Los soldados estaban maravillados de oír aquellas historias pero Cortés dejó de recrearse muy pronto en ellas, tenía una idea en mente. El San Sebastián no tardaría mucho más en ser carenado por lo que pensaba partir al día siguiente. De cualquier forma, quería hacer algo primero, de modo que, cuando el fraile se cansó de hablar, dispuso la tertulia diciendo que tenía que descansar y se reunió en privado con él para proponérselo. Antes de partir explicaría a los indios que los habían acogido todos los conceptos que, hasta la fecha, y por no tener un intérprete adecuado, no había logrado referirles.

Reunió al cacique, los principales y otros muchos indios bajos en el campamento y, junto con algunos españoles que acudieron a curiosarse, comenzó a hablar a Aguilar para que éste tradujera sus palabras.

Les dijo que debían jurar vasallaje al muy alto rey Carlos V que, a partir de ahora, les protegería. También les recordó que los españoles eran gente de buen corazón y que vieran que no habían venido a hacerles ningún daño ya que habían respetado sus posesiones y sus mujeres. Era por ello por lo que les pedía que quedaran como amigos de aquí en adelante y se mostraran complacientes y

auxiliadores con todos los barcos españoles que pasaran por aquella isla.

Viendo que los indios se mostraban felices de oír aquellas palabras continuó con la segunda parte de la petición. Les dijo que sus dioses eran falsos y que, sin duda, estaban siendo engañados por el demonio, que les obligaba a hacer sacrificios humanos, comerse los unos a los otros o practicar actos carnales entre personas del mismo sexo. Les reprobó duramente por esas cosas que ofendían al único dios verdadero y cuya fe venían a extender. Los indios comenzaron a creer que si aquellos hombres barbudos eran tan fuertes y misericordiosos solo podía deberse a que el dios que traían era más grande que los suyos. Junto con Cortés y algunos hombres fueron destruyendo sus propios ídolos con golpes de martillo y barras de hierro hasta que no quedó ninguno. Las imágenes rodaban desde lo alto de los templos provocando un estruendo atronador y perdiendo trozos con cada golpe que daban por las escaleras. Algunas figuras estaban huecas y muchos indios se sintieron indignados cuando supieron, por parte de los españoles, que era allí donde se escondían sus sacerdotes para hablarles fingiendo que lo hacían los dioses a los que representaban. Tras ello, el General les obligó a levantar altas cruces de madera y les entregó una imagen de la virgen para que, de ahora en adelante, las adorasen, les pusiesen flores y no pecaran más.

En el pliego de instrucciones con el que había capitulado con Velázquez tenía indicaciones de averiguar el motivo por el cual, tanto la expedición de Hernández de Córdoba como la de Grijalva, habían encontrado cruces de piedra en aquellas tierras. Nada en claro había sacado de los indios pero, tras consultar a Aguilar, descubrió que nadie sabía muy bien qué significaban. Estaban allí desde hacía tanto tiempo que nadie las recordaba y, en ocasiones, acudían a rogarles que lloviera. Parecía claro que no tenían ninguna relación con la religión cristiana pero, al General, le resultó curioso que aquellos paganos hubieran estado adorando la cruz durante siglos ignorando lo que representaba.

Al día siguiente, cuatro de marzo, el padre Juan Díaz ofició una misa a la que asistieron tanto españoles como indios, que se maravillaban de ver como aquellos recién llegados a los que tanto admiraban se arrodillaban, se golpeaban el pecho y pedían perdón a su dios. Las nubes se habían levantado pareciendo

amenazarles con descargar su ira sobre ellos si volvían a echarse a la mar. Nada más les quedaba por hacer allí por lo que, ignorando aquellos indicios sugestivos de tormenta, levaron anclas y partieron de nuevo con rumbo a lo desconocido.

Capítulo XLII:

Los nueve navíos dejaron atrás Cozumel, donde los isleños tan bien les habían atendido. Navegaron impulsados por el viento hasta llegar a las costas yucatecas en aquella misma mañana y, a raíz de ello, siguieron rumbo Norte. Los tripulantes pudieron ver cómo, a mano derecha, un sinfín de templos y grandes edificios hechos de cal y canto se perfilaban entre los bosques. Eran realmente grandes, y compuestos por grises columnas, gradas y plataformas, parecían ser las ruinas de alguna antigua civilización. No vieron a ningún indio encima de ellos pero tampoco podían descartar que se encontraran abajo, entre los árboles. Las construcciones habían sido invadidas parcialmente por matorrales que crecían aprovechando cualquier resquicio entre las piedras.

Farfán, en el barco de Alvarado, se dirigió a Bernal, que había pasado ya por allí en dos ocasiones, para preguntarle por ellos. El joven veterano le explicó, gesticulando y haciendo uso de aquella labia pintoresca que le caracterizaba, que debían pertenecer a una civilización ya extinguida que, al igual que los romanos en Europa, había dejado multitud de monumentos y edificaciones imponentes. También le refirió que, cuando las vieron por primera vez en la expedición de Hernández de Córdoba, les puso el nombre de Gran Cairo por su similitud con las pirámides de aquella ciudad. Farfán sabía a la perfección que aquel pretencioso vallisoletano jamás había estado en Egipto pero todo el mundo sabía que allí había pirámides aunque nunca las hubieran visto. Había oído hablar de aquel apelativo pero no acababa de creerse que lo hubiera inventado él ya que no era la primera vez que fanfarroneaba con algo.

— ¿No veis las mezquitas y las torres?— acabó preguntándole Bernal con indignación atisbando su incredulidad.

La tormenta los sorprendió mucho antes de que llegaran al cabo Catoche, saliente a partir del cual la navegación por las cosas de Yucatán pasaría a ser de Norte a Sur en vez del derrotero contrario que ahora llevaban. El temporal, aunque violento, fue breve, por lo que en pocas horas se vieron libres de él. Los navíos fueron dispersados por los cuatro puntos cardinales pero, como el tiempo

clareó acto seguido, pudieron ir reencontrándose y volver a unirse. Cuando Cortés contó, como siempre hacía, los mástiles, encontró que le faltaba otro barco, el de Velázquez de León.

Siguieron rumbo norte esperando que les diera alcance pero cayó la tarde y siguieron siendo ocho. La pérdida de dos navíos se le antojaba magna al General por lo que pidió a Alaminos que diera media vuelta para buscar a la nao extraviada. El piloto intentó tranquilizarlo diciéndole que sería mejor esperar y buscarlos al día siguiente y que no se preocupara porque su compañero, Juan Álvarez el Manquillo, era otro excepcional piloto que habría puesto a buen recaudo la embarcación.

Tal y como le había dicho aquel intrépido y menudo marinero, a la mañana siguiente, y sin tener que desandar mucho camino, encontraron a Velázquez de León, que esperaba fondeado junto a una pequeña isla cercana a la costa que pasaron. El General tomó la decisión de permanecer allí lo que quedaba de día y mandó a un grupo de hombres de la capitanía de Francisco de Lugo para explorar el lugar en busca de comida. Se trataba de una batida de caza por lo que Farfán, con el resto de dueños de perros y algunos escopeteros y ballesteros, tomaron tierra.

Cazaron varios venados, puercos y algunos de aquellos perros que criaban los indios. Eran más pequeños que los de los españoles, tenían cara de zorro y no sabían ladrar. Solían usarlos como alimento ya que no servían para mucho más. Además de ello encontraron un templo deshabitado al que entraron en busca de oro u algún otro material precioso. No eran más de veinte españoles por lo que el capitán mandó que todos salvo él, Farfán, Garcés y Peña montaran guardia en el exterior mientras ellos lo inspeccionaban.

La temperatura descendió notablemente bajo aquellas paredes y techos de fría piedra. El lugar parecía abandonado desde hacía años porque en los escasos rincones a los que lograba filtrarse la luz de las ventanas crecían algunas plantas. Había excrementos de animales y olía a aquella mezcla de tierra húmeda y viejo que, del mismo modo, huelen las criptas de los cementerios cuando son abiertas tras varias centurias cerradas. Los cuatro hombres caminaban a tientas en la oscuridad con las espadas en las manos y

siendo guiados por Ventisca; mientras el perro permaneciera tranquilo y meneando el rabo nada debían temer. Las paredes estaban adornadas con figuras grotescas y terroríficas que representaban animales y seres humanos deformados que se mataban entre sí. Peña quedó mirando durante largo tiempo una en la que un grupo de indios parecía estar desollando vivo a otro que intentaba zafarse inútilmente. Cuando Lugo le dio una palmada en el hombro para que siguiera caminando se sobresaltó y emitió un pequeño grito que fue ahogado en la soledad de aquellos tétricos corredores.

No parecía haber nada de valor pero el capitán se empeñó en explorarlo a fondo. Atravesando un pasillo llegaron a una cámara de tanta amplitud que sus improvisadas antorchas no llegaban a alumbrar el otro extremo. Ventisca alzó las orejas y se quedó inmóvil escrutando la oscuridad que tenía frente.

— Cuidado— susurró Farfán señalando al animal con la espada.

Peña llevaba bastante tiempo asustado pero los demás comenzaban a ser invadidos por la misma emoción. Los sonidos del exterior habían cesado, lo que implicaba que se habían adentrado tanto que los de fuera no podrían oírles en caso de que necesitaran ayuda.

— Creo que sería mejor salir de aquí— dijo Garcés.

— Vamos a ver lo que hay en esta sala y nos vamos— respondió Lugo manteniendo la compostura.

— ¿Y si tienen aquí encerrado uno de esos monstruos que pintan por las paredes?— volvió a preguntar el aragonés.

— ¿Cómo?— preguntó preocupado Peña.

— ¡Comportaos!— chistó Lugo—. Y no digáis tonterías.

El sonido de sus pasos reverberaba en la distancia y volvía hasta sus oídos. Las espadas destellaban con la luz de las antorchas que, aunque escasa, ya comenzaba a iluminar la parte final de la estancia, en la que se encontraba un gran altar que cubría toda la pared. Había ciertas figuras del tamaño de un brazo

colocadas una junto a otra por lo que, lentamente, fueron acercándose hasta ellas.

Cuando tuvieron la primera lo suficientemente cerca una punzada de terror recorrió sus espinazos erizando el vello de sus cuerpos. Estaban labradas en piedra y parecían mujeres horripilantes. Tenían marcadas curvas que representaban sus caderas y pechos pero el rostro lo tenían mudado en formas que asemejaban a las gárgolas y demonios con los que se adornaban las catedrales europeas. Algunas de ellas tenían los brazos levantados como si se estuvieran cubriendo de algún mal, otras tenían picos de águila por los que salían lenguas viperinas.

— Ya es suficiente— sentenció Lugo— vámonos de aquí.

La salida fue todavía peor ya que tenían que dar la espalda a la oscuridad. Constantemente volvían la vista atrás pero sus ojos, que estaban acostumbrados a la luz del fuego, no les permitían ver más allá de un par de pasos. Aquel lúgubre edificio parecía querer devorarlos por lo que, cuando volvieron a ver los rayos de sol que, tras filtrarse entre las hojas de los árboles, teñían de verde el lugar, sintieron que la calma volvía a sus almas. El resto de soldados quedó tremendamente impresionado cuando los vieron aparecer con las manos vacías y aquellos rostros tan blancos.

Al día siguiente reanudaron la marcha y María supo que Cortés, habiendo recibido el informe de Francisco de Lugo de que habían encontrado ciertas figuras femeninas en un templo, había decidido llamar al lugar Isla de Mujeres.

Prosiguieron rumbo norte y, poco antes de arribar al cabo Catoche, encargaron a la muchacha que fuera a por uno de los costillares de cerdo que colgaban de la popa del navío. Isabel, la mujer que desde que salieron de Cuba parecía haberse ganado un hueco como jefa de cocina, revolvía con furia una sopa de verduras que estaban calentando para la comida. Habían repartido entre algunos de los barcos los animales que Lugo y sus hombres habían cazado en la isla y a ellos les había tocado un par de aquellos cerdos de oscuro pelaje que, a manos de experimentados matarifes y carniceros, fueron desmenuzados. Solían colgarlos para hacer cecina y tocinos con ellos, que se conservaban mejor y

durante más tiempo, pero Isabel había querido aderezar la sopa con trozos de costilla fresca para que cogiera el sabor de la médula del hueso.

La joven se encaminó hasta la popa, donde un par de marineros que se encontraban ociosos descansando sobre una viga le lanzaron algunos improperios. Se trataba de esos hermanos Peñates que tanto cundían. No sabía cuántos eran en realidad pero los ignoró completamente inclinándose por la borda para buscar la carne. Los marineros, que al arquearse tuvieron una nítida visión de su trasero finamente delimitado entre las faldas, comenzaron a aullar frenéticamente imitando a los lobos.

— ¡Ese culo!— berreó uno.

María contrajo con fuerza su mandíbula sosegando las ganas de darles una paliza que intentaban dominarla. Sabía que no podría con ellos pero no conseguía evitar tener esos accesos de violencia cuando alguien la ofendía de aquella manera. Decidió que sería mejor centrarse en su tarea para hacerla cuanto antes y salir de allí.

Los trozos de los animales colgaban de unas cuerdas. Había varios jamones, costillares, lomos y otras partes que habían sido debidamente saladas y dejadas allí para que fueran secándose. Tuvo que centrarse para localizar el más accesible ya que no paraban de moverse mecidos por el viento y los vaivenes que las olas producían en el navío. La mayoría estaban reunidos en grupos de dos o tres compartiendo la misma cuerda pero cuando vio uno que colgaba solo decidió que sería ese el elegido.

Apenas había hecho ascender el costillar un par de palmos cuando la cuerda se enganchó en una astilla que sobresalía del barco. María tiró con fuerza pero, temiendo que pudiera cortarse, decidió volverlo a soltar. El pedazo no se movió dejando ver que se había quedado fijo. Por momentos pensó coger otro pero, si no resolvía aquel problema, a otra persona le iba a tocar hacerlo. Tragándose su orgullo dijo a los marineros:

— ¿Podríaís cogermel el costillar? Se ha enganchado.

— No— respondió tajante uno de los hermanos.

— Yo he tenido un tirón aquí en la corva, tampoco puedo— añadió el otro Peñate—. Pero vos podéis seguir arrimándoos así como lo estáis haciendo para cogerlo.

Andrés de Tapia, que observaba la escena a no mucha distancia, se acercó a María para ver qué ocurría. Al oír los soeces comentarios de los marineros les dijo:

— Vosotros dos bien podríais estar haciendo algo más provechoso que tomar el sol y molestar a las damas.

— No tenemos otra faena— respondió un marinero riendo.

— Ni modales de caballero— sentenció Tapia dándoles la espalda—. ¿Qué pasa, María?

— El cerdo. Se ha atascado. ¿Me ayudáis?

Tapia se inclinó por la borda y, tras ver el panorama, sacó su cuchillo y respondió mientras mudaba su semblante:

— Yo no sabría cómo bajar hasta allí abajo. Quizá lo mejor sea cortar la cuerda y decir que se perdió ese trozo.

— No tenéis por qué bajar vos— respondió María menando la mano ante su rostro—. Bajadme a mí.

Y sin que Tapia pudiera hacer nada se anudó una de las cuerdas a la cintura y le entregó el cabo a su amigo, que anonadado, dijo:

— ¿Pero cómo vais a bajar vos?

— ¡Vamos!— respondió jovial la muchacha—. Si no peso nada. ¿No os atrevéis conmigo?

Tapia se sentía preocupado porque María pudiera caerse al mar pero

ningún hombre en su sano juicio hubiera dicho que no a aquella tentativa quedando como un débil. Tirando dos veces de la soga para ver si era lo suficientemente firme asintió a la petición con un ademán.

Los marineros se incorporaron sobre la viga para ver mejor cómo aquel soldado iba descendiendo poco a poco a María, que con las faldas colgando, parecía una muñeca de trapo asida en la mano de una niña. Las salpicaduras de las olas comenzaron a impregnar su rostro y sus brazos desnudos mientras el trozo de carne iba quedando cada vez más cerca. La espuma blanca que se creaba por el movimiento del navío contrastaba con el azul turquesa que reinaba a varias leguas a la redonda. Aquel sabor a sal en sus labios volvió a hacerle experimentar esa sensación de libertad que tanto le gustaba.

Cuando tanteó el costillar con los pies se inclinó para quedar bocabajo de modo que pudiera cogerlo con las manos. Con fuerza mantenía todo su cuerpo contraído, los pies en alto y la mirada, que comenzó a molestarle por el hecho de que la sangre fuera acumulándose en la cabeza, fija en su objetivo. Estaba a punto de tocarlo con las yemas de sus dedos cuando varias burbujas aparecieron en el mar.

María sintió una punzada de terror cuando, bajo ella, el agua formó un remolino y, justo después, aparecieron unas fauces llenas de blancos dientes que se acercaban a toda velocidad hacia ella. Con un rápido movimiento puso su mano en lo que creyó el hocico de aquella bestia marina y, aprovechando su impulso, fue lanzada con fuerza hacia atrás.

— ¡Jesús!— gritó.

Aquel movimiento pilló desprevenido a Tapia, que no pudo evitar que la cuerda se le escapara un trecho quemándole las manos. Mientras la muchacha caía hasta quedar con las piernas sumergidas vio con nitidez que lo que casi le había arrancado un brazo era uno de esos enormes peces que poblaban aquellos mares. No recordaba su nombre pero sabía que eran carnívoros y muy fieros por lo que, gritando como una posesa, luchó con toda su energía para no desmayarse de terror.

El pez había desaparecido en el mar y sería cuestión de segundos que volviera a atacar. En cubierta, los Peñates, que habían visto lo que había ocurrido, se lanzaron de un salto para ayudar a Tapia a remolcar a María, cuyo corazón latía violentamente. Los pies salieron del agua y, tirón a tirón, fue elevándose. Al poco tiempo se encontraba a una distancia prudencial pero no fue hasta que notó el contacto de aquellos hombres cuando consiguió sentirse a salvo.

— ¿Qué demonios era eso?

— Es un tiburón— respondió todavía sobresaltado uno de los marineros—. ¡Y no pequeño!

— ¿Pero qué...?

Aquella nueva pregunta que se disponía a realizar María quedó interrumpida por otro grito cuando notó moverse las cuerdas de las que pendían los trozos de cerdo justo detrás de ella. Tapia fue el primero en asomarse de nuevo pero enseguida todos supieron qué estaba ocurriendo. El tiburón se había comido de un bocado todos los tocinos quedando enganchado a ellos como si de un anzuelo se tratara. Era de un color azulado y blanco por debajo. Con su cola y sus grandes aletas fibrosas intentaba escapar violentamente de aquella trampa pero, por más coletazos que daba, no lograba hacerlo.

— ¡Hijo de puta!— murmuró Tapia—. Es enorme.

— ¡Matadlo!— gritó uno de los Peñates.

En pocos minutos todos los tripulantes del navío, incluidos Cortés y el padre Olmedo, se encontraban asomados por la proa observando a tan magnífico animal. Tan apretados estaban que no faltaron las bromas cuando alguno de los soldados fingía empujar por la borda a otro de sus compañeros que, blasfemando y agarrándose a lo primero que podía, se alejaba hasta ponerse en un lugar más seguro, varias filas por detrás.

Primero llamaron a Heredia para que intentara matarlo de un tiro con su arcabuz. El vasco apuntó y encendió la mecha pero, justo cuando se consumió,

el tiburón dio otro coletazo haciendo que el disparo, que iba directamente a donde se suponía que estaba su cerebro, penetrara en uno de sus costados. Un hilo de sangre comenzó a manar de la herida sin que se produjeran mayores daños en la bestia.

Tras aquella intentona fallida Cortés pidió voluntarios para que bajaran con un batel y lo mataran. Solo cinco personas se presentaron entre las cuales se encontraba Ortega, que aferrando con firmeza su espada mientras descendían, no quitaba la vista de su presa. Lorenzo Vecellio, el veneciano, también lo acompañaba, ya que ambos hombres se habían ofrecido por haberse retado el uno al otro a ver si se atrevían. El bote se acercó hasta una distancia prudencial desde la cual lancearon al animal hasta dejarlo exhausto. Para rematarlo le golpearon varias veces con un remo en el cráneo y, viendo que ni aun así conseguían subirlo, lo trocearon en el mar para cargarlo en el batel.

Aquella noche cenaron tiburón y descubrieron que en su estómago, además de los tocinos que le habían visto engullir, también había un plato metálico y varias alpargatas.

Los soldados dijeron que no era carne buena por ser demasiado dura pero no rechazaron aquel bocado. María, que ni siquiera quiso probarlo, no pegó ojo en toda la noche debido a terroríficas pesadillas que la asaltaban cada vez que conseguía dormirse.

Capítulo XLIII:

Hernán Cortés se encontraba en la proa de su barco junto con Alaminos, el piloto mayor de la expedición, observando la tierra que iban bordeando justo a su izquierda. Navegaban a una legua de distancia de la costa de modo que, en ocasiones, divisaban indios que se quedaban inmóviles en la arena mirando aquellas moles de entre ochenta y cien toneladas. Ya hacía varios días que habían dejado atrás Isla de Mujeres pero el General todavía no había dejado claro hasta dónde se disponía a marchar.

— Aparecerán— le dijo Alaminos tras darse cuenta de cómo oteaba el horizonte en busca del navío de Escobar.

— Ya ha pasado mucho tiempo desde que los vimos por última vez, me temo que se hayan vuelto a Cuba— repuso Cortés con cierto deje de tristeza en su voz.

— Yo creo que estarán en algún lugar de esta costa. El temporal pudo haberlos arrastrado lejos, y una vez remitió, tendrían que navegar de vuelta a Yucatán. Por estos mares reinan corrientes en las que es difícil maniobrar si no eres un piloto experto como yo. En ocasiones trazan círculos y podrían retener durante meses un barco en una bahía.

— Dios os oiga— se limitó a responder Cortés.

Todavía seguía teniendo nueve navíos pero el General nunca tenía suficiente. De haber sido por él hubiera embarcado toda la isla de Cuba para arrastrarla consigo hasta aquellas tierras. Quinientos hombres resultaban un inmenso número de soldados en comparación con la mayoría de expediciones que se habían llevado a cabo desde que se tenía la certeza de que el mundo era redondo. Hubiera querido más; más caballos, más cañones, más barcos...

— Un poco más adelante se encuentra Champotón— dijo Alaminos volviendo a captar la atención de Cortés—. ¿Conocéis la historia?

El General suspiró entornando los ojos. Conocía bien aquellos sucesos pero como se encontraba muy a gusto sintiendo la brisa en su cuerpo decidió volverla a oír.

— Contádmela de nuevo.

— Hace dos años de ello ya— se apresuró a decir Alaminos, que nunca desperdiciaba la oportunidad de rememorar eventos de su pasado—. Vinimos a dar con estas costas con el capitán Hernández de Córdoba. Veníamos de Campeche, donde para evitar que los indios nos hicieran la guerra tuvimos que marchar apresuradamente. En alta mar nos sorprendió una tormenta que nos arrastró hasta aquí. Ya no nos quedaba agua porque apenas habíamos podido abastecernos de ella en la escala anterior por lo que nos vimos obligados a desembarcar.

«Miles de indios nos recibieron armados hasta los dientes y haciendo batir tambores de guerra. Nosotros no éramos más que unos cien valientes pero por cada uno de los nuestros podrían contarse veinte o treinta de los suyos. Como pudimos, intentamos explicarles que solo veníamos a por agua y que nos iríamos en cuanto hubiéramos abastecido nuestros barcos. Ya sabéis que se hace menester transportarla en vasijas con los bateles y la tarea puede llegar a durar días si no se hace como es debido.

Cortés sabía de memoria todo lo que estaba diciendo por lo que, mientras escuchaba, reflexionaba sobre sus asuntos. No quería ofender al piloto mostrando indiferencia, problema que subsanó asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Una gota de sudor comenzó a descender por su frente, que desde aquella mañana, se encontraba más caliente de la cuenta. Las fiebres le habían vuelto pero de una manera tan leve que podía desenvolverse como si no las tuviera. Con un rápido movimiento de mano se secó aquella gota que estaba empezando a hacerle cosquillas por la ceja con lo que sintió un arañazo en la piel. Extrañado se miró las manos pensando que quizá tendría alguna aspereza o alguna ramita que pudiera haberle producido aquel roce y, lo que vio, le sorprendió aún más. Alrededor de las palmas y los dedos le habían aparecido un sinnúmero de pequeñas manchas rojizas. Algunas de ellas se encontraban descamadas adquiriendo una tonalidad blanquecina. No le dolían pero el día

anterior no las llevaba.

— Los indios nos sacaron un sahumero encendido y, de alguna manera, entendimos que si no nos íbamos antes de que el fuego se consumiese nos atacarían— continuó Alaminos—. Entonces tuvimos que elegir pero la decisión fue unánime. Si partíamos moriríamos de sed en alta mar por lo que nos defenderíamos si fuera menester. ¡Ninguna nación debería negar el agua a otra!

Cortés recordó en aquel momento que no era la primera vez que le aparecían aquellas manchas. No sabía si había sido un año atrás o dos pero sus manos y parte de su cuerpo amanecieron con aquel aspecto. En aquellos días no le dio importancia y desaparecieron, tal y como habían venido, a los pocos días. En esta ocasión tampoco se preocuparía por ello.

— ¿Vos también peleasteis?— preguntó Cortés repentinamente.

— ¡Claro!— respondió Alaminos—. Sabe Dios que a los hombres de mar no nos gusta luchar en tierra pero, por solidaridad con los compañeros, fuimos a sufrir en nuestras carnes aquella guerra que nos hicieron.

«Miles de indios estuvieron un día entero flechándonos y lanzándonos piedras, jabalinas y varas. En ocasiones también nos acometían con sus macanas pero nosotros nos defendimos cuan gato panza arriba. Ellos caían como moscas pero en todo momento seguían apareciendo más y más hasta el punto que, por desgaste, fueron arrinconándonos y matándonos poco a poco. Llegamos a un punto de puro cansancio que el capitán decidió retirarnos a los bateles y, cargando todos en la misma dirección, abrimos una brecha en sus filas por la que pudimos salir y, a duras penas, escapar. Los más rezagados fueron capturados o flechados por la espalda.

— Fue una lástima— reconoció Cortés.

— Cuando volvimos a los barcos supimos que habíamos perdido unos cincuenta españoles. Los hombres me maldijeron por haberlos llevado hasta allí cuando no hice más que obedecer a Hernández de Córdoba. De camino a la Florida, que eran tierras que ya conocíamos, perdimos algunos soldados más

por las heridas, y es que, no había ni uno solo de nosotros que no tuviera mínimo dos o tres cortes o flechazos. Incluso nuestro capitán, al que los indios reconocieron como líder y atacaron con saña, que recibió catorce.

— Desde entonces el Champotón también se le llama la Costa de la Mala Pelea— susurró Cortés enriqueciendo el monólogo del piloto.

— Así es— respondió éste—. Pero también en la Florida nos hicieron la guerra y, tan cansados y malheridos como estábamos, no nos quedó otra que volver a Cuba. Muchos murieron, como el capitán, que a las dos semanas de llegar pereció por los daños recibidos.

Cortés meneó la cabeza lamentando la pérdida de todos aquellos valientes que tan útiles le habrían resultado ahora. Cien hombres eran suficientes para algunas labores pero escasos para otras. Como avanzadilla exploratoria o como contingente de un ejército más grande podían servir pero no se podía estar completamente seguro cuando componían la totalidad de las huestes. Bien era sabido que en aquellas tierras debía haber verdaderas naciones llenas de indios por lo que había resultado una temeridad buscar la guerra siendo tan pocos. El General pensó que quinientos no eran demasiados pero, con tal número de hombres, se podía andar más tranquilo. En caso de que se librara una gran batalla resultaban suficientes para guarecerse en algún estrecho o recoveco natural y pelear durante horas relevándose cada poco desde vanguardia hasta retaguardia.

— ¿Nos lleváis a Champotón?— preguntó con curiosidad Alaminos aprovechando que hubiera salido el tema para conocer las ideas que tenía el General.

— Quizá deberíamos parar para vengar la afrenta de los españoles que mataron— respondió éste—. Además tengo por instrucciones apaciguar a los hombres a los que disteis guerra para hacerles ver que no buscamos otra cosa que la paz entre nuestras naciones.

— ¿Dónde os gustaría que desembarcáramos?— volvió a insistir el piloto.

Cortés llevaba ya demasiado tiempo sin hacer público el lugar donde tenía pensado detener la navegación. De momento solo lo había hablado con sus amigos más próximos como Escalante o Portocarrero pero, dado que ya no quedaban muchas leguas hasta su destino, decidió que iba siendo hora de contárselo al hombre que iba a llevarlo hasta allí.

— San Juan de Ulúa— se limitó a decir—. El arrenal de Calchicuecán.

— Lo imaginaba— respondió Alaminos—. Es el mejor destino.

— ¿Por qué?— preguntó Cortés.

— Cuando llegamos allí hace un año de la mano de Grijalva fuimos bien recibidos. El tiempo que pasamos pudimos rescatar la mayor cantidad de oro de toda la expedición. Maldita la hora en la que seguimos avanzando. ¿Lo habéis elegido por el oro?

— Sí— respondió el General—. Según las historias que he oído de aquellas tierras por parte de todos los que las visitasteis he podido hacerme una idea de lo que podemos encontrarnos allí. Todo lo que me habéis referido me ha llevado a la conclusión de que, de haber grandes imperios y naciones en Yucatán, deben encontrarse próximas a ese arrenal.

— Si ya lo oí decir yo al Gran Almirante cuando era chico, que navegaba bien asomado hacia aquí diciendo que estas tierras debían ser muy ricas y pobladas, que así lo había leído en un libro que llevaba siempre... ¡mirad!

Alaminos señaló con violencia a lo lejos y Cortés, sobresaltado, dirigió la mirada hacia donde su dedo marcaba. A varias leguas de distancia, en una bahía cerrada por lo que parecía una pequeña isla, se encontraba el navío que habían perdido.

— ¡Os lo dije!— gritó excitado el piloto—. Bueno no os dije que estaría aquí exactamente pero ya lo imaginaba. Estos mares son traicioneros y, si uno se mete sin cuidado, puede quedar encerrado entre las mareas y las corrientes.

— Bueno— dijo con voz pausada Cortés—. No cantéis victoria tan

pronto. Tal y como me habéis referido, estas tierras están pobladas de indios hostiles a nuestra nación. Llevan muchos días aquí por lo que habrán consumido sus bastimentos teniendo que introducirse en tierra para proveerse de más. Esperemos que sigan todos vivos.

Por señas mandaron a todos los navíos que echaran anclas para esperar a que el rezagado se uniera a ellos. Los soldados y marineros comenzaron a lanzar vítores cuando vieron los destellos de las armaduras metálicas moviéndose por la costa, había supervivientes.

Alaminos tuvo que convencer a Cortés para que no tomaran tierra diciéndole que, si se metían por aquellos bajos, podrían quedar atrapados durante días. Con paciencia le hizo ver que sería mejor esperar a que pudiera salir por su cuenta. El General reprobó aquel comentario aduciendo que, si no lo habían conseguido hasta ahora, mal habrían de hacerlo hoy y, tentándole con perder su honor, lo retó a que fuera allí y lo sacara para demostrar su pericia.

El batel que echaron al agua no tardó demasiado en llegar hasta donde se encontraba Escobar transportando a Alaminos, Cortés y cinco marineros. Conforme se iban acercando recibieron una ovación de los desafortunados que durante tanto tiempo habían estado abandonados a su suerte. El General contó a los hombres y, cuando llegó a la cuarentena, se tranquilizó, era probable que no hubiera muerto ninguno.

Colgadas por la borda y los palos de las velas había decenas de pieles de conejos y venados puestas a secar. En la popa también vieron carne en salazón por lo que llegaron a la conclusión de que hambre no habrían pasado. Una vez subieron a la cubierta supieron el porqué de tanta abundancia. Escobar, que recibió a Cortés con un abrazo, dijo:

— ¿Qué cómo hemos cazado tanto? A los dos días de llegar aquí apareció una lebreja que, según dicen un par de hombres que viajaron con Hernández de Córdoba, fue abandonada en aquella expedición cuando tuvieron que salir huyendo. La perra reconoció que éramos españoles y no ha parado en ningún momento de traernos conejos y ayudarnos en la caza de animales mayores.

Escobar sonreía de oreja a oreja, parecía realmente feliz de encontrarse con su superior. Cortés también se encontraba alegre y, estrechándole vigorosamente la mano mientras duró la conversación, le transmitió su cariño paternal. Pese a la emoción del reencuentro no dejó de pensar en las situaciones que tendría que vivir en el futuro pues aquel capitán era uno de los adictos a Velázquez. Siempre andaba con Ordaz y con Escudero intrigando pero ahora no daba muestras de sedición a la causa. Mientras continuaba contándole el resto de pormenores que habían vivido durante el tiempo que permanecieron allí reflexionaba sobre si aquella ausencia le habría hecho abandonar en sus propósitos rebelión. ¿Se lo habría ganado?

En un par de horas Alaminos sacó el navío de la ensenada. Durante la mayor parte del tiempo estuvo deambulando y estudiando las corrientes y vientos hasta que tuvo la idea de cuál sería el mejor camino. Solo los marineros más veteranos llegaron a comprender la majestuosidad del movimiento, para todos los demás, pareció algo normal y fácil.

— ¡No os ha costado nada!

— ¿Acaso entiende el villano, una vez se ha construido una catedral, los trabajos y el ingenio que llevaron conseguirla? Lo que he hecho, aunque haya parecido sencillo, ha sido hartó complicado. No olvidéis que su piloto no consiguió salir de aquí en semanas.

El General se quedó mirando al piloto mayor mientras, de vuelta, subía por la escala de la nao capitana. Pese a ser de poca estatura en comparación con el resto de españoles resultaba un individuo en exceso pretencioso, pedante y soberbio. No en vano, no había nadie que lo igualara en talento, tal y como él decía, a aquel lado del océano.

Sin mayor demora, prosiguieron la navegación. De nuevo, eran diez los navíos que, con gran determinación, rompían el batir de las olas.

PARTE CUARTA: ¡Guerra!

“Las armas con que los indios peleaban eran arcos, flechas y macanas, en lugar de espadas, con rodela no muy fuertes. Llevaban a la guerra los más ricos vestidos y joyas que tenían. El capitán general, vestido ricamente, con una devisa de plumas sobre la cabeza, estaba en mitad del ejército, sentado en unas andas, sobre los hombros de caballeros principales;” Crónica de la Nueva España. Cervantes de Salazar (1514-1575)

“E aquí creyeron los indios que el caballo e caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces;” Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. Bernal Díaz del Castillo. (1496-1584)

Capítulo XLIV:

12 de marzo, Desembocadura del Río Grijalva.

Habían pasado varios días desde que se reencontraron con el navío de Escobar y volvían a encontrarse en apuros, pues apenas les quedaba agua. Los últimos días habían sido calurosos y los hombres, que pasaban la mayor parte del día en cubierta, agotaron la bebida a gran velocidad. La necesidad era tan acuciante que no tenían otra alternativa, debían hacer escala.

La zona recibía el nombre de Tabasco en honor al cacique que habían conocido un año atrás en la expedición anterior. El piloto Alaminos refirió a Cortés que en la desembocadura de aquel río al que habían puesto el nombre del capitán Grijalva moraban indios de buen corazón con los que se podía tratar. Lo más conveniente sería ir remontando el río que, aunque muy caudaloso, era poco profundo en su delta debido a que se ampliaba formando largas e interminables marismas y cenagales.

Con rápidos movimientos de pasarelas y bateles fueron moviendo a los soldados hasta los bergantines, que por ser de menor envergadura, podrían remontar el río con facilidad. Como apenas cupieron todos decidieron dejar los bateles en el mar y usarlos también para poder transportar un mayor número de hombres. Apenas quedaron cincuenta marineros vigilando las grandes naos que, fondeando a media legua de la costa, parecían observar estoicamente cómo se alejaban. Ni siquiera las mujeres o las familias de los conquistadores quedaron atrás ya que no querían perderse aquella oportunidad para pasar unos días con los nativos.

Cortés montó en el San Sebastián junto con Alvarado. Desde que habían reparado aquel bergantín no tenía par en velocidad y maniobrabilidad. Aunque la corriente lo empujaba río abajo la fuerza de sus velas, haciéndose eco en el viento, contrarrestaba la marcha. Desde cubierta, los hombres que visitaban por

primera vez Yucatán, se maravillaban con los exuberantes paisajes que iban dejando atrás. A diestro y siniestro eran flanqueados por frondosos bosques de manglares y otros árboles que no conocían. En ocasiones, algún recodo o meandro serpenteaba mostrándoles escarpados riscos de piedra y tierra sobre los cuales también la vegetación luchaba por prevalecer. Las aguas eran claras y, aunque había infinidad de algas, no tenían dificultades para ver el fondo, sobre el cual pasaban de vez en cuando nadando grandes peces y caimanes. Las aves exóticas, junto con otros animales cuya forma también desconocían, emitían un griterío que resultaba casi fantástico a los oídos de aquel nutrido grupo de españoles.

El piloto mayor no paraba de repetirles que, a no mucha distancia, tenía que encontrarse un pueblo en el que serían bien recibidos ya que sus principales y emisarios les habían llevado algunos presentes cuando llegaron allí con Grijalva. No tuvieron que recorrer ni dos leguas cuando dieron con él, y con ello, su sorpresa fue magna.

Después de todo lo que habían visto hasta ahora podría decirse que aquel poblado era lo suficientemente grande como para ser llamado villa o ciudad. Las casas, aunque solían tener tejados de hojas de palma, se sostenían por fuertes muros de adobe o piedra. Había torres, templos escalonados y edificios que parecían amurallados con troneras y otros elementos defensivos.

Pese a la florida arquitectura que descubrieron, hubo un hallazgo que todavía les resultó más relevante. En las orillas del río se encontraban miles de indios de guerra que los esperaban amenazadores. La mayoría solo vestían con algunos paños que les tapaban sus partes pudendas pero otros iban firmemente ataviados con lo que parecían armaduras de cuero u otro material embellecidas con plumas y coloridos mantos. Portaban lanzas, cuchillos, hondas, varas y macanas pero lo que más resplandecía ante sus ojos eran los arcos y las flechas, que se contaban por cientos. Algunos de ellos llevaban tambores cuyo retumbar, junto con el de sus gritos y sonar de aquellas cornetas con forma de caracol que solían usar, parecía provenir de las propias calderas del infierno.

— No lo entiendo— dijo Alaminos—. La otra vez se mostraron muy colaboradores.

— Paréceme que nos van a dar buena guerra estos indios— dijo Cortés manteniendo su firme semblante.

Avanzaron hasta detener los barcos perpendicularmente al poblado y los indios reaccionaron aproximándose hasta introducirse de rodillas para abajo en los márgenes del río y aumentando el volumen de sus arengas. Parecían enloquecidos, como si su raciocinio hubiera sido aniquilado con algún tipo de droga de la violencia. Saltaban, se golpeaban el pecho, agitaban sus armas en el aire y vociferaban como si les fuera la vida en ello.

— Dicen que nos vayamos, señor— dijo Aguilar, que se había acercado hasta ponerse justo detrás de Cortés.

— ¿Los entendéis?— preguntó el General volviéndose hacia él velozmente.

— Sí— respondió el fraile—. Parecen hablar algún tipo de dialecto pero entiendo lo que dicen. Estos indios son mayas.

Justo cuando acabó de decir aquellas palabras pasó una flecha silbando al lado de su cabeza. Los españoles se pusieron a cubierto dentro de los bergantines y los soldados más veteranos, que ya se habían equipado perfectamente, avanzaron hasta estribor, que era el lado que daba a los indios, y alzaron sus rodelas para evitar que alguna flecha perdida fuera a herir a alguien.

— ¡Vaya que si nos van a dar guerra!— bramó Alvarado echándose mano al pomo de su espada mientras se cubría con su escudo.

— No nos apresuremos todavía— respondió Cortés, que recreándose en su optimismo permanecía erguido e impasible como si las saetas no fueran a herirle—. Aguilar, traducidme.

El fraile asintió con la cabeza y, asomándose por la borda, agitó una mano en el aire para pedirles en aquel idioma que había aprendido durante los últimos años que guardaran silencio para decirles algo. Cortés comenzó a dictar un sermón en el que les hacía saber que venían de muy lejos y que eran vasallos del más alto y piadoso príncipe del mundo. Les dijo también que, a partir de

ahora, deberían ser vasallos ellos también a cambio de recibir la protección y otras gracias de ese monarca, que los españoles no querían otra cosa más que ser sus amigos y que solo venían para proveerse de agua y comida, tras lo cual seguirían su camino. Les recordó, por último, que traían también la fe en el único y verdadero dios, al que tendrían que adorar ahora abandonando aquellas prácticas que, engañados por el demonio, venían practicando desde hacía milenios.

Los indios no hicieron caso de aquel ofrecimiento. Las flechas seguían incrustándose en los palos y la cubierta pero, como todos se habían puesto a buen recaudo, existía poco riesgo de que alguien recibiera algún impacto. Los que más peligro corrían eran los de los bateles, que dado la escasa protección que brindaban, tuvieron que agazaparse como pudieron y cubrirse con mantas y escudos.

— No sé si me han entendido o no porque apenas han callado— dijo Aguilar cuando acabó de traducir las palabras del General—. Sí que me ha parecido oír que quieren que demos media vuelta y que si ponemos un pie en tierra nos matarán a todos.

— ¿Dais la orden de tomar el pueblo, señor?— preguntó Alvarado con impaciencia.

Cortés no quería gastar más tiempo y recursos de los necesarios en aquellas gentes ya que no eran lo que buscaba. Necesitaban agua, eso era cierto, pero tener que luchar para conseguirla era algo que, en un principio, no había entrado en sus planes. De nada le servía ya lamentarse por no haber sido recibido con tanta cordialidad como le ocurrió a Grijalva, las circunstancias ahora eran diferentes y tenía que resolverlas con pericia y diligencia. Contó mentalmente que los indios podían llegar a ser cinco o seis veces más numerosos que ellos pero, pese a ello, pensaba que podrían ganar en una batalla a campo abierto. De momento tenían tomado el lugar del desembarco y aquello les daba ventaja pero él tenía cañones con los que podría diezmar sus filas antes de tener que acometerlos. La lluvia de flechas no podría durar eternamente aunque tampoco podía responder debidamente con sus ballesteros y escopeteros dado su escaso número. Los arcos indígenas podrían resultar

devastadores en proximidad pero una ballesta española, a la distancia a la que se encontraba el enemigo, podía atravesar uno o dos antes de detenerse incrustada en los huesos de alguna de las víctimas.

Tras sopesar todos los pormenores que conllevaría un ataque directo decidió desistir con la idea. Aquel pueblo no era su objetivo y no quería tener que lamentar la pérdida de ninguno de sus hombres. De cualquier forma, y dado que sentían la imperiosa necesidad de abastecerse, resolvió que sí que se detendrían en posición defensiva. A no mucha distancia río arriba se encontraba una pequeña isleta que dividía el Grijalva en dos partes. Era lo suficientemente grande como para que cupieran todos los hombres e incluso cabía la posibilidad de que pudieran hallar algún animal o fruto con el que alimentarse sin consumir los escasos víveres que habían tomado de las grandes naos que habían dejado atrás.

Ignorando a los indios siguieron remontando el río hasta desembarcar en la isleta. Alvarado no replicó ante la negativa de tomar el pueblo pero tampoco consiguió encajar debidamente el comentario. Cortés, que advirtió aquello, se reunió con él en privado y le manifestó que tuviera listo a sus hombres porque mañana o pasado, si no habían conseguido llegar a un acuerdo con los indios, tendrían que tomar el pueblo.

Comenzaba a atardecer cuando acabaron de levantar el campamento en aquel protegido lugar que, aunque al principio pudo parecer pequeño, albergó sobradamente a la tropa. Algunos indios se animaron a rodearles con canoas y lanzarles flechas pero, dado que la mayor parte de ellas eran frenadas por la maleza, desistieron pronto y se retiraron. Todo parecía indicar que aquella noche conseguirían descansar.

Cortés mandó llamar a sus capitanes para dirimir los asuntos que tendrían que tratar en muy poco tiempo. Habían levantado una tienda testimonial que apenas los protegía de los mosquitos y del calor sofocante que, aunque el sol comenzara a esconderse, seguía cebándose con ellos. Allí se reunieron Alvarado, Olid, Portocarrero, Ordaz, Velázquez de León, Montejo, Sandoval, Dávila, Lugo y otros. Escalante, pese a que comenzaba a adivinarse como mano derecha del General, no asistió, ya que se había quedado en el mar con órdenes

de proteger los barcos.

— Intentaremos negociar con ellos— comenzó a decir Cortés—. No quiero un baño de sangre innecesario, solo hemos venido aquí a por agua y bastimentos. Mañana les ofreceremos cosas de Castilla a cambio de lo que puedan ofrecernos.

— Deberíamos dar media vuelta, señor— repuso Montejo—. Sabe Dios qué mosca les ha picado esta vez pero son muchos.

— No vamos a huir— añadió Lugo.

— No, eso sería deshonroso— corroboró Alvarado—. Hemos venido aquí con un objetivo y si no lo cumplimos quedaremos como cobardes.

— No es menester quedar como cobardes— repitió Cortés, que haciendo ver a Alvarado que simpatizaba con su aportación, consiguió introducir sus ideas en su mente sin que se diera cuenta—, pero como ya he dicho, tampoco es necesario gastar esfuerzos donde se pueden usar las palabras como mediadoras.

— ¿Y qué tenéis pensado hacer si no quieren colaborar?— preguntó Ordaz.

Cortés se mantuvo en silencio durante algunos segundos para captar la atención de sus oficiales, que esperaron pacientemente hasta que, haciendo uso de su gran don de la palabra, dijo:

— Que prefiera la paz con estas gentes antes que darles guerra no quiere decir que no tenga preparado un plan por si todo acaba en la peor de las posibilidades. Intentaremos comprar lo que necesitamos, y si se niegan y siguen atacándonos, responderemos con fuerza.

«El enemigo se ha desplegado en el borde del río de modo que nos va a hacer hartamente difícil un desembarco directo. En breves mandaré un pequeño grupo de hombres para que remonten la margen derecha hasta que encuentren un vado o puente por el que puedan cruzar con soltura la tropa y para que echen una ojeada a su poblado en busca de puntos débiles. Cuando vuelvan, y si los indios

no quieren colaborar, mandaré una capitania por el vado y yo, con el resto del ejército, atacaremos de frente. Al mando de los soldados que rodearan al enemigo iréis vos, Dávila».

Alonso Dávila asintió con la cabeza y el resto de capitanes imitaron aquel gesto, parecía un buen plan. Alguno de ellos hizo un amago de querer hacer algún comentario o aportación a las tácticas del General pero éste, advirtiéndolo, preguntó rápidamente:

— ¿Quién es el mejor balletero?

— Un portugués de mi compañía— respondió Dávila—. No conozco al resto de balleteros pero dudo que encontréis a alguien mejor. Se llama Miguel Oliveira.

Cortés meditó durante unos segundos más mientras fijaba la vista en el suelo. Los subalternos lo miraban expectantes hasta que, finalmente, dijo:

— Hay un soldado que venía conmigo en la nao capitana que parece audaz, se llama Andrés de Tapia. Creo que con tres hombres es suficiente y, para el tercero, sería necesario un perro.

— Yo puedo ir con mi mastín, señor— se apresuró a decir el obediente Lugo.

— Agradezco el ofrecimiento, pero vos no, Francisco— respondió Cortés agitando dos dedos en el aire—. La misión es peligrosa y no querría perderos, me sois más útil a mi lado. ¿Habéis hecho muchos progresos durante el viaje con el adiestramiento? ¿Cuál es el mejor de vuestros hombres?

Lugo hinchó sus pulmones con la vista en blanco para después vaciarlos pesadamente en un suspiro. Mentalmente fue pasando revista a toda su capitania pero ya sabía la respuesta antes de empezar a hacerlo. No quería asumirlo tan pronto pero, cuando se dio cuenta de que no había otro, lo dijo:

— La verdad es que les queda mucho por aprender. La mayoría de ellos no aguantaría ni dos hostias pero sí que hay unos cuantos que parecen fuertes.

Quizá, el menos malo de todos, es un sevillano que se apellida Farfán. Tiene un mastín de los Pirineos que, o se espabila pronto, o más valdría que nos lo comiéramos. Pero el chico parece el más adecuado.

— ¿Ese es el que mató a ese hombre en una taberna de Santiago de Cuba?— preguntó Ordaz rascándose la frente—. ¿Cómo se llamaba? ¿Juan de Pila?

— Sí, eso parece— respondió Lugo—. Yo no estaba allí pero eso he oído.

— Sí que es él— sentenció el General—, pero me parece bien. Que vayan esos tres.

Capítulo XLV:

La visión era prácticamente nula dado que los árboles ocultaban la luna, que a duras penas lograba introducir alguno de sus rayos selénicos entre las altas copas. Farfán, Oliveira y Tapia caminaban pesadamente detrás de la primera hilera de troncos de modo que la luz proveniente del claro que producía el río, junto con la reflejada por el agua, les permitía ver lo suficiente como para que no se despeñaran con alguna piedra o poza. No tardaron demasiado tiempo en acostumbrar su vista y, a raíz de ello, la marcha resultó mucho más ágil y veloz. El sevillano, mientras observaba a su perro reciamente ataviado con su armadura canina, pensó que resultaba digno de admirar cómo los hombres, acostumbrados a vivir bajo el sol o la llama de los candiles, no habían perdido la capacidad de poder ver en la oscuridad. Solo se necesitaba paciencia y permanecer en la penumbra durante varios minutos sin estímulo alguno hasta que el ojo comenzaba a captar nítidos relieves y detalles.

El sonido proveniente del río les resultaba gratificante. El pueblo enemigo se encontraba en la otra orilla por lo que, a priori, no tenían por qué esperar resistencia a ese lado. Ascendieron en la dirección opuesta a la de la corriente agudizando su oído para que no les pasara desapercibido ningún movimiento pero aquello era la densa selva del Nuevo Mundo y el silencio era algo utópico. Las alimañas nocturnas habían salido a cazar al resto de animales.

— Dicen que hay tigres en estas tierras— dijo Oliveira con un fuerte acento portugués—. Andad atentos.

Se trataba de un hombre de unos treinta años, moreno de piel y con una fina y negra barba que le cubría el bigote, la perilla y el mentón. En sus manos portaba cargada una ballesta heredada de familia que, aunque algo antigua, era tenida por una de las mejores de las que disponían.

— Somos tres— respondió en voz baja Farfán—, y llevamos a Ventisca, que nos avisaría. Los tigres no cazan en manada, ¿no? ¿Alguna vez habéis visto alguno?

— Yo una vez en un zoo toledano— respondió Tapia.

Cada poca distancia, cuando creían adivinar que la anchura del río aumentaba a costa de la profundidad, se internaban en la orilla y con una larga vara que llevaban tanteaban el terreno. Hacía calor y sumergirse de cintura para abajo, además de refrescarles, les protegía durante algunos minutos de las picaduras de los mosquitos, que les resultaban devastadoras. No habían avanzado ni media legua cuando al portugués se le ocurrió embadurnarse la cara y los brazos con barro para protegerse y sus compañeros lo imitaron.

El río Grijalva, que serpenteaba rodeando pequeñas isletas como la que habían dejado atrás, ofrecía un paisaje pantanoso y lleno de ciénagas. En cuanto hundían sus pies en el barro llegaba a sus olfatos un olor a descomposición que les hacía retroceder. La luna, que se reflejaba en cada ondulación acuática producida por los saltos de corriente, dejaba entrever formas grotescas que, aunque asemejaban troncos flotantes, solían hundirse o desplazarse en ocasiones como si fueran animales. Para más inri, oían de fondo y con un ritmo regular el croar de alguna especie de rana o sapo que, por su intensidad y exotismo, bien podría ser producido por algún monstruoso ser desconocido.

Legua arriba del campamento hallaron algunos indicios que sugerían la presencia de un vado. Los matorrales y hierbas del lugar eran de menor estatura y muchos estaban rotos o arrancados por lo que dedujeron que aquello se trataba de un paso de animales. Además, en la línea perpendicular al río que lo atravesaba se encontraban alineadas tres pequeñas isletas que podrían facilitar el cruce. Sin duda alguna, tenían que intentarlo de nuevo.

Farfán, que llevaba la vara en ese momento, salió de la maleza para, tras mirar en derredor, comenzar a avanzar tanteando con ella. Durante quince pasos el agua fue ascendiendo hasta llegarle a la cintura pero luego se estabilizó en aquel nivel. Ventisca, que en un principio se mostró reticente a nadar, pataleaba eficazmente a su lado con el pelaje empapado y expresión de preocupación. Cada paso que daba le resultaba una odisea ya que sus botas se hundían hasta los tobillos en el lodo. En ocasiones sentía presencias y movimientos entre sus piernas y, temiendo que se tratasen de caimanes o tiburones como el que casi se comió a María, buscó un tema de conversación con el que distraerse.

— Andrés, ¿qué intenciones os lleváis con María?

La pregunta pilló por sorpresa al soldado, que dos pasos por detrás, avanzaba llevando la espada enfundada sobre la cabeza.

— Las mejores— se limitó a decir—. Y bien sé que a vos también os interesa.

Farfán había pasado toda la travesía lamentándose por, a diferencia de Tapia, no ir en el mismo barco que la muchacha. Cada día que pasaba pensaba que aquel joven apuesto tendría otra oportunidad más para ganarse su confianza y afecto, y ver que no podía hacer nada por evitarlo lo desazonaba. Durante la estancia en Cuba había llegado a trabar una gran amistad con ella pero todo podía irse al traste si, por aquel distanciamiento forzado, se olvidaba de él.

Llegaron a la primera isleta sin que el nivel del agua subiera en ningún momento de la cintura. Aunque en un principio maldijeron que les tocara salir de noche se daban cuenta ahora de que era lo mejor ya que, a plena luz del día, habrían sido divisados sin dificultad. De cualquier forma, se encontraban alerta ya que les resultaba extraño que no hubiera ningún centinela apostado por aquella zona.

— María es una joven espectacular— continuó diciendo Tapia para tantear a su amigo—. Entiendo bien lo que habéis visto en ella. Es una chica indómita y aventurera pero con el tiempo entenderá cuales son las obligaciones de una dama.

— ¿Habéis hecho algún progreso con ella?— preguntó el sevillano.

— Si no os calláis los dos van a matarnos y a comernos— repuso levantando el tono de voz Oliveira.

— Alguno—. Respondió Tapia ignorando al portugués—. Un viaje de tantos días en barco une mucho. Mientras vos jugabais con vuestro perro María iba conociéndome y yo, a la par, enamorándome de ella.

— ¿Pues sabéis qué?— dijo atropelladamente Farfán notando el rubor en

su rostro—. ¡Yo también la amo!

Oír aquellas palabras con su voz tuvo un efecto devastador sobre su persona. Lo sabía, lo sabía desde hacía tiempo, pero todavía no lo había reconocido. Uno lo dice mentalmente primero y luego, al tiempo, reúne el suficiente valor de pronunciarlo a los amigos o a la persona amada. El sevillano se había saltado el proceso interior y el siguiente escalón le resultó demasiado vertiginoso.

— No hace falta que lo digáis, se os nota a la legua— las palabras de Tapia comenzaban a sonar desafiantes—, y María también lo sabe. No me haría muchas ilusiones ya que, de esta forma, si tuviera alguna intención con vos os lo habría hecho saber.

— Si no calláis os meteré un flechazo entre pecho y espalda, ¡joder!— bramó Oliveira de nuevo—. ¿Es que os da igual morir?

— La habéis tenido para vos solo durante todo el viaje— respondió Farfán sin darse cuenta de que la conversación estaba tornando hacia una riña de bravuconería—, pero ya veremos qué pasa a partir de ahora cuando estemos todo el día en tierra. María podrá elegir si os aguanta porque el barco es pequeño y no le queda otro remedio o porque quiere pese a tenerme a mí a tiro de piedra.

— ¿Y si me prefiere a mí me daréis muerte como dicen que hicisteis con Juan de Pila?— sentenció con malicia Tapia.

Aquella frase impactó sobre Farfán con no menos fuerza que la de un tiro de cañón. Se detuvo en seco y, aferrando con tanta fuerza la vara que las manos comenzaron a dolerle, la fue clavando más y más en el lodo. Mientras congestionaba todos sus músculos sintió como la ira, que en un principio alcanzó cotas astronómicas, iba disipándose poco a poco. Cuando sintió que podía volver a tomar el control de sus impulsos se dio la vuelta lentamente encontrándose de bruces con Oliveira, que adelantándose, se interpuso entre los dos soldados diciendo:

— ¡Dejadlo ya! Si no os matáis vosotros nos matarán los indios y si no Cortés cuando volvamos tras habernos desbaratado nosotros mismos. ¡Ya está bien, copón!

— El portugués tiene razón— dijo con voz pausada el sevillano.

— Conforme— dijo Tapia—. En realidad me he excedido con mis palabras, os pido disculpas.

— Las acepto.

Y sin terciar más comentarios reanudaron la marcha introduciéndose en la tercera y última isleta. La pequeña porción de río que los separaba de la margen izquierda no era muy extensa. Con la vara por vanguardia no tardaron en atravesarla y llegar al otro lado. Se sentían exhaustos pero, por haber encontrado tan pronto y cerca el vado, aquello no les importaba. De hecho, habían cumplido la misión con tanta diligencia que disponían de tiempo suficiente para ir a echar una ojeada al pueblo. Sabían que por aquel lado podía haber indios por lo que extremaron la cautela. Oliveira, que mientras cruzaba el río llevaba la ballesta en alto para que no se mojara la cuerda, se mantenía en tensión apuntando con ella hacia cualquier sombra sospechosa que se interpusiese en su camino. Conocía bien el bosque ya que, de humilde familia, se había criado en uno de ellos. Su padre había sido balletero pero murió cuando él tenía solo tres años. Su madre quedó encargada de una ridícula hacienda que apenas les daba para comer hasta que, cuando el niño cumplió los doce años, comenzó a dedicarse a la caza. Aquella ballesta llena de polvo que su madre escondió como doloroso recuerdo de su viudedad en el recoveco que existía entre una de las vigas que sujetaban el techo volvió a cobrar vida. Al principio sus disparos eran inexpertos pero, al no dedicar su vida a otra cosa que no fuera la montería, no tardó demasiado tiempo en llevar a casa multitud de conejos, perdices, venados y jabalíes.

De repente, voces humanas hicieron que se detuvieran y se escondieran. Hablaban una lengua extraña que tenía los mismos sonidos que aquella a la que Aguilar había llamado maya. Parecía provenir de un grupo de varios hombres no menor de tres individuos. Ventisca, con los músculos en tensión, el rabo

erguido y las fauces en posición amenazadora, se agazapó en silencio esperando las órdenes de su amo.

— Vienen hacia aquí— dijo Tapia.

Los indios no tardaron en hacer acto de presencia. Eran seis e iban fuertemente armados con arcos, flechas y macanas. El torso lo llevaban descubierto pero pintado y adornado con tatuajes y joyas compuestas de caracoles y plumería. Parecían discutir mientras avanzaban hacia donde ellos se encontraban, por lo que pensaron que se dirigían a cubrir el vado por el que habían pasado. Tan velozmente se movían que, con una mirada de complicidad, los españoles se hicieron saber unos a otros que no tenían tiempo ni posibilidad de huir, que en breves iban a darse de bruces con ellos y que tendrían que luchar.

Aquella iba a ser la primera escaramuza de aquellos tres hombres en el Nuevo Mundo y todos ellos sintieron cómo la sangre invadía sus músculos dándoles vigor. El pulso aumentó de frecuencia y la respiración se hizo pesada y profunda. Las empuñaduras de las dos espadas y el gatillo de la ballesta parecían ejercer una fuerza hipnótica sobre sus manos.

Farfán repartió con gestos a los indios entre sus compañeros de modo que a cada uno le tocaran dos de ellos. Esperaron durante unos segundos hasta que se encontraron lo suficientemente próximos, momento en el cual, al grito de «¡España!», salieron los tres a pelear.

El primer indio se desplomó cuando una flecha se incrustó en su rostro. Ventisca derribó a otro desgarrando con fiereza uno de sus brazos. Tapia y Farfán ensartaron con sus espadas a los dos siguientes que, sin mudar la expresión de asombro, intentaron arrancarse las hojas estirando con sus manos de ellas sin conseguir otra cosa que provocarse largos tajos en las palmas por cada intentona. Solo dos indios quedaban en pie y sus reacciones fueron diferentes. Mientras uno de ellos se abalanzó sobre Tapia tirándolo al suelo el otro se escabulló entre la maleza. Oliveira disparó su segunda flecha por donde había escapado el fugitivo y Farfán cayó sobre el que estaba atacando a su compañero atravesándolo de costilla a costilla con su espada. Los gruñidos del

perro se mezclaban con los del hombre al que estaba mutilando hasta que, después de oírse un crujido de huesos, estos últimos cesaron, tras lo cual Ventisca también desapareció por el mismo lugar por donde se había ido escapado el otro indio.

— Hemos ganado— dijo el sevillano mientras ofrecía una mano a Tapia para ponerse en pie.

— Si no ha huido ese, sí— respondió su amigo.

— Le he dado— señaló Oliveira.

— Hay que rematar a esos— volvió a decir Tapia apuntando con su espada a los dos que habían atravesado por el vientre hacía escasos segundos.

Los dos heridos se estremecían en el suelo agarrándose con fuerza aquellos sendos hoyos en la piel de los que no cesaba de manar sangre. Tapia llegó al que había atacado él y, de un movimiento rápido con su espada, le rebanó la mitad del cuello. Farfán, envainando su espada y descolgando su navaja, se agachó junto al otro. Mientras introducía la mano en su nuca para levantar su cabeza intentó recordar cuantos hombres había matado ya a lo largo de su vida. Juan de Pila y un indio que, junto con ese, sumarían tres. Se había cobrado tres almas. La primera de ellas, pensó, iría al cielo o al infierno en función de cómo hubiera sido la vida de aquel indeseable. Las otras dos iban directas a enriquecer las filas de Satanás porque no había sitio al lado de Dios para los paganos, aunque la ausencia de bautizo se debiera a que no habían tenido siquiera la oportunidad de conocer a la Iglesia. Aquella idea retumbó violentamente en su cabeza mientras segaba el cuello de su víctima.

Tras esconder a los muertos bajo unos frondosos matorrales reanudaron la marcha por donde había escapado el sexto indio. Ventisca no había aparecido todavía y cuando encontraron la flecha de Oliveira ensartada en el tronco de un árbol se temieron lo peor. Ya comenzaban a lamentarse por la bronca que les caería cuando los capitanes descubrieran que un indio había puesto al tanto de las intenciones de los españoles al resto de enemigos cuando el perro surgió tranquilamente de detrás de un pequeño montículo. Farfán se agachó para

acariciar su enorme cabeza pero se detuvo al sentir la humedad de sus fauces. Hasta en la insondable oscuridad de la noche pudo vislumbrar aquellos pelos apelmazados y teñidos por la sangre todavía caliente. No tuvieron que andar demasiado para descubrir la última víctima que se había cobrado el animal. El fugitivo se había desangrado de una dentellada en el cuello, por haber perdido medio brazo o por las dos cosas.

La escaramuza los había dejado exhaustos, y haciéndoles comprender que la misión podía complicarse poniéndoles en peligro tanto a ellos como al resto del ejército, resolvieron que lo mejor sería volver cuanto antes. Trepano por una colina que se elevaba al oeste del pueblo divisaron las calles y las casas de cal y canto que lo componían. Había hogueras y antorchas encendidas que iluminaban un sinfín de figuras humanas deambulando.

— Fijaos esa calle— dijo Oliveira.

— Yo no veo muy bien de lejos— respondió Tapia.

— Esa— repitió el portugués apuntando con su ballesta—. Parece lo suficientemente ancha como para que avance una compañía entera y solo la protege una pequeña barricada de ramas y maderos.

— Estoy de acuerdo— dijo Farfán—. Por allí puede embestir Dávila.

— En ese caso vayámonos antes de que una segunda patrulla nos encuentre— sentenció Tapia.

Capítulo XLVI:

Hernán Cortés era el centro indiscutible de todas las miradas. Se encontraba en los bordes de la isleta, donde todos los bateles y bergantines se habían dispuesto para que los hombres fueran embarcando. Caía la tarde y, dado que había aflojado el calor, le resultaba muy llevadero vestir con aquel peto de la armadura tan pesado. Sobre las pantorrillas también se había colocado sendos quijotes. Mientras entregaba su sombrero de plumas a uno de los indios cubanos que le hacían de auxiliar y comenzaba a ajustarse el yelmo reflexionó sobre si había sido lo suficientemente paciente con aquellos tabasqueños.

Los tres exploradores que mandó río arriba la noche anterior volvieron antes del alba habiendo realizado un trabajo excelente. Aquella misma mañana se acercaron cinco canoas con indios que les entregaron comida y les pidieron que se marcharan ya. Solamente arrojaron sobre la tierra ocho gallipavos y algunas cargas de maíz de modo que intentó hacerles comprender que con aquella pequeña cantidad no tenían ni para empezar, que como bien veían, eran muchos españoles y que pagarían debidamente si los hospedaban en su pueblo. Los indios rieron aquellos comentarios y se mantuvieron en sus trece, que o se iban pronto o los matarían a todos.

No faltaba mucho para que anoheciera y el General, viendo que pronto agotarían los víveres, resolvió que ya habían esperado suficiente y que debían tomar el pueblo. Se reunió con Alonso Dávila y lo puso al frente de una capitanía de cien hombres, entre los cuales se encontró también Francisco de Lugo y los tres exploradores que había mandado la noche anterior, apoyados por diez ballesteros. Les mandó que remontaran el río hasta el vado que habían encontrado y que, rodeándolo, esperaran hasta su señal, que sería un cañonazo, para acometer contra el pueblo. Les dio un poco de tiempo para que se fueran alejando y, tras ello, dispuso a sus hombres para un desembarco frontal directo.

Ya todos los soldados se encontraban dispuestos y con ganas de entrar en batalla. Muchos de ellos jamás habían estado en una, otros habían sido masacrados en Champotón y, como no estaba muy lejos de allí, pensaban que

aquellos indios podían ser parientes de esos otros, con lo que podrían vengar su afrenta. En un grupo de varios cientos de hombres en el que lo más divertido del día era reunirse a contar batallas y a bravuconear delante de los compañeros, cuando se ofrecía una nueva escaramuza, no había uno que no se sintiera motivado para participar en ella, puesto que suponía nueva carne narrativa para aderezar con algunos toques de imaginación en las guardias y tardes ociosas del futuro.

Cada grupo había sido asignado a uno de los capitanes en un batel o bergantín. El General marcharía a la cabeza de ellos en otro junto con Mesa, el artillero, y dos falconetes. Aquella división estaba compuesta por trescientos hombres que, junto con los cien que seguían a Dávila, sumaban una cifra que podría ser la quinta parte que la de sus enemigos. Una vez Cortés se hubo calado el casco levantó la visera y, dirigiéndose a la tropa, comenzó a arengar con la voz lo suficientemente elevada y desgarrada como para resultar extraño en él:

— Señores y amigos míos: nosotros, como cristianos, hemos hecho el deber, convidando a estos indios con la paz y comprándoles la comida, de que tanta necesidad tenemos, nos la niegan; y como si les hubiésemos hecho algún daño, nos tienen por sus enemigos. Resta que tornándolos a convidar con la paz y amistad, si no la admitieren, los acometamos, como está concertado, con toda furia, para que hagan por temor lo que no quieren por amor, y pues todos habéis de pelear, no por quitar la vida a otros, sino por sustentar la vuestra, razón es que cada uno haga lo que debe. Así pues, encomendémonos a Dios, a Santiago y a San Pedro para triunfar en esta empresa.

Los hombres corearon sus últimas palabras y, con ello, comenzó el revuelo. Mientras iban embarcando ordenadamente se desencadenó una verdadera euforia guerrera. Algunos daban saltos para calentar las articulaciones, otros se golpeaban el pecho con violencia o frotaban las espadas con sus rodela produciendo chirriantes ruidos metálicos. Los más se encontraban muy concentrados aunque otros reían o incluso se motivaban los unos a los otros con comentarios belicosos como «¡Vamos a por ellos!» o «No voy a dejar un hijo de puta en pie».

Las pequeñas embarcaciones se echaron al río comenzando la

navegación hacia el poblado, donde los indios, que parecieron advertir la intención de los españoles, se desplegaron por toda la margen batiendo tambores, haciendo sonar cornetas y montando sus arcos y empalizadas de lanzas afiladas. Cortés, que se encontraba en vanguardia asomado por la proa del batel, dijo al notario real:

— Don Diego de Godoy, leed el requerimiento a estos indios para que Aguilar lo traduzca.

Un hombre de mediana edad con apariencia de cualquier cosa menos de conquistador avanzó tímidamente un paso hasta colocarse a la altura del General para sacar de su cartera de cuero unos papeles que tenía escritos a mano. El precario casco metálico que llevaba ocultaba su avanzada calva rodeada por escasos pelos canosos. Tenía toda la pinta de un escribano o secretario de palacio que jamás había tenido que empuñar un arma aunque ya había viajado con Grijalva. Su presencia era imprescindible porque tenía que dar estrecha relación de todo lo que acontecía durante el viaje a la Corona para demostrar que las cosas se habían hecho de acuerdo a los ideales españoles y cristianos. Aquel requerimiento no era más que un documento que debían leer todos los conquistadores a los indios para que lo aceptasen y, solo si no lo hacían o lo ignoraban, podía estar legitimada la acometida.

— De parte del rey, don Fernando, y de su hija, doña Juana, reina de Castilla y León, domadores de pueblos bárbaros, nosotros, sus siervos, os notificamos y hacemos saber...

Las palabras del notario iban siendo traducidas como bien podía por el fraile Aguilar, que dada la velocidad de lectura que llevaba tenía algunos problemas para hacerlo debidamente. Encontró dificultades con muchas palabras como, por ejemplo, bárbaros. ¿Cómo podía traducir aquello? ¿Dando el nombre de alguna tribu vecina a la que él había estado cautivo?

— ... y todos ellos de su libre, agradable voluntad, sin premio ni condición alguna, se tornaron cristianos y lo son, y Sus Majestades los recibieron alegre y benignamente, y así los mandaron tratar como a los otros súbditos y vasallos; y vosotros sois tenidos y obligados a hacer lo mismo. Por

ende, como mejor podemos, os rogamos y requerimos que entendáis bien esto que os hemos dicho, y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo, y al Sumo Pontífice, llamado Papa, en su nombre, y al rey y reina doña Juana...

Dicho aquello los indios comenzaron a lanzarles flechas que cayeron pesadamente sobre ellos. Los españoles se cubrieron con sus rodela que, aunque en ocasiones no eran más que de madera revestida por una cinta circular metálica, conseguían repeler las saetas. Detuvieron los bateles a aquella distancia ya que si se acercaban más los disparos podrían llegar a ser más certeros y perniciosos. Muchos hombres saltaron al río, cuya profundidad en aquel punto no sobrepasaba de sus cinturas.

— ... Si así lo hicieseis, haréis bien, y aquello que sois tenidos y obligados, y Sus Altezas y nos en su nombre, os recibiremos con todo amor y caridad, y os dejaremos vuestras mujeres e hijos y haciendas libres y sin servidumbre...

— Estos cabrones no escuchan— interrumpió Portocarrero.

Godoy, aumentando la solemnidad y aspereza de sus palabras, recitó de memoria el último párrafo del requerimiento:

— Y si así no lo hicieseis o en ello maliciosamente pusieseis dilación, os certifico que con la ayuda de Dios nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, y os haremos guerra por todas las partes y maneras que pudiéramos, y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia y de Sus Majestades, y tomaremos vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haremos esclavos, y como tales los venderemos y dispondremos de ellos como Sus Majestades mandaren, y os tomaremos vuestros bienes, y os haremos todos los males y daños que pudiéramos, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen; y protestamos que las muertes y daños que de ello se siguiesen sea vuestra culpa y no de Sus Majestades, ni nuestra, ni de estos caballeros que con nosotros vienen.

Por parte de los españoles nadie medió ninguna palabra durante los siguientes instantes. Permanecían expectantes mientras los indios, lejos de responder pacífica y dialogadoramente, seguían arrojando sobre ellos aquella densa lluvia de flechas. Cortés meneó la cabeza sutilmente en señal reprobadora y, volviendo la vista al notario real, dijo:

— Consentís que estos indios no han querido hacer caso de nuestro requerimiento.

— Doy fe— se limitó a responder Godoy—. Id con Dios en vuestra ventura.

Aquella era la señal esperada y el General, bajando la visera de su yelmo, hizo dos ademanes con su diestra. Con el primero ordenó a los hombres que remaran hacia tierra y con el segundo instó al artillero para que preparara los dos falconetes que habían cargado en la proa del batel. Conforme se iban acercando, las flechas impactaban con mayor precisión y fuerza en sus rodelas y armaduras. Algunos hombres que por diversos motivos no iban tan bien ataviados fueron alcanzados y heridos por ellas. Entre ellos se encontró el soldado Bernal, que asomando una pierna por la borda del bergantín en el que marchaba recibió un flechazo en el muslo que se arrancó gritando.

— Mesa— dijo Cortés.

— ¡Mande!

— Disparad los tiros.

Las mechas se fueron consumiendo ante la atenta mirada de los tripulantes del batel y, una vez la superficie carbonizada se escabulló entre la abertura cuprosa, las dos explosiones se sucedieron en un mínimo lapso de tiempo. Cuando el humo se disipó, siendo enaltecidos por aquel exquisito aroma de la pólvora, los soldados pudieron ver los estragos que habían causado las dos balas, que con la furia y fuerza de un rayo diezmaron las filas del enemigo. Una de ellas debía haber partido a un indio por la mitad y haberse llevado por delante a cinco o seis más que, por detrás de él, se estremecían en el

suelo con algún boquete o miembro amputado. Las flechas cesaron durante algunos segundos debido al desconcierto que cundió entre los tabasqueños pero no tardaron demasiado en reanudarla.

— ¡Españoles!— berreó Cortés echándose al río con la espada en alto—
¡Marchad!

— ¡Santiago y cierra España!— gritaron los hombres al unísono imitando el gesto del General.

Ya en el agua les fue más fácil cubrirse de las flechas ya que la parte inferior del cuerpo se ocultaba bajo las aguas y la superior detrás de las adargas y rodela. Los soldados avanzaron lenta y fatigosamente ya que tenían que esforzarse a cada paso que daban en la tarea de extraer sus pies del lodazal en el que se habían quedado clavados. Los indios también estaban eufóricos y, adelantando a la fila de arqueros, una multitud de lanceros se dispuso a varios pasos de la margen del río para evitar que los españoles tomaran la playa. Algunas canoas también se acercaron hasta el lugar para flecharlos desde una mayor proximidad.

Los ballesteros y arcabuceros, aunque no eran muchos, iban despejando con efectividad el campo enemigo. En ocasiones se centraban en las canoas, que por ser tan móviles y maniobrables no podrían ser alcanzadas por la infantería de ninguna manera. Las flechas eran potentes y mucho más certeras pero, cuando una de aquellas balas de plomo acertaba en un indio, sus compañeros más próximos quedaban horrorizados sin entender cómo había muerto sin otra herida que no fuera un pequeño círculo dibujado en su pecho. El olor de la pólvora, extraño e irritante para aquellas narices vírgenes, les resultó aterrador ya que fue cundiendo entre ellos la idea de que los invasores estaban usando algún tipo de hechizo o magia para diezmarlos sin trabar combate cuerpo a cuerpo.

Otro par de cañonazos silbaron por encima de Cortés yendo a impactar en los lanceros. El General, que marchaba en primera fila, fue alcanzado por uno de sus soldados, que le entregó una de sus alpargatas. La había perdido hacía un rato pero, como en sus calzas se habían apelmazado varios terrones de barro,

apenas se había dado cuenta de ello. Rápidamente se la volvió a colocar y, con el agua ya cubriéndole por las rodillas, cargó contra aquella densa maraña de lanzas.

— ¡San Pedro!— gritó llamando a su abogado personal.

Con fuertes tajos de su espada retiró las lanzas y se introdujo entre ellas violentamente. De un golpe de su escudo derribó al indio que tenía a su izquierda y con la hoja atravesó al de enfrente por el cuello. El resto de capitanes y soldados se arrojaron a su lado con igual valor y decisión y los defensores, que no esperaban aquel grado de fiereza, comenzaron a retroceder sin dejar de presentar batalla. Los lanceros estaban estorbando a los arqueros, que por detrás de ellos, intentaban disparar alguna saeta sin herir a sus compañeros. Los españoles peleaban como un todo, varios cientos de infantes cargando como si de un bloque de muerte que iba engullendo sus bajas se tratase.

Allí también se encontraban, mano a mano, Ortega y Lorenzo, el italiano. Se habían colocado en primera fila y, aunque en un principio peleaban con calma y cabeza, ya habían bajado la guardia como todos los demás. Acostumbrados a las guerras italianas donde un despiste podía acarrear que un experimentado soldado introdujese un palmo de acero por cualquier rendija de tu armadura, no esperaban encontrar menor precisión a aquel lado del océano. Lejos de ello, los indios usaban frágiles armas de piedra, madera o cobre que, aunque les acertaran, a duras penas conseguían producirles daño. No llevaban ni dos minutos peleando y ya les habían ganado tanto terreno que parecía claro que se estaban desmoronando. No tuvo que pasar demasiado tiempo hasta que, gritando asustados, se replegaron para guarecerse en el pueblo.

Todos los hombres se encontraban en tierra y Cortés, que no quiso dar tiempo al enemigo para que se reorganizara, mandó subir la pequeña ladera que los guiaría hacia el pueblo. Limpiando la sangre de su espada con los calzones avanzó con decisión a la vanguardia de la tropa. Alvarado, Portocarrero, Ordaz y Sandoval fueron a colocarse justo a su lado.

Los indios se parapetaron detrás de una precaria empalizada de ramas

colocada entre dos casas cerrando la calle. Las puntas de lanza sobresalían entre el follaje de las maderas y hojas y, por detrás, los arqueros, algunos de los cuales se habían guarecido tras las troneras de las torres y los tejados, comenzaron a flecharles. Cortés hizo un movimiento con su espada hacia ellos y los soldados cargaron de nuevo berreando y llamando a los santos y apóstoles.

Mientras los ballesteros y escopeteros dirigían selectivamente los disparos a los enemigos que, por su posición o armas, mayor daño pudieran hacer a los españoles, los infantes comenzaron a destruir la barricada con hachas y tirando con sogas de las astillas y vigas que iban desmenuzando. En algunas partes la refriega volvió a desencadenarse y un nutrido grupo de rodeleros consiguió introducirse entre las filas enemigas causándoles grandes bajas.

Cuando la empalizada se vino abajo los soldados avanzaron en bloque sin que las lanzas pudieran frenarles. Gritaban, juraban, se arengaban y aullaban mientras iban rebanando los miembros y las vidas de aquellos paganos que no habían querido darles alojamiento y bastimento. Cada vez iban ganando el terreno con mayor facilidad y, aunque ellos solos hubieran podido ganar la batalla, no tardaron en sentir a Dávila cargando por el Oeste con sus cien hombres. Los indios, al verse rodeados, tocaron algunas cornetas y comenzaron a huir desorganizadamente. Cortés los mandó perseguir durante algún trecho hasta que llegaron a los pies de un gran templo de piedra en el que, levantando un puño cerrado y cubierto por su guantelete, ordenó que se detuvieran.

— ¡Vamos a masacrar a esos bellacos ahora que corren!— bramó Juan Velázquez de León.

— No— respondió tajantemente Cortés—. ¿No veis que huyen? Después de esta aplastante victoria no les quedará otro remedio que hacernos la paz y es eso lo que hemos venido a buscar.

Los hombres se reunieron en la plaza del pueblo y comenzaron a lanzar vítores enarbolando sus armas en el aire. El General, reunido con sus capitanes como estaba, se quitó el yelmo y, entregándoselo al indio cubano, se pasó la mano por la frente para apartarse el sudor que se había acumulado en el

flequillo. Se sentía eufórico y radiante, habían ganado la primera batalla en tierras yucatecas y todo había sido gracias, creía, a su buen liderazgo, al valor de los hombres y a la gracia de Dios. Todos le miraban expectantes y alegres ya que había conseguido demostrar que merecía llevar el título de capitán general. Se lo había ganado marchando el primero y luchando codo con codo con ellos sin importar quién tuviera al lado, bien fuera hidalgo de importante casta, bien fuera el más llano y rufián miembro de la soldadesca. Lo había hecho todo bien desde el principio hasta el final, lo que también demostraba sus altas capacidades tácticas. Había medio centenar de indios inertes por los alrededores y, por parte de los españoles, no sumaban ni veinte los que habían sido heridos por cortes y magulladuras de poco calibre.

Hernán Cortés sabía que era el indiscutible protagonista de la jornada y, siendo ensalzado y crecido por la mirada atenta de la tropa, se acercó con pasos solemnes hasta un gran árbol que llamaban ceiba y que crecía al lado del templo. Desenvainado su espada dio tres cuchilladas en el tronco levantando virutas de corteza y, tras ello, volviéndose a sus hombres y mirándolos largo y tendidamente con expresión seria, dijo:

— Yo, Fernando Cortés Monroy Pizarro Altamirano, hijo de Martín Cortés y Catalina Pizarro, natural de Medellín, tomo posesión de estas tierras conocidas como Tabasco en nombre la Corona Española y de Sus Majestades los más altos y católicos reyes del mundo. Y si hay alguna persona que me contradiga que salga ahora, que sin dilación, defenderé lo dicho con mi vida si fuese preciso.

Los hombres se miraron unos a otros intentando localizar a quien tuviera valor de contradecir aquella toma de posesión. Ni siquiera Ordaz y los suyos, que no tuvieron a bien que no nombrara al teniente Diego Velázquez en ella, se atrevieron a mediar palabra. Durante los escasos segundos en el que el General los estuvo mirando desafiante en medio de un silencio sepulcral el tiempo pareció haberse detenido. Solo pasado ese breve lapso de tiempo protocolario los soldados volvieron a vitorear y gritar al unísono y con desquiciada euforia:

— ¡Cortés! ¡Cortés! ¡Cortés!

Capítulo XLVII:

Aquella noche Farfán durmió plácidamente ignorando los dolores atroces que sentía en sus músculos por el gran esfuerzo del largo día. Apenas había dormido un par de horas tras volver de la misión exploradora con Tapia y Oliveira cuando Lugo le ordenó que se levantara para ponerse a trabajar. Por la tarde hicieron la guerra con los indios y, por fin, pudo saber lo que era entrar en batalla. Los viejos veteranos solían hablar de la gloria, de los sentimientos que se despertaban en el fragor de la lucha, de las dolorosas heridas y de los hombres que habían destripado. Nunca contaban otra cosa que el joven sevillano desconocía y que ahora sufría en sus carnes. El duro e ingente esfuerzo de las estocadas, de la marcha, de resistir las embestidas del enemigo y parar sus golpes con el escudo resultaba mucho más dañino que cualquier otra cosa que le hubieran contado. Los músculos le pesaban toneladas y, con cada movimiento que hacía con el brazo izquierdo, un dolor punzante le invadía el hombro con el que había sujetado la rodela. Sentía los muslos como si alguien le hubiera introducido miles de agujas de coser y apenas podía abrir y cerrar las manos de lo condolidas que las tenía.

Solo habían conseguido alcanzarlo con una herida de poca monta, un pequeño corte en el costado producido por una lanza que pronto vendría a ser su primera cicatriz de guerra. Cuando volvió al campamento, y tras reparar en que todos sus amigos se encontraban ilesos, fue recibido por María, que se lanzó a sus brazos diciendo:

— ¡Oh, Farfán! ¿Os han herido?

El abrazo que le propinó la muchacha le hizo olvidar toda la sangre que había corrido desde la punta de su espada hasta empapar su antebrazo. Sentía el calor de su rostro contra el suyo y aquella cintura mínima que podía rodear cómodamente con sus brazos pese a la limitación del peto de la armadura.

— No es nada— respondió.

En realidad no era una herida grave, ya prácticamente se había cerrado sola. Cuando María se separó de él le dio un fuerte, sonoro, cálido y húmedo beso en la mejilla, por encima de sus barbas. Los dolores se mitigaron completamente y, como oveja que sigue al pastor, se dejó guiar por ella, que quería curarlo. Se quitó la ropa de cintura para arriba y con agua y un paño le fue limpiando la herida.

Cuando hubo acabado maldijo no haber recibido una herida que le llegara desde la oreja hasta el pie para haber podido sentir durante más tiempo aquellos hábiles dedos recorriendo su piel desnuda. Más tarde se reunió con los suyos para comentar todo lo que habían hecho durante la batalla pero, hasta cuando le tocó hablar a él, seguía con un ojo puesto en María. La deseaba tanto que no le dejaba pensar en otra cosa, pues en varias ocasiones tuvieron que apremiarle para que no se perdiera en el hilo de la disertación.

Supieron, al día siguiente, que Cortés había tenido a bien despachar a los prisioneros para que, volviendo con sus respectivos caciques, les manifestaran el pesar de los españoles por haber tenido que infringirles tanto daño y decirles que seguían dispuestos a dialogar y vivir pacíficamente con ellos. La respuesta no tardó en llegar de mano de un puñado de indios que, tras saludar a su manera tocando la tierra con los dedos y alzándola hacia el cielo, trajeron gallinas, maíz, fruta y algunas joyas y piezas de oro bajo. La cantidad era escasa pero el General se sintió agradecido viendo que quizá fuera un intento de acercamiento.

Al día siguiente acudió un séquito de una veintena de indios bien ataviados con ricas mantas y plumería trayendo más comida. Los hombres se arremolinaron alrededor para ver qué nuevas traían y Orteguilla arrastró a su padre de la mano hasta la primera fila para ver mejor a aquellos bárbaros. María también se buscó un hueco junto a ellos y, desde allí, pudieron oír cómo Aguilar traducía a Cortés el mensaje.

Los mensajeros pidieron a los españoles que no les quemaran el pueblo, que no podían traerles más comida porque la mayor parte de ellos había huido a los bosques. El General rió a carcajadas aquel comentario y, con una sonrisa remanente, les explicó que él no se enfadaba con las paredes, que se sentía feliz de que quisieran estar en paz con ellos y que no haría daño alguno a sus

propiedades, pero que necesitaban sustento por ser un ejército tan grande proveniente del mar, donde no nacía brote o cereal comestible. Los mensajeros respondieron que su jefe les daba el consentimiento para que incursionaran por la tierra a placer en busca de caza u otras viandas de las que pudieran alimentarse. Cortés agradeció el gesto y, para despedirlos, les entregó una gran cantidad de cuentas de colores, cascabeles y paños y ropajes de España.

Mientras se marchaban, Heredia, que se encontraba junto a Farfán y Tapia, les dijo con aquel tono desdeñoso que solía usar:

— Son espías. Nos van a seguir dando buena guerra, ya veréis. ¿No veis como miran y remiran todas nuestras cosas?

— Solo son curiosos, no han visto jamás artilugios como los que llevamos— respondió Farfán—. Pero si tan claro lo tenéis deberíais ir a avisar al General.

— Si son espías de verdad el General ya lo sabe— respondió Tapia, que tras la escaramuza recién vivida, sentía gran admiración por Cortés—. A ese hombre no se le escapa nada.

Esa misma tarde los capitanes se reunieron para que Cortés les transmitiera los siguientes movimientos del ejército. Como muy bien supieron los hombres, se prepararon tres escuadrillas de unos ochenta hombres para que al día siguiente se internaran en la selva en busca de comida. Como capitanes irían Alvarado, Dávila, que había adquirido gran relevancia en el ejército por lo bien que se había esforzado en rodear al enemigo en la toma del pueblo, y Gonzalo de Sandoval, aquel joven hidalgo de Medellín que había luchado codo con codo con Cortés dejando a éste maravillado con su arrojo, su destreza con la espada y su vigor.

Francisco de Lugo reunió a Farfán junto con otros soldados para decirles que marcharían junto a Sandoval. Bajo su mando ya no solo estaban los dueños de perros, que habían sido divididos por el resto de compañías para que ninguna se viera privada de tan valioso recurso. De vez en cuando, cuando tenían tiempo para ello o no había peligros inmediatos, los llamaba de nuevo y les enseñaba

algunas tácticas de adiestramiento que, dada la escasa duración de la travesía, no habían tenido oportunidad de aprender.

El sevillano, mientras su superior hablaba, fue mirando a los que ya consideraba amigos y compañeros de armas. Peña se bebía las órdenes con mirada atenta y aquella expresión crónica de preocupación. Garcés, el aragonés, se estaba limpiando una oreja con la punta de un pequeño puñal que siempre llevaba anudado a la bota. Allí había otros muchos como Oliveira, cuya puntería con la ballesta había quedado bien demostrada, Saldaña, un asturiano que rondaba su misma edad, Juan Jaramillo, un hidalgo mozalbete un par de años menor que él, Pedro de Ircio, un valeroso riojano que siempre hacía gracias, Hernando de Barrientos, que no tenía muchas luces, o Juan Salamanca, un joven tartamudo al que llamaban Tartaja y con el que solían bromear.

Una vez Lugo les indicó las instrucciones añadió para que todos lo oyeran:

— Luchasteis bien todos el otro día, pero esto no ha hecho más que empezar. Farfán y Oliveira, gracias a vuestra acción exploradora pudimos rodear y machacar al enemigo y es por ello por lo que quiero felicitaros.

En otra parte del campamento, justo en ese mismo momento, Alvarado encontró algo que le hizo enfurecer. Previamente estaba hablando con sus hombres sobre lo que se dispondrían a hacer mañana cuando, uno de ellos, se acercó y le dijo con timidez:

— Señor, no encontramos a Melchorejo.

— ¿Lo voy a tener que buscar yo?— bramó—. Como lo encuentre veréis lo que es bueno.

Y con su paso a grandes zancadas, seguido por varios soldados, comenzó a barrer el campamento. Había pedido que trajesen a aquel indio que capturaron con Grijalva para llevarlo consigo en la expedición del día siguiente. Ya chapurreaba bastantes palabras en español por lo que era de vital importancia para aquella empresa dado que Aguilar resultaba demasiado valioso como para

adentrarse desprotegido entre las selvas con un grupo tan reducido de hombres. Nunca se podía estar seguro que de los indios fueran a cumplir su palabra y Cortés no quería correr riesgos innecesarios.

Cuando el capitán vio las ropas castellanas del indio desparramadas en los exteriores del campamento maldijo y blasfemó hasta que consiguió aplacar su ira, momento en el que, mirando al cielo, dijo:

— ¡Grandísimo hijo de puta! Lo acogemos, lo educamos en nuestra fe, lo tratamos como a un hermano nuestro y, ¿así nos lo paga?

En el fondo sabía que, más que la pérdida, lo que de verdad lamentaba era que pudiera dar buena cuenta a los enemigos de sus debilidades.

Capítulo XLVIII:

Melchorejo consiguió reunir a todos los hombres en un poblado cercano al que habían tomado los extranjeros. Él también era un extranjero ya que, aunque pertenecía a la misma raza que esas gentes, no así a la misma zona. Fue por ello por lo que tuvo dificultades para que no lo mataran pensando que era un espía.

Cuando por fin consiguió hacerles entender cuál era su propósito lo llevaron casi en volandas a ver a los caciques principales. Por el camino le contaron que, si estaban empleándose tan ferozmente en hacer la guerra a aquellos barbudos, era porque los vecinos, que tantas bajas les habían causado hacía un año, los trataron de pusilánimes y cobardes por haber hecho mercedes y regalos a los extranjeros. Su honor estaba en juego, querían masacrarlos a todos, pero la batalla que habían perdido los había desmoralizado sobremanera.

El fugitivo les contó cómo había vivido con los españoles como intérprete durante todo este tiempo. Les habló de cómo vivían, que los caballos y perros solo eran animales que les obedecían, que los cañones eran como grandes arcos que lanzaban piedras. Aquel flujo continuo de información sorprendió a los tabasqueños pero, por otro lado, les hizo ver que estaban haciendo la guerra a seres humanos como ellos.

Fue tanto el revuelo y la agitación que se crearon en el campamento que Melchorejo sintió el poder fluyendo por su cuerpo. Tenía a aquellos hombres dispuestos a seguirle para luchar contra los que hasta aquel día habían sido sus amos. Los caciques se encontraban felices de su llegada y, con arrojo, se movían frenéticamente por el campamento movilizándolo y arengando a sus tropas. Durante los últimos días se habían encargado de mandar mensajeros a los pueblos vecinos y ya eran ocho las ciudades que allí habían mandado soldados sumando un número que superaba los cinco mil.

Melchorejo, subido en el tejado de una casa, finalizó su monólogo bramando para exhortar a los guerreros:

— ¡Hermanos! Yo os digo que esos seres no son otra cosa que hombres vulnerables como la caña seca del maíz, que se puede quebrar con un suave golpe de hoz. Si les hacemos la guerra con valor podemos vencerles porque son pocos y sus armas no son infinitas. Mueren, al igual que nosotros, si alguien les introduce una flecha en el pecho. Hermanos míos, levantaos con fiereza en armas contra esos invasores que no quieren otra cosa que esclavizarnos y robarnos nuestras tierras. Hermanos, acabemos con ellos y curemos a los heridos dándonos un gran festín con sus carnes.

El griterío de apoyo de los indígenas pudo oírse nítidamente en el campamento español, aunque su significado les resultó incierto.

Capítulo XLIX:

El día amaneció claro y cálido, como siempre. La brisa que les refrescaba en alta mar estaba ausente en la frondosidad de aquellos bosques. Los pájaros no cesaban en la emisión de aquella sinfonía de tonos agudos ya inseparable del paisaje.

Aquella era la expedición en la que Gonzalo de Sandoval sería puesto a prueba por el General para valorar sus capacidades de mando. Rondaba los veintidós años pero, dado que Cortés conocía a su padre y, hasta ahora, no había visto flaqueza en el hijo, había tenido a bien encomendarle aquella misión que, en realidad, no revestía grandes peligros. Marchaba a la cabeza de ochenta hombres en dirección norte con órdenes de internarse no más de dos leguas en busca de pueblos a los que comprar comida u oro y joyas si tuvieran. Le habían repetido por activa y por pasiva que no tomara nada sin el consentimiento de los indios y que no les hiciera ningún daño a no ser que fuera en estricta defensa propia. Sandoval era un joven obediente, tenía claro cuál era la cadena de mando y por nada del mundo pensaba fallar al General.

Por el Este y el Oeste marcharían, con una cantidad similar de soldados y mismas órdenes, Alvarado y Dávila respectivamente. Francisco de Lugo era el segundo hombre más importante del escuadrón de Sandoval por lo que, reuniéndose con él, le dijo que marchara atrás del todo cubriendo la retaguardia. El joven capitán no tuvo reparos en dar una orden directa a Lugo, que lo duplicaba en edad. Era un individuo musculoso de media melena castaña y recias barbas. Sus ojos eran claros y su expresión, aunque dura y ceñuda en ocasiones, solía mostrar de base un rostro amable y sencillo.

Farfán caminaba junto con sus amigos, justo detrás de Lugo. Se comunicaban en voz baja porque a su superior no le gustaba que hicieran ruido; dificultaban oír una posible emboscada. Garcés contemplaba cada detalle de la selva señalando los animales o plantas extrañas que veía como si de un niño pequeño se tratase. Peña solía retrasarse hasta que la distancia era lo suficientemente grande para tener que echar una carrera para alcanzarles, solía

cojear de una pierna debido a su peso. Barrientos y Salamanca iban golpeándose de vez en cuando el hombro, parecían estar jugando a algún juego en el cual el que perdía recibía un puñetazo. Ircio estaba contando una historia graciosa a Oliveira y Saldaña, que la reían tapándose la boca con las manos para que no les oyese Lugo.

No habían andado ni media legua cuando apareció repentinamente María. Farfán ya sabía que adoraba internarse en la selva y acechar a los animales y a los españoles tal y como había hecho cuando estuvo cautiva en Cuba. En un principio le regañaba aduciendo que, con ello, lo único que conseguiría es que le pegaran algún tiro o flechazo confundiéndola con un indio, pero ahora ya había desistido en sus intentos de doblegar a la muchacha. No podía luchar contra ello y lo sabía, María sería siempre una mujer indómita y poco común, pero pese a ello, seguía amándola.

Lugo llegó a desenvainar su espada mientras soltaba un pequeño grito de asombro pero, cuando la joven se quedó con los brazos en alto y los ojos abiertos de par en par, volvió a guardarla.

— ¿Qué hacéis aquí?— preguntó sorprendido Farfán poniéndose a su lado mientras marchaban.

— Me aburría— se limitó a responder.

— No es lugar para vos, podría ser peligroso— volvió a cargar el sevillano.

— Estamos en paz con los indios— respondió indignada—. Si nos dejan hasta explorar sus tierras... ¿qué podría pasar?

— ¿Creéis que iríamos ochenta hombres armados hasta los dientes si la travesía fuera completamente segura?

— Bueno— acabó diciendo sonriendo de oreja a oreja y cerrando los ojos—, ya estáis vos para protegerme, ¿no? Y si no...— y arrancando en un ágil movimiento la navaja de Farfán—, ya me defenderé yo solita con vuestra faca.

El sevillano intentó arrebatársela pero la muchacha, rápidamente, se la metió entre los pechos dejando solo la parte más posterior del mango de madera asomando por el canalillo.

— ¿Me la vais a quitar?— preguntó con tono seductor—. ¿Es lo que deseáis, Pedrito?

— No tenéis remedio— finalizó Farfán meneando la cabeza.

No se encontraron con nada comestible durante la primera legua de marcha. Los animales huían de los ruidos que provocaba aquel tropel de soldados y, por el motivo que fuera, los indios tampoco les salieron al paso. Cuando ya casi habían finalizado la segunda legua vieron unos campos en los que había una plantación de maíz. Algunas aves picoteaban el suelo, ajenas al peligro que se cernía sobre ellas. Uno de los soldados agarró una pero Sandoval se acercó a él y lo exhortó para que la dejara hasta que acordaran el precio con los indios.

Había un poblado al lado de aquellos campos que estaba atestado de hombres armados con arcos, lanzas, hondas y macanas. Los españoles se sintieron intranquilos cuando, siguiendo a su capitán, fueron introduciéndose entre aquellas dos lenguas de guerreros que acabaron rodeándoles. Todos tenían cara de pocos amigos pero les habían dicho que podían internarse en sus tierras, ¿a qué fin tantas precauciones?

Como no llevaban intérprete, Sandoval se acercó al que parecía principal y le dijo mientras gesticulaba que venían a comprarles toda la comida que tuvieran. Mostraron las cuentas de colores y los cascabeles, que baratos para los españoles, resultaban valiosísimos para los indios debido a sus vivos y exóticos colores y sonidos. Los espejos, los clavos, navajas y camisas también solían gustarles pero, aunque se las ofrecieron, ninguno pareció interesado en acercar una mano a ellas.

Un musculoso y decidido indio dio un paso adelante y, hablando en aquel extraño idioma que no entendían, dijo lo que al parecer el cacique, que permanecía callado y con los brazos cruzados, quería manifestarles. Cerró de un

manotazo el cofre con las cosas para intercambiar por comida y, agitando una mazorca de maíz frente a ellos, les hizo entender que no querían efectuar ningún tipo de cambio. Sandoval insistió en que necesitaban aquellos víveres y que el cambio era muy provechoso pero los indios no se mostraban por la labor.

En un momento de tensión, un grupo de guerreros mayas se agitó y puso en alto sus armas. Los españoles que se encontraban en ese lado respondieron alejándose varios pasos y desenvainando sus espadas. Sandoval se acercó a zancadas hasta el lugar para pacificar a los hombres pero cuando llegó ya era demasiado tarde. No se supo muy bien quién lanzó la primera estocada pero se había desatado un pequeño altercado que acabó contagiando a los dos ejércitos. Los españoles se colocaron en círculo y, formando un caparazón con los escudos, respondieron con cuchilladas y tiros a los indios que, contándose por un millar, no cesaban de acometerles.

— ¡María!— gritó Farfán—. No os separéis de mí.

El sevillano se encontraba en primera fila de la retaguardia y estaba más preocupado por la joven que por los enemigos que, delante de él, le arrojaban flechas y golpes de lanza. Con su espada intentaba zafarse de ellos mientras sus amigos, codo con codo, respondían de la misma manera. Sandoval mató a uno atravesándolo con su espada y, aprovechando los escasos segundos que tuvo hasta que otro enemigo ocupó el lugar del caído, echó una ojeada al campo de batalla. Se encontraban completamente sitiados en medio del pueblo y no tenían escapatoria ya que el enemigo les superaba. Solo eran ochenta con lo que no llegaban ni a un diez por cien de los otros. Si seguían en aquella posición acabarían pereciendo de puro agotamiento por lo que, reparando en una especie de granero de adobe y madera, gritó a sus hombres que fueran avanzando hacia allí. La orden llegó pronto al resto de soldados y, como si de una única masa se tratara, la obedecieron. La manera que tenían de desplazarse hacia el lugar era atacar en aquella dirección y mantener una postura defensiva en la contraria, donde Farfán y sus amigos repelían los ataques dando pequeños pasos hacia detrás.

Cuando llegaron al granero tuvieron que liquidar a un par de indios que se habían parapetado en la puerta. Poco a poco fueron introduciéndose.

Sandoval fue de los primeros en entrar, y recorriéndolo rápidamente, fue colocando a sus hombres para atrincherarse en él. Había algunas ventanas en las que apostó lanceros y tiradores, y en las dos puertas que existían, puso sendos grupos de rodeleros. Una vez todos estuvieron dentro tumbaron a los heridos en el centro y, mientras María y otros hombres fueron a atenderlos, organizaron la defensa del edificio.

Los indios intentaron asaltar el granero al principio pero, como fueron rechazados, decidieron desistir del ataque. Sabían que tenían a los españoles rodeados por lo que se tomaron su tiempo para trazar una táctica mejor. Oliveira, que apostado en una ventana veía todo lo que ocurría, dijo a sus amigos, que cubrían la puerta:

— Están deliberando. Espero que no se les ocurra prender fuego al granero, es de madera y palma y caeríamos como ratas.

Farfán reparó entonces en las vigas hechas de tronco que sujetaban toda la estructura. El lugar era lo suficientemente espacioso para aquellos ochenta soldados que, para cargar con las comidas, llevaban consigo un grupo de unos cincuenta indios cubanos.

Sandoval sabía que los tabasqueños volverían a atacar y que, aunque de momento podrían rechazarlos, poco a poco irían feneciendo sus hombres hasta que no pudieran contenerlos más. Ordenó a los ballesteros y arcabuceros que ahorrasen munición hasta que volvieran a ser embestidos. No sumaban más de diez pero, aunque su contribución resultaba escasa, podrían desmoralizar al enemigo o acabar con su líder si había suerte. Necesitaba negociar la paz con ellos o trazar algún plan que les permitiese sobrevivir por lo que, valorando cual era la peor de las opciones, hizo llamar a uno de los porteadores para darle una noticia. Se trataba de un indio de los de Cuba conocido por ser muy rápido. Pidió un papel en el que escribió con una caligrafía grotesca, debido a la tensión del momento, una solicitud de auxilio para Hernán Cortés. Tras ello, se la entregó al indio y le dijo que se preparase para correr hasta el campamento.

Con un par de gritos dio instrucciones al grupo de Farfán, que protegía la puerta sur, para que cubriese la salida del mensajero. A la señal, el cubano

emprendió la carrera mientras un grupo de veinte soldados salió a acometer a los enemigos. Oliveira, desde la ventana en la que había colocado dos maderas convirtiéndola en tronera, aguardó para disparar su flecha hasta el momento adecuado, cuando uno de aquellos guerreros, macana en mano, cortó el paso del enviado. La saeta le atravesó el cuello desplomándolo en el momento.

Cuando el cubano se perdió entre la espesura del bosque los españoles volvieron al interior del granero llevando consigo a un hombre herido. Había recibido una lanzada cerca del cuello y estaba perdiendo mucha sangre. Lo depositaron en el centro con los demás heridos y Farfán, que le estaba presionando la herida con un paño, fue relevado por María en aquella tarea.

— ¡Aguantad!— dijo el sevillano.

— ¡Farfán!— gritó María—. Llamad a un cura.

— No viene ninguno con nosotros.

— ¡Mierda!— exclamó la muchacha sin apartar la vista de los moribundos ojos del soldado.

— ¡Farfán!— gritó Lugo—. ¡A la puerta!

Los indios acometieron otra vez contra los españoles parapetados que, con duros esfuerzos, consiguieron repelerlos de nuevo. Las aberturas eran tan escasas que las peleas eran llevadas a cabo por un pequeño número de soldados. Desde las ventanas podían flechar y disparar a placer ya que los indios, tras darse cuenta de que les resultaba imposible luchar contra las lanzas que las defendían desde el interior, habían desistido en el intento de tomarlas. Desde fuera colaban sus saetas, piedras y varas tostadas con gran precisión pero, dado que el granero estaba elevado, la mayor parte de ellas iban a dar al techo. Las dos puertas eran el lugar donde más cruda resultaba la batalla y los españoles, que se iban relevando en la primera línea, comenzaban a sentir el desgaste de aquella muchedumbre humana.

— Si no vienen pronto nos van a machacar— dijo Peña cuando tuvo un respiro.

Sus compañeros no le dejaron avanzar de la segunda fila, desde la cual, por encima de uno de la primera, lanzó una recta estocada que hirió a un enemigo en el ojo. Mientras hablaba interponía su espada entre él y los demás para que todos vieran que era la primera vez que la manchaba con sangre humana.

A principios de la tarde, cuando más alto estaba el sol, volvieron a atacar. En aquella ocasión el ataque fue tan brutal que a punto estuvieron de perder el control de una de las entradas. Un grupo de indios improvisó un ariete con un tronco con el que abrieron un boquete en uno de los muros del granero. Era lo suficientemente grande como para que se colara una persona de lado y, uno a uno, fueron introduciéndose por detrás de ellos. Cuando los españoles reaccionaron ya se habían introducido tres, que con las macanas en alto, corrieron hacia el grupo de los heridos. Lugo fue el primero en dar la alerta. Farfán, que acababa de ser relevado de vanguardia, salió corriendo para entablar batalla contra los agresores. María estaba allí, agachada y de espaldas a ellos. Sería la primera en sucumbir a sus golpes si nadie lo impedía porque era la primera con la que darían si seguían avanzando en aquella dirección. El sevillano temió por su vida hasta que una mancha blanca se abalanzó sobre el primer indio derribándolo. Los ladridos de Ventisca alertaron a la muchacha, que poniéndose en pie, abrió la navaja para presentar batalla.

Lugo llegó por un lado con varios hombres y Farfán por el contrario con otros tantos. La batalla se desencadenó con crudeza. Los españoles, embutidos en sus armaduras metálicas, destripaban a los indios, que a duras penas conseguían hendir sus chuchillos por los recovecos que dejaban libres. Los miembros eran el punto más vulnerable de aquellos barbudos pero sus enemigos, acostumbrados a romper cráneos, intentaban acertar en aquellos cascos resplandecientes. De cualquier forma, uno de aquellos golpes podía matar a un hombre por mucha protección que llevara o, cuando menos, dejarlo inconsciente.

Los indios seguían introduciéndose por la rendija pero los defensores, que descuidaron las otras dos entradas, consiguieron sellarla mandando allí a varios lanceros que, en cuanto alguno de los enemigos asomaba la cabeza, la

ensartaban en sus picas. Había varios tabasqueños todavía peleando en el centro de granero y Farfán, que había perdido de vista a María, se desquitaba con ellos lanzando estocadas a diestro y siniestro. Mientras extraía su espada del pecho de uno sintió que alguien le ejercía una presión por detrás. No tenía tiempo de recuperar la hoja y no llevaba la navaja por lo que pensó que podría, a golpe de guantelete, acabar con aquel enemigo. Berreando y girándose por los talones lo agarró por el pecho y, justo un instante antes de descargar su furia, reconoció a la muchacha que amaba frente a él. Parecía asustada y llevaba restos de sangre por la cara.

— ¡No me matéis, soy yo!

— ¡María! ¿Estáis herida?

— No. Esta sangre no es mía— dijo señalando con la roja hoja de la navaja un indio muerto en el suelo.

— Soldados— gritó Lugo tan cerca de él que le retumbaron los oídos—, ya no quedan más indios de los que se han colado. A las puertas de nuevo. Vosotros cinco quedaos cubriendo la brecha. Tú, chica, ¿qué pasa con los heridos?

— Hay un muerto y veinte heridos.

— Haz lo que puedas con ellos y el que esté echándole cuento le das dos hostias y lo mandas a alguna de las puertas.

— Ninguno le echa cuento, señor— respondió María meciendo la navaja ante ella—. Pero iré yo a las puertas si es menester.

La muchacha guardó de nuevo la navaja en su escote y recogió la espada de uno de los heridos del suelo. Pesaba bastante pero, tras hacer un par de movimientos en el aire, supo que podría luchar con ella sin cansarse durante un rato. Sin pensarlo dos veces corrió hacia la puerta en la que se encontraba Farfán, que pasando de tercera fila a segunda, no la vio venir.

La gritería indígena era inmensa y los españoles comenzaban a sentirse

extenuados. Aquella acometida había durado el doble que las anteriores, y por el momento, no parecía que fuera a detenerse. Los soldados comenzaron a pensar que solo finalizaría cuando uno de los dos bandos fuera exterminado. Cada vez que un español caía herido lo llevaban al centro del granero y su ausencia era bien notada. Cada vez que ocurría lo mismo con un maya se lo llevaban y otro ocupaba su lugar. Eran tantos que parecían ilimitados.

En una de las puertas los soldados perdieron el control de la situación. Un golpe de macana hirió a uno de los defensores y, cuando tiraron de él para retirarlo, estorbó a otros dos que no pudieron resistir la violenta acometida de los indios. Los atacantes estaban comenzando a ganar posiciones en la puerta y los españoles, viéndose retroceder, pensaron que había llegado su final. Si perdían aquella entrada no habría nada que pudiera salvar sus vidas.

Justo en el momento en el que el pesimismo alcanzó la cota más alta un sonido dulce, brutal e indistinguible llegó a sus oídos. Se trató de un cañonazo que, aunque solitario, muy pronto se vio acompañado de ladridos, tiros de escopeta, otros cañonazos y gritos de «¡Santiago!». Habían llegado los refuerzos. Sandoval gritó:

— ¡Aguantad que ya está aquí Cortés!

Los de la puerta perdida se entremezclaron con los indios en un combate sucio en el que rodaban por el suelo, se daban cuchilladas bajas, empujones y puñetazos. Los de la otra puerta, que aguataban mejor, fueron los primeros en ver aparecer al General. Llevaba su espada en la mano, el escudo en la otra y el rostro ensangrentado.

— ¡Sandoval!— gritó—. ¿Qué ha pasado?

— Tenemos algunos heridos— respondió el joven.

— No temáis que ya estamos aquí— dijo paternalmente Cortés—. Alvarado y Dávila atacan por los lados y yo he traído ciento cincuenta hombres desde el poblado. Los indios están huyendo.

Capítulo L:

Los soldados apenas durmieron aquella noche, el daño que habían recibido había sido grande. Aunque no tenían más que una treintena de heridos habían visto morir a un compañero, el primero de aquella aventura. La herida que recibió hizo que se desangrara en escasos minutos sin que nada pudieran hacer por él.

A la mañana siguiente, el General determinó que mandaran a los heridos a las naos para que se recuperaran y, con ellos, envió a las mujeres y a todo aquel individuo que no resultara útil para entablar batalla; quería tomarse una buena revancha. Los soldados se encontraban enfurecidos por aquella encerrona que habían sufrido los hombres de Sandoval, que de no ser por la repentina llegada de los refuerzos, habría sucumbido. Querían devolver el golpe a los tabasqueños con tanta fuerza que jamás osaran volver a levantarse en armas contra ningún español.

Sabían que, lejos de escarmentar, los indios seguirían haciéndoles la guerra hasta que se marcharan. Tenían que acabar pronto con aquel problema por lo que Cortés decidió que el siguiente movimiento sería definitivo. Ordenó que bajaran todos los cañones que habían llevado consigo remontando el río, que eran seis, así como los caballos. Estos, acostumbrados al vaivén de los navíos desde que salieron de Cuba, se mostraron torpes y temerosos de correr por tierra firme. Con paciencia, sus dueños fueron haciendo que fueran perdiendo el miedo hasta que la mayor parte de ellos se recuperó.

Cortés mandó llamar a sus capitanes poco antes del mediodía para indicarles cuales serían sus órdenes. Se reunieron en la tienda donde solía despachar los asuntos de guerra. Sus subalternos le miraban en silencio esperando que su mandato fuera lo suficientemente elaborado y efectivo como para pacificar aquella tierra. Todavía confiaban en él ya que no habían visto flaqueza en sus actos. No dudó en lanzarse el primero para auxiliar a las tropas de Sandoval y aquello fue muy bien valorado por la soldadesca aunque los capitanes necesitaban algo más. Si salían victoriosos de la siguiente contienda

quedaría reafirmado como líder, si no, el mando debería ser replanteado.

— Mañana por la mañana saldremos a buscar al enemigo a un llano que hay a legua y media al norte de aquí. Los lugareños lo llaman Centla y no está muy alejado del poblado en el que atacaron a los nuestros ayer.

— Ya lo visteis, señor— dijo Dávila—. Son tierras de labranza pantanosas y llenas de acequias. ¿Creéis que es el mejor lugar?

— Sí— respondió el General fulminando con la mirada al capitán—. Es un terreno lo suficientemente amplio como para que podamos formar debidamente y masacrarlos con nuestra artillería y tiradores. Del mismo modo yo, a la cabeza de un grupo de jinetes, tendré espacio para maniobrar.

— Solo lo decía porque los indios atacan con infantería y arqueros ligeros— continuó Dávila—. Su número bien podría ser infinito y, si nos hundimos en el fango, podrían tirarnos todas las piedras, flechas y varas que hay por estas selvas, señor.

— Eso no pasará— añadió Cortés—. He visto que hay zonas de tierra firme y serán esas las que habrá que ocupar. Esperaremos allí a los indios, que seguro que se presentan a luchar. Ahora dispondré a los hombres que montarán los caballos.

En aquel momento se armó un pequeño revuelo. Llevaban muy pocos caballos y todos tenían un dueño que había comprado a cada animal. Era de suponer que fueran ellos los que los montaran pero parecía que el General no quería que fuera así exactamente. Mandó llamar a todos los jinetes y continuó:

— Hay varios caballos que no han conseguido recuperarse todavía de los mareos del viaje o tienen algún problema que les impedirá estar fuertes mañana. Con los restantes marcharán conmigo Olid, Alvarado, Portocarrero, Montejo, Velázquez de León, Lares, Morón, Baena, Gonzalo Domínguez y Dávila, que montará el de Ortiz el músico.

— Señor— interrumpió Morla—, Gonzalo Domínguez se encuentra indispuerto para luchar. Tenéis su caballo disponible.

— Pues podéis montarlo vos dado que el vuestro es de los que no se ha recuperado— respondió Cortés.

Morla chascó los labios ante aquella petición y, tomando aire pesadamente, añadió:

— Yo tampoco puedo ya que bastante he hecho acercándome hasta aquí. Somos varios los que estamos afectados por la misma dolencia que Domínguez, un dolor de lomos que no se nos va de ninguna manera, parece ser que de lo mal acostumbrado que teníamos el cuerpo en Cuba.

Los hombres mantuvieron el silencio evaluando las palabras de Morla. Antes de que ninguno de ellos llegara hacer ningún juicio sobre lo extraño que resultaba que dos jinetes hubieran enfermado a la vez Ordaz, que dio un paso al frente, dijo:

— Yo montaré el caballo de ese joven si os place, señor. El mío también es de los que están indispuestos y no querría perderme esta cabalgada.

— No— respondió tajantemente el General—. Que lo monte González Trujillo.

Aquel hombre era uno de los pocos hombres en los que Cortés podía confiar. No en vano lo había mandado, a la salida de Santiago, con el cargamento de vinos para que hiciera escala en Jamaica y los cambiara por comida. También disponía de un caballo pero se había herido una pata con una astilla de los barcos y todavía estaba recuperándose.

Ordaz frunció el ceño, no entendía por qué Cortés no confiaba en él para aquello. Tomando dos largas bocanadas de aire en las que nadie habló preguntó:

— ¿Se puede saber por qué no puedo acompañaros?

— Ordaz, la virtud de un buen capitán es obedecer a su superior sin contemplaciones pero, como os aprecio, olvidaré estas pequeñas afrentas que me hacéis y os responderé a esa pregunta. Solo tengo, según lo visto, once caballos. Tengo que elegir bien a los jinetes y vos, aunque sois excepcional en

muchos menesteres, no destacáis por vuestras dotes en equitación.

Los capitanes sonrieron ante aquel comentario. Todos sabían que Ordaz no sabía cabalgar debidamente. Ponía su empeño, gritaba al animal, mantenía el equilibrio sin problemas pero le faltaba ese algo que hacía que un jinete experimentado pudiera fundirse con su rocín en un solo ser.

— Señor— comenzó a replicar—, también es una afrenta contra mi honor tener que pelear a pie cuando...

— Además— replicó Cortés elevando el tono de su voz y la furia de su mirada—, tengo para vos otro cometido en el que podéis serme de utilidad. Lo que os falta de jinete os sobra de infante, por lo que os pongo al mando de la tropa de a pie. Ordaz, es importante que entendáis esto, marcharéis al frente de quinientos soldados sobre los cuales van a caer hordas infinitas de enemigos. Los indios llevan días preparándose y bien podría ser que fuéramos atacados por cuarenta mil de esos guerreros. Vos debéis dar fe de vuestro valor y saber hacer aguantando ferozmente cuantas acometidas os hagan hasta que lleguemos nosotros, que rodeando al enemigo podremos caer sobre su retaguardia.

— Así lo haré, señor— respondió Ordaz, que aunque seguía dolido por no poder luchar a caballo quedaba con su honor resarcido al recibir aquella merced de capitanear el grueso del ejército.

El resto de la tarde se procedió a dar de comer bien a los soldados y dejarles que emplearan su tiempo en las tareas que estimaran oportunas. Incluso con el juego, que estaba terminantemente prohibido so pena de recibir una buena tunda de latigazos, fueron laxos. Se llegaron a organizar algunas timbas clandestinas que al poco fueron hechas públicas cuando un sinfín de hombres se arremolinaron para visualizar las más interesantes.

Los centinelas, que no fueron pocos, no pudieron sumarse a la fiesta salvo cuando eran relevados de la guardia. El General no quería que los pillaran desprevenidos ya que, del mismo modo que habían sido atacados por los indios el día anterior, también podrían volver a presentarse en el poblado en cualquier momento.

La noche pasó sin incidencias, y cuando la mañana comenzó a clarear dando a entender que sería un día limpio y soleado, en el campamento se desató un hervidero de gritos, órdenes, hombres que se calzaban sus armaduras, soldados que se equipaban con picas, arcabuceros cargando sus bolsitas de pólvora, ballesteros tensando las cuerdas o escuderos colocando las monturas de los caballos.

Los soldados se colocaron en cinco escuadrones de cien hombres cada uno, tres en vanguardia y dos que cubrían la retaguardia. Estaban compuestos por piqueros, rodeleros, arcabuceros y ballesteros. En medio, los escasos artilleros, ayudados por un pequeño grupo de aprendices e indios de Cuba, arrastraban los seis cañones que habían desembarcado. Capellanes como Juan Díaz, el padre Olmedo, Aguilar y otros que llevaban se movían entre cada grupo de hombres perdonando sus pecados y bendiciéndolos con largas y solemnes frases en latín y rociadas de agua bendita con dorados hisopos.

En el campamento se mezclaban aquellos olores a guerra que tantos recuerdos traían a los veteranos. El humo de las hogueras apagadas, el sudor humano, los excrementos de caballo, el inconfundible aroma de los sacos de pólvora e incluso aquella tensión o nerviosismo que, uno a uno, a todos fue invadiéndoles.

Cortés, ya montado en su rocín, se alejó del grupo compuesto por los otros diez jinetes para colocarse delante de su ejército. Tanto él como el animal iban firmemente ataviados con placas metálicas, lanza en mano, adarga en la otra y espada colgando del cinto. El casco, del que sobresalía un penacho de plumas, llevaba levantada la visera de modo que todos pudieran ver aquellos ojos oscuros rematando una mirada dura.

— ¡Españoles!— gritó—. Sabe Dios que hoy va a ser un día glorioso para toda la cristiandad. Incluso en nuestra nación se festejará este día en los años venideros porque hoy venimos a poner orden en estos reinos consumidos por despiadados señores y las malas artes del diablo. Hoy, vamos a hacer historia. Hoy será el día en el que un puñado de valerosos españoles ponga fin a este sinnúmero de atropellos. Marchad sin temor pues contáis con la gracia de todo el mundo civilizado que se ve representado en vosotros con los más osados

y fuertes hombres que ha dado nuestra patria.

Del mismo modo que los vítores de la arenga de Melchorejo fueron oídos en el campamento español hacía unos días, aquellos también tuvieron su eco en el de los indios. No hubo ningún soldado, incluyendo a Ordaz, Escudero y otros de los adictos a Diego Velázquez, que no berreara el nombre de Cortés cuando acabó con la plática. Aquella gritería inmensa enaltecía los corazones y la moral de los hombres que, sin ningún miedo, seguirían al General hasta que la muerte los hallase.

Volviendo a colocar la visera en su sitio, Cortés mandó a sus jinetes marchar. Partieron por una senda que salía por la izquierda de donde se encontraban y dejaron a Ordaz al frente de toda la tropa. El capitán se sentía motivado y tranquilo para realizar aquella misión. Jamás había guiado a tantos soldados pero sabía que podía estar a la altura. A su lado se encontraba el alférez mayor, Villarroel. Aunque llevaba una armadura casi tan completa como la suya tenía la espada envainada y así seguiría estando si todo salía como era debido ya que necesitaba sus dos manos para blandir aquella gran bandera con el emblema de Cortés. La imagen de los fuegos blancos y la cruz roja sobre fondo azul sería el punto de cohesión que debería guiar a cualquier soldado que se extraviara o quedara solo en el fragor de la batalla. Si el enemigo se la robaba deberían recuperarla a toda costa por lo que debían proteger con sus vidas a aquel hombre que, para suerte del capitán, era un verdadero titán de la guerra. Sin parar de enarbolar la bandera en el aire iba de grupo en grupo gritando, arengándoles o recordándoles lo valientes que eran. Sus palabras resultaban tan motivantes como las del General y no solo por su don para la palabra, sino porque todo el mundo lo apreciaba.

Cuando todos estuvieron listos emprendieron la marcha hacia el llano de Centla.

Capítulo LI:

Hacía ya varias horas que los soldados habían partido y, en el campamento, no quedaron más que una veintena de hombres que no pudieron acompañarles. La mayoría eran heridos leves a los que Cortés encomendó la tarea de defender las escasas posesiones, armas o alimentos que habían dejado atrás para que no les molestaran en la batalla que se iba a desarrollar.

Gonzalo Domínguez, un joven hidalgo mallorquín que apenas había pasado los veinte, se encontraba recostado en una cama dentro de una tienda de campaña. Tenía la pierna derecha doblada y la izquierda completamente recta mientras con uno de sus brazos se tapaba los ojos intentando protegerlos de la intensa luz que se filtraba por cada recoveco de la lona. Estaba enfadado consigo mismo aunque sabía que no tenía la culpa de lo que le había ocurrido. En aquel momento solo quería quedarse dormido para no ser consciente de nada hasta que volvieran victoriosos sus amigos y compañeros. Cada segundo que pasaba se los imaginaba sufriendo las acometidas de los indios y se odiaba más por no estar echándoles una mano.

El primer cañonazo llegó nítido a sus oídos. Se sobresaltó pero no por estar a punto de dormirse, ya sabía que no iba a conseguirlo. Apretando con fuerza sus mandíbulas aguantó la respiración hasta que oyó el segundo cañonazo. Aquello era demasiado para él, tenía que hacer algo.

Dando un salto se incorporó de la cama y los dolores volvieron a su ser. La parte baja de su espalda empezó a arderle y, como si alguien hubiera introducido una espada por ella, el dolor comenzó a descenderle por la parte posterior de su pierna izquierda hasta llegar al talón. Al principio sintió mareos, su pulso se aceleró y una gota de sudor comenzó a rodar por su frente pero, aguantando su sufrimiento, emprendió una tímida marcha hacia el exterior de la tienda.

Fiebres de Malta las llamaban y solían atacar a los ganaderos. Desde que llegó a Cuba había vivido administrando una pequeña hacienda de vacas vecina

a la de Morla. Hacía aproximadamente un año que las contrajo y, aunque se curó de ellas, le dejaron como residuo aquellos espantosos dolores de espalda que, periódicamente, le obligaban a permanecer encamado durante varios días.

Desde muy pequeño había aprendido las artes de la equitación pero fue pastoreando aquellos animales cuando de verdad se convirtió en el excepcional jinete que era. Sintió una gran pena al tener que ceder su montura a González Trujillo para que la cabalgara contra los indios pero obedeció las órdenes del General sin dilaciones. Era un hombre valiente y odiaba no poder aguantar codo con codo junto a los suyos para compartir su ventura.

Cuando salió al exterior vio a los soldados que, al igual que él, se habían quedado en el campamento. Al mando de todos ellos se encontraba Morla, que era uno de los capitanes del General. En aquel preciso instante se encontraba jugando una partida de naipes con otros tres. Domínguez se fijó en su postura, sentado de malas maneras en un taburete. Él no podía adoptar esa posición bajo pena de sufrir intensos dolores y era bien sabido que, cuando una persona tiene algún mal que le impide hacer determinadas cosas, suele mirar con envidia cómo las hacen los demás.

— ¿Sabéis algo del ejército?— preguntó.

— No— respondió indiferente Morla.

— ¿Por qué no habéis ido vosotros?— volvió a preguntar.

— Nos duele la espalda— dijo un soldado sin levantar la vista de las cartas.

— Sí, nos duele como a vos— sentenció el capitán esbozando una sonrisa maliciosa.

Aquellas palabras quemaron el alma del jinete que, para no responder con los puños o con algún impropio, dio media vuelta y se alejó de allí. Sabía que estaban fingiendo estar enfermos para no participar en la batalla. Fue tanto el odio que sintió por ellos que olvidó incluso sus dolores.

Conocía a los tres soldados y los tenía por rufianes y haraganes. No le extrañaba que hubieran querido escaquearse de la batalla pero, con Morla, la sensación de desaire fue mucho más intensa. Habían sido amigos desde hacía años por compartir las lindes de sus haciendas y, aunque reconocía que era un hombre con sus faltas y pecados, jamás hubiera pensado que pudiera llegar a ser un cobarde, porque la única palabra que podía definirlo era esa. Los soldados quizá no lucharan por vagar pero lo del capitán era diferente. Desde que se conocían lo había visto como uno de esos hombres que cuentan mil bellas historias de su pasado en las que siempre son ellos los más fuertes, guapos o inteligentes. Hablaba de las muchas mujeres que habían pasado por su cama, los hombres a los que había amedrentado retándolos a un duelo o los indios que había matado en las cabalgadas. Siempre supo que era un fanfarrón pero no podía sospechar que llegara a tal punto de soberbia en el que fingía un dolor de espalda antes que tener que reconocer que estaba aterrorizado. Aquello hacía que el verdadero daño que azoraba a Domínguez pudiera ser tomado como algo banal o, en el peor de los casos, inventado.

Mientras el jinete intentaba tranquilizarse para no tener que ceder a sus impulsos, que le pedían que cogiera una espada y no dejara títere con cabeza en el campamento, vio algo que le hizo olvidar sus odios. El caballo de Morla, ayer enfermo, correteaba al trote entre los árboles persiguiendo una mariposa.

Capítulo LII:

Francisco de Lugo se encontraba al frente del escuadrón que cubría la parte derecha de la vanguardia. No habían tenido que esperar demasiado tiempo en el llano de Centla hasta que en frente de ellos vieron aparecer a miles de indios que, quedando en las lindes donde comenzaba el bosque, gritaban amenazadoramente levantando sus macanas, lanzas, arcos, varas, hondas y rodela. Aunque algunos iban semidesnudos otros portaban armaduras de algodón acolchado. Se habían pintado el rostro de varios colores, sobre la cabeza llevaban penachos de plumas y por el cuerpo un sinfín de adornos de madera, caracolas y joyería baja.

En aquel mismo escuadrón se encontraba Farfán junto con sus amigos. A diestra y siniestra tenía a Garcés y Peña, respectivamente, pero a no más de dos pasos a la redonda reconocía a Ircio, Oliveira, Saldaña, Jaramillo, Barrientos o Juan Salamanca el Tartaja. Se sentía tan seguro junto a aquellos jóvenes compañeros de armas que ni los aullidos del enemigo ni tener que encontrarse en primera fila portando una larga pica conseguían atemorizarlo. Ventisca, a sus pies, permanecía firme y concentrado en lo que se les venía encima del mismo modo que el mastín de Lugo, que junto a su amo parecía convencido de poder matar él solo con sus fauces a todo el ejército enemigo.

Intentaron contar el número de indios pero, dado que les resultaba imposible porque no dejaban de moverse y entraban y salían del bosque, dedujeron que tenían que ser unos diez mil. Garcés, que era rápido en los cálculos, dijo:

— Nos tocan veinte por barba.

— En ese caso— dijo Ircio sonriendo—, ¿cómo nos repartimos los de Peña, que todavía no tiene un solo pelo en sus mofletes de obispo?

La carcajada fue mayúscula. Con el comentario había conseguido rebajar la tensión. Farfán depositó la punta de la pica sobre el suelo durante unos

segundos dándose cuenta de que la estaba aferrando con tanta fuerza que le dolían los nudillos.

Ordaz avanzó varios pasos al frente del escuadrón central y, a su lado, Villarroel enarboló con fuerza la bandera. El capitán no era de gran estatura pero, dado que iba embutido en una centelleante y limpia armadura, parecía un verdadero paladín que, junto al alférez, esperó la carga de los indios. El terreno, tal y como había dicho Dávila a Cortés, no era el mejor. La hierba era de pequeño tamaño pero en las partes más bajas se acumulaba sobre ella un palmo de agua que, tras varias pisadas, se convertía en un verdadero cenagal que dificultaba la marcha. En ocasiones topaban con alguna acequia que tenían que saltar desestructurando momentáneamente sus cerradas filas.

Uno de los caciques de los indios dio una orden tras la cual todos los arqueros, tiradores de varas y honderos comenzaron a descargar con furia aquella lluvia incesante de proyectiles. Los españoles se replegaron unos con otros y, elevando los escudos, se protegieron. Las saetas caían sobre ellos hiriéndolos cada vez que se colaban entre los espacios de sus rodela. Las piedras no resultaban tan efectivas pero el sonido metálico que producían cada vez que impactaban contra sus armaduras resultaba desmoralizante.

— ¡Mesa!— gritó Ordaz— ¡Disparad los tiros!

Los seis cañones escupieron aquellas grandes y pesadas balas contra los indios mutilando a varios de ellos. Cada vez que una caía sobre sus tropas los supervivientes huían del lugar sin entender qué era lo que había diezmado a sus hombres. El proyectil solía perderse a mucha distancia dentro del bosque por lo que, sin tener manera de averiguarlo, solían achacar aquellos ataques a poderosos hechizos.

Los ballesteros y arcabuceros también respondieron disparando sus armas de modo que, a cada tiro, solía caer uno de los enemigos. La tarea de Farfán consistió, en aquellos momentos, en proteger con su rodela a Oliveira y otros quince tiradores que había en su escuadrón cada vez que se escondían para recargar sus artilugios.

— ¡Nos están haciendo mucho daño!— gritó Saldaña haciéndose oír entre el jaleo—. Tenemos que entablar combate cuerpo a cuerpo.

— Obedecemos las órdenes de Ordaz— respondió Lugo—. Si él no carga nosotros tampoco.

— Son muchos y si cargamos mal y nos dividimos nos destrozarán— gritó esta vez Farfán.

— Sí, es mejor aguantar— corroboró Garcés—. Ya se les acabarán las flechas.

En aquel momento el capitán mandó al alférez que, por movimientos de su bandera, comunicara al resto de la tropa que avanzaran hacia la izquierda. Se encontraban en un lodazal donde, si eran atacados cuerpo a cuerpo, no podrían defenderse con plenas facultades. A no mucha distancia de allí el llano se elevaba emergiendo de aquella zona pantanosa. La hierba, aunque más alta, parecía crecer sobre un suelo seco y firme.

Lentamente, el ejército fue moviéndose hacia aquella posición sin dejar de cubrirse de la densa lluvia de proyectiles que, lejos de disminuir, parecía cobrar fuerza por momentos. Cada segundo que pasaba eran abordados por varias decenas de flechas, varas y piedras que iban a clavarse o mellar sus armaduras o sus carnes. Los chirridos del hierro siendo atravesado se hicieron tan comunes que parecían el aderezo de la música de los tambores de guerra.

Justo cuando ocuparon la parte seca del llano los indios, creyendo que estaban intentando huir o poner en práctica alguna técnica bélica, cargaron sobre ellos. Miles de guerreros corrieron ladera abajo formando una ingente masa de carne y armas dispuesta a aplastarlos. Cada vez que una fila de ellos salía de las lindes del bosque otra aparecía de nuevo para sustituirla, y así tantas veces que los españoles comenzaron a creer que podían estar enfrentándose a un ejército infinito.

Farfán aguardó aferrando con fuerza su pica a que los enemigos estuvieran lo suficientemente cerca. Fijó la vista en el que seguramente iría a

dar con él si seguía corriendo en aquella dirección y se permitió reparar en sus detalles. Su torso desnudo y musculoso mostraba una piel morena bien adornada por pinturas rojas y azules. A cada zancada que daba sus brazos se contraían sujetando aquella temible macana y el escudo. Las plumas bailoteaban sobre su cabeza, ajenas al choque que, en breves, iba a producirse.

Guiñando un ojo colocó la afilada punta de la pica sobre la imagen del rostro del indio que, llegado el momento del contacto, intentó en vano zafarse del acero. Farfán trazó un rápido movimiento circular descerrajando una cuchillada en el cráneo de su adversario, que se desplomó inerte. Sus compañeros imitaron el gesto lanzando estocadas sin cesar contra aquella mole de guerreros, que tuvo que detener su embestida para protegerse de ellas.

— ¡Sin cuartel!— gritó Lugo dejándose la voz en ello.

Los españoles habían levantado una muralla de picas que impedía que sus enemigos llegaran con sus lanzas y macanas a herirles. Las puntas de los de la primera fila estaban escoltadas por las de la segunda un poco más atrás y éstas por las de la tercera y cuarta fila. Cada golpe que lanzaba Farfán notaba en sus hombros el contacto de la pica del soldado que tenía por detrás en cuarta posición, esperando a que fallaran los primeros para auxiliarle si los indios se acercaban demasiado.

Los tabasqueños todavía seguían apareciendo entre los bosques y, al son de sus tambores y cornetas, acabaron por rodear a los españoles, que replegándose en un círculo, siguieron defendiéndose como gato panza arriba. Las filas fueron desestructurándose pero, aunque en un principio el capitán temió que los hombres pudieran estar huyendo o perdiendo posiciones, muy pronto supo que era porque estaban colocándose para luchar espalda contra espalda. La retirada se había convertido en una opción inviable ya que no tenían ya ningún paso para huir; si querían hacerlo tendría que ser abriéndose paso a estocadas.

Los tiros de cañón fueron espaciándose en el tiempo hasta que cesaron por completo. Los artilleros, que habían sido sepultados en medio de la tropa, no se atrevían a disparar por miedo a herir a los suyos. Por otro lado, ballesteros

y escopeteros seguían escupiendo flechas y fuego sobre los indios, que esquivando las picas a golpe de macana y escudo, intentaban entablar combate cuerpo a cuerpo con la infantería extranjera.

Una piedra que pasó silbando al lado de la cabeza de Garcés fue a impactar de lleno en la de Saldaña. El sonido metálico del casco sobresaltó a todos, que sin perder detalle del enemigo, miraron por el rabillo del ojo al compañero para ver cómo se encontraba. Al joven se le cayó al suelo la pica y perdió pie durante unos instantes pero luego, tras quitarse aquel casco mellado de la cabeza, dijo:

— ¡La hostia! ¡Qué pedrada me han cascado!

La sangre brotaba de alguna herida oculta entre su cabello. Su rostro comenzaba a bañarse en rojo cuando Salamanca le dijo tartamudeando:

— Sa-sa-sa-saldaña. Po-po-po-poneos el jodido casco.

Dichas aquellas palabras una flecha proveniente de la izquierda sobrevoló sus cabezas hasta ir a impactar en un lateral de la de Saldaña. El soldado ahogó un grito y, entornando los ojos, se desplomó. Todos pudieron ver en su caída cómo el proyectil había quedado incrustado en su oído por lo que estirando de él fueron introduciéndolo hacia el centro de la formación junto con el resto de los heridos.

— ¡Aguantad hasta que vengan los caballos!— gritó Lugo.

Pero Hernán Cortés, a la cabeza del pelotón de jinetes, no hacía acto de presencia. Los españoles estaban perdiendo terreno poco a poco, y como por más que retrocedían no hacían otra cosa que concentrarse en aquel minúsculo círculo, comenzaban a perder maniobrabilidad. En varias zonas, la muralla de picas se había disuelto ya que los soldados las habían tenido que arrojar debido a que los indios habían conseguido avanzar hasta ellos. Ya solo podían luchar a golpe de espada y rodela. Era en esos lugares donde más sufrían la falta de espacio ya que no podían dar las estocadas correctamente sin tener que empujar o molestar a sus compañeros.

Mientras que los españoles ya apenas podían movilizarse dentro de aquellos cinco escuadrones que se habían fundido en uno, los tabasqueños se iban renovando con presteza para que los que peleaban en vanguardia no se agotaran demasiado. Los tambores y cuernos sonaban con tal intensidad que algunos de los soldados comenzaron a pensar que se estaban abriendo las puertas del infierno para engullirlos a todos. La gritería era inmensa y el sol apenas se veía por el gran número de proyectiles que volaba sobre ellos. Los indios estaban comenzando a formar cuñas que penetraban en el círculo defensivo pagándolo caro con el precio de la sangre. Si conseguían dividirlos en dos sus posibilidades se reducirían drásticamente.

Farfán se sentía extenuado pero sus amigos seguían presentando batalla junto a él. A cada golpe que daba la espada le pesaba más y ya estaba comenzando a pensar que iba a morir cuando ocurrió algo que le hizo volver a creer en la victoria. Justo en frente de él, varios indios fueron derribados por un caballero que pasó galopando velozmente. Era de un color rucio picado y tanto él como el jinete iban embutidos en metal.

— ¡Cortés!— gritó Peña.

— No es Cortés— respondió rápidamente Ircio—. Es solo un caballo.

El jinete cabalgaba a toda velocidad por la línea que separaba a los españoles de los enemigos. Con la zurda, donde llevaba el escudo, dejaba a los aliados, y con la diestra, donde esgrimía una poderosa lanza de madera con punta metálica, apuntaba a la cabeza y cuello de los enemigos. Los indios sintieron un gran pavor de aquel desmesurado ser de cuatro patas que estaba pasando por encima de ellos como si de un río desbordado se tratara. Algunos de ellos soltaron sus macanas y lanzas y emprendieron una corta huida que finalizó cuando los guerreros de filas más atrasadas la impidieron.

— ¡Cargad!— gritó Lugo haciéndose eco de las órdenes de Ordaz.

Los españoles tenían por delante un trecho de campo abierto salvo por la multitud de cadáveres indígenas que lo abonaban. Era su oportunidad para ganar el terreno perdido por lo que, levantando las espadas por encima de las

cabezas, avanzaron gritando e invocando a los santos de la guerra.

El jinete había desaparecido y los indios, creyendo que aquella aparición podía haber sido un hechizo de invocación de demonios de corta duración, volvieron a la carga. La pelea volvió a desencadenarse pero los españoles se sentían más motivados y enérgicos ahora que sabían que tenían el apoyo de la caballería.

Varios minutos después los tabasqueños habían vuelto a concentrarlos en aquel reducido círculo y los soldados comenzaban a sufrir los achaques del cansancio y la falta de espacio de nuevo. Mientras que cada español herido era irremplazable, los indios parecían no conocer límites ya que por cada uno que caía aparecía otro ocupando su lugar. Farfán comenzaba a ver la muerte rondar entre sus filas cuando el jinete apareció de nuevo delante de ellos aplastando y rechazando a los indios. Dio otra vuelta rápida despegando los ejércitos y dando margen a los aliados para que retomaran posiciones.

— ¡Es Morla!— gritó Barrientos—. Es su caballo.

Pero de nuevo el jinete desapareció y los españoles volvieron a ser rechazados y, como en anteriores ocasiones, cuando mayores peligros corrían, el misterioso hombre a caballo apareció por tercera vez para socorrerlos. En esta ocasión se detuvo justo en frente de los hombres de Francisco de Lugo que, sin dejar de lanzar estocadas, tuvieron tiempo de admirarlo. Un grupo de fornidos indios había conseguido detener su rápido galopar embistiendo al animal con lanzas y escudos. El jinete había perdido la suya en la carga y, desenvainando su espada, destelló a todos los que hacia allí miraban. El sol amanecía por detrás de aquella escena por lo que tenían dificultad para ver con claridad lo que estaba ocurriendo. A sus ojos llegaban sombras de lanzas, espadas y pezuñas que se mezclaban entre el blanco y el negro. Blanco... aquel caballo era blanco sin duda y la espada del paladín despedía una luz intensa que cegaba por igual a españoles e indios.

— ¡Es Santiago!— gritó Garcés eufórico.

— ¡Santiago!— gritaron varios soldados al unísono.

— ¡El apóstol Santiago ha venido a socorrernos como a nuestros antepasados en las guerras contra los moros!— gritó de nuevo el aragonés.

El jinete había sido sepultado por decenas de indios que, a golpes de macana y lanza, intentaban derribarlo. En un rápido movimiento espoleó a su caballo con el pie izquierdo y, tirando de la rienda derecha, comenzó a trazar círculos sobre sí mismo. Con cada coz y salto que daba el animal hacía salir volando a los indios. Los golpes que daba por la izquierda con las enormes posaderas metálicas eran complementados por la luminosa espada justiciera por la derecha. Con solo dos de aquellas vueltas consiguió alejar lo suficiente a los enemigos como para emprender una carrera que le permitiera embestirlos y seguir con su cabalgada repartidora de muerte.

— ¡Adelante, que Santiago está con nos!— berreó Lugo.

— ¡Santiago y cierra España!— elevó en grito al unísono todo el ejército.

El apostólico jinete había desaparecido y los infantes, con la moral rozando cotas celestiales, cargaron con mayores energías que cuando empezaron la batalla. Los indios notaron aquel incremento en la belicosidad del enemigo pero siguieron prestando batalla con igual fiereza. En esta ocasión no conseguían replegar a los españoles, que poco a poco, iban rechazándolos a punta y filo de espada.

En aquel momento apareció Cortés a la cabeza de sus diez jinetes entre los árboles. Los tabasqueños no supieron lo que se les venía encima hasta que fue demasiado tarde. Los caballeros formaron una compacta fila de a uno que, lanzas en ristre, fueron barriendo y arrollando a todos los guerreros que se encontraron por el camino. El sonido de los cascos golpeando el suelo consiguió hacerse oír entre la gritería y muy pronto supieron los nativos que aquella bestia que se había cernido sobre ellos en tres ocasiones se había multiplicado causándoles incontables daños.

Cuando el General pasó al lado de Ordaz se detuvo unos instantes para preguntarle por la batalla. El capitán, desde tierra, le dijo eufórico:

— ¡Bienaventurados somos! Hasta tres veces ha bajado el apóstol Santiago sobre estos infieles para masacrarlos desde su caballo de luz.

La amplia sonrisa que se dibujó en el rostro de Cortés quedó oculta bajo el casco. Su respuesta, metalizada por tener que atravesarlo, fue una arenga sincera e impulsiva. Levantando la lanza todo lo que pudo gritó:

— Adelante compañeros; que Dios y Santa María y el glorioso Apóstol San Pedro están con nosotros. Adelante, que el favor del cielo no nos puede faltar si hacemos el deber.

Con su horda de jinetes volvió a la carga pasando por encima de los enemigos una y otra vez. Mientras que las lanzas atravesaban cráneos a placer los caballos aplastaban entre sus cuerpos metálicos o pisoteaban con sus cascos a los pocos que habían conseguido escapar del primer ataque. Por allí por donde pasaban sembraban la muerte y a los tabasqueños les resultó devastador ver como sus mejores guerreros quedaban en el suelo tendidos, moribundos, tras aquel barrido. Apenas dieron una vuelta alrededor del círculo de soldados cuando los indios comenzaron a retirarse. Lugo, advirtiendo cuales eran las órdenes de Ordaz, volvió a gritar con la misma intensidad que antes:

— ¡Sin cuartel! ¡Sin cuartel he dicho! ¡Soltad a los perros! ¡No dejéis a ninguno de esos hijos del demonio sin su merecido!

Capítulo LIII:

Capturaron a cinco indios con los que Cortés, una vez los españoles volvieron al poblado a curar a los heridos, se reunió. No llevaban ningún médico en la expedición de modo que, como pudieron, fueron curando las heridas que habían recibido los compañeros y que, en su mayoría, eran flechazos y magulladuras producidas por las piedras y las macanas. Solo habían tenido un muerto, Saldaña, que tuvo la mala suerte de que se le introdujera una saeta por el oído. El General se sentía pletórico por la victoria pero le pesaba la muerte de aquel joven. Cuando le trajeron a los cautivos les habló con voz grave sin importarle que, pese a todo, tuviera que ser traducido por Aguilar.

— Marchaos a vuestros pueblos y buscad a vuestros caciques. Decidles que estamos todos muy enfurecidos porque, tras haberos requerido la paz en varias ocasiones, la habéis rechazado y habéis venido a hacernos la guerra. Decidles que tienen dos días para venir a este pueblo a ofrecernos la paz u os prometo que volveré a entrar en vuestras tierras y las destruiré, las quemaré, talaré todos los árboles y mataré a todos los hombres, mujeres, niños y ancianos, vayan armados o no.

Al día siguiente se presentaron una treintena de indios portando gallinas, pan de maíz y frutas. La cantidad era escasa para que comiera el ejército pero todavía les quedaba parte de los víveres que habían desembarcado. La noticia que trajeron aquellos nativos fue que su deseo era entablar la paz y que pedían un salvoconducto para que sus jefes pudieran venir al poblado sin que les hicieran ningún daño. Cortés los despachó asegurándoles que así sería.

Aquella tarde cundió en el campamento la noticia de que había un soldado muy malherido que había sido poseído por los demonios. Se trataba de un extremeño de cuarenta años de la capitanía de Sandoval que había recibido una herida de lanza en la pierna cuando fueron rodeados en aquel granero un par de días atrás. En la batalla de Centla no pudo participar porque había perdido mucha sangre pero, desde ayer, había empeorado mucho su estado de salud. Las mujeres que habían quedado a su cargo pedían que se lo llevaran del

improvisado hospital porque aquello que le ocurría no era normal y tenían miedo.

Ortega, su hijo y Farfán se encontraban bebiendo agua de una zanja que habían cavado anteriormente cuando oyeron aquello. Habían tomado la decisión de consumir aquella agua fresca que manaba de la tierra porque, desde la mañana, un centenar de soldados habían despertado enfermos. Algunos decían que se trataba del cansancio de la batalla, otros que de los infernales calores pero algunos aseguraban que era debido al agua malsana que estaban bebiendo. Los hombres perdieron las fuerzas de su cuerpo, se pusieron pálidos, sudorosos y con fiebre. Cada dos por tres tenían que alejarse del campamento sufriendo la necesidad imperiosa de hacer del cuerpo y, cuando se bajaban los pantalones para hacerlo, no expulsaban más que agua oscura. Muchos de ellos se desmayaban al mínimo esfuerzo y tenían que ser remolcados por los compañeros.

Los tres amigos se encontraban sanos pero tenían miedo de contraer aquella enfermedad. Sabían de otros que habían sucumbido como Tapia, Peña o Lorenzo Vecellio, y no querían acabar como ellos. Después de que un grupo de soldados les contaran lo del herido que había sido poseído, Orteguilla comenzó a avasallar a su padre con mil preguntas sobre lo que había pasado.

— Pero padre— decía con preocupación—. Explicádmelo bien, por favor. ¿Y si muere y el espíritu sale y me coge a mí?

— Hijo— respondió exasperado Ortega—. ¿No ves que...? ¿Cómo va a...? Sígueme.

Aunque la orden fue dirigida al niño, Farfán también emprendió la marcha detrás del padre. No tardaron demasiado en llegar a la tienda en la que se asistía a los heridos. Una veintena de soldados curioseaban asomando sus cabezas por cualquier resquicio que ofrecían las lonas.

Con cautela se introdujeron y una bocanada de aire fétido golpeó sus rostros. Allí se mezclaban olores nauseabundos que hicieron vomitar al pequeño niño de doce años. El padre estaba acostumbrado a aquello por lo que

esperó pacientemente. Farfán también sintió náuseas pero las reprimió para que su hombría no se viera comprometida. Aquella mezcla de sudor, sangre y podredumbre hubiera espantado a cualquiera.

Avanzaron hasta llegar al protagonista de la jornada, que había sido envuelto por una multitud de curiosos. Con delicadeza fueron apartando gente hasta que se colocaron en primera fila. Orteguilla, al verlo, se echó manos a la boca. Ante él se encontraba aquel hombre consumido por los demonios. Solamente vestía con un paño que, aunque otrora fuera blanco, se había ennegrecido con el uso. Su piel, pálida y arrugada, dejaba entrever las siluetas de los huesos. Su pelo negro y largo estaba enmarañado y su cuerpo estaba contraído de una manera que se le antojó imposible ya que, aunque estaba tumbado, parecía estar dibujando un puente con él. Solamente apoyaba los talones y el cogote y el resto se elevaba en el aire como si estuviera siendo asido por un espíritu invisible. Toda la musculatura estaba firmemente contraída y aquel rostro desquiciado causaría pesadillas al inexperto niño durante semanas. Los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta, enseñando todos los dientes, como si estuviera riendo a carcajadas. El hombre bastante tenía con respirar, cosa que hacía pesadamente emitiendo gemidos nasales a cada intento.

— ¡Santo Dios!— exclamó Orteguilla ocultando su rostro detrás de las piernas de su padre.

— ¿Qué creéis que es esto?— preguntó desafiante el padre a Farfán.

— Todo el mundo cree que es un demonio pero no creo que, después de haber sido ayudados por el mismísimo Apóstol Santiago, los demonios tengan a bien venir a molestarnos. Por otro lado, y haciendo una observación más aguda, solo veo soldados jóvenes por aquí y vos parecéis demasiado tranquilo.

Ortega esbozó una sonrisa que bien podría haber sido una caricia en el pelo de aquel joven intrépido al que había llegado a querer después de haber pasado tantos días a su lado. Volviendo la vista al herido dijo en voz alta:

— Salid todos de aquí y dejad al pobre hombre en paz que bastante tiene con lo que tiene. Aquí no hay ningún demonio pues esto que le ha ocurrido es

algo bastante normal que le pasa a veces a los soldados que han recibido heridas feas. En Italia lo teníamos a la orden del día y oí a un médico una vez que lo llamó opistótonos.

Los soldados quedaron mirando fijamente a Ortega que, ignorándolos, se acercó al herido y, cogiéndolo por la mano, comenzó a susurrarle al oído. Nadie habló hasta que acabó, se puso en pie y dijo:

— Llamad a un capellán, este hombre morirá pronto.

Farfán supo que el veterano había consolado al moribundo para que afrontara con valor el final de su vida. Había hecho aquello en multitud de ocasiones ya que no conocía otra vida que no fuera la de soldado. El sevillano se sintió muy triste cuando supo que su amigo Saldaña había muerto pero, tras tener una charla con Ortega, entendió que aquello era la ley del oficio de soldado. Había que trazar fuertes amistades con los compañeros pero era necesario tener muy claro que, en cualquier momento, podías perderlos. Después de aquella conversación se sintió más animado e incluso pudo hacer el primer comentario gracioso referente al día en el que fuera él el que muriera.

Orteguilla quedó más tranquilo tras oír a su padre y, desde que salió de la tienda, se quedó mirándolo con admiración. Quería cogerle de la mano como hacía cuando era más pequeño pero sabía que tenía que empezar a comportarse como un hombre. En aquellos momentos pensaba que su padre era la persona más lista del mundo y, aunque la explicación que había dado había servido para disipar sus demonios, aquel rostro sardónico seguía volviendo a su mente de vez en cuando como si lo tuviera delante.

El miércoles llegaron los caciques y muy pronto todos los soldados fueron a curiosear. Iban acompañados de una comitiva compuesta por unos cien indios que portaban comida y regalos. Los jefes se diferenciaban por llevar mantas más ricas y elaboradas, largos y elegantes plumajes y ornamentos de mayor calidad. Cortés los recibió con sus mejores galas. Solo llevaba por arma la espada ya que el resto de sus ropas eran finas y elegantes. Jubón y alpargatas negras, calzas oscuras, capa y aquel sombrero cuyas plumas eran lo único colorido de su indumentaria. A su lado se encontraban los capitanes que, por

casualidad, estaban con él en aquel momento: Portocarrero, Ordaz, Velázquez de León y Alvarado.

Los caciques saludaron tocando el suelo y elevando las manos para, tras ello, agacharse en señal de sumisión. Uno de ellos comenzó a hablar atropelladamente y Aguilar fue traduciendo lo mejor que pudo:

— Os piden perdón, señor. Dicen que lamentan mucho habernos atacado y que quedan como esclavos vuestros para que dispongáis de ellos como queráis. No quieren que les sigáis matando hombres como hasta ahora porque ya han perdido a cuatrocientos de los suyos.

— Preguntadles el motivo por el que nos han hecho la guerra de esa forma— dijo Cortés con los brazos cruzados y expresión dura.

— Dicen que fueron engañados por un indio que llevábamos por lengua y se nos huyó, creo que se refieren al Melchorejo, que les dijo que los españoles éramos crueles y que lo que haríamos sería quitarles a sus mujeres, exterminarlos y señorear estas tierras. Además están los de Champotón, que les llamaron cobardes por haber alojado a... los hombres de Grijalva. También dicen que, en la anterior ocasión, solo eran unos pocos navíos y que pudieron darles el oro que tenían pero que ahora, al ser nosotros tantos, tenían miedo de que viniéramos a por sus mujeres y su comida. Están asustados, señor.

— Ya lo veo— dijo sin cambiar su postura el General—. ¿Qué ha sido de Melchorejo?

— Al ver que perdían la batalla huyó del pueblo. Dicen que lo han estado buscando pero que se ha escapado bien.

Cortés se mantuvo en silencio durante unos instantes mirando fijamente a los caciques, que apenas se atrevían a cruzar los ojos con los suyos. Uno de ellos, viendo que no reaccionaba, hizo un ademán con la mano a sus subordinados. Cuatro jóvenes se acercaron portando un cesto hecho con hojas de palma en el que, tras quitar una especie de tapa, relució el dorado que tanto ansiaban. Los españoles exclamaron un sonido de admiración mientras se

ponían de puntillas para ver mejor los tesoros que traían. El General hizo un gesto a Dávila, que acababa de llegar, para que fuera a por él diciendo:

— Sacad el quinto del rey.

Diego de Godoy, que era el notario real, se acercó a dar cuenta de que la operación se realizaba correctamente. Dávila, que era el tesorero, comenzó a sacar las piezas del cesto y Alonso de Grado, el veedor, le ayudó. Tenían que extraer la quinta parte, que era propiedad intrínseca del rey y no se podía hacer nada con ella. El resto del botín quedaba a disposición de Cortés para que lo administrase y repartiese entre los hombres ya que era el armador y capitán general.

— Aquí no hay más de cuatrocientos pesos— dijo Dávila desilusionado.

Los españoles se contagiaron rápidamente de aquella decepción volviendo a ocupar sus sitios y estaturas normales. Los tesoros eran bonitos ya que representaban figuras humanas y animales pero todos eran de oro bajo, cobre u otras joyas de poco valor.

— ¿Hay minas de oro o plata por estas tierras?— preguntó Cortés volviendo a captar la atención de sus hombres.

Aguilar tradujo las palabras del General y, a raíz de ello, continuó hablando las del cacique como si fuera él el que hablaba:

— No tenemos por costumbre extraer el oro. Si encontramos algo, por casualidad, lo cogemos y hacemos joyas o armas con él pero no es algo que nos interese mucho. Preferimos la comida y vivir bien por lo que no sabemos qué es eso de las minas. Todo el oro que teníamos se lo dimos a vuestros compañeros y éste es el que hemos acumulado desde entonces.

— ¿Y sabéis si hay algún pueblo que tenga oro?

El cacique principal quiso hablar pero fue interrumpido por otro que se encontraba arrodillado un paso por detrás. Dijo en su idioma algunas palabras que fueron respondidas con vehemencia. En breves segundos todos ellos

comenzaron una gran discusión hasta que se aclararon y, hablando uno solo, fue traducido por Aguilar:

— Sí que hay oro, mucho oro, y esos lugares donde se cultiva el oro. Los encontraréis en Culhua, y también en Méjico.

— ¡Culhua!— gritó para hacerse oír Bernal, el soldado que había recibido un flechazo en la pierna en el desembarco y que ahora lo llevaba vendado—. Esas tierras son las que llamamos San Juan de Ulúa cuando vinimos con Grijalva.

— ¿Y qué hay de Méjico?— preguntó Cortés—. ¿Qué tierras son esas?

— Están por aquella dirección— señaló Aguilar instintivamente hacia el Noroeste de la misma manera que lo había hecho el cacique—. Pero tened cuidado, los mexica son el pueblo más fiero y cruel que habita la tierra y lo defenderán con saña.

Cortés reflexionó mentalmente lo que significaba aquel comentario. Al parecer, aquella tierra llamada Méjico sería la gran nación rica en gentes y oro que tanto había estado buscando. Sus cálculos no habían fallado ya que debía encontrarse cerca de San Juan de Ulúa, donde Grijalva había rescatado la mayor parte de su tesoro. Feliz por lo que parecía una tregua sincera hizo un gesto con la mano que pasó a todos inadvertido salvo para los pocos que conocían la artimaña que se disponía a realizar. Heredia, que era uno de ellos, dijo a sus amigos:

— Fijaos en los indios, que susto se van a llevar.

Farfán, María, Garcés, Jaramillo, Ircio, Ortega y su hijo se encontraban allí. La muchacha fue la única que, mirando a diestro y siniestro, preguntó impaciente:

— ¿Qué va a ser? Decídmelo, quiero saberlo antes de que ocurra.

— Así perdería la gracia.

En aquel momento, un grupo de soldados se apartaron rápidamente del lugar en el que estaban contemplando la escena asustados por un imponente caballo negro que, encabritándose sobre sus dos patas, relinchó sonoramente. Los indios también se sobresaltaron con ello pues sentían pavor por aquellas criaturas que tantas bajas les habían causado. El rocín saltaba sobre sus patas traseras y coceaba el aire mientras bufaba. Menaba la cabeza violentamente enseñando sus dientes, desde los cuales colgaban largos hilos de baba.

— Quieren saber lo que le ocurre al animal. Lo llaman tequan— dijo Aguilar aguantándose la risa.

— Esta bestia está muy enfadada porque, después de toda la guerra deshonrosa que nos habéis hecho, no le hemos permitido que se venga de vosotros como le hubiera gustado. ¿Veis los dientes? Con ellos podría engulliros vivos y creedme que sería lo que haría si no se lo impidiéramos.

Los indios, mientras iban oyendo la traducción del fraile, se estremecían aterrorizados. Algunos de ellos comenzaron a llorar. En uno de los saltos del rocín se oyó un estruendo que asustó a todos los que estaban allí presentes. Los españoles reconocieron enseguida que se trataba de un tiro de bombarda pero los nativos, que asociaron el ruido a la ira del animal, preguntaron lloriqueando:

— ¿Qué quiere de nosotros? Que nos pida lo que quiera pero que no nos haga nada.

Varios indios se levantaron y, con gran cautela, le lanzaron varias gallinas para que se las comiera. Algunos capitanes ya se estaban riendo a carcajadas pero Cortés, que entre sus muchas facetas estaba dejando claro que también tenía la de gran actor, se acercó al animal para agarrarlo por las riendas. Volvió a hacer un ademán con la mano imperceptible y, tras cuchichear al oído del caballo, consiguió que se calmara por completo. Los indios aplaudieron y se abrazaron al ver cómo aquel hombre había aplacado la ira de la bestia pero su felicidad duró poco cuando les dijo por medio del intérprete:

— Hoy he conseguido calmar la ira del monstruo pero otro día puede que nuestras correas no basten para ello. Si volvéis a levantaros en armas contra

algún español no habrá mundo lo suficientemente grande como para que podáis huir de él ya que, aunque sois rápidos corredores, sabéis que en la batalla no tenía ningún problema en daros alcance porque cuando coge las espadas y lanzas metálicas puede caer sobre vosotros como si fuera la parca.

Los indios volvieron a arrodillarse y a jurar sometimiento al General mientras María, que no había entendido nada, preguntó:

— ¿Qué demonios ha ocurrido?

— ¿Todavía no lo habéis visto?— le dijo Farfán riendo.

— No— respondió enfurecida.

— Es la yegua de Núñez Sedeño, maña— le respondió Garcés meneando la cabeza.

María comenzaba a ofuscarse cuando vio como un par de mozos se llevaban a aquel animal escondido bajo unas lonas. El caballo negro, que era de Ortiz el músico, era el más revuelto y violento de todos. La muchacha entendió que había sido Cortés el que había mandado poner a la hembra a la vista del macho para que se encabritara y llevársela para calmarlo.

— Nos traen más regalos, señor— volvió a decir Aguilar captando de nuevo la atención de los curiosos.

Tras un gesto de los caciques un grupo de veinte muchachas semidesnudas fueron desfilando delante de los ojos de los conquistadores. Parecían tener edades comprendidas entre los catorce y los dieciocho años y caminaban con pasos cortos, mirada gacha y con largos cabellos azabache cubriéndoles el rostro. Como vestimentas solamente llevaban un pequeño manto que les cubría los genitales y un paño enrollado alrededor de los pechos, muchos de ellos todavía por desarrollar.

Los soldados comenzaron a murmurar y agitarse. Llevaban semanas en las que apenas habían tenido contacto con ninguna mujer. Junto a ellos viajaba alguna prostituta pero, dado que eran tan solicitadas, muy pocos podían

permitirse contratar sus servicios. Todavía no habían visto oro con el que pagarles y tampoco podían aplacar su virilidad con las mujeres locales por lo que comenzaban a sentir una necesidad que, aunque los últimos días había sido demolida por la guerra, florecía de nuevo ante la presencia de aquellas mujeres tan jóvenes y bonitas.

— Es un regalo más valioso que el oro— les dijo Cortés—. En el ejército vamos muy faltos de mujeres y las necesitamos para que atiendan a los heridos y nos cocinen.

— Estas jóvenes os las entregamos como esclavas para que las sacrificéis a vuestros dioses o hagáis con ellas lo que os plazca— respondió un cacique—. Además, hay otras muchas que quizá se vayan con vosotros ahora que se han quedado viudas. No son tan jóvenes pero os servirán para hacer tortitas de maíz.

— Hay muchos temas que todavía tenemos que tratar— respondió Cortés, esbozando una sonrisa, refiriéndose a los asuntos de los sacrificios y la sodomía.

Y dicho aquello hizo poner en pie a los caciques y los fue abrazando uno a uno. Se sentía realmente feliz de haber quedado en paz con aquellas gentes pese a que la recompensa tangible no hubiera sido muy grande. Los soldados ya habían olvidado las penas, las heridas y la ausencia de oro, estaban demasiado ocupados desnudando con la mirada a las muchachas.

El padre Olmedo, que vio la intención de los hombres, dijo refiriéndose al General:

— Señor, dado que estos indios han tenido a bien entregarnos estas muchachas es nuestra obligación ser piadosos y correctos con lo que la Santa Iglesia manda. Estas niñas han estado toda su vida adorando a dioses falsos, practicando rituales demoniacos y, mal que me pese, hubieran sido sacrificadas si la ventura no nos hubiera hecho hacer escala en estas tierras. Es vuestro deber, como hombre honrado y de Dios, que las bauticéis a la fe cristiana y que no permitáis que ningún hombre satisfaga sus deseos libidinosos con ellas

mientras sean paganas.

— Vuestras palabras no podrían ser más acertadas— respondió Cortés—. ¡Portocarrero! Custodiad a las jóvenes hasta que el padre pueda bautizarlas.

— Lo haré el Domingo de Ramos— añadió Olmedo sonriendo triunfalmente—. Después de ello podrán ser desposadas con quién sea para que puedan cumplir el estilo de vida que Cristo nos enseñó.

Y una de aquellas muchachas, sin entender ni una palabra de lo que aquellos extraños hombres barbudos decían, osó mirar directamente al hombre del sombrero emplumado que había vencido a los tabasqueños, quedando enormemente impresionada y prendada de su persona.

Capítulo LIV:

Malintzin se sentía confusa ante aquella nueva vida que se desplegaba ante sus ojos pero supo que tenía que mantenerse serena para infundir valor al resto de sus amigas y compañeras ya que, a sus diecisiete años, era de las mayores. No solamente su edad ejercía autoridad sobre ellas, también era una mujer fuerte e inteligente que lo había demostrado en innumerables ocasiones y a la que solían acudir para pedir consejo.

Apenas recordaba los eventos de su anterior vida, antes de ser esclava de los tabasqueños. No había olvidado que era hija de una familia noble y que, muerto su padre, su madre la vendió a unos tratantes de esclavos. Había contraído matrimonio con otro joven aristócrata y querían que el hijo que tuvieron heredase los títulos y posesiones en vez de ella. No era una historia feliz pero era la suya y no podía hacer nada por cambiarla.

Durante varios años permaneció bajo el yugo de aquellos amos y señores que ahora los recién llegados habían derrotado en el campo de batalla. Como era joven, virgen y bonita la reservaron para un futuro que, aunque cruel y dramático, hizo que pudiera tener una niñez y adolescencia cómodas, sin tener que cargar objetos o realizar las tareas domésticas. Todas ellas sabían que, tarde o temprano, iban a acabar en la pila de sacrificios y por ello intentaban vivir la vida como si cada día fuera el último. Habían comido bien, sido aseadas, perfumadas y ornamentadas a diario pero siempre estaban a la espera de pagar el precio de aquellas mercedes con la muerte. Al principio se lamentó por su mala suerte, pues ella era una mexica, pertenecía al pueblo más poderoso de la tierra y había sido vendida a los mayas, una cultura decadente.

Cuando sus amos les dijeron que iban a ser entregadas a los extranjeros sintió una mezcla de alivio y temor. La felicidad se debía a que, dada su avanzada edad, no tardarían muchos días en elegirla para ofrecerla en sacrificio. Por el contrario, no sabía nada de aquellos hombres barbudos y temía que pudieran ser todavía más crueles que los indios. Si habían sido capaces de domar a las bestias y a los truenos y crear aquellas armas cuyas heridas nunca

curaban tenían que ser poderosos y, si habían conseguido derrotar sin sufrir ningún daño a los tabasqueños, tenían que ser algo parecido a los dioses.

Antes de desfilas delante de ellos tranquilizó a sus amigas. Muchas de ellas lloraban pensando en su mala fortuna pero les dijo que debían andar con la cabeza bien alta y con orgullo. No esperaba sobrevivir a aquella noche pero, para su sorpresa, fueron alojadas en una cómoda tienda en la que durmieron en paz. Malintzin tardó en conciliar el sueño porque no podía dejar de pensar que estaban en medio de la boca del lobo, un campamento de guerreros. Ninguno había ido a violarlas ni a hacerles ningún daño. Lejos de ello, les habían dado de comer y ofrecido un lugar para descansar. Todavía pensaba que sería para sacrificarlas más tarde pero comenzaba a albergar alguna esperanza. Aquel hombre medio calvo que parecía un sacerdote y el guerrero que las había llevado a la tienda parecían velar por su seguridad y bienestar.

A la mañana siguiente descubrió que las veinte seguían vivas. Durante una hora hablaron, dando cada una su punto de vista sobre lo que les depararía el futuro. La mayoría de ellas estaban convencidas de que morirían sacrificadas aunque alguna llegó a asegurar que servirían de alimento a las bestias que llevaban. La plática fue interrumpida por el hombre calvo que, vistiendo un hábito marrón, llegó y les hizo ver que podían salir fuera, donde las esperaba aquel extranjero que hablaba la lengua de los mayas.

— Mi nombre es Aguilar— dijo esperando unos segundos para que las muchachas se habituaran a él y consiguieran pronunciarlo correctamente—. A partir de ahora nos tendréis a nosotros por señores. Somos españoles y venimos de una tierra al otro lado del océano que se llama España. Todas vosotras seréis bautizadas en unos días y recibiréis un nombre cristiano para que podáis conocer nuestra fe y al único dios verdadero. ¿Lo entendéis?

Las muchachas asintieron con la cabeza. La mayoría apenas entendió nada pero tenían miedo de contrariar a su nuevo señor. Malintzin fue la única que se atrevió a preguntar:

— ¿Qué pasará después del bautismo? ¿Seremos sacrificadas?

— No— respondió el hombre horrorizado—. Nuestra religión y leyes no permiten ese tipo de atrocidades. Cuando tengáis un nombre y hayáis conocido a Dios podréis ser desposadas con nosotros para que nos deis hijos.

Las veinte jóvenes comenzaron a murmurar entre ellas. Aguilar notó el alboroto pero dejó que siguiera su curso. Parecían contentas de oír aquello, esperaban no sobrevivir a los veinte años y ante ellas se abría la posibilidad de vivir lo suficiente como para convertirse en madres. Darían a luz a los hijos de aquellos dioses guerreros.

— No somos dioses— rió Aguilar cuando captó algunas de las palabras de las indias—. Somos hombres de carne y hueso. Hoy mismo veréis que vuelven con nosotros otras muchas mujeres e incluso niños que también hemos traído y que tuvimos que esconder para que no nos estorbasen en la pelea. Somos personas que venimos de una tierra lejana y nuestro soberano es el más alto rey del mundo y emperador de los cristianos. A nuestro lado no tendréis que temer nada pues os haremos todo tipo de mercedes. A partir de vuestro bautizo seréis tan españolas como cualquiera de nosotros y podréis gozar de pertenecer a la nación más poderosa de la Tierra. Por el momento podéis deambular por el campamento pero no salgáis de sus límites. En cualquier momento os requerirá este hombre, que se llama Olmedo y es un sacerdote, para enseñaros vuestra nueva y verdadera religión.

Con aquellas palabras se despidieron de ellas. Malintzin se volvió hacia sus amigas, que todavía no habían digerido toda aquella información. Se encontraban muy intrigadas con términos como bautismo, dios verdadero, matrimonio con ellos... Se sentían optimistas ante la posibilidad de seguir vivas pero no podían evitar notar cierta intranquilidad ante la nueva y compleja vida que habían comenzado a atisbar.

Malintzin les pidió que la acompañaran para explorar el campamento pero, como ninguna quiso moverse por el momento, decidió salir sola. Sus amigas parecían querer seguir haciendo deducciones sobre lo que estaba ocurriendo mientras iban perdiendo un poco el miedo. Ella ya no estaba asustada, aquel hombre con el que había hablado parecía sincero y bueno.

En el campamento español reinaba la cordialidad. Los hombres reían, comían y bebían pues habían ganado una guerra. Algunos de ellos llevaban cortes y magulladuras que ocultaban con vendajes ensangrentados. Todo era extraño y fascinante. Sus armas delgadas y brillantes habían resultado extremadamente mortíferas, los perros que ladraban y meneaban la cola, aquellos artilugios negros que vomitaban fuego... En un momento dado pasó a su lado una de aquellas bestias marrones de cuatro patas que casi la aplastó por lo que huyó hasta que pudo esconderse tras una casa. Parecía un venado sin cuernos pero había oído decir que si se enfurecía se volvía de color gris y le nacía una protuberancia en los lomos de la que manaban espadas y lanzas con las que repartía muerte.

Cuando volvió a deambular por el campamento se fijó en los extranjeros. Generalmente eran de mayor estatura que los indios que había conocido pero estaba claro que eran hombres de carne y hueso. Sobre el rostro llevaban pobladas barbas de un pelo tan denso como el de la cabeza y sus extrañas ropas solían estar cubiertas por placas de aquel material brillante tan duro con el que fabricaban sus armas. Algunos llevaban extraños arcos y otros unas tablas que, según le habían dicho, también tenían la habilidad de concentrar el trueno.

Malintzin también se dio cuenta de algo que, aunque al principio no creyó, cuando dio dos vueltas no le quedó la menor duda. Cada vez que pasaba ante un grupo de hombres, éstos dejaban lo que estuvieran haciendo y se quedaban mirándola. Las primeras veces pensó que lo hacían porque la encontraban extraña y sentían curiosidad pero luego fue dándose cuenta de que era otro el motivo por el que la masacraban a miradas. Aquellos extranjeros se sentían atraídos por ella. No sabría explicarlo con palabras pero aquella manera de mirarla, encontrar su vista posada en sus pechos, sus curvas o su trasero resultaba reveladora. Algunos de ellos incluso la señalaron y dijeron comentarios que levantaron las risas de los demás. Cuando dejaban de reír seguían con la vista puesta en ella de la misma manera que los indios que había conocido miraban la comida cuando tenían hambre o el agua cuando tenían sed.

La muchacha no se consideraba atractiva, de hecho nunca lo había pensado. Como ofrenda a los dioses que era en ningún momento se vio

uniéndose a un hombre o copulando con él, eso quedaba reservado para las mujeres más afortunadas. Por otro lado, aunque los sacerdotes habían llegado a decirle que era joven y bonita y que serviría bien a los dioses, los indios no solían mirar de aquella manera a las mujeres. Encontraba las miradas de los españoles indiferenciables de las de los animales cuando se ponen en celo y aquello la turbaba. Quiso hacer una prueba y, ante un grupo de ellos, se agachó a recoger unas flores dándoles la espalda. Durante varios segundos permaneció arrancándolas una a una y trazando círculos con las nalgas. Cuando acabó se puso en pie y, girándose repentinamente, vio una veintena de aquellos guerreros mirándola fijamente y boquiabiertos. Al principio solo eran cinco pero habían acudido otros muchos solo a contemplarla.

— Se ponen como animales— se dijo en voz baja.

Aquel comportamiento era lo más extraño que había visto en la vida pero en lo más profundo de su ser lo encontraba atractivo. Ella era una joven delgada y de pequeña estatura hasta para los de su estirpe. Sobre su cabeza colgaba una larga cabellera negra que le llegaba hasta la cintura. Sus pechos eran grandes, su cintura estrecha y sus caderas anchas. ¿Por qué la miraban así? ¿Qué encontraban en ella? Malintzin se sentía a gusto bajo aquellas miradas indiscretas y no entendía muy bien por qué. Quizá aquella fuerza que había comenzado a sentir en el vientre desde que maduró como mujer tuviera algo que ver.

Malintzin siguió caminando por el campamento para aprender más de aquellos hombres que tanto la impresionaban. Buscó a su líder, aquel hombre alto y enjuto de voz agradable cuya palabra era incuestionable. No sabía dónde podía encontrarlo de modo que, discretamente, se acercó al primer grupo de soldados que encontró para oír sus conversaciones. No entendía nada de lo que decían pero aquella lengua que hablaban le gustaba por lo exótica y bella que sonaba.

— Os digo que fue Santiago el que bajó, querido amigo Lares— decía uno de los españoles a los otros dos que con él hablaban.

— Que no, Morón, que el Apóstol tendría otras cosas más importantes

que hacer que bajar a ayudarnos.

— ¡No!— volvió a decir el otro, que parecía muy animado y eufórico—. Fue Santiago y no sabéis cómo detesto no haber estado allí. Me hubiera gustado poder batirme en torneo con él.

— ¿Con Santiago?— rió su compañero.

— Sí.

— ¿Pero qué cojones...? ¿Cómo vais a hacer una justa con el Apóstol?— seguía riendo—. ¿Acaso creéis que podríais vencer?

— Queridísimo amigo Lares— comenzó a decir aquel joven moreno—, creedme si os digo que tengo conocimiento de algo que podría cambiar el curso de la historia.

— Decidme qué, pues.

— He descubierto que mi fuerza es infinita. Sí, sí, como lo oís. ¿No os dais cuenta que desde el caballo no había escudo, lanza o indio que pudiese parar mis golpes?

— Morón, creedme vos si os digo que no os reconozco. Antes erais un hombre juicioso. Apagado... eso sí, pero cuerdo. No me malinterpretéis, me divierten vuestras ocurrencias, pero debéis haber bebido de alguna mala poza o quizá se os hayan desequilibrado los humores.

— ¿No me creéis?— repuso ofendido—. Ya os lo demostraré en la siguiente pelea, fijaos bien en mí.

— Me fijaré bien— respondió el otro poniendo una mano en su hombro—. No dudéis que lo haré, pues sois mi amigo y estoy preocupado por vos. El General no se dio cuenta pero yo, que cabalgué a vuestro lado, reparé en que fuisteis demasiado individual en las cargas. En ocasiones os adelantabais y más de una vez tuve que gritaros para que volvierais a la formación. No sé qué os está pasando pero espero que volváis pronto a ser el mismo de siempre.

Tras decir aquello llegó un hombre de mediana edad sonriendo de oreja a oreja. Ignoró a la muchacha al pasar junto a ella y, dirigiéndose a los dos jóvenes que discutían acaloradamente, dijo:

— Don Alonso Lares, don Pedro Morón, es un placer ver a tan consumados caballistas.

— ¡Hablando del rey de Roma!— dijo uno de ellos, el de pelo castaño—. Don Francisco de Morla, ¿ya os habéis recuperado de vuestros dolores de espalda?

— Sí— respondió el recién llegado—. ¿Hablabais de mí?

— No— respondió el joven moreno.

— Sí— volvió a decir el primero—. Aquí mi buen amigo Morón cree, como la mayor parte del ejército, que en la batalla de Centla nos auxilió el mismísimo Santiago. Yo, por llegar tarde, no vi nada, pero he oído a algunos hombres decir que fuisteis vos con vuestro caballo rucio y picado el que acudió a socorrer a los infantes.

— ¿Eso dicen?— rió el aludido.

— Sí— respondió el que había hablado antes—. No soy yo mucho de creer en milagros y me parece lo más lógico que, fingiendo encontraros mal por la espalda, acudierais en solitario a dar aquella lección a los indios.

— ¿Cómo va a ser este...?— intentó decir el moreno.

— Sí— le interrumpió el otro—. La verdad es que todos los hombres han dicho que el misterioso jinete era un caballista excepcional por lo que me gustaría que si fuisteis vos nos lo dijerais. Hasta ahora pensábamos que éramos los mejores de modo que nos compararemos con vos en la próxima cabalgada.

— Yo ya dije que me encontraba indispuerto para la batalla— dijo el recién llegado con una mueca de soberbia—. Pero si me preguntáis que si fui yo el que cabalgué en solitario contra todos aquellos indios, audaz y sin temor, no

os lo confirmaré pero tampoco os lo negaré. Tal vez fui yo, sí.

Malintzin ya había oído demasiado. No entendió absolutamente nada pero aquel idioma que tanto abusaba de las erres y las zetas sonaba cómo música en su cabeza. Aquellos tres hombres la habían ignorado por completo y, gracias a ello, pudo oír toda la conversación. Parecían felices y bondadosos aunque le dio la sensación de que uno de ellos no estaba muy cuerdo. Tenía deseos de conocer a todos los españoles y espiar sus diálogos por lo que se fue de aquel que ya había dado todo de sí. Al poco de andar se encontró con un hombre que la aterrizó. Solamente vestía con un paño que le cubría los genitales y, pese a ser alto y musculoso, lo que más le llamó la atención fue su piel negra como el carbón. Jamás había visto nada parecido por lo que, cuando el hombre le sonrió mostrando una dentadura sucia a la que le faltaban varios dientes, gritó y salió corriendo.

Pasó de largo de una tienda en cuyo interior se encontraba un hombre malherido. Ella ignoraba su existencia de la misma manera que él ignoraba que hasta hacía escasos minutos otro hombre había estado pavoneándose a costa de sus hazañas. Gonzalo Domínguez sufría de unos dolores intensísimos en su espalda. Aquellas tres incursiones que realizó montando el caballo de Morla habían sido devastadoras para su salud. A cada paso que daba el animal sentía una punzada que le recorría todo el cuerpo pero, cuando se metió en el fragor de la batalla, dejó de tener conciencia del dolor. Fue después, al volver a meter al rocín en los establos y recostarse en su cama, cuando aquel sufrimiento volvió sobre su persona con más fuerza. Jamás había experimentado tal sensación y solo tumbado conseguía aliviarla ligeramente. La pierna izquierda, por debajo de la cual antes sentía latigazos, la encontraba ahora sin sensibilidad. Había decidido no moverla mucho para que se recuperase por completo de aquellos excesos que había protagonizado.

No quería aceptar que, en realidad, desde que descabalgó tenía menos fuerza en ella y le costaba más movilizarla.

Capítulo LV:

El ansiado Domingo de Ramos llegó y el poblado, otrora consumido por un ejército hambriento, se llenó de vida y colores hasta el punto de parecer una ciudad. Desde hacía un par de días habían llegado cientos de indios con sus familias ya que, habiendo perdido el miedo a los españoles, no quisieron perderse aquella oportunidad de conocerlos. Por otro lado, Cortés les había dicho que acudieran a presenciar aquella festividad para que pudieran ir conociendo la religión que tendrían que profesar en lo sucesivo.

Los españoles que habían quedado al cuidado de los barcos, las mujeres y los heridos que se recuperaron, también desembarcaron para asistir al evento. La comida abundaba y en cualquier rincón las dos naciones que acababan de conocerse intercambiaban regalos, se contaban historias o entablaban fuertes amistades. Los indios preguntaban por todos los objetos que llevaban los extranjeros y estos descubrieron que, aunque la apariencia de los nativos era tan pintoresca, eran seres valientes y con sentido del humor con los que tenían bastantes cosas en común.

Cuando María llegó, corrió a encontrarse con sus amigos, se encontraba muy preocupada por ellos. Encontró a algunos convalecientes todavía de aquellas diarreas que cogieron pero el resto estaban indemnes salvo por las agujetas, los tirones musculares y algún que otro golpe que habían recibido. En aquella mañana clara de abril se encontraba paseando junto a su padre adoptivo, Heredia. El vasco le estaba contando con todo lujo de detalles la gran cantidad de veces que había acertado con su arcabuz en los guerreros.

— Y os digo que al final me dolía hasta el dedo del gatillo y la cara se me puso negra de tanta pólvora que tuve que respirar.

— Pobres indios— decía María.

— Bueno— se defendió el arcabucero—, nosotros vinimos en son de paz y no quisieron tomarla.

Con aquel comentario exhaló una gran bocanada de aire que llevó a la nariz de la joven aquel aroma inconfundible, mezcla de alcohol y comida, que lo caracterizaba. Quería a aquel hombre y hubiera lamentado mucho su pérdida. Siempre había sido muy bueno con ella y ya no tenía edad para seguir peleando como cuando era joven. Sabía que cualquier día no sería lo suficientemente ágil como para eludir al enemigo y lo matarían pero no podía convencerlo para que se retirara del ejército.

— A ver si de ésta volvemos lo suficientemente ricos como para retirarnos, ¿os parece? Además tendré que conseguir una buena dote para vuestro marido, que puede que en estas tierras no haya oro pero hombres valerosos os sobran.

María se sonrojó ante aquel comentario y cuando levantó la vista vio a lo lejos a su amigo Farfán, que junto con Ortega, Orteguilla, Vecellio, Garcés, Peña y Ventisca paseaba por el campamento.

— Luego os veo— dijo atropelladamente a Heredia mientras echaba a correr hacia el sevillano.

El vasco observó atentamente como se alejaba la muchacha que, hasta ahora, había sido todo para él. Durante años no conoció otro placer que el que le proporcionaba la comida, la bebida, las prostitutas y la pólvora. Cuando acogió a aquella niña consigo se sintió asustado ya que, despreocupado y hosco como era, no se veía capaz de criarla como es debido. María inundó de luz aquella pocilga que él llamaba hogar. No tardó en cogerle un tremendo cariño y darse cuenta de que su vida, hasta que la conoció, había estado vacía y carente de sentido. La muchacha estaba siempre sonriendo y se maravillaba con cada detalle que aprendía. Llegó un punto que verla feliz resultaba el acontecimiento más motivante que podía llegar a alcanzar cada día por lo que creó una gran figura paternal sobreprotectora. Era la hija que nunca había tenido por no haber conocido a una mujer que estuviera dispuesta a dársela. Nada tenía que pudiera igualarse en valor a ella y, verla alejarse hacia un hombre que, por otro lado, sería un buen marido, lo llenaba de congoja. Algún día la perdería para siempre ya que ni siquiera era su padre.

Farfán la recibió con una cálida sonrisa. Había conseguido controlar aquel repentino movimiento de estómago que le acontecía cada vez que la veía y ahora se sentía más cómodo a su lado. Le resultaba tan especial que no entendía cómo no había más hombres pendientes de aquella muchacha tan bonita y jovial. Solamente el hecho de que fuera corriendo de lado a lado ya la diferenciaba del resto de españolas, que siempre caminaban guardando las formas. ¿Sería por ello por lo que apenas tenía competidores?

— ¡María!— gritó Orteguilla abrazándola.

— Hola, corazón— le respondió estrechándolo en brazos—. ¿Qué tal están mis valientes?

— Una jornada tranquila— respondió Farfán amablemente—. ¿Cómo está la joven más bonita del lugar?

— Gracias por los halagos— respondió ahuecándose—. He venido a buscaros a vos para dar un paseo y hacer tiempo hasta la misa.

— ¡Me alegráis el día!— sentenció alejándose de sus compañeros.

Los dos jóvenes comenzaron a deambular por el campamento hablando animadamente y observando a los indios. Muchos de ellos intentaban intercambiar baratijas por aquellas cuentas de colores que traían de Cuba sin darse cuenta de que solo el oro interesaba a los españoles. Los tabasqueños no lo tenían pero, como llegaban a ser muy insistentes e implacables comerciantes, los soldados solían ceder y darles aquellas fruslerías que nada significaban para ellos a cambio de cualquier cosa. Solo buscaban con ello que les dejaran en paz.

— ¿Y bien?— preguntó María—. ¿Cuál es la india que más os gusta?

— ¿De qué habláis?— rió Farfán.

— De las veinte mancebas que nos han regalado— insistió la joven—. ¿No sabéis que Cortés las va a entregar a sus más esforzados soldados? Por lo que contáis, bien os merecéis una, ¿cómo está vuestro hombro?

— El hombro está recuperándose aunque aún lo tengo condolido— respondió el sevillano moviéndolo instintivamente—. Y respecto a las muchachas, todo el mundo sabe que van a ir a los capitanes.

— ¿Y os gustaría que os dieran alguna?— la perseverancia de María comenzaba a ser desconcertante.

— Bueno, he de reconocer que todas son muy guapas pero no estoy interesado en ninguna.

— ¿Cuál es la que más os gusta?

— ¿A qué vienen todas esas preguntas? No lo sé... si tuviera que decir alguna diría esa tal Malinche de la que os habéis hecho amiga.

Farfán contrajo los dientes con fuerza tras decir aquello, se sentía arrepentido. María había decidido acercarse a las indias por el hecho de que eran de su misma edad y, de todas ellas, solo encontró interesante a la que acababa de nombrar. Desde hacía un par de días se juntaban e iban comunicándose por signos o sonidos como podían. Las encontraba muy unidas ya que, al parecer, ambas habían pasado su niñez lejos de casa, como esclavas. Tras haber hecho aquel comentario, y sabiendo cómo eran las mujeres, temió que la catalana odiara a la india por aquello. Él tenía muy claro que estaba enamorado de María, de hecho, jamás hubiera dicho nada de la otra si no lo hubiera atosigado con tantas preguntas, pero no podía fiarse de la camaradería femenina. Si tenía a la nativa por una competidora que no era se jugaba su amistad y él no quería ser el causante de aquella ruptura; encontraba a las jóvenes indias muy solas y necesitadas de ayuda femenina para integrarse en aquel mundo desconocido.

— No os preocupéis, idiota, que sé lo que pensáis— dijo María sonriendo.

— ¿Qué?

— Hola— dijo poniendo voz de hombre—, soy Pedro Sánchez Farfán y si me pones un cuchillo en el cuello para que diga si una mujer es bonita diré

que...— y retomando su voz natural—. Solo quería averiguar si os fijáis en las mujeres.

— ¡Me fijo!

— Y no mal, Malintzin, que por cierto, se llama así, es la más guapa de todas. Tiene un año más que yo y creo que es una mujer muy fuerte.

— Como vos, pues.

— Tanto no— dijo riendo a carcajadas.

— ¿Bueno y vos?— preguntó el sevillano deteniéndose en seco y enredando en sus dedos los cabellos de María—. ¿Quién os parece el más apuesto de todos los soldados?

— ¿De todos? ¡No conozco a todos!

— ¿Decís que con lo que cundís no conocéis a todos? Orientaré mi pregunta. ¿Farfán, yo, uno que se llama Farfán o Tapia?

— ¡Ah!— exageró la muchacha fingiéndose ofendida—. Tapia es un caballero muy apuesto y le debo mi vida pues me rescató del tiburón.

— Y yo os rescaté cuando los indios entraron en el granero y se abalanzaron sobre vos.

— ¿Vos? No me hagáis reír. Fue vuestra bonita navaja, que menos mal que me la guardé para mí. Por cierto, ¿cuándo me la regalaréis?

— Seguid comportándoos como una amazona y ningún hombre os va a querer nunca— dijo Farfán menando la cabeza cómicamente.

— Pues conseguiré un arma por mi cuenta para defenderme, este sitio es muy peligroso. Si no queréis ayudarme y adiestrarme me veré obligada a pedírselo a ese soldado tan apuesto, Tapia.

— Sois cruel como el demonio— respondió Farfán frunciendo los

ojos—. Si conseguís una espada os enseñaré a usarla, no os preocupéis. Pero no penséis que lo hago porque quiera pasar más tiempo con vos, es por otro motivo.

— ¿Y se puede saber cuál?

— Desde luego— dijo adoptando una postura principesca—. Sé que os gusta rasgaros los vestidos para correr más rápido pero no por ello dejan de ser bonitos. No me gustaría que ese cagón de Tapia, que lleva dos días purgándose por abajo por unas aguas que bebió, os los manchara, sería un desastre.

María estalló en carcajadas por aquel comentario. Justo cuando Farfán se contagió de ellas pasaron unos soldados a su vera diciéndoles que llegarían tarde a la misa.

El padre Olmedo ofició la ceremonia en conjunto con el capellán, Juan Díaz. Los carpinteros del ejército, Alonso Yáñez y Álvaro López, tuvieron bastante trabajo durante toda la semana levantando grandes y ostentosas cruces de madera. Una de ellas se erigía imponente ante ellos para que los indios pudieran comprender la grandeza del dios de los españoles. Ya les habían entregado una imagen de la virgen para que la adorasen pero la cruz les sobrecogía todavía más. Acababan de conocer que ese dios del que hablaban había mandado a su hijo a la Tierra donde, para redimir los pecados de los hombres, fue torturado y sacrificado en aquel armatoste de madera. Aquella historia les resultaba increíble pero dejaba atisbar los principios del tipo de religión que tendrían que seguir a partir de ahora.

El bautismo de las muchachas fue rápido y ceremonioso. Habían sido ataviadas con ropajes blancos y, una a una, fueron desfilando con la cabeza gacha y las palmas juntas en señal de oratoria para que el padre Olmedo las rociara con agua bendita, hiciese la señal de la cruz en su frente e introdujera una hostia en sus bocas. Heredia, que se encontraba solo en una de las primeras filas, prestó atención cuando bautizaron a aquella joven que se había hecho amiga de María y que llamaban Malinche o Malintzin.

— Yo, en nombre de Dios, os bautizo con el nombre cristiano de Marina.

Así pues, a partir de ahora, deberéis cumplir y respetar las leyes de la Santa Iglesia Católica y vivir según lo que manda. Doña Marina, besad la cruz.

Heredia se fijó en ella de nuevo, era realmente era bonita. Sus largos cabellos color azabache enmarcaban un rostro fino y armonioso. Era de baja estatura pero ya tenía un cuerpo de mujer perfectamente desarrollado y proporcionado. Recordó que Cortés había dicho que, por ser la más hermosa de todas las indias, se la entregaba a su fiel amigo Portocarrero, que por tener un noble corazón, la trataría muy bien.

Pero el vasco reparó también en que aquella muchacha no parecía tan compungida por la transcendental ceremonia como el resto. Junto a ella se encontraba el General, cuya mano descansaba cómodamente sobre su hombro pues iba a ser el padrino de todas ellas. Mientras Marina se ponía en pie para dejar sitio a la siguiente de sus compañeras clavó la mirada en Cortés, que sorprendido se la devolvió. La india, ahora española, aguantó aquel penetrante contacto hasta que ya no pudo seguir haciéndolo por encontrarse detrás del hombre, que durante el resto la ceremonia estuvo volviendo la vista atrás para observarla. Marina cruzaba la mirada con el General siempre que éste, con el ceño fruncido en señal de extrañeza, se fijaba en ella. Sin duda alguna era bonita pero Heredia se resistía a creer que el conquistador hubiera cedido a sus encantos. Volvió a observar a la amiga de María, que reposaba graciosamente sin haber despegado las palmas de sus manos en ningún momento. El pelo negro caía sobre sus senos, que junto con el resto de sus curvas se delimitaban perfectamente bajo aquel vestido blanco. Como no esperaban tener que ir bautizando jóvenes apenas habían hecho acopio de ese tipo de prendas por lo que el que llevaba ella no era el más adecuado. Sólo le llegaba hasta las rodillas y llevaba los brazos descubiertos de modo que su piel morena contrastaba notablemente con aquel color nacarado.

Al acabar la ceremonia, un grupo de soldados comenzó a repartir una serie de ramos que previamente habían sido bendecidos. Los españoles fueron cogiendo uno por persona e indicaron a los indios que hicieran lo mismo para, juntos como hermanos, marchar en procesión para arrodillarse ante la cruz. Aquellos fornidos y hoscos soldados se derrumbaban cuando se encontraban de

frente con aquel armazón de madera y, muchos de ellos, dejaron escapar las lágrimas. La devoción fue tal que los indios se contagiaron de aquel sentimiento y, viendo cómo los hombres que tan fieramente los habían derrotado en batalla se humillaban ante aquel dios, pensaron que habían hecho bien de destruir sus ídolos y convertirse a aquella nueva religión.

El momento de la partida llegó y todos comenzaron a despedirse con besos, abrazos y caricias. Los españoles se sentían muy contentos de haber dejado tan pacificada aquella tierra y, con ello, se habían olvidado incluso de que no hubieran encontrado ningún tesoro. Heredia, que seguía solo en medio de tanta gente, miró de nuevo con nostalgia a Farfán y María. El joven había agarrado por la cintura a la muchacha elevándola por los aires bajo el sonido de sus carcajadas. La quería como a una hija, sabía que aquella unión sería muy provechosa, pero lamentaba perderla. Una lágrima comenzó a luchar contra sus párpados para ser derramada cuando notó unos golpecitos en la espalda. Enjuagándose rápidamente los ojos se giró y se encontró con una india que, con la cabeza gacha, permanecía inmóvil frente a él.

— ¿Qué quieres?

La mujer, que tendría más de treinta años, respondió en su idioma. Su cuerpo reflejaba perfectamente el paso del tiempo y, aunque al vasco no le cupo la duda de que otrora tuvo que ser tan hermosa como Doña Marina, ahora ofrecía una imagen muy diferente. Sus pechos ya no estaban tan turgentes de modo que, de no ser por el trapo que se los sujetaba, bien podrían haberle llegado al ombligo. Su rostro estaba surcado por alguna arruga y el resto de su cuerpo era, aunque de complejión interna robusta, regordete.

— No sé qué dices. ¿Te pasa algo?

El vasco comenzaba a ponerse nervioso ante la insistencia de la mujer.

— Espera a ver si encontramos a alguien que nos ayude.

Haciéndole un gesto con la mano salió entre los hombres para buscar a Aguilar. La mujer caminó detrás de él sin entender cuáles eran los propósitos

del viejo arcabucero. Cuando encontraron al fraile, que estaba muy solicitado por todos los que querían despedirse de los indios con los que habían entablado amistad, le dijo:

— Por favor, mirad a ver qué quiere esta mujer que no entiendo nada.

La tabasqueña habló largo y tendido con el intérprete que, asintiendo con la cabeza, dijo:

— Dice que es vuestra. Su marido ha muerto en la batalla de Centla. No tiene hijos ni propiedades y se encomienda a vos para serviros.

— ¿A mí? ¡Decidle que ni la quiero ni la necesito!

— Buen soldado— dijo Aguilar con voz paternal dando por hecho que todavía no sabía cómo se llamaba Heredia—. Aceptadla, hacedme caso. Si la abandonáis a su suerte morirá. Dadle un nombre cristiano, bautizadla y llevadla con vos.

Heredia esbozó una mueca de preocupación. Quiso replicar pero no consiguió llevar las palabras adecuadas a su lengua. Finalmente, resignado, bufó con voz arisca:

— Yo no sé quién cojones me ha visto cara de buen samaritano para ir acogiendo a las desvalidas por ahí. Decidle que puede venir conmigo si quiere pero que como me dé problemas o me importune la tiraré al mar.

Y aquel mismo día volvieron a echarse a la mar rumbo a San Juan de Ulúa. El destino no se encontraba muy lejano pero ya era el definitivo. Dejaban atrás una región que, aunque pobre en oro y plata, tenía un gran potencial en gentes, agricultura y ganadería. Hasta aquel Domingo de Ramos la llamaron Tabasco por el nombre de uno de los caciques pero, a raíz de la trepidante victoria que los españoles protagonizaron sobre aquellas ocho naciones nativas aliadas, el pueblo pasó a ser llamado Santa María de la Victoria.

PARTE QUINTA: Revelación

“Tocaron la tierra con los dedos, y los alzaron al cielo, que es la salva y reverencia que acostumbran hacer;” Historia General de las Indias. La Conquista de Méjico. López de Gómara (1511-1566)

“Un indio muy viejo, sacerdote de un demonio que se decía Ocilophclitli, muy poco antes que muriese, con palabras muy claras, dixo: «Vendrán del occidente hombres con largas barbas, que uno valdrá más que ciento de vosotros; vendrán por la mar en unos acales muy grandes, y después que estén en tierra, pelearán en unos grandes animales, muy mayores que venados, y serán sus armas más fuertes que las nuestras; daros han nueva ley y desharán nuestros templos y edificarán otros de otra manera; no habrá en ellos más de un Dios, el cual adoraréis todos; no derramaréis vuestra sangre ni os sacarán los corazones; no tendréis muchas mujeres; viviréis libres del poder de los caciques que tanto os oprimen, y aunque al principio se os hará de mal, después entenderéis el gran bien que se os seguirá.»” Crónica de la Nueva España. Cervantes de Salazar (1514-1575)

Capítulo LVI:

Durante todo el trayecto, que duró cinco días, Bernal Díaz del Castillo y otros conquistadores veteranos fueron el centro de atención del navío que llevaba por capitán a Alvarado. Los nuevos reclutas como Farfán, Garcés o Peña, que ya se habían dado cuenta de la inmensa complejidad y peligros que albergaban esas nuevas tierras, no pararon de avasallarlos a preguntas. La mayor parte de ellos se estaban recuperando de alguna lesión o pequeña herida que recibieron durante las batallas en los llanos de Centla y no querían volver a subestimar a los rivales. Aquellas gentes peleaban con fiereza, mucho mejor organizados que los indios de las islas antillanas, que solían huir nada más ver los caballos.

Bernal se encontraba siempre dispuesto a contar sus buenas historias que, independientemente del grado de certeza que tuvieran, resultaban siempre amenas e interesantes. El joven, que rondaba los veintitrés, había participado en todas y cada una de las expediciones que se habían organizado a Yucatán. Era por ello por lo que resultaba una autoridad y lo que decía solía ir a misa. Farfán lo tenía por un hombre presuntuoso, quejica y amigo de la imaginación, pero no cabía duda de que, tomando sus historias con pinzas, podía extraerse de ellas mucha información relevante.

Un día, mientras se iba desenrollando la venda del muslo en el que había recibido un flechazo de poca importancia, dijo:

— El río que acabamos de pasar recibe el nombre del capitán Alvarado porque fue él el que, desoyendo las órdenes de Grijalva, se metió con su bergantín para explorarlo. Consiguió rescatar algunas cosillas, mas de poco valor.

Alvarado no solía hablar de su experiencia en aquellas tierras, de hecho, era una persona muy reservada con los soldados. Normalmente se encontraba en la proa oteando el horizonte, hablando con Camacho de Triana, su piloto y amigo, o jugando alguna partida de naipes con sus hermanos. Cuando tenía que

regañar a algún soldado resultaba implacable ya que su voz era potente y solía acompañar la bronca con aquella mirada seria y colérica que podría amedrentar a un gigante.

— ¿Y eso?— preguntó Jaramillo señalando una montaña nevada que se recortaba, a lo lejos, entre las nubes.

— Eso, muchacho, es un pico que bien le valió a uno de nuestros marineros bautizarlo con su nombre— comenzó a decir Bernal sonriendo—. Se llamaba Martín y, subido en lo alto del palo mayor de la nao capitana cuando lo de Grijalva, lo divisó el primero de todos. Cuando bajó, los soldados se rieron de él preguntándole que cómo podía haber visto una montaña nevada tan cerca de estas costas y selvas tan calurosas. Ya comenzaba el piloto Alaminos a sermonearle por mentir cuando, tras avanzar media legua, todos pudimos verlo, el pico San Martín.

— ¡Vaya!— exclamó Barrientos—. ¿Está con nosotros ahora?

— Sí— respondió Bernal—. Lo vi el otro día por Tabasco pero no sé en qué navío va.

— ¿Y aquellas construcciones de allí?— preguntó Farfán mientras acariciaba la cabeza de Ventisca.

No muy lejos de donde desembocaba el Río Alvarado se erigía un peñón rocoso sobre el que había algunas edificaciones de piedra medio consumidas por la vegetación. Estaban compuestas por escalinatas y techos que formaban las típicas pirámides grises que tanto abundaban por aquellas costas. Bernal frunció el ceño para verlas mejor y, tras tomar una larga bocanada de aire, dijo:

— Eso es Isla Sacrificios. Cuando pasamos por aquí encontramos a varios hombres mancebos recién sacrificados allí arriba y por eso le pusimos ese nombre.

— ¿Cómo estaban?— preguntó Peña intrigado.

— No los vimos con detalle pero estaban colgados y tenían grandes

heridas en el pecho. Ahora ya sabemos que estos indios suelen abrir las costillas de las víctimas y arrancarles el corazón para aplacar la ira del demonio. En aquellos días todavía no sabíamos casi nada y muchos de nosotros no habíamos visto nunca nada parecido.

Durante varios minutos, hasta que el San Sebastián perdió de vista tan lúgubre peñón, ninguno de los soldados habló. Estuvieron reflexionando sobre si dolería morir de aquella manera, qué pasaría con el alma después o cuánto se tarda en morir sin corazón. Algunos de ellos creyeron atisbar en los muros y columnas ciertas manchas parduzcas que identificaron como sangre seca.

— Oíd, Bernal— dijo de nuevo Peña cuando quedó claro que podían reanudar la conversación—. ¿Qué son esas sierpes que hemos visto repartidas por la costa?

— ¿Las de la cola larga y púas en el lomo? No hay nada parecido en España. Son unos animales feos como el demonio pero no son violentos y muchas veces huyen de las personas. Parecen serpientes pero son más como lagartos grandes. Si os acercáis a alguna sin que se dé cuenta veréis que suelen estar siempre como masticando y, de vez en cuando, escupen.

— ¿Escupitajos?

— Sí, y no pequeños. Algunos dicen que son venenosos y nos los tiran para advertirnos pero yo creo que lo hacen para purgarse de sus ponzoñas.

A Farfán se le pasaron volando aquellos cinco días de travesía. Descubrió que, ahora que había conseguido tener un grupo de amigos con los que había sufrido y sangrado, la vida de soldado no era tan dura. Durante meses, en aquel barco que salió de Palos con destino a Indias, oyó a Ortega hablar maravillas de sus compañeros de armas en las guerras de Italia. Ahora él, que seguía siendo un novato, ya comenzaba a conocer lo que era ese sentimiento. Profesaba una amistad y una camaradería con aquellos hombres por la cual estaría dispuesto a sacrificar su vida. Después de todo, y tal y como decían los veteranos viejos, ¿no era aquello lo que hacía a los soldados españoles los más fuertes del mundo?

Tareas con las que entretenerse no encontró ninguna fuera de las largas conversaciones en las que intercambiaban hazañas, historias o consejos. Poco a poco iban conociéndose mejor unos a otros. Aquellos dos caballistas llamados Lares y Morón cundían como los que más por cubierta y, normalmente, el primero teniendo que controlar al segundo para que no hiciera ninguna locura como subirse al palo mayor sin cuidado o manifestar su deseo de seguir una legua o dos nadando al lado del bergantín. Los hermanos Alvarado solían reírse, darse palmadas y decir gracias los unos con los otros pero no con el resto de personas. Francisco de Lugo seguía mandándoles formar para explicarles cualquier cosa que se le viniera a la cabeza sobre cómo debían domar a sus perros. Farfán pensaba que aquel fornido y viril hombre no se daba cuenta de que ya les había enseñado prácticamente todo lo que sabía y que, reuniéndolos de aquella forma, no hacía más que dejar claras sus limitaciones. Pese a ello, el control que ejercía sobre su mastín resultaba admirable, por lo que todavía seguía escuchándole por si se le pegaba algo con lo que poder controlar al suyo, que aunque había demostrado ser muy eficiente en Centla, seguía siendo el mismo gran holgazán de siempre.

A María la echaba de menos y muchas veces se descubría mirando hacia la nao capitana que, unas veces cerca y otras lejos, no solía dejar ver a sus tripulantes. Sí que en una ocasión le pareció ver a la joven saludando desde uno de los palos pero luego creyó que posiblemente fuera algún grumete. De cualquier forma, lo que sí que veían todos con claridad era la ingente cantidad de indios que caminaban por la costa asombrándose con los barcos. En ocasiones, algunos de ellos se acercaron con canoas a intercambiar algunas cosas con los españoles pero pronto descubrieron que aquella raza no hablaba el maya, la lengua que conocía Aguilar.

El veintiuno de abril, Jueves Santo, arribaron al destino final, San Juan de Ulúa. Como anocheecía, Cortés mandó que todos durmieran en los barcos. Había aprendido bien la lección de Tabasco y no quería que aquellos indios les sorprendieran desubicados en medio de la oscuridad nocturna. Tenían comida y agua de sobras, y para aquellos hombres que llevaban semanas en alta mar y tenían por delante una larga estancia en tierra, no les importó tener que pasar unas horas más en los navíos.

Al día siguiente, con todo lujo de preparativos y suntuosidad, desembarcaron. El General se embutió en la armadura y mandó a los hombres que bajaran de los barcos con las espadas dispuestas para presentar batalla si se daba el caso. Por otro lado, también vistió su capa y sombrero de plumas ya que quería dar al acto cierto aire ceremonioso por si eran bien recibidos. Mesa, el artillero, colocó ayudado por algunos soldados los cañones donde mejor le pareció para resistir un ataque. Los jinetes también desembarcaron sus monturas para que se fueran adecuando a la vida en tierra y tenerlas listas también por si se hacía necesario usarlas.

Mientras tomaban posiciones en aquel arenal los doscientos indios cubanos que llevaban consigo comenzaron a levantar chozas con hojas de palma para todo el ejército. No protegían demasiado de las inclemencias del tiempo, que normalmente solía ser benigno, pero tenían un efecto muy beneficioso sobre los hombres, que al no tener que dormir al raso se sentían más seguros, cómodos y poseedores de cierta intimidad.

A lo largo del día fueron llegando muchos hombres y mujeres llevándoles comida y alguna joya u oro bajos. Los españoles comerciaron con ellos dándoles a cambio aquellas cuentas de vidrio que traían y otras cosas de mayor utilidad como tijeras, agujas, clavos o espejos. El General decidió que podían bajar la guardia un poco, pero no demasiado. Aquellas gentes que se les acercaban parecían hacerlo por voluntad propia, sin ser enviados por nadie. Sospechaba que se trataba de los vecinos de aquella costa y que, si todo salía como esperaba, no tardarían en presentarse los representantes de aquella gran nación de la que todos hablaban. Podrían venir portando la bandera de la paz y el diálogo o la de la guerra, y visto lo visto, todavía no se decantaba por ninguna de las dos.

A mitad de tarde Cortés recibió la visita de Escalante y Portocarrero, que acudieron a manifestarle algunos temas que les preocupaban. Los tres hombres decidieron tratarlos caminando por el campamento, a la vista de todos, para que todo aquel que necesitara hablar con el General pudiera hacerlo.

— ¿Cómo va Aguilar con el idioma?— preguntó Escalante, que por haber quedado a salvo cuidando los barcos cuando las batallas de Tabasco, se

sentía algo desdichado.

— Mal— respondió tajante Cortés—. Definitivamente, es otro idioma y no conoce ninguna palabra.

— Mal asunto— corroboró Portocarrero—. Ya visteis lo perdidos que estuvimos en Cozumel hasta que lo encontramos. Incluso con ese traidor de Melchorejo, que llevaba meses con nosotros, teníamos dificultades para hacernos entender. Debéis poner mucho empeño en conseguir otro intérprete.

— Eso ya lo sé— respondió Cortés suspirando—. Pero no habéis venido a mí para recordarme cosas que ya tengo en cuenta. ¿Qué queráis decirme?

Escalante y Portocarrero se miraron azuzándose el uno al otro para hablar. Fue el primero el que, tras emitir un chasquido de desesperación con los labios, dijo:

— Ordaz y los suyos... siguen intrigando.

— Eso también lo sé. No entiendo cómo pueden seguir llevándome la contraria esos bellacos después de lo bien que nos ha ido hasta ahora. Hemos derrotado a un ejército diez veces mayor que el nuestro sin apenas perder un hombre, hemos pacificado tierras y comenzamos a rescatar ciertos objetos de valor. ¿Por qué siguen siendo fieles a Diego Velázquez? ¿Qué tendrán con él?

— Están ganando adeptos— añadió Portocarrero ignorando el monólogo del General.

— ¿Quiénes?— preguntó éste recobrando el interés.

— Montejo. Y tal vez Velázquez de León, otra vez.

— ¿Montejo?— exclamó Cortés sin elevar la voz—. ¿Cómo demonios han conseguido que se una a ellos? ¿Y cómo lo sabéis?

Oír que aquel capitán se había unido a la facción partidaria de Velázquez le resultó como un jarro de agua fría. Hasta ahora había conseguido mantener

las riendas de la situación porque sus rivales no eran lo suficientemente inteligentes o relevantes para plantarle cara. Ordaz era el más peligroso, sin duda, pero solía dejarse llevar por sus misterios y cavilaciones sin llegar a ser realmente efectivo en su propósito de desestabilizar la empresa. Velázquez de León, que podría resultarle un gran aliado, cedió en su empeño sedicioso tras unas palabras que tuvo con él, y las tenía tan recientes que pensó que lo más probable fuera que no estuviera metido en el complot de nuevo. El resto de contrarios no le suponían tanto problema. Escudero solo tenía alcance sobre un pequeño grupo de soldados con los que compartía amistad. Detestaba a aquel individuo, al que tenía por una rata, ya que, entre otras cosas, no le manifestaba las reverencias y el trato que le era debido como superior suyo. Escobar el Paje y Morla eran capitanes y, aunque el segundo estaba viendo crecer su popularidad porque algunos soldados aseguraban que había sido él el que confundieron con el Apóstol Santiago, sus influencias seguían siendo escasas.

Pero Francisco de Montejo era otro cantar. Se trataba de un hombre rico que había contribuido con una gran cantidad de cerdos a la expedición. Por otro lado, había sido armador junto con Alvarado y Dávila en el viaje de Grijalva, por lo que muchos soldados lo tenían en muy alta estima. Sin duda alguna, se trataba de un individuo que podría hacerse con el control del ejército si Cortés caía, y tenerlo en el bando contrario lo intranquilizaba.

— Dicen... — respondió Portocarrero.

— Dicen que dicen que anuncian...— repitió con cierto deje hastío el General.

— Solo venimos a manifestaros nuestras sospechas para que estéis al tanto de ellas— aclaró Escalante.

— Y os lo agradezco— reconoció Cortés—. Seguid atentos.

Ya iba a despedirse de sus amigos cuando algo llamó poderosamente su atención. A no mucha distancia de allí se encontraba aquella joven a la que habían bautizado como doña Marina. La había entregado a su amigo Portocarrero pero éste no le había hecho demasiado caso hasta el momento.

Cortés, desde que cruzó una mirada con ella en la ceremonia bautismal, había quedado muy sorprendido e interesado en la fuerza que parecía manar de aquel pequeño cuerpo de tez oscura y largos cabellos negros.

Marina hablaba muy animadamente con un par de mujeres que llevaban cestos llenos de frutos silvestres. En un principio, su razón le hizo creer que aquella escena era algo normal pero había algo en su subconsciente que le obligaba a seguir observando. Escalante y Portocarrero comenzaron a sentirse extrañados de que su General se hubiera quedado pasmado de aquella manera mirando a las mujeres, e intrigados, dirigieron la vista hacia ellas para intentar averiguar qué ocurría.

Poco a poco la idea fue tomando forma en su mente pero, en un momento dado, cayó en la cuenta repentinamente. Aquellas dos indias no pertenecían al grupo de tabasqueñas que se les habían unido voluntariamente después de la misa del Domingo de Ramos. Sus mantos y ornamentos eran diferentes y hablaban aquella lengua que en nada se parecía al maya y que, tras varios días de convivencia con ella, habían ido haciendo oído a sus sonidos.

Y lo más importante de todo era que Marina, o Malintzin, que era su nombre anterior, hablaba a la perfección ese idioma. De hecho, lo hacía atropelladamente, bromeando y riendo las gracias de las mujeres. Recordó que, en Tabasco, la había oído hablar con Aguilar en maya de modo que, lo que tenía ante sus ojos ahora, les iba a facilitar sobremanera el entendimiento con aquellos indios.

— Ya tenemos intérprete— dijo a sus amigos—. Doña Marina, *la Lengua*.

Capítulo LVII:

El séquito que acudió al improvisado campamento de los españoles aquel Domingo de Resurrección fue tan impresionante que algunos centinelas huyeron de sus posiciones para avisar al General de que se avecinaba un gran ejército. Gracias a que otros más observadores advirtieron que se trataba de una comitiva de bienvenida pudieron acicalarse y preparar el lugar para tan remarcado acto. Cortés se vistió con sus mejores galas y mandó colocar alfombras, sombrillas y una gran silla que bien podría haber pasado por un trono.

Los indios aparecieron formando una gran columna por uno de los caminos que se internaban en la espesura del bosque. Al principio de ella iban algunos que parecían principales, pues vestían con ricos mantos coloridos sobre un fondo blanco y una gran cantidad de ornamentos compuestos de plumería y joyas. A su lado caminaban otros que parecían guerreros y que portaban macanas, escudos y elaboradas armaduras plumíferas. Sin embargo, la mayor parte de ellos eran esclavos o siervos. Solo llevaban algún trapo que les cubría las partes pudendas, el pelo recogido y poco más que los distinguiera. Algunos de los soldados dieron por cuatro mil a los recién llegados.

Cortés los esperó, reflexivo, sentado en su trono. Junto a él se encontraban todos los capitanes, a los que también obligó a ponerse sus mejores ropas. Flanqueándoles a diestro y siniestro colocó a unos doscientos soldados perfectamente equipados para la guerra. No esperaba encontrar batalla pero sospechaba que los que venían a saludarle eran gente importante y quería mostrarles su poderío. Doña Marina y Jerónimo de Aguilar permanecían de pie a escasos pasos de distancia de él.

El nativo que más despuntaba entre todos mandó detener a la comitiva con un gesto de manos. Se trataba de un hombre de unos treinta años que tenía un cuerpo esbelto, musculoso y lleno de cicatrices. Su nariz aguileña, sus ojos hundidos oscuros y los prominentes pómulos le conferían una expresión dura, parecía un soldado veterano. Sobre la cabeza, y bajo la pomposa diadema de

plumas, le colgaba una larga cabellera negra y lacia.

Dando un par de pasos hacia el general extendió los brazos y, con un rápido movimiento, sacó una especie de aguja de madera con la que se atravesó la lengua. Los soldados comprobaron extrañados cómo de la herida que se produjo manaron un par de gotas de sangre que fueron a morir sobre la arena tostada por el sol. Tras ello, dos indios acudieron y echaron humo sobre las manchas. Marina, repentinamente, comenzó a hablar atropelladamente a Aguilar. No sabía una palabra de español pero ya podían adivinar en su tono de voz que se trataba de una joven fuerte, decidida, valiente y resuelta.

— Dice doña Marina que lo que acaba de hacer este hombre es una señal de reverencia.

Cortés sonrió al oír aquello. Descubrir que Marina podía traducir el náhuatl, el idioma que hablaban aquellas gentes, al maya, que conocía Aguilar, resultó harto beneficioso para los españoles. A raíz de aquello supieron, preguntando a los indios que hasta ahora se habían acercado al campamento, que eran vasallos de un pueblo al que llamaban mexica y que los señoreaba gracias a que tenían el más grande imperio del mundo. Aunque muy pronto supo que aquella embajada venía de la capital de ese imperio, ya comenzaba a sospecharlo advirtiéndole tamaña suntuosidad en ella.

El principal comenzó a hablar y Marina tradujo sin esperar a que se detuviera con voz lo suficientemente baja como para no molestar en su monólogo. Aguilar tuvo ciertas dificultades al principio pero, tras varias frases, consiguió sincronizarse con la joven.

— Mi nombre es Teuhtile, señor de Cotasta, una ciudad que se encuentra a no mucha distancia de aquí. Soy mayordomo de Moctezuma, emperador de Tenochtitlan y soberano de estas tierras. Venimos a saludaros y entregaros algunas gracias y presentes de su persona.

— Yo soy Hernando Cortés, capitán principal de toda esta gente que podéis ver. Soy vasallo y criado del mayor señor y más poderoso que hay en el mundo, Carlos, Rey de España y emperador de los cristianos que, por saber de

la existencia de estas tierras, me ha enviado a mí para deciros algunas cosas que luego os referiré y haceros conocedores de la única fe verdadera en Cristo.

Traducido aquello descendió de su trono y, acercándose a Teuhtile, lo estrechó entre sus brazos. Durante varios segundos, los dos hombres permanecieron unidos en señal de amistad, y cuando se separaron se oyeron murmullos generales de felicidad de la tropa, que entendía que aquel recibimiento pacífico resultaba mucho mejor que el que tuvieron en Tabasco.

Los regalos no se hicieron esperar. En grandes cestos de palma les entregaron una módica cantidad de joyas y oro que, aunque no muy grande, era un comienzo. Pero lo que más valoraron aquellos españoles, cansados como estaban de pelear y alimentarse de tocinos y bizcocho, fue la ingente cantidad de comida que trajeron. Tortas de maíz, legumbres, gallinas, frutas, cacao... muchos de ellos jamás habían visto tantas viandas juntas y, para prepararlas, un sinfín de mujeres acudieron como cocineras. En el campamento se desató una actividad frenética en la que las siervas de aquel señor les cocinaban y los siervos les construyeron edificios más elaborados que los que habían improvisado los indios cubanos.

Era el mediodía y Cortés ya estaba bromeando con Teuhtile sobre asuntos banales, comenzaba a entenderse con él. En todo momento, Marina y Aguilar, caminaban a su vera cuan fieles mastines y, dado que el cacique llevaba consigo a alguno de sus guerreros y secretarios, el General también se hizo acompañar por sus allegados, entre ellos Portocarrero, Escalante o el padre Olmedo.

En un momento de la conversación se dirigió a Escalante y, sin importarle que pudieran oírle los demás, le dijo:

— Estos hombres parecen muy confiados de su señor. No quiero que, viéndonos tan pocos, se lleven la impresión de que no valemos nada al lado de ese gran imperio del que dicen venir. Reunid a los hombres y mandadles formar para escaramucear un rato. Sobre todo hablad con Mesa para que pegue unos buenos tiros de cañón y con los jinetes. No escatiméis en florituras, tienen que comprender cuál es nuestro poderío.

— Así se hará, señor— respondió el capitán.

Cortés dirigió una mirada a sus dos intérpretes para ver cómo reaccionaban. Aguilar asintió con la cabeza pero, como era lógico, no tradujo aquellas palabras. Marina, aquella muchacha de ojos penetrantes y mirada curiosa, tuvo unos segundos de duda en los que miró al General y al fraile sin saber qué hacer. Pasado ese tiempo reparó en que no querían que los indios supieran lo que acababa de decir el líder de los españoles por lo que, sumisa, volvió a adquirir la misma postura receptiva al diálogo. Cortés todavía no se fiaba de ella, ya había tenido bastante con la huida de Melchorejo y tenía pensado probarla varias veces antes de poder darle un voto de confianza.

Poco después se sirvió la comida a los soldados pero los oficiales de los dos ejércitos se reunieron en la tienda de Cortés, que como buen anfitrión que sabía ser los recibió con gran derroche y atención. Allí estaban la mayoría de sus capitanes así como Teuhtile y sus subalternos. Las viandas que sirvieron fueron lo mejor que tenían todavía en los barcos, debidamente regadas con unos buenos vinos de Castilla que maravillaron a los invitados.

En mitad del aperitivo Cortés se puso en pie para agradecer de nuevo a Teuhtile por los presentes que les habían traído y, como reconocimiento, entregó algunos objetos a cambio. Al cacique, personalmente, le regaló una cadena de plata que representaba a San Jorge y al dragón, así como un sayo de seda, un collar de cuentas de vidrio y otras cosas de poco valor. Por otro lado, en el exterior, un grupo de soldados preparó algunos cestos con más de aquellos presentes para que pudieran repartirlos en aquella ciudad que llamaban Tenochtitlan. Los indios se encontraban encantados con aquel trato por lo que el General, aprovechando aquello, les volvió a recordar cual era el fin último de su viaje. El comercio estaba bien pero lo que allí habían venido a hacer era mucho más trascendental. Les traían la fe en Dios y la obligación de que dejaran de adorar a sus falsos dioses, derruyeran los ídolos y dejaran de realizar prácticas pecaminosas como la sodomía, el sacrificio de mancebos o el canibalismo. Teuhtile escuchaba atentamente las palabras de aquel hombre barbudo pero, cuando continuó con su plática, no pudo evitar esbozar una sutil sonrisa. Cortés le explicó que el rey que tenían en España era el más grande el mundo y que, a

partir de ahora, deberían ser vasallos suyos ya que con ello recibirían su protección y otras mercedes. Él mismo debería marchar para encontrarse con Moctezuma y contarle todo aquello de modo que, a la menor brevedad posible, tenía intención de ir a visitarlo para decírselo en persona.

— ¿Acabáis de llegar y ya queréis conocer a nuestro soberano?— preguntó Teuhtile, aún con la sonrisa en la boca, por medio de los dos intérpretes—. Muy bien nos parecen todas esas cosas que nos contáis sobre la religión y sobre nuestras prácticas. Mi señor se sentirá muy contento de ver todas las cosas que hemos visto aquí y de conoceros para que podáis sacarnos de esos errores en los que decís que vivimos. Pero en referencia a lo que decís sobre que Moctezuma reconozca y sirva a vuestro Emperador... no sé cómo podría ser eso, porque mi señor tiene tantos reinos y señoríos debajo de su mano, manda tanta tierra y le obedecen tantos vasallos que no puede haber señor en el mundo que pueda tanto como él. No obstante, yo le enviaré mensajeros que le cuenten lo que me habéis dicho.

Terminada aquella conversación continuaron intercambiando diversos pareceres por medio de los dos intérpretes. Marina, que hasta ahora solo la había utilizado el General para que le hablara de lo poco que recordaba sobre los mexica, comenzó a comprender la verdadera magnitud de los acontecimientos que estaba viviendo. Aquellos hombres barbudos que acababan de llegar allende los mares parecían más fuertes que ninguno de los nativos de aquellas tierras y habían venido con la entereza y el firme propósito de introducir su religión y rendir a los pueblos al vasallaje de ese señor que decían tener. Eran muy diferentes de la gente que había conocido hasta la fecha pero los había observado bien y había podido ver que también eran seres humanos que se enfadaban, gritaban, lloraban y reían. Todavía no comprendían bien a quién se estaban enfrentando. Los mexica, que tenían subyugados a la mayor parte de los pueblos de aquellas tierras, habían tenido a bien recibirlos con cordialidad pero, pensaba, no debían caer en el error de confiar en ellos.

En aquel momento, Marina, tuvo unas profundas reflexiones sobre la importancia que tenía ella en todo aquel asunto. Sabía que, al conocer el maya y el náhuatl, les resultaba de extremada relevancia a los españoles pero, ¿a quién

debía ser fiel? ¿A los mexica, su raza, que la vendieron como esclava? ¿A los mayas que la esclavizaron e iban a sacrificarla? ¿A aquellos desconocidos que, hasta ahora, la habían tratado muy bien y con gran deferencia? La decisión que tomara marcaría su futuro y, sabiéndolo, sintió cierto nerviosismo. Durante años, sus padres y sus señores, habían decidido su vida. Ahora le tocaba a ella, era independiente y se jugaba demasiado.

Los soldados formaron en dos batallones de doscientos hombres cada uno. Iban equipados con espadas, picas, rodelas y armaduras de modo que sus piezas metálicas destellaban y reflejaban la luz del acuciante sol. El arenal estaba despejado ya que los árboles no nacían hasta que se acababa la playa. Era por ello por lo que todo el campo de maniobras militares podía verse con nitidez.

Cortés eligió para sus invitados unas cómodas sillas en las que pudieran ver el espectáculo y, sintiéndose como un emperador romano que da comienzo a los juegos del Coliseo, mandó a Escalante que diera la señal a los soldados. Éstos, azuzados por los bramidos de las trompetas y los redobles de los tambores, desfilaron delante de la flor y nata de los dos ejércitos.

Teuhtile y los demás principales aplaudieron con jovialidad los primeros pasos de los soldados, que formando cuadrados y largas filas se movían como si de un solo cuerpo se tratase. En medio del arenal se fueron perfilando los dos escuadrones, que al toque de una corneta cargaron el uno contra el otro. Los espadachines comenzaron a chocar sus armas produciendo un estruendo metálico atronador. Alguno de los arcabuceros disparaba de vez en cuando haciendo que los indios preguntaran por el origen de aquel ruido.

Tras varios minutos de escaramuza los infantes se retiraron y Cortés mandó llamar a los caballeros. Eran quince y estaban dispuestos en una larga hilera de a uno para cubrir mayor espacio. Los caballos estaban cubiertos de placas metálicas y pendones con escudos familiares. Los jinetes iban perfectamente ataviados con las armaduras, lanza, espada y adarga. Uno llevaba incluso una gran bandera con el emblema del rey.

— Preguntan qué son esos hombres de cuatro piernas— dijo Aguilar.

— Decídesles que esas bestias son lo más poderoso que tenemos y que, aunque son pocas, podrían matar a diez veces mil hombres cada una sin problemas.

Los indios asintieron incrédulos al oír aquello. Jamás habían visto nada parecido y se sentían muy intrigados por aquellas enormes figuras que comenzaban a moverse sobre la arena.

Lares y Morón habían acudido una hora antes a convencer a Gonzalo Domínguez para que cabalgara con ellos. Habían oído que era un buen caballista pero todavía no lo habían visto en escena por una lesión de espalda que tenía. No tuvieron que rogarle demasiado para que, levantándose de aquel catre al que vivía pegado, saliera a preparar su montura con ellos. Les refirió que, por una buena razón, no participó en la batalla de Centla porque vio recrudescida su enfermedad, pero que tras una semana de reposo se sentía mucho mejor. De cualquier forma, advirtieron que el joven cojeaba ligeramente de su pierna izquierda.

— Vamos a enseñarles cómo cabalgamos los cordobeses— gritó eufórico Morón a su amigo Lares a través de su yelmo.

Los quince jinetes comenzaron a batir la explanada, lanzas en ristre, a gran velocidad. A cada vuelta que daban, los indios admiraban la fuerza descomunal que parecían tener. Poco a poco fueron creyendo lo que el General les había contado previamente. Hasta sus oídos sonaba el retumbar de sus cascos, el choque de los metales, los relinchos y los gritos humanos que salían de ellos.

— Ya vale por hoy— dijo Alvarado, al que habían encargado dirigir la cabalgada—. Hay que dejar tiempo para el postre.

— ¡Una vuelta más!— dijo Morón saliéndose de la formación.

— ¡Morón!— gritó Alvarado.

Pero sus palabras quedaron perdidas en el viento ya que el joven se alejó del resto de caballeros. Lares, seguido de Gonzalo Domínguez, fueron a su

encuentro diciendo:

— Estáis loco.

— ¡A mí, Paladines de Santiago!— se limitó a responder desenvainando su espada.

Por ciertas bromas que habían hecho antes de presentarse en aquel teatro, habían decidido llamarse así a partir de ahora. Todo se debía a que Lares, sospechando que Morla no había podido realizar tan notable cabalgada solitaria contra los tabasqueños, sugirió la posibilidad a Domínguez de que hubiera sido él el artífice. El joven, mudando su cara al dolor por haberse levantado en aquel momento de la cama, respondió con complicidad.

— Será mejor que la gente siga pensando que el Apóstol está con nosotros. También os digo que, si hubiera permanecido encamado durante toda la batalla, no estaría tan jodido como estoy ahora.

Morón sugirió que a partir de aquel momento se llamaran los unos a los otros «Caballeros de Santiago» pero, después de que Lares le recordara que no podían atribuirse el nombre de una orden religiosa que ya existía, cambió la primera palabra por «Paladín».

Los tres jinetes se abalanzaron en carrera directa hacia la posición del General mientras enarbolaban sus espadas y gritaban el nombre del Apóstol. Los caballos batían el suelo levantando nubes de arena que les hacían parecer seres que volaban a ras de suelo. Uno a uno fueron pasando a una distancia tan próxima a Teuhtile y los demás que, de no haber sido porque se retiraron un poco, algún estribo o casco podría haberles impactado. Lares y Domínguez se encaminaron hacia la formación pero Morón, volviendo a espolear su rocín, cargó de nuevo. Esta vez se detuvo a un paso de ellos y, de un tirón de las riendas, hizo que su caballo se encabritara y coceara sobre las cabezas de los indios. Relinchaba y bufaba expulsando babas y granos de arena que salpicaron a todos ellos. Tras aquella muestra de poderío se volvió a girar y, azuzando a la bestia, emprendió la retirada.

— Ya veis lo fieros que son— dijo Cortés a sus invitados tratando de asumir estoicamente lo que acababa de ocurrir.

Los indios estaban asustados pero no podían imaginar lo que les esperaba. Con un tercer gesto, Cortés mandó a Mesa y los demás artilleros que colocaran diez cañones y falconetes por la playa. Los cebaron bien con pólvora y, tras introducir las pesadas bolas, apuntaron en la misma dirección, una gran roca que se había desprendido de una ladera y se erigía inamovible sobre la arena.

— ¡Fuego!— gritó Mesa un instante antes de que las mechas se consumieran.

El estruendo, la humareda y el destello fueron tan acusados que los indios se tiraron al suelo para protegerse. Los españoles, que no todos los días tenían oportunidad de ver aquellos espectáculos, prefirieron mirarles a ellos que a los cañones. Aunque Cortés les dijo que procuraran no reírse, más de uno tuvo que alejarse de la formación para ocultar un rostro desencajado por la risa.

— ¿Veis?— dijo Cortés señalando la roca hecha añicos—. Los españoles también dominamos el poder del trueno.

Capítulo LVIII:

Teuhtile subió junto a sus hombres el pequeño montículo desde el que podía observar el campamento de los recién llegados. Pese a lo mucho que le habían sorprendido, desde aquella distancia parecían insignificantes. Todo lo que llevaban era nuevo y misterioso. Las bestias de cuatro patas, los tigres que habían domado y que ladraban amenazadores al pasar cerca de ellos, los arcos con los que podían disparar sin hacer ningún esfuerzo, las afiladas espadas y lanzas y, por encima de todo, aquellos artilugios que podían albergar el trueno.

Mientras se acercó al último de los dibujantes volvió a sopesar aquel casco que llevaba entre las manos. Era de uno de los españoles y, cuando reparó en él, creyó haberlo visto antes. Haciendo un poco de memoria recordó que era igual a uno que, siendo niño, le enseñó Moctezuma en su palacio. Era del mismo material brillante y había sido traído por una nación que vino hace cientos de años del océano en casas de madera como las que llevaban aquellos españoles. Lo había heredado su pueblo a través de las generaciones. Con cautela pidió al cacique de aquellos desconocidos si podía llevárselo y la respuesta que le dio, por medio de aquella joven que hablaba mexica y maya, fue todavía más enigmática:

— Dice mi gran señor que los españoles son un pueblo que padece del corazón y que la única cura que tienen para sus males es el oro. Os hará entrega del casco si cuando volváis con la respuesta de Moctezuma lo traéis lleno de oro.

Teuhtile aceptó sin contemplaciones. Los recuerdos de su infancia resultaban volátiles tras el paso de tantos años pero, si aquel casco resultaba ser el mismo que tenían en Tenochtitlan, no cabría ninguna duda, aquellos hombres barbudos no podían ser otra cosa que los hijos de Quetzalcóalt, el dios serpiente alado. No en vano decidió dejar a dos mil sirvientes para que siguieran proveyendo de comida a aquellos seres, no fuera a ser que se enojaran con ellos.

El pintor le enseñó los dibujos que, durante horas, había estado trazando desde aquel montículo. Las casas flotantes, los pabellones, los escuadrones de soldados y el humo que habían levantado las explosiones. Felicitó al hombre por su trabajo mientras volvió a ojear los demás. Las bestias de cuatro patas, los tigres domados, las barbas, las espadas, los cascos, los capitanes, el líder, las cajas del trueno... todo había sido dibujado con gran lujo de detalles.

Tenía que llevar todos aquellos documentos a su señor para que supiera bien quiénes eran los que acababan de tomar tierra en sus posesiones. Aquel cacique español quería conocer al más grande soberano que había existido jamás, aquel al que nadie se atrevía siquiera a mirar al rostro.

Se acercaban tiempos difíciles para el Imperio.

Capítulo LIX:

Los primeros días pasaron en el arenal y los españoles vivieron a cuerpo de rey. La mayor parte de los heridos se recuperaron completamente y, tras días de batallas y dietas espartanas, pudieron, gracias a la abundante comida que les dispensaban los esclavos indígenas, volver a alcanzar un buen estado nutricional. Los veteranos sabían bien que la falta de alimentos podía causar más bajas en los ejércitos que las espadas enemigas. Una misma herida en un hombre que llevara días peleando, arrastrándose por terrenos angostos y llevando una dieta de subsistencia basada en lo primero que encontrara resultaba mucho más rebelde y pernicioso que en otro individuo que tuviera un plato caliente a diario y no estuviera sometido a la tensión de la guerra. Todavía tenían algunas de las provisiones que habían traído de Cuba pero la mayor parte de éstas eran alimentos no perecederos como legumbres y carnes en conserva. No podían agotarlos alegremente, era más inteligente complementarlos con la caza, la pesca y la recolección de frutas ya que no sabían cuándo podían verse privados de sustento y tener que verse abocados, obligatoriamente, a consumir lo que llevaban en las bodegas de los navíos.

En aquel arenal no les faltaba de nada. Bastaba que alguno de ellos solicitara algo para que un servicial esclavo se lo trajese. Pese a ser un ejército y estar sometidos a la imperiosa moderación que les era necesaria como soldados, podían disponer de tantas gallinas, tortitas de maíz y frutas como quisieran. Muchos hombres gozaron, incluso, de la muy necesitada compañía femenina que podía marcar la diferencia entre la felicidad y la desdicha. Algunas nativas se acercaban con curiosidad a los españoles y éstos no tenían que seducirlas demasiado para poder llevárselas a la cama o, en aquel lugar, a algún recoveco o escondite en la selva. Para aquellos aguerridos soldados que llevaban años dando tumbos por Indias, poder disfrutar de aquellos encontronazos con una mujer podía resultar más conciliador, moralizante y beneficioso que cualquier ungüento, manjar o recompensa.

Habían pasado varios días desde que el General despachó a los mensajeros de Moctezuma con regalos y la solicitud de poder entrevistarse con

él en la capital. Desde entonces, Farfán y sus amigos pudieron holgazanear y descansar en todo momento salvo en las escasas ocasiones en las que Lugo, Alvarado u otro capitán les ordenaban algo o cuando tenían que montar guardia como centinelas. Solían echar la siesta a la sombra de las palmeras y los manglares, bañarse en la playa o reunirse para contar historias, alrededor de una hoguera por las noches, al lado de una corriente de agua durante el día.

En una ocasión se encontraban varios de ellos contando historias de cuando eran niños y vivían en España. Representaban la soldadesca del ejército y, entre ellos, estaba Farfán, Garcés, Peña, Tapia, Jaramillo, Ircio, Barrientos, Salamanca, Oliveira y el pequeño Orteguilla, que junto aquel grupo de jóvenes conquistadores se encontraba más a gusto que con su padre, Heredia, Vecellio u otros más añosos. La mayor parte de los soldados tenían edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta y eran hombres que habían visto que en su patria no tenían nada que hacer o que las islas ya no daban más de sí. Pese a ello, no podía obviarse un relevante porcentaje de individuos que rondaban los veinte y que, sabiendo de antemano que podían ganarse un propicio futuro mucho antes, no esperaron hasta tan tarde para unirse a la expedición.

Hasta ellos se acercó Escudero, aquel soldado treintañero que siempre acompañaba a Ordaz, Escobar o Morla. Había sido alguacil de Diego Velázquez en Cuba y para ellos, que estaban al tanto de los tejemanejes de los capitanes, no les cupo ninguna duda de hacia donde se inclinaba su fidelidad. Tras saludarlos e intercambiar algunas palabras cordiales inició una conversación que aplastó la anterior:

— ¿Y cuál es vuestra opinión sobre lo que está pasando aquí?— preguntó con las manos apoyadas en el cinturón, mirada aviesa y moviendo nerviosamente su pierna, con la que golpeaba el suelo.

— ¿A qué os referís?— preguntó Garcés.

— Sabéis a lo que me refiero— añadió con cierto deje de desesperación—. Todos esos indios trayéndonos comida y haciéndonos mercedes.

— Solo son cordiales— dijo Peña.

— Sí— corroboró Jaramillo, el más joven de todos ellos después de Orteguilla—. Están al tanto de la suerte que corrieron sus amigos en Centla y saben que toda resistencia es inútil.

— ¿Creéis que nos tienen miedo?— preguntó de nuevo Escudero—. ¿Creéis que una nación que puede permitirse mandar dos mil esclavos a atender a unos navegantes puede apocarse frente a nosotros? ¿Cuántos más tendrá en esa capital? ¿Qué población tendrá?

— ¿Qué sugerís?— preguntó Farfán frunciendo el ceño.

— ¿No será que nos están cebando como a cerdos para luego comernos?

Los soldados barajaron durante un par de segundos aquella observación para finalmente estallar en carcajadas. La risa fue contagiándoles uno a uno hasta el punto en el que prácticamente perdieron el control. Juan de Escudero esperó pacientemente hasta que remitió, momento en el que volvió a la carga diciendo:

— Pensadlo bien. Todo lo que ese cacique nos ha mostrado hasta la fecha supera con creces a nuestras reducidas tropas. Poseer miles de esclavos implica tener un ejército lo suficientemente grande como para controlarlos, castillos, murallas...

— ¿Realmente creéis que nos están cebando?— preguntó Ircio—. Si quisieran, y fueran tantos, ya habrían venido aquí a destruirnos. Como dice Jaramillo, ha quedado claro que somos superiores a ellos. Sus armas apenas pueden atravesar nuestras corazas, no tienen caballos, ni hierro ni cañones. Moctezuma es inteligente y sabe que si nos planta cara lleva las de perder, por eso está siendo tan cordial con nosotros.

— Puede que allí dentro haya diez mil indios por cada uno de nosotros— continuó Escudero mientras ensombrecía su mirada y hacía caso omiso a las palabras de Ircio—. Algunos capitanes y soldados creemos que Cortés se está extralimitando en sus funciones. Ya hemos rescatado bastante oro y no veo por

qué no podemos seguir haciéndolo desde la costa, bien cerca de los navíos.

— Somos suficientes para...— comenzó a decir Barrientos.

— El General quiere adentrarse en estas tierras desconocidas porque es un loco y quiere que le claven una flecha en el corazón— se sobrepuso Escudero—, y, ¿sabéis qué es lo peor? Quiere llevarnos a la tumba con él. Cada día hay más hombres descontentos con su manera de hacer las cosas, en Centla tuvo suerte pero por sus tozudez pudimos haber perdido una compañía entera. Si nadie le para los pies vamos a dar todos con nuestros huesos en el cementerio bien pronto.

Algunos de los soldados se pusieron en pie sobresaltados ante aquel comentario. Tapia incluso se llevó una mano a la empuñadura de la espada mientras decía:

— No consiento que habléis así del General. Hasta ahora su mando ha sido impecable, ha sido el primero en lanzarse contra las filas enemigas y ha hecho que nos antepongamos a los indios sin apenas haber sufrido daños.

— Solo quería saber cuál era vuestro sentir respecto a este asunto— se apresuró a decir Escudero con voz tranquilizadora—. No busco levantar discordias entre nosotros porque todos somos hermanos e hijos de España.

— Entonces— dijo Ircio, que también estaba en pie—. ¿Qué es lo que pretendéis con esos comentarios? Debemos estar unidos frente a la figura del General ya que si nos dividimos seremos pasto de las macanas y las flechas.

— Ya os lo he dicho— respondió de nuevo Escudero, que había comenzado a alejarse dando un par de pasos hacia atrás—. Puede que pronto las tornas cambien y el mando sufra alguna pequeña alteración. Si Cortés sigue conduciéndonos a la muerte como lo está haciendo ahora perderá apoyos y, en cualquier momento, otro ocupará su lugar a la cabeza de la expedición. Será bueno saber entonces quién apoyó la nueva causa y quién no.

— Mirad, rata cobarde— dijo Tapia entrecerrando los ojos y asiendo con fuerza su espada—. Salid de aquí inmediatamente y dejad de intrigar contra el

General, que aquí no vais a encontrar partidarios de vuestra sedición. Dad gracias de que no os rebanemos el pescuezo por vuestro malsano oportunismo.

Escudero se despidió de ellos con una reverencia y, cuando quedaron solo, los que se habían levantado volvieron a tomar asiento. Farfán se fijó en que los más ofendidos por la tentativa habían sido Tapia e Ircio, que solían ser los que mejor hablaban de Cortés y más se sorprendían con sus hazañas. Él permaneció tumbado, tal y como estaba, porque, como le había aconsejado Heredia, no quería inmiscuirse en aquellos asuntos. Sabía perfectamente que existía cierta inestabilidad en el poder y, aunque simpatizaba con Cortés, tampoco veía mal a la mayor parte de capitanes que parecían estar en su contra. En el fondo reconocía, tal y como le había dicho el viejo vasco, que si seguía ajeno a la conjura tenía más posibilidades de sobrevivir, pasara lo que pasara, que si no.

En aquel preciso instante Heredia caminaba con paso decidido al encuentro de María. Hacía ya más de un día que no la veía y sentía curiosidad por ver cómo se encontraba. Justo detrás de él, a la zaga, lo seguía aquella mujer tabasqueña que se le unió tras la batalla de Centla. Apenas sabía nada de ella ya que no consiguió reunirse con Aguilar como mediador más que una vez desde que salieron de aquellas tierras. Se encontraban a bordo del navío y con la conversación pudo conocer que se llamaba Itzel y que había estado casada con un guerrero que murió en la batalla. No pudieron engendrar ningún hijo y, ahora que no tenía marido, quedaba a disposición de los españoles para que cuidaran de ella. El vasco intentó hacerle ver que podía encomendarse a ellos como las demás, sin necesidad de hacerlo enteramente a su persona, pero la mujer insistió que allá donde fuera él iría ella porque vio en su rostro un corazón bondadoso.

Desde entonces no había conseguido quitarse de encima a aquella servicial mujer maya que siempre estaba allí para satisfacer sus necesidades. Si advertía que el soldado quería coger su arcabuz o una jarra de agua corría para alcanzársela, si se sentaba se colocaba a su lado, si quería quitarse las botas acudía para ayudarle... Heredia se mostró arisco al principio pero, tras ver que no podía evitar que se comportara de esa forma, desistió y le dejó hacer aquellas pequeñas tareas.

— ¿Por qué yo?— imploró volviéndose a ella—. Con la de gente que hay por ahí y tienes que venir a mí...

Heredia era un hombre hosco y quejumbroso desde siempre. Solía lamentarse por las inclemencias del tiempo, porque la sopa estuviera fría, porque quemara, porque le mandaran trabajar, por no tener trabajo que hacer... La gente que lo conocía ya se había acostumbrado a aquel modo de vida pero Itzel, que todavía no sabía nada de él, se sentía desdichada pensando que no complacía a su señor.

Ignorándola de nuevo levantó la vista hacia el mar recordando los acontecimientos del día anterior. Los superiores intentaron encubrir el asunto y, aunque podrían haber engañado a los novatos y a los bobos que no se enteran de nada, él sabía perfectamente lo que ocurría. El lugar donde se encontraban los navíos no era seguro. Las olas rompían con fiereza contra sus cascos y el viento no paraba de mecerlos de modo que, si no hubieran estado bien anclados, podrían haberse ido a pique. No podían esperar alegremente mientras corrían el riesgo de que una tormenta les hundiera alguno por lo que Cortés decidió buscarles un fondeadero en el que pudieran estar seguros. Se reunió en secreto con sus allegados y, tras ello, resolvió mandar costa arriba a Montejo para buscarlo. Muchos soldados ya decían que aquel capitán se estaba pasando al bando de Ordaz y los demás partidarios de Velázquez. Su número había crecido recientemente ya que muchos cobardes, tal y como lo veía él, se habían achantado a la primera de cambio en cuanto vieron el poderío de aquella enigmática nación cuya capital era Tenochtitlan. El vasco siempre decía que no había que inmiscuirse en las intrigas palaciegas, si se podían llamar así aunque los jefes del ejército vivieran en tiendas y chozas, pero aquel asunto comenzaba a inquietarle. Si seguían andándose con tejemanejes y peleas no cabía duda de que acabarían firmando la sentencia de muerte de toda la tropa. Él no tenía miedo y detestaba a todos aquellos que ya querían volverse a Cuba con lo poco que habían rescatado. Era por ello por lo que empezaba a decantarse por la idea de dejar a Cortés hacer las cosas como le placiera, confiar en él y seguirle hasta la muerte. Mandando a Montejo junto con Alaminos a buscar un asiento seguro para los navíos había realizado una intrépida jugada ya que, enviando al primero se quitaba de en medio a alguien que podía revolver a los hombres y,

con el segundo, se aseguraba de que la empresa llegara a buen puerto. No consiguió meter mucha mano después con los soldados que embarcaba para aquella misión ya que, entre ellos, se contaban tanto adictos a su persona como contrarios.

Volviéndose de nuevo hacia Itzel para intentar, infructuosamente, comunicarse con ella, descubrió a varios hombres que corrían costa arriba. Cojeando levemente se acercó a ellos y les preguntó dónde iban.

— Viene una nueva comitiva de indios.

Como pudo se abrió camino entre los soldados que se apiñaban alrededor de la tienda de Cortés para enterarse de las nuevas que traían. Le gustaba estar al tanto de todo lo que sucedía en el campamento y siempre prefería verlo a que se lo contaran. Cuando llegó a primera fila vio a María, que se encontraba con algunas de sus amigas. Entre ellas reconoció a Isabel, la cocinera. A su izquierda también estaba Catalina, aquella mujer a la que no le gustaba que se acercara. Se trataba de una joven murciana que, como otras muchas, habían acudido a Indias a buscarse un buen marido y un futuro y habían acabado convirtiéndose en meretrices. Tenía dos años más que María y nadie ni ninguna circunstancia la habían forzado a ello, simplemente había descubierto que intercambiar algunos ratos de diversión con los soldados por alguna de las piezas de oro que conseguían en las conquistas resultaba mucho más enriquecedor que llevar una vida piadosa. Por ser las dos muchachas de la misma edad, quizá, era por lo que nunca había conseguido disolver aquella amistad.

También doña Marina solía andar con ellas cuando no la requería el General y era por ello precisamente por lo que, en aquella ocasión, tuvo que separarse del grupo cuando llegaron los mexica.

— Os hacen entrega de estos regalos— dijo Aguilar traduciendo al español las frases de aquella cadena de intérpretes.

Cortés ordenó al tesorero, al veedor y al notario real que dieran buena cuenta de aquel tesoro, que resultaba mucho más copioso que los anteriores.

Teuhtile era, de nuevo, el emisario principal, pero, tras los abrazos y saludos, les presentó a otro cacique que se llamaba Cuitlapitoc. Se trataba de un hombre que aparentaba su misma edad aunque era un poco más bajo y robusto. Ante ellos desplegaron una gran cantidad de joyas y piezas de oro que hicieron enmudecer a todos los soldados. El fulgor áureo, representado en figuras de perros, tigres, águilas o monos relucía ante sus ojos haciéndoles ver por fin lo que tanto ansiaban. Aquella era la tierra que tantos hombres y navegantes habían buscado. Castilla del Oro llamaron al Darién, que se encontraba a cientos de leguas al Sur. Algunos de los soldados que habían estado allí, como Bernal, siempre decían que allí solo encontraron muerte, flechas envenenadas y hambre. Yucatán era diferente, el Dorado quizá podría encontrarse entre sus bosques.

Pero, por más joyas que sacaban, los indios guardaban la mejor parte para el final. Después de aquello extrajeron una gran cantidad de mantas finamente bordadas y ornamentadas con plumas de múltiples colores. Luego, Teuhtile, entregó a Cortés el casco metálico que le había dado hacía unos días. Las pepitas de oro rebosaban en su interior de modo que tuvo que recibirlo con cuidado para no derramar ninguna. Por último, de una de las cestas de transporte extrajeron dos piezas que levantaron una exclamación de asombro general. Se trataban de dos estructuras circulares del tamaño de una rueda de carro. Una era de oro y estaba labrada con diversos motivos ornamentales y la otra, de plata, parecía una copia de la anterior.

— Son la Rueda del Sol y la Rueda de la Luna— tradujo fielmente Aguilar hablando en primera persona como si fuera Cuitlapitoc el que hablaba—. Os la envía nuestro señor para que la repartáis entre los teules que traéis con vos, que así es como os llamamos nosotros.

Los hombres se sintieron muy felices de oír aquello. Cortés, con voz solemne, agradeció todos aquellos presentes y, dirigiéndose al público, dijo:

— Unas obras tan excepcionales no pueden ser fundidas ni destruidas. Calcularemos su valor, que lo estimo en unos treinta mil pesos, para entregarlo en la parte del quinto del rey, a España, impoluto. El resto se repartirá debidamente entre armador, capitanes y soldados.

El General mandó que les entregaran a cambio dos camisas de Holanda a cada uno de ellos y también otros obsequios de poco valor. Tras ello les mostró también una especie de trono que habían preparado para que llevaran a Moctezuma. Se trataba de una silla de madera de grandes proporciones y bien ornamentada con labranzas geométricas y cuentas de colores incrustadas. Los dos caciques agradecieron los presentes y continuaron hablando mientras doña Marina traducía. Aguilar, para que pudieran oírlo todos, elevó el tono de su voz:

— El gran Moctezuma quiere decirnos que os envía este presente que os hemos entregado para halagaros y para recompensaros por haber venido desde tan lejos a estas tierras. Está al tanto de lo ocurrido en Tabasco y se sentiría muy feliz de ver a ese emperador del que habláis pero que, por haber venido de tan lejos y haber realizado tan fatigoso viaje, no será menester la visita que requeristeis. Él mismo enviará un buen regalo de oro y piedras preciosas a vuestro señor y os proveerá de todo lo que necesitéis en este puerto.

Cortés frunció el ceño al oír aquellas palabras. No entendía muy bien cómo, después del recibimiento cordial que les había dispensado, aquel señor se negaba a recibirlos en su ciudad. Intentando retomar el control de la conversación diciendo:

— Todos nosotros hemos recorrido miles de leguas antes de venir aquí. No sé cuán lejos estará esa ciudad a la que llamáis Tenochtitlan pero si tan presto habéis ido y venido de allí no puede estar a más de cincuenta de aquí. Para nosotros sería un placer poder visitar a Moctezuma ya que, después de pasar tantos días en el mar, no nos resulta nada fatigoso caminar un poco más.

Los indios esperaron pacientemente la traducción y, al oírla, comenzaron a murmurar entre sí. Marina escuchó atentamente lo que decían y, tras captar el fondo de la conversación, dijo unas palabras en maya que Aguilar tradujo:

— Dice doña Marina que no están contentos con la idea de que nos traslademos a su ciudad.

Los caciques advirtieron lo que acababa de hacer la muchacha y, sin ningún tipo de tapujo, la fulminaron con la mirada. No entendía cómo, siendo

una chica tan joven, podía saber náhuatl y maya ni cómo uno de los barbudos pudiera traducir del maya a aquella lengua extraña. No era una buena idea tratar determinados asuntos delante de ella por lo que, volviéndose hacia Cortés, dijeron:

— De verdad que no es necesario la visita. ¿Para qué? Podemos traer todo lo que necesitéis sin necesidad de que realicéis el viaje. Quizá vuestras tierras son bondadosas pero aquí podríais perderos en estas selvas tan densas donde podrían comer las fieras. Además hay algunos pueblos enemigos que podrían atacaros. Es peligroso e innecesario.

— Pero— se impuso Cortés forzando una cordial sonrisa—. Seguimos interesados en visitar Tenochtitlan. Hay algunos asuntos referentes a las falsas creencias y dioses que adoráis y al vasallaje que debéis rendir a nuestro soberano que debemos tratar con vuestro señor. Confío en que sabréis transmitirle nuestra insistencia.

Cuitlapitoc y Teuhtile observaban atentamente al General mientras Marina traducía sus palabras. Cuando ésta acabó, no necesitaron mirarse para entenderse el uno al otro. A diferencia de Cortés, no sabían ocultar sus emociones, por lo que, cuando respondieron, una mirada que mezclaba el recelo con el temor delató unos rostros que comenzaban a ser invadidos por el odio.

— Así se hará, señor. Llevaremos vuestras palabras a Moctezuma.

Capítulo LX:

— ¿Quiénes son esos?— preguntó Cortés—. ¿Os habéis fijado en que son diferentes a los demás?

Se encontraba junto a Escalante, Portocarrero y el padre Olmedo tratando algunos asuntos frente a su tienda cuando los vio. Se trataba de unos indios que le habían resultado extraños desde la primera vez que se fijó en ellos. La mayor parte de los que se movían por el campamento eran similares a los que, con Teuhtile, se habían marchado hacía un par de días. Eran los llamados mexica y, aunque se tintaban la piel y llevaban algún que otro pendiente o arandela colgando de la piel, aquella veintena de nativos parecían pertenecer a otro pueblo. Eran sustancialmente más altos que los demás y llevaban multitud de colgantes de oro o joyería pendiendo de las orejas o la nariz, cuyos orificios habían sido engrandecidos de alguna manera. Sin duda, lo más llamativo de ellos eran las ruedas del tamaño de un puño que se colocaban en un agujero que tenían en el labio inferior, que tras años de haberlas llevado dentro, se había ensanchado y caído mostrando la parte inferior de la dentadura.

— ¿Qué sospecháis?— preguntó Escalante.

— Creo que son diferentes, otra tribu quizá— habló con suspicacia el General—. Van siempre juntos y en ningún momento los he visto mediar palabra con los demás.

— ¿Queréis hablar con ellos?— preguntó Portocarrero.

— Sí. Preguntadle a Cuitlapitoc si sabe quiénes son. Vos, Escalante, traed a Marina y a Aguilar.

Los dos capitanes hicieron lo que les había mandado y en poco tiempo volvieron habiendo satisfecho las órdenes. Cuitlapitoc, que se había quedado tras la partida de Teuhtile para que no les faltara de nada, había dicho que eran labradores y gentes bajas que no revestían relevancia. Cuando Cortés, que no creyó aquella respuesta, preguntó a Marina, la respuesta fue muy diferente:

— Son totonacas. Son un pueblo diferente a los mexica que ni hablan su lengua ni tienen las mismas costumbres.

— ¿Y qué hacen aquí?

— No lo sé pero parecen espías— se limitó a responder.

El General ordenó a los dos capitanes que se acercaran a ellos para llevarlos a su tienda. Junto con el padre Olmedo y los dos intérpretes se retiró para preparar la entrevista. Escalante y Portocarrero, que estaban preparados para atrapar alguno si se daban a la fuga, se sintieron agradecidos de que ninguno lo intentara. De hecho, parecían felices de que los españoles les hicieran caso.

Uno a uno fueron entrando en la tienda mayor. En todo momento observaban con detenimiento cualquier detalle. Una mesa, una cortina, una jarra, un trozo de papel... cualquier cosa insignificante podía suscitar poderosamente su atención y, el primero que la veía, la señalaba para que todos los demás reparasen de ella.

— ¿Quiénes sois y qué hacéis aquí?— preguntó finalmente Cortés.

— Somos los enviados por el cacique Quauhtlaebana, señor de Cempoala. Hemos venido a saludar y conocer al jefe de los teules— respondió el único de ellos que conocía el náhuatl además de su lengua nativa.

Cortés ya sabía, a aquellas alturas, el significado de aquella palabra, que era «dioses». Se sentía muy satisfecho de que fueran nominados con aquel término ya que era algo que jugaba a su favor.

— Ya veis que somos hombres— respondió.

— Hemos oído las historias de Cozumel y de Tabasco y queríamos ver a los teules que han venido de tan lejos y doblegado a ambos pueblos. Dicen que sois inmortales, que domináis el poder del trueno y a las bestias y que vuestro dios pelea a vuestro lado cuando es menester.

— Dicen muchas cosas de nosotros pero no debéis creerlas todas— respondió Cortés acordándose de cuando los primeros mexica que conoció intentaron alimentar a sus caballos con gallinas pensando que serían carnívoros—. Pero decidme, no sé nada de vuestro pueblo. ¿Dónde está? ¿Es grande? ¿Sois vasallos de Moctezuma?

— Nuestro pueblo no está muy lejos de aquí, a un día de distancia. Somos poca gente en comparación con los mexica y sí, somos vasallos de ese señor cuyo imperio domina todas las tierras que hay.

El General advirtió cierto deje de congoja en aquel comentario. Fue una sensación más visceral que consciente pero intentó tirar del hilo para averiguar algo más.

— ¿Sois fieles aliados o sois parte de ellos? ¿Qué relación tenéis?

— Somos un pueblo diferente pero estamos sometidos a Moctezuma. Fuimos libres hace muchos años pero los mexica llegaron y tomaron el control de nuestras tierras y las de muchos otros que, al igual que nosotros, mantienen sus gentes, sus caciques y sus costumbres pero deben pagar algunos tributos al imperio.

— ¿Qué clase de tributos?— insistió Cortés.

— Comida, oro, guerreros o mancebos para los sacrificios y sus fiestas.

Aquella palabra contraria a los valores cristianos retumbó, como siempre, en los oídos de Cortés. No podía entender cómo eran capaces de arrancar el corazón de un ser humano en un altar para ofrecerlo a sus dioses, era algo que no soportaba. Se sentía obligado a buscar oro, mantener con vida a sus soldados, engrandecer los límites de la patria y extender la fe cristiana, pero sobre todo, acabar con aquellas prácticas.

— Quiero deciros como jefe de los teules, en nombre de todos nosotros y del soberano al que nos rendimos como vasallos, el más grande emperador del mundo, que queremos ser vuestros amigos y estar a bien con vosotros— dijo haciendo un gesto a Escalante para que trajese cuentas de colores y baratijas—.

Es por ello por lo que me gustaría haceros entrega de estas mercedes para que las llevéis a vuestro cacique y las repartáis como bien estiméis. Volved a visitarnos cuando queráis pues seréis bienvenidos aquí.

Los indios no ocultaron su felicidad al ver todos aquellos tesoros y oír las palabras del barbudo líder de los extranjeros.

— Nos alegramos mucho de lo que decís. Hemos oído que los teules erais gente cruel que veníais a señorear estas tierras y a robarnos nuestras cosas pero nuestro cacique se sentirá muy contento cuando les digamos cómo sois en realidad.

— Ya veis que nada queremos ocultaros. No somos dioses, no comemos carne humana y no queremos quitaros vuestras pertenencias. Solo queremos que conozcáis nuestra fe, teneros por amigos y comerciar con vosotros. Ahora, si lo deseáis, podéis ir con este hombre y esta muchacha, nuestras lenguas, a que os respondan a todas las dudas que tengáis sobre nuestro campamento. Después marchad a vuestro pueblo y contad lo que os he dicho.

El General se despidió con abrazos de todos ellos. En todo momento llevó la sonrisa en la boca. Se sentía feliz de conocer gente nueva que quisiera llevar una pacífica convivencia con ellos. Aquellos indios parecían dispuestos a ello, y saber que podía contar con aliados a un día de distancia era algo que disipaba sus preocupaciones. De cualquier modo, lo que de verdad alegraba su espíritu era una idea que había comenzado a tomar forma en su mente. Todavía no estaba muy seguro de que estuviera en lo cierto pero todo parecía indicar que los mexica, pese a ser la nación más poderosa de Yucatán, tenían alguna laguna en sus dominios. Un pueblo sometido no podía ser siempre un fiel aliado, lo sabía bien ya que había leído mucho sobre las historias de los conquistadores euroasiáticos de la antigüedad. Una nación que se sustentaba sobre otras podía quebrarse con facilidad si se aplicaban las fuerzas necesarias en los lugares oportunos.

— Parecían sinceros— dijo Escalante cuando el último salió de la tienda.

— No me cabe duda— respondió Cortés volviendo a mudar su rostro

hacia aquella figura reservada y cavilosa—. Pero hay otros temas que me preocupan más. ¿Qué sabéis del sentir general de la tropa?

— La mayoría os son adictos, señor— respondió Portocarrero—. Ya sabéis que los capitanes de siempre siguen intentando convencer a algunos soldados pero no creo que logren gran cosa. Llevar lejos a Montejo con los bergantines fue una hábil jugada.

— Yo no sería tan optimista— contradijo Escalante—. Ordaz ha mudado sutilmente en sus acciones sediciosas. Ya no se expone a la gente pero siempre está ahí cuando se necesita a algún oficial para que dirima alguna cuestión. La gente lo respeta porque lo tienen por un hombre valiente e inteligente y no les falta razón. De hecho, ya no parece mancharse las manos yendo de corrillo en corrillo buscando aliados, ha relegado esa tarea a otros como Morla, Escudero o Escobar el Paje. Sospecho que eso puede deberse a que ya tiene de su lado a todos los capitanes que cree que puede conseguir y no va a mojarse con los demás.

Cortés agradecía aquellas palabras pero no oyó nada que no supiera ya. Los augurios de Portocarrero eran demasiado benignos para ser ciertos y su opinión se acercaba mucho más a la de Escalante. Sabía que sus enemigos estaban más fuertes que nunca desde que parecía haberse unido a su bando Montejo. En un principio ni siquiera tuvo muy claro este hecho pero, cuando le ordenó que se marchara a buscar un fondeadero junto con Alaminos, reconoció en su mirada la sensación de contrariedad del que no está conforme con el trato recibido. Temía la influencia de aquel hidalgo ya que, junto con Ordaz y Alvarado, eran los más respetados del ejército. De éste último, por el contrario, no tenía ninguna sospecha. Estaba convencido de que, al igual que no podía contar con él para sus propósitos, tampoco tenía que temer que se aliara con los contrarios. Alvarado, simple y llanamente, iba a parte.

— ¿En quién creéis que podemos confiar además de los que ya sabemos lo que está ocurriendo?— preguntó Cortés, al que le gustaba oír las opiniones de sus allegados aunque no le aportaran demasiado.

— Ya sabéis— respondió Portocarrero—. Nosotros, el Alférez mayor,

Francisco de Lugo, Sandoval y quizá Olid.

— De cualquier forma, aunque ellos cuentan con muchos de los capitanes, la mayor parte de la soldadesca está de nuestro lado— añadió Escalante—. Tanto veteranos como novatos parecen estar muy contentos con cómo habéis llevado a cabo los asuntos de la guerra. Sí que se oye alguno que menciona que sería mejor volverse ya a Cuba pero parece que lo dicen más por miedo y cobardía que por estar conformes con Diego Velázquez.

— De momento seguimos siendo superiores pero si nos fiamos pueden echárenos encima— dijo Cortés más para sí que para que lo oyesen sus amigos—. Por otro lado, podrían llevar a cabo alguna astuta maniobra que nos diera un revés irreparable por lo que debéis estar atentos. Sin levantar sospechas, dirigíos a la tropa y hacedles creer que volver a Cuba sería una irresponsabilidad y un acto cobarde y desleal hacia lo que ser español y cristiano representa.

— ¿Y qué haréis vos?— preguntó Olmedo esta vez.

— Yo me dirigiré a los capitanes— respondió con dureza—. No los he puesto al mando de compañías para que anden llevándome la contraria. Si finalmente no se deciden por acatar mi mando tendré que tomar las medidas oportunas.

— ¿Tenéis algo pensado?— insistió el sacerdote.

— Sí, pero no es momento para tratarlo ahora. Cuando sea menester seréis los primeros en saberlo. Ahora marchad a tantear a la gente.

Se despidió de aquellos tres hombres y permaneció varios segundos en pie meditando sobre todo lo que había visto aquel día. La noticia de la existencia de aquel pueblo que se hacían llamar los totonacas le resultaba muy provechosa pero no podía quitarse de la cabeza la rebelión que, como si de la espada de Damocles se tratase, pendía en todo momento sobre su cabeza. Aquel día fue uno de los que las fiebres lo atenazaron desde bien temprano por lo que, dando lentos pasos, fue a sentarse en la silla del escritorio donde solía escribir o

despachar algunos asuntos referentes a la guerra. Sacando una llave que llevaba colgada al cuello abrió un cofre que había bajo la mesa. Con sumo cuidado sacó unos cuantos papeles y, tras depositarlos sobre ella, leyó en voz alta las primeras palabras:

— Carta de Relación. Enviada a la Reina Doña Juana y al Emperador Carlos V, su hijo. Muy altos y muy poderosos excelentísimos príncipes, muy católicos y muy grandes reyes y señores: Bien creemos que vuestras majestades, por letras de Diego Velázquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, habrán sido informados de una tierra nueva que puede haber dos años poco más o menos que en estas partes fue descubierta...

Todavía era un borrador y en ella había dejado algunos huecos para rellenarlos más tarde ya que, aunque llevaba algunos días escribiéndola, todavía no la había acabado. Con ella quería dar buena cuenta y relación a España de lo que estaba ocurriendo en aquella parte del mundo. Tenía que medir bien sus palabras ya que la veía como su salvoconducto para prevalecer en aquel mundo de ávidos conquistadores. Quería dejar claro muchos puntos que, si Velázquez se había puesto ya en contacto con los monarcas, habrían sido tergiversados para su provecho. Necesitaba que le concedieran licencia directa para descubrir, poblar y conquistar aquellos pueblos sin necesidad de depender de aquel teniente. Con ello conseguiría aplacar la rebelión que se le echaba encima y poder dedicarse a lo que de verdad le entusiasmaba: conocer y someter todo aquello al vasallaje de España y de Dios.

Mojando la pluma en el tintero pasó las hojas hasta llegar a la última en la que había escrito la noche anterior. Reflexionó durante algunos segundos cómo continuarla pero las palabras no le venían a la mente. Había estudiado gramática e Salamanca y, si bien no tenía igual hablando, también resultaba un gran escritor ya que tenía más tiempo para pensar lo que quería transmitir. Sin embargo, en aquella apacible tarde soleada, no se sentía inspirado.

Algo rondaba su cabeza y, depositando la pluma sobre la mesa, se decidió a no proseguir su tarea hasta que descubriera qué era lo que le intranquilizaba. Sabía que tenía algo que ver con Ordaz, Montejo y aquel grupo de partidarios de Velázquez pero, aunque su subconsciente hacía días que lo

había barajado, aún no tenía idea de lo que de verdad había ingeniado su mente.

Y como si de un rayo se tratase, la idea que podría poner fin a los inconformistas y sediciosos de su ejército sacudió violentamente su mente.

Tenía la solución.

Capítulo LXI:

— ¡Cortés ha renunciado a los cargos de Capitán general y Justicia mayor!— gritó María en cuanto se encontró con Farfán y sus amigos.

El sevillano se encontraba, junto con Peña y Garcés, montando guardia en la desembocadura de un pequeño río que se encontraba en uno de los lugares más alejados del campamento. No en vano, la joven parecía haber llegado hasta allí corriendo y, dado que distaba de algo más de una legua de él, se colocó jadeante con las manos sobre las rodillas para recuperar el aliento.

— ¿Qué decís?— preguntó Garcés echando mano a la espada instintivamente.

— Como lo oís— respondió María tragando saliva—. Dejad la guardia y venid conmigo, están pasando cosas importantes en el campamento.

— Ponednos al día de todo por el camino— dijo Farfán mientras se ponía en pie.

Aquella petición hizo que María suspirase. ¿Cómo contar todo lo que había acontecido aquella mañana? Tampoco ella había vivido los sucesos desde el principio ya que, cuando se enteró de que estaba ocurriendo algo trascendental en el arenal que podía romper la monotonía del día, se encontraba a cierta distancia, ayudando a las mujeres a preparar la comida.

Hernán Cortés había fundado una ciudad allí mismo. En los últimos días, su liderazgo se estaba viendo más cuestionado que nunca. Algunos de los capitanes y soldados le requerían volver a Cuba. Aseguraban que ya habían rescatado demasiado oro y que, ante ellos, podía intuirse un imperio lo suficientemente grande como para poder aplastar con facilidad a tan reducido número de soldados. El General movió ficha lo más rápido que pudo y, a través de los capitanes que le eran más adictos, fue influyendo sobre la gente sutilmente. Escalante, Portocarrero, Lugo o el padre Olmedo habían ido tienda por tienda confesando a los hombres el hecho de que habían salido de Cuba sin

licencia escrita para que poblaran. Todos habían oído a Cortés dar pregones con que marcharían a establecerse, hacerse fuertes y crear rutas marítimas que les permitieran prevalecer en medio de una tierra tan hostil como parecía ser aquella. Con ello conseguirían mayor seguridad ya que todos temían que acabaran dando tumbos y siendo masacrados por costas e islas como les había ocurrido a Grijalva y a Hernández de Córdoba previamente. Al oír que no tenía poderes para poblar, junto con el rumor constante de los partidarios de largar anclas y volver a la jurisdicción de Diego Velázquez, los soldados no se quedaron de brazos cruzados. La inmensa mayoría de ellos se sintieron impotentes por el hecho de que su destino quedara en manos de las decisiones de unos pocos hombres. Azuzados por los amigos de Cortés muy pronto sus pensamientos fueron dirigidos hacia la misma dirección. Se habían enrolado en la expedición con valor para buscar riquezas y gloria, habían encontrado ambas cosas y volverse con las manos prácticamente vacías resultaba un error y un acto de cobardía.

La moral de los hombres quedó corrompida. No llegó a producirse ningún tumulto pero los soldados respondían ariscamente a algunas órdenes y se reunían en corrillos para criticar, tanto a los de un bando como a los del otro, hasta que algún superior pasaba cerca de ellos. El clima fue propicio, en un principio, para que Ordaz y sus amigos fueran provocando un aumento del malestar general de la tropa. Algunos partidarios de Cortés los increpaban cuando sugerían que sería mejor regresar a lo seguro pero, en aquel momento de las circunstancias, no quedaba claro quién acabaría imponiéndose finalmente.

Pese a ser el protagonista y la persona más nombrada por aquella ingente masa de descontentos, Cortés apenas se dejó ver durante ese tiempo. Sus salidas eran cortas y no solía hablar con nadie que no perteneciera a la cadena de mando. Los soldados no paraban de murmurar y, en ocasiones, se acercaban a él para pedirle que no diera la orden de regresar, pues se perderían todas aquellas riquezas.

Aquella misma mañana, el General reunió a todos sus principales y a los soldados que se encontraban por el campamento. Vestía con sus mejores galas por lo que ya supusieron que se disponía para realizar algún acto transcendental.

Con su espada en la mano tomó posesión de aquellas tierras diciendo:

— Yo, Fernando Cortés, tomo posesión de estas tierras en nombre del Carlos, Rey de España, y fundo aquí mismo la ciudad de la Villa Rica de la Vera Cruz.

Una ciudad, la primera de Yucatán. Aquel movimiento pilló por sorpresa a todos ya que nadie sospechaba que, en medio de aquella guerra constante de intrigas sobre si poblar o regresar, fuera a realizar aquello. Los partidarios de Velázquez habían comenzado a crecerse creyendo que estaban ganando la partida pero ahora las tornas habían cambiado. Cortés, dejando un prudencial espacio de tiempo para que la gente asimilara lo que acababa de ocurrir, procedió diciendo:

— Ahora ya tenemos una ciudad española en estas tierras y deberemos poblarla y defenderla con tesón, arrojo y espíritu cristiano. Cada palmo que nuestros enemigos quieran arrebatarnos deberá ser regado con nuestra sangre porque este pedazo de tierra ya forma parte de nuestra nación. Como es debido, y atendiendo a las leyes y los usos castellanos, será menester nombrar un cabildo compuesto por alcaldes, regidores, procuradores, alguaciles y escribanos.

Godoy, como notario real, daba buena cuenta de todo lo que estaba ocurriendo escribiendo frenéticamente con su pluma sobre las hojas que llevaba en el brazo izquierdo. A su lado, un jovencísimo indio cubano que parecía su sombra le sujetaba el tintero.

María acudió, alentada por los chismorreos de las mujeres que se dejaron la comida en el fuego, en aquel momento. En el campamento faltaba mucha gente y, viendo los capitanes que rondaban alrededor del General, llegó a algunas conclusiones muy acertadas. Sabía que, de madrugada, Cortés había mandado a Velázquez de León con un grupo de cincuenta hombres a explorar el cauce de un pequeño río en busca del lugar donde naciera. Tenía órdenes de no emplear más de dos días en aquel propósito de modo que, si no llegaba a tiempo, debería dar media vuelta y regresar. Montejo, por otro lado, todavía no había regresado de su misión de buscar un fondeadero seguro para los navíos.

Después de oír que el líder acababa de fundar una ciudad, todo encajaba. A los dos ausentes capitanes les había asignado tropas que se decantaban por el bando que pedía regresar a Cuba. Sin duda alguna, aquellos dos hombres eran de los más influyentes de ejército y sin ellos en escena podría dirimir a placer los asuntos de la villa.

Cuando nombró el cabildo hubo algún murmullo aislado en la soldadesca. Fue Ordaz, que en ausencia de Velázquez de León y Montejo se vio sin apoyos, el que los recogió y condensó en una frase que fue pronunciada con una mezcla de decoro e impotencia.

— No habéis tomado en consideración para los cargos a muchos hidalgos y caballeros de renombre y buena fama.

Con aquel comentario resumió lo que todo el mundo sabía, que Cortés había formado el cabildo con sus amigos y allegados. Los alcaldes, por ejemplo, eran Escalante y Portocarrero. El murmullo creció pero enseguida fue apaciguado por el General, que con aire magnánimo dijo:

— Tenéis razón. Mirad que quizá, por el hecho de que tenga a algunos de mis más esforzados capitanes empleados desempeñando tareas de buen provecho para nuestra empresa, se me ha olvidado tenerlos en cuenta. Así pues, nombro a Montejo, junto con Portocarrero, como alcaldes de la Villa Rica de la Vera Cruz.

Con aquel cambio se modificó el cabildo pero no sustancialmente. Montejo todavía estaba ausente y no parecía que fuera a volver pronto. Sin él, la alcaldía recaía exclusivamente en Portocarrero, y aunque había representación de los adictos a Velázquez en el mando, no tendría efectos por el momento.

A Escalante lo relegó, junto con Alonso Dávila, Alonso de Grado y Pedro de Alvarado, al puesto de regidores, quedando Montejo y Portocarrero como alcaldes. Gonzalo de Sandoval quedó como Alguacil mayor, Cristóbal de Olid como Maestre de campo, Gonzalo Mejía como Tesorero, Francisco Álvarez Chico, Procurador y Diego de Godoy, el Notario real, se sumó el cargo de Escribano. De aquella manera formó un cabildo heterogéneo con el que no

cabía la duda de que pudiera gobernar cómodamente.

Tras ello, cuando notó que los ánimos se habían sosegado y que la gente, encantada por haber sido testigos de la fundación de una ciudad, no discutía los nombramientos que había realizado, Cortés decidió revelar la segunda parte del pastel diciendo:

— Caballeros— no necesitó aguardar demasiado para que el silencio inundara el lugar—, ya sabéis cómo por los frailes jerónimos que residen en la Isla Española y, de allí, en nombre de Su Majestad, gobiernan Indias, yo fui nombrado por Diego Velázquez, Teniente de gobernador en la isla de Cuba por el almirante Diego Colón, para descubrir y rescatar en esta tierra llamada Yucatán. Pero, dado que me parece que los susodichos no tuvieron el suficiente poder como convenía, yo, desde ahora para siempre, renuncio al cargo de Capitán general y Justicia mayor, quedando éste en manos de los alcaldes y regidores, que presentes están, para que lo pongan a disposición del que más convenga hasta que Su Majestad mande otra cosa. A vos, Escribano, pido y requiero que deis por testimonio cómo renuncio al cargo.

Dicho aquello, la gente quedó perpleja y el campamento quedó sumergido en una nube de comentarios, murmullos y exclamaciones. El silencio fue roto por algunos sonidos de sorpresa y, poco a poco, fueron sumándose los demás hasta que se desató aquel bullicio ensordecedor. Incluso los capitanes parecían encontrarse anonadados ante aquel giro imprevisto de las circunstancias. ¿Cómo podía renunciar después de todo lo que había invertido? ¿Cómo podía si, hasta ahora, todos sus movimientos habían dejado claro que era un hombre capaz e inteligente cuyos actos no se podían tachar por ningún lado?

Los tres soldados que hasta la llegada de María habían estado montando guardia se empaparon con la historia. Hicieron gran cantidad de preguntas a la muchacha, que como pudo fue respondiéndolas. ¿Cómo se lo tomó Ordaz? ¿Qué pensarían Velázquez de León y Montejo cuando volvieran? ¿Cuál era el sentir general de la tropa? ¿Qué opinaba Heredia?

Cuando llegaron al campamento se encontraron con que Hernán Cortés

ya no estaba a la vista del público. No tardaron en saber que se había introducido en su tienda y que allí se encontraba, solo, esperando a que el cabildo deliberase. La muchedumbre seguía entretenida con aquella costumbre tan española de hablar, comentar y volver a decir lo que había pasado, una y otra vez, y cada vez con un tono de voz más elevado. «¿Qué no te has enterado aún de lo que ha pasado? ¿Otra vez lo voy a tener que contar? Bueno... escucha, se conoce que...».

Algunos de los soldados, por orden del alcalde, iniciaron un proceso con el que pretendían dar más aspecto de ciudad a aquel conjunto de cabañas, tiendas y chozas con techo de hojas de palma. La actividad era frenética y con gritos y órdenes movilizaban a los indios cubanos y a los pocos mexicanos que quedaban, ya que inexplicablemente se había reducido el número de siervos que Moctezuma les enviaba, para que trabajaran en aquella empresa. No tardaron demasiado tiempo en darse cuenta de que no tenían mucho que hacer pero, caminar por las calles señalando los lugares donde podría emplazarse una iglesia, un mercado, un fortín, un molino o un hospital les entretuvo. Lo único en lo que consiguieron aunar esfuerzos creando algo productivo fue una picota de madera, horca incluida, que erigieron en la plaza principal del campamento.

— No está el General, digo... Cortés— les dijo Heredia, que junto con la tabasqueña que lo seguía a todas partes, Ortega, su hijo y Vecellio, les esperaban.

— ¿Qué hacen ahora?— preguntó Farfán.

— Se ha reunido el cabildo para nombrar un nuevo Capitán general— respondió de nuevo el vasco.

— ¿Y a quién creéis que elegirán?— preguntó Peña poniéndose de puntillas para ver mejor la tienda en la que se había introducido aquel pequeño grupo de hidalgos y hombres embestidos por la ley.

— ¿A quién creéis vos?— respondió Ortega con el típico tono de voz del que ha vivido mucho y sabe lo que va a ocurrir antes de que suceda.

A mitad de tarde, los miembros del cabildo aparecieron de nuevo en la plaza central. La base de la picota ya había sido levantada por lo que, para ser oídos mejor por aquella densa maraña de curiosos que no querían perderse el acto, se subieron encima. Portocarrero iba a la cabeza por ser el único de los alcaldes que estaba presente, y justo por detrás de él se encontraban los regidores. Alvarado permanecía con los brazos cruzados, la enorme espada rozando el suelo de madera y los cabellos rubios reposando sobre sus hombros. Escalante había pasado a ocupar el lugar más próximo a la derecha del alcalde; aquello no era coincidencia. Godoy se preparaba con su pluma y el indio del tintero para que todo quedara registrado en sus papeles. El joven Sandoval, que tan valientemente había resistido en aquel granero la emboscada de los tabasqueños, sonreía, agradado, por el cargo de alguacil que acababa de recibir.

— Señores— comenzó diciendo Portocarrero adoptando una postura que iba acorde con el aspecto de acomodado mercader que, sin que disfrutara de ninguno de los dos atributos, le caracterizaba—, ya tendréis entendido cómo Hernando Cortés, por razones que a ello le movieron, ha renunciado a su cargo dejándolo en nuestras manos. Entretanto Su Majestad no mande otra cosa, nos encontramos todos los miembros de este cabildo de acuerdo en que sea de nuevo Hernando Cortés nuestro Capitán general y Justicia y que sea él el que nos gobierne, pues se lo debemos por el buen tratamiento que nos ha hecho y porque en él caben, como habéis visto, todas las partes y cualidades que deben concurrir en un buen capitán y gobernador. Porque todos sabemos bien que es un error dejar al que tenemos conocido por otro que no sabemos cómo lo hará sabiendo que, tal y como la experiencia lo enseña, los cargos preeminentes tuercen a los hombres de manera que, el que ayer os parecía manso, afable y humilde, mañana, puesto en el cargo, podría comportarse como si nunca lo hubierais conocido. Así pues, si os parece, para que esta elección tenga más fuerza, os ruego deis vuestro consentimiento, para que nosotros podamos descargar nuestras conciencias de lo que acabamos de mandar.

Tras aquel monólogo, que fue secundado por asentimientos con la cabeza de todos y cada uno de los hombres que se encontraban encaramados en la picota, los soldados tuvieron unos segundos para reflexionar que, por iniciarse en algunos grupos la aprobación a lo que acababan de oír, en seguida cesaron

contagiando entre la tropa el mismo parecer.

— ¡Cortés!

— ¡Que sea Cortés el Capitán general!

Capítulo LXII:

Hernán Cortés sentía un nerviosismo tan poco común en su calculadora persona que lo llenaba de desazón. Las lonas de su tienda y el techo recubierto de hoja de palma parecían alejarse haciendo mucho más espacioso el recinto en el que se encontraba. La decoración no ayudaba ya que se consideraba una persona parca respecto al arte. Unas espadas aquí, una mesa con papeles, unas sillas, una cama... no había mucho más con lo que entretenerse. En el exterior el bullicio era ensordecedor y no conseguía escuchar ninguna palabra o frase que le hiciera saber algo de lo que estaba ocurriendo.

¿Por qué se sentía así? Tenía claro lo que iba a pasar a continuación, lo había planeado todo al detalle. No habló con muchas personas ya que confió en que Portocarrero, Escalante y un puñado de hombres en los que confiaba serían capaces de gestionar aquella idea para que llegara a buen puerto. Todo fue un juego, una táctica con la que esperaba salir fortalecido y legitimado. Si el cabildo lo volvía a elegir como Capitán general habría ganado la partida a Ordaz y los demás. Tenía que funcionar ya que había nombrado a dedo a sus más próximos amigos y simpatizantes, su mente estaba convencida de ello pero su corazón albergaba alguna duda. Intentaba anular esos pensamientos pero no podía evitarlo. Había invertido tantos esfuerzos y dinero que si perdía no volvería a ser la misma persona, y pese a ello, la ruina era lo que menos le importaba. A sus treinta y cinco años ya tenía una edad que no le permitía tomarse la vida a la ligera. Cada día que pasaba se acercaba más a la tan temida vejez y no quería abandonar el mundo sin haber finalizado aquella empresa con la que tanto había soñado. En su imaginación apareció Julio César peleando contra los galos, Alejandro conquistando medio mundo, Ciro reinando sobre los persas, Aníbal comandando las tropas cartaginesas por Hispania o, mucho más reciente, Isabel y Fernando entrando victoriosos en Granada, último bastión moro en España, cuando no era más que un muchacho de ocho años. ¿Qué ocurriría si perdía las fuerzas antes de buscarse un nombre entre los grandes? Si aquella argucia le salía mal estaría todo perdido y no tendría muchos días para lamentarse, Velázquez lo decapitaría en cuanto le echara mano.

Caía la tarde y, tras pasar varias horas deambulando por aquella oscura y solitaria estancia, decidió sentarse a reanudar la escritura de la carta que iba a enviar a España para los reyes. Apenas cogió la pluma la depositó de nuevo junto al tintero; no se sentía inspirado.

Sin levantarse del escritorio abandonó la tienda volando en su mente a otra época y otras tierras. Se vio en España cuando todavía era un joven que tenía que decidir dónde se ganaría la vida. Tuvo que elegir entre Italia o Indias y, afortunadamente, se decidió por la segunda. Recordó aquella vez en la que, próxima la partida, fue a flirtear con una joven que se acababa de casar. No sabía muy bien cuánto había pasado desde aquello pero se estremeció al recordar los sufrimientos que le acarreó tal osadía. Siempre se había sentido obsesionado con las mujeres. La mayoría de los hombres gastaban mucho tiempo, recursos y esfuerzos en rondarlas pero lo suyo era algo diferente; cuando se le metía alguna en la cabeza movía montañas, si era necesario, para conquistarla. Se enamoraba de la misma manera que se enamoran los adolescentes, pues la veía noche y día, en sueños, por la mañana y antes de acostarse, mientras comía o se aseaba... en todo momento su musa era la dueña de todos sus pensamientos y acciones. Sabía ganárselas con la palabra y, aunque ya tenía cierta edad, seguía siendo apuesto. No le costaba demasiado meterse en sus camas, pero una vez consumadas las pasiones perdía por completo el interés.

Aquella mujer había contraído matrimonio con uno de esos hidalgos que, aunque nunca hayan participado en ninguna batalla, son arrogantes como el que más. Él marido era un hombre de rica familia, espada engarzada con alguna joya y orgullo de casta feroz. Él ya había comenzado a rondar a su esposa desde antes que se unieran, y a los pocos días de la boda se presentó en mitad de la noche en su casa. La mujer le dijo que se marchara, que nada bueno iba a traer su presencia allí. Él extendió los brazos enseñando un ramo de flores y dijo, entre otros halagos y versos, que si no le dejaba verla mejor sería que la muerte lo alcanzara. Ella accedió finalmente y, tras escalar la tapia impulsándose en las agrestes piedras que la componían, pudo hacerle el amor. Tantas ganas tenían los dos, y tanto se agotaron, que se quedaron dormidos hasta que el marido volvió a casa. Cortés se vistió rápidamente y, mientras el hombre golpeaba con

furia la puerta de la habitación, comenzó a descender por la pared con tan mala suerte que, desde el alfeizar de la ventana, se desplomó. Algunas rocas se fueron detrás de él y del estruendo que preparó no hubo una sola alma en el barrio que no descubriera el engaño. El marido aullando con la espada en la mano, la suegra gritando que le perdonara la vida al muchacho y él, en el suelo, incapaz de moverse. No había una sola articulación que no le doliera y cerca estuvo de morir. Tuvo la fortuna de que el cornudo decidió ignorar la afrenta y que pudo pasar semanas enteras en calma recuperándose de la lesión. Las fiebres, que siempre se recrudecían cuando más débil se encontraba, contribuyeron a martirizar todavía más el pecado que había cometido. El viaje que tenía planeado a Indias se disipó como la niebla cuando avanza la mañana.

Poniéndose en pie de nuevo se acercó a un baúl que tenía para buscar alguno de los libros que había traído consigo. Las voces del exterior seguían siendo indistinguibles y pensó que con la lectura podría mitigar aquella sensación de descontrol e impotencia que lo descorazonaba. Finalmente descubrió que el problema que tenía era que no soportaba no ser el artífice que mueve los hilos de su vida. Un puñado de capitanes estaban decidiendo su futuro y no podía hacer nada por decantar la balanza hacia posiciones más ventajosas. Estaba completamente a su merced y, aunque confiaba en ellos, nunca se puede saber a ciencia cierta cómo van a reaccionar los hombres cuando se les da cierto margen.

Volvió a cerrar el cofre, tampoco tenía ganas de leer. Pensó que si no hacía pronto algo provechoso se desquiciaría. No había nada que pudiera acelerar el proceso, sabía que hasta el día siguiente no le comunicarían la decisión que había tomado el cabildo. Qué fácil se le antojó la guerra, en aquel momento, comparada con aquello. Uno podía desenvainar la espada y, si era valiente y se esforzaba, podía conseguir cualquier cosa. Incluso viéndose rodeado y con un pie en la tumba siempre se podía dar la vuelta a las circunstancias.

Al venir a su mente las espadas recordó todos los momentos de su vida en los que tuvo que desenvainar la suya. Las heridas que había sufrido desde niño por peleas y afrentas comenzaron a latir como centinelas en la quietud de la

habitación. Contusiones, cortes, puñetazos e, imponiéndose sobre todas las demás, aquella cuchillada que recibió en el labio inferior y cuya cicatriz solía ocultar con la barba. Intentó hacer memoria ya que recordaba la cara del hombre que blandió ante él aquella daga pero no el motivo que, tras varios segundos, apareció en su mente. Ya lo recordaba, fue otra mujer la que medió en el asunto.

No solo en Indias había tenido innumerables peleas por afrentas y faltas, ya de mozo destacó como un individuo bullicioso y pendenciero. Sabía derrotar a un contrincante con aquella retórica sosegada que solía usar pero si tenía que llegar a palabras mayores era el primero en ponerse a atizar. En realidad, la mayor parte de las veces en las que tuvo que llegar a los puños fue por cuestiones de honra. Desde pequeño, Martín Cortés, su padre, le había dicho que, como hidalgo, podrían quitarle el dinero, las tierras, la casa e incluso las armas, pero que nunca debía dejar que le quitaran su honra y su palabra, que era lo único que jamás se podía arrebatar a un hombre por más que se esforzaran. Siempre que alguien le faltó al respeto a él, a su familia o a algún amigo suyo instaba al agravante a que retirara sus palabras, y si no lo hacía se enzarzaba con él hasta que uno de los dos caía rendido. Muchas veces fue él el que perdió, como aquella vez, en la Universidad, en la que por defender a un amigo se peleó con diez estudiantes. Pasó una semana entera orinando sangre por aquello.

Un crujido a sus espaldas lo extrajo violentamente de sus cavilaciones. Incorporándose rápidamente se puso en guardia y escrutó en las tinieblas para ver de qué se trataba. Estaba preparado para encontrarse con algún asesino que alguien hubiera mandado a su tienda o, incluso, uno de aquellos tigres que le habían dicho los nativos que vivían en aquellas selvas. Fue por ello por lo que suspiró cuando vio que solo se trataba de Marina, que lo observaba con aquellos ojos oscuros y profundos desde uno de los recovecos de las lonas.

— ¿Qué hacéis ahí?— preguntó con afabilidad Cortés sabiendo que lo hacía en vano.

La joven salió del escondite y se acercó al hombre que la había liberado de los tabasqueños. Llevaba toda la mañana sin verlo y comenzaba a sospechar que le había ocurrido algo. No entendía por qué el campamento se encontraba tan alterado. Los hombres se reunían y hablaban frenéticamente y su jefe, el

General, no aparecía en ningún momento para poner orden. Tímidamente se acercó a Aguilar y le preguntó por lo que estaba ocurriendo. El fraile no le dijo mucho y, lo poco que articuló antes de marcharse corriendo a hablar con un grupo de soldados, tampoco lo entendió. Solamente intuía que Cortés podía estar en peligro ante sus hombres por lo que decidió ir junto a él. Ya tenía muy claro que su fidelidad estaba con los españoles pero, dentro de aquel ejército lleno de misterios y complejidades, había ciertos rangos en su afecto. Cada día sentía más simpatía por Aguilar o por María, aquella joven con la que se comunicaba por gestos habiendo aprendido de ella sus primeras palabras en español. Pese a ello, aquel hombre barbudo al que todos llamaban General, era el que estaba por encima de todos, incluso de ese tal Portocarrero con el que, al parecer, tenía que unirse. Después de todo, había sido Cortés el que la rescató de una muerte segura y el que puso la mano en su hombro cuando la aceptaron en su religión y nación. Desde que cruzaron sus miradas había quedado tremendamente prendada y cautivada por él.

— Señor— dijo con fuerte acento—. ¿Bueno?

Cortés clavó su mirada en la muchacha que tenía ante sí. Llevaba un vestido blanco adornado con coloridos motivos que representaban figuras geométricas y flores. Iba descalza y sus piernas y brazos morenos sobresalían entre los flecos de la prenda que, si se veía a contraluz, transparentaba unas curvas firmes y ondulantes. La larga melena negra caía hasta sus prominentes senos siendo agrupada por lazos en algunos lugares. Los ojos almendrados parecían dos oscuros luceros en aquel rostro limpio, fino y armonioso de pómulos elevados, boca estrecha y labios carnosos.

Estimaba y apreciaba a aquella mujer quizá más que a ningún otro en el ejército. La Lengua, como la llamaban, era la llave que le abriría las puertas de aquellas tierras. Siempre iba a su lado ya que era la única capaz de entender a los indios que poblaban los pueblos por los que se iban a mover durante los próximos meses. Además, hasta el momento, había sabido ganarse su puesto. Era reservada y no había desobedecido ninguna de las órdenes que le habían dado. Cada día parecía más claro que, lejos de ser solamente fiel a los españoles, iba a aportar mucho más. Se movía por el campamento aprendiendo

y ayudando al que tuviera alguna necesidad, siempre estaba dispuesta a satisfacer a cualquier capitán que necesitara de sus servicios como intérprete y Cortés comenzaba a sospechar que, cuando traducía sus palabras, lo hacía de una manera especial que podía resultar muy provechosa. Parecía transportar los complejos términos castellanos hacia el mundo indígena transformándolos para que fueran más verídicos y apropiados. Todavía no tenía muy claro cómo lo hacía pero, en ocasiones, cuando él solamente hablaba un par de frases, ella podía pasar un minuto hablando. En un principio sospechó que pudiera estar traicionándoles y revelando información pero, viéndola cómo gesticulaba y cómo se emocionaba, llegó a la conclusión de que se dedicaba a embellecer los toscos y escuetos mensajes de los españoles con las ricas parábolas y metáforas que tanto les gustaban a aquellas gentes. Tan necesaria era para la misión que apenas le había dejado tiempo para que conociera mejor a su futuro esposo.

Marina se acercó a él y, con delicadeza, comenzó a desabrocharle la espada del cinturón. Cortés se sintió extrañado ante aquel gesto ya que jamás hubiera sospechado que nadie osara arrebatarse el arma que, hubiera o no riesgo de pelea, siempre llevaba ceñida.

— Señor, no bueno— dijo con voz dulce señalándola y depositándola en una esquina—. No esto, señor sí bueno.

El hombre no pudo evitar sonreír al entender que la muchacha solo quería que se sintiera más cómodo. Sus sospechas se confirmaron cuando, agachándose a sus pies, comenzó a desatarle las botas.

— No necesito descansar— respondió, comprensivo, intentando hacerla desistir.

— Señor sí necesito descansar— dijo rápidamente ella feliz por haber aprendido un nuevo término.

Cortés reparó en que la joven aprendía palabras a una velocidad vertiginosa. No solamente quedaban retenidas en su memoria, había podido comprobar que, tras decirlas un par de veces, conseguía entonarlas de tal modo que casi se borraba su acento. Solo cuando tenía que pronunciar alguna «erre» o

alguna «ce» encontraba algún problema. La consideraba una alumna aventajada, un verdadero lince del aprendizaje que no tardaría en convertirse en la piedra angular del mando. Mientras desanudaba los cordones de la segunda bota la miró con otros ojos. Se encontraba en cuclillas y sus nalgas se dibujaban entre las faldas que, a tan escasa distancia del cuerpo, se oscurecían levemente. Uno de sus hombros sobresalía por el cuello del vestido mostrando una piel tersa y sin imperfecciones sobre la que se marcaban tenuemente los huesos. Su cintura era tan estrecha que bien podría haber pasado por un reloj de arena. Desde aquella posición podía ver cómo la línea desde la cual nacían sus cabellos hacia los dos lados de la cabeza era de un color más pálido que el resto del cuerpo. Aquella postura era realmente sugerente por lo que, mientras acababa de quitarle la bota, comenzó a pensar que había sido un error encomendársela a Portocarrero. No solamente la necesitaban como intérprete, además de ello, era la india más bonita que había visto nunca.

— No esto, señor necesito descansar bueno— dijo poniéndose en pie y alejando las botas.

Cuando Marina se volvió hacia Cortés lo encontró muy diferente. Respiraba ajetreadamente describiendo amplios movimientos con su pecho. En sus sienes pudo advertir un pulso que latía a gran velocidad. Una gota de sudor comenzó a crisar los pelos de su barba, que se habían erizado imperceptiblemente. Con una mano se rascaba el vientre y, con la otra, ocultaba el bulto que acababa de aparecer en sus calzones.

Antes de que diera el primer paso hacia ella ya supo lo que iba a ocurrir. Desde pequeña la habían criado para ser sacrificada por lo que nunca pensó que pudiera llegar aquel momento en su vida. Aunque no lo necesitaban, tanto ella como sus amigas se interesaron por averiguar qué era lo que hacían los hombres y las mujeres para concebir los hijos. Cuando se lo explicaron no le dio mayor importancia, pues sería algo que jamás conocería. Se había mantenido virgen toda su vida y ni siquiera aquella mañana pensó que pudiera dejar de serlo, y mucho menos, gracias al líder de los españoles.

Cortés colocó las manos sobre sus mejillas y las acarició con los pulgares mientras la escrutaba. Marina, que por no ser de gran estatura tuvo que inclinar

la cabeza, mantuvo su mirada en todo momento. Jamás ningún hombre la había acariciado y aquella sensación le resultó extraña y placentera. No recordaba que nadie le hubiera contado nada sobre las caricias, y mientras intentaba hacer memoria, sintió algo cálido y húmedo en sus labios. Al principio se asustó ante aquella invasión pero, abriendo los ojos como platos, descubrió que Cortés había juntado su boca con la suya. ¿Por qué había hecho aquello? No lo entendía pero, no queriendo desagradarle, abrió la boca para que la insistente lengua de aquel hombre pudiera introducirse en ella. Todavía sorprendida cerró los ojos para experimentar aquella oleada de sensaciones que invadieron su cuerpo cuando la lengua del hombre recorrió su interior. Su corazón comenzó a latir violentamente, la cabeza amenazó con marearse y entre sus piernas apareció cierta humedad que, por su abundancia, jamás había conocido. ¿Qué le ocurría? ¿Estaba enferma? ¿Acaso los españoles sí que eran teules y, al hacer aquello, compartían su divinidad con los mortales?

El General tenía que sosegar para poder disfrutar poco a poco del momento. Sentía una colosal tensión que le pedía que tomara salvajemente a la joven pero sabía que si hacía todo con lentitud podría experimentar mayores gozos. Cuando con un pequeño movimiento abrió el broche del hombro de Marina y su vestido se deslizó hasta quedar arrugado en el suelo junto a sus tobillos sintió un verdadero escalofrío que lo recorrió de arriba abajo. En aquel momento creyó encontrarse frente a un ángel pues jamás habría sospechado sentirse tan atraído por una india. Aquel cuerpo esbelto y delgado de fina y tersa piel parecía pertenecer a la diosa romana de la fertilidad. Los pechos, redondeados y grandes para aquella estrecha cintura, eran de un color que, aunque más pálido que el resto del cuerpo, no llegaba a asemejarse al de las españolas. Los pezones, que se encontraban turgentes, parecían condensar con aquel tono marrón todo el color que no tenía el resto de las partes ocultas al sol. Lentamente fue escrutando cada recodo de su figura y, cuando bajó la vista hacia aquellas anchas caderas sobre las que se proyectaban los huesos de la pelvis, volvió a sentir la tensión intentando hacerse con el control de la situación. La visión de aquella tupida selva de pelos rizados y oscuros le sacudió como si le hubiera caído encima un ejército entero.

— Marina, sois preciosa— dijo levantándola en brazos y llevándola en

volandas hacia la cama.

— ¿Preciosa?— preguntó ella.

— Sí. Malintzin— dijo de nuevo arrancándole una sonrisa al llamarla por su verdadero nombre—. Preciosa. Buena, buena, bonita.

Mientras se quitaba la ropa sin apartar la mirada de aquella muchacha que esperaba, completamente desnuda, en su cama, vino a su mente una imagen. Se trataba de Catalina, su esposa. Fue en el momento en el que, al pasarse la camisa por la cabeza, dejó de ver a Marina, pero al aparecer de nuevo aquellas piernas morenas y esbeltas en su campo de visión, volvió a disipar aquel pensamiento. Jamás había querido a su mujer, le habían obligado a casarse con ella. Por otro lado, no la soportaba. Siempre parecía encontrarse enferma o demandando una atención que no necesitaba.

Marina apartó la mirada cuando vio el pálido cuerpo desnudo del hombre. Estaba experimentando unas sensaciones que la desconcertaban, todo aquello era nuevo para ella, pero su curiosidad la obligó a volver a mirar. Cortés era tan blanco que no entendía cómo podían vencer con tanta facilidad a sus compatriotas, pues parecía estar enfermo. En su cuerpo se dibujaban los músculos aunque se encontraban ocultos bajo una densa maraña de pelo que lo cubría por completo. Entre sus piernas, su miembro, la apuntaba directamente. Había visto otros pero nunca en aquel estado de erección, eso siempre había quedado reservado para las mujeres que podían permitirse tener un marido.

Cuando Cortés se tumbó encima de ella y comenzó a besarle el cuello y el torso sintió su cuerpo caliente. Marina temblaba por lo que, haciéndole varias caricias en el pelo, la tranquilizó con un susurro. Con sus manos fue recorriendo aquel cuerpo joven que solo había vivido la mitad de años que el suyo. La encontraba tan perfecta que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para controlarse. Sentía la necesidad de hacer aquello pero, dado que era una mujer importante para él, no quería hacer que pasara un mal rato. En una de sus exploraciones con la mano descendió hasta la entrepierna. Sus dedos quedaron impregnados por aquella humedad femenina y, junto a su oído, Marina emitió un gemido entrecortado.

Sin más dilaciones la penetró. Tras vencer una pequeña resistencia, su miembro quedó envuelto por aquel calor tan placentero. En ocasiones pensaba que no existía en el mundo un lugar mejor en el que pudiera estar un hombre que la vagina de una mujer. Con lentos movimientos al principio, y más rápidos después, fue corroborando esta idea. Marina, bajo él, se estremecía contorsionándose. Había cerrado aquellos ojos almendrados y en su rostro se dibujaban las facciones del placer. Cada vez que Cortés arremetía contra ella gemía y clavaba las uñas en su espalda. Los brazos del hombre se disponían como vigas a ambos lados de la cabeza y, conforme iba creciendo la intensidad del acto, Marina iba perdiendo el control de su cuerpo. Su mente volaba como saliéndose de él y, asustada por el hecho de que pudiera marearse, se incorporó para agarrarse con fuerza al cuello de Cortés, que con ello empapó con sus sudor aquel rostro cubierto por largos cabellos azabache.

Finalmente, Marina, estalló. Dejó de gemir y mantuvo la respiración mientras dejaba su mente vacía. De haber estado consciente se habría intrigado ante aquella sensación nueva pero, en aquel momento, no estaba allí. Todo quedó blanco a su alrededor y ni siquiera oyó los gruñidos entrecortados del hombre que tenía sobre ella.

Cortés se desplomó a su lado, inerte, intentando recuperar la respiración. Marina seguía sobrevolando la estancia, totalmente ajena a la tienda, el campamento y las personas que lo poblaban. No volvió en sí hasta que Cortés, pasando un brazo por debajo de su nuca, la llevó consigo estrechándola entre sus brazos. Volvió a recibir otro de aquellos contactos en los labios tras el cual el hombre que la había poseído escasos segundos antes sopló para retirarle los cabellos.

No entendía si lo que acababa de vivir era algo normal y propio de los mortales o pertenecía al mundo de los dioses. Su mente se encontraba más despejada que nunca pero, pese a ello, no era capaz de pensar con claridad.

Justo antes de dormirse vino una idea a su cabeza. No sabía qué había sido aquello pero le había gustado.

Capítulo LXIII:

La tropa comenzó a arremolinarse alrededor de la tienda de Hernán Cortés desde primeras horas de la mañana. También las mujeres y el resto de personajes que acompañaban al ejército se buscaron un hueco entre las primeras filas, no querían perderse el acontecimiento que daría que hablar durante los tediosos próximos días.

Todos los miembros del cabildo se acercaron a la entrada. Portocarrero dirigía la comitiva aunque a la zaga lo seguían Escalante, Alvarado y los demás. Velázquez de León, que había regresado de una incursión río arriba con noticias de que el cauce se estrechaba lo suficiente como para ser vadeado sin problemas en una gran cantidad de trechos, se encontraba en primera fila con los brazos cruzados. Había una mueca de enfado en su rostro ya que tenía el ceño fruncido y sus labios enfurruñados sobresalían entre los pelos de sus barbas. Dado su enorme tamaño, su cabeza despuntaba sobre el resto de individuos y resultaba formidable ver aquellos puños llenos de nudillos y huesos agarrar sin esfuerzo tan anchos brazos. Hablaba con algunos soldados que se habían colocado a su lado y su voz, grave y penetrante, podía resultar aterradora en ocasiones. Negaba frenéticamente con la cabeza mientras escupía las palabras diciendo:

— Pues yo no estoy conforme con lo que ha ocurrido aquí. No estaba presente cuando se eligieron los alcaldes y regidores, ni tampoco Montejo.

Llamaron a Cortés, que ciñéndose la espada al cinto, tardó varios minutos en aparecer. Fue Portocarrero el que habló y sus palabras fueron tan profundas y bien dichas que ninguno creyó que pudiera estar al tanto de todo lo que había ocurrido previamente y que aquella maniobra hubiera sido una estratagema.

— Señor, ayer renunció vuestra merced al oficio de Capitán general y se descargó con nosotros para que lo asignásemos como nos pareciese. Visto por todos nosotros que ninguno puede regir y gobernarnos mejor venimos a suplicarle, requerirle y, si necesario es, mandarle, acepte el cargo de nuestro Capitán general y Justicia mayor.

Cortés maquilló la incipiente sonrisa que comenzaba a esbozarse en su rostro. Entrecerró los ojos, suspiró profundamente y, volviendo a abrirlos, dijo mientras daba varios pasos hasta colocarse en medio de la muchedumbre:

— Señores, aunque es grande la merced que me hacéis en elegirme por caudillo, en más tengo la voluntad y amor con que me elegís, porque sin haberos hecho tan buenas obras cómo quisiera, habéis depositado en mí la confianza de que haré lo que es debido y me rogáis. Así pues, y hasta que Su Majestad mande otra cosa, acepto el cargo de Capitán general y Justicia mayor.

Y cómo si acabaran de encontrar un tesoro inagotable, los soldados irrumpieron en vítores y acudieron a abrazar y besar las manos de Cortés. Éste los recibió con los brazos abiertos, sonriente y respondiendo con halagos y gracias a los comentarios que le hacían. Incluso en aquella algarabía en la que él era el protagonista tuvo la posibilidad de lanzar una mirada sutil a Ordaz y a Velázquez de León, que juntándose y sin disimular la cara de disconformidad que llevaban murmuraban imperceptiblemente entre ellos.

Más tarde se reunió el General con el cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz para modificar algunos puntos sobre el mando. Los soldados veteranos más aviesos, a los que seguramente no se les escapó que toda aquella pantomima había sido una argucia para que Cortés reforzara su poder, aprovecharon para sacar tajada del asunto. La noche anterior congregaron a un puñado de hombres y, para que pareciera que el malestar que iban a referir fuera común a la mayor parte del ejército, se reunieron con los miembros del recién formado cabildo. Presentaron una serie de quejas que ahora transmitían al General para que las aprobase. Cortés tuvo que ceder en ellas aunque no le supusieron gran pesar. Lo más que tendría que hacer sería comenzar a repartir parte del oro que habían rescatado, excluyendo el quinto del rey, entre los soldados, que todavía no habían visto nada a parte del que, con las cuentas y baratijas que habían traído personalmente, conseguían intercambiar a los lugareños. También promulgaron que se repartiesen los bastimentos y ropajes de los navíos entre la gente y que, ahora que disponían de una ciudad, hiciesen las compras del ejército de modo conjunto para que a ningún soldado le faltase de nada. Cortés no entendió muy bien aquello ya que, hasta la fecha, todos

habían comido y se habían servido a su costa ya que todo lo que había comprado lo había hecho con su dinero y para gastarlo en la expedición.

Pese a todo, y como habían tocado el tema del dinero, Cortés aprovechó para aclarar qué parte del botín le iba a corresponder por su cargo y por haber sido el armador de la flota. Para él quedaría la quinta parte de lo rescatado que, sumando la otra parte que le pertenecía a Carlos V, dejaba tres quintas partes para los capitanes y soldados. El reparto de estos futuros tesoros les llevó más de una hora ya que no cobraba lo mismo un capitán que un sargento o un soldado de la misma forma que, el que había venido con ballestas, arcabuces, caballos o perros también tenía derecho a recibir un pequeño porcentaje mayor de las ganancias que los que solo traían consigo su arrojo y su empeño.

Restablecido el orden y la cadena de mando de modo que algunos de los capitanes volvieron a mandar sobre los soldados y los indios para que se pusieran a trabajar. Los centinelas, que habían bajado la guardia para no perderse los trascendentales acontecimientos, fueron sancionados y vueltos a poner en sus posiciones. Los constructores comenzaron a destruir las chozas de hojas de palma que ocupaban posiciones estratégicas que mejor podrían ser capillas, murallas o cuarteles; tenían que levantar una ciudad.

Un hidalgo no podía desempeñar ningún oficio manual so pena de ver mancillada su honra por lo que a los que gozaban de tal condición se les encomendaron tareas de vigilancia de las obras, guardias fronterizas y otras actividades de poca utilidad. Lares, Morón y Gonzalo Domínguez se encaminaron armados con espadas y rodela hacia el montículo en el que les habían ordenado montar un puesto de vigilancia. Los dos primeros eran amigos desde niños pues habían sido rejoneadores en Córdoba pero habían trabado una fuerte amistad con el tercero, al que conocieron ya en Indias.

— Preferiría haber subido hasta allí en caballo— dijo Domínguez, que cojeaba levemente de su pierna izquierda.

— ¿Pero qué problema tenéis en esa pierna?— preguntó Lares apartándose de los ojos su fuerte y saludable melena castaña.

— Son Fiebres de Malta. Ya sabéis que al que le dan le tocan los lomos.

— ¿Y en el caballo?— volvió a preguntar Lares.

— Al principio los dolores aumentan pero luego se me pasan. De cualquier forma, ahora me encuentro mejor. Cuando peor estuve fue después de mi pequeña incursión a lomos del caballo blanco de Santiago— dijo Domínguez haciendo asomar una incipiente sonrisa.

Lares acompañó aquella apreciación con una vigorosa carcajada. Ya les había contado que fue él el que cabalgó con aquel caballo solitario en la batalla de Centla pero decidieron que sería mejor que la gente no lo supiese. La mitad del ejército estaba convencido de que había sido el Apóstol, y la otra mitad, Francisco de Morla, que acrecentando el rumor, solía pavonearse y comportarse como si fuera el mismísimo Amadís de Gaula.

— Y vos, Morón...— dijo Lares—. ¿No os hacen gracia los comentarios de nuestro buen amigo Gonzalito?

— Bueno...— se limitó a responder.

Morón caminaba cabizbajo con expresión apagada. Había introducido los pulgares por dentro del cinturón de modo que sus brazos colgaban inertes sobre su cuerpo. Los ojos caídos, la mirada seria y los labios contraídos le daban un aspecto tristonso que extrañaba a sus dos amigos. Llevaba un par de días así y, acompañando aquella apariencia mustia, su humor también se había visto gravemente alterado. Apenas hablaba ni comía y solía responder con monosílabos cuando alguien le preguntaba algo.

— ¡Quién os vio y quién os ve!— dijo Domínguez apretando los dientes para mitigar el dolor que le había producido pasar la pierna por encima de una roca de grandes proporciones con la que se cruzó.

— Es verdad— corroboró Lares—. Hace nada os comíais el mundo y no había nadie que soportase vuestra vitalidad salvo nosotros y ahora... ahora da pena veros. ¿Tenéis algún problema?

— No— respondió sin mirarles.

Los otros dos jinetes se miraron encogiéndose de hombros. Anduvieron unos cuantos pasos más hasta que Lares, que estaba sustancialmente más preocupado porque jamás lo había visto así, volvió a insistir:

— ¿Seguro que no hay nada que podamos hacer por vos?

— No— respondió abatido—. No sé... es esta mierda. Ahora subir al monte... luego bajarlo.

— ¿No os encontráis con fuerzas?— preguntó esta vez Domínguez.

— No es eso... bueno, no tengo fuerzas ni ganas. ¿Para qué subir si luego todo es una mierda?

Tanto Lares como Domínguez habían conocido gente, a lo largo de su vida, que solía tener el ánimo triste. Morón podría haber encajado en este grupo de no ser por la euforia y la felicidad desmedida que había manifestado en las últimas semanas. Antes de ello había sido una persona normal y corriente a la que le gustaba desafiarse con Lares por las calles de Córdoba con todo tipo de retos como quién se atrevía a robar un jamón al posadero, quién aguantaba más delante del toro, quién era capaz de alancear más calaveras de ganado a lomos de su caballo... Ahora parecía haber perdido el deseo de vivir y aquel cambio tan abrupto los intranquilizaba.

— ¿Habéis oído eso?— dijo Domínguez tras varios minutos de caminata silenciosa.

Los tres hombres echaron manos al pomo de las espadas. Desde hacía unos días, el caudal de comida y siervos se había disminuido notablemente y en el campamento reinaba la sensación de que los indios ya no estaban contentos con ellos. Cortés había intentado tranquilizarlos diciéndoles que, tarde o temprano, Moctezuma tendría a bien alojarlos en aquella ciudad que llamaban Tenochtitlan y que, una vez allí, podrían vivir a cuerpo de rey. De cualquier forma, reforzó los puestos de vigilancia con más centinelas y siempre tenía perfectamente equipada a una capitánía por si necesitaba disponer de ella para

responder de una manera rápida a una emboscada. La intranquilidad de los jinetes creció cuando reconocieron, a la cabeza de una comitiva de guerreros, a Teuhtile, el cacique y criado del emperador de los mexica.

Morón tuvo razón, finalmente. Apenas habían llegado a la cima del montículo cuando tuvieron que volver escoltando a aquel grupo de indios con cara de pocos amigos. Cortés salió a recibirlos acompañado de sus intérpretes y algunos amigos. Cuando se acercó a abrazar al cacique éste evitó ser tan efusivo como en anteriores ocasiones. Aquel movimiento causó cierta crispación, y aunque en el rostro del General pudo verse que había captado el detalle, enseguida mudó su expresión hacia la cordialidad con la que solía tratar a los dignatarios extranjeros.

— El gran emperador Moctezuma os envía estos presentes, que son comida y piedras preciosas, para que podáis servirlos bien con ellos— aunque las palabras castellanas salían de la boca de Aguilar todos los allí presentes pudieron advertir un cierto cariz automático y frío en la voz de Teuhtile—. Os hacemos entrega de estos chalchihuites. Aceptadlos como la más grande merced que puede hacerse entre hombres.

De una pequeña bolsa asomaron un puñado de piedras de color verde vivo que no eran más grandes que una uña. Los españoles jamás habían visto nada parecido pero, aunque eran bonitas, no parecían muy valiosas pues no eran ni diamantes ni zafiros ni nada que se les asemejase. Marina, que vio el desconcierto de los hombres, comenzó a hablar dejando claro a Aguilar que aquellas palabras venían de ella y no de los indios.

— Los chalchihuites son la piedra que más estiman los mexica. Valen mucho más que el oro, las tierras o los esclavos para ellos. Quizá a vosotros no os parezca nada del otro mundo pero tened claro que Moctezuma ha querido honraros con este tesoro.

— Decid a estos mensajeros que agradecemos notablemente el regalo pero que queremos saber qué hay de nuestra visita a Tenochtitlan— dijo insistente Cortés.

Pronunció aquellas palabras sin dejar entrever ningún sentimiento hacia la muchacha con la que había compartido alcoba aquella misma noche. Se comportaba como si nada hubiera ocurrido y Marina, que entendió que eso era lo que quería, lo imitó actuando con profesionalidad en su trabajo.

— No sé qué interés tan grande tenéis en visitar a nuestro soberano— respondió Teuhtile dejando patente el malestar que le provocaba la insistencia en aquel punto de las negociaciones—. Es bien sabido que los príncipes no tienen que encontrarse para tratar los asuntos que estimen oportunos y que podemos seguir haciéndolo por medio de mensajeros. Moctezuma os envía buen acopio de gallinas y maíz para que volváis a subiros a vuestras casas de madera y os marchéis por donde habéis venido o sigáis remontando la costa hacia el Norte. Será mejor que hagáis lo que os decimos, y si aun así seguís queriendo visitar nuestra ciudad, podéis venir vos con un grupo de cuatro o cinco hombres, que nosotros os escoltaremos hasta allí, porque no veo el motivo por el cual tenéis que movilizar a todo vuestro ejército.

Aquello significó para Cortés la ruptura final con los mexica. No entendía muy bien por qué Moctezuma se negaba a recibirles pero ya no necesitaba que se lo dijeran más veces; no los querían allí. Ensombreciendo su rostro se irguió todo lo que pudo y, con voz solemne, dijo:

— Decid a vuestro soberano, pues, que me llena de pesar oír que no se va a producir la entrevista que con tanta ilusión tenía prevista ya que yo solo quería ir hasta allí para besar sus manos y hacerle todo tipo de mercedes. Decidle también, además, que cuando un español comienza con un propósito no hay fuerza en la Tierra capaz de hacerle desistir de ello. Espero que muy pronto podamos vernos en Tenochtitlan y no dudéis que llevaré conmigo a mis huestes ya que, habiéndome advertido como lo habéis hecho de los muchos enemigos que tiene vuestro soberano y de los peligros del viaje, creo que será oportuno que mis valientes hombres me acompañen para apaciguar cualquier región o pueblo que quiera hacernos la guerra.

Los indios escucharon pacientemente cómo traducía Marina las últimas palabras del General, y cuando las hubieron oído, comenzaron a murmurar. Se encontraban realmente desairados y no intentaban ocultarlo como hubiera

hecho un caballero europeo en sus mismas circunstancias. Aquello jugaba a favor de los españoles, que advirtiendo los malos ánimos que llevaban los que muy pronto podrían convertirse en enemigos, comenzaban a darse cuenta de que ya no eran los novatos que llegaron dando tumbos a aquellas tierras; cada día aprendían más sobre sus gentes y costumbres.

Teuhtile, volviéndose hacia Marina, dijo en náhuatl:

— ¿Y tú, siendo una hija de nuestro pueblo, por qué vas con ellos? Más te valdría dejar esas ropas extranjeras y venirte con nosotros porque ya no vamos a traer ni esclavos ni comida al campamento de los teules y si no vienes muy pronto perecerás de hambre como todos ellos. Sabemos que sus bestias no son otra cosa que animales y que ellos son hombres como nosotros. Solo son guerreros, no llevan cazadores ni agricultores, por lo que no creo que vayan a sobrevivir mucho tiempo.

— Mi fidelidad está con estos españoles que, siendo benevolentes conmigo, me han liberado de mis cadenas y salvado de una muerte segura. No toquéis más ese punto que por nada del mundo los abandonaré, y dado que mi suerte está ligada a la suya, si mueren, mis huesos irán a dar a las mismas ciénagas donde den los suyos.

— Así sea— respondió Teuhtile asintiendo desaprobadoramente con la cabeza.

Capítulo LXIV:

No se encontraban abiertamente en guerra pero prácticamente era como si lo estuvieran. Desde que se habían ido los mexica quedaron solos y con la sensación de que podrían ser atacados en cualquier momento. Se reforzaron las guardias y en el campamento cundió aquel sentimiento de alerta constante que habían experimentado ya en los llanos de Centla.

Habían pasado ya tres días desde que aquel caudal constante de víveres cesó y ya comenzaba a apretar el hambre entre la tropa. Todavía tenían algunas conservas, y de vez en cuando, organizaban alguna batida de caza para proveerse, pero el General había decidido instaurar un estricto régimen de comidas. No sabían cuánto tiempo podían pasar allí solos por lo que no cabía gastar lo poco que llevaban muy rápido.

La Villa Rica de la Vera Cruz era una ciudad, y como tal, necesitaba una fortaleza. La mayor parte de los hombres fueron empleados en la construcción de ésta. Primero buscaron una cantera que no tardaron en encontrar y luego, poniendo una veintena de soldados protegiéndola, comenzaron a extraer piedra de ella. Si conseguían levantar un fortín y se aseguraban una vía de suministros alimenticios serían prácticamente invencibles. Fue por ello por lo que encargaron a Alvarado que se introdujera con cien soldados por la selva en busca de pueblos en los que pudiera mercadear algo de maíz, legumbres o gallinas.

Farfán, al que reclutaron para aquella tarea, se dio cuenta muy pronto de que había sido otra estratagema del General para apartar de sí a los partidarios de volver a Cuba, pues la mitad de aquel grupo de hombres eran de ese parecer. Por momentos pensó si quizá Cortés también desconfiaría de él pero, mientras se encontraba cavilando sobre las posibilidades que había de que aquello fuera cierto, Ventisca apareció por su derecha y le lamió la mano. Su perro era la clave, solo había un par de ellos más patrullando al lado del escuadrón para alertar de posibles emboscadas. Uno de ellos era el mastín de Francisco de Lugo, al que llamaba Palmerín en honor a un famoso héroe de las novelas de

caballerías que tan de moda estaban.

El General había realizado una impecable argucia con la fundación de la ciudad ya que, de golpe y plomazo, había conseguido recuperar la confianza de los soldados y apocar a sus contrarios. No obstante, el peligro inconsciente que parecía cernirse sobre ellos desde que fueron abandonados por los mexica, junto con el malestar creciente de no tener aquel abundante y delicioso sustento, conllevaron que los ánimos volvieran a estar alterados. Ordaz y Velázquez de León habían retomado su incesante tarea de desprestigio hacia su persona y, poco a poco, volvían a ir ganando adeptos. De cualquier forma, mientras la expedición de Alvarado se encontrara lejos, poco podrían hacer, ya que habían perdido a la mayor parte de los hombres que les eran adictos.

— Nos ha hecho saber Hernán Cortés que esta capitanía está llena de sediciosos— dijo Tapia señalándose a él y a Ircio—. Nos ha pedido que los vigilemos.

Caminaban junto al resto de la cuadrilla con la que habían formado gran amistad: Farfán, Garcés, Peña, Salamanca, Barrientos, Jaramillo y Oliveira. En la expedición, además de los infantes, también marchaban un puñado de ballesteros y escopeteros entre los que se encontraba Heredia.

— ¿Desconfía de alguno de nosotros?— preguntó Peña preocupado.

— No— respondió Ircio.

Era bien sabido por todos que aquellos dos jóvenes profesaban una enorme admiración por el General. El resto de ellos también simpatizaban con él pero no hasta ese extremo. Peña y Oliveira preferían mantenerse al margen de las intrigas, Garcés solía criticar a todos los superiores con aquel humor aragonés y socarrón que tenía, a Barrientos nadie le hacía mucho caso porque todos lo consideraban un hombre de pocas luces, Salamanca solía estar siempre callado para evitar las risas que se producían cuando se enganchaba con alguna palabra al hablar y Jaramillo siempre estaba bastante ocupado mirando a las veinte indias que les habían entregado como esclavas en Tabasco ya que estaba convirtiéndose en un hombre.

— Son unos cobardes— dijo Lugo, que retrasándose en la marcha, se puso al lado de los jóvenes—. Deberíamos azotarlos a todos por pensar en retirarse después de todo lo que hemos encontrado aquí.

— Echadles un par de gritos, señor— dijo Ircio riendo—, que si les causan la misma congoja que a nosotros cuando hacemos algo mal bien presto se dejen de intrigas y cobardías.

Todo el grupo rió a carcajadas aquel comentario hasta el punto de que, en el impasible y duro rostro de Lugo, apareció una débil sonrisa que enseguida fue engullida por su prominente musculatura facial. Farfán comenzaba a sentir cierto cariño por aquel hombre que siempre estaba gritándoles por cosas como no llevar bien atados los cordones de las botas, despistarse o cuchichear con los amigos. No le cabía ninguna duda de que, pese a su rudeza, hacía todo aquello por adiestrarlos bien para que ninguno muriera en el campo de batalla. En ocasiones veía en él al padre que había dejado en España.

Habían recorrido poco más de una legua y ya estaban exhaustos. La humedad acumulada en el suelo de la selva se les adhería a las botas y las alpargatas de modo que, después de tener que atravesar un par de riachuelos, enseguida tuvieron una pesada capa de barro adherida a las piernas. Aunque se la sacudían cada vez que les resultaba insoportable, no tardaban en volver a embadurnarse en algún lodazal. Por si fuera poco, una densa maraña de mosquitos los masacraba constantemente. En aquellos senderos eran todavía más abundantes que en la costa, donde también resultaban insufribles. No había uno de ellos que no llevara veinte o treinta picaduras encima, ya que cuando los habones de una remitían volvían a dejar hueco para que los insectos se dieran otro festín.

— Hi-hi-hijos de puta— dijo Salamanca dándose un manotazo en el antebrazo.

— ¿Qué pasa pues, Juanito? ¿Pican o qué?— rió Garcés.

Salamanca solía ser el hazmerreír del grupo de amigos. Era un joven de pequeña estatura, cuerpo fibroso y la cabeza tan rapada que casi llevaba más

larga la barba. Su cuero cabelludo estaba salpicado por cicatrices que clareaban, vestigios de una infancia en la que la violencia tuvo que ser el pan de cada día. Era tartamudo por lo que evitaba hablar siempre y cuando no fuera estrictamente necesario. Todos se reían de cualquier cosa que hacía y decía pero en el fondo lo querían.

— A Oliveira no le pican— dijo Farfán uniéndose a la algarabía.

El portugués caminaba con la ballesta apoyada en el hombro. Sus ropas estaban muy desgastadas y sus botas, otrora negras, habían adquirido un color grisáceo. La camisa la llevaba abrochada hasta el cuello y se había embadurnado la cara y los brazos con barro.

— ¡Donde fueres, haz lo que vieres!— respondió señalando un grupo de indios cubanos porteadores que, pese a vestir solo con un taparrabos, tenían todo el cuerpo cubierto de barro seco.

Dicho aquello, Alvarado, que caminaba a la cabeza de la expedición, levantó un puño cerrado en el aire que detuvo la marcha. Aquel hombre siempre estaba concentrado en lo que tenía que hacer ya que, durante todo el trayecto, apenas había mediado cuatro palabras con su alférez y con sus hermanos, que caminaban a su vera. Su melena rubia, su expresión dura y su cuerpo musculoso eran su carta de presentación y Farfán no dudaba que Cortés lo había elegido a él para aquella misión porque sabría sofocar cualquier tipo de movimiento sedicioso entre sus filas, no por fidelidad, si no por gusto por mandar y hacer las cosas bien.

Ante ellos se desplegaba un poblado lleno de casas de madera y piedra. Durante varios minutos lo observaron desde los límites del claro y, tras cerciorarse de que estaba vacío, decidieron adentrarse en él:

— Estad atentos— gritó Alvarado—, podría ser una celada.

— Tened cuidado, chicos— dijo Lugo—. Esta gente ya no nos quiere aquí.

— Me gustaba más cuando les caíamos bien— se quejó Peña.

En silencio sepulcral fueron introduciéndose por aquellas amplias calles flanqueadas por edificios de mediano tamaño. Los habitantes debían haber huido como siempre ya que encontraron los típicos signos de vida humana reciente. Algunos de los veteranos podían ver en la arquitectura las diferencias que tenían respecto a las casas de los mayas. Aquel poblado no era muy grande pero quedaba claro que pertenecía a otra raza.

Cuando llegaron a lo que parecía la plaza central quedaron horrorizados. Ante ellos se erigía un enorme templo de piedra de unos veinte estados de altitud. Tenía forma piramidal y para acceder a la parte superior se ascendía por unas escalinatas grisáceas. En la cúspide había una superficie plana custodiada por enormes esculturas labradas hábilmente en piedra que parecían representar águilas, tigres y otros animales. Un pequeño tejado protegía la cima de los rayos solares.

— ¿Qué es eso de arriba?— preguntó Tapia, que no veía bien de lejos.

— Son... cadáveres— se limitó a responder Barrientos.

En lo alto del templo pudieron ver los restos de tres indios muertos. Parecían haber sido colocados en un altar de piedra y tanto las paredes como el suelo y parte de la escalinata estaban ocupadas por un unguento parduzco que enseguida reconocieron como sangre seca.

— Lugo— dijo Alvarado—. Coged un puñado de hombres e investigad lo que hay en lo alto de esa mezquita. Tened cuidado y si veis algún tipo de sacerdote lo abris en canal. Los demás inspeccionad las casas en busca de cualquier cosa que sea comestible. No hace falta decir que si veis oro lo cojáis también.

— ¡Me cago en diez!— dijo Peña—. Siempre nosotros.

— Todos vosotros— gritó Lugo volviendo a ser el rudo capitán—. Desenvainad las espadas y arriba.

Farfán y sus amigos caminaron detrás de Lugo hasta la primera escalera de aquellas gradas. Detrás de ellos, el resto de la tropa se dispó por las calles

para buscar comida. Heredia, que pasó demasiado cerca del dueño de Palmerín, fue reclutado también para la empresa.

— Vos, Heredia, venid con nosotros y tened un tiro preparado por si acaso.

El vasco refunfuñó mientras iba a colocarse al lado de Farfán, que pese a conocer su carácter, no podía entender cómo podía enfadarse por aquello. Lugo, que debía ser quinto suyo, le había pedido aquello, dentro de lo que era él, con dulzura y sin aires de superioridad.

Los once hombres se desplegaron en tres filas y comenzaron el ascenso por aquella angosta escalinata. Los peldaños estaban tan desnivelados que la escalada resultaba muy fatigosa; aquello no tenía nada que ver con las escaleras de las catedrales españolas, que hasta las viejas las podían subir.

— Si se han ido todos del pueblo no creo que se haya quedado nadie allí arriba— dijo Jaramillo.

— ¿Os parecen poco los muertos?— preguntó Peña sin ocultar el miedo que tenía.

— Son muertos— dijo Ircio—, como si nunca hubieras visto uno.

— ¿Y el ritual que les han debido hacer?— volvió a insistir el joven obeso.

— Quién sabe...— corroboró Garcés—. ¿Y si, al haber entregado sus almas al demonio como hacen, algún espíritu de Belcebú ha ocupado sus cadáveres y nos dan guerra?

— ¡Callaos, por Dios!— gritó Peña santiguándose.

— Joder, Garcés, en ocasiones sois único— dijo Tapia—. Hasta a mí me habéis helado la sangre con ese comentario.

— Como no os calléis ya— comenzó diciendo Lugo—, os voy a meter

tres palmos de hierro entre pecho y espalda y os voy a dar una patada en el culo tan fuerte que vais a rodar grada abajo más rápido que lo que tarda un cura en beberse unas vinajeras.

Aquel comentario hizo tanta gracia a Ircio que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas. Como iba detrás del capitán pudo permitirse taparse la boca con el antebrazo, y el resto de amigos, al verlo, sintieron también la imperiosa necesidad de reír. Alguno ya comenzaba a dejar escapar bocanadas de aire entre los labios, que se encontraban fuertemente contraídos para reprimir la risa, cuando llegaron a la cima del templo. La visión de los cadáveres hizo que toda algarabía se esfumara.

Aunque desde abajo vieron tres, eran cuatro los cuerpos inertes. Tres de ellos eran de varones de su misma edad y todos parecían haber sufrido la misma suerte. En su abdomen, bajo el pecho, llevaban una profunda herida a través de la cual podían ver el oscuro interior de las entrañas. Algunos de ellos ya solo conservaban el tronco porque habían sido mutilados de las extremidades. Mientras Peña contemplaba horrorizado un trozo de hueso que sobresalía en el hombro de uno de ellos, Tapia dijo:

— Mirad, les arrancan los corazones.

Sobre una pequeña piedra muy bien pulida pudieron ver cuatro de ellos. Tres eran sustancialmente más grandes que el cuarto aunque todos estaban secos y podridos por el sol.

— Ese pequeño... — comenzó a decir Garcés.

— Es de ella — le respondió Farfán señalando con la espada el pequeño cuerpo de una india que, semidesnuda, reposaba inerte al lado de un muro que subía hasta el techo.

Parecía solo una niña de menos de diez años pero aquel agujero en el vientre no era menor que el del resto de hombres. Una de sus piernas estaba extrañamente doblada sobre sí dando a entender que, después de sacrificarla, debían haberla arrojado allí.

— ¡Santa María!— exclamó Barrientos.

— ¿Cómo pueden hacer esto?— dijo Jaramillo.

— Venga— les apremió Lugo—. Inspeccionad el lugar rápido y vámonos de aquí cuanto antes.

Mientras los soldados obedecían aquella orden, Itzel, la india tabasqueña que seguía a Heredia a todas partes, ascendió junto a su amo hasta la cima del templo. El vasco se había colocado en el altar con el arcabuz preparado por si tenía que disparar contra alguien. Vio a la mujer subir las escaleras lenta y pesadamente pero, aunque intentó por señas hacerle entender que no hacía falta que lo hiciera, llegó arriba con una sonrisa bobalicona en la boca.

— ¿Qué voy a hacer contigo?— dijo desesperado.

La mujer no se inmutó ante la visión de los cuerpos mutilados y aquello dio una idea al hombre:

— ¿Sabes por qué hacen esto?

Itzel pareció entender que le estaban haciendo una pregunta por lo que frunció el ceño y ladeó levemente la cabeza mostrando interés en lo que su amo le pedía.

— Esto— dijo Heredia señalando el cuerpo del joven que todavía seguía en el altar.

Los soldados ya habían vuelto con las manos vacías de la exploración de aquel cubículo y, aunque ya se disponían a comenzar el descenso, tuvieron que detenerse para observar a la india, que colocándose detrás del altar, comenzó a gesticular. Había entendido por fin lo que Heredia quería de ella por lo que decidió representar lo que había ocurrido allí para que lo supieran los españoles. Estos observaron con detenimiento cómo iba moviendo los brazos en el aire para señalar al sol. Parecía estar realizando una especie de oración pero no articulaba palabra. Fingiendo sacar un cuchillo de un cinturón que no tenía lo alzó sobre su cabeza y representó cómo debían haberlo clavado en el pecho de

aquel joven cadáver. Después de ello trasladó un corazón imaginario hasta la piedra en la que estaban los demás y quedó mirando a sus señores en busca de su apreciación.

— ¿Y las piernas?— preguntó Farfán señalando con la espada la parte inferior del tronco mutilado de la víctima.

Itzel entendió de nuevo la pregunta y llevándose una mano a la boca hizo un gesto que fue entendido como «comer».

— Se los comen— dijo Peña—. Los sacrifican al demonio y luego se los comen.

— ¡Bárbaros!— sentenció Lugo con ira.

Capítulo LXV:

— ¡A ver quién es el valiente que me echa el guante!— bramó Velázquez de León.

El capitán se encontraba rodeado por seis soldados que, por órdenes de Cortés, habían ido a apresarlo. Pese a que Alvarado se había llevado en misión de exploración a la mayor parte de hombres que apoyaban la idea de volver a Cuba, los sediciosos no desistieron en su tarea de desprestigiar al General. Junto con Ordaz, Escudero, Escobar, Morla y un puñado de soldados, los insubordinados se negaron a seguir desempeñando las tareas que les eran encomendadas y pasaban la mayor parte del tiempo vagueando en la playa o cuestionando las órdenes que les daban. En aquellos momentos ni siquiera contaban con el apoyo de la masa por lo que, de no haber tomado represalias contra aquella afrenta, el mando del General hubiera sido minado.

En su tienda trató el asunto con Escalante, Portocarrero, Olid, Sandoval y algunos de los soldados en los que más confiaba. No quiso avisar a más capitanes porque quería que todos los que estuvieran al tanto del siguiente movimiento fueran sus más leales amigos y colaboradores. A cada uno de ellos les ordenó que, con un puñado de hombres, sorprendieran a sus objetivos y los maniataran.

Ordaz cayó enseguida. Se encontraba caminando por el campamento junto con Escudero y, al ver venir a una decena de soldados fuertemente armados hacia ellos, supo lo que estaba ocurriendo. No tuvieron que esforzarse demasiado ya que, en cuanto le pidieron que se rindiera, entregó las manos para que se las ataran diciendo:

— ¡Haya paz!

— ¿Qué demonios es esto?— exclamó Escudero.

— Más os valdría que os entreguéis— le respondió Ordaz—. ¿No apresasteis una vez vos a Cortés? Ahora os la devuelve.

Ordaz mantuvo la compostura en todo momento ya que estaba convencido de que nada malo iba a ocurrirle. El General había realizado otro astuto movimiento aunque, con él, había conseguido descubrirse delante de la tropa. Aunque ya hacía días que todo el mundo sabía las intrigas que se llevaban entre manos en el mando, todavía nadie las había hecho públicas. Aunque pudiera parecer insólito, eran españoles y siempre llevaban la honra por bandera. Eran capaces de trabajar a conciencia para minar a un rival, odiarlo y mancillar su nombre en privado manteniendo siempre los buenos modales y la colaboración en público. Ahora Cortés había dejado claro que ya no iba a tolerar más ese juego y, si se equivocaba, quedaría como el que había iniciado las hostilidades.

Con Morla y Escobar tampoco tuvieron mayores dificultades. El primero se entregó en cuanto vio los filos de las espadas brillar y el segundo, percibiendo que su amigo no iba a ayudarlo, también lo hizo. Fue con Velázquez de León con el que encontraron problemas.

— ¡Venga cobardes! ¿Quién es el primero?

Con sus impresionantes proporciones intimidaba al grupo de soldados que, moviéndose hacia los lados, fueron rodeándolo. Los ojos inyectados en sangre, el ceño fruncido, los labios contraídos y la barba enhiesta... su rostro reflejaba el odio personificado. Aferrándose con la mano izquierda la vaina de cuero que llevaba ceñida al cinto extrajo con la otra la espada que descansaba en su interior y que, por pertenecer a semejante coloso, era de una longitud y envergadura brutales.

— ¿Os asusta esto?— gritó mientras algunas gotas de saliva salían disparada entre su mostacho y su perilla.

El sonido chirriante de la hoja abandonando la cobertura metálica del cuero heló la sangre de los soldados. Con presteza, desenvainaron también sus espadas para hacer frente al capitán que, sin mover la suya, la sostenía en el aire como si fuera un juguete. No esperaban encontrar aquel tipo de resistencia y, en un principio, no supieron qué hacer:

— ¡Juan!— dijo Escalante acercándose con aire conciliador—. Volved a guardar la espada y entregaos. No queremos derramar sangre española.

— ¡Si queréis mi vida me la cobraré bien cara!— bramó de nuevo Velázquez de León.

— Nadie quiere vuestra vida— contestó Escalante tranquilizándolo con gestos de sus manos—. Os prometo que no vamos a ejecutaros ni nada por el estilo. Esto solo es un arresto cauteloso.

— ¡Venid!— gritó de nuevo ignorando al capitán.

— ¡Por Dios!— insistió Escalante desesperándose—. No hagáis una locura. Ya sabéis cómo es esto, nos echamos unas carreras, un par de días con grilletes y mañana todos amigos. Deponed las armas, por favor.

Velázquez de León dirigió una mirada de soslayo a Escalante que, con mirada sincera, permanecía inmóvil con las palmas extendidas hacia él. Aunque ya no confiaba en Cortés, sí que lo hacía en aquel capitán. Fue por ello por lo que, lanzando su espada al suelo, dijo:

— No moriréis hoy.

Los soldados permanecieron inmóviles mientras el gigante se desanudaba unas piezas metálicas que pendían de la parte posterior de su cinturón. Con cierta curiosidad esperaron, pensando que sería una daga, pero su nerviosismo volvió a crecer cuando vieron de qué se trataba. Con paciencia y expresión seria acabó de desatar los dos guanteletes de su armadura y, tras enfundárselos en las manos, movió los dedos en el aire diciendo:

— Pero no os lo voy a poner fácil. Si voy a estar unos días con cadenas espero llevarme alguno de vuestros dientes por delante para merecérmelas un poco.

— ¡Soldados, prendedle!— gritó Escalante azuzando a los hombres; tenía miedo de que se acobardaran por aquello.

Los hombres se abalanzaron sobre Velázquez de León sin dilaciones para cumplir aquella orden directa. El primero de ellos, como era de esperar, recibió un potente puñetazo en la boca que lo dejó tumbado en la arena. Su rostro enseguida se inundó de sangre que salía de todas sus cavidades. El resto de sus compañeros agarraron al capitán por los brazos y por las piernas mientras éste, berreando, se batía como gato panza arriba. A los pocos segundos consiguieron hacer que clavara una rodilla en el suelo pero, en aquel momento, se liberó de una mano con la que consiguió soltar un par de manotazos a otro hombre al que dejó inconsciente en el suelo. Los soldados se estaban viendo en problemas para reducir a aquella mole de músculos por lo que uno de ellos desenvainó su espada y, con la parte plana entre los filos, comenzó a golpearle en la espalda y las piernas. Con cada embestida el metal se doblaba como si fuera un látigo de modo que adquiriría tal velocidad y fuerza que no necesitó más de diez sacudidas para dejar a Velázquez de León rendido en el suelo. Todavía intentó levantarse una vez más pero el soldado, girando la espada en su mano, colocó la punta besando su cuello. Un hilillo de sangre comenzaba a brotar de la minúscula herida cuando dijo:

— Si movéis un músculo os abro en canal la garganta. ¡Atad a este bellaco!

Apresaron a doce hombres en total y, maniatados, los llevaron en un batel hasta uno de los navíos. Las bodegas de éste serían el lugar en el que permanecerían encadenados hasta nueva orden. Cortés pretendía darles un último aviso que les hiciera saber que, o cesaban las hostilidades, o no habría nuevas oportunidades. Si seguían enfrentándose unos con otros no conseguirían otra cosa que debilitarse ante el enemigo y, ahora que los mexica se habían marchado desairados, eso era lo que menos les convenía.

Hacía ya un día que se había ido Alvarado y, finalmente, tuvieron que desembarcar las últimas raciones y conservas que habían traído de Cuba. La tropa sabía que si no encontraban una buena fuente de alimentos pronto comenzarían a pasar las mismas penas y desventuras que vivieron con Grijalva y Hernández de Córdoba. La caza y la recolección podían dilatar en el tiempo la llegada de la hambruna pero solo eran una solución temporal. Las batidas traían

algunos venados, aves y otros extraños animales pero solo servían de aperitivo para un ejército formado por quinientos soldados y unos cuatrocientos acompañantes. Las cocineras como Isabel, la amiga de María, solían conseguir engañar el hambre de la tropa cocinando sopa boba, tal y como se había comido en Europa durante siglos. Para realizar aquella comida solo tenían que hervir grandes cantidades de agua y echar en ella raíces, algunas patatas y cebollas pasadas y la poca carne o huesos que tuvieran. Con ello conseguían un plato pobre en nutrientes que, por lo menos, calentaba el estómago después de una larga jornada.

Cortés se preguntaba cuánto más iba a tardar Alvarado en volver con comida y, en lo más profundo de su ser, comenzó a temer que hubieran sido atacados por los mexica. Eran un grupo de cien hombres por lo que no les iba a resultar muy difícil acantonarse en algún cerro y resistir durante horas. Si aquellas gentes peleaban de la misma manera que los tabasqueños de Centla podría funcionar pero, después de todo lo que había visto, intuía que el poder de Moctezuma era muy superior al de los mayas.

Mientras comían aparecieron de nuevo aquellos indios a los que Marina llamó totonacas. Eran un grupo de treinta y acudieron vestidos y ornamentados de la misma manera que la anterior vez. Los enormes aros que les agrandaban los labios, la multitud de pendientes y tatuajes y aquellos ropajes parcos resultaban sorprendentes y terroríficos para algunos españoles, que no podían evitar pensar que semejante deformación corporal debía resultar muy dolorosa.

El General los recibió con abrazos mientras llamaba a sus intérpretes. Siempre dispensaba aquel recibimiento a cualquier embajada pero, tal y cómo se encontraban, en aquel momento su felicidad estaba más que justificada. Los totonacas se habían mostrado muy cordiales la última vez que hablaron y nada había que necesitaran más los españoles que apoyo logístico. De cualquier forma, aquella nación era súbdita de los mexica por lo que también cabía la posibilidad de que se encontraran disconformes con ellos al igual que los anteriores.

— Nos encontramos muy felices de veros— dijeron los indios después de los saludos protocolarios—. No nos hemos atrevido a venir antes por miedo a

los mexica. Ahora que se han ido podremos ser amigos.

— ¿Teméis a los mexica?— preguntó interesado Cortés.

— Sí. Ya sabéis que su soberano, Moctezuma, señorea despiadadamente estas tierras. Sus guerreros nos miran con odio y desprecio y no les temblaría el pulso en matarnos a todos o llevarnos como esclavos si se les antojara. Nuestro señor lamenta no haber venido a saludaros en persona y nos envía a nosotros para que no os falte de nada.

— Ya veis que estamos un poco faltos de comida— dijo Cortés sonriendo mientras extendía un brazo señalando el campamento.

— Nosotros os la traeremos— se apresuró a decir uno de los totonacas que hablaba náhuatl—. ¿Qué coméis? ¿Y qué comen vuestras bestias?

Durante varios minutos Cortés les explicó que los españoles eran seres humanos como ellos y que las bestias que tanto temían eran animales. Aquellos indios también quedaron sorprendidos por el hecho de que los caballos fueran herbívoros y el General no pudo evitar esbozar una sonrisa imaginando lo diferente que hubiera sido la historia de la humanidad si se hubieran alimentado de carne. Para empezar, incluso la domesticación hubiera resultado casi imposible.

— ¿Nos haríais el honor de venir a nuestro pueblo?— dijo finalmente uno de los totonacas—. Sois tantos que estaríais mucho mejor atendidos allí. Se llama Cempoala y así podríais conocer a nuestro cacique.

— Nada nos haría más felices— respondió Cortés sintiendo cómo la fortuna invadía su persona.

Aquella posibilidad parecía haberles caído del cielo. No sabía cuánta población tendría la villa pero no le cabía duda de que no les faltaría de nada si se encomendaban como huéspedes a aquellos simpáticos amigos. Los sediciosos volverían a tranquilizarse ya que los hombres, con el estómago lleno, siempre son más agradecidos. Por otro lado, podrían instalarse cómodamente para establecer una base de operaciones que les permitiera establecerse en

Yucatán. Nada importaba que ya hubieran fundado una ciudad en aquel arenal, la Villa Rica de la Vera Cruz podría erigirse unas leguas más lejos de donde se fundó sin problemas. Además, la fortaleza que habían comenzado a construir les estaba saliendo torcida y les resultaría muy provechoso volver a hacer otra desde cero; nadie quería admitir que, después de tantos esfuerzos, la estuvieran haciendo mal.

— ¡Señor!— gritó un soldado—. ¡Vuelve Montejo!

Los dos bergantines que mandaron en busca de un fondeadero hacían oscilar sus velas a lo lejos, pegados a la costa norte. Los hombres vitorearon el regreso del capitán ya que muchos habían comenzado a creer que habrían naufragado o muerto en las profundidades abisales. Les había tomado muchos días y era tan poco lo que sabían de aquella parte del mundo que si hubieran vuelto con historias de dragones y sirenas les habrían creído.

Una vez desembarcados, Montejo y Alaminos se acercaron al General, que los esperaba sonriente entre totonacas y españoles. El capitán caminaba a grandes pasos y el piloto, por ser de baja estatura, tenía que corretear a su vera para no quedarse atrás. Uno era un hombre de armas, rico, valiente y experimentado y el otro el mejor marinero que ninguno de ellos había conocido jamás. Eran personalidades muy diferentes pero ambos resultaban formidables en sus respectivos campos.

— Don Francisco de Montejo y don Antón de Alaminos— dijo Cortés ceremoniosamente—. No sabéis cuanto me alegro de veros. ¿Qué ha sido del fondeadero?

— Lo encontramos— respondió el capitán.

— ¿Solo eso?— saltó Alaminos—. Llevamos una semana peleando contra los elementos. Señor, no tenéis ni idea de las tormentas que nos hemos tenido que comer. Hubo momentos en los que los padrenuestros de los marineros se oían mejor que el bramido de las olas, no pensábamos que regresaríamos con vida.

— Por eso os mandé a vos— respondió Cortés sonriente, que hacía tiempo que sabía cómo había que tratar a tan vanidoso personaje—, porque no hay un piloto mejor que vuestra merced a este lado del océano.

— ¡Y posiblemente al otro tampoco!— apuntó levantando un dedo.

— ¿Y dónde está?

— A unas ocho leguas hacia el Noroeste siguiendo la costa— respondió Montejo señalando el lugar por el que habían venido.

— ¡Qué casualidad!— exclamó Escalante—. Los totonacas viven por allí.

— ¿Quién?— preguntó extrañado Montejo.

— Los totonacas— repitió el General acercándose a él y poniéndole una mano en el hombro—. Acabáis de venir y ya voy a pedir os preparéis para partir. En cuanto regrese Alvarado nos iremos todos a ese poblado al que llaman Cempoala con nuestros amigos y aliados totonacas. Sé que todo esto os suena a nuevo pero enseguida os pondremos al día. Han pasado muchas cosas desde que os fuisteis.

Capítulo LXVI:

Solo un grupo de cien hombres, entre marineros y tropa, tuvieron la suerte de proseguir la marcha en los navíos. Pilotados por Alaminos y capitaneados por Escalante, las diez embarcaciones emprendieron la navegación dirección noroeste mientras, en las bodegas, una docena de hombres blasfemaban o pedían clemencia sepultados por cadenas. Viajaban en las de la nao capitana y éstas resultaban un lugar oscuro y húmedo ya que la luz solamente conseguía entrar por una pequeña rendija en la cubierta y el agua marina se filtraba, en ocasiones, a través de la madera. Las sujeciones les permitían moverse uno o dos pasos por lo que podían acomodarse en el suelo pero, a algunos como Velázquez de León, por haberse resistido con tanto pundonor, se las habían aferrado más cortas. No llevaba ni unas horas en aquella posición y ya parecía uno de esos presos que pasan toda la vida bajo rejas. Sus largos cabellos, mojados por el sudor y el agua, caían sobre un rostro en el que solo podía albergarse la ira. En las muñecas y tobillos se habían dibujado marcas por el roce del metal y, aunque seguía siendo enorme y corpulento, el estado de sus ropas le hacían parecer macilento y en riesgo de muerte por inanición.

El resto del ejército marchó por tierra. Aprovecharon los caminos y senderos que habían hecho los lugareños a base de repetir las mismas rutas durante milenios pero intentaron no alejarse de la costa. Aunque estaban siendo guiados por un puñado de amigables totonacas no podían quitarse de la cabeza aquella espada de Damocles, el sentimiento continuo de peligro personificado por los mexica, la nación que les había negado la amistad. Los soldados iban armados, los jinetes lanza en ristre y los cañones preparados por si se veían en la necesidad de disparar un par de tiros disuasorios.

Solo tenían ocho leguas de marcha y, aunque la mayor parte de las cargas iban a bordo de los navíos o las portaban los doscientos esclavos cubanos que llevaban, el camino les resultó hartó fatigoso. El calor, los mosquitos, los ríos y los barrizales hicieron que caminaran pesadamente y se demoraran más de lo previsto. Cuando oscureció hicieron escala en un pequeño poblado totonaca en

el que, aunque fueron hospedados cordialmente, no pudieron saciar su hambre completamente; era demasiado pequeño para albergarlos a todos. El General dispuso a los centinelas para que velaran el sueño del resto del ejército y mandó mensajeros a Cempoala para que avisaran al cacique de que al día siguiente arribarían a su destino.

Al poco de reanudar la marcha, Farfán, que se encontraba con sus amigos en una posición próxima a la vanguardia, se acercó a Heredia, que con el arcabuz en las manos caminaba ignorando a Itzel, la tabasqueña.

— Heredia, os traigo una cosa.

— ¿El qué?

El sevillano sacó de su alforja de viaje una pequeña bolsa de tela que estaba cuidadosamente anudada por un cordel. Con cautela la abrió y, agitándola sobre su palma, un fulgor áureo desprendido por varias figurillas del tamaño de garbanzos apareció en sus manos.

— Os debía una espada, ¿recordáis?

Después de que Cortés fuera reelegido como líder del ejército los soldados pidieron que se repartiera el botín que habían hecho hasta la fecha. Apartaron, tal y como era debido, el quinto del rey y el quinto que le correspondía al General por su cargo y por haber sido el armador de la expedición. Tras ello, aquel enorme montón de exóticas piezas de orfebrería, joyas y oro en polvo fue dividido en tantas partes que se convirtió en quinientas minucias. Eran demasiados soldados para lo poco que habían rescatado por lo que, contando que pilotos y capitanes cobraban mayor salario, el resto fue entregado matemáticamente a la tropa. Tanto Farfán como Heredia habían recibido un poco más por ser poseedores de un perro y un arcabuz respectivamente pero, pese a ello, seguían poseyendo una cantidad irrisoria.

— Tomad la espada como un regalo— respondió Heredia frunciendo el ceño—. Mal habría de ser si esperara encontrar tan poco oro que con esas menudencias tuviera que sentirme confortado. Este viaje no habrá merecido la

pena si no rescatamos una cantidad lo suficientemente grande como para despreciar lo que llevamos ahora en los bolsillos si se nos cae al suelo solo por no tener que agacharnos.

Farfán quedó varios segundos con los tesoros en la mano mirando al viejo. Sus palabras parecían acertadas pero desde que el tesorero le entregó su parte las catalogó como propiedad de Heredia. Aceptaba que le regalara la espada pero, moralmente, se sintió en deuda con él.

— No las querrá él pero recordad que la espada os la compré yo— dijo María haciendo acto en escena—, así que más os valdría guardaros esas joyas para comprarme un buen vestido.

— ¿Un buen vestido decís?— rió Farfán poniéndose al lado de la joven—. ¿Desde cuándo os gustan los vestidos si en cuanto os ponéis uno os lo rasgáis para enseñar?

— ¡No es para enseñar!— respondió María fingiendo sentirse ofendida—. Sabéis que el calor es insoportable y así voy más cómoda.

— Pues enseñáis, y por cierto, unas piernas preciosas— apuntó el joven con tono seductor.

— Sí que enseñáis, sí— gritó Barrientos dos filas más atrás.

— Unas pi-pi-piernas espectacu-culares— añadió Salamanca a su lado.

— A más de uno se nos hacen más agradecidas las guardias a la intemperie cuando las traemos a la memoria— gritó Ircio.

— ¡Vive Dios que sí!— apuntó Garcés rascándose sonoramente las cicatrices de su rostro picado por la viruela.

— ¡Callaos, imbéciles!— bramó María deteniéndose en seco y fulminándolos con la mirada mientras colocaba los puños sobre sus caderas.

Los soldados rieron aquel comentario y, poco a poco, fueron jaleándose

unos a otros hasta que comenzaron a parecerse a una de aquellas manadas de monos con las que se encontraban a veces y que solían gritar y aullar desde los árboles.

— ¡La María se nos pone fura!— bramó Jaramillo.

Con los puños cerrados se golpeaban el peto o el escudo, berreaban y alguno incluso blandió una espada al aire. Parecían una verdadera manada de lobos en celo.

Visto por alguien que no les conociera, aquella escena podría haber parecido ofensiva hacia la muchacha. En realidad, todos y cada uno de los componentes de aquel grupo de aventureros habían trabado una sincera y gran amistad. Eran una veintena en total y tenían edades comprendidas entre los dieciséis años, entre los cuales se encontraban María y Jaramillo, y los veinticinco años. Eran, por otro lado, hombres en su mayoría, por lo que la catalana y su amiga Catalina, que se ganaba la vida como meretriz intercambiando unas horas de placer por ciertas joyas u granos de oro, se sentían bastante mimadas y halagadas por el resto. Debido a su juventud, lo que perdían en experiencia, lo ganaban en energía y vitalidad, por lo que solían ser el centro de atención y los que mejor respondían ante las exigencias físicas. Generalmente, no tenían enemigos en el resto del ejército y su relación era cordial con la mayoría de la tropa. Bisoños como Ortega, Heredia o Vecellio preferían relacionarse con individuos de mayor edad pero también se encontraban muy a gusto con ellos ya que solían juntárseles diciendo aquello de «me vengo con vosotros a ver si se me pega algo de juventud».

— ¿Así que queréis que os compre un vestido?— le dijo Farfán en un susurro, todavía con la sonrisa en la boca, cuando sus amigos volvieron a callarse—. Bien sabéis que en toda esta isla, continente o lo que sea no hay un solo sastre que sepa hacer un vestido para vos. Si lo queréis tendríamos que volver a España a comprarlo.

— ¿A España? ¿Con vos? Si no sois capaz de navegar dos leguas sin vomitar.

— Algún día tendréis que conocer a vuestros futuros suegros, por ello hasta sería capaz de hacer tripas corazón y volver a cruzar el océano— sentenció Farfán con sonrisa maliciosa dejando sin palabras a la muchacha.

Durante los últimos días los dos jóvenes habían estrechado mucho más su relación. Cuando Farfán volvía de las guardias o de realizar cualquier tipo de trabajo María solía esperarle con un cuenco de comida y alguna fruta. Mientras se alimentaba se quedaba a su lado mirándolo y pidiéndole que le contara lo que había visto desde el puesto fronterizo o lo que había tenido que hacer. El sevillano no deseaba otra cosa que volver al campamento para encontrarse con ella y, desde no hacía mucho, había comenzado a instruirla en el manejo de la espada. No importaba cuán cansado estuviese, María siempre se sentía ilusionada ante las clases y él no podía negarle nada.

Cuando regresó con Alvarado de la expedición en busca de alimentos ni siquiera la historia que le refirió sobre los sacrificios humanos la achantaron; María esperaba pacientemente con la espada que habían tomado prestada del arsenal. Era ligera aunque estaba un poco desgastada por lo que podía manejarla con facilidad y nadie iba a lamentar su ausencia.

— Sabed que solo os enseño para que no me quitéis más veces la navaja— le dijo al empezar.

— Mi navaja, mía, la mía, es mía, ¡ay mi navaja que me compró mi padre!— le replicó María poniendo voz de hombre.

Colocándose la una en frente del otro le enseñó cómo debía ponerse en guardia. La muchacha aprendía a gran velocidad pero, después de la primera vez que empuñó el hierro, tuvo que dejar pasar un par de días para recuperarse de las agujetas que le aparecieron en los brazos. Poco a poco iba adquiriendo más habilidad y fuerza y, para sorpresa del instructor, mejoraba mucho más rápido que alguno de los soldados como Peña.

— Si montáis la guardia alta podéis cubriros de los golpes con rápidos giros de muñeca. Debéis asir con fuerza el arma y estar atenta. Si os atacan con una estocada de frente debéis ladear el cuerpo y dejar caer la espada por ese lado

para esquivarlo. Así... ¡pero no! Mirad, si pasáis en esa postura las cinco horas que puede durar una batalla corta tendrán que cortaros las piernas después.

— ¡Pero si las he puesto como me dijisteis!

En aquel momento Farfán se colocó detrás de María y, agarrando sus muñecas, se las hizo bajar hasta ponerlas a la altura de la cabeza. Al principio tuvo que vencer la resistencia de su fuerza ya que mantenía rígida la espada en el aire.

— Dejad sueltas las piernas. ¡Luego que os salen agujetas!

El sevillano colocó su cabeza en el hombro de María para mirar por encima y, poniendo sus manos sobre los muslos, estiró de ellos para que sus piernas adoptaran una posición más cómoda. En aquel momento, y no antes, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Desde aquel lugar tenía una visión panorámica del escote de la muchacha, cuyas caderas quedaron dispuestas a escasa distancia de las suyas. Un mechón de aquel largo pelo claro le hacía cosquillas en la barba y, desde aquella cercanía, el calor de su femenino rostro ruborizado llegaba hasta el suyo.

María dejó laxas las rodillas pero ladeó ligeramente su cabeza hacia la del joven. Como estaba detrás de ella solo pudo ver sus labios y la punta de su nariz pero él, ignorando por completo las enseñanzas de esgrima, desvió su mirada hasta sus pómulos, su fina mejilla, los labios húmedos y carnosos y aquel cuello largo y blanco que ascendía y bajaba al ritmo de la respiración. Farfán creyó ver pasión en María pero no pudo dar un paso más y cerciorarse ya que, como otras muchas veces, Orteguilla llegó corriendo con alguna historia para importunarles.

— ¡Se acercan jinetes!— gritó Lugo destruyendo aquellos recuerdos y haciendo que el sevillano volviera a las espesas selvas cercanas al poblado totonaca.

Los soldados se pusieron en guardia. Como sabían que los indios no tenían caballos aquello solo podía significar que la avanzadilla exploratoria que

habían enviado regresaba. El sonido de los cascos fue haciéndose cada vez más audible hasta que, de entre los árboles, aparecieron al galope tres jinetes. Se trataba de Lares, Morón y aquel mallorquín que se había hecho muy amigo suyo recientemente y que se apellidaba Domínguez.

— ¡Cempoala!— gritó este último—. Lo hemos visto, a menos de una legua.

— ¿Cómo es?— preguntó Cortés asiendo las riendas de uno de los caballos para que se detuviera.

— ¡Es enorme!— respondió excitado Lares—. Bien podría parecer una ciudad española. Las casas son de cal y canto y hay multitud de jardines, árboles y acequias.

— Hay además...— comenzó a decir Domínguez.

— No— le cortó Morón agarrándolo del brazo con mirada seria.

— Hay— insistió de nuevo el mallorquín—, un templo de plata.

— ¿De plata?— preguntaron al unísono los soldados que más cerca del lugar se encontraban.

— De plata, como lo oís— respondió exultante Domínguez.

— ¡Que no era plata!— corrigió con cara de pocos amigos Morón—. Que era yeso y a éste le ha dado el sol en el casco o que se yo.

— ¡Plata!— gritó Domínguez.

— Yeso— corroboró Lares.

— Dejaos ya de monsergas— finalizó el General—, y llevadnos al pueblo.

Capítulo LXVII:

El General esperó, inmóvil, junto a sus capitanes en medio de la calle mientras la comitiva de bienvenida totonaca se iba aproximando. Como solía hacer cuando esperaba tratar con los líderes indígenas, se presentó con sus mejores galas. El negro de su jubón y calzas, tan de moda en la España que habían dejado atrás, solamente se veía aderezado por el penacho de plumas y el peto metálico que le cubría el torso. La espada, elemento que siempre debía acompañar a todo caballero que se preciase, descansaba colgada en el cinturón. Los brazos junto al cuerpo, las piernas ligeramente flexionadas y una cordial sonrisa asomando entre los pelos de la barba le conferían aquel porte principesco que lo caracterizaba.

Los soldados se habían repartido por la calle, expectantes, mientras esperaban aquel choque entre dos culturas que nunca antes se habían visto la una a la otra. Cempoala les había impresionado sobremanera ya que en nada se parecía a los poblados por los que habían pasado en Yucatán ni, mucho menos, las chozas y cobertizos en los que vivían los indios de las islas antillanas. Aquella ciudad estaba llena de imponentes casas de cal y canto, altas torres revestidas de almenas y troneras al igual que las castellanas, templos, murallas, avenidas, plazas, pozos, jardines, huertas... Tanto se conmovieron mientras iban al encuentro del cacique local que algunos soldados dijeron que el lugar parecía Sevilla. Muchos de ellos comenzaron a llamarlo con ese nombre y otros Villaviciosa. El templo de plata que había creído ver Gonzalo Domínguez resultó ser, tal y como dijeron sus amigos, de yeso. Las risas estallaron en la tropa cuando vieron su rostro desilusionado al alcanzarlo de nuevo y algunos le gastaron bromas en las que señalaban objetos o ropajes blancos y le preguntaban que si aquello era plata o qué era.

Los totonacas parecían encantados ante la llegada de los extranjeros ya que todo lo que llevaban les parecía exótico y misterioso. Unos reaccionaban con miedo ante los perros y los caballos, otros se acercaban a palpar las barbas de los españoles y sus armas. Algunos niños correteaban delante de la tropa gritando y riendo. Sus ropajes, tatuajes y abalorios eran similares a los de los

individuos que se habían presentado previamente en el campamento para ofrecerse como guías en el viaje.

En cuanto el cacique se encontró lo suficientemente cerca de los españoles enseguida reconocieron que era el jefe del lugar. Lo transportaban entre seis fornidos indios, sentado en una especie de trono hecho de madera y ornamentado con multitud de flores y joyas. Se trataba de un hombre que parecía rondar los cuarenta y estaba tan obeso que sus brazos, papada, tripa, nalgas y piernas componían una especie de masa de carne y grasa que bien podría haber pasado por la de un cerdo. Su rostro se encontraba hundido entre unos prominentes pómulos, mofletes y cejas del que solo sobresalía una nariz afilada y unos ojos almendrados. A escasos pasos del General se detuvieron en seco y, tras depositar el trono en el suelo, le ayudaron a levantarse. El cacique se tambaleó durante varios segundos mientras los pliegues de su cuerpo oscilaban y, tomando un collar de flores que una mujer le acercó, se lo colgó al cuello a Cortés. Los indios que lo habían transportado hasta allí se agacharon y, cogiendo un pellizco de tierra, se pusieron en pie y la espolvorearon sobre sus cabezas a modo de saludo.

— Soy Quauhtlaebana, cacique de los totonacas y os damos la bienvenida a nuestra ciudad, Cempoala. Nos hace felices que unos teules como vosotros se hayan dignado a visitarnos y nos sentiremos muy holgados satisfaciendo todas las necesidades que podáis tener.

Entre los líderes de las dos facciones tuvo que disponerse una cadena de intérpretes que hicieran posible la comunicación. El cacique hablaba en su lengua para que uno de sus hombres tradujera al náhuatl. Este idioma era entendido a la perfección por Marina, que lo transmitía a Aguilar y éste lo vertía al español lo suficientemente alto para que todos la oyesen.

— Mi nombre es Don Hernando Cortés y soy el General de los españoles. Venimos del otro lado del océano en nombre del más grande soberano de la tierra, el rey Carlos que, además, es emperador de los cristianos. Nosotros también nos sentimos muy contentos de haberos conocidos y, si nos alojáis, nuestras culturas podrán acercarse y compartir gran número de cosas.

— Es un placer oír vuestras palabras— respondió el cacique sin ocultar su felicidad—. Como estuvisteis con los mexica todo este tiempo no nos atrevimos a acercarnos a vosotros pero nos sentíamos muy intrigados por vuestras hazañas y teníamos muchas ganas de conoceros. En nuestra ciudad podréis descansar y nada os ha de faltar. Sólo tenéis que decirnos qué coméis vosotros y vuestras bestias y os lo traeremos. Podréis dormir en los aposentos del templo principal, que como veréis es lo suficientemente grande para todos vosotros.

El General no cabía en sí de gozo ante la buena suerte que acababan de tener. Abandonados por los mexica, muchos empezaron a creer que morirían de hambre o masacrados por sus guerreros tal y como había ocurrido con las dos expediciones anteriores. La moral de la tropa estaba descendiendo vertiginosamente y Cortés tuvo que llevar a cabo intrépidas maniobras para evitar una verdadera rebelión contra su mando. Agradecía que los totonacas se mostraran tan dispuestos a alojarlos en sus dominios pero todavía no quería bajar la guardia completamente. Si algo había aprendido en el poco tiempo que llevaba en Yucatán era que los indios resultaban impredecibles ya que, un día podían traer comida y regalos y otro día volvían con flechas y varas. Aquel cacique parecía sincero pero, en un principio al menos, tendría un destacamento o dos siempre armados, los caballos ensillados y los cañones cargados. Cempoala era una villa abarrotada de gente y bien podría tener cinco mil vecinos. Por otro lado, era la capital de la región en la que vivía aquella nueva raza y no tenía ninguna duda de que el cacique podría invocar sin problemas a los guerreros de toda la zona si decidiera hacerle la guerra.

— Agradecemos las mercedes que nos hacéis— comenzó a decir—, y muy a gusto pagaremos todo lo que comamos. No debéis temer nada de los españoles porque nuestra misión aquí no es la de tiranizar a nadie, ni robar, ni matar. Respetaremos todo lo que tengáis, vuestras tierras, casas y mujeres a cambio de que queráis ser nuestros amigos.

Dicho aquello se acercó al cacique y le estrechó la mano con vigorosidad. Tras ello le dio un abrazo efusivo con el que apenas pudo rodear semejante mole.

Mientras los indios volvían a agradecer protocolariamente el gesto, Cortés echó una ojeada a sus capitanes. Alvarado, a dos pasos por detrás de él, observaba la escena con los brazos cruzados y mirada seria. Lo tenía por el hombre más capaz, después de él mismo, para comandar al ejército, pero hasta la fecha no había dado muestras de querer arrebatarse el mando. Era un hombre independiente pero extremadamente efectivo; cuando le mandaba algo lo cumplía con diligencia. Todo el mundo sabía que se había enojado cuando Diego Velázquez no pensó en él para capitanear la expedición pero Cortés había aprendido cómo debía tratar con él. Consultaba su opinión y lo respetaba más que a ningún otro. No solía encargarle ninguna misión que pudiera menospreciar su autoridad o rango y, gracias a aquellos detalles, había conseguido que, aunque no pudiera contar con él como aliado en todo aquello que no fuera estrictamente necesario para llevar a buen puerto la empresa, tampoco lo tenía por enemigo.

Portocarrero por fin había cogido el gusto a la vida de conquistador. Cortés tuvo que comprarle un caballo en Cuba para que se decidiera a acompañarle y, ahora, reconocía que había sido una de sus mejores ideas. Junto a Escalante, que en aquel preciso instante todavía estaba en los navíos vigilando a los reclusos, era el amigo más leal que tenía. Mejor orador que guerrero, era buen tratante y diplomático pero nada excepcional cabalgando. Su apoyo moral y logístico eran, sin duda, lo más valioso que podía aportarle.

Montejo y Dávila eran también muy influyentes en el ejército ya que eran dos de los más ricos que se habían embarcado junto a él. El dinero en el que podían cuantificarse sus haciendas prácticamente se equiparaba al de Cortés antes de que embargara la suya. El primero tenía mayores dotes de liderazgo pero, si en algún momento se puso de parte de los adictos a Diego Velázquez, todo intento sedicioso parecía haberse visto sofocado tras el arresto de los cabecillas. Dávila, por otro lado, era más bullicioso y osado y solía perder las formas, en ocasiones, con alguna bravuconería.

Olid y Sandoval se le antojaban una buena baza para utilizar en el futuro. El primero rondaba los treinta y el segundo los veinte. Ambos estaban llenos de energía, eran valientes y parecían muy capaces de capitanear con éxito a las

tropas aun en ausencia del General. Si se dedicaba a descubrir y realizar tareas diplomáticas con la gran cantidad de pueblos que habitaban aquellas tierras necesitaría a hombres como ellos, capitanes que pudieran ponerse al mando de un puñado de soldados y pasar semanas enteras en la selva.

Por otro lado, le parecía una pena y un derroche verse obligado a tener a Ordaz, Velázquez de León, Morla, Escobar y Escudero encadenados en un navío. En especial los dos primeros, que reunían todas las características que un buen capitán tenía que aunar. Su actividad sediciosa permanente le resultaba incómoda y, aunque no iba a tolerar más trabas por su parte, todavía les daría una última oportunidad para redimir su comportamiento. De cualquier forma, y por el momento, pasarían unos días más con las bisagras y cadenas siendo mecidos por el vaivén de las olas.

Los indios continuaban hablando y Cortés seguía pasando revista mentalmente al ejército sin que nadie lo advirtiera. El tiempo parecía haberse detenido pero en la mente del General bullían los pensamientos vertiginosamente. En una rápida ojeada puso la mirada en Marina, que vestía con un vestido blanco adornado con ricos bordados. Entre los mechones negros de su pelo se había colocado una luminosa flor amarilla que embellecía su ya de por sí bonito rostro. Con aquellos ojos oscuros y penetrantes parecía beberse las palabras del traductor del cacique. Doña Marina, Malintzin, La Malinche o La Lengua, tal y como habían comenzado a llamarla los españoles, le parecía la piedra angular sobre la que iban a pasar todas sus acciones en Yucatán. Su presencia era imprescindible y no podía imaginar otra cosa que le resultara más valiosa. Sería capaz de hundir los navíos, derramar la pólvora en el mar y acuchillar a todos los caballos por ella si fuera necesario.

Los soldados también parecían alegres al ver que, durante los próximos días, podrían llevar una vida mejor en la que ni la comida ni el descanso iban a faltarles. Cortés se sentía más orgulloso de ellos a cada segundo que pasaba. Al igual que él, la mayoría habían sido pobres en España. Unos tenían sangre hidalga en las venas y otros no, pero todos compartían algunas características y valores que los hacían muy distintos al resto de compatriotas. Ellos eran valientes y no les hizo ningún duelo abandonar sus escasas pertenencias

materiales y a sus familias por probar suerte en el Nuevo Mundo. Pensaba que hacía falta estar hecho de otra pasta para tomar esa decisión y, desde aquel soldado tartamudo y escuálido que se apoyaba en la tapia de una casa hasta el más robusto y fornido arcabucero, le parecían lo mejor que había dado nunca su país. Sus ropas estaban sucias y desgastadas, algunas de las armas llevaban remiendos caseros para que duraran más tiempo, sus pieles quemadas por el sol y llenas de cicatrices, las pobladas y enmarañadas barbas resultaban la tarjeta de bienvenida que, allá donde fueran, tanto en Europa como en Indias, hacía decir a la gente «Mira, ese de ahí es un caballero español».

— ¿Por qué no nos recibisteis cuando estaban los mexica?— indagó Cortés en medio de la entrevista—. ¿No sois vasallos de Moctezuma? ¿No debería protegeros y recibirlos amistosamente por ello?

El rostro de Quauhtlaeban se ensombreció entre las flácidas papadas mientras oía la traducción de su intérprete. Con su voz grave y desgastada comenzó a decir unas palabras que, antes de que llegaran a convertirse al español, ya pudieron ser advertidas como tristes y llenas de pesadumbre.

— Hace años nuestro pueblo era libre y vivíamos en estas tierras disfrutando de nuestra soberanía hasta que llegaron los mexica, hace un siglo aproximadamente. Moctezuma, al igual que los emperadores que lo precedieron, nos somete con extrema crueldad. Periódicamente viene para recibir tributos en forma de oro y comida y, muchas veces, se lleva a nuestros jóvenes para entregarlos en sacrificio a sus dioses y comerse sus carnes.

Una lágrima resbaló por el rostro del cacique que, prosiguiendo con su relato, mantuvo en vilo a todos los españoles:

— Por eso os recibimos con tanta alegría, porque pensamos que vosotros habéis venido para poner freno a los abusos de los mexica sobre nuestro pueblo. Moctezuma ha señoreado durante demasiados años esta tierra, y si tenéis a bien quitarle el poder, no dudéis que nuestros valerosos guerreros os acompañarán. Puede que no seamos muchos pero vosotros tenéis todos esos poderes y bestias que os han hecho sobrevivir en Centla al ataque de miles de hombres. Además, los totonacas no somos el único pueblo sometido al yugo del emperador. Hay

muchos otros.

— ¿Nos ayudarían?

— Sin duda— se apresuró a responder el cacique—, sin duda os ayudarán si sabéis llegar hasta ellos. Esta tierra está llena de gente y hay miles de diferentes pueblos y lenguas. Los mexica la señorean a placer junto con otras dos naciones aliadas y su crueldad con el resto de pueblos no conoce límites.

«Puede que aún no conozcáis bien la política de esta parte del mundo a la que habéis venido pero hay algunas cosas que debéis saber. Desde que uno de vosotros pisó estas tierras ya supo Moctezuma de esta acción. Ahora mismo tiene en su palacio detalladas relaciones sobre vosotros, cuántos sois, qué armas lleváis, cómo son vuestras bestias, el color de vuestra piel, ojos y cabellos... nada se le escapa al emperador. Del mismo modo, no hay un solo pueblo que no esté al tanto de vuestras hazañas en Cozumel, Centla y el arrenal de Calchicuecán. Muchos de ellos son enemigos de los mexica que, para no ser aniquilados, tienen que rendir vasallaje y entregarles mancebos y tributos».

Dicho aquello dio un paso hacia Cortés y, agarrándolo por los hombros, dijo:

— Oídme bien, noble señor. Si decidís, a la cabeza de vuestro ejército de españoles, marchar contra Tenochtitlan, los totonacas caminarán a vuestro lado. Todos los pueblos, hartos de la abyecta existencia que llevan bajo su yugo, marcharán a vuestro lado. El sonido de los tambores hará temblar la tierra, las flechas ocultarán el sol y los hombres se batirán con valor hasta que el suelo quede completamente regado por la sangre de los tiranos. No sé si vos, Hernán Cortés, sois un hombre o un dios, pero no me cabe duda de que sois lo que hemos estado esperando tanto tiempo.

La sonrisa del rostro del General se borró. Su expresión se endureció notablemente mientras asimilaba toda la información que acababa de recibir. Los mexica eran los señores de la tierra y Moctezuma era el soberano que con tanta ansia anhelaba conocer. Si caían, todo Yucatán sería suyo y, pese a que se enfrentaban a un imperio que podía albergar millones de habitantes, no estaban

solos en aquella empresa. Aunque solo eran un puñado de quinientos audaces españoles, tal y como le acababa de decir el cacique, podrían contar como tropas auxiliares con el apoyo de miles de guerreros que odiaban visceralmente a los mexica. Aquello no era una guerra europea y ni siquiera se parecía a lo que habían hecho durante los últimos años en las islas antillanas. El proyecto que tenía ante sí era tan diferente de todo lo que conocían que nadie que hubiera ocupado su lugar con estrechez de miras podría lograrlo. Su dificultad era inmensa ya que, para llevarlo a buen puerto, tendría que combinar las artes de la guerra, la diplomacia, las intrigas, la intendencia, los idiomas, la mezcla de culturas e incluso el misticismo y las magias que aquellos indios llegaban a ver en sus cañones, armas y caballos.

El General sabía que podía conseguirlo pues era inteligente y contaba con los apoyos necesarios. En aquel momento recordó el día en el que, en Cuba, recibió la notificación de que Diego Velázquez lo había elegido para capitanear la flota. Antes de leer la carta se encontraba reflexionando sobre si su vida tenía sentido. No había hecho nada memorable y todo lo que tenía le sabía a poco. Ahora, en frente de aquel cacique obeso, supo que por fin se encontraba donde siempre había querido estar. Todos los grandes conquistadores de la historia que siempre había admirado comenzaron a rondar su cabeza. Él era español, hijo de una nación que estaba viendo el inicio de un auge imparable. La buena regencia de los Reyes Católicos y el valor y la audacia de sus gentes le habían dado tanto poder que, allí donde uno de aquellos barbudos ponía una pica, los enemigos temblaban de miedo. Eran muchos los compatriotas que ya habían conseguido grandes cosas pero, en aquel momento, vinieron a su memoria los antiguos romanos. Emperadores y centuriones engrandeciendo los límites de Roma, descubriendo tierras extrañas, inundando de luz a los bárbaros a los que transmitían su cultura y, acto seguido, reclutaban en sus filas. Iberos, lusitanos, galos, germanos, tracios, nómadas... luchando codo con codo junto a aquellos curtidos legionarios de la misma manera que los totonacas y todo aquel que quisiera unírseles harían a continuación.

Hernán Cortés estaba allí en el día, el lugar y con la compañía necesaria para hacer historia. Junto a él, un grupo de quinientos valientes se disponía a realizar una de las mayores epopeyas jamás vivida. Eran los hijos del hierro y el

fuego, tal y como algunos les llamaban, y no cesarían en su empeño hasta que rindieran Méjico o perecieran en el intento.

Continuará...

Nota del autor:

Así fue como comenzó uno de los momentos más importantes de la Historia de España y América. Ésta es la primera de una serie de novelas que tratan aquellos convulsos años de choque cultural en el que el mundo cambió para siempre; la humanidad ya no estaría aislada nunca más y las repercusiones en cualquier punto del planeta tendrían consecuencias globales a partir de entonces.

La inmensa mayoría de personajes citados en el libro existieron pero es necesario matizar este punto. Respecto a Hernán Cortés, capitanes y personalidades históricas, es mucho lo que se conoce. He intentado ser todo lo fiel que me ha sido posible consultando tanto las fuentes actuales de historia como las crónicas de los conquistadores de la época (entre los que se encuentra el propio Cortés, Tapia o Bernal Díaz del Castillo, entre otros). Lo que dijeron e hicieron está registrado a lo largo de la obra pero me he permitido ciertas licencias para rellenar los puntos menos conocidos o inexistentes haciendo uso de la ficción literaria. Pese a ello, muchas historias, por inverosímiles que parezcan, ocurrieron en realidad; (el ataque del tiburón, el engaño con la yegua en celo, la ficticia venida del Apóstol Santiago...). Se pueden atisbar, además, ciertos rasgos de personalidad en lo que se escribió de ellos hace quinientos años y, manteniendo las líneas generales, he enriquecido los defectos bibliográficos construyendo a los personajes para que resulten más reales y novelescos.

Respecto a los soldados, la mayoría son nombrados una o dos veces en las crónicas coloniales por alguna acción que protagonizaron en algún momento de la epopeya mejicana. Aparecen, o aparecerán a lo largo de la serie, haciendo historia, pero ha sido en ellos donde de verdad me he permitido crear toda la trama imaginaria sobre cómo podrían haber sido sus vidas y su manera de ser.

Por poner algunos ejemplos, respecto a Pedro Sánchez Farfán, se sabe que fue sevillano pero no hay registros de que tuviera un perro, (no así Francisco de Lugo, que sí se sabe que tuvo un mastín). Heredia debió ser un

arcabucero desgarbado y poco agraciado pero desconozco si fue soltero y sin hijos. Respecto a María, es cierto que sobrevivió a un naufragio y pasó cinco años con los indios cubanos hasta que la isla fue conquistada. Orteguilla, al igual que todos los citados, todavía tiene que protagonizar los sucesos más relevantes de su vida.

Por otro lado, y para poder crear algunos personajes interesantes con los que poder desarrollar ciertos aspectos de la obra, varios de ellos han sido creaciones imaginarias en su totalidad. Principalmente se trata de Garcés, Oliveira, Itzel y Vecellio. De cualquier forma, es imposible negar que pudieran existir individuos que se les asemejaran en aquel grupo de quinientos españoles que, hace casi medio milenio, hicieron historia.

Por último, y no menos importante, esta primera edición de Los hijos del fuego y el hierro, es una obra de autoedición que todavía está creciendo, (esto quiere decir que es el autor el que, además de crear, debe realizar otras muchas tareas adicionales en las que no está tan suelto como la corrección fina, distribución, difusión...). El resto de volúmenes se están escribiendo ahora mismo y en éste todavía se podría encontrar alguna errata o error que serán subsanados en siguientes ediciones. Pido de antemano disculpas por ello y brindo la posibilidad al lector, si lo estima oportuno, de que me notifique cualquier fallo o incongruencia que pudiera encontrar, tanto en la redacción como en la trama, a fin de que la novela siga creciendo y mejorando.

David Walia S. F



David Walia S. F, nacido en 1989, es médico y escritor aragonés que inicia su carrera en el mundo literario con “Los hijos del hierro y el fuego”. Estudió en la Universidad de Zaragoza entre los años 2007-2013, periodo en el que residió en el CMU Pedro Cerbuna. Ha sido ganador y finalista de algunos concursos de escritura y aunque debuta con novela histórica es un gran apasionado de las ciencias y, sobre todo, de la ciencia ficción, a la que espera volver en cuanto finalice con la épica gesta de los conquistadores recogida en la saga YO, CONQUISTADOR.

Contacto con el autor:

Página web: www.davidwalia.com

Correo electrónico: contacto@davidwalia.com

Facebook: www.facebook.com/S.Fdavidwalia

Twitter: @DavidWalia